

Mª EUGENIA AUBET

TIRO

Y LAS COLONIAS FENICIAS DE OCCIDENTE

Edición ampliada y puesta al día



Crítica

Entre los siglos VIII y VI a. C. los fenicios establecieron el primer sistema comercial mediterráneo, que abarcó desde el actual Líbano hasta la Península Ibérica y Marruecos. Mediante la fundación de una serie de colonias en las principales costas e islas del Mediterráneo occidental, se convirtieron en los principales intermediarios entre Oriente y Occidente, y supieron incorporar a este vasto circuito de intercambio a las comunidades indígenas, todavía inmersas en economías propias de la edad del Bronce. La expansión fenicia coincide con uno de los períodos más intensos en términos de contactos interculturales y sociopolíticos entre estas poblaciones indígenas del Mediterráneo. Este factor atenuó los desequilibrios socioeconómicos existentes entre unos estados denominados «civilizados» –los del Mediterráneo oriental– y unos pueblos «bárbaros» –los de Occidente–, favoreciendo al mismo tiempo la aparición de estructuras más «modernas» –y más centralizadas– entre las comunidades locales. El importante rol desempeñado por las elites indígenas del hinterland colonial en el control de las redes interregionales de intercambio y consumo de metales y de productos agrícolas, las convirtió en coprotagonistas y cobeneficiarias de la empresa colonial y comercial fenicia en Occidente. La investigación arqueológica de los últimos años ha cambiado la visión de esta expansión colonial y de sus repercusiones políticas y económicas, y ha puesto de manifiesto, entre otras cosas, la amplitud y el dinamismo de la diáspora comercial fenicia, que, en su búsqueda de productos excedentarios y materias primas, se aventuró hasta las regiones productoras de oro y marfil (Marruecos atlántico), plata (Tartessos), estaño y cobre (Portugal), y productos agrícolas, como el vino y el aceite, impulsando su producción a gran escala desde el valle del Ebro hasta el Guadalquivir.



María Eugenia Aubet es actualmente catedrática de prehistoria de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y directora de las excavaciones en el yacimiento fenicio del Cerro del Villar, en la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga). Se ha especializado en el estudio de la colonización fenicia y del fenómeno «orientalizante» tartésico y ha dirigido las excavaciones arqueológicas en el asentamiento fenicio de Chorreras (1974), en el conjunto arqueológico tartésico de Setefilla (1975-1985) y en la necrópolis fenicia de Lagos (1990). Actualmente coordina un proyecto cofinanciado por la Unión Europea de actuación en yacimientos fenicios del Mediterráneo.

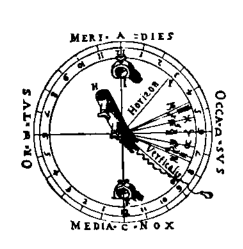
M.ª EUGENIA AUBET

TIRO Y LAS COLONIAS FENICIAS DE OCCIDENTE

Edición ampliada y puesta al día

CRÍTICA
GRIJALBO MONDADORI
BARCELONA

TIRO Y LAS COLONIAS FENICIAS DE OCCIDENTE



CRÍTICA/ARQUEOLOGÍA
Directora: M.ª EUGENIA AUBET

La presente obra ha sido editada mediante ayuda de la Dirección General del Libro y Bibliotecas del Ministerio de Cultura.



1.ª edición: octubre de 1994
Reimpresión: octubre de 1997

Cubierta: Enric Satué

ISBN: 84-7423-694-0
Depósito legal: B. 21.988-1997
Impreso en España
1997.—HUROPE, S.L., Lima, 3 bis, 08030 Barcelona

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Por lo general, las síntesis histórico-arqueológicas tienen una vigencia limitada, especialmente en el caso de disciplinas como la arqueología fenicia, que cuentan relativamente con pocos años de existencia y mucha tarea por delante. En lo que concierne a la historia de la expansión fenicia en el Mediterráneo, los hallazgos arqueológicos se suceden regularmente cada año, se trabaja intensamente en diversos ámbitos de la investigación histórica y se empiezan a conocer ahora los resultados de muchos años de trabajo científico en zonas concretas como Cartago, Andalucía o Ibiza. Además, el final de la guerra en el Líbano augura, en los territorios donde se originó la diáspora fenicia, investigaciones y resultados tanto o más espectaculares que los que se han sucedido durante los últimos años en el Mediterráneo occidental. La esperada incorporación de la arqueología libanesa al estudio de la cuestión fenicia permitirá sin duda equilibrar la balanza científica en favor de un conocimiento más riguroso de la historia de los fenicios en el Mediterráneo, que hasta ahora resultaba parcial y prácticamente limitada al ámbito de sus colonias de ultramar.

Los años transcurridos desde la primera edición de Tiro y las colonias fenicias de Occidente *(1987) han sido pródigos en avances y novedades en el ámbito de la investigación sobre el mundo fenicio. Sirvan de ejemplo el extraordinario debate que se ha producido desde entonces acerca del significado del* tofet, *el descubrimiento de la Cartago arcaica, los nuevos hallazgos en Sulcis, que han obligado a replantear el marco cronológico de la colonización fenicia en Cerdeña, las extraordinarias novedades que ha deparado la arqueología portuguesa en relación con el comercio fenicio en aguas atlánticas, y la misma Tiro, donde se ha descubierto por fin la necrópolis de la edad del Hierro.*

Con la perspectiva que dan los años se advierten mejor los errores en algunos planteamientos y en la interpretación de algunos datos del registro arqueológico, lo que me ha obligado a modificar posturas y rectificar algunos criterios, en la idea de que nuestra disciplina sólo puede avanzar si reajustamos constantemente nuestra teoría y nuestra metodología, de acuerdo con la evidencia arqueológica.

Esa necesaria rectificación de algunos planteamientos y la incorporación de las novedades más significativas que ha deparado la investigación histórico-arqueológica estos últimos años justifican por sí solas esta reedición del libro. Se han reestructurado algunos capítulos, otros se han dejado prácticamente como

estaban, y se han ampliado o eliminado algunos apartados en función de los cambios que ha experimentado el texto.

Los capítulos que han sufrido más modificaciones son los siguientes: el capítulo 2, al que se han añadido las recientes novedades de la arqueología libanesa y que ha incorporado todo el apéndice relativo a la arqueología de las ciudades fenicias de Oriente, bastante ampliado; el capítulo 8, que incorpora los nuevos datos relativos a Cartago y Sulcis y en el que se ha reestructurado todo el apartado concerniente al tofet; *por último, el capítulo 9 ha quedado subdividido en dos, ambos prácticamente reescritos de nuevo, uno dedicado a Gadir y el área atlántica, y el otro (el capítulo 10) consagrado a las colonias mediterráneas de la Península Ibérica. En cuanto a la bibliografía, y al igual que en la primera edición, se han evitado al máximo las citas bibliográficas dentro del texto y se ha optado en esta edición por estructurar la bibliografía general al final del volumen, dividida por temas dentro de cada capítulo, que contienen las obras que juzgamos más relevantes para abordar por separado cada una de las cuestiones temáticas que contiene el volumen.*

A lo largo de estos años he contraído una enorme deuda de gratitud con personas e instituciones a las que quiero expresar desde estas líneas mi más sincero agradecimiento. A aquellas personas que hicieron posible la primera edición del libro gracias a sus valiosas indicaciones y sugerencias —María José Aubet, Anna Maria Bisi (†), Manuela Barthelemy, Josep Fontana, Ingrid Gamer-Wallert, Gustav Gamer, Milagros Gil-Mascarell, Vicente Lull, Juan Maluquer de Motes (†), Sabatino Moscati, Hans Georg Niemeyer, Manuel Pellicer, Rafael Puertas, Wolfgang Röllig, Diego Ruiz Mata, Javier Teixidor, Hermanfrid Schubart y Giovanni Tore— debo añadir ahora la no menos valiosa y paciente colaboración de muchas personas que durante este tiempo me han aportado críticas e información que desconocía y cuya colaboración ha agilizado enormemente la revisión de este trabajo. Vaya mi agradecimiento en este sentido a los amigos Margarita Arruda, Concha Blasco, Sandro Filippo Bondì, Paloma Cabrera, Robert Chapman, Mari Paz García Bellido, Gerta Maass-Lindemann, Mari Paz Ortuño, Rosa Portell, Pierre Rouillard, Luis Ramos, Hélène Sader, Jaume Torras, Mary Turton y Marguerite Yon.

Me siento asimismo en deuda con aquellas instituciones que han facilitado mi tarea de investigación con su apoyo oficial y económico: la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, que desde 1987 financia nuestras excavaciones arqueológicas en el Cerro del Villar, en Málaga; la Dirección General de Ciencia y Tecnología del Ministerio de Educación y Ciencia, que en 1990-1993 nos ha financiado un proyecto de investigación gracias al cual he podido abordar desde nuevas perspectivas metodológicas el análisis de la colonización fenicia en Occidente; y el Instituto Arqueológico Alemán, el Centre National de la Recherche Scientifique francés y la American University of Beirut que entre 1986 y 1992, y gracias a una serie de becas y ayudas institucionales, me han brindado la oportunidad de trabajar en bibliotecas especializadas de Tubinga, Lyon, París y Beirut.

Por último, quisiera expresar mi agradecimiento a mis alumnos del equipo

«Guadalhorce», que con sus críticas, su interés, su inconformismo y sus eternos «por qués» me han obligado a revisar muchas ideas y no pocas rigideces teóricas. A todos ellos, a Juan Antón Barceló, Elisenda Curiá, Ana Delgado, Antonio Fernández Cantos, Mabel Montero, Mercedes Párraga, Apen Ruiz y Laura Tresilló, y también a Manuel y Francisco Sánchez, compañeros en los trabajos de campo durante todos estos años, gracias.

INTRODUCCIÓN

En la actualidad, quien intente abordar por primera vez el estudio de la colonización fenicia en la Península Ibérica o sienta interés por conocer el estado de la investigación arqueológica en dicho campo, topará con tres tipos de dificultades: una de carácter técnico, otra de carácter metodológico y una tercera relacionada con la cuestión de la subjetividad en la lectura del dato histórico.

Dentro de las dificultades de orden técnico o instrumental, merece destacarse la falta, en nuestro país, de síntesis actualizadas que ofrezcan una valoración crítica de los datos arqueológicos obtenidos durante los últimos veinte años en el Mediterráneo occidental; la ingente bibliografía existente sobre la cuestión, dispersa en multitud de artículos diseminados en revistas especializadas o en actas de congresos, no siempre accesible al estudioso del mundo antiguo y, por último, la relativa confusión en el tratamiento de la terminología al uso, que maneja indistintamente los vocablos «fenicio», «púnico» u «orientalizante», sin establecer netas diferencias entre ellos, o que utiliza términos a veces contradictorios o incoherentes, tales como «ibérico-orientalizante», «fenicio-púnico» o «púnico arcaico». Este hecho no contribuye, evidentemente, a facilitar las cosas al lector, por cuanto tras esta confusión terminológica subyacen problemas metodológicos y conceptuales mucho más complejos.

En cuanto a las dificultades de carácter metodológico, hay que subrayar que la reconstrucción de la historia del comercio fenicio en la Península Ibérica o en el Mediterráneo en general debe apoyarse necesariamente en dos tipos de fuentes documentales o instrumentos de análisis que muchas veces no concuerdan entre sí: los testimonios transmitidos por los historiadores clásicos y el registro arqueológico propiamente dicho. La confrontación entre ambas categorías de datos plantea múltiples dificultades a la investigación, no siempre fáciles de resolver. Así, por ejemplo, las discrepancias que se dan entre las fechas históricas transmitidas por los historiadores clásicos y la cronología fijada por la investigación arqueológica han favorecido, entre otras cosas, la prolongación de una polémica ya endémica entre los orientalistas, iniciada el siglo pasado, acerca de la datación de las primeras fundaciones fenicias en el extremo Occidente. Una polémica que, probablemente, se reanudará en los próximos años, cuando se comiencen a aplicar al registro arqueológico de los asentamientos fenicios los métodos de datación absoluta que utiliza desde hace años la arqueología prehistórica (véase Apéndice III).

Las fuentes clásicas son de vital importancia para el análisis de la cuestión fenicia si se manejan con prudencia. Conviene no olvidar que algunos aspectos legendarios relativos a la colonización fenicia en España fueron recogidos por los historiadores griegos y latinos muchos siglos después de ocurridos los acontecimientos y que las únicas fuentes escritas contemporáneas de la diáspora fenicia —los anales asirios y los textos bíblicos— ignoran todo cuanto sucedía más allá de la isla de Chipre. Aun así, los textos clásicos contienen valiosa información relativa a la expansión fenicia hacia Occidente. Del cómo se manejen estas fuentes depende, en gran medida, la reconstrucción del pasado. La arqueología, por otro lado, nos proporciona una información básicamente empírica, así como un cuadro de conjunto lo suficientemente sugestivo como para elaborar hipótesis de trabajo. Hoy por hoy, la explicación del fenómeno colonial fenicio es susceptible de ser analizado a partir de nuevas propuestas teóricas y desde nuevas perspectivas metodológicas. Dado que no pueden avanzarse hipótesis sin haber delimitado un marco teórico previo, con este libro no pretendemos una simple revisión o puesta al día del tema fenicio en nuestro país, sino plantear sobre todo una serie de preguntas a las que, en la medida de lo posible, se intentará dar asimismo una respuesta pertinente.

La tercera dificultad que ofrece el estudio de los fenicios en el extremo occidental del Mediterráneo estriba en el inevitable subjetivismo, por no hablar de ideología, a la hora de interpretar los datos. Raras veces se ha enjuiciado con objetividad el papel desempeñado por los fenicios en Occidente. En ocasiones, se les concede escasa incidencia en la dinámica cultural interna de las comunidades indígenas ibéricas, minimizándose su importancia sociocultural en el proceso de desarrollo que culminará con el reino de Tartessos, en Andalucía occidental. Esto favorece, lógicamente, una sobrevaloración del indigenismo ibérico, o bien del peso específico de la colonización griega, más tardía, como responsable del poderío económico de Tartessos.

Otras veces se atribuye a los fenicios más importancia de la que realmente tuvieron y se les señala como los únicos protagonistas del proceso cultural que dará origen al grupo cultural tartésico y a la formación del estado en Occidente. Esta concepción infravalora lo indígena y favorece la idea de que los fenicios llegaron a un territorio habitado por unas comunidades —los tartesios— pasivas, receptivas y desconocedoras del enorme potencial económico de su territorio. Gracias al «milagro oriental» Tartessos habría puesto en marcha la explotación de sus abundantes recursos mineros y agropecuarios.

Por otra parte, el tratamiento que reciben los fenicios en los textos clásicos, y todavía hoy, por parte de algunos historiadores, no nos da precisamente una imagen imparcial y objetiva de su relieve histórico y cultural. En cierto modo es comprensible que, por razones políticas, los autores clásicos tacharan a los fenicios de piratas, de navegantes astutos, y los hicieran responsables de haber introducido en Grecia la avidez y el lujo. Igualmente admisible es que los romanos mostraran una manifiesta hostilidad hacia ellos, al hablar de «perfidia púnica», de su proverbial astucia, de su deslealtad y bajo sentido de la moralidad. Lo que no resulta ya tan comprensible es la razón por la que todavía hoy

algunos historiadores insisten en la baja calidad del arte fenicio, en su falta de originalidad y en que, a diferencia de los griegos, los fenicios estuvieron más interesados en obtener ganancias que en producir poetas, artistas e historiadores.

Existe unanimidad, no obstante, a la hora de reconocer a los fenicios su principal legado a la historia de Occidente: el alfabeto. Los signos y los nombres fenicios utilizados para designar las letras del alfabeto: —alef, bet, etc.— todavía se conservan en nuestros días, gracias a la mediación del mundo griego.

Los fenicios no nos legaron solamente su sistema de escritura, sino que incorporaron la Península Ibérica a los circuitos comerciales mediterráneos de la época, que a lo largo de más de doscientos años vincularon muchos territorios mediterráneos a una estructura organizativa y unas instituciones básicamente orientales. Durante largo tiempo los fenicios fueron los principales intermediarios entre Oriente y Occidente, y ese papel de mediadores suavizó considerablemente los desequilibrios socioeconómicos preexistentes entre unos estados denominados «civilizados» y unos pueblos «bárbaros». A su llegada a la Península Ibérica, en torno al siglo VIII a.C. o poco antes, las comunidades indígenas estaban profundamente arraigadas en unas estructuras económicas nacidas de las instituciones de la edad del Bronce. A principios del siglo VI a.C., la Península se ha incorporado a esa «Historia» que ellos marcaron, adquiriendo el proceso cultural indígena otros derroteros, hasta alcanzar unos niveles económico-sociales de mayor complejidad, más «modernos».

Este libro pretende aportar al lector y al estudioso interesado en la cuestión fenicia una síntesis del estado actual de la investigación y el planteamiento de nuevas hipótesis sobre los fenicios y su empresa colonial en Occidente.

El estudio abarca el período colonial propiamente dicho, es decir, el horizonte arcaico de los siglos VIII-VI a.C. En consecuencia, no trataremos aquí del llamado horizonte púnico de los siglos VI-III a.C., período en el que muchos de los viejos enclaves coloniales se han incorporado a la órbita política de Cartago. En realidad, el período púnico corresponde a un contexto sociopolítico enteramente distinto, en el que las circunstancias geopolíticas del Mediterráneo occidental han experimentado considerables transformaciones, lo que exigiría, por sí solo, un estudio aparte.

Encuadrar o definir la función y categoría de los asentamientos fenicios de Occidente y Andalucía dentro de un modelo macroeconómico e histórico determinado requiere lógicamente analizar los factores políticos y económicos de Fenicia en general y de la ciudad de Tiro en particular, que hicieron posible o favorecieron esta diáspora a Occidente. A nuestro juicio sólo un examen crítico de la situación económica, política y social de la ciudad-estado de Tiro —la principal responsable de la colonización— y de su política mercantil pueden ayudarnos a calibrar la categoría y la función económica de los centros de Occidente. De ahí que demos prioridad al estudio de la situación política y económica de las ciudades fenicias antes y durante el período de la expansión hacia el Mediterráneo.

La cuestión de quiénes fueron los fenicios nos parece un buen punto de partida para situar en su contexto histórico y geográfico las circunstancias que lle-

varon a este pueblo a organizar una empresa comercial de tal envergadura a principios del primer milenio a.C. Los primeros capítulos se dedican, en consecuencia, a analizar la identidad del pueblo fenicio a partir de los factores étnicos, lingüísticos, geográficos e históricos. A éstos les sigue una parte consagrada a las formas de organización del comercio y de la navegación fenicios durante la época de la colonización, para finalmente abordar, con todos los elementos de juicio pertinentes, el estudio e interpretación de los enclaves coloniales del Mediterráneo central y de la Península Ibérica.

1. QUIÉNES ERAN LOS FENICIOS

EL NOMBRE: CANA'ANI, PHOÍNIKES, POENI

El estudio de la terminología utilizada para definir a una comunidad o población es una cuestión que va más allá de un simple ejercicio de erudición histórica, cuando, como en el caso de los fenicios, todas sus implicaciones étnicas, lingüísticas, geográficas o culturales no aparecen con suficiente claridad. El tema del nombre con el que la Antigüedad conoció a los fenicios constituye un punto de partida de indudable importancia a la hora de establecer los rasgos de identidad de esta población oriental.

El nombre con el que la Historia conoce a los fenicios es un vocablo de origen griego, que aparece por primera vez en época de Homero y Hesíodo —entre los siglos IX-VII a.C.— y que no tiene equivalente reconocido en las lenguas orientales.

El nombre original *phoinix* y sus derivados femenino —*phoinissa*— y plural —*phoínikes*— son de invención helénica y nadie más que los griegos utilizó el término para designar a este pueblo oriental y a ciertos rasgos culturales con él relacionados. La palabra usada para designar al país de los *phoínikes, Phoiniké,* es algo más tardía y aludió al territorio costero situado entre Aradus (Arvad) y el Monte Carmelo, cuyos límites corresponden aproximadamente a los del actual Líbano (fig. 1).

La raíz de *phoinix* no es fenicia ni semítica y en la actualidad todavía no se ha resuelto el problema etimológico del vocablo griego. Lo que sí parece comprobado es que los fenicios jamás se llamaron a sí mismos «fenicios». Ya en la Antigüedad los griegos trataron de buscar una explicación para el origen de este nombre, relacionando su significado étnico con otros equivalentes semánticos de la misma palabra. Entre otros significados de *phoinix* destacaría el de «rojo», color que probablemente aludiría a la industria de la púrpura, por la que ya en época de Homero eran célebres las ciudades fenicias.

Según esta etimología, «fenicio» derivaría del griego *phoinós,* vocablo de raíz indoeuropea que designaría el «rojo», la «sangre», «ensangrentar», «muerte» o «crimen». Los lexicógrafos griegos relacionaron el origen de la palabra con la industria de la púrpura y, también, con la tez oscura de los pueblos asiáticos y a esta explicación se adhiere la mayor parte de autores modernos. Según ellos, al reanudarse los contactos marítimos entre Grecia y el Levante en tiem-

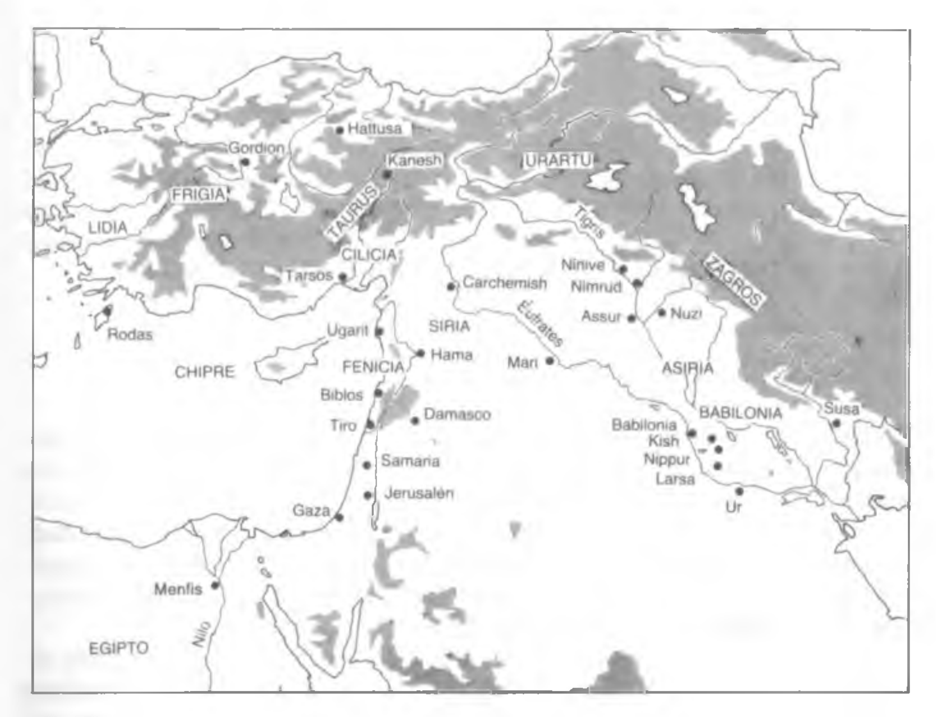


FIGURA 1. El Próximo Oriente.

pos de Homero, los griegos habrían empezado a denominar «rojos» o *phoínikes* a los habitantes de un país que ya pasaba por ser el más poderoso centro manufacturero de la púrpura de todo el Mediterráneo. Fenicia significaría, en consecuencia, «el país de la púrpura».

Otra hipótesis sobre el origen de la palabra «fenicio» postula una relación entre dicho vocablo y el nombre del héroe epónimo Phoinix, al que la leyenda atribuye el invento de la púrpura destinada a teñir lanas y tejidos. Dicha leyenda, recogida por Plinio, relata el descubrimiento casual, ocurrido cerca de Tiro, protagonizado por un pastor y su perro, que al morder un molusco —sin duda el múrex— se habría teñido de rojo; llevado el perro ante el rey de Tiro, Phoinix, éste habría adoptado el color púrpura como insignia real y como emblema de la monarquía. Desde entonces, la púrpura sólo pudo ser ostentada por los reyes. Que esta leyenda es de origen fenicio lo demostraría el hecho de que algunas monedas de Tiro llevan la figura del famoso animal.

En otros mitos Phoinix aparece como el padre de los fenicios y epónimo del territorio, la *Phoiniké.* Con frecuencia se le considera también uno de los hermanos de Europa, que, durante sus viajes en busca de la hermana raptada, se habría establecido en un país al que habría dado su nombre, al igual que hicieran sus otros hermanos: Cadmos en Tebas, Siros en Siria y Cilix en Cilicia.

Según se infiere de todos estos mitos y leyendas, Phoinix, epónimo del país

y de sus habitantes, no es más que el rey de Tiro, que concentra sobre su persona todos los atributos característicos que otorgan auténtica identidad al pueblo fenicio: la púrpura, el alfabeto (las *phoinikeia grammata* inventadas, también, por el héroe) y la palmera, otro emblema monetario tirio, llamado en griego *phoinix*.

En Homero, Hesíodo y Heródoto la palabra *phoinix* designa también un instrumento musical parecido a la lira, igualmente inventado por Phoinix, un topónimo frecuente en el Mediterráneo oriental y, por último, un ave fabulosa de alas rojas, el *ave fénix*, de origen desconocido. Todos estos significados de *phoinix* derivarían del nombre de su país de origen, Fenicia, que a su vez lo habría tomado de la palabra griega utilizada para el color rojo oscuro. Es por lo demás sorprendente que el nombre dado a una industria o a su color diera origen al nombre del territorio y de sus habitantes. ¿Por qué no pudo ser a la inversa?

Que el origen del término es confuso lo demuestran los mismos textos homéricos, donde a los fenicios se les llama también *sidones* o *sidonioi*, es decir, sidonios. Tampoco se explica el uso del término sidonio como sinónimo de *phoínikes* por parte de Homero, por cuanto en tiempos del poeta la ciudad fenicia más poderosa no era Sidón, sino Tiro. Todo ello indica, en definitiva, las dificultades que tuvo el mundo griego a la hora de establecer una definición étnico-política de los fenicios: un pueblo sin estado, sin territorio y sin unidad política.

Otras hipótesis niegan toda relación entre «fenicios» y *phoinós*, «rojo», y pretenden hacer derivar la palabra griega del micénico *po-ni-ki-jo* o *po-ni-ki*. Esta palabra, que se documenta en textos del Lineal B de Cnosos y Pilos, se refiere a una hierba aromática o condimento de origen oriental —acaso la «hierba phoenica» de Plinio— y también a elementos usados en la decoración, presuntamente de color rojo, y se habría acuñado a finales del II milenio a.C., época en que los contactos entre el Egeo y el Levante fueron más intensos y cuando habrían surgido las leyendas de Cadmos, de Phoinix y del rapto de Europa. Hay que destacar, sin embargo, que ninguno de los textos micénicos mencionados parece aludir explícitamente a un país, a sus habitantes o al color púrpura.

Se ha buscado, igualmente sin éxito, el origen del griego *phoinix* en vocablos ugaríticos o hebraicos, como *puwwa* o *pwt* —«tinte», «sustancia»—, e incluso en el egipcio *fnḫw*, cuyas semejanzas con el griego «fenicio» son puramente acústicas. La palabra *fenkḫu*, documentada desde el Imperio Antiguo egipcio, no guarda relación alguna con Fenicia, a la que los egipcios llamaron en realidad «Retenu» o «Ḧa-rw».

De todo lo dicho se deduce que la única evidencia clara que tenemos es la denominación griega de *phoínikes* con la que los griegos designan desde los tiempos de Homero a los pueblos del Levante y, en particular, a los comerciantes orientales que empezaban a frecuentar las aguas del Egeo. El origen de este término griego resulta todavía hoy confuso.

Sabemos que los fenicios se llamaron a sí mismos *can'ani*, «cananeos», y a su territorio lo llamaron Canaán. Este término sí es de origen semítico orien-

tal y muy probablemente oriundo del país. La etimología de esta palabra, a partir de *kn'n*, resulta sin embargo igualmente oscura y tanto o más controvertida que la del griego *phoinix*.

En el Génesis (9:18, 25), Canaán es hijo de Cam y padre de Sidón, esto es, de los fenicios, como el héroe epónimo Phoinix. Los textos bíblicos designan con el nombre de *kena'anîm* o *kananaioi* a los habitantes de la gran llanura costera situada al norte de Israel, lo que sin duda implica una realidad geográfica, lingüística y cultural relativamente uniforme. En ocasiones, sin embargo, el término Canaán se refiere a un territorio más restringido y circunscrito a la zona de Tiro (Is 23:11). A los fenicios se les designa con frecuencia también según su ciudad de origen —tirios, sidonios, giblitas— o simplemente, en documentos bíblicos y asirios, *sîdonim* o *sidonioi*, como hace Homero. Al rey de Tiro se le llama igualmente «rey de los sidonios», hecho muy significativo, que traduce sin duda una situación geopolítica determinada, en particular durante los siglos X-VIII a.C., que examinaremos en el próximo capítulo.

En hebreo, *cana'ani* o *kina'nu* significa también «mercader», por lo que Canaán habría sido sinónimo de «país de mercaderes». De nuevo una profesión, que tan célebres hizo a los fenicios, habría prestado el nombre a un territorio. Y sin embargo, una vez más, resultaría más convincente la hipótesis de que el nombre del territorio acabara designando a una de las actividades más características de sus habitantes, la del comercio.

Algunos lingüistas defienden que el griego *phoinix* no es más que una simple traducción del acadio *kinaḫḫu*, palabra que aparece en textos de los siglos XV-XIV a.C. hallados en Nuzi. En dichos documentos el término alude indistintamente al país de Canaán y a su más importante producto de exportación: la lana de color rojo o *kinaḫḫu*. Según esto, los textos hurritas de Nuzi vendrían a demostrar no sólo el paralelismo semántico existente entre «cananeo» y «púrpura», sino también una asociación directa entre el nombre del país y el color rojo púrpura, tanto en acadio como en griego. Ello no resuelve, sin embargo, el problema de quién dio nombre a quién, si el territorio al color rojo o viceversa. Todos los indicios señalarían la primera posibilidad.

Efectivamente, ya desde mediados del siglo XV a.C., en otros textos e inscripciones levantinos y egipcios se encuentra el nombre del país de Canaán, sin asociarse para nada al color rojo. Así, se le menciona como *kn'ny* en textos de Ugarit, como *ki-in-a-nim* en textos de Alalakh y como *kn'nw* en inscripciones de Amenofis II. Asimismo en textos de Mari se menciona a los cananeos con un significado estrictamente étnico, y en las célebres cartas de El Amarna, fechadas en la primera mitad del siglo XIV a.C., se denomina a los habitantes del territorio de Canaán los *kinaḫḫi* o *kinaḫna*. Por último, y de confirmarse los recientes hallazgos de Ebla, en Siria, el nombre de Canaán con significado de topónimo —*ca-na-na-um, ca-na-na*— ya habría surgido probablemente a mediados del tercer milenio a.C.

Toda esta discusión etimológica nos lleva de nuevo al principio. Los textos de Nuzi demuestran que por lo menos desde mediados del II milenio a.C. el nombre «Canaán» posee un doble significado: el étnico y toponímico por un

lado, y el del color rojo o púrpura por otro. Se establece así un evidente paralelismo con la etimología del griego *phoinix*. En uno y otro caso la industria de la púrpura y del tinte habría tomado el nombre del país de origen. Los griegos de la época micénica o de principios del primer milenio a.C. pudieron topar con un nombre de lugar que designaba el color rojo y que en su idioma tenía un equivalente, *phoinix*, por lo que se habrían limitado a traducirlo.

A parecidas conclusiones llegaron, en su día, Filón de Biblos y Hecateo de Mileto. En el siglo VI a.C. Hecateo recuerda que a *Phoiníke* se la había llamado antes *Chna* y que habría sido la transcripción en griego del semítico «Chanaan». Otro tanto defiende Filón de Biblos, quien menciona a un personaje histórico llamado *Chnas* o *Chanaan*, que fue rebautizado más tarde con el nombre de «Phoinix» y como «padre de los fenicios». El héroe epónimo Phoinix sería, en consecuencia, la transcripción al griego de otro epónimo semita, Chanaan, hijo de Cam. Resulta evidente, pues, que el nombre correcto y original de los fenicios es el de «cananeo». Así les llaman sus vecinos asiáticos y egipcios y así se autodenominan a sí mismos. En época romana y tardorromana todavía se les conocía con el nombre de «cananeos». Así, el evangelista Mateo (15:21-22) llama cananea a la mujer fenicia cuya hija endemoniada había sido curada por Jesús; san Agustín (*Ep. ad Rom.* 13) menciona que todavía en su época (siglo V d.C.) los ciudadanos norteafricanos (los cartagineses) se llamaban a sí mismos *chanani*.

Sin embargo, nosotros conocemos a los fenicios con el nombre que les dieron los griegos y no con su nombre original. El término helénico ha quedado definitivamente consagrado por el uso, lo que nos obliga a hacer unas consideraciones de índole conceptual y cronológica.

En la terminología moderna se suele utilizar el término de «cananeo» para designar a aquellas gentes de habla semítica noroccidental que habitan el territorio de Siria-Palestina desde principios del II milenio a.C. por lo menos. A estas mismas poblaciones, que poseen una base histórica, geográfica, cultural y lingüística común, se las llama a partir del año 1200 a.C. «fenicios», estableciéndose con ello una frontera artificial entre la edad del Bronce y la edad del Hierro y confiriendo a ambos términos implicaciones cronológicas diferentes. Según ello, lo «fenicio» sucede a lo «cananeo» a partir de 1200 a.C. hasta la conquista de Alejandro Magno, en el año 333 a.C. El límite del año 1200, que separa el Bronce cananeo del Hierro fenicio, fue fijado por los historiadores en base a los cambios geopolíticos ocurridos en la zona a raíz de las convulsiones políticas que sacuden el Mediterráneo oriental a finales de la edad del Bronce. En los próximos apartados veremos cómo estos acontecimientos no justifican en modo alguno un cambio de nomenclatura en la historia del territorio cananeo.

Igualmente equívoca resulta la terminología que se utiliza para definir a los fenicios de Occidente. Las contradicciones nacen del nombre utilizado por los historiadores clásicos, quienes usan indistintamente los vocablos «fenicio», «púnico» o «cartaginés» para referirse a los fenicios occidentales que lucharon contra Roma. Si la palabra «cartaginés» no plantea mayores dificultades, al ser un si-

nónimo de «habitante de Cartago», equivalente a gaditano o tirio, la palabra «púnico» requiere cierta aclaración.

Los autores romanos utilizaron los términos *poenus* y *phoenix,* que no son más que la transcripción al latín del griego *phoinix* eliminando la primera consonante, para designar a los fenicios en general y a los cartagineses en particular, sin establecer distinciones demasiado claras. *Poenus*, con sus adjetivos *punicus* y *poenicus,* alude en general a los fenicios norteafricanos, por lo que los términos «púnico» y «cartaginés» suelen utilizarse como sinónimos.

Han sido los historiadores modernos los que han agrandado las distancias entre lo «púnico» y lo «fenicio» con unas implicaciones de orden geográfico y cronológico muy similares a las existentes con relación a los términos «fenicio» y «cananeo» en Oriente. En la bibliografía moderna se denominan «fenicios» a los fenicios de Oriente y «púnicos» a los fenicios de Occidente sometidos a la esfera de influencia de Cartago. Con ello se nos plantea un nuevo problema terminológico y conceptual: cómo denominar a los fenicios de Occidente anteriores al momento en que Cartago asume la hegemonía política y militar. Ese acontecimiento tiene lugar en el siglo VI a.C., por lo que queda por definir el período arcaico de los siglos VIII-VI a.C., el estrictamente colonial y comercial, es decir, el que tratamos precisamente en este libro, y que abarca unas cuantas generaciones de colonos fenicios llegados de Oriente, que en muy poco tiempo arraigan y prosperan en Occidente.

Frente al sentido relativamente tardío que se atribuye al término «púnico», que cubre básicamente los siglos VI-II, se antepone la palabra «fenicio» o «fenicio occidental» para designar a aquellos grupos y asentamientos establecidos en Occidente anteriores al imperio cartaginés. Excepcionalmente, algunos historiadores prefieren denominar «fenicios» únicamente a la primera generación de colonos llegados a Occidente y «púnicos» a todos los demás, o utilizar el término de «paleopúnico» para definir este horizonte colonial arcaico.

Aun admitiendo la incongruencia que supone fijar límites cronológicos a unos términos que, en origen, no deberían ser excluyentes, utilizaremos en este libro la nomenclatura en uso, por cuanto todos esos vocablos poseen en la actualidad unas connotaciones culturales perfectamente delimitadas. Llamaremos, así, «cananeos» a los fenicios del II milenio a.C., «fenicios» a los fenicios del I milenio en Oriente y de los siglos VIII-VI en Occidente, y «púnicos» a los fenicios occidentales a partir de mediados del siglo VI a.C.

EL TERRITORIO

El territorio llamado por los griegos Phoiniké se extiende por la franja costera del Mediterráneo oriental, cuyos límites geográficos coinciden aproximadamente con los del Líbano actual. Situada entre los montes del Líbano y el mar Mediterráneo, esta región que denominamos Fenicia es todo cuanto se había conservado de la antigua Canaán, una vez superada la crisis sociopolítica que sacudió el Mediterráneo oriental entre los años 1200 y 1100 a.C. (fig. 2).

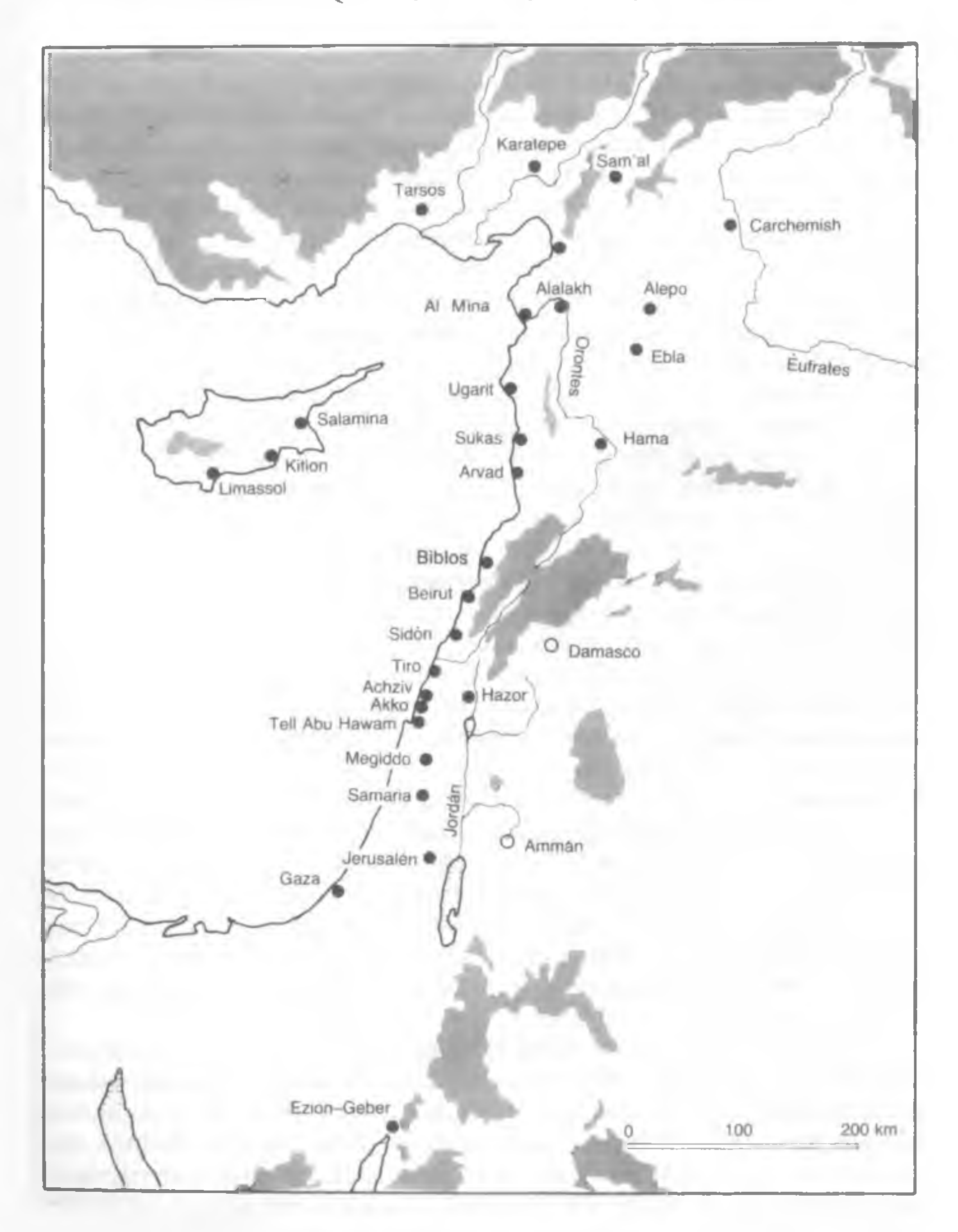


FIGURA 2. El Mediterráneo oriental.

Durante la edad del Bronce, el país de Canaán había comprendido todo el territorio costero de Siria-Palestina situado entre el Mons Cassius al norte —cerca de la desembocadura del Orontes, en Siria— y la frontera con Egipto al sur. Alrededor del año 1200, fecha que se utiliza como punto de referencia para situar la transición a la edad del Hierro en Siria-Palestina, tres acontecimientos históricos decisivos van a impulsar una reestructuración general del territorio cananeo: la conquista israelita de la zona montañosa del sur de Canaán —actual Palestina—, la ocupación militar de la costa de Palestina por parte de los filisteos, y el establecimiento de los arameos en el territorio septentrional y nororiental de Canaán —la moderna Siria. Estas incursiones, que estudiaremos más detenidamente en el próximo capítulo, reducirán considerablemente la extensión del país de Canaán, que en muy poco tiempo pierde tres cuartas partes de su territorio, casi todo su *hinterland* y más de la mitad de su costa.

A principios de la edad del Hierro, Fenicia había pasado de unos 500 km de extensión norte-sur, a poco más de 200 km (fig. 3). La reducción de su territorio a una estrecha franja costera, cuyos confines orientales estaban formados por las últimas estribaciones de los montes del Líbano, iba a dictar, en buena medida, la aventura marítima de sus habitantes. Sin duda, la reorganización del territorio cananeo tuvo inevitables repercusiones políticas, económicas y demográficas, como se verá más adelante.

Los límites septentrionales del país quedaron establecidos al norte del islote de Arvad, la antigua Aradus, cerca de la desembocadura del Nahr-el-Kebir. La frontera meridional quedó situada a la altura de Akko (Acre) y del promontorio del Monte Carmelo, si bien en ocasiones en que el reino de Tiro amplió sus confines, esta frontera meridional se desplazó considerablemente hacia el sur.

Los confines orientales de Fenicia los formaban los montes Líbano, que corren paralelos a la costa y que en algún punto alcanzan algo más de 3.000 m de altura. Las montañas del Líbano, con sus cimas y sus densos bosques de cedros, protegieron a Fenicia de incursiones procedentes del este, a la vez que configuraban un estrecho territorio costero cruzado por pequeños ríos y torrentes que discurren por pequeños valles transversales, cuya anchura media, de este a oeste, no sobrepasó los 30 km.

Las principales ciudades fenicias estaban situadas en la costa, sobre promontorios en tierra firme dominando una bahía o pequeñas ensenadas naturales, apropiadas para proteger a los barcos de vientos y tormentas y que hacían las veces de puertos. Es el caso, por ejemplo, de Biblos, Berytos (Beirut), Sarepta, Sidón, Akko y Akhziv. Dos ciudades, no obstante, estuvieron emplazadas en islas junto a la costa —Tiro y Arvad—, lo que les convertía en auténticas fortalezas inexpugnables, siempre y cuando mantuvieran su control sobre el mar. En la actualidad Tiro forma una península unida a tierra firme debido a los sedimentos acumulados alrededor del terraplén construido por Alejandro Magno durante el asedio a la ciudad.

Además de contar con un territorio costero ideal para la navegación, Fenicia gozó de un clima benigno, bastante parecido al actual, y de un paisaje rico en valles, cursos de agua y un suelo sumamente fértil para la agricultura. Aun

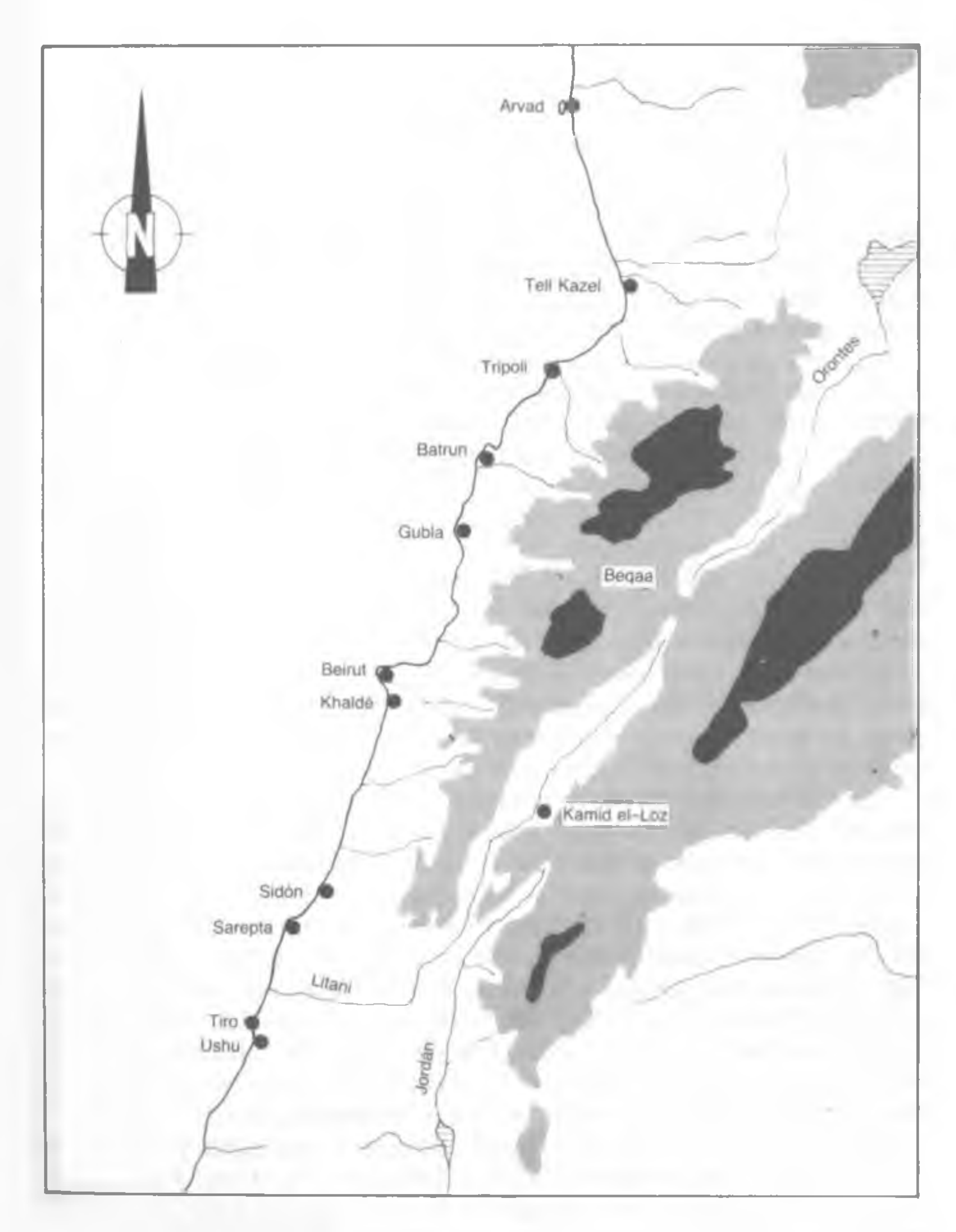


FIGURA 3. Fenicia.

así, en ocasiones el terreno cultivable no iba a ser suficiente para sustentar a una población excesivamente densa.

Además de sus posibilidades agrícolas, Fenicia tenía a su alcance otros recursos, entre los que destacó sobre todos los demás la enorme riqueza forestal del interior. Si bien en la actualidad el paisaje se ha degradado considerablemente a causa de la intensa explotación maderera de sus bosques, con la consiguiente deforestación de grandes espacios del prelitoral, en su día, el interior estuvo poblado de cedros, pinos y cipreses, cuya explotación contribuyó a la riqueza, fama y prosperidad de algunas ciudades que, como Biblos, suministraban madera de cedro para la construcción a Egipto y Mesopotamia.

Por otra parte, las ciudades fenicias contaban con abundante caza en las vecinas montañas —osos, panteras, lobos, etc.— y con importantes minas de hierro y lignito, que sin duda contribuyeron al desarrollo de sus célebres astilleros.

Del mar obtenían recursos abundantes, entre los que cabe destacar el múrex, molusco cuya explotación propició el desarrollo de rentables industrias de tinte de púrpura. La salazón de pescado fue otra de las industrias que beneficiaron a las ciudades portuarias.

Resumiendo, podemos señalar que, reducidos a un estrecho territorio costero, los fenicios se vieron abocados a moverse únicamente dentro de los límites de un *hinterland* montañoso —rico en madera y en hierro, apropiado para desarrollar empresas de construcción naval—, una costa con enormes posibilidades para crear industrias pesqueras y un terreno cultivable que, en algunas zonas, no podía abastecer la demanda de unas ciudades que a veces acogieron enormes concentraciones humanas en su territorio.

Por otro lado, la geografía de la llanura costera, formada por regiones compartimentadas y separadas unas de otras por cursos fluviales y estribaciones montañosas, configuró en cierto modo un fraccionamiento interno favorable al desarrollo de unidades políticas independientes organizadas en ciudades-estado. Todo ello, unido a la creciente competencia entre los principales puertos fenicios, dificultó siempre todo proceso de unificación política y la constitución de una «nación fenicia» a la que los fenicios nunca aspiraron, sin perjuicio de que Tiro impusiera durante mucho tiempo su hegemonía sobre gran parte de la costa meridional de Fenicia. A pesar de ello, las ciudades fenicias no llegaron nunca a constituirse en un estado unificado, ni siquiera en circunstancias de grave peligro y de presión por parte del imperio asirio.

Fenicia, pues, fue un territorio atenazado entre las montañas y el mar, con una fuerte densidad demográfica a partir del siglo X a.C. y con el Mediterráneo como única vía posible de expansión natural. La clara proyección marítima de sus ciudades y el consiguiente control sobre el mar les dio supremacía naval, al tiempo que les garantizaba independencia política frente a sus poderosos vecinos y entre sus principales centros portuarios. En definitiva, su posición marítima fue clave para la política internacional de la época y para los intereses de sus vecinos del interior. Prueba de ello es que el control sobre los puertos fenicios y sobre su comercio naval estuvo en el origen de gran parte de las luchas por el poder protagonizadas por Egipto primero y Asiria más tar-

de. El control de las ciudades fenicias y de su comercio procuró la supremacía de Egipto sobre Asia y de Asiria sobre el Próximo Oriente.

LOS PRECEDENTES HISTÓRICOS: LA EDAD DEL BRONCE EN CANAÁN

Desde principios del III milenio a.C. la región de Siria-Palestina gravita en torno a grandes ciudades como Biblos, Tiro y Megiddo, que mantienen intensas relaciones políticas y comerciales con Mesopotamia y Egipto. Hacia el 2500 a.C., los textos eblaítas denominan a este territorio *Ga-na-ne* (Canaán) o *La-ba-na-an* (Líbano).

Durante el *Bronce Antiguo* cananeo (3100-2300 a.C.) (cuadro 1), la ciudad sin duda más dinámica y más activa en el campo de las relaciones internacionales es Biblos, o *Byblos*, que es como los griegos denominaron a este puerto comercial —la moderna Jebeil— y cuyo nombre original fue Gubla, Gubal o Gebal. Como principal puerto mediterráneo del III milenio a.C., Biblos se incorpora a la escena política internacional gracias a sus estrechas relaciones con los faraones de Egipto, sus principales clientes, a quienes abastece de grandes cantidades de madera de cedro para la construcción. Algunas inscripciones egipcias en torno al 2600 a.C. mencionan las naves de Biblos transportando madera y aceite, así como la adquisición de barcos giblitas por parte de las autoridades egipcias. Es la época más brillante del comercio de Biblos y de su poderosa industria de construcción naval.

Por su parte, el interés de Egipto hacia Biblos se traduce en una influencia cultural y religiosa sobre la ciudad cananea y en la presencia de gobernadores y agentes de comercio enviados por el faraón. En realidad Biblos será una colonia egipcia durante gran parte del Imperio Antiguo, y Canaán un vasallo de los soberanos egipcios.

Recientes hallazgos arqueológicos realizados en Ebla muestran que entre 2500 y 2300 a.C., las ciudades fenicias se convirtieron en los principales intermediarios comerciales entre los grandes estados sirios y el valle del Nilo. En los archivos de Ebla se mencionan varias ciudades cananeas, entre las que destacan *a-ra-wa-ad* (Arvad), *sa-ra-pa-at* (Sarepta), *ak-zi-u* (Akhziv), *ba-u-ra-at-tu* (Beirut), *za-a-ru* (Tiro) y *si-du-na-a* (Sidón), si bien es Gub-lu, Gubli o Gubla la que aparece siempre mencionada como el centro comercial principal y descrita como capital de un poderoso reino. A cambio de productos eblaítas —metal, telas, perfumes, vino, aceite y ovejas— Biblos exporta al interior lino y, en particular, metales preciosos —oro y plata.

Se configuran así, durante el Bronce Antiguo, varios de los rasgos característicos que van a definir al mundo fenicio posterior: la importante componente egipcia o egiptizante en sus manifestaciones artísticas, artesanales y religiosas; el papel de intermediario entre los estados asiáticos del interior y el Mediterráneo y, por último, la vocación comercial e industrial de sus ciudades costeras.

El creciente poderío de los monarcas de Biblos se pone de manifiesto en

CUADRO 1. Cronologías fenicias.

	AMIRAN 1969		BARAMKI 1961	BIKAI 1978
3100				
		I		
2980		II		
	BRONCE ANTIGUO		BRONCE ANTIGUO	BRONCE ANTIGUO
2650				
		III		
		IV		
2300				
2200		I		
1950				BRONCE MEDIO
1900		II		
1730	BRONCE MEDIO			
			BRONCE MEDIO	
1600				
1550		III		
		I		
1400				
1300	BRONCE RECIENTE	II A	BRONCE RECIENTE	BRONCE RECIENTE
		II B		
1200				
1150		I		
1050				
1000		II A	HIERRO ANTIGUO	HIERRO ANTIGUO
900	HIERRO			
800		II B		HIERRO MEDIO I
725			HIERRO MEDIO	
600		II C		HIERRO MEDIO II
550				
				HIERRO RECIENTE
			HIERRO RECIENTE	
330				
64			HELENÍSTICO	HELENÍSTICO



FIGURA 4. Puerta de entrada del templo de la Baalat Gebal, en Biblos (*c.* 2800 a.C.).

sus actividades edilicias, destacando por encima de otras construcciones monumentales el gran templo dedicado a la Baalat-Gebal, la «Señora de Biblos», principal divinidad tutelar de la ciudad (fig. 4). Construido hacia 2800, las numerosas inscripciones y ofrendas egipcias halladas en el interior del templo nos hablan del interés de Egipto por mantener relaciones políticas amistosas con la casa real giblita.

Otra ciudad que aparece repetidas veces mencionada en los documentos diplomáticos de la época es Tiro, si bien este centro no llegó a alcanzar durante el tercer milenio el prestigio de su vecina del norte. El nombre de Tiro es igualmente una transcripción griega del nombre original, *Sor,* ya mencionado en los textos de Ebla. Una leyenda recogida por el historiador griego Heródoto sitúa los orígenes de Tiro alrededor del año 2750 a.C. Cuenta Heródoto que cuando visitó Tiro en el siglo V a.C. oyó decir a los sacerdotes del templo de Melqart que el santuario había sido erigido al fundarse la ciudad, hacía entonces 2.300 años (Heródoto 2:44). Esta leyenda, que acaso conocían los sacerdotes del templo a través de los anales de la ciudad, no había sido tomada en serio por ningún historiador moderno. Sin embargo, las excavaciones realizadas por la norteamericana Patricia Bikai en 1973-1974 pusieron de manifiesto que, efectivamente, la primera ocupación humana de la isla data de mediados del III milenio, momento en que ya se erigen en Tiro construcciones monumentales, posiblemente templos. La fundación de Tiro es, por lo tanto, «muy antigua», según palabras de Isaías (23:7) o, incluso, «más antigua que Sidón» (Estrabón 16:2,22).



FIGURA 5. El Templo de los Obeliscos, en Biblos (*c.* 1900-1550 a.C.).

A finales del Bronce Antiguo, Tiro, al igual que Biblos, muestra indicios de abandono o destrucción. En efecto, el período comprendido entre 2300 y 1900 a.C. viene caracterizado por una interrupción del tráfico naval con Egipto, a consecuencia de la invasión de Siria-Palestina por los amurru o amorritas, grupos nómadas semitas que, tras incendiar y saquear las principales ciudades cananeas, se hacen fuertes en los centros del interior del país, Alepo y Mari. Una vez superada esta crisis, Biblos emerge nuevamente como una ciudad próspera, cuyos intereses coinciden una vez más con los de Egipto.

Durante una buena parte del *Bronce Medio* cananeo (1900-1550 a.C.), Egipto ejerce de nuevo su soberanía sobre las principales ciudades de Canaán: Biblos, Ugarit y Megiddo. Los textos egipcios hablan ahora de monarquía independiente en Tiro y se menciona a Biblos como cabeza de puente de la dominación egipcia sobre el Levante. Datan de este período el célebre Templo de los Obeliscos de Biblos (fig. 5), de inspiración egipcia, y las tumbas reales giblitas —grandes tumbas hipogeas o subterráneas excavadas en la roca, donde los monarcas de Biblos se acompañan de espléndidos ajuares de oro y alabastro. Según se infiere de algunos textos mesopotámicos y de los hallazgos arqueológicos, Biblos y Ugarit mantienen también durante este período intercambios comerciales con Creta, Mari y Ur.

Durante el *Bronce Reciente* (1550-1200 a.C.) las ciudades de Ugarit (fig. 6), Biblos y Tiro pasaron a formar parte de los grandes circuitos comerciales mediterráneos, que vincularon Egipto, Micenas, Siria-Palestina y Mesopota-



FIGURA 6. Puerta de acceso a la ciudad de Ugarit.

mia entre sí. El siglo XIV a.C. en particular coincide con la época de mayor actividad comercial y marítima de las ciudades cananeas, que fueron parte integrante de la provincia egipcia de Siria-Palestina durante la dinastía XVIII.

Se ha conservado una parte considerable de la correspondencia diplomática mantenida por los reyes de Biblos y de Tiro con los faraones Amenofis III y Ajenatón. Descubiertas en la localidad egipcia de El Amarna y escritas en acadio cuneiforme, las cartas de Abi-Milki, rey de Tiro, y de Rib-Addi, rey de Biblos, nos proporcionan valiosa información política y económica de Canaán durante el siglo XIV a.C. En ellas los monarcas cananeos insisten en su lealtad hacia Egipto, al tiempo que anuncian el envío de naves cargadas de madera de cedro hacia el Nilo, como expresión de tributo y, al parecer, sin contrapartida por parte de Egipto.

En la correspondencia de El Amarna, Tiro aparece por primera vez descrita como una monarquía que goza de prestigio y de influencia política. El establecimiento por esas fechas de una gran ciudad satélite en tierra firme —Ushu o Paleotiro— traduce sin duda un auge demográfico y económico en ese estado cananeo, si bien su rey Abi-Milki alude ya en sus cartas a una cierta crisis política en el interior de su territorio y a una situación insurreccional generalizada en las ciudades sirias, ante la aparente indiferencia, si no impotencia, de Egipto. Se anuncian, pues, los cambios que darán paso a la edad del Hierro en Canaán, que implicarán el desprestigio del poderío egipcio en la zona y una profunda transformación del panorama geopolítico en Levante, como principales repercusiones.



FIGURA 7. Vista de las excavaciones de Ebla.

Los textos de Ugarit y de otros centros cananeos de reciente excavación, como Kamid-el-Loz, han constituido además una valiosa aportación para el conocimiento de la lengua cananea del II milenio y de sus variantes dialectales, la evolución de sus sistemas de escritura y de su épica y su poesía.

El alfabeto, que viene documentado en forma cuneiforme en Ugarit desde el siglo XV, es una invención cananea que habría sustituido al sistema de escritura pseudojeroglífica y silábica más antigua, conocida gracias a los hallazgos de Biblos. La escritura consonántica de Ugarit, expresada por medio de signos gráficos tomados del cuneiforme mesopotámico y que comprende 30 letras o signos, quedará reducida definitivamente a las 22 letras del alfabeto convencional a partir del siglo XII a.C.

Por lo demás, los hallazgos de Ebla (fig. 7) y Ugarit demuestran que la lengua cananea, ya documentada durante el III milenio, forma parte de un grupo de lenguas denominadas «semíticas del noroeste», bien diferenciado de otros grupos más orientales —el acadio, el babilónico, etc.— y que presenta múltiples dialectos y variantes locales desde, por lo menos, el II milenio. La lengua fenicia del I milenio no es más que la heredera directa de este tronco común cananeo, que ofrecerá igualmente diversas variantes dialectales —el giblita, el tirio, etc.

El Bronce cananeo acaba con síntomas generalizados de involución, crisis, destrucción o declive sociopolítico. La destrucción y abandono definitivo de Ugarit en torno al 1190 forma parte de los acontecimientos que se suceden en

Canaán a finales de la edad del Bronce, especialmente la invasión israelita hacia el 1230 a.C. y la inestabilidad generalizada producida por los movimientos de los llamados «pueblos del mar». Estos últimos, entre los que destacan los filisteos, de origen oscuro, tras devastar el imperio hitita y destruir numerosas ciudades cananeas, se apoderan del territorio costero meridional de Canaán hacia el 1180 a.C. Se atribuye a estos filisteos, que darán el nombre a esta parte del país —Filistia-Palestina—, la introducción de la metalurgia del hierro en Levante. Todos estos acontecimientos traerán como consecuencia un vacío cultural y político y facilitarán finalmente la incursión de las tribus arameas, que ocupan hacia el siglo XI a.C. el interior del territorio —la actual Siria.

Recientes estudios sobre la denominada «crisis del 1200» realizados por Muhly y Liverani han puesto de manifiesto hasta qué punto se han exagerado las destrucciones de los «pueblos del mar» a la hora de explicar los cambios del siglo XII en el Mediterráneo oriental. En realidad, las pruebas empíricas relativas a pueblos invasores resultan cada vez menos convincentes y hasta la misma Ugarit muestra evidencias de desintegración interna poco antes del 1200. Ni en Ugarit ni en la vecina Ras Ibn Hani se advierte la presencia de cerámicas intrusivas después de la crisis, lo que sugiere que probablemente fueron factores sociopolíticos internos los responsables de la destrucción de este centro.

La ciudad portuaria descubierta en la península del Ras Ibn Hani, a 5 km de distancia al sur de Ugarit, fue coetánea de los últimos tiempos de existencia de la capital cananea y sirvió de segunda residencia de los reyes de Ugarit. El palacio real fue destruido por un violento incendio hacia el 1200, pero el lugar no quedó abandonado, ya que sobre los escombros de la zona residencial se edificaron a principios del siglo XII casas y estructuras asociadas a cerámicas micénicas de producción local de tipo IIIC:1, es decir, a aquellas cerámicas que caracterizan la transición a la edad del Hierro en todo el Levante y Chipre.

El caso de Ras Ibn Hani no es el único, ya que también se observan síntomas de continuidad constructiva y cultural en las ciudades fenicias de Tiro —donde no se aprecia un nivel de destrucción entre el estrato XV (Bronce Reciente) y los niveles correspondientes al Hierro—, y de Sarepta, donde tampoco se advierte un hiatus en el paso del Bronce Reciente (estrato F) al Hierro (estratos E-D).

En general, el siglo XII refleja cambios políticos y sociales, más que una ruptura generalizada. Si hubo invasiones y destrucciones en el Levante mediterráneo, éstas pudieron ser la consecuencia —y no la causa— de la desintegración de las unidades políticas centralizadas y monopolistas del Bronce —Micenas, Ugarit, Hattusa—, y del consiguiente declive del comercio interregional. Prueba de ello es que la transición al Hierro en las ciudades costeras de Siria-Palestina se caracteriza por una drástica interrupción de las importaciones y por el cese de los contactos con Chipre y el Egeo, que no volverán a reanudarse hasta el siglo X a.C.

La crisis del Bronce Final culmina en una reorganización general del viejo país de Canaán, que queda reducido a lo que será propiamente la Phoiniké o Fenicia. El período de transición a la edad del Hierro en Fenicia, fechado en

1200-1050 a.C., es oscuro y sin apenas actividad política, aunque, como veremos, conoce una lenta y gradual recuperación de muchas de sus ciudades costeras. La actividad comercial queda asimismo reducida al mínimo, por cuanto la flota filistea bloqueó los principales puertos y redujo la posibilidad de una recuperación naval y mercantil inmediata entre los años 1050 y 975 a.C. Es importante calibrar detenidamente este período de inactividad de las ciudades fenicias, por cuanto algunas fuentes escritas de época helenística sitúan la fundación tiria de Gadir y, con ella, el inicio de la diáspora comercial de Tiro, precisamente por esas fechas.

2. FENICIA DURANTE LA EDAD DEL HIERRO

Durante el I milenio las principales ciudades fenicias atraviesan por una serie de vicisitudes que les obligará a reajustar sucesivamente la orientación de su política comercial. Es precisamente durante una de estas etapas de reorganización de la política económica cuando se crearán las condiciones favorables para emprender un proceso de expansión marítima hacia el oeste.

En este capítulo no abordaremos el análisis de la historia fenicia en sí misma, mediante una sucesión de acontecimientos políticos o dinásticos; pretendemos únicamente poner de manifiesto aquellos factores y variables socioeconómicos cuya acumulación a lo largo de la edad del Hierro pudo llegar a producir, en un momento determinado, una situación tal de tensión, que ello obligara a Tiro a iniciar la diáspora hacia Occidente. En este marco es importante conocer la evolución de la política comercial de las ciudades fenicias, en especial de Tiro, y sus readaptaciones sucesivas, para poder analizar las causas que impulsaron a Tiro a emprender esa empresa comercial y colonial de larga distancia y captar el alcance real de los asentamientos fenicios de Occidente y del sur de la Península Ibérica.

LAS FUENTES LITERARIAS

El pueblo que ha legado a la humanidad el alfabeto y que había producido la extraordinaria literatura cananea del II milenio, ha dejado, paradójicamente, muy poca documentación escrita relativa al I milenio. Probablemente la escasez de documentos escritos no es fortuita, al desaparecer en el 1200 la institución del palacio como centro principal de la actividad económica y de la gestión administrativa del comercio interregional.

En términos relativos, sabemos mucho más de los fenicios en Occidente que en su propio país de origen; de ahí que los manuales modernos reserven mucho más espacio a los fenicios occidentales que a los de Oriente. Ello se debe principalmente a dos factores: la escasez de referencias históricas directas o genuinamente fenicias y la penuria del registro arqueológico relativo a las grandes ciudades del Hierro. Disponemos, en consecuencia, de un cúmulo de información empírica descontextualizada.

Para la reconstrucción histórica de las ciudades fenicias contamos con tres grupos de fuentes escritas: los anales asirios, los textos bíblicos y las referencias transmitidas por algunos autores clásicos. Se trata de una documentación parcial y, en algunos casos, tendenciosa, en la medida en que está constituida por escritos de propaganda política —los anales asirios— o por textos claramente hostiles —los bíblicos— y excesivamente tardíos en relación a los acontecimientos que narran —la literatura clásica.

Aun así, la importancia de estas fuentes literarias es considerable, si su lectura va acompañada de una contrastación crítica de los datos. Así, por ejemplo, los anales asirios, destinados básicamente a ensalzar a sus monarcas, proporcionan valiosa información acerca de los pagos y tributos impuestos a los reyes de la costa fenicia y sobre el volumen de las transacciones comerciales y las mercancías suministradas al imperio asirio por parte de las ciudades fenicias.

Los textos del Antiguo Testamento contienen documentación de primera mano sobre los pactos políticos y acuerdos comerciales suscritos por los monarcas de Tiro y de Israel, al tiempo que reflejan el recelo de los ideólogos israelitas ante el excesivo poder político e ideológico de Tiro sobre el territorio septentrional de Israel. Este malestar se pone de manifiesto, concretamente, en los escritos de Ezequiel y de Isaías.

Nos consta, sin embargo, que los fenicios, al igual que todos los pueblos de Asia occidental, tuvieron sus propios anales históricos y sus propios poetas y escritores. Flavio Josefo menciona la existencia de unos Anales en Tiro. Existen además alusiones a la fama de los poetas de Tiro y de Sidón en Isaías, y se cita a grandes pensadores e historiadores que vivieron en Beirut y en Tiro.

En sus conocidas obras *Antiquitates Iudaicae* y *Contra Apionem,* escritas en el siglo I d.C., Flavio Josefo recuerda que en la ciudad de Tiro existieron crónicas públicas muy antiguas en las que se recogían los nombres y los hechos más destacados de los reyes de la ciudad. Josefo menciona igualmente a un autor griego de época helenística, Menandro de Éfeso, como el traductor de las crónicas de los reyes de Tiro. A pesar de que incurre en algunas contradicciones, se sabe que Josefo copió la traducción de la *Historia de los fenicios* de Menandro, elaborada a partir de una *Historia de Tiro* que, al parecer, el escritor de Éfeso pudo consultar personalmente en documentos oficiales conservados en la misma ciudad fenicia.

Flavio Josefo menciona también la existencia en Tiro de un archivo real que conservaba, todavía en su época, una copia de la correspondencia diplomática mantenida entre Hiram I y Salomón y custodiada por oficiales públicos a cargo de los archivos del estado.

De todo ello se infiere que en Tiro existieron anales reales, que contenían material de archivo, el nombre de los reyes de la ciudad y los acontecimientos más sobresalientes de cada reinado. Estos *Anales de Tiro* debieron ser similares a los *Anales de los reyes de Judá*, una obra perdida, pero que proporcionó considerable material para la redacción del Libro de los Reyes. Cabe concluir, por tanto, que durante los siglos X-VIII a.C. en Fenicia e Israel se desarrolló un gé-

nero literario de carácter historiográfico común, del que solamente se han conservado fragmentos o noticias indirectas. A pesar de sus lagunas, la lista de los reyes de Tiro que nos ha transmitido Flavio Josefo constituye una de las fuentes de información histórica más importantes para reconstruir la historia de la ciudad fenicia durante el período de la expansión tiria hacia Occidente.

Hay noticia de una segunda obra monumental de la historiografía fenicia, que conocemos a través de los fragmentos conservados por Filón de Biblos, un escritor griego de los siglos I-II d.C. Filón asegura haber traducido al griego, en ocho volúmenes, una *Historia fenicia* debida al autor fenicio Sanchuniathon o Sakkunyaton, quien habría residido en Beirut o en Tiro a finales del II milenio a.C.

Todo cuanto sabemos de Filón de Biblos se lo debemos, a su vez, a Eusebio de Cesarea, un escritor de los siglos II-III d.C., que intercaló en su obra varios extractos de la *Historia* de Filón de Biblos. Al margen de la controversia suscitada por la obra de Filón, y en particular por sus relaciones con la mitología griega, merece destacarse el hecho de que alrededor del año 1000 a.C. existiera un autor fenicio, Sanchuniathon, considerado una autoridad en historia y religión fenicias, al que deberíamos una monumental *Historia de los fenicios* compilada a partir de los anales conservados en los templos de las principales ciudades fenicias.

Diversos hallazgos arqueológicos, como los realizados en los archivos de Ugarit y de Kamid el-Loz, corroboran cuanto hemos dicho anteriormente, esto es, la existencia de una larga historiografía fenicia, desarrollada en torno a estamentos oficiales y estatales.

Por último, en el relato egipcio de Unamón, fechado hacia el año 1070 a.C., se alude explícitamente a la existencia de diarios y crónicas oficiales redactados en papiro y conservados en los palacios reales fenicios. Se menciona igualmente que en la corte fenicia se llevaba un registro minucioso de las transacciones comerciales y de los hechos más relevantes vinculados a la casa real. Una de estas transacciones —la entrega por Unamón de 500 rollos de papiro al rey de Biblos a cambio de madera de cedro— da una idea del volumen de papiro que necesitaba la casa real giblita para llevar sus registros oficiales.

EL PERÍODO «OSCURO» DE LOS SIGLOS XII Y XI A.C.

Tras la crisis del 1200 a.C., descrita en el capítulo anterior, la actividad de las ciudades fenicias nos resulta prácticamente desconocida. No obstante, y a pesar de haber sido destruidos muchos de los centros de la edad del Bronce —Ugarit, Alalakh—, con el consiguiente deterioro del comercio internacional, algunas noticias indican que varias ciudades fenicias logran recuperarse y reanudar en muy poco tiempo sus actividades comerciales. Este es el caso de Biblos y de Sidón, ciudades que dominarán la escena política de Fenicia durante el Hierro Antiguo (1150-900 a.C.).

Inspirándose en fuentes locales, diversos autores clásicos, como Menandro

de Éfeso y Justino (18:3, 5), señalan que la ciudad de Tiro fue «fundada» por sidonios el año 1191 a.C. Esta leyenda insinúa la posibilidad de que, tras su destrucción, Tiro fuera reconstruida bajo los auspicios de Sidón, ciudad que, según toda la evidencia, fue el centro más importante del sur de Fenicia durante los siglos XII y XI a.C. A su vez, esta situación explica el hecho de que en época tardía Sidón reivindicara todavía en sus monedas la ciudad de Tiro como su hija. «Sidón, madre de Cartago, Hippo, Citium y Tiro», rezan leyendas monetarias de época helenística.

En cualquier caso, importa destacar que, con anterioridad a la llegada al trono de Hiram I (969 a.C.), Tiro no aparece mencionada en los documentos oficiales de la época. Tampoco parece desarrollar esta ciudad una política relevante, como sí se constata, en cambio, en las ciudades de Biblos y Sidón.

A la vista de tales evidencias, ningún especialista en historia fenicia de Oriente suscribe hoy la hipótesis de una colonización tiria en el extremo occidental del Mediterráneo a finales del siglo XII a.C. Una eventual proyección internacional de Tiro en el panorama mediterráneo tuvo que ser prácticamente inviable antes del siglo X a.C., y en nuestra opinión, el trasfondo político que se vislumbra en el relato egipcio de Unamón y en la lectura del Libro de los Jueces (1:31) constituye un sólido argumento en este sentido. Efectivamente, desde los tiempos de Saúl hasta la victoria de David sobre los filisteos, esto es, entre los años 1050 y 975 a.C., los filisteos y otros grupos de piratas, surgidos de las incursiones de los llamados «pueblos del mar», controlaron toda la costa comprendida entre Gaza, al sur, y el territorio del Monte Carmelo y de Tiro, entorpeciendo en ocasiones la navegación hasta la misma ciudad de Sidón.

Además, en inscripciones asirias de tiempos de Tiglatpileser I (1114-1076 a.C.), se menciona el tributo recibido por este monarca de las principales ciudades fenicias: Sidón, Gubal y Arvad. Tiro no aparece mencionada entre éstas.

Sin duda el documento más importante que hace referencia a este período oscuro de la historia fenicia lo constituye el relato de Unamón, un enviado de las autoridades egipcias de la dinastía XXI a la corte fenicia, con el objeto de procurarse madera de cedro. Unamón nos ha dejado la descripción más completa que conocemos de la costa fenicia durante los años 1075-1060 a.C. (Apéndice I). En ella Tiro aparece una vez más relegada a un segundo término, en tanto que Biblos, seguida de Sidón, ocupa un lugar privilegiado en las relaciones internacionales de la época.

Biblos aparece descrita como el puerto más poderoso y principal exportador de madera de cedro a Egipto. A cambio, la ciudad obtiene enormes cantidades de papiro. En época tardía, Biblos se convertirá en el primer centro intermediario del comercio del papiro egipcio y abastecerá de material de escribir durante largo tiempo al mundo griego. Por extensión, el vocablo griego utilizado para designar el papiro, *byblos,* acabará por dar nombre a la ciudad fenicia de Gubal y a todo elemento relacionado con el papel y el libro escrito, incluyendo al «libro» por excelencia, la Biblia.

En el relato de Unamón, la costa fenicia aparece dominada por piratas tjekker, a pesar de lo cual, Biblos logra mantener sus tradicionales vínculos de amis-

tad y comercio con Egipto. No obstante, el trato recibido por el enviado del faraón, Unamón, denota un cambio de actitud entre las arrogantes autoridades fenicias, como resultado del desprestigio político de Egipto.

La importancia de Biblos decae poco tiempo después de la visita de Unamón. Probablemente el rápido crecimiento de Tiro a partir del siglo X a.C. perjudicó los intereses comerciales de esta ciudad, así como también los de Sidón y Arvad.

Conocemos, no obstante, el nombre de algunos monarcas giblitas, como Zakarbaal, el rey que acoge en su corte a Unamón, y sobre todo Ahiram, que reinó en Biblos hacia el año 1000 a.C., y cuyo nombre se ha hecho célebre gracias al hallazgo de su sarcófago, que lleva una de las inscripciones fenicias más antiguas que se conocen. De los sucesores de Ahiram sabemos poco más que su nombre.

La ciudad de Tiro, apenas mencionada antes del siglo X a.C. y considerada un centro satélite dependiendo de Sidón a principios del I milenio, pasa a ocupar una posición hegemónica en la historia fenicia a raíz de la llegada al trono de Hiram I (969-936 a.C.). Con este monarca se inicia la «edad de oro» de los fenicios, y Tiro se convierte en el puerto más importante del Mediterráneo. Desde el siglo X a.C., la historia de Fenicia se confunde con la historia de Tiro.

Tiro en la Antigüedad

La expansión fenicia a Occidente fue obra del reino formado por Tiro y Sidón. Se ha insinuado en ocasiones que la colonización pudo salir de varias de las ciudades de la costa fenicia. Sin embargo, el Antiguo Testamento es claro y rotundo en este aspecto. La ciudad comercial y navegante por excelencia fue Tiro y aun cuando existió un estado de Tiro-Sidón, la iniciativa y dirección política y económica estuvo en manos de Tiro. Es por tanto oportuno discutir aquí en detalle las características de esta ciudad y de su territorio inmediato a partir de la documentación literaria y arqueológica.

A Tiro se la conoce en la actualidad con el nombre árabe de Ṣur. Está situada a unos 40 km al sur de Sidón y a 45 km al norte de San Juan de Acre, la antigua Akko. Su nombre original fue *Ṣor*, transcrito en los anales asirios como Sur-ri. El nombre con el que la conocemos hoy deriva de la transcripción griega de Ṣor: Tyros.

Su configuración actual es muy distinta a la que tuvo en la Antigüedad. Hoy, Tiro es una península unida a tierra firme, a consecuencia de una serie de aluviones y sedimentos que se han ido depositando a lo largo de los siglos sobre el dique construido por Alejandro Magno en el año 332 a.C. a raíz del asedio a la ciudad (fig. 8). En la Antigüedad Tiro fue una isla «en medio del mar» (Ez 27:32). Cuenta la leyenda que la ciudad fue fundada sobre dos rocas unidas entre sí por las raíces de un olivo sagrado. Según las fuentes tirias, Hiram I unió las dos islas originales al ampliar la ciudad.

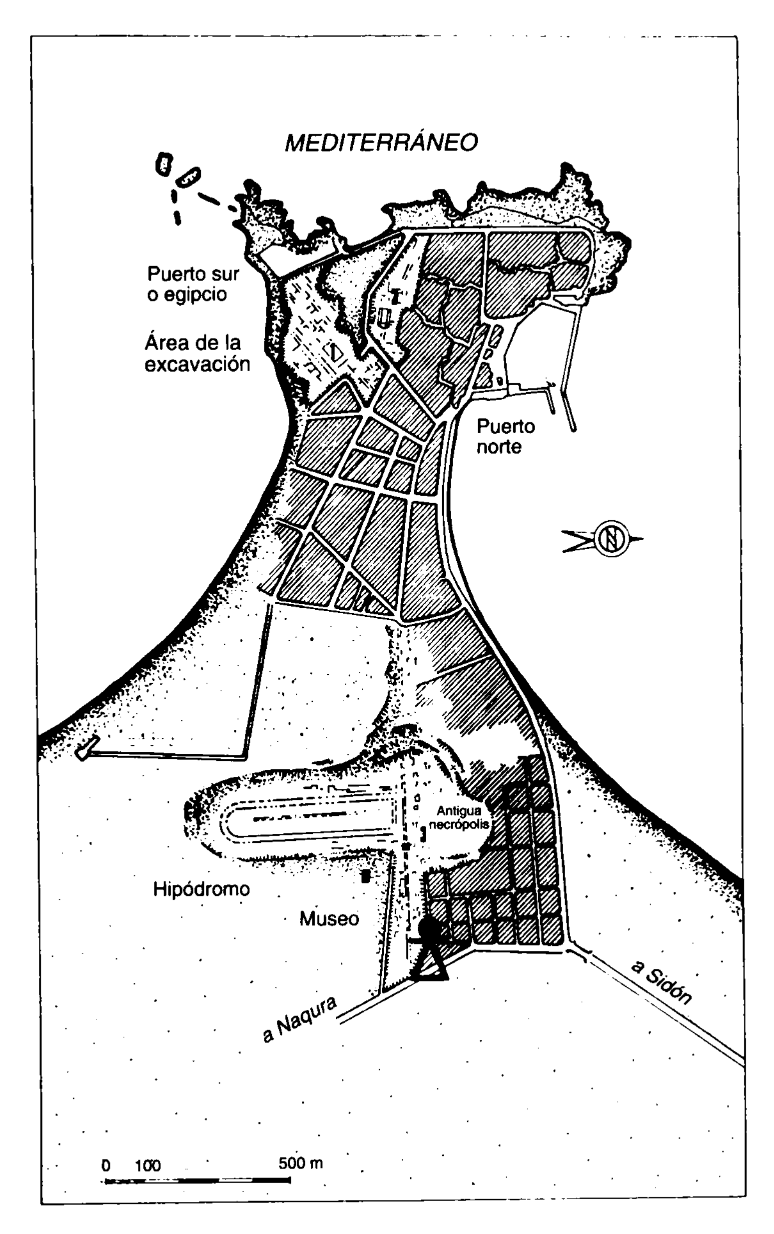


FIGURA 8. Planta de Tiro. El signo de Tanit indica el emplazamiento de la necrópolis arcaica (según Seeden, 1991).



FIGURA 9. Vista aérea de Tiro en 1935 (según Poidebard, 1939).

La posición estratégica de Tiro, a una distancia prudente de la costa y provista de líneas de arrecifes al norte y al sur (fig. 9), respondía a los criterios exigidos por las técnicas de construcción portuaria y de navegación de la época prerromana. En efecto, los puertos antiguos no se construían, sino que eran tallados en la roca de los arrecifes para protegerlos contra los vientos dominantes y las mareas, y contra eventuales ataques por mar. En Occidente, los enclaves fenicios, establecidos en su mayoría en islotes y promontorios costeros, no hacen más que reproducir a pequeña escala el modelo de asentamiento tirio. El ejemplo más cercano a nosotros y que más semejanzas ofrece con Tiro es Cádiz.

La descripción que hace Arriano de los puertos de Tiro, en vísperas de la conquista de Alejandro (Arriano 2:20,10) coincide, a grandes rasgos, con la de otros escritores clásicos (Estrabón 16:2,23). En Tiro, según ellos, existieron dos puertos, uno natural y otro artificial. El puerto natural estuvo situado al norte de la ciudad y fue un recinto cerrado dentro de los límites de las murallas de Tiro. Se le denominó «sidonio», por estar orientado al norte, hacia Sidón. El puerto artificial se localizaba al sur de la ciudad y fue construido en el siglo IX por Ithobaal I. Se le llamó «egipcio», por estar orientado hacia África y estuvo conectado con el «puerto sidonio» por medio de un canal que atravesaba la ciudad. Esta disposición de los puertos y la existencia de un canal de comunicación nos remite, una vez más, a la urbanística de la Cádiz fenicia, como



FIGURA 10. Vista aérea de Tiro en 1938 (según Jidejian, 1960).

se verá más adelante. El caso es que toda la actividad económica de Tiro giró en torno a sus dos famosos puertos. «Entronizada sobre tus puertos», canta el profeta (Ez 27:3).

No sabemos con exactitud qué extensión tuvo la isla de Tiro. Plinio asegura que su perímetro medía 22 estadios (*N. H.* 5:76), unos 4 km, aunque algunas estimaciones recientes calculan que la isla tuvo una anchura de unos 700/750 metros, lo que nos daría una superficie para la ciudad-isla de 53 hectáreas aproximadamente. En cualquier caso, una ciudad de dimensiones apreciables para la época (fig. 10).

En cuanto a su población, los especialistas coinciden en señalar que fue superior a la moderna Ṣur. Se estima que en Tiro habitaron unas 30.000 personas, esto es, una densidad de unos 520 habitantes por hectárea —densidad que podía incrementarse en tiempos de guerra, cuando los moradores de los suburbios de tierra firme, como Ushu, se refugiaban en la isla y llevaban a la población a alcanzar una cifra cercana a las 40.000 personas. Estos cálculos se basan en referencias de Arriano, quien señala que, durante el sitio de Alejandro Magno, cayeron unos 8.000 defensores. Otros treinta mil supervivientes, incluyendo mujeres y niños, fueron hechos esclavos por los macedonios.

Diversas tradiciones legendarias recuerdan que el templo más antiguo de Melqart no estuvo en Tiro, sino en la denominada «Tiro antigua», *Tyrus vetus* (Justino 11:10-11) o también *Palaeotyron* (Curcio Rufo 4:2-4), situada en tierra firme. De la ciudad de Paleotiro, no localizada aún, pero que ha sido identificada con la moderna población de Tell er-Rachidiyeh, dependió el suministro

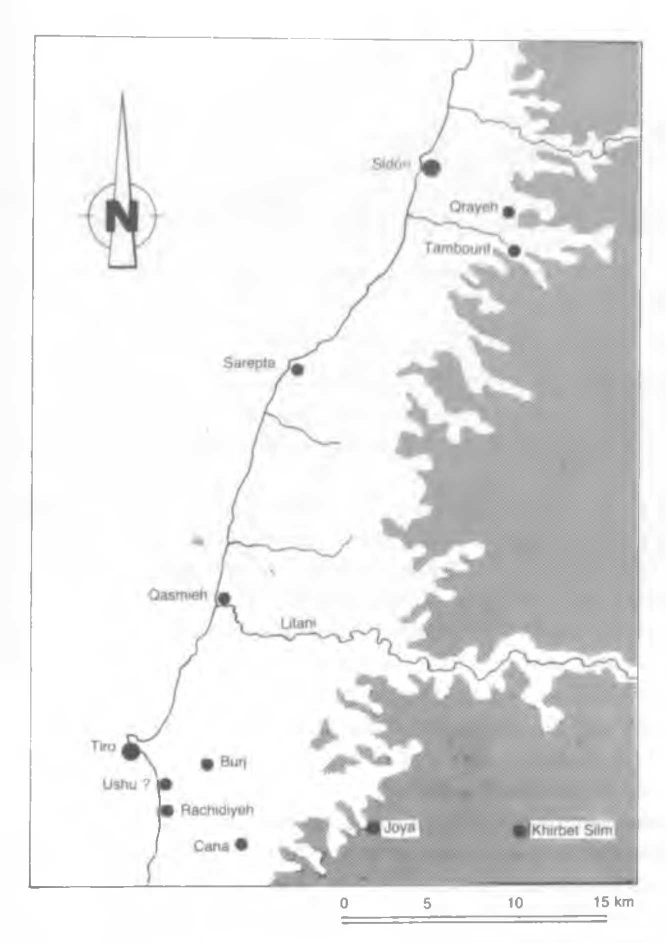


FIGURA 11. El sur de Fenicia y el territorio de Tiro.

de agua potable a Tiro. El agua fue transportada en botes a la isla hasta los tiempos de Hiram I, quien construyó cisternas y otras obras de ingeniería en la isla. Además, se menciona que el primer asentamiento humano en la isla, durante la edad del Bronce, partió de Paleotiro, en el continente.

Los textos egipcios y asirios llaman a Paleotiro *Ushu* (fig. 11). Se la consideró una segunda Tiro en tierra firme y subsistió como ciudad satélite hasta su conquista por Nabucodonosor. El Libro de Samuel se refiere probablemente a Ushu (II 24:6-7) cuando menciona la «fortaleza» desde la cual Tiro pudo controlar todo aquel territorio hasta Akhziv en el sur, que quedaba fuera de las fronteras del reino de David.

Un río, el Ras el-'Ain, atravesaba Paleotiro en su desembocadura, lo que nos recuerda una vez más la topografía de los enclaves del sur de la Península Ibérica.



FIGURA 12. La isla de Tiro en un bajorrelieve en bronce de las puertas de Balawat (siglo IX a.C.).

La isla de Tiro, superpoblada, tenía necesidad vital de su territorio continental. Éste, formado por una extensa llanura sumamente fértil, abastecía a la ciudad de productos agrícolas, agua potable, madera y múrex. La ciudad, aislada, no era nada.

Con la ayuda de las sucesivas descripciones que se han conservado de la antigua Tiro y gracias a diversas representaciones de la ciudad en el arte asirio, es posible restituir hoy el aspecto original que tuvo «la más grande y gloriosa» ciudad de la costa levantina (Curcio Rufo 4:2,2).

En lo que se refiere a la arquitectura y la urbanística, nos consta que Hiram construyó los tres mayores templos de la ciudad —el de Melqart, el de Astarté y el de Baal Shamem— y que en las proximidades del puerto existió una gran plaza de mercado. Sabemos, también, del palacio real levantado en el ángulo suroeste de la ciudad (Arriano 2:23,6), en cuyas cercanías se conservaban los tesoros y archivos reales (Ez 28:4).

La representación más antigua que se conserva de la ciudad de Tiro la constituye un bajorrelieve en bronce de las puertas de Balawat, fechado a mediados del siglo IX a.C., en el que aparece Tiro sobre su islote rocoso rodeada de una muralla de cinco torres (fig. 12). Dos puertas de la muralla, provistas de arcos, pudieron constituir los accesos respectivos a los dos puertos de la ciudad. En cuanto al alzado de la muralla de Tiro, se señala que por su lado oriental llegó a alcanzar los 45 metros de altura (Arriano 2:21,4).

En otro bajorrelieve de piedra del primer cuarto del siglo VIII a.C., hallado en el palacio de Sargón II en Khorsabad, se representa una escena marítima en la que unos barcos transportan gruesos troncos de madera de cedro, sobre un fondo en el que se advierten dos islas cercanas a la costa. La de la derecha es Tiro y la de la izquierda pudiera ser Arvad (fig. 13). Tiro aparece de nuevo aquí representada sobre una isla rocosa y protegida por poderosas fortificaciones. Sobre las murallas destacan sus tres principales templos. Una vez más se nos evoca la imagen de Tiro comparada a una gran nave «fortificada en medio del mar» (Ez 27:32).

La representación sin duda más sugerente que conocemos aparece en un bajorrelieve asirio hoy perdido, que decoraba el palacio de Senaquerib en Nínive. Gracias a un dibujo inédito, Barnett pudo identificar y reconstruir la escena, que se fecharía hacia el 690 a.C. (fig. 14).

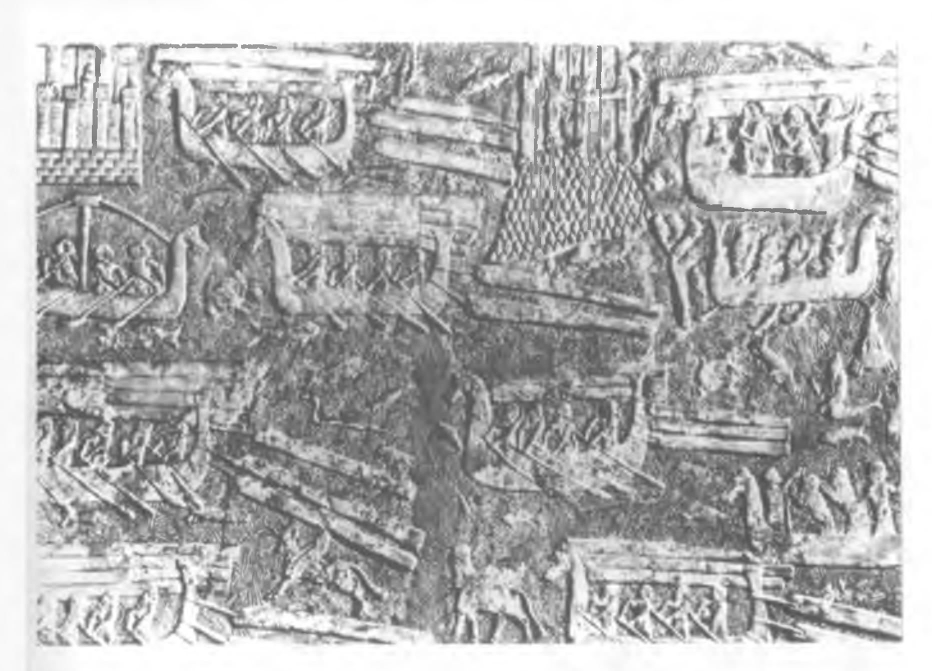


FIGURA 13. Naves fenicias y, al fondo, las islas de Tiro y Arvad. Bajorrelieve del palacio de Sargón II en Khorsabad (siglo VIII a.C.).

El bajorrelieve representa la huida del rey Luli de Tiro en el año 701 a.C. frente a los ejércitos asirios. Se observa al rey embarcando en una nave con su familia, acaso en el «puerto egipcio», que le llevará seguramente al exilio, a la isla de Chipre. Delante de la ciudad aguarda al rey una flotilla de naves redondas y voluminosas —galeras o naves mercantes— escoltada por naves de guerra, más alargadas. Se ha pretendido ver en esta escena una reproducción de las célebres «naves de Tarshish».

Al fondo aparece la ciudad de Tiro. Se aprecian en ella varios edificios superpuestos tras las murallas y las torres de la ciudad. Sobre una puerta arqueada, a la izquierda de la muralla, se alza un importante edificio provisto de cornisa, cuya entrada principal aparece flanqueada por dos grandes pilares o columnas exentas, terminadas en capiteles de volutas. Con probabilidad tenemos aquí una representación del gran templo de Melqart y sus dos columnas gemelas de oro y esmeralda (Heródoto 2:44).

Arqueología de Tiro y su territorio

Un sondeo estratigráfico de 150 m² dirigido por Bikai en la zona más elevada de Tiro en 1973-1974 fue decisivo a la hora de contrastar los datos procedentes de la documentación escrita con información empírica o arqueo-

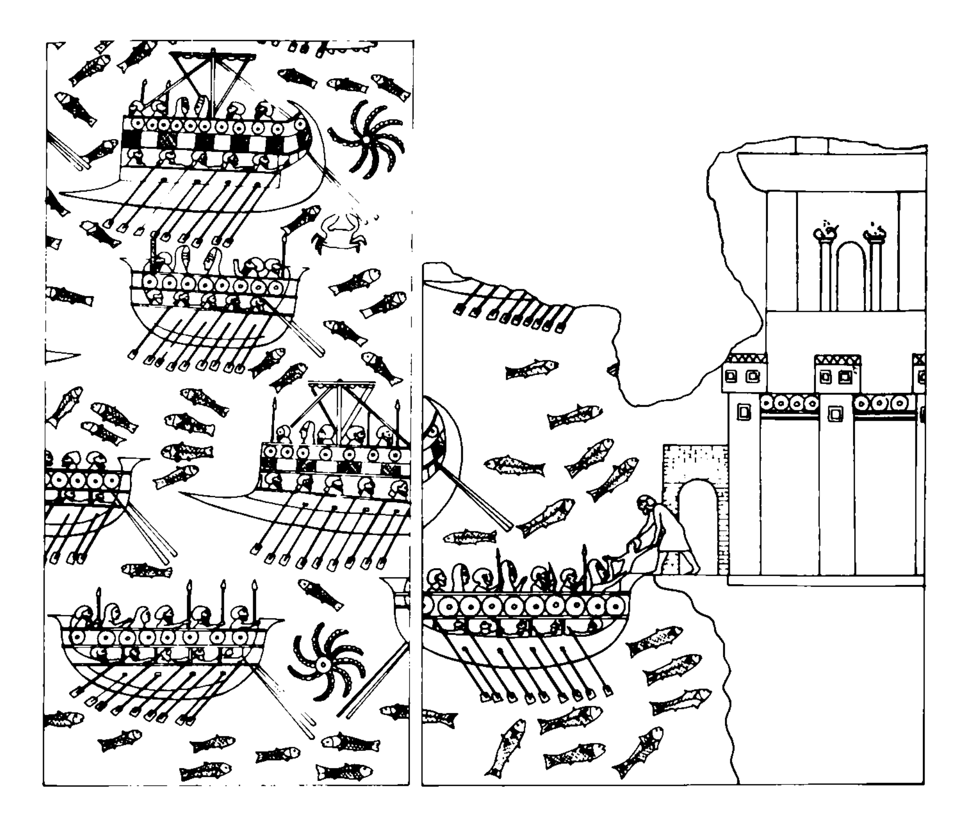


FIGURA 14. Huida del rey Luli de Tiro. Bajorrelieve asirio de Khorsabad, principios del siglo VII a.C. (según Barnett, 1956).

lógica. Por primera vez una excavación en la misma Tiro permitía registrar una de las pocas secuencias de materiales arqueológicos obtenidas hasta hoy en Fenicia. Por otra parte, el volumen considerable de cerámica hallado en la excavación ha constituido un valioso instrumento de análisis a la hora de revisar los materiales fenicios procedentes de la Península Ibérica y Occidente.

La excavación de Bikai puso de manifiesto la ocupación casi ininterrumpida de la isla desde el Bronce Antiguo. Esta novedad fue una de las sorpresas que deparó la excavación, por cuanto hasta entonces se había considerado que Tiro no había florecido antes del reinado de Hiram I. Los ricos niveles de ocupación del Bronce Antiguo (estratos XXVII-XIX), fechados en 2900-2500 a.C., muestran una considerable actividad edilicia y una arquitectura comparable a la de otros grandes centros cananeos de la época.

La arqueología señala un abandono de la isla de Tiro a lo largo de todo el Bronce Medio, esto es, entre el 2000 y el 1600 aproximadamente. Acaso durante este período la población se trasladó a Ushu, en tierra firme.

Durante el Bronce Reciente, entre 1650 y 1050 a.C., Tiro vuelve a estar habitada (estratos XVIII-XIV). Durante esta etapa tiene lugar un auge espectacular

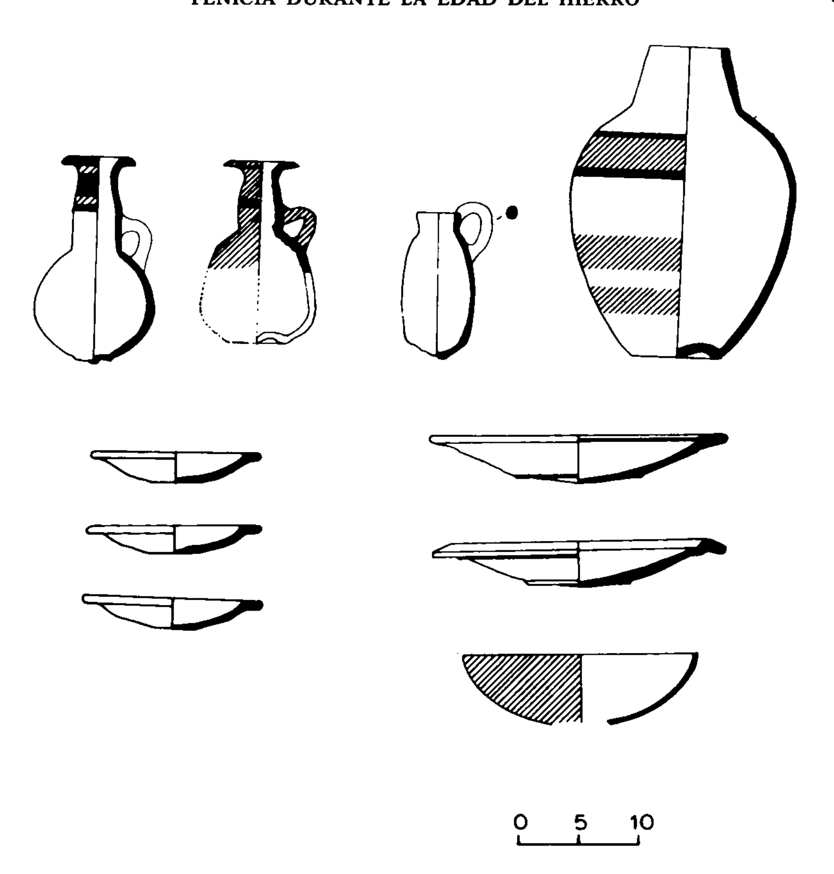


FIGURA 15. Cerámica de Tiro del siglo VIII a.C. (según Bikai, 1978).

de la industria de la púrpura, a juzgar por el hallazgo de numerosas conchas de *Murex brandaris* y de *Murex trunculus.* A finales del Bronce Reciente (estratos XV-XIV) se observan síntomas de declive e interrupción de las actividades industriales, pero no se evidencia la destrucción violenta constatada en otras ciudades de la época.

Los estratos de ocupación correspondientes a la edad del Hierro (estratos XIII-I) reflejan una extraordinaria actividad de la construcción y de la industria cerámica, en particular en los estratos IX-VI de la excavación (850-800 a.C.). Sobre este barrio industrial se erigen hacia los años 760-740 a.C. (estratos V-IV) grandes edificios de carácter monumental. A partir del estrato I, fechado hacia 700 a.C., los niveles arqueológicos aparecen destruidos por construcciones romanas, de ahí que no exista documentación alguna acerca de la edad del Hierro Medio II (725-550 a.C.), ni del Hierro Reciente (550-330 a.C.).

Los niveles de mayor interés los constituyen, lógicamente, los estratos IV-I y, en particular, el horizonte de Tiro III-II, fechado en 740-700 a.C., sobre todo por sus cerámicas, prácticamente idénticas a las de los niveles de ocupación más



FIGURA 16. Calzada de época romana de Tiro, junto a la necrópolis romano-bizantina.

antiguos de los asentamientos fenicios del sur de la Península Ibérica. Los tipos cerámicos más significativos de los estratos IV-I son los jarros de boca de seta, los jarros de boca trilobulada, la lucerna de una sola mecha, los platos de borde indicado, los trípodes y los cuencos (fig. 15). Son las mismas formas que hallamos, por ejemplo, en el estrato I de Toscanos o en Chorreras, en Málaga. Ni en Cartago ni en Occidente en general, los hallazgos cerámicos son anteriores, hoy por hoy, a los tipos característicos del estrato IV de Tiro, fechado hacia 750 a.C.

Además, la cerámica monocroma de barniz rojo —la que documentamos en Andalucía— empieza a ser predominante a partir de mediados del siglo VIII a.C., momento en que este tipo sustituye a la bicroma más antigua, que se constata en Khaldé y otros núcleos funerarios del Hierro Medio I.

Entre otros hallazgos realizados en el sondeo de Tiro destacan, por su importancia cronológica y sus implicaciones, un vaso griego protogeométrico, fechado en el siglo X a.C., y un plato cicládico procedente del estrato X y fechado hacia el 850 a.C. El primero constituye una de las importaciones griegas más arcaicas descubiertas en Fenicia hasta hoy y coincidiría con el inicio de la expansión comercial de Tiro, en la época de Hiram I.

En 1990 se descubrió en la zona de la necrópolis romano-bizantina de la ciudad un sector de la necrópolis arcaica de los siglos IX-VIII a.C. (fig. 16). Situada en tierra firme y frente a la antigua isla de Tiro, ha proporcionado numerosas urnas de incineración, que iban acompañadas de jarros de engobe rojo y otras ofrendas funerarias (fig. 17). La presencia en la zona de algunos ente-

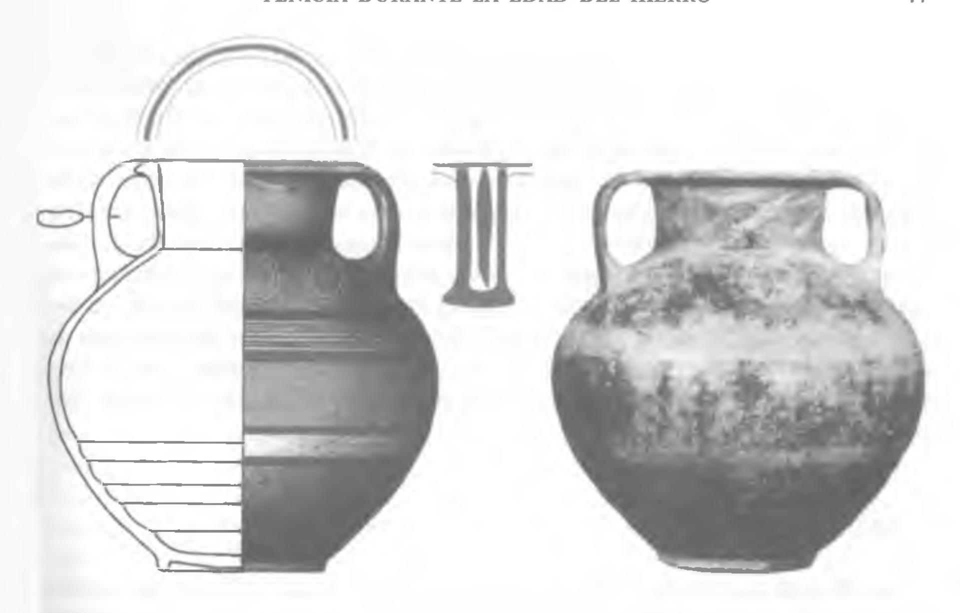


FIGURA 17. Urna cineraria del siglo VIII a.C. de la necrópolis de Tiro (según Seeden, 1991).

rramientos del Bronce Reciente, fechados en los siglos XV-XIV a.C., indica que la principal necrópolis de la ciudad estuvo situada probablemente en el extremo oriental de la necrópolis romana, en una zona reservada a enterramientos desde el segundo milenio a.C. hasta época medieval.

En el territorio continental de Tiro se han identificado otras necrópolis de principios del Hierro Medio. Quizá la más importante de todas es la de Tell er-Rachidiyeh, descubierta en 1975 y situada a 4 km al sur del célebre dique de Alejandro. Por su situación cabe relacionarla, por tanto, con la ciudad de Ushu o Paleotiro. Se trata de una necrópolis de inhumación e incineración, aunque con predominio de esta última, especialmente durante el siglo VIII a.C. En ella predominan los grandes hipogeos colectivos excavados en la roca, entre los que destaca el número IV, conteniendo 23 ánforas bicromas, restos de incineraciones y un considerable número de jarros, platos, escarabeos y pesas de piedra de los siglos IX-VIII a.C. Las sepulturas consisten en un pozo de sección cuadrada o circular excavado en el suelo, al que se accede por uno o dos escalones. El pozo está rematado por una o dos cavidades, donde se depositaban las urnas cinerarias y los ajuares correspondientes.

Otras necrópolis situadas cerca de Tiro o en su *hinterland* inmediato son las de Qasmieh, Joya y Khirbet Silm. Las dos últimas contenían igualmente incineraciones e inhumaciones; la de Qasmieh, incineraciones exclusivamente. En estas sepulturas destaca la cerámica pintada bicroma, con decoración de bandas pintadas rojas delimitadas por líneas negras, que predomina sobre la clásica cerámica de barniz rojo.

Tiro constituyó el centro de una región muy vasta, según se infiere de diver-

sos hallazgos que sitúan el límite septentrional del territorio en Kherayeb, a unos 10 km al norte de la ciudad, su límite oriental a una veintena de kilómetros, en Khirbet Silm, y su frontera meridional en Umm el-Amed, a 20 km al sur de Tiro. La existencia de numerosos asentamientos secundarios en Qana y Siddiqin revelan, por otra parte, que la capital del estado dominó un *hinterland* rural de enormes posibilidades agrícolas, lo que contradice algunas teorías recientes que ven en la escasez de terreno cultivable una de las causas de la colonización tiria en el Mediterráneo. El *hinterland* de Tiro iba a desempeñar una función vital para la economía de la ciudad durante la edad del Hierro, un período que, a diferencia del segundo milenio, se caracteriza por la expansión de la agricultura hacia regiones cada vez más áridas y montañosas y por la creciente consideración de la tierra y de la mano de obra implicada en tareas agrícolas como una mercancía.

HIRAM I Y LA FUNDACIÓN DEL IMPERIO COMERCIAL DE TIRO

Durante el siglo X, diversas circunstancias en el Próximo Oriente van a crear una situación favorable para aquel estado que, con aspiraciones comerciales y territoriales, sea capaz de aprovechar con habilidad las inmensas posibilidades que se abrían.

Efectivamente, el declive político de Egipto por un lado, la derrota de los filisteos en 975 a manos de David, la unificación política de Israel, la situación todavía precaria de los reinos arameos en Siria y la inmovilidad del imperio asirio en el este, propiciaban unas condiciones óptimas para un estado ambicioso que, como Tiro, no mantuviera lazos de dependencia con el exterior, en particular con Egipto. A partir de ahora y a lo largo de casi trescientos años, la política de Tiro consistirá en explotar en beneficio propio las diversas situaciones que ofrece el panorama geopolítico de Asia occidental. Durante todo el período del Hierro Medio (900-550 a.C.), esta estrategia convertirá a Tiro en la primera potencia naval y comercial de Asia.

Hiram I, fundador del imperio comercial de Tiro, debe su prestigio sobre todo a sus relaciones político-comerciales con Salomón. Se atribuye a Hiram el logro del monopolio del transporte marítimo de'la época (II Crón 8:18), el poderío naval de su ciudad y la hegemonía sobre la costa fenicia frente a sus rivales, Biblos y Sidón. Por todo ello, a Hiram I se le denominó «rey de Tiro y de Fenicia».

Su política comercial se dirigió exclusivamente a controlar las rutas comerciales del continente asiático. Esta empresa se vio sin duda favorecida por la política de expansión y crecimiento del reino de Israel durante el reinado de Salomón (960-930 a.C.). Dentro de la línea expansionista de Tiro, se abre una primera etapa con el famoso tratado comercial suscrito por Hiram I y Salomón, en virtud del cual ambos monarcas acordaron desarrollar una política de intercambios comerciales a largo plazo. A cambio de tecnología avanzada, material de construcción, asistencia técnica especializada, servicios y bienes de

lujo facilitados por Hiram, Salomón proveía a Tiro de plata, de productos agrícolas y de «comida para la casa real» (I Re 5:23). La alianza con Salomón aseguraba a Tiro el acceso a las rutas del interior en dirección al Éufrates, Siria, Mesopotamia y Arabia, garantizaba el aprovisionamiento de cereales, tan deficitarios en su territorio y, al mismo tiempo, una salida de sus productos manufacturados. Las aspiraciones territoriales en el continente fueron siempre una constante y una necesidad para los monarcas de Tiro.

La segunda etapa de la política expansionista de Hiram coincide con la organización de una empresa naval conjunta con Israel, dirigida a abrir un nuevo mercado: Oriente. En los textos bíblicos se describe cómo, bajo la iniciativa de Tiro, Salomón e Hiram construyeron una flota mercante en Eziongeber, cerca de Elat, en el mar Rojo (I Re 9). Sus naves, tripuladas por los fenicios, eran las «naves de Tarshish» (I Re 10:22 y 49), que viajaban cada tres años a un país remoto, Ophir, del que traían oro, plata, marfil y piedras preciosas. En general el destino de estos viajes se localiza en la costa occidental del mar Rojo —Sudán o Somalia—, en el Yemen o incluso en el océano Índico. Lo cierto es que el Antiguo Testamento alude invariablemente a Oriente, por lo que en la actualidad ha quedado definitivamente descartada la hipótesis según la cual el destino de estos viajes fuera el sur de la Península Ibérica. La semejanza que se observa en las dos primeras sílabas de las palabras Tarshish y Tartessos no justifica, hoy por hoy, que se tergiverse toda la política comercial de Hiram I, claramente orientada hacia los continentes africano y asiático.

El desarrollo de la empresa naval fenicio-israelí en el mar Rojo pone de manifiesto, sobre todo, el hecho de que durante el siglo X a.C. Tiro ya está capacitada para organizar expediciones marítimas a larga distancia y posee una tecnología naval suficiente para viajar directamente hacia cualquier objetivo sin apoyo de intermediarios. Pero lo más importante de la empresa de Hiram y Salomón es la constatación de que los fenicios podían acceder por primera vez a los países productores de oro por la vía directa, rompiendo el tradicional monopolio egipcio sobre las fuentes de abastecimiento del mar Rojo y del Yemen, monopolio del que había dependido toda Asia occidental durante el Bronce Reciente. El acceso directo a los países productores de metales sin necesidad de intermediarios fue uno de los logros de Hiram I que, libre de las barreras políticas y tecnológicas que habían existido en el Mediterráneo oriental durante el Bronce Reciente, permitió a los monarcas de Tiro no sólo incrementar sus beneficios, sino ampliar progresivamente su esfera comercial.

A través de los textos bíblicos y de Flavio Josefo, sabemos que Hiram y Salomón obtuvieron considerables ganancias con sus expediciones navales, ganancias que invirtieron en el embellecimiento de sus respectivas capitales, en un deseo evidente de expresar su poderío político. Con ayuda de arquitectos tirios Salomón construyó el templo de Jerusalén. A Hiram se atribuye, por otra parte, la reconstrucción del puerto de Tiro, al que dotó de poderosos astilleros, la ampliación de la ciudad mediante la unificación de las dos islas, la construcción del palacio real y del mercado, y la reconstrucción de sus templos. A él se debe, asimismo, la edificación del gran templo de Melqart, el dios tutelar

de la ciudad, que se hará célebre por sus dos grandes pilares de oro y esmeraldas. La actividad edilicia de este monarca convirtió a Tiro en la ciudad sin duda más espléndida y envidiada de la costa levantina, «bella y perfecta», en palabras de Ezequiel.

Diversas noticias aluden a una intervención directa de Hiram en Chipre, para sofocar un alzamiento de los «kiti (um)». Este acontecimiento sugiere la posibilidad de que entre los objetivos de Tiro figurase el control del Mediterráneo oriental a través de su soberanía sobre el mar y sobre la costa oriental de la isla. Sugiere, asimismo, la existencia de ciertos derechos políticos de Tiro sobre Chipre. En cualquier caso, esta estrategia sólo cristalizará durante el reinado de los sucesores de Hiram I, con la fundación de la primera colonia tiria en Chipre, Kition, a mediados del siglo IX.

A finales del siglo X, los sucesores inmediatos de Hiram I serán testigos de importantes cambios en la situación política de Asia occidental. Tales cambios —la división del reino de Salomón en dos estados, Judá e Israel, y el auge de los estados arameos en el norte— obligarán a Tiro a reorientar su política comercial. Este primer ajuste prepara el camino hacia una nueva «edad de oro» fenicia, gracias a la figura de Ithobaal I.

LA ESTRATEGIA COMERCIAL DE TIRO DURANTE EL SIGLO IX

El reinado de Ethbaal o Ithobaal I (887-856 a.C.) marca el comienzo de la auténtica expansión territorial de Tiro en el continente asiático. Con este monarca, además, el soberano de Tiro pasa a denominarse por primera vez «rey de los sidonios», tal como se constata en Homero y en el Antiguo Testamento (I Re 16:31).

El nuevo título otorgado a los reyes de Tiro obedece a la voluntad expansionista de Ithobaal, que conseguirá reafirmar su hegemonía sobre todo el territorio meridional de Fenicia. Ithobaal crea un solo estado, que engloba a Tiro y Sidón. A partir de este momento y hasta finales del siglo VIII a.C., esta nueva confederación territorial, con capitalidad en Tiro, pasará a estar gobernada por la casa real tiria. Prueba de que en los siglos IX y VIII a.C. existió un solo estado de Tiro-Sidón —«el reino unificado de Canaán», mencionado por Isaías (23:1-14)— es la desaparición, durante ese tiempo, de Sidón de las inscripciones asirias y el desarrollo de una política unitaria entre ambas ciudades, bajo la soberanía de un solo y mismo monarca, residente en Tiro.

Igualmente significativo es el hecho de que durante este período fuentes orientales mencionan por primera vez la fundación de colonias tirias. En efecto, a Ithobaal I se le atribuye el establecimiento de dos enclaves coloniales: el de Auza, en Libia, y el de Botrys, al norte de Biblos. Si bien la colonia de Auza no ha sido identificada, la de Botrys corresponde a la moderna Batrun, cerca de Biblos, en pleno territorio giblita, lo que implicaría una hegemonía de Tiro sobre Biblos y su zona de influencia inmediata. Una vez más, la evidencia ha-

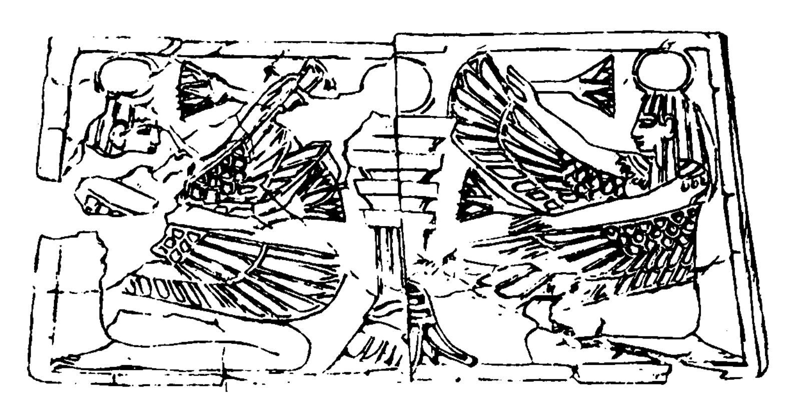


FIGURA 18. Marfil fenicio del siglo VIII a.C. procedente del palacio real de Samaria.

bla en favor de claras aspiraciones territoriales por parte de Tiro en el continente, aspiraciones que veremos acrecentarse a lo largo del siglo IX a.C.

El papel hegemónico de Tiro en el ámbito del comercio asiático estimuló a Ithobaal I hacia la búsqueda de nuevas fuentes de materias primas y hacia el control gradual del mercado mediante una presencia cada vez más activa y simultánea en tres frentes: Israel, Siria y la costa oriental de Chipre.

En relación con Israel, la política de Tiro consistió en consolidar las relaciones diplomáticas y comerciales con el nuevo vecino mediante alianzas matrimoniales. Así, la hija de Ithobaal, la Jezabel bíblica, casó con el rey de Israel, Ahab (874-853 a.C.), al que los profetas, y en particular Elías, hicieron responsable de la introducción del abominable culto de Baal en Samaria, la nueva capital del reino (I Re 16:31). Sin duda todas las actividades diplomáticas iniciadas por Ithobaal I están encaminadas a procurarse alimentos básicos y a lograr el acceso a las rutas comerciales del interior.

La hostilidad con que los profetas hebreos acogieron a Jezabel y al apóstata Ahab refleja el malestar producido en Israel por la creciente influencia fenicia sobre sus instituciones. La arqueología constata que dicha influencia no fue solamente ideológica. Durante el siglo IX a.C. documentamos la presencia de arquitectos y artesanos fenicios en Samaria, Hazor y Megiddo. En la misma Samaria, la influencia fenicia persistirá hasta la destrucción de la ciudad en 721 a.C. Además, hay evidencia de la existencia de un barrio comercial tirio en el centro urbano de Samaria (II Re 3,2) y diversos hallazgos arqueológicos (por ejemplo, la «cerámica de Samaria») señalan la presencia de artesanos fenicios en el palacio real de Ahab y de sus sucesores.

En el palacio real de Samaria se han descubierto piezas de marfil destinadas a ornamentación del mobiliario, talladas y decoradas por artesanos fenicios (fig. 18). Se dice que el trono de marfil de Salomón había sido obra de artistas tirios (I Re 10:18). Conviene destacar al respecto que, tanto Homero como los textos bíblicos, son unánimes al considerar el marfil tallado como un objeto de lujo y de prestigio social (Ez 27:6) o como sinónimo de ostenta-

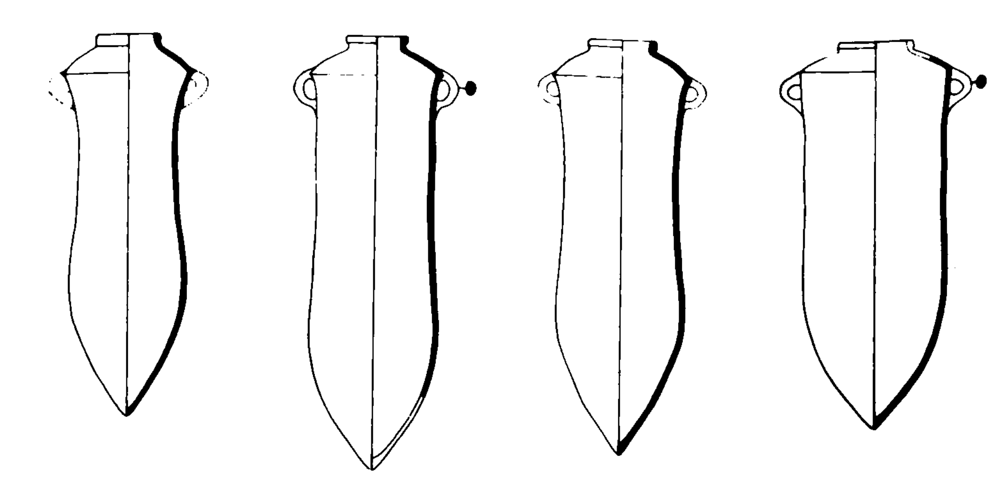


FIGURA 19. Ánforas israelitas de Tiro (según Geva, 1982).

ción, poder y corrupción (*Od.* 19:565). El Antiguo Testamento hace referencia explícita a la «casa de marfil» de Ahab, en Samaria, y critica a los hombres de Samaria, que «yacen en lechos de marfil» (I Re 22:39; Am 3:15 y 6:4). El marfil trabajado constituye uno de los productos de la artesanía fenicia que más celebridad dio a su comercio, especialmente en los siglos VIII y VII a.C. En términos arqueológicos, estas piezas sólo aparecen, salvo raras excepciones, en palacios reales del Próximo Oriente —Nimrud, Khorsabad—, en tumbas principescas del Mediterráneo —Salamina, Praeneste—, o en los grandes santuarios helénicos.

La presencia de tales elementos de prestigio en el palacio real de Samaria pone de relieve uno de los mecanismos de intercambio más característicos de la estrategia comercial de Tiro: don o regalo recíproco entre príncipes y monarcas, que sanciona el comienzo de unas transacciones de mayor envergadura. Dentro de estas normas de reciprocidad se incluye por supuesto el intercambio matrimonial.

El comercio entre Fenicia e Israel está bien atestiguado durante los siglos IX y VIII a.C. Fenicia siguió importando productos agrícolas de Israel a cambio de mercancías de lujo y de manufacturas metálicas, que se han hallado sobre todo en Samaria, Megiddo y Hazor. El hallazgo regular en Tiro de un tipo de ánfora israelita de cuerpo cilíndrico y de unos 16-24 litros de capacidad (fig. 19) refleja un intenso comercio de grano y de otros productos agrícolas procedentes de la zona de Hazor, según revelan los análisis fisicoquímicos realizados sobre estos contenedores.

El segundo frente al que se dirigen los intereses de la política de Tiro durante el siglo IX a.C. lo constituyen los territorios del norte de Siria y de Cilicia. En la Antigüedad, el norte de Siria y, en particular, el territorio costero del gol-

fo de Alejandreta, constituyeron un importante nudo de vías de comunicación que facilitaba el acceso prácticamente a toda el Asia occidental. No obstante, para los fenicios, la principal atracción del golfo residía en el control de los accesos a los ricos depósitos de metales del sureste de Anatolia, a través de los centros o escalas de Tarsos, en Cilicia, de Sam'al (Zinjirli), Karatepe, Carchemish y Alepo.

Ya en el siglo X a.C. Salomón se procuraba caballos y carros procedentes de Capadocia y Cilicia, probablemente a través de intermediarios fenicios. Ello induce a pensar en un interés directo, por parte de Hiram I, por hacerse con este mercado. Sin embargo, es en el siglo IX a.C. cuando se constata la presencia real de Tiro en ese territorio.

Los anales asirios mencionan una instalación portuaria fenicia en Myriandros, cerca de la moderna Iskanderun, en el golfo de Alejandreta. Esa instalación permitía controlar el acceso hacia Cilicia y al Éufrates. Por otra parte, en tiempos de Salmanasar III (858-824 a.C.), los textos asirios mencionan la presencia de tirios, acaso de una factoría comercial, a orillas del Éufrates.

La presencia fenicia en Cilicia y en el norte de Siria durante el siglo IX a.C. viene avalada por documentación arqueológica y epigráfica. Además del hallazgo de cerámicas fenicias en Carchemish y Tell Halaf, entre otros, los documentos arqueológicos más significativos son las inscripciones fenicias. Destaca entre ellas la estela del rey Kilamuwa (850-825 a.C.), soberano de Zinjirli, capital del reino neohitita de Sam'al. La inscripción, fechada hacia 830 a.C., está redactada en lengua fenicia, lo que no deja de resultar significativo en un territorio cuya lengua oficial era el hitita o el arameo.

De las cercanías de Alepo procede otra estela fechada en la segunda mitad del siglo IX a.C. y dedicada al dios tirio Melqart por Bar-Hadad, rey de Aram o de los arameos. Aun cuando la inscripción está en arameo, va dirigida al dios de Tiro por un rey sirio-hitita, lo que insinúa la posibilidad de que existiera en la zona un santuario fenicio. La presencia de Melqart implicaría, así, una tutela política por parte de Tiro y su monarquía sobre ese territorio.

Algo más tardías, y fechadas en el siglo VIII a.C., son las inscripciones bilingües —en jeroglíficos hititas y en fenicio— de Karatepe, erigidas por el fundador de la ciudad, Azitawadda. Situada a unos 30 km de Zindjirli, la fortaleza de Karatepe controló las rutas que conducían de Cilicia al norte de Siria y fue capital de uno de los reinos anatólicos o neohititas más poderosos de Cilicia oriental. Otro enclave estratégico, la ciudad neohitita de Carchemish, muestra influencias fenicias en su arquitectura y artesanado. Todavía en tiempos de Tiglatpileser III (745-727 a.C.) los anales asirios mencionan la presencia de fenicios en ella (véase fig. 2).

Es indudable que el uso del fenicio como lengua oficial y la invocación al Melqart de Tiro por parte de los soberanos del norte de Siria y de Cilicia indican una influencia cultural y política fenicia de cierta importancia en ese territorio. Antes de consolidarse la lengua aramea en esa zona, a finales del siglo IX a.C., todo parece indicar que los intereses comerciales de Tiro se traducen en una presión política ejercida sobre los príncipes de las ciudades-estado ara-

meas y neohititas. Merced a una red de factorías y escalas emplazadas en el golfo de Alejandreta y en el litoral de Chipre, Tiro pudo asegurarse el monopolio del comercio de metales y esclavos en Cilicia, los montes Tauro y el Éufrates, y controlar, al mismo tiempo, las rutas marítimas hacia el Egeo.

El reinado de Ithobaal y de sus sucesores convirtió, así, a Tiro en una potencia comercial. Durante el siglo IX Tiro extendió sus confines continentales a límites jamás alcanzados hasta entonces, lo que debió repercutir necesariamente en el aspecto y en la organización interna de la ciudad. A Ithobaal I se atribuye la construcción de las murallas de la ciudad y la de su segundo puerto artificial al sur de la isla, el llamado «puerto egipcio».

En uno de los relieves en bronce de las puertas de Balawat, ya mencionado anteriormente, del palacio de Salmanasar III —de mediados del siglo IX a.C.— se representa a Ithobaal cargando en sus naves los tributos destinados al rey de Asiria (véase fig. 12). Las naves, ancladas en el puerto, transportan plata, oro, bronce y púrpura:

> Yo recibí el tributo de los barcos
> de las gentes de Tiro y Sidón.

Así reza la inscripción de Salmanasar III en las puertas de bronce de su palacio. Sin duda se alude a los metales y, en particular, a la plata, procedente acaso ahora ya de Occidente.

De los sucesores directos de Ithobaal I destaca sobre todo uno, Pigmalión (820-774 a.C.). Durante su reinado, la ciudad de Tiro es mencionada por segunda vez en las fuentes orientales en relación con la fundación de colonias. La tradición recuerda que, a raíz de una crisis surgida entre el rey y la aristocracia de Tiro, la hermana de Pigmalión, Elissa —la Dido latina— se verá obligada a huir a Occidente, donde fundará Cartago el año 814/813 a.C.

Durante la segunda mitad del siglo IX a.C., el progresivo avance de los ejércitos asirios sobre los territorios del norte de Siria supondrá un revés de consecuencias desastrosas para el comercio de Tiro en esa zona. Las campañas de Asurnasirpal II y Salmanasar III contra Siria coinciden, además, con el poderío creciente de los reinos arameos, lo que obligará a Tiro, una vez más, a reorganizar su estrategia comercial.

Como consecuencia de la pérdida del mercado sirio a finales del siglo IX a.C., se producen casi simultáneamente dos acontecimientos decisivos: la instalación de un centro comercial sirio en Al Mina, junto a la desembocadura del Orontes, y la fundación tiria de Kition que, como veremos, marca el viraje hacia Occidente de la política económica y comercial de Tiro.

La fundación de Kition y el comercio en el Egeo

La isla de Chipre mantenía contactos con Fenicia desde la segunda mitad del siglo XI a.C., tal como revelan algunos hallazgos fenicios procedentes de Paleopafos. Algunas inscripciones halladas en la isla sugieren la posibilidad

de una presencia tiria desde tiempos de Hiram I, es decir, desde el siglo X a.C., y de una cierta tutela sobre los territorios orientales de la isla.

Estas relaciones esporádicas se transforman, entre finales del siglo IX y el 600 a.C., en una implantación directa de población fenicia en el sureste de la isla, con lo que este territorio quedará en la práctica incorporado al reino de Tiro-Sidón. La expansión territorial de Tiro hacia el oeste puede fecharse previsiblemente en torno al 820 a.C., con la fundación de Kition y la anexión de una parte del territorio suroriental de Chipre. Kition es, por otra parte, la primera colonia fenicia de ultramar constatada por la arqueología.

La fundación de esta colonia surge probablemente de la necesidad, por parte de Tiro, de asegurarse a toda costa el cobre de la isla, un metal codiciado en la época y que procuró a Chipre sustanciales beneficios, además de proporcionarle su nombre. Este acontecimiento traduce, por otra parte, un cambio evidente en la estrategia comercial de Tiro: por primera vez esta ciudad se ve obligada a desarrollar un control directo sobre un territorio de ultramar. Desde finales del siglo IX a.C., la nueva colonia de Tiro va a garantizar a sus monarcas la explotación y el comercio del cobre de las zonas del interior de la isla, y, en particular, el mineral de los ricos depósitos de Tamassos.

A la vez puerto comercial y colonia, Kition, junto a la moderna Larnaka, ocupará el lugar de la antigua Enkomi, una de las principales ciudades chipriotas del II milenio a.C., que se benifició de un importante puerto natural y de su posición eminentemente estratégica. Además de constituir una de las ciudades más importantes de Chipre hasta la época helenística, Kition ofrece hoy la ventaja de haber proporcionado abundantes hallazgos arqueológicos, entre los que destaca el templo de Astarté, el templo fenicio más grande conocido en la actualidad (fig. 20).

En una inscripción chipriota fechada hacia el 750 y procedente de Limassol, un gobernador fenicio se reconoce a sí mismo como servidor de la casa real de Tiro y ofrece una dedicatoria a Baal Labnán, esto es, al Baal del Líbano. El título otorgado al oferente es el de gobernador de la ciudad de *Qart-hadasht,* que en fenicio significa «ciudad nueva», «capital nueva» o «neápolis». Es el mismo nombre que llevará la futura nueva capital norteafricana y que dará lugar al vocablo de «Cartago». Es importante destacar este hecho, por cuanto el nombre de Qart-hadasht parece acompañar a menudo a la diáspora fenicia hacia Occidente, como sinónimo de la implantación de una «nueva Tiro».

No sabemos dónde estuvo ubicada la Cartago de Chipre, que algunos autores identifican con la misma Kition-Larnaka. En cualquier caso, el establecimiento de la nueva colonia coincide con la llegada a la isla de importaciones fenicias de lujo, aparecidas en Pafos, Amathunte o Kurion. Durante los siglos VIII y VII la influencia fenicia en Chipre será considerable. Las tumbas de cámara de la necrópolis real de Salamina, situada cerca de Enkomi, han librado numerosos objetos de plata, bronce y marfil de producción fenicia que reflejan la opulencia y poderío de los reyes locales en la época de implantación fenicia en la isla.



FIGURA 20. Vista aérea del templo de Astarté en Kition.

Dentro de la nueva orientación que toma la política comercial de Tiro durante el siglo IX a.C., la fundación de Kition no constituye, sin embargo, un caso aislado. En efecto, hay indicios arqueológicos de la presencia de naves fenicias en el Egeo desde mediados del siglo IX a.C. La distribución de las primeras importaciones fenicias en Grecia, más que un comercio organizado, traduce la presencia esporádica de mercaderes fenicios que operan sobre todo en Creta y en las islas del Egeo. Es el tipo de comercio, por otra parte, que aparece reflejado en la epopeya homérica (*Od.* 13:272-277).

Desde la segunda mitad del siglo IX a.C, las naves de Tiro empiezan a frecuentar Creta y las islas del Dodecaneso, inaugurando con ello una ruta comercial en la que quedarán definitivamente integradas, más tarde, Rodas y Creta, principalmente. No sabemos con exactitud qué obtuvieron los fenicios a cambio de joyas y bronces, acaso esclavos o plata extraída de Laurion o Tasos. Lo que importa es destacar que la fundación de Kition va acompañada de un primer impulso dirigido a establecer intercambios comerciales por vía marítima hacia el oeste y que la arqueología comprueba relativamente bien a partir de 850 a.C.

El hallazgo de un cuenco de bronce con una inscripción fenicia del siglo X a.C. en la necrópolis de Tekke, en Cnossos, y de un santuario fenicio en Kommos, al sur de Creta, fechado en el 800-760 a.C., denota la presencia de comerciantes fenicios en la isla, primero con carácter esporádico y más adelante con carácter permanente, así como la importancia político-comercial de esta isla para los intereses del mundo fenicio en el Egeo.

LA POLÍTICA TRIBUTARIA ASIRIA Y LA PRESIÓN SOBRE TIRO DURANTE LOS SIGLOS VIII-VII A.C.

Hasta la llegada al poder de Asurnasirpal II (883-859 a.C.), hacia el año 879 a.C., el imperio asirio no había creado mayores problemas a las ciudades fenicias. Tiro supo mantenerse al margen de los conflictos armados que enfrentaron a Asiria con los estados occidentales de Asia y prefirió pagar tributo antes que hacer frente a la poderosa máquina de guerra asiria. Es más, Tiro aprovechó en ocasiones el avance asirio para convertir a los monarcas mesopotámicos en sus primeros clientes (cuadro 2).

A fin de salvaguardar sus intereses económicos y garantizar la libertad de comercio, las ciudades fenicias se vieron forzadas, a menudo, a pagar tributos al imperio neoasirio. La relación y el volumen de los tributos pagados por Tiro se consignan en los anales asirios de la época, lo que permite definir el tipo de mercancías que canalizó la ciudad fenicia y hacerse una idea aproximada de la prosperidad de su puerto.

El tributo pagado por Tiro a Asurnasirpal II consistía en oro, plata, estaño, lino, monos, ebonita y cajas de madera y marfil. Salmanasar III (858-824 a.C.) recibió plata, oro, plomo, bronce, lana teñida de púrpura, marfil y vasos. Por último, Tiro pagó a Adad-Nirari III (810-783 a.C.) y a Tiglatpileser III (745-727) grandes cantidades de hierro, marfil y púrpura.

El creciente poderío del imperio asirio convirtió a las ciudades fenicias en factor clave de la política internacional de los siglos VII y VI a.C. Su posición estratégica y su importancia política y económica condicionaron en buena medida las relaciones de fuerza entre Asiria y su gran rival, Egipto. De ahí el interés de los monarcas asirios por controlar los puertos fenicios y sus circuitos comerciales.

Hasta mediados del siglo VIII a.C. los reyes asirios no hicieron nada que pudiera lesionar los intereses comerciales fenicios, ni tampoco intervinieron en sus asuntos internos. Se limitaron a cobrar tributos a las ciudades fenicias, o bien a explotar las divergencias y la insolidaridad entre ellas, como hiciera Salmanasar III.

La auténtica presión política y militar sobre las ciudades fenicias y la primera oposición directa a su comercio empiezan con Tiglatpilaser III, el primer soberano en llevar la guerra contra Fenicia, convirtiendo una parte de la costa fenicia en provincia asiria (fig. 21). La intervención de Asiria en los asuntos económicos de los puertos fenicios marca el comienzo de una época particularmente crítica para el comercio de Tiro.

CUADRO 2. Reyes de Tiro, Asiria e Israel.

ASIRIA	ISRAEL	TIRO	COLONIAS
Tiglatpileser I 1114-1076	Jueces 1200-1020		Gadir Útica
Asur-rabi *c.* 1001	Saúl		Lixus
	David	Abibaal	
Tiglatpileser II 965-933	Salomón 960-930	Hiram I 969-936	
Asurdan II 932-913	Jeroboam	Baal-eser I 935-919	
	Nadab		
Adad-Nirari II 911-891	Zimri	Abdastrato 918-910	
Tukulti-Ninurta II 889-884	Omri	Ithobaal I 887-856	
	Ahab		Botrys
Asurnasirpal II 883-859	Ocozías		Auza
Salmanasar III 858-824	Joram	Baal-azor II 855-830	
Samsi-Adad V 824-810	Jehú	Mattan II 829-821	
			Kition
	Joacaz		
Adad-Nirari III 810-783	Joas	Pigmalión 820-774	Cartago
Salmanasar IV 782-772	Jeroboam II		
Asurdan III 772-754	Zacarías	Ithobaal II 750-740	
Asur-Nirari V 754-746			
Tiglaptileser III 745-727	Menahem	Hiram II 739-730	
Salmanasar V 727-722	Isaías	Mattan II 730-729	
Sargón II 722-705	Oseas	Elulaios 729-694	
Senaquerib 705-681			
		Baal I 680-640	
Asarhadón 681-670			
Asurbanipal 668-626			
Asur-etililani 626-612			
Sin-sar-iskun 621-612		Ithobaal III	
Asurubalit II 612-609		Baal II	
	Ezequiel	Mattan III	
		Hiram III	

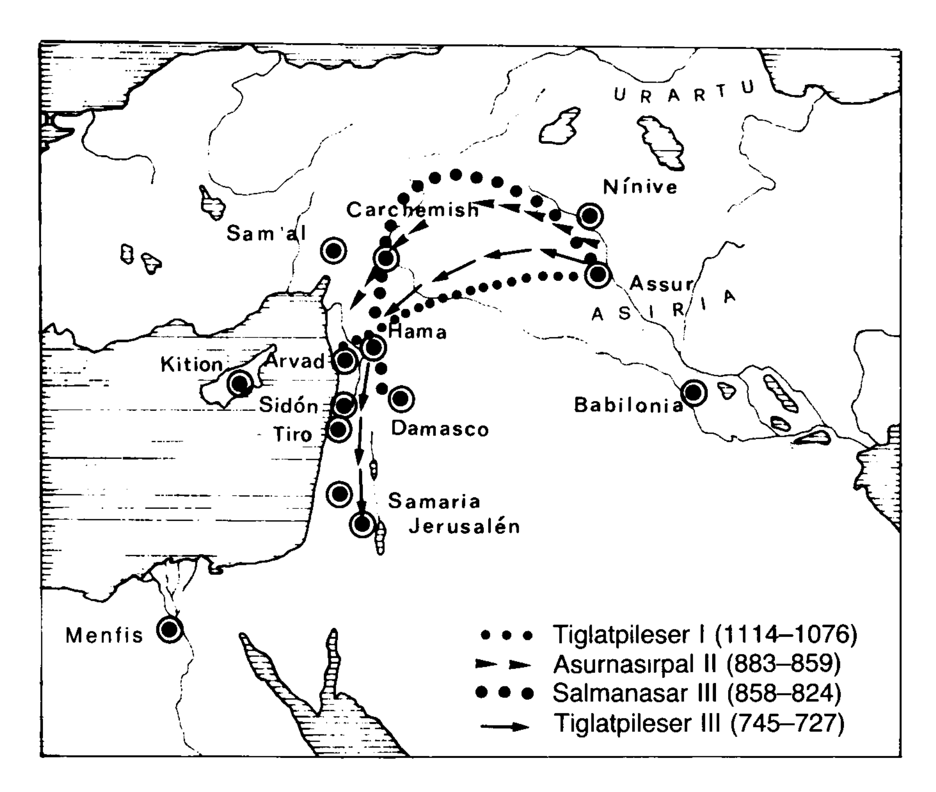


FIGURA 21. Las campañas asirias en el Próximo Oriente.

Las campañas de Tiglatpilaser III contra Urartu, Damasco y sus aliados traerán, como principales consecuencias, la deportación de centenares de ciudadanos a Asiria, la toma de Arvad y la rendición de Tiro y Damasco. En todo ello, resulta más que significativa la postura adoptada por Tiro. A pesar de que su monarca, Hiram II (739-730 a.C.), había encabezado, junto al rey de Aram-Damasco, una coalición antiasiria, Tiro no quedó incorporada a la provincia asiria, se sometió rápidamente al rey asirio y se limitó a perder algunos de sus territorios del interior.

En suma: Tiro no sólo recibe un trato especial por parte de Tiglatpileser III, sino que consolida sus posiciones comerciales en Chipre y en ultramar.

El trato de favor otorgado por Asiria al rey de Tiro sólo se explica por la necesidad de conjugar unos intereses comunes. Durante el siglo VIII a.C., Asiria no estaba en situación de reemplazar a Tiro en el comercio marítimo, por lo que era la primera interesada en preservar aquello que sin duda ayudaba a sanear las finanzas del imperio. Tiro supo mantener a salvo su comercio y su rol de intermediario, aun a costa de abandonar a su suerte a otras ciudades fenicias como Arvad y Biblos. Sin embargo, las contrapartidas fueron gravosas para Tiro. A partir del 734 a.C. Asiria impone la presencia de inspectores y

oficiales aduaneros en el puerto de Tiro y recibe del rey Mattan II, poco tiempo después, un tributo de 150 talentos de oro, una suma jamás alcanzada hasta entonces por ninguna recaudación tributaria en Fenicia.

El reinado de Elulaios o Luli en Tiro (729-694 a.C.) supone una pausa momentánea en los conflictos que enfrentan a las ciudades del litoral con Asiria. Por entonces, Tiro poseía la flota naval más poderosa de Asia. Pero Elulaios tuvo que sofocar una rebelión de las ciudades de Kition, Ushu, Sidón y Akko. La política antiasiria de Luli le llevó a enfrentarse sucesivamente con Salmanasar V (727-722 a.C.), Sargón II (722-705 a.C.) y, finalmente, con Senaquerib (705-681 a.C.). Una de las consecuencias de todo ello fue el sitio de Tiro por Salmanasar, que duró cinco años, entre 724 y 720 a.C. Durante ese tiempo, el rey asirio bloqueó el puerto, cortó el suministro de agua y encareció los precios de los artículos de primera necesidad.

Con Sargón II la política asiria experimenta un cambio que tendrá graves consecuencias para Tiro. Este monarca ya no presiona o anexiona territorios como sus antecesores, sino que inicia una estrategia sistemática de destrucción, devastación, deportaciones masivas y repoblación de los territorios conquistados, principalmente en Fenicia e Israel. Aun así, Sargón evitó en todo momento, y de forma deliberada, la destrucción final de la ciudad de Tiro.

Esta situación se mantiene hasta el año 701, cuando el rey Luli, tras rebelarse contra Senaquerib, se ve forzado a huir a Kition, donde moriría exiliado. El año 701 marca el final del poderoso estado unificado de Tiro-Sidón. En muy poco tiempo, Tiro pierde Sidón y la mayor parte de su territorio continental, y sus habitantes son deportados a Nínive. Mientras, el trono de Tiro pasa a manos de monarcas y gobernantes proasirios, se alienta desde el exterior, una vez más, la rivalidad entre Sidón y Tiro. Es esta la Tiro humillada y asediada que canta Isaías en su célebre oráculo (Apéndice II).

A principios del siglo VII a.C., el reino de Tiro comprende solamente la ciudad y los suburbios en tierra firme. Se trata de un minúsculo estado enfrentado a un gigantesco imperio en su fase de máxima expansión territorial. De particular interés es el tratado firmado por Baal I de Tiro, el sucesor de Luli, y Asarhadón de Asiria (681-671 a.C.). En dicho tratado, que se fecha entre los años 675-671 a.C., se concede a Tiro entera libertad de comercio con el norte y con Occidente. Las cláusulas del tratado son, no obstante, humillantes para una ciudad que había sido la dueña del mar. En efecto, la autoridad del rey queda considerablemente reducida, al imponérsele representantes asirios en los asuntos del puerto y al limitársele la navegación comercial, bajo la amenaza de confiscación de las mercancías. Sin duda todo ello obligó a Tiro a reforzar el poder y la autonomía de alguna de sus colonias de Occidente.

Sucesivos asedios contra Tiro, de la mano de Asarhadón en 671-667 a.C. y de Asurbanipal en 663 a.C., dejarán a la ciudad más aislada que nunca y en la peor crisis de toda su historia. Hacia el año 640 a.C., todo el territorio continental de Tiro pasa a convertirse en provincia asiria. Un reflejo de esta crítica situación se manifiesta también en las colonias de Occidente: es la época en que Cartago emprende por cuenta propia una política de expansión, iniciada

con la «fundación» de Ibiza en el año 654 a.C. A pesar de todo, Tiro no fue destruida como otras ciudades fenicias del norte y aún conservó durante algún tiempo una cierta autonomía comercial y marítima en el Mediterráneo oriental. Data de los años 635-610 a.C. la fundación de la última factoría comercial tiria conocida, en la capital de Egipto, Menfis.

Entretanto un nuevo poder empezaba a amenazar por el este: el imperio neobabilónico. El monarca babilónico Nabucodonosor, tras conquistar Nínive, Jerusalén y Damasco, sitió Tiro a lo largo de trece años (585-572 a.C.). El asedio de Tiro tuvo esta vez repercusiones catastróficas, tal como había profetizado Ezequiel. El rey de Tiro, Ithobaal II, fue deportado a Babilonia, y con su sucesor, Baal II, muerto en 564 a.C., desapareció la institución monárquica. En su lugar fue impuesto un gobierno de «jueces», bajo la soberanía de Babilonia primero y del imperio persa más tarde. La herencia de la institución monárquica de Tiro será recogida, sin embargo, en Occidente, por Cartago.

Con ello concluye la historia de Tiro. Durante los siglos VI y V a.C., Sidón la relevará en el comercio internacional, conviertiéndose esta antigua rival en la ciudad más poderosa y floreciente de Fenicia (Diodoro 16:44) hasta su conquista por Alejandro Magno.

La arqueología fenicia de la edad del Hierro

La información arqueológica relativa a las grandes ciudades fenicias es prácticamente inexistente, debido a la ocupación ininterrumpida de su suelo hasta la época moderna. En la actualidad, Beirut, Sidón o Tiro siguen siendo las principales ciudades del Líbano, lo que supone la superposición de ciudades helenísticas, romanas, bizantinas e islámicas. Ello hace inviable una excavación arqueológica en extensión. La reconstrucción histórica de las ciudades fenicias a partir del registro arqueológico ha podido establecerse únicamente en centros de segundo orden —Sarepta, Akhziv, Tell-Abu Hawam—, o sobre la base de algún sondeo estratigráfico en núcleos urbanos, como Tiro, con todas sus implicaciones negativas, esto es, las de una lectura parcial y limitada de su proceso histórico.

Hasta hace relativamente poco tiempo, la cultura material fenicia de la edad del Hierro en sus principales manifestaciones —arquitectura, urbanística, cerámica, orfebrería, etc.— nos era conocida básicamente a través de hallazgos arqueológicos realizados en Occidente. El primer registro arqueológico fiable fue obtenido en las colonias del Mediterráneo occidental. Sólo hace unos pocos años que se ha logrado alcanzar los niveles estratigráficos correspondientes a la ocupación fenicia en diversos yacimientos de la costa libanesa y del valle de la Beqaa. Sin embargo, la mayoría de estos trabajos sistemáticos quedaron interrumpidos desde 1975 a causa de la guerra.

Apenas se conocen vestigios arqueológicos correspondientes al período del Hierro Antiguo en Fenicia (1150-900 a.C.). La mayor parte de la documentación arqueológica existente no es anterior al Hierro Medio I (900-725 a.C.) y

procede, sobre todo, de excavaciones realizadas en necrópolis. Por otra parte, conviene tener presente que los materiales arqueológicos más antiguos constatados en Occidente y en la Península Ibérica, especialmente las cerámicas, corresponden en su totalidad a los momentos finales de dicho período en Fenicia.

Examinaremos a continuación los principales testimonios aportados por la arqueología reciente en territorio fenicio. Por razones obvias, no nos ocuparemos aquí del período del Hierro Reciente (600-300 a.C.) ni de las etapas posteriores, por rebasar éstos los límites propuestos en el presente estudio.

Una lectura de los datos más significativos procedentes de los asentamientos fenicios facilitará sin duda el análisis de los centros de la Península Ibérica y contribuirá a elaborar un diagnóstico correcto de su registro arqueológico. Sin tener en cuenta la evidencia arqueológica procedente del país de origen, sería inútil pretender definir los rasgos característicos de las colonias occidentales desde una perspectiva más amplia y global.

Tell Kazel y Tell Arqa

De todo el territorio septentrional y central de Fenicia, Biblos es sin duda la ciudad más intensamente excavada hasta hoy. A pesar de ello, este asentamiento portuario no ha proporcionado un solo indicio relativo a los niveles de ocupación del I milenio a.C. Otro tanto sucede con Arvad, ciudad emplazada en una isla desconocida en términos de registro arqueológico.

Solamente un yacimiento septentrional, el de *Tell Kazel,* situado al sur de la costa de Siria y muy cerca de la frontera libanesa, ha proporcionado interesantes niveles arqueológicos del Hierro Antiguo. Este asentamiento se identifica, por lo general, con la antigua ciudad de Simyra o Sumur, mencionada por Tutmosis III, en las cartas de El Amarna y en los anales asirios. Junto con Tell Arqa, constituye uno de los grandes *tells* de la llanura de Akkar y de la depresión de Homs, un paso estratégico en las comunicaciones entre la costa y el interior de Siria. Se trata de un imponente *tell* que ha proporcionado importantes vestigios del Bronce Reciente y del Hierro. Entre los datos más significativos registrados en el yacimiento destacan el nivel de destrución documentado en el nivel 5 del área II, fechado hacia el 1050 a.C., la presencia de cerámicas tirias del siglo VIII en el nivel 8-9 y el hallazgo de cerámicas neoasirias en el nivel 6, fechado en 730-612 a.C.

En la vecina *Tell Arqa,* la antigua Arqata o Irqatu mencionada por los anales de Salmanasar III, se ha localizado recientemente una necrópolis del Hierro Medio y se ha constatado el gran desarrollo que experimenta esta ciudad entre finales del siglo IX y principios del VII a.C. Situada a 20 km al norte de Trípoli, las excavaciones de 1972-1981 demostraron que el sitio estuvo ocupado desde finales del Bronce Antiguo hasta el siglo XV a.C. (Bronce Medio II), en que fue destruido. La ocupación del *tell* se reinicia en el Hierro II, durante el cual surgió una necrópolis en la periferia de la ciudad, formada por tumbas de incineración en fosa de los siglos VII-V a.C., en las que las cenizas se depositaban

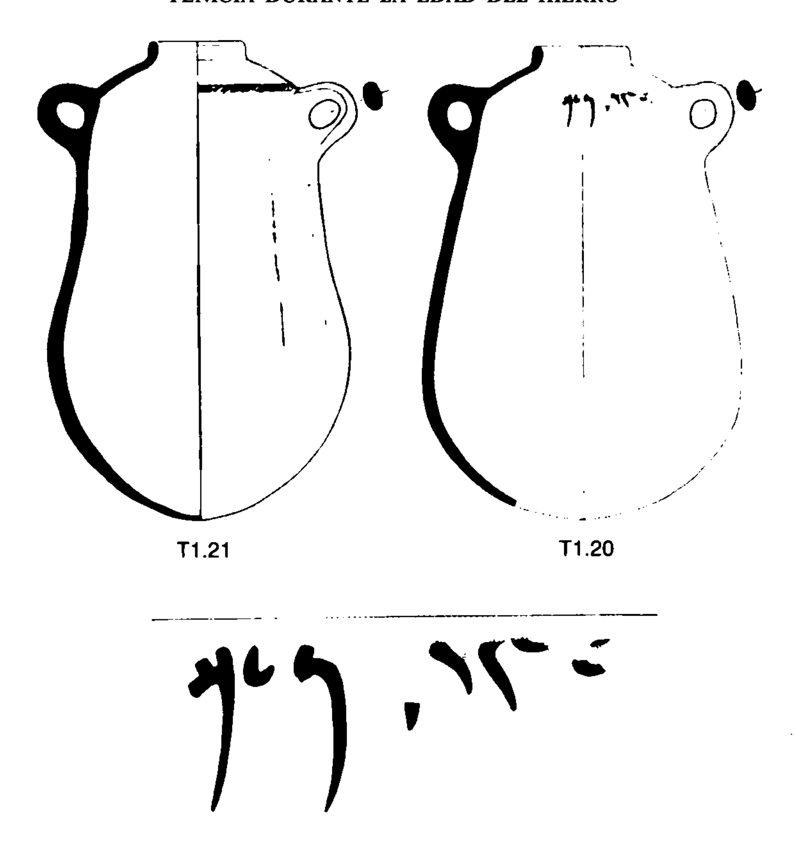


FIGURA 22. Ánforas fenicias de Tell Arqa e inscripción pintada de una de ellas (según Thalman, 1978).

directamente sobre el fondo del enterramiento. De entre todas las sepulturas destaca la tumba n.º 1 del nivel 10, de principios del siglo VII, en la que apareció un ánfora con una inscripción fenicia pintada (fig. 22).

Al Mina y Tell Sukas

Junto con Ras el-Bassit y Ras Ibn Hani, son los únicos asentamientos del Hierro conocidos en la costa de Siria. Fuera de los confines propiamente dichos de la Fenicia septentrional, estos dos asentamientos portuarios merecen una atención especial. Establecido hacia el 825 a.C., *Al Mina* fue uno de los puertos de comercio más importantes de Siria durante el siglo VIII a.C. que, gracias a su posición estratégica, logró dominar en muy poco tiempo la gran llanura de Amuq y las rutas comerciales hacia Cilicia, el Éufrates y Urartu. Al Mina fue probablemente un factor clave en la transmisión a Grecia del alfabeto fenicio y otros elementos orientales. Otros enclaves similares, como Tell Sukas o Bassit, en los que se constata una importante presencia griega, prose-

guirán siglos más tarde la labor iniciada por los puertos comerciales como Al Mina a finales del siglo IX a.C.: la obtención de metales para suplir la demanda del mundo griego y que los fenicios ya debían de procurarse en Occidente. La evidencia arqueológica demuestra que en Al Mina convivieron en un principio comerciantes chipriotas, griegos y residentes fenicios procedentes del sur. Cabe definir el lugar, en consecuencia, como un «puerto franco» neutral, en el que convergieron durante un tiempo los últimos comerciantes fenicios en Siria y los primeros elementos griegos establecidos en Levante.

Un enclave de características parecidas es *Tell Sukas*. En este puerto emplazado en la costa siria a pocos kilómetros al sur de Latakia, las excavaciones danesas de 1958-1963 descubrieron un centro del Hierro superpuesto a ricos niveles de ocupación del Bronce Reciente. La actividad comercial de este centro portuario parece iniciarse en torno al siglo X a.C., según se infiere de una inscripción. El nombre original de la ciudad fue Suksi, fundada, según parece, por fenicios. La colonia fue establecida en el centro de una de las llanuras más extensas y fértiles de la costa siria, la de Djeblé, en una colina situada entre dos excelentes puertos naturales.

En Tell Sukas se ha excavado una necrópolis del Hierro Antiguo, así como también un *tofet*, o recinto sagrado destinado a sacrificios humanos, situado al sur de la ciudad y fechado en los siglos XIII-X a.C. Entre los hallazgos del Hierro Medio destacan las abundantes cerámicas grecochipriotas y un santuario fenicio de enormes proporciones fechado en el siglo VII a.C. A partir del 600 a.C. aproximadamente, Sukas pasa a convertirse definitivamente en lugar de residencia permanente de griegos orientales, hasta la destrucción del puerto en 550 a.C. Este cambio se infiere a partir del predominio absoluto de cerámicas jonias y rodias en el lugar, de la presencia de sepulturas griegas y, por último, de la helenización progresiva del viejo santuario fenicio.

La necrópolis de Khaldé

En el centro-norte de Fenicia la tercera ciudad en importancia, tras Arvad y Biblos, fue Beirut. La superposición de la moderna capital libanesa sobre sus niveles arqueológicos hace prácticamente imposible el acceso al puerto fenicio original, Berytus. No obstante, en los años 1961-1966 se excavó en su territorio una extensa necrópolis, la de Khaldé (fig. 23), que constituye hoy por hoy el conjunto funerario del Hierro más importante de la costa fenicia. Esta necrópolis, situada a 12 km al sur de Beirut y al borde de la autopista que conduce al aeropuerto, ha proporcionado hasta ahora más de 170 sepulturas. La necrópolis fue utilizada a lo largo de dos períodos principales: un horizonte antiguo, fechado entre el siglo X y finales del siglo IX a.C. (Khaldé IV) y otro horizonte más tardío, datado entre finales del siglo IX y finales del VIII a.C. (Khaldé III). Durante el período IV predomina en Khaldé el rito de la inhumación en fosa o en cista, mientras que durante el período III más avanzado aparecen unas pocas incineraciones depositadas en ánforas, al lado de las inhumaciones, éstas mayoritarias.

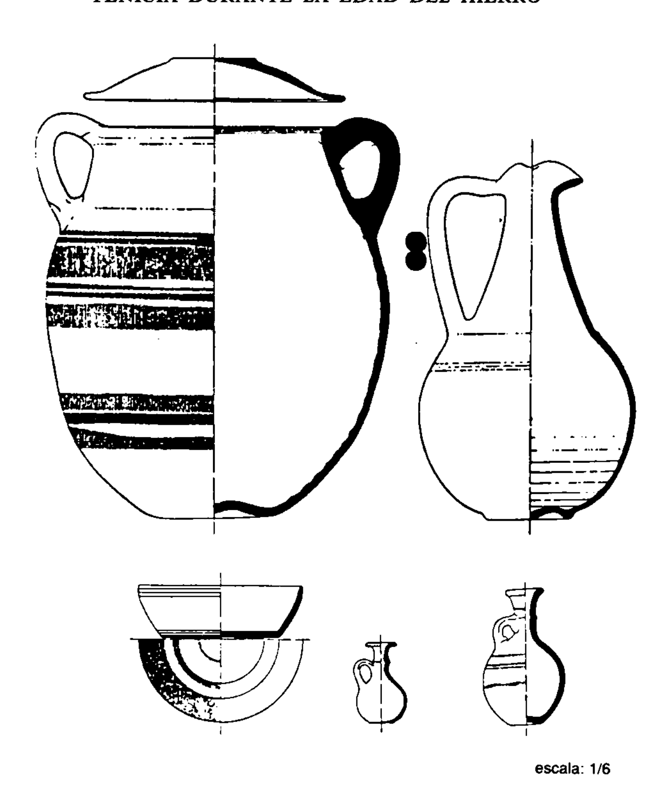


FIGURA 23. Cerámica de la necrópolis de Khaldé (según Saidah, 1966).

La importancia de la necrópolis de Khaldé estriba no tanto en su extensión como en los datos que ha proporcionado acerca de las prácticas funerarias fenicias, de los estilos cerámicos del Hierro Medio y, en particular, acerca de la organización social fenicia. Son datos que no es posible inferir hoy de los asentamientos urbanos, dado el estado actual de la investigación arqueológica en ese campo. Cabe señalar, por último, que el rito de la inhumación asociado a la cista funeraria, tal como aparece en Khaldé, constituye una práctica funeraria de larga tradición en Fenicia que remonta por lo menos al Bronce Reciente.

En este marco de hallazgos arqueológicos se plantea la cuestión de la dualidad de *ritos funerarios* que se da en el mundo fenicio durante la edad del Hierro y que veremos repetirse en las colonias de Occidente, incluidos los asentamientos fenicios arcaicos de la Península Ibérica, donde el rito funerario predominante es también el de la incineración.

En Siria-Palestina, la incineración se documenta por primera vez en el siglo XI a.C. en Carchemish, Hama, Tell Halaf, Hazor y en algunos puntos de Chipre. En ocasiones se ha pretendido relacionar la introducción de este nuevo rito de enterramiento con la invasión de los «pueblos del mar», en el siglo XII a.C. Sea cual fuere la razón que da origen a la incineración en la zona, lo cierto

es que desde mediados del siglo IX a.C. este rito parece implantarse sobre todo en el sur del Líbano y, en particular, en el territorio de Tiro y Sidón. La incineración es predominante en las necrópolis fenicias de los siglos IX-VII a.C., como Tambourit, Tell er-Rachidiyeh, Khirbet Silm, Joya, Qasmieh y Akhziv, si bien coexiste en ocasiones con algunas inhumaciones. Ello contrasta con otros territorios del norte, donde la inhumación seguirá dominando absolutamente, tal como se infiere de los hallazgos en la necrópolis de Khaldé.

La práctica de la inhumación en fosa o cista no parece que quedara totalmente abandonada en el sur de Fenicia. Por otro lado, el estudio de diversas necrópolis tardías, como las de la misma Sidón, habla en favor de un retorno a las prácticas de inhumación a partir del 600 a.C. en la Fenicia meridional.

Sidón

En el sur de Fenicia, Sidón es hoy por hoy igualmente inaccesible a la investigación arqueológica. Sobre el famoso puerto fenicio se asienta en la actualidad Saida, la tercera gran ciudad del Líbano moderno. No obstante, en el territorio situado al interior de Sidón se ha documentado la existencia de dos importantes necrópolis situadas al pie de las colinas que dominan la ciudad: las necrópolis de *Qrayé* y de *Tambourit*. La distribución de los núcleos funerarios en torno a las ciudades costeras fenicias y su situación en lugares algo elevados o al pie de las montañas del prelitoral libanés responde a la topografía característica de toda la zona meridional de Fenicia, y que veremos repetirse de nuevo en el territorio de Tiro (fig. 24).

En Tambourit, a 6 km al sureste de Sidón, se localizó hace pocos años una cueva funeraria colectiva, que contenía varias sepulturas de incineración en su interior. La presencia de algunas importaciones griegas asociadas a los enterramientos sitúan el hallazgo entre los años 850-775 a.C.

En la localidad de *Dakermann*, cercana a Sidón, otra necrópolis fenicia fechada en torno al 600 a.C. contenía sepulturas de inhumación en cista.

Sarepta

En Sarafand, moderna localidad a 13 km al sur de Sidón, estuvo emplazada la antigua Sarepta, mencionada en los textos bíblicos por haberse refugiado en ella, durante el siglo IX a.C., el profeta Elías, quien describe a *Zarephtah* como ciudad «perteneciente a Sidón» (I Re 17:8-28). Mencionada en textos del siglo XIV de Ugarit con el nombre de *srptn* y en textos egipcios del siglo XIII a.C., esta ciudad fue durante largo tiempo un puerto satélite de Sidón, si bien a lo largo de los siglos XI y VIII a.C. quedó incorporada al territorio de Tiro. Los anales asirios recuerdan que *Sa-ri-ip-tu* fue conquistada por Senaquerib en 701 a.C.

Situada a una altitud de 100 metros sobre el nivel del mar y dominando



FIGURA 24. Hipogeo de la necrópolis de Sidón (según Renan, 1864).

una amplia bahía apropiada para albergar un puerto bien protegido, Sarepta reunía todas las condiciones para constituirse en el puerto industrial de la vecina Sidón. Por lo demás, es la única ciudad fenicia del Hierro que ha podido ser excavada en extensión, lo que permite conocer la estructura urbanística y la organización del espacio habitado en un asentamiento fenicio contemporáneo de la colonización hacia Occidente. Hasta su excavación en 1969-1974, no se conocía la estratigrafía de una sola ciudad fenicia de la edad del Hierro.

El lugar parece poblarse por primera vez con carácter permanente a principios del Bronce Reciente (hacia 1550 a.C.) y muy pronto se transforma en un centro cosmopolita, al que llegan importaciones micénicas y chipriotas (niveles K-G), sin que se haya podido apreciar un nivel de destrucción o una ruptura violenta en el tránsito hacia la edad del Hierro (niveles F-E). Entre finales del siglo IX y mediados del VII a.C. (niveles D-C), Sarepta entra en su período de máxima actividad y desarrollo, cuando se aprecia un salto cualitativo en todas sus manifestaciones culturales, industriales y arquitectónicas. En dicho período, la ciudad se convierte en un importante centro dedicado a la manufactura y producción a gran escala de cerámica fina de barniz rojo, esto es, la vajilla «clásica» que veremos en Occidente y en los enclaves hispanos. Esta cerámica se elaboró en grandes hornos, situados en el barrio industrial de la ciudad. En el desarrollo de la producción cerámica en Sarepta se sitúa a mediados del siglo IX la primera aparición del barniz rojo aplicado al torno y las formas «clá-

sicas» de la cerámica fenicia, como el jarro de boca trilobulada o el ánfora comercial de Occidente.

El barrio industrial de Sarepta ha mostrado asimismo espacios dedicados a la producción de aceite de oliva en grandes prensas de piedra, zonas de manufactura y tinte de púrpura, áreas dedicadas a la metalurgia del cobre y numerosos hornos circulares destinados a la fabricación de pan. Entre el 850 y el 650 a.C. (nivel C) en Sarepta se advierte un incremento en la producción a todos los niveles e indicios inequívocos de relaciones comerciales, desarrollándose todo el repertorio de la cerámica que hallamos en Occidente. Otro período de intensas relaciones internacionales de intercambio corresponde a los siglos VI-V a.C. (nivel B).

Entre otros interesantes hallazgos cabe destacar el del puerto septentrional de la ciudad, provisto de grandes bloques de piedra tallada y otras estructuras destinadas a amarrar los barcos. Cabe señalar, por último, la identificación de un santuario dedicado a Tanit-Astarté, que estuvo en uso durante los siglos VIII y VII a.C. Una inscripción hallada en su interior lleva una dedicatoria a la diosa Tinnit o Tanit, una divinidad considerada occidental y cartaginesa hasta los hallazgos de Sarepta.

Akhziv, Tell Abu Hawam y Tell Keisan

Para concluir, destacaremos tres importantes yacimientos arqueológicos situados al sur de Tiro en el actual territorio israelí (véanse figs. 2 y 26). El primero de ellos es el de *Akhziv* o Akhzib, mencionado en el Antiguo Testamento y situado entre San Juan de Acre y Tiro. Akhziv fue un importante enclave portuario conquistado por los asirios en 702 a.C. En sus inmediaciones se han excavado tres necrópolis del Hierro, diferenciadas entre sí por sus ritos funerarios y por su cronología. Las necrópolis más antiguas se fechan en el siglo XI a.C. y consisten en sepulturas de inhumación. De interés es la necrópolis meridional, de los siglos X-VIII a.C., formada por dos sectores de enterramiento bien delimitados: uno de grandes cámaras hipogeas que contienen enterramientos colectivos, y otro sector conteniendo exclusivamente incineraciones en urna, depositadas en cavidades abiertas en el suelo. Este séctor proporcionó numerosos restos funerarios fenicios.

De ello se deduce que en Akhziv cohabitaron dos comunidades: la israelita, que repudió siempre la cremación del cadáver o la inhumación individual, y la fenicia, que incineraba a sus muertos según la tradición septentrional o tiria. Estas fechas coinciden, además, con el período en que Tiro amplió su dominio territorial hasta el Monte Carmelo.

Algo más al sur, en *Tell Abu Hawam,* existió otro asentamiento fenicio análogo al de Akhziv, situado en la bahía de Akko o de San Juan de Acre, entre el Monte Carmelo y el río Quishon, donde hoy se levanta la ciudad de Haifa. Era un enclave estratégico desde el cual Tiro dominó la llanura de Asdralón y la vía de penetración hacia el valle del Jordán, Megiddo y Beth Shan. El en-

clave fenicio se asentó sobre niveles del Bronce Reciente (estratos V-IV). Los niveles fenicios (estrato III) se fechan entre principios del siglo X y el 750 a.C. y contienen cerámicas de clara filiación tiria.

El tercer asentamiento tirio de la región del Monte Carmelo es *Tell Keisan* (acaso la antigua Ak-sa-pa), situado en una colina que domina la bahía de Akko, en la Baja Galilea, la gran llanura aluvial de Asdralón, la desembocadura del río Quishan y el acceso a los grandes centros palestinos del interior, como Megiddo. Las excavaciones en Tell Keisan han mostrado ocupación fenicia ininterrumpida desde el siglo X al VI a.C., con su apogeo en los siglos VIII y VII. Los hallazgos arqueológicos sitúan claramente este enclave dentro de la órbita político-cultural de Tiro.

La ampliación de las fronteras del reino de Tiro hasta el Monte Carmelo durante los siglos X-VIII a.C. va acompañada de una influencia fenicia considerable sobre los territorios del interior de Palestina. La instalación de población tiria en Akhziv, Akko, Tell Abu Hawam y Tell Keisan coincide con la presencia de cerámicas fenicias del Hierro Medio I en Hazor, Megiddo y Tell Qasile, entre otras ciudades israelitas.

3. LAS BASES DE LA EXPANSIÓN EN EL MEDITERRÁNEO

Una vez sentados los parámetros de la política económica de Tiro y trazadas las grandes líneas de su estrategia comercial durante la edad del Hierro, podemos abordar la cuestión del origen de la expansión tiria en el Mediterráneo. Establecidas las causas, será posible fijar las fechas y definir el carácter de los asentamientos más arcaicos de Occidente —factorías, puertos de comercio, puertos de tránsito, escalas o colonias. Si prescindimos de la fecha de fundación de Cádiz, Útica y Lixus a finales del II milenio, dada su ambigüedad, y de las posibles razones de una expansión tan temprana, por discutibles e improbables, la responsabilidad de la diáspora fenicia de Occidente suele atribuirse tradicionalmente a la presión de Asiria sobre las ciudades de la costa. En este sentido se han pronunciado la mayoría de autores que han tratado la cuestión, como Cintas, García Bellido, Moscati o Niemeyer, entre otros.

Según esta hipótesis, la expansión tiria hacia Occidente no habría sido sino la respuesta a la exigencia de materias primas impuesta por Asiria y a la presión política y militar ejercida sobre Tiro, que habrían forzado a huir a Occidente a grandes masas de población oriental. Llegado el siglo VIII a.C., Tiro se habría visto en la necesidad de ceder a Cartago toda la iniciativa de los asuntos económicos y comerciales de su imperio marítimo.

De admitirse esta hipótesis, el papel económico de Tiro en la política internacional de la época quedaría reducido a una simple actitud pasiva frente a las exigencias políticas y fiscales del imperialismo asirio, típicas de una relación de vasallaje. El letargo y la profunda crisis por la que atravesaría Tiro durante los siglos VIII y VII a.C. habría conducido, a la larga, a una interrupción del tráfico marítimo con Occidente y a la subsiguiente autonomía de las colonias. En su huida a Occidente, los fenicios se habrían dirigido a lugares ya conocidos: las pequeñas escalas comerciales fundadas durante el siglo XII.

Sin embargo, todas las referencias escritas orientales señalan que el poderío de Tiro quedó prácticamente incólume hasta la conquista de Nabucodonosor en el siglo VI a.C. y que su actividad económica sólo quedó frenada en contadas ocasiones. Por lo tanto, deberíamos basarnos en otros presupuestos teóricos a la hora de establecer las causas y el momento de la expansión de Tiro hacia el oeste.

Otros autores, como Albright y Röllig, desde una óptica bien distinta, señalan como causas principales de la diáspora la propia dinámica interna de la sociedad fenicia, y las necesidades inagotables de materias primas —fundamentalmente metales—, precisamente durante el período en que las fuentes escritas orientales sitúan el clímax del comercio tirio, esto es, en tiempos de Hiram I, en el siglo X a.C.

Pero la colonización de Occidente en tiempos de Hiram I no viene confirmada por el registro arqueológico. Además, la búsqueda de accesos hacia el este promovida por este monarca y el establecimiento de enclaves tirios en Siria y en Cilicia no tenían más finalidad que la de equilibrar su déficit económico y suplir la demanda de las grandes potencias del interior. Por consiguiente, el factor o factores que pudieron desestabilizar este complejo circuito económico y comercial y desencadenar la diáspora hay que buscarlos en otra época.

Otras hipótesis al respecto —el vacío dejado por el poderío micénico en el mar, un terremoto, etc.— no han prosperado, dado que no han aportado argumentos suficientes como para ser tomados en consideración.

Nuestra hipótesis parte de la base de que no hubo un único factor causal, sino que la diáspora surge de la conjugación de varios factores interrelacionados que actuaron en un espacio temporal largo, aunque primando unos sobre otros según las circunstancias, hasta que un estímulo exterior o uno de los factores hiciera las veces de elemento desencadenante o desestabilizador de todo el sistema en su conjunto.

La cuestión principal no se reduce a fijar el momento o la causa de la fundación de los enclaves de Cartago o de Cádiz en Occidente, sino en aclarar en qué momento resultó necesario o rentable para Tiro y otras ciudades fenicias organizar una empresa naval que, sin duda, implicaba un riesgo y, sobre todo, unos costos considerables para el estado.

LAS VARIABLES

Se trata ahora de recapitular sobre la información que hemos ido acumulando en capítulos anteriores y delimitar las bases analíticas sobre las que replantear la cuestión.

Las fuentes literarias señalan dos momentos de colonización tiria en Occidente: una fase de fundaciones arcaicas en el siglo XII a.C. (Cádiz, Útica, Lixus), no contrastada por la arqueología, como ya se ha visto, y basada en referencias occidentales tardías; y una segunda fase, cuyo inicio podríamos situar hacia finales del siglo IX a.C., documentada a partir de referencias escritas tanto orientales como occidentales. Esta segunda fase se circunscribe a la política emprendida por Ithobaal I y sus sucesores, que culminará con la fundación de colonias en el noroeste de África —Auza, Cartago— y en Chipre (Kition).

Nuestro análisis se centrará prioritariamente sobre esta última fase, a partir de los datos empíricos, historiográficos y documentales existentes.

Para determinar el marco histórico y caracterizar la verdadera idiosincrasia

de las colonias y factorías mediterráneas, es preciso que nos detengamos en los factores de índole interna y/o externa que prepararon el camino hacia la expansión comercial o colonial al Occidente.

De índole interna, porque una empresa comercial o colonial dirigida hacia territorios lejanos sólo es viable en circunstancias muy especiales: o bien en caso de crisis política o subsistencial, o bien en una situación de estabilidad, prosperidad y organización sólida de las instituciones, en la que la necesidad de canalizar o exportar la producción excedentaria —por medio de tributos, impuestos o circulación de bienes manufacturados— pudo haber provocado una política abiertamente expansionista con la consiguiente búsqueda de fuentes de materias primas, territorios agrícolas, rutas comerciales, etc.

De índole externa, en tanto que la prosperidad de las ciudades fenicias, y en especial de Tiro, se cimentó mayoritariamente en el marco de su política exterior sobre tres ejes: su rol de intermediario entre las grandes potencias de Oriente, su producción especializada de bienes de lujo destinada a la clientela extranjera y su preocupación por convertirse en el principal proveedor de metales preciosos de los imperios asiáticos. En este marco de relaciones internacionales, el papel jugado por Asiria tuvo que ser importante, incluso quizá decisivo, pero sólo como corolario de las circunstancias de la política socioeconómica interna de las ciudades fenicias; el imperio asirio sólo podía coadyuvar al estrangulamiento comercial de Tiro o, por el contrario, servir de estímulo a una iniciativa naval y comercial de cierta envergadura en este sentido.

Por tanto, las causas últimas de la expansión hacia Occidente hay que buscarlas fundamentalmente en la dinámica interna de la sociedad fenicia de Oriente.

Vamos pues a examinar, en primer lugar, cada uno de los factores internos que pudieron incidir en todo este proceso, como elementos de equilibrio o como factores de desestabilización del sistema, y ubicar el momento en que una empresa occidental podía ofrecer auténticas compensaciones económicas para Tiro. A la hora de fijar las causas de la colonización fenicia, consideramos especialmente significativas las siguientes variables (fig. 25):

- El medio geográfico
- El déficit agrícola y la sobrepoblación
- Las industrias especializadas
- El comercio de metales y el patrón plata
- Circuitos comerciales internacionales
- Las relaciones con Asiria
- La infraestructura del comercio de larga distancia

El medio geográfico

Faltan estudios de reconstrucción paleoambiental en relación con el territorio fenicio y, más concretamente, con la edad del Hierro. Aun así, algunas refe-

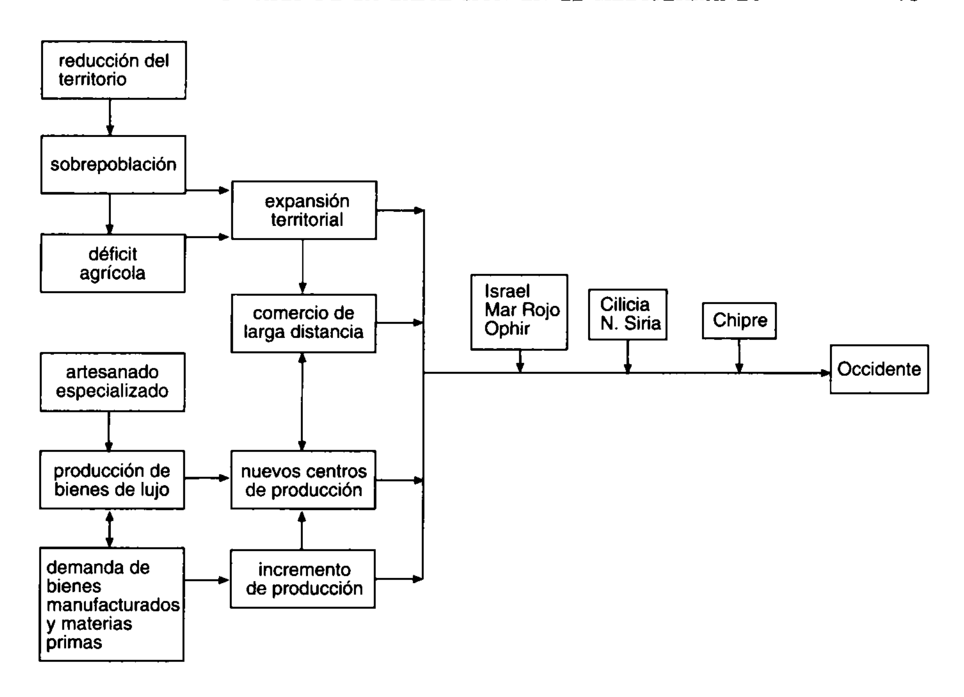


FIGURA 25. Variables de la expansión fenicia a Occidente.

rencias antiguas y diversos análisis recientes realizados en zonas periféricas permiten determinar las implicaciones políticas, sociales y económicas que tuvo para Fenicia la grave reducción de su territorio acaecida hacia el 1200 a.C. Sin incurrir en determinismos, como los que aseguran que la morfología del territorio predestinó a los fenicios a constituirse en la primera potencia naval de Oriente, es preciso destacar la importancia de los factores climáticos y geográficos en la trayectoria de las principales ciudades del Hierro.

Ya hemos aludido a la pérdida de gran parte del territorio cananeo que se produce durante la transición del Bronce Reciente al Hierro Antiguo, reducción que la tradición escrita relaciona con la invasión de los «pueblos del mar».

Además, conviene destacar que diversos estudios de paleoclimatología constatan importantes cambios climáticos en torno al 1200 a.C., que tuvieron graves repercusiones demográficas y subsistenciales. En efecto, durante el período sub-boreal (3500-750 a.C.), se producen en el Próximo Oriente importantes oscilaciones climáticas que afectarán profundamente la relación hombre-medio. Así, por ejemplo, durante la primera mitad de este período climático, hacia los años 3500-2000 a.C. aproximadamente, se documenta en la zona una fase húmeda, que determinará la expansión de grupos humanos por primera vez hacia los espacios desérticos de Siria-Palestina y el establecimiento de asentamientos de nueva planta en el Neguev, valle del Jordán y el mar Muerto, esto es, en zonas esteparias y desérticas.

A partir del 2000 a.C., se produce un avance de la estepa hacia el norte y

la regresión de las zonas forestales, que van quedando reducidas a las elevaciones montañosas de las zonas templadas y, por último, un descenso del nivel del mar en la costa mediterránea, hasta un máximo de dos metros entre los años 2000 y 500 a.C.

Este aumento gradual de la temperatura, la sequedad y la aridez se constata sobre todo en Siria-Palestina, Egipto y sureste de Europa, si bien parece que el fenómeno no fue generalizado, ya que en otros territorios como los Zagros o Europa central el cambio apenas es perceptible o, incluso, va acompañado de un aumento de la humedad.

Hacia 1200 a.C. se constatan nuevas alteraciones climáticas, que en gran parte de Siria-Palestina se traducen en la sustitución de la vegetación de tipo mediterráneo por otra de tipo desértico y sahariano, y en una degradación importante del bosque como consecuencia de un descenso considerable de la pluviosidad. Diversos análisis polínicos realizados al oeste de los montes Tauro, en el sureste de Turquía, señalan que hacia el año 1200 a.C. todavía quedan bosques de cedro en altiplanicies y elevaciones por encima de los 1.000 m.

Sin duda una crisis climática de estas características debió producir la desestabilización y el desarraigo de importantes núcleos de población, así como mecanismos para reducir la tasa de crecimiento demográfico y, sobre todo, una concentración humana en zonas más favorables, como la misma costa fenicia.

En ocasiones se ha propuesto la hipótesis de una gran sequía como causa última de la caída de Micenas y de Ugarit en el 1200 a.C. Es difícil emitir un juicio sobre esta cuestión, pero lo que sí conviene puntualizar es que algunos informes escritos de la época mencionan epidemias de peste en el imperio hitita y en Egipto —acaso las «siete plagas» bíblicas—, así como sequía y hambre en Ugarit. Es la época, por otra parte, en que la leyenda sitúa el desplazamiento de grupos humanos que huyen a Occidente —Ulises, Eneas, Heracles— o que irrumpen violentamente en las ciudades de Oriente —los «pueblos del mar».

El territorio fenicio parece haber sido uno de los menos afectados por los cambios climáticos, configurándose entonces el clima suave, de veranos largos y cálidos, inviernos suaves y precipitaciones abundantes en las costas y en las montañas, que mantiene hoy todavía el Líbano. Hacia el interior, en el valle de la Beqaa, la pluviosidad se reduce, sin embargo, considerablemente, a unos 500 mm, lo que produce una sequía estival acusada.

La abundancia de cursos de agua primaverales, utilizables para regadío, se da exclusivamente en la llanura del litoral, que constituye el auténtico *hinterland* agrícola de las ciudades fenicias y que en algunas zonas es a todas luces insuficiente para alimentar a grandes aglomeraciones urbanas. Los profundos cambios climáticos y políticos privaron a las ciudades fenicias de buena parte de sus fuentes de materias primas y de alimentos básicos, por lo que Fenicia nunca pudo convertirse en una verdadera potencia agrícola.

Sabemos que mediante obras de drenaje y de construcción de cisternas, ciudades como Tiro, que acogieron grandes concentraciones humanas en su territorio, lograron cultivos intensivos en la costa y abastecieron de agua potable a la población urbana durante el siglo X a.C. Ezequiel alude a la fertilidad del

litoral cercano a la isla de Tiro: «eras un edén, un jardín de Dios» (28:13 y 16).

Aun así, Fenicia fue deficitaria en grano. El cultivo de cereales en las laderas altas de las montañas no podía cubrir las necesidades de una población en constante crecimiento desde principios del Hierro Medio. De este modo, la pérdida del *hinterland* agrícola y la degradación climática del 1200 a.C. trajeron consigo la concentración del poblamiento en la llanura del litoral y, con ello, dos nuevos factores desestabilizadores: déficit agrícola y sobrepoblación, las dos caras de una misma moneda.

DÉFICIT AGRÍCOLA Y SOBREPOBLACIÓN

Desde el siglo X a.C. en adelante, hay claras alusiones al déficit alimentario en el territorio de Tiro, ciudad que importa del exterior grandes cantidades de aceite y cereal. El pacto acordado entre Hiram y Salomón contempla, básicamente, un intercambio de material y asistencia técnica fenicios, contra plata y productos agrícolas israelitas. Hiram I exige alimento para la casa real (I Re 5:23) y se insiste en que la cantidad de grano pagada por Salomón fue notable, lo que parece traducir una importante dependencia en materia de alimentos por parte de Tiro en esa época.

Diversos autores clásicos de época tardía mencionan problemas de sobrepoblación en Fenicia en vísperas de la colonización —Justino (*Epitome* 18:3,50); Curcio Rufo (6:4.20); Tertuliano (*De anima* 30). En su historia sobre la guerra de Jugurta, escrita el año 40 a.C., Salustio es todavía más explícito: la llegada de los fenicios al norte de África (Cartago) se explica por la necesidad de aliviar a su país de un exceso de población y por espíritu de conquista (*Jug.* 19:1-2). La referencia no deja de tener su interés, por cuanto es la primera y única vez que se mencionan la sobrepoblación y la conquista territorial, y no los objetivos comerciales, como causas de la colonización de Occidente.

Tanto el registro arqueológico como diversos estudios de paleodemografía confirman, por otra parte, un fuerte crecimiento demográfico en Fenicia y, sobre todo, en Tiro a principios del I milenio a.C. Entre los siglos XII y VIII a.C. se constata, efectivamente, un aumento considerable de asentamientos a lo largo de toda la costa. En algunas zonas, como el valle de la Beqaa, el crecimiento de la población provoca, en torno al siglo X a.C., una auténtica presión demográfica sobre los recursos.

El tema demográfico apenas ha merecido alguna atención por parte de los autores modernos que han trabajado sobre la colonización fenicia. Ello obedece, principalmente, al hecho de que la cuestión relativa al desequilibrio entre población y recursos ha constituido siempre una variable asociada tradicionalmente al problema de la colonización griega, ya que la expansión fenicia a Occidente se ha interpretado largo tiempo desde una sola perspectiva: el comercio.

Y sin embargo, el exceso de población debió de constituir un serio problema para las ciudades fenicias, especialmente durante los siglos X-VIII a.C.; esto es, antes de las deportaciones masivas de miles de fenicios a Nínive, en tiempos

de Senaquerib. Las obras de ingeniería llevadas a cabo en Tiro por Hiram I —invención de la cisterna, ampliación de la ciudad, etc.— traducen sin duda la necesidad de adaptar el espacio urbano a una población en aumento.

El problema de la sobrepoblación y del déficit alimentario explica, entre otras cosas, la preocupación de Tiro por ampliar su territorio durante los siglos X a VIII a.C. Es la época en que Tiro pasa a dominar Sidón y todos los territorios meridionales hasta la bahía de Akko y el Monte Carmelo. Con su política anexionista, es evidente que Tiro pretende el acceso a los territorios agrícolas del norte de Israel.

Algunas referencias bíblicas (II Sam 8; I Re 5:15) demuestran que ya a finales del reinado de David, Hiram I buscó un pacto económico con la nueva monarquía israelita, por lo que habría que considerar el tratado suscrito con Salomón, más tarde, como la renovación de unos acuerdos pactados con anterioridad (I Re 5:16).

No puede ser casual que Hiram I enviara un embajador al rey David precisamente después de la victoria de este monarca sobre los filisteos en el año 975 a.C., es decir, cuando Israel había pasado a dominar por primera vez las rutas comerciales que se dirigían hacia Egipto y Arabia. Todo ello refleja la importancia que tenía para Tiro su frontera meridional, es decir, los territorios agrícolas de la llanura de Asdralón, el granero natural por excelencia de Israel, para la producción de trigo y aceite.

Salomón se comprometió a entregar anualmente a Tiro considerables cantidades de trigo y aceite de oliva (I Re 5:25) a cambio, como ya sabemos, de asistencia técnica —arquitectos, artesanos—, madera de cedro y ciprés, y 120 talentos de oro (I Re 5:24; I Re 9:11-14).

Una cláusula del tratado entre Hiram I y Salomón, sin embargo, suele pasar desapercibida, incluso al especialista, por lo singular de su contenido. Efectivamente, en los pactos se menciona la cesión a Tiro, por parte de Israel, de «20 ciudades» en tierras de Galilea (I Re 9:11-14) como garantía de los acuerdos. Ello implica, necesariamente, un predominio tirio sobre la denominada «tierra de Kabul», esto es, sobre vastos territorios de la llanura de Asdralón.

La arqueología parece confirmar esta cláusula del tratado. Efectivamente, nos consta que hubo enclaves tirios en Akhziv, Akko, Tell Keisan y Tell Abu Hawam, dominando la bahía de Akko y, en consecuencia, el conjunto de la llanura de Asdralón, que se extendía entre las colinas de la Baja Galilea y las dunas que bordean la bahía de Haifa (fig. 26). En dos de estos asentamientos —el de Tell Abu Hawam y el de Tell Keisan—, la implantación de población fenicia parece iniciarse ya a principios del siglo X a.C., es decir, en tiempos de David.

En Tell Keisan, el registro arqueológico ha puesto en evidencia un próspero comercio de aceite de oliva y el cultivo a gran escala de trigo en la zona desde principios del Hierro. (Entre más de 5.200 muestras de grano procedentes de este yacimiento, el 70 por 100 resultaron ser de trigo y el 30 por 100 restante de cebada y otros cereales.)

La llanura de Acre, formada por tierras de aluvión y sometida a un clima

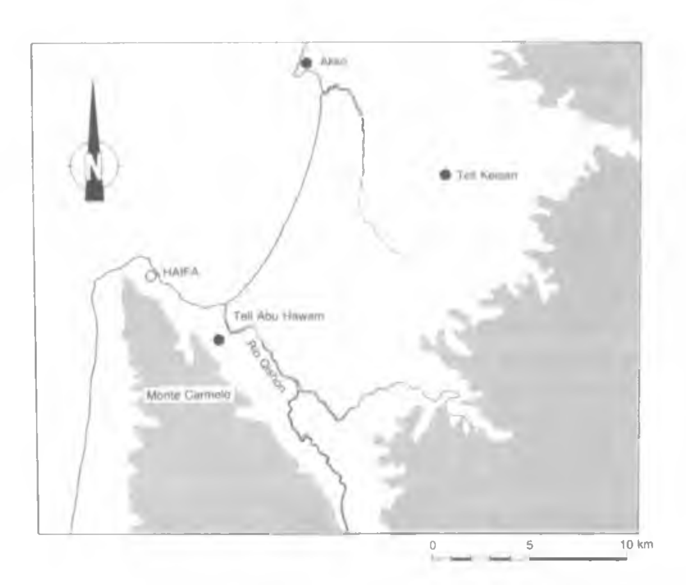


FIGURA 26. Las colonias de Tiro en la bahía de Haifa.

mediterráneo, era propicia al cultivo de trigo de invierno. En este contexto, el interés mostrado por Hiram hacia esos territorios agrícolas, nada más expulsados los filisteos de la zona, los pactos con David y con su hijo Salomón, y la cesión de tierras a Tiro en la llanura de Asdralón, adquieren una nueva dimensión económico-política.

En todo caso, los tratados políticos suscritos con Salomón, la expansión del reino de Tiro hacia el sur, el control progresivo de las rutas que conducen hacia el *hinterland* agrícola a través de acuerdos con Israel o bien mediante instalaciones tirias en el norte de Siria más tarde, toda la estrategia política de Tiro obedece, en suma, a ambiciones territoriales nacidas en gran parte de los tres factores a que hemos hecho referencia, además del comercial: limitación del espacio agrícola, sobrepoblación y déficit alimentario.

LAS INDUSTRIAS ESPECIALIZADAS

Las ciudades fenicias constituyeron grandes centros especializados en la manufactura de objetos de lujo y de prestigio destinados al comercio internacional y a satisfacer las necesidades de prestigio, autoridad y dominio de una elite social muy restringida de Oriente. Por su valor intrínseco, los bienes de lujo requerían de materias primas no disponibles y, por tanto, valiosas, y de técnicas artesanales altamente especializadas.

Los talleres fenicios se hicieron célebres por la producción de objetos suntuosos de marfil tallado, de recipientes de oro, plata y bronce decorados, y de joyas de oro con decoración de filigrana y granulado, que hallamos fundamen-

talmente fuera de Fenicia, en tumbas reales o principescas y en los palacios de Oriente. Esta producción implicaba, en consecuencia, la necesidad de materiales exóticos y, sobre todo, metales preciosos.

Durante el siglo IX a.C., Tiro y otras ciudades fenicias se convierten en únicos abastecedores de bienes manufacturados de los estados vecinos que, como Asiria e Israel, no podían procurárselos por sí mismos sin incrementar los costos de su expansión militar o política. Absorbiendo la producción fenicia, ya sea a través de tributos, impuestos o del comercio y la reciprocidad, el sistema económico asirio o israelita ayudaba a consolidar la economía fenicia.

A primera vista, el abastecimiento de productos de lujo al imperio asirio podría parecer irrelevante para su economía. Sin embargo, conviene no olvidar que la dignidad de la monarquía asiria exigía que su palacio, sus templos y su capital exhibieran su poderío y su riqueza, al tiempo que estas instituciones canalizaban esos bienes de lujo llegados de la costa hacia otros sectores o circuitos comerciales mesopotámicos.

Al igual que hicieran antes Biblos o Ugarit, Tiro se convertía ahora en principal proveedora de mercancías de lujo dentro de un circuito comercial que abarcó desde Mesopotamia hasta Anatolia y el Egeo. La distribución de estas mercancías llevó, a la larga, a una mayor especialización artesanal y a un incremento de la producción en circunstancias de intercambios favorables. Esta circulación de bienes de lujo se realizó a través de dos mecanismos de intercambio, no siempre fáciles de diferenciar: el impuesto y el comercio.

Gran número de objetos de lujo de producción fenicia hallados en los palacios asirios —vasos de plata y bronce, marfiles decorados, etc.— no son exclusivamente formas de tributo, sino que son producto de comercio. En la práctica, las relaciones tributarias estimularon intercambios comerciales entre Assur y Tiro, lo que explica las ventajas comerciales, la protección y la autonomía que Asiria otorgó a las ciudades fenicias durante mucho tiempo, como se verá más adelante.

De todo ello se infiere que toda la política de Tiro estuvo dirigida a asegurarse la obtención de metales y de materiales exóticos para su artesanía especializada. Era vital, por tanto, controlar las rutas comerciales marítimas y terrestres que le garantizaran el abastecimiento de materias primas y la distribución de sus mercancías. Así nacería en el siglo X un imperio comercial que iba a erigirse en nexo de unión entre el Mediterráneo y los grandes estados asiáticos del interior.

EL COMERCIO DE METALES Y EL PATRÓN PLATA

De las listas de tributos pagados por Tiro a Asiria se infiere que dentro de la escala de valores de intercambio, el sistema de pago fundamental utilizado por Tiro lo constituyeron la plata, el hierro, el estaño y el plomo (Ez 27:1-26).

En el mundo antiguo, el metal era indispensable para garantizar la autosuficiencia económica. Metal significaba disponer de materia prima para la agri-

cultura, la industria militar o la artesanía y de un elemento de prestigio, que se atesoraba en forma de copas, vasos o trípodes, entre otros. De ahí que muchas veces resulte difícil diferenciar los factores económicos de los elementos de prestigio.

En la época que nos interesa, las grandes reservas de mineral se ubicaban en Anatolia (plata, cobre, plomo, estaño y hierro), el Sinaí y Chipre (cobre), Etruria y la isla de Elba (estaño, cobre y hierro) y Tartessos (plata, oro y estaño).

Las enormes cantidades de plata que necesitaba y de que disponía Tiro —«Tiro amontonó la plata» (Zac 9:2-3)— sólo podían proceder de Anatolia, a través de Cilicia, o bien del sur de España.

Durante el I milenio, antes de los siglos X-IX a.C., no hay indicios de circulación de metales a gran escala en Asia occidental. Ni la economía de Asiria ni la situación de los reinos arameos ni de Israel contaban con una organización capaz de movilizar cantidades considerables de metal. Es este el papel que se asignará Tiro a partir del reinado de Hiram I.

Las referencias bíblicas sobre el comercio con Ophir y diversos hallazgos arqueológicos en Eziongeber, donde se ha constatado la existencia de una refinería de cobre fenicia de los siglos X-IX a.C., demuestran que durante el siglo X Tiro canaliza el abastecimiento de metales hacia el interior del continente asiático y, en particular, el del oro de Ophir y el cobre del Sinaí.

Hiram I se limitó a reanudar un modelo de comercio que durante el Bronce Reciente había dado prosperidad a Ugarit. En efecto, durante los siglos XIV y XIII a.C. Ugarit, que se había especializado en el transporte de metales entre Anatolia, Chipre, Egipto, el Egeo y Canaán, movía grandes cantidades de estaño y cobre, y especulaba con los precios del oro y de la plata. La ciudad compraba oro a Egipto, a bajo precio, y lo vendía más caro al imperio hitita. El rol de Ugarit, el primer centro del comercio de metales de toda Asia occidental, implicaba un sistema organizado de transporte naval.

La crisis generalizada del siglo XII provocó una disminución en la demanda de bienes de lujo y en el abastecimiento de marfil y de metales preciosos, cuya distribución por el Próximo Oriente había corrido a cargo de Ugarit y Biblos, fundamentalmente. Con la reducción en el volumen de intercambios comerciales en Siria-Palestina y la consiguiente interrupción de las actividades económicas en Canaán-Fenicia, cesaba el rol de intermediarias que tantos beneficios había reportado a las ciudades cananeas.

Superada la crisis en torno al siglo X a.C., gracias a la iniciativa y recuperación de Tiro, las ciudades fenicias se vieron en la necesidad de buscar nuevas fuentes de aprovisionamiento de metales y nuevos clientes para sus productos de lujo. Además, Fenicia tenía garantizada la venta o salida de metales, tan necesarios para la economía antigua y vitales para la industria, la agricultura y la producción de armas.

El metal, al igual que toda mercancía pesada, es más fácil de transportar por barco que por tierra y así lo constatarían los griegos durante el I milenio a.C. (Aristóteles, *Política* 1257 s). Ugarit disponía de barcos mercantes de unos 20 m de eslora, con una capacidad de carga de hasta 200 toneladas.

Durante el I milenio, el hierro fue el material estratégico más importante para los grandes estados del interior —Asiria, Babilonia—, que necesitaban de grandes cantidades para equipar a sus ejércitos. Los anales asirios y los registros de mercaderes privados señalan a Fenicia, Damasco y Cilicia como regiones de procedencia del metal, que a su vez se procuraban el mineral de hierro probablemente en las minas de los montes Tauro.

Las 160 toneladas de hierro descubiertas en las ruinas del palacio de Sargón II dan una idea de la cantidad de metal llegado a Asiria desde «los países de la costa».

En las listas asirias, Tiro, Carchemish y Damasco figuran de nuevo a la cabeza de los centros que en la época proporcionan mayores cantidades de oro y plata a los estados del interior.

Durante la era asiria, el valor del oro y de la plata volvió a ser muy elevado. El comercio de la plata, tanto en lingotes como en forma de objetos manufacturados, buscaba no sólo el lucro y el atesoramiento, sino la adquisición de estatus social y rango, prueba de la existencia de un sistema de reciprocidad —dádivas, premios, regalos—, y de un sistema de equivalencias muy cercano al de una circulación premonetal propiamente dicha.

En Asia occidental, el oro y la plata, por su elevado valor, ofrecían enormes ventajas para las transacciones comerciales, llegándose a establecer el valor de las cosas según un patrón metálico. Así, el vocablo acadio *kaspu* significó al mismo tiempo el metal en sí mismo y el valor o la forma de pago de una mercancía. Un equivalente moderno lo tendríamos en el francés *argent* o en el castellano de Argentina «plata».

En Ugarit el sistema general de pago se estipulaba en plata. «Precio», en ugarítico, era sinónimo de «peso» en acadio, y el valor de los productos y el volumen de pagos y salarios se fijaba a menudo por medio de un peso específico en oro o plata. Aun así, el metal de intercambio por excelencia lo constituyó siempre la plata, que se fundía en lingotes, discos, barras o anillos y que circulaba con un peso determinado, estipulado en siclos.

Durante el primer milenio, la plata acabó por realizar la función de patrón tipo para las transacciones comerciales. Su peso y calidad eran fijados mediante marcas de control y garantía, proceso que en ocasiones asumían los templos.

La unidad de peso habitual era la mina (0,50 kg), que equivalía a 50 siclos. Un siclo de plata equivalía a unos 200 siclos de cobre y a 227 siclos de estaño.

Un talento de plata (unos 30 kg) equivalía a 50 minas y a 3.000 siclos. En relación con el oro, la equivalencia era de 1:4, es decir, que dos siclos de oro equivalían a 8 siclos de plata.

Resulta muy difícil precisar cuándo termina la circulación de metales y cuándo comienza la circulación monetaria. En la época del imperio neoasirio, la plata ya hacía las funciones de patrón de valor y de cambio. Significa que ya circulaba con su valor estándar, en suma, como «moneda». La circulación de metales o de objetos metálicos, como copas de oro y de plata, con posibles connotaciones premonetales es una de las cuestiones más controvertidas de la historia económica antigua.

En las listas de mercancías de Ugarit y en las listas de tributos pagados por Fenicia a Asiria, el peso de las copas metálicas parece ser homogéneo. Así, una copa de oro corresponde a 1 mina, a 4 minas de plata y a 60 siclos de oro. Significa que tiene un valor estándar preciso, es una unidad de valor.

A Unamón, los piratas le roban en Dor varios lingotes de plata destinados al pago de madera en Biblos y con un peso total de casi 3 kg. Egipto los tuvo que sustituir por un valor equivalente en copas de oro y plata.

Todo ello nos lleva a considerar que tanto Tiro como Asiria habían evolucionado hacia un sistema económico en el que ya hay referencias o unidades de valor que operan como valor de cambio equivalente en plata u oro, en otras palabras, «dinero». Estamos, pues, ante un sistema económico con unidades de valor (moneda y dinero), valores de cambio (precios), patrones de peso definidos, esto es, unidades ponderales, y movimientos especulativos sobre el valor del oro, propio de una economía de mercado con sus leyes de oferta y demanda.

En este nuevo sistema, el patrón de referencia premonetal había sustituido al sistema de trueque simple propio de la economía primitiva, donde el valor de la mercancía se determinaba fundamentalmente por el valor de su utilidad (valor de uso).

Si admitimos todo esto, es decir, si se suscribe la idea de una economía de tipo mercantilista, el rol de Tiro en todo este engranaje adquiere otra dimensión, y otra dimensión toman, también, sus colonias de Occidente en el marco de la circulación de metales.

Entre finales del siglo IX y finales del siglo VIII se comprueba una falta de plata en Asiria. Así se infiere del préstamo de una mina de plata a la extraordinaria tasa de interés del 400 por 100. Algunos autores, como Winter, han interpretado este hecho como la consecuencia de una drástica reducción en el abastecimiento de metales preciosos, especialmente de plata, al imperio asirio. Sin duda hay que ver en todo ello una repercusión inmediata de la alianza sirio-urartia, que cerró eventualmente a los mercaderes de Tiro el acceso a los metales anatólicos.

Por el contrario, en tiempos de Sargón II, a finales del siglo VIII a.C., Asiria conoce un crecimiento económico y un aumento de la circulación de dinero, que en algún momento provocó la división del siclo de plata en unidades más pequeñas. La presencia de gran número de lingotes y discos de plata con marcas de garantía en todo el imperio asirio indica, además, que la plata empieza a ser acumulada o atesorada. Sargón se vanagloria de «haber acumulado plata en su palacio» y de haber conseguido «que el precio de compra del cobre llegara a equipararse al de la plata en Asiria». Sin duda Tiro y otros centros están introduciendo este metal en Asiria a partir de nuevas fuentes de aprovisionamiento en Occidente.

La abundancia de plata y el incremento de su circulación en Asiria acabó provocando, en tiempos de Asurbanipal, a mediados del siglo VII a.C., la caída del precio de este metal y su contrapartida, un aumento general de los precios. Lógicamente, el oro aumentó considerablemente de valor con relación a

la plata. Nos encontramos, pues, en pleno siglo VIII a.C., ante un proceso típicamente inflacionario, tal como lo calificaríamos en términos modernos, propio de una economía monetaria.

La subida general de precios y la depreciación de la unidad de valor usada en los intercambios tuvo que provocar, a la larga, conflictos y tensiones sociales. La consecuencia inmediata para Tiro fue un declive en la demanda exterior, principalmente asiria. Para Assur supuso el final de su dependencia con respecto a sus fuentes tirias de aprovisionamiento. No es casualidad que sea precisamente ahora, a mediados del siglo VII a.C., cuando Asiria decide el asalto final y definitivo contra Tiro.

Así pues, la introducción de grandes cantidades de plata en Asia occidental por parte de Tiro, entre los años 720 y 650 a.C. aproximadamente, cuando los accesos a Cilicia, Anatolia y mar Rojo se han cerrado para el comercio tirio, sólo se explica si los fenicios han iniciado ya la explotación a gran escala de nuevos yacimientos metalíferos. Semejante abundancia de plata sólo podía proceder de las minas de Riotinto, en Huelva, cuya explotación acababa de iniciarse.

CIRCUITOS COMERCIALES

Cada una de las ciudades fenicias controlaba un pequeño territorio, lo que las convertía en estados soberanos que las fuentes asirias denominaban *Uru* (ciudad) o *Kur* (territorio, país, región). Entre estas entidades políticas independientes, sin duda la de Tiro-Ushu fue la más densamente poblada.

Se ha defendido siempre la hipótesis de que Tiro nunca tuvo ambiciones territoriales en el continente asiático. Ya hemos visto cómo la política seguida por la ciudad, desde Hiram I a Ithobaal I, muestra todo lo contrario. La posición de las ciudades fenicias era la más apropiada para que se convirtieran en intermediarias entre Mesopotamia y Egipto. Este rol dependía, lógicamente, del control de las rutas comerciales hacia Siria y Mesopotamia a través de unas pocas vías naturales.

Las montañas del Amanus y del Líbano y los montes de Samaria y Judea constituían una auténtica barrera natural para las ciudades fenicias. Barrera que las protegió de las grandes corrientes de invasión venidas de Mesopotamia.

Los montes del Líbano poseen accesos difíciles en dirección al este. En el centro, la depresión formada por el Orontes, el Litani, el Jordán, y el valle de la Beqaa, de recorrido difícil, precede a una segunda cadena montañosa, el Anti-Líbano, que señala el límite de la gran meseta desértica de Siria.

La ciudad fenicia más próspera, Tiro, no gozaba de una posición favorable para las comunicaciones con el interior. Desde la costa fenicia, los únicos accesos hacia el este los constituían el valle del Orontes y la llanura del Amuq, el paso hacia el lago de Homs desde Arvad y la depresión de Akko, que conducía al valle del Jordán. En consecuencia, Tiro se hallaba frente al dilema de suscribir pactos políticos o comerciales con Israel y los reinos arameos de Siria, o bien de ampliar sus confines mediante la anexión del territorio de Akko o me-

diante el establecimiento de colonias en la desembocadura del Orontes. De no ser así, a Tiro sólo le quedaba el mar. En otras palabras, la economía de Tiro estaba garantizada, siempre y cuando enclaves como Akko, Tell Keisan, Akhziv o Miryandros estuvieran bajo su esfera de influencia territorial.

El primer circuito: Israel, mar Rojo y Ophir

La expansión comercial y territorial de Tiro se inicia tras la derrota de los filisteos, en 975 a.C. Este acontecimiento abría por primera vez amplias posibilidades para un estado necesitado de dar salida a sus productos y aquejado de déficit alimentario y exceso de población.

La empresa conjunta organizada por Hiram y Salomón garantizaba a Tiro la obtención de recursos alimentarios, la introducción de sus manufacturas en Israel y la obtención de metales preciosos procedentes de Ophir. La alianza con Salomón cubría, de este modo, todas las necesidades económicas de Tiro y supuso el primer paso de la política de crecimiento emprendida por su monarquía.

El proyecto del mar Rojo financiado por Hiram y Salomón estuvo encaminado, sobre todo, a satisfacer la demanda de oro que se produce ahora en el Próximo Oriente asiático. Hasta entonces, Egipto había sido el principal suministrador de oro para aquellas regiones, y, de hecho, ostentaba el monopolio de la distribución de metales preciosos en Oriente. La construcción de una flota mercante en Eziongeber y el comercio con Ophir son hechos que hay que considerar bajo la perspectiva de un acto hostil contra el debilitado comercio egipcio y como un primer intento por parte de Tiro de romper el monopolio egipcio en la distribución de metales preciosos en Asia.

El circuito comercial del mar Rojo cesa, sin embargo, a raíz de la ascensión al trono egipcio de Sheshonq —el Shishak bíblico—, quien, ya fallecido Salomón, ataca Palestina y toma Jerusalén hacia el 930 a.C. A partir de entonces, Egipto representará de nuevo una amenaza para el crecimiento de Tiro e Israel. La partición del reino de Israel y la rivalidad entre ambos, hábilmente explotada por Egipto, provocarán a la larga la pérdida del cliente de objetos de lujo más importante de Tiro —Israel— y la desaparición de una fuente de riqueza vital para su economía —Ophir. Además, las relaciones de Tiro con el reino del norte, Israel, irán deteriorándose progresivamente, hasta que la ciudad fenicia se verá abocada a establecer un nuevo circuito comercial que la compense de sus pérdidas en el sur.

Efectivamente, la coexistencia pacífica entre Israel y Tiro duró hasta mediados del siglo IX a.C., con los sucesores de Salomón —Omri y Ahab—, gracias a la renovación periódica de los antiguos tratados de alianza, impulsada desde la nueva capital, Samaria. El traslado a la nueva capital del reino, en plena ruta comercial que la unía al sur de Fenicia, y los pactos matrimoniales entre las casas reales de Tiro y Samaria, son expresión de un deseo de mantener buenas relaciones entre ambos reinos.

Sin embargo, después del reinado de Ahab (874-853 a.C.), surge en Israel un espíritu de enemistad, resentimiento y ofensa hacia el viejo aliado del norte, al que se le reprocha la violación unilateral del tratado de alianza (Sal 83:8; Is 23; Ez 26-28; Zac 9:2-3; Am 1:9). Es posible que esta crisis se produjera a raíz del giro claramente proasirio que tomó la casa de Omri hacia el 841 a.C. A mediados del siglo IX a.C., Josafat intentó reabrir inútilmente el comercio del mar Rojo (I Re 22,49), cuando ya Tiro había consolidado un nuevo eje comercial: el de Cilicia y el norte de Siria.

El segundo circuito: norte de Siria y Cilicia

Tanto los anales asirios como la documentación arqueológica evidencian la presencia de comerciantes tirios en el norte de Siria desde principios del siglo IX a.C. La instalación de asentamientos permanentes en el golfo de Alejandreta aseguraba a Tiro el acceso a las fértiles llanuras aluviales de la zona, cierto monopolio en el suministro de plata, hierro y estaño de Cilicia y Anatolia, y la salida de sus productos manufacturados en dirección a Alepo, Zindjirli, Karatepe, Carchemish y Til Barsip (véase fig. 30).

Desde sus instalaciones en el Golfo y en el Éufrates, Tiro controlaba un comercio de tránsito hacia Mesopotamia y sureste de Anatolia, que le proveía de oro, plata y bronce. Por la vía del tributo y de las transacciones comerciales, este nuevo eje económico conducía directamente a Assur, en un momento en que el imperio asirio apenas lleva a cabo incursiones militares en Siria.

Pero este circuito comercial quedaría interrumpido entre finales del siglo IX y principios del siglo VIII a.C. Efectivamente, en torno al 800 a.C. tiene lugar una alianza entre Urartu y los reinos del norte de Siria, que culmina en muy poco tiempo en un férreo control sirio-urartio sobre las rutas comerciales que unen el Mediterráneo y el este, que les dará acceso directo a Cilicia, Anatolia y el Egeo, es decir, a los principales depósitos metalíferos de Asia occidental. Esta situación se traduce en una severa reducción del abastecimiento de metales, especialmente plata, a Assur, cuya distribución había estado hasta entonces en manos de Tiro principalmente.

En poco tiempo, la reestructuración territorial de Cilicia, la consolidación de los estados arameos y la progresiva competencia griega en la zona, unido a las campañas militares de Salmanasar III en el Orontes, hacen que, desde el 800 a.C., Tiro pierda su preeminencia en Siria y su monopolio comercial en este territorio.

Por otra parte, a finales del siglo IX y como consecuencia de la unificación de las tribus arameas, se consolida el reino de Aram-Damasco. Por Damasco transcurrían las principales rutas de caravanas entre el este y el oeste y entre el norte y el sur, cuyo control detentará a partir de ahora, y hasta la conquista asiria en 732 a.C., el rey de Damasco. Aprovechando el momentáneo declive asirio de los años 824-811 a.C., Hazael de Damasco inicia una expansión hacia el sur, contra Israel y Judá, para hacerse con las rutas comerciales de Egipto

y Arabia. Con este peligroso vecino, Tiro acaba perdiendo gran parte de su comercio terrestre y sus actividades quedan reducidas a intercambios de mercancías de lujo con los poderosos monarcas de Damasco.

El tercer circuito: el Mediterráneo

A partir de ahora a Tiro le resta un solo circuito comercial y su último monopolio: Chipre y Occidente. Es la época en que en Tiro gobierna Pigmalión, cuyo nombre aparece asociado a la fundación de Cartago. Es también a finales del siglo IX cuando se funda Kition, en Chipre.

Desde principios del siglo VIII a.C. la producción y distribución de bienes de lujo destinados al consumo de elites sufre un duro revés, al reorientar el imperio asirio su demanda, dirigida ahora hacia materias primas, especialmente la plata, el hierro y el cobre. Ante esta nueva demanda, Tiro debe ampliar su órbita comercial, y, por consiguiente, incrementar la producción de bienes de intercambio o bien crear nuevos centros de producción en el ámbito de un nuevo eje comercial.

El resurgimiento político de Asiria a raíz de la ascensión al trono de Tiglatpileser III, a mediados del siglo VIII, fue posible gracias a la conquista y control del centro y norte de Siria favorecidos por la ruptura de la alianza siriourartia. De la conquista de los territorios de Siria y Urartu en 743-738 a.C. sólo quedó a salvo Carchemish, que permitía a Assur el acceso a los metales anatólicos. Con la conquista de Damasco en 732 a.C., el territorio fenicio quedaba rodeado por provincias asirias en sus flancos oriental, meridional y septentrional. Esta política culmina con las campañas de Sargón II, quien en 715 se apodera de Cilicia y del golfo de Alejandreta, con lo que Tiro perderá sus últimos vínculos comerciales con la zona. Sin embargo, por entonces los tirios ya se habían establecido en el norte de África y en Andalucía, tal como evidencia el registro arqueológico.

LAS RELACIONES CON ASIRIA

Existen muy pocos estudios detallados acerca de la economía asiria en su conjunto y sin duda los mejores son los trabajos de Diakonoff, Jankowska, Oppenheim y Postgate.

La hipótesis dominante presume un control férreo por parte de los monarcas asirios sobre el territorio fenicio y sobre el comercio de Tiro. El comercio habría quedado reducido a un mero intercambio forzoso y la única alternativa tiria a esta especie de «economía de guerra» habría sido la expansión hacia el Mediterráneo occidental.

Los investigadores soviéticos sostienen que la supremacía económica y comercial asiria se apoyó en dos factores fundamentales: en su importante producción agrícola y en su éxito en el control del comercio internacional, a través

de una coerción extraeconómica y de un «intercambio forzoso», articulado en torno a dos medidas políticas: el botín y el tributo.

El intercambio forzoso habría surgido como consecuencia de las diferencias de nivel de desarrollo económico en Asia occidental. Este desequilibrio habría obligado a Assur a sustituir el intercambio libre de productos por este intercambio coercitivo, con el fin de unificar las distintas economías en favor del centro. Como estado desarrollado, Asiria necesitaba de metales y otros productos, cuya demanda crecía en la medida en que crecía el lujo de la elite dominante. Dadas las condiciones existentes a principios del primer milenio en el mercado internacional, con economías periféricas incapaces de invertir o canalizar esos productos, Asiria, favorecida por su situación estratégica y controlando las grandes rutas comerciales del Éufrates, Tigris y los Zagros, se habría visto impulsada a forzar el comercio internacional y, a largo plazo, la unidad política.

Mediante la deportación masiva de los habitantes de los territorios conquistados, los reyes asirios pasaron a dominar, en el siglo VIII a.C., un inmenso territorio arruinado y despoblado.

En opinión de Diakonoff, el gran problema de los reyes asirios radicó en el trato otorgado a los grandes centros del comercio internacional, como Tiro, y de ahí sus dudas sobre si considerar a la ciudad autónoma como una amenaza para la estabilidad del imperio o como uno de los pilares de su economía.

Postgate (1979) contradice algunas de las tesis de Diakonoff al defender que Asiria nunca practicó una política intervencionista en los asuntos de otros reinos y que jamás hubo monopolio gubernamental asirio sobre el comercio internacional. Este autor considera, por el contrario, que el contacto con el comercio mediterráneo favoreció a los monarcas asirios que, incluso, llegaron a impulsar el comercio privado. Toda la política económica asiria habría sido la de *laissez faire*, absteniéndose de manipular las economías de las regiones anexionadas y de controlar los precios del mercado. Por otro lado defiende la hipótesis de que las reservas reales en oro y plata constituyeron un componente vital para la economía asiria, lo que la hacía muy vulnerable a los cambios de suministro del exterior: cualquier interrupción en el abastecimiento de la plata, o su incremento, podían tener desastrosos efectos para su economía y crear serios problemas administrativos.

En definitiva, Postgate, al igual que otros aufores como Oppenheim, consideran que las relaciones de intercambio entre Assur y Tiro se basaron en otros mecanismos, además del botín y el tributo; entre ellos, el comercio pacífico. A la luz de esta controversia, puede ser conveniente revisar la sucesión de los acontecimientos más significativos de las relaciones entre Tiro y Asiria.

Los asirios son los primeros en iniciar una estrategia colonialista y militar en el Próximo Oriente durante el I milenio. Aparecen en la costa mediterránea durante el siglo IX a.C. y exigen pago de tributos (*biltu, maddatu*) a los principales estados y ciudades de la costa levantina. Las listas tributarias asirias empiezan casi siempre por metales, a los que sigue en importancia el marfil, las telas, el mobiliario de madera y las esencias.

La primera noticia sobre pago de tributos se constata a partir de Asurnasir-



FIGURA 27. Fenicios llevando tributo al rey de Asiria. Bajorrelieve del palacio de Asurnasirpal II en Nimrud (859-839 a.C.).

pal II, quien en el año 876 a.C. recibe, en la desembocadura del Orontes, tributo de Tiro, Sidón, Biblos y Arvad. Esta primera intervención asiria no supuso en ningún momento un peligro real de conquista, sino la oportunidad para Tiro de obtener importantes concesiones en materia de comercio. Por aquellas fechas gobierna en Tiro Ithobaal I.

En un relieve asirio de la época (fig. 27) vemos a unos enviados del rey de Tiro llevando regalos (*namurtu*) con ocasión de la inauguración del palacio de Asurnasirpal II. Más que como acto de vasallaje, a Ithobaal le interesaba probablemente pagar tributo como impuesto de tránsito hacia las rutas del interior de Siria con vistas a acceder a nuevas fuentes de materias primas. Se trata, por tanto, de regalos «obligatorios».

Al igual que su predecesor, Salmanasar III (858-824) no ve en la costa más que un territorio apropiado para la caza y para recibir tributo. No hay plan sistemático de conquista y Fenicia no entraba dentro de los objetivos principales de este monarca asirio. Atravesando el Éufrates y alcanzando la desembocadura del Orontes, Salmanasar obtuvo de los reyes fenicios oro, plata, cobre, hierro, púrpura, madera de cedro y marfil.

Con la llegada al trono de Adad-Ninari III (810-783 a.C.) se observa por primera vez un cambio cualitativo y cuantitativo en materia de tributos procedentes de Tiro. Una vez sometido el norte de Siria, este monarca se instala en Damasco, donde recibe embajadores del rey de Tiro y cantidades importantes de oro, plata y marfil. El volumen de estos tributos pone de manifiesto un considerable aumento de riqueza en la zona, a finales del siglo IX a.C.

Adad-Ninari recibe de las ciudades fenicias veinte veces más que Salmanasar III, lo que traduce sin duda una mayor presión tributaria por parte de As-

sur, o bien la prosperidad de los puertos fenicios, en condiciones ahora de importar y canalizar un mayor volumen de metales preciosos.

Se observa otra novedad en las listas de tributos asirios de finales del siglo IX y principios del VIII a.C. Deja de mencionarse la madera de cedro y se incrementa el número de mercancías de lujo y productos acabados —vasos metálicos, objetos de marfil tallado— y, sobre todo, el de metales preciosos. Ignoramos si el declive de la madera es resultado de la crisis ecológica en Fenicia o si los bosques fueron esquilmados por la acción antrópica, pero lo que interesa destacar es el cambio que ello supone en la orientación de la estrategia comercial de Tiro: la aparición de nuevas fuentes de aprovisionamiento de materias primas y de plata.

Puede decirse, pues, que hasta el siglo VIII a.C., el pago de tributos a Asiria responde solamente a un sistema casi rutinario y repercute muy poco en la economía tiria. Sin embargo, con la llegada al trono asirio de Tiglatpileser III (745-727), las cosas cambian. Sin que Fenicia entrara en sus planes de conquista, la política militar asiria va a crear un cerco político y económico en torno a Tiro y Sidón. Pero una Tiro independiente y autónoma, una vez sometidas Hama, Damasco y el norte de Fenicia, podía resultar más beneficiosa. No deja de ser significativo que en tiempos de uno de los monarcas asirios más agresivos en relación con la costa levantina, se sitúe uno de los períodos más prósperos del comercio de Tiro, entre 790 y 738 a.C.

Tal como señala acertadamente Isaías (23:2-8), con el pago de tributo, Tiro quedaba a salvo de un poder del que, en realidad, dependía la prosperidad de su comercio.

Las relaciones de intercambio entre Assur y Tiro no sólo se basaron en la imposición de tributos, sino que existió comercio real entre ambas. Hay evidencia, también, de libre comercio e, incluso, de comercio privado por parte de Tiro, durante la era asiria.

Efectivamente, en una carta de un gobernador asirio de Tiglatpileser III, fechada en Nimrud en 738-734 a.C., se demuestra la importancia que la monarquía asiria concede a su comercio privado. En dicha carta se habla de «comprar y vender», esto es, de transacciones comerciales y no de tributos en el ámbito de las ciudades fenicias. Este oficial asirio escribe que «ha permitido al pueblo de Sidón bajar la madera (de los montes Líbano) y trabajar con ella, pero no venderla a los israelitas o a los egipcios». Asiria impone ciertas restricciones, pero permite el desarrollo del comercio.

Oppenheim (1969) ha demostrado, además, que existió un comercio terrestre regular a través del cual llegaban a las ciudades mesopotámicas productos y materias primas de diversa procedencia (cobre chipriota, hierro de Cilicia, vino de Siria, estaño de Armenia, esencias y tejidos de Fenicia, esclavos, caballos, lino, miel), cuyo suministro monopolizó Tiro a través de sus agentes y sucursales en Babilonia, Uruk y Ur.

Una vez más, los hechos respaldan la hipótesis de una relación comercial preferencial con Tiro y de una clara voluntad por parte de Asiria de abrir su mercado a productos llegados de Tiro y Sidón. Al igual que harán sus suceso-

res, Tiglatpileser III podía someter políticamente un territorio, pero sin romper sus circuitos comerciales si ello redundaba en su propio beneficio, pues la anexión militar del reino de Tiro hubiera desplazado su eje económico hacia Chipre u Occidente, lo que no entraba en los planes políticos asirios.

No obstante, a cambio de la libertad de comercio y de hacerse de nuevo con el mercado sirio tras la caída de Damasco en 732 a.C., Tiro y su rey Mattan II tuvieron que pagar cantidades exorbitantes en oro. Los 150 talentos de oro pagados por Tiro a Tiglatpileser III equivalen a unos 4.300 kg de metal precioso.

Puede decirse que desde mediados del siglo VIII a.C. las relaciones entre Assur y Tiro dejan de ser una actividad de prestigio y de recaudación de tributos para Asiria y pasan a fundamentarse en la posición clave que ocupa Tiro como centro de poder económico. Obteniendo tributo y asegurándose un intercambio comercial preferente, Assur no tenía razón para intervenir en los asuntos económicos tirios ni para competir con su comercio. Con ello, Tiro se convertía en un instrumento de la expansión asiria.

Aun en momentos difíciles y de conflicto abierto entre los dos estados, de todas las ciudades de la costa, hasta Gaza, la única que no quedó incorporada al imperio en 734-732 a.C. fue Tiro. Hay, pues, un trato de favor a cambio de una sola condición: no comerciar con Egipto, la gran rival de Asiria. En definitiva, podemos afirmar que los lazos comerciales con Tiro fueron vitales para la economía asiria y para el equilibrio de sus finanzas. Queda lejos, pues, la idea de una profunda crisis en Tiro a partir del siglo VIII a.C. y de un declive importante de su economía y comercio. Por el contrario, la era asiria fue beneficiosa para Tiro y para todo el sur de Fenicia hasta su caída, a principios del siglo VI a.C. Es la ciudad floreciente que describe Ezequiel (26-27) en vísperas del asedio de Nabucodonosor. De todo lo expuesto se infiere que las ciudades fenicias jugaron un papel esencial en la estabilidad y crecimiento del imperio asirio. El auge del imperio favorecía, de hecho, unas relaciones de intercambio que beneficiaban a ambos estados. Asiria necesitaba materias primas, especialmente madera y metales, para su agricultura, su artesanado y su industria militar. Ante un evidente desequilibrio en las contrapartidas económicas, a Assur no le quedaba otra solución que imponer por la fuerza tales intercambios, a través de tributos e impuestos.

Que Assur controlaba los circuitos comerciales de las ciudades de la costa lo demuestra el que la ascensión al trono de cada monarca asirio suscitara la rebelión de las ciudades fenicias. La importancia otorgada por Assur al control de las rutas comerciales de Cilicia, Urartu, Damasco e Israel prueba una vez más que hubo comercio asirio en el oeste.

El cobro de impuestos y tributos a Tiro, que se medía en términos de un patrón plata o su equivalente en bienes de lujo, debe interpretarse como una forma de controlar a un socio comercial, respetando al mismo tiempo su autonomía. Este tipo de imposición iba dirigido a reorientar la actividad económica y comercial de las ciudades fenicias hacia Asiria y no hacia otros competidores peligrosos, como Egipto. Para satisfacer la demanda asiria, Tiro necesitaba grandes cantidades de plata.

Asiria exigía a Tiro lo que no podía obtener fácilmente en otros territorios: al principio hierro para su maquinaria de guerra y más tarde plata, oro y bronce. Desde finales del siglo VIII a.C. Fenicia será la principal abastecedora de materias primas en Oriente, lo que implica que la demanda asiria determinó nuevamente la tendencia expansionista habitual en la política de Tiro, esta vez dirigida hacia el Mediterráneo occidental.

Los sucesores de Tiglatpileser III, Salmanasar V y Sargón II, no modificaron la estrategia económica de aquel monarca. Atacaron a Israel e incluso conquistaron Chipre desde la costa siria, pero no tocaron Tiro. Sólo a raíz de la insurrección general encabezada por Luli y Hoseas, el objetivo principal de la represión asiria pasa a ser, por primera vez, Fenicia, en un momento, no olvidemos, en que Fenicia ha perdido su importancia económica para Asiria. Así, Senaquerib, instalado cerca de Tiro, tomará Sidón y Akko y forzará al rey de Tiro, Luli, a huir al exilio en 701 a.C. (Is 23:1-14). El declive de Tiro empieza a principios del siglo VII a.C. y culminará con el bloqueo de Asurbanipal en 668 a.C. Asiria había quebrado la organización política tiria en 701 a.C. pero aún tardó mucho tiempo en modificar su sistema comercial.

Puede decirse, pues, que toda la historia de la expansión asiria hacia el oeste obedeció a un plan: controlar la vía meridional de Siria-Palestina, con el objetivo de atacar Egipto, lo que, finalmente, conseguirá Asarhadón. Esa estrategia pasaba por dominar Hama, Damasco e Israel, pero no Fenicia. Tiro logró mantener una política de compromiso, reorientó su comercio hacia Assur y conservó su autonomía hasta el final, todo ello con sustanciales ganancias económicas.

INFRAESTRUCTURA DEL COMERCIO A LARGA DISTANCIA

Es natural que el auge del comercio mueva a los interesados a ampliar sus fuentes de aprovisionamiento. La aventura occidental de Tiro debe inscribirse en este contexto: el de una empresa comercial y colonial, con todas sus complejas implicaciones.

Como ya se ha dicho, los dos grandes problemas de los gobernantes de Tiro fueron el déficit alimentario y el abastecimiento de metales. El primero podía resolverse mediante pactos comerciales (por ejemplo, con Israel) o mediante la colonización de territorios agrícolas (Botrys, Miryandros, Kition, Cartago). Ambas vías necesitaban de la intervención del estado. La obtención de metales dependía, en cambio, de la importación desde territorios lejanos. La fundación de colonias en Occidente podía responder a esta doble exigencia: producción de excedente alimentario y obtención de plata, oro, cobre y estaño.

Para que una empresa de estas características sea rentable, el transporte del mineral o del metal ya elaborado debe realizarse en grandes cantidades. La producción de metales exige toda una serie de complejos procesos técnicos, que van desde la fase de extracción en la mina hasta su transporte, fundición, aleación, acabado y comercialización. Una empresa de estas características requie-

re, en consecuencia, una administración que regule todas estas facetas. Esa organización tiene, además, dos grandes limitaciones: su capacidad de producción y la distancia. Por ello rara vez se lleva a cabo a nivel individual o por parte de una firma comercial.

El comercio a larga distancia debe apoyarse en una organización sólida y solvente, ya que concierne a muchas profesiones: productores, artesanos, agentes, transportistas, mineros, mercaderes, técnicos, pilotos de barco, etc. A mayor distancia, más valor del producto a comercializar, que justifique la envergadura de la red comercial. Sólo si la mercancía tenía verdadero valor, los enormes costos de transporte quedaban compensados.

En definitiva: una empresa de esa envergadura no se inicia en una situación de crisis ni de declive económico, sino en circunstancias que creen nuevas demandas de materias primas y den salida a productos manufacturados excedentarios. La expansión a Occidente y la fundación de las colonias del sur de España sólo pudo emprenderla Tiro en la seguridad de poder alcanzar sus objetivos: mineral de plata garantizado y recursos alimentarios abundantes, y la garantía de verdaderas compensaciones económicas. En este contexto, la aventura occidental no admite otro calificativo que el de auténtica expansión, con todas sus implicaciones: territorial, agrícola, colonial, comercial, demográfica e intervencionista.

En cuanto a las fechas de la expansión hacia Occidente, éstas deben circunscribirse a un espacio temporal muy concreto: entre finales del siglo IX y el 720 a.C., momento este en que el mercado asirio se inunda de plata, obtenida a través de las nuevas fuentes de aprovisionamiento. El punto de partida lo tenemos en dos fechas históricas de la segunda mitad del siglo IX a.C.: la fundacion de Kition, hacia el 820 a.C., y la fundación de Cartago en el 814 a.C. Entre estas fechas y finales del siglo VIII a.C. hay que situar, en consecuencia, el establecimiento de los centros fenicios hispanos y la puesta en marcha de la explotación de la plata en las minas de Riotinto y Aznalcóllar, en Huelva. Esta cronología parece coincidir, por otra parte, con la establecida en el Libro I de la *Crónica* de Eusebio, obra donde se recoge el inventario de las «talasocracias» o potencias navales que dominaron en el Mediterráneo tras la caída de Troya. En esta lista, cuya elaboración original se atribuye a Diodoro, la talasocracia fenicia ocupa el séptimo lugar detrás de los lidios, meonios, pelasgos, tracios, rodios, frigios y chipriotas (Diodoro 5:84), y se le da una duración de unos 45 años, entre 850 y 810 a.C. aproximadamente.

La cuestión que de nuevo se nos plantea es cuándo resultó rentable para Tiro asumir semejantes costos en una empresa occidental que implicaba un enorme despliegue de medios de transporte, material humano, equipamiento y dotaciones.

4. EL COMERCIO FENICIO: MECANISMOS DE INTERCAMBIO Y ORGANIZACIÓN

En la medida en que estamos tratando del pueblo comerciante por excelencia, es justo atribuir al intercambio comercial, y a todas las instituciones políticas y sociales a él vinculadas, toda la importancia que merecen en el desarrollo de la expansión mediterránea. Ello supone definir el rol desempeñado por el estado, el palacio, las instituciones religiosas, el templo y la iniciativa privada como impulsores de la empresa comercial en Occidente. Dado que existe una relación directa entre la estructura política y las pautas de comercio, la organización del comercio y sus mecanismos de intercambio dependerán de la estructura del sistema político correspondiente.

La red comercial fenicia en el Mediterráneo constituye una de las diásporas comerciales más conocidas y mejor descritas en los textos clásicos y en los estudios sobre el comercio antiguo. Pero raras veces ha sido estudiada en profundidad. Por lo general se tiende a considerar como rasgos característicos de esa empresa marítima la piratería, el trueque, la improvisación o la aventura colonial. Con frecuencia, también, se suele fijar una sucesión lineal de estadios evolutivos del comercio —comercio «silencioso», trueque, factoría, colonia—, sin tener en cuenta que los fenicios, cuando emprenden la expansión hacia Occidente, llevan siglos de experiencia mercantil a sus espaldas.

A continuación procederemos a una valoración de conjunto del papel desempeñado por el comercio, por los comerciantes y por las instituciones comerciales y políticas fenicias a la luz de las distintas teorías económicas que se han ocupado de la cuestión —aunque, lamentablemente, se refieran sobre todo al II milenio— y de las fuentes clásicas y orientales que más relación directa tuvieron con el mundo fenicio, pero siempre partiendo de la hipótesis según la cual los establecimientos fenicios de Occidente son, fundamentalmente, una proyección, a larga distancia, de la sociedad fenicia y de sus instituciones.

El estado y la iniciativa privada en el comercio del Próximo Oriente durante el II milenio

Ninguna sociedad puede dejar de consumir ni puede, por lo tanto, dejar de producir ni de distribuir. Así pues, todo el conjunto de la actividad econó-

mica, centrada en el movimiento de la producción, distribución y consumo de bienes, es un proceso dinámico y circular. Dentro de esta circulación de productos, la distribución proporciona el vínculo fundamental. Por lo demás, todas las relaciones duraderas de la sociedad comparten transacciones, intercambios y, en un mayor grado de complejidad, comercio.

Los estudiosos de las sociedades antiguas, poco versados en cuestiones de economía, tendemos a veces a situar la actividad económica dentro de las coordenadas del análisis económico moderno —dinero, mercado, ganancia, acumulación de beneficios, mecanismos de precios. Ello favorece, lógicamente, la compartimentación de tipos y categorías económicas un tanto abstractas y una tendencia hacia un reduccionismo explicativo en el que no caben, por excesiva rigidez de conceptos, todas las variables en juego. Así, por ejemplo, se suelen oponer de forma excluyente la empresa privada y la empresa de estado, o se puede llegar a excluir el intercambio mercantil cuando predominan otros sistemas de intercambio, como la reciprocidad y la redistribución.

Cuando no se dispone de suficiente documentación escrita resulta extremadamente difícil reconstruir los mecanismos de intercambio del mundo antiguo. El comercio del Próximo Oriente durante el II milenio a.C. ha podido ser reconstruido sólo en parte y gracias a hallazgos de importantes archivos de documentación escrita, como los localizados en El Amarna, Babilonia, Ugarit o Kanesh. Aun así, toda esta información se considera insuficiente para captar en toda su amplitud el funcionamiento y la evolución del comercio durante ese período. En palabras de un especialista, es «como intentar reconstruir la organización de los tranvías basándose exclusivamente en los datos registrados en el billete».

Para el I milenio a.C., la documentación escrita relativa al comercio es mucho más escasa y prácticamente inexistente en el mundo fenicio. Sin embargo, algunas referencias escritas relativas a Tiro o a los enclaves tirios de Occidente dejan entrever rasgos característicos de su comercio. Para Occidente y, en particular, para los establecimientos fenicios del sur de España, la reconstrucción del comercio debe basarse, preferentemente, en el registro arqueológico. Ello entraña, sin embargo, serias dificultades a la hora de efectuar una lectura económica de los datos.

La distribución y las características de los objetos que estudia el arqueólogo son sólo el producto final de complejos sistemas de producción e intercambio, en cuya valoración predomina, muchas veces, la visión «impresionista» de la difusión comercial. Algunos métodos de la arqueología han resultado, además, poco convincentes a la hora de interpretar el registro arqueológico. Todavía no hace mucho tiempo, se inferían en el Egeo mecanismos de intercambio comercial a partir de la curva de caída o crecimiento en la distribución espacial de objetos de comercio. Los actos de intercambio, en realidad, nacen de relaciones mucho más complejas de lo que puede sugerir una distribución espacial de este género. Recientemente, algunos especialistas —McC. Adams, Hodder y Orton— han puesto de manifiesto la incapacidad de la llamada «Nueva Arqueología» para reconstruir mecanismos socioeconómicos de cierta envergadura, como es el caso del comercio.

A pesar de todo, es posible reconstruir parcialmente la organización del comercio fenicio a partir de la escasa documentación existente y sobre la base de la sólida experiencia mercantil del Próximo Oriente asiático, de la que sí existe abundante documentación y cuyas tradiciones heredó, sin duda, Tiro.

Conocer las teorías de la historia económica en materia de comercio antiguo en el Próximo Oriente nos parece, pues, un buen punto de referencia para iniciar la discusión.

TEORÍAS ECONÓMICAS DE LA ESCUELA SUSTANTIVISTA

Formas de intercambio

Como institución específica, el intercambio de productos es un exponente del contexto social en general al interrelacionar dicha institución todos los elementos de la sociedad. Puede decirse, por tanto, que el comercio es un aspecto de las relaciones sociales y que existen tantos sistemas de intercambio como tipos de sociedad. Cuanto más compleja es la estructura social, tanto más complejo resulta el comercio.

A propuesta de los economistas de la llamada escuela «sustantivista» de Polanyi y sus seguidores —Dalton, Oppenheim, Renfrew, Zaccagnini y Liverani— se admiten hoy tres grandes modelos de funcionamiento del intercambio en las sociedades primitivas y arcaicas, por orden de complejidad:

a) La reciprocidad: este sistema está en la base de los movimientos entre grupos sociales simétricos (Polanyi) y es característico de las sociedades tribales (Sahlins). Comporta contrapartidas cualitativamente homólogas o cuantitativamente superiores. Un aspecto de la reciprocidad lo constituye el intercambio de dádivas o dones, en el que predomina sobre todo el valor social y de prestigio. Un ejemplo de reciprocidad lo encontramos en Homero, cuando describe aspectos del comercio fenicio y griego en el Egeo, que trataremos en detalle más adelante.

b) La redistribución: propia de sociedades estatales o arcaicas (Polanyi) y también de jefaturas (Sahlins). Expresa movimientos de apropiación de bienes hacia un centro y seguidamente, desde el centro hacia el exterior. Precisa de un centro de poder social y económico y es característico de sociedades muy centralizadas, como Egipto o Mari. La redistribución se configura a través de grandes sistemas de almacenamiento central —palacios o similares— y no comporta contrapartidas. Un aspecto de la redistribución es la relación de tributo o vasallaje.

c) El intercambio comercial: coexiste o se superpone a las dos anteriores en las jefaturas primitivas y en sociedades estatales (Polanyi). Comporta contrapartidas equivalentes, predomina su función económica y es un método relativamente pacífico de obtener bienes de los que se carece. Lo que asegura su desarrollo pacífico y regular es precisamente su carácter bidireccional. Existirían dos tipos fundamentales de intercambio comercial, según Polanyi:

— El *treaty trade* o comercio de tratado, también llamado «comercio administrado», propio de economías que, como la fenicia, utilizan ampliamente el «dinero» y practican vastas actividades de intercambio, pero en las que no existe todavía la noción clara de lucro o beneficio económico, ni el mercado propiamente dicho. Ello se debe a que los precios se fijan de antemano por tratado o por acuerdo previo entre las dos partes. La institución que administra y rige la actividad comercial y que determina al mismo tiempo los acuerdos con la población nativa en un territorio lejano es el puerto de comercio o puerto mercante —el *port of trade*—, definido también como el lugar donde se desarrolla el comercio de tratado.

— El comercio de mercado, en el que ya operan los mecanismos de la oferta y la demanda y el concepto de precio. Este tipo de comercio no surge, de acuerdo con las tesis polanyanas, antes del siglo IV a.C., por lo que, en principio, no sería relevante para la sociedad fenicia.

El concepto de mercado

En opinión de Polanyi, el mercado surge cuando hay, al menos, un cierto número de compradores y vendedores, y cuando el precio unitario que se ofrece se ve afectado por la decisión de todos. Es, entonces, el mercado el que determina las formas del comercio, el uso de moneda, los precios, las transacciones, las pérdidas y las ganancias.

Los elementos típicos del mercado estarían constituidos por la empresa privada, el riesgo, las ganancias y beneficios, y la fluctuación de los precios en función de los cambios en la oferta y la demanda. La función de los precios del mercado sería la de regular la oferta de productos con relación a la demanda y canalizar la demanda de bienes con relación a la oferta disponible. Por todo ello, los sustantivistas definen el mercado como un mecanismo de oferta-demanda-precio. Si cambian las condiciones de la oferta (escasez) o de la demanda, este cambio se refleja en los precios y así sucesivamente, por lo que el mercado es un mecanismo autoequilibrador o autorregulador, relativamente reciente.

El concepto de comercio sin mercado o comercio administrado por el estado tiene un interés especial para nosotros, por cuanto fue propuesto por Polanyi y su escuela pensando sobre todo en los llamados «pueblos comerciantes» —Ugarit, Tiro, Cartago—, esto es, aquellos que se distinguieron por depender casi exclusivamente del comercio, en el que participaba directa o indirectamente toda la población.

Polanyi fue el primero en elaborar una serie de categorías y esquemas teóricos aplicables a las sociedades antiguas, de ahí que su obra haya tenido tanta repercusión entre los arqueólogos, prehistoriadores e historiadores del mundo antiguo. Aún hoy, los principales especialistas en comercio antiguo siguen las tesis propuestas por Polanyi en la década de los años cincuenta. Es la existencia o no de mercado lo que ha marcado, en última instancia, la polémica entre

los llamados «sustantivistas» —Polanyi y su escuela— y los formalistas, como veremos.

Para los sustantivistas, gran parte de la teoría económica contemporánea no es aplicable a los sistemas económicos primitivos y antiguos, ya que las categorías utilizadas por la economía moderna han sido elaboradas básicamente para analizar economías de mercado enormemente complejas. Por el contrario, habrían existido sociedades en las que la economía no estaba regulada por los mecanismos del mercado —oferta, demanda, precio—, sino por otro tipo de instituciones. Al no existir leyes de mercado durante la época que nos atañe directamente, no habría habido un sistema de mercados competitivos ni precios.

Los sustantivistas defienden la hipótesis según la cual ni Babilonia ni Tiro, los dos mayores centros del comercio internacional del Próximo Oriente, fueron la cuna del mercado creador de precios. Los tirios habrían desarrollado su comercio básicamente a través de acciones fijadas por disposiciones legales (pactos, tratados) y, en consecuencia, sin afán de lucro. Este tipo de comercio premercantilista es el que Polanyi define como «comercio de tratado».

Este tipo de comercio se caracterizó especialmente por organizar expediciones lejanas dirigidas a procurarse materias primas. Al ser un comercio muy costoso, había que reducir los costos mediante medidas compensatorias, como, por ejemplo, la restricción del comercio a materiales de gran valor y producidos en zonas muy limitadas. En este sentido, el comercio pudo constituir una formidable empresa económica, en la que participaba un sector privilegiado de la población. Por ello, en una situación de economía premercantilista, el comercio de larga distancia tenía que estar controlado por el estado y subordinado a sus intereses, según Polanyi. Era el estado el que establecía los términos del intercambio y fijaba los precios. Para garantizar la seguridad mutua de ambas partes, este comercio requería de acuerdos institucionales o tratados previamente estipulados.

Este tipo de comercio admite, en ocasiones, la intervención de mercaderes que obtienen beneficios, pero no en forma de ganancia sobre el «precio» de la mercancía, sino como una renta que le concede el estado o el monarca.

Los puertos mercantes

El puerto de comercio es el eje principal del comercio administrado y principal institución del comercio de larga distancia antes de la aparición del mercado. El concepto de *port of trade* fue introducido por Revere, Arnold y Chapman en la obra de Polanyi y ampliado más tarde por Dalton para designar aquel lugar reservado a organizaciones profesionales de mercaderes que desarrollan su actividad bajo la autoridad del estado. Entre ellos no existe competencia, puesto que los precios se fijan de antemano para períodos muy largos de tiempo. Así, los mercaderes son más unos funcionarios del estado, que reciben comisión, que comerciantes independientes que arriesgan capital y buscan beneficios.

El puerto mercante llegó, a la larga, a constituirse como un pequeño estado ubicado en territorio extranjero y reconocido a nivel internacional como neutral. Favorecido por su carácter de territorio neutral, su importancia para el comercio internacional fue considerable; de ahí que las grandes potencias políticas evitaran siempre la anexión de estas ciudades libres, o puertos francos, y practicaran la política de no intervención con objeto de que pudieran continuar en el ejercicio de su función como puertos mercantes. Se consideran ejemplos clásicos los de Al Mina, Ugarit, Tiro, Cartago, Danzig, Hong Kong o Dahomey.

Durante el I milenio a.C. algunos puertos mercantes, como Tiro, pudieron alcanzar el rango de auténticas potencias a escala internacional. En un principio, sin embargo, el puerto de comercio fue un gran depósito comercial provisto de almacenes y sucursales, en el que los mercaderes recibían protección, a veces bajo los auspicios de un santuario. La presencia de almacenes, algún que otro santuario, la existencia de muy pocas sepulturas, es decir, pocos residentes, y la ausencia de control del territorio, son indicios que permitirían, al arqueólogo, identificar un puerto mercante. Son los elementos característicos que hallamos, por ejemplo, en Ugarit y Al Mina.

Para que se cumplieran todas las funciones del puerto de comercio, éste debía radicarse en la costa o a orillas de un río y requería de un entendimiento previo con los indígenas, basado en tratados regulares que contemplaran facilidades de transporte, desembarco y almacenaje de mercancías. Estos tratados fijaban las equivalencias, por lo que el metal o la plata no se hacían necesarios como medio de intercambio. Ello explicaría, por otra parte, la resistencia de fenicios y cartagineses a utilizar y a adoptar la moneda, dado que, en calidad de «puertos mercantes», sus ciudades nunca estuvieron organizadas como mercados creadores de precios. Polanyi considera que, al no existir mercado, no pudo existir ni moneda ni dinero.

En ausencia de mercado, otra institución característica del comercio intracultural a larga distancia habría sido un distrito especial situado extramuros de las grandes ciudades y destinado a las transacciones comerciales. En Próximo Oriente a este enclave comercial, del que hablaremos más adelante, se le denominó *Kārum* (puerto, muelle). Los sustantivistas distinguen esta especie de «mercado» como un lugar físico o sector de reunión destinado al intercambio de productos, y que pudo existir en Mesopotamia sin adoptar necesariamente los mecanismos del mercado creador de precios.

Sólo a partir del siglo IV a.C., los griegos habrían incorporado la idea de lucro como objetivo, y la competitividad de mercado. Aristóteles habría sido testigo directo del nacimiento del sistema de mercados creadores de precios y gobernados por leyes propias: las leyes de la oferta y la demanda.

Sin duda las tesis de Polanyi han servido para colmar un vacío en el estudio del comercio antiguo y para reabrir la discusión acerca de los sistemas económicos presentes en el Próximo Oriente, que aparentemente no parecían encajar en las categorías de la economía moderna.

TEORÍA ECONÓMICA DE LA ESCUELA FORMALISTA

A las tesis anteriores se oponen los llamados «formalistas» —Burling, Leclair, Belshaw, entre otros—, para los cuales toda sociedad primitiva o arcaica posee formas competitivas, o sea, mercados, por lo que sí serían aplicables con carácter universal las categorías de la moderna economía política. Dicho en otras palabras, los conceptos y propuestas de la economía «formal», elaborados para explicar los fenómenos de la economía de mercado, serían aplicables, globalmente o en parte, al análisis de las economías antiguas.

Recientemente, también, otros antropólogos y especialistas en historia económica, como Leemans, Meillassoux, McC. Adams, Barceló y Renger han criticado, desde otras posturas, la separación analítica que postula Polanyi entre el comercio de tratado y el comercio de mercado. Estos autores consideran esta división excesivamente rígida, y la actividad económica antigua resultante demasiado compartimentada en categorías. Elementos del comercio mercantilista y del comercio por tratado se solaparían y no habrían constituido, necesariamente, etapas excluyentes, consecutivas e ineluctables. La distancia entre uno y otro no habría sido tan nítida y no resultaría tan claro que el mercado genere precios ni sea el meollo de la actividad económica.

Hay discrepancias, también, acerca del significado del dinero y la moneda acuñada, que a veces confunden los sustantivistas. Así, por ejemplo, en Babilonia, las cuentas detalladas de las transacciones se llevaron en términos monetarios, a base de un sistema de contabilidad que precedió al dinero como medio general de intercambio. El dinero, que no es lo mismo que la moneda acuñada, puede ser, en el sentido que le dan los economistas, una entidad abstracta, una forma de crédito. Dicho en otras palabras, la ausencia de moneda metálica en Babilonia o en Tiro no significa necesariamente que no hubiera un sistema de mercado. Siempre habría habido fluctuación de precios según los formalistas, y el control del estado sobre la economía tuvo que ser un fenómeno tardío. Es más, se constata ahora que, en Mesopotamia, el mercado y la fluctuación de precios coexisten desde finales del IV milenio a.C. con los sistemas de redistribución y de reciprocidad.

Los formalistas y otros críticos de las tesis de Polanyi sostienen, por otra parte, que en Mesopotamia existió un comercio interregional muy temprano, protagonizado por mercaderes que obtenían beneficios, que el *Kārum* pudo funcionar como mercado, con todas sus implicaciones, y que la plata sirvió como medio indirecto de intercambio. Postulan estos autores, asimismo, que hay elementos de mercado en sociedades redistributivas, con demanda y especulación sobre los precios. En definitiva, que el estado no siempre canalizó los bienes desde la esfera institucional a la privada, que hubo necesidad de crear un sistema de equivalencias, que los precios, equivalencias y tarifas se expresaron en plata y, por último, que hubo regulación, especulación y fluctuación de precios. Todos estos elementos inherentes a la noción de mercado habrían surgido muy pronto en Próximo Oriente.

OTRAS APORTACIONES RECIENTES AL PROBLEMA DEL COMERCIO EN EL ANTIGUO ORIENTE

El estudio del comercio no puede restringirse al análisis de un solo rasgo aislado y extrapolado de la estructura social y política global (Meillassoux). Tampoco puede estudiarse como un fenómeno atemporal, dado que constituye un proceso continuo, dinámico y complejo, en el que deben contemplarse multitud de factores sociopolíticos y económicos. Diversos estudios recientes realizados sobre la función social del comerciante, o *tamkārum*, y sobre el rol específico del *Kārum* oriental como lugar de mercado han abierto últimamente nuevos cauces a la investigación del comercio antiguo.

El «tamkārum», pieza clave de las relaciones comerciales

En el Próximo Oriente antiguo el tráfico comercial estuvo en manos de los comerciantes, los denominados *tamkāru* (singular: *tamkārum*), palabra acádica que designa al hombre de negocios por excelencia. El *tamkārum* era la persona encargada del intercambio comercial, que viajaba con sus mercancías de un lugar a otro y que, ocasionalmente, operaba con agentes comerciales o bien financiaba el comercio de otros.

Desde mediados del III milenio se constata en Mesopotamia la existencia de transacciones comerciales privadas, en las que se desarrolla un sistema de contabilidad muy avanzado en términos de oro y plata, en particular en el comercio de larga distancia. Al mismo tiempo hay evidencias claras de que muy pronto el templo y el palacio se dedican a obtener beneficios practicando la usura o bien funcionando como banqueros. Todo ello significa que en Mesopotamia gran parte del comercio estaba organizado desde y para el estado, coexistiendo con comerciantes privados.

Durante el II milenio a.C., esta economía «capitalista» aparece estrechamente vinculada al comercio de larga distancia, en el que documentamos una vez más un fuerte control gubernamental —por ejemplo, en Ur—, o bien iniciativa privada —por ejemplo, en Sippar.

Muy pronto, el primitivo *tamkārum* se convierte en un poderoso mercader con residencia fija, con agentes en el extranjero y financiando empresas comerciales o bien concediendo créditos a terceros.

El código de Hammurabi (1792-1750 a.C.) nos muestra al gobierno y al palacio babilónicos participando del comercio y utilizando a los *tamkāru* como agentes. El palacio impone impuestos al comercio, concede créditos y mantiene mecanismos de control sobre el comercio. A pesar de ello, tolera y estimula el comercio privado. En contra de la opinión general de Polanyi y los sustantivistas, puede considerarse la iniciativa privada como uno de los pilares del poderío económico de Hammurabi en Babilonia. En tiempos de este monarca, poderosos mercaderes independientes financiados por capital privado llegaron a dominar las redes comerciales terrestres de Mesopotamia.

Se conocen numerosas cartas de negocios procedentes de los *Kārum* de Nínive, Sippar, Ur, Larsa o Babilonia. Leemans ha estudiado, en este sentido, los archivos oficiales y privados del período paleobabilónico, los archivos reales de Mari, la correspondencia de Hammurabi con oficiales del sur, cartas de mercaderes a sus agentes de Ur, Larsa y Sippar y, por último, cartas comerciales de la ciudad de Larsa dirigidas a enclaves del norte de Mesopotamia. Con ayuda de toda esta correspondencia se ha puesto de manifiesto que la mayor parte del comercio de la época estuvo dentro de la órbita gubernamental. El estado proporcionaba el capital a través de un alto oficial, el *wakil tamkāri*, que no sólo dirigía el departamento comercial del rey, sino que organizaba el movimiento de los mercaderes gubernamentales. Junto a ellos, algunos mercaderes complementaban los negocios gubernamentales con transacciones privadas.

Oppenheim postula la hipótesis de que en el período paleobabilónico, al no existir una economía de mercado, los mercaderes estaban agrupados en asociaciones de tipo gremial y profesional. Dichas asociaciones formaban parte de la esfera del templo o del palacio, que aportaba el capital para financiar dichas organizaciones mercantiles. Sólo a partir del II milenio a.C. el declive del templo habría favorecido el desarrollo de la iniciativa privada en el comercio internacional.

A partir del siglo XIV a.C., en Ugarit y otras ciudades de Oriente comercio y diplomacia se confunden. El comerciante, integrado en el sector público, no sólo participa en la administración pública, sino que el estado le confía la puesta en marcha de factorías comerciales y le comisiona para comprar y vender en calidad de emisario o cónsul. En última instancia, en Ugarit gran parte de la responsabilidad del comercio concierne al estado, al que los comerciantes pagan impuestos sobre las mercancías y conceden franquicias sobre las transacciones comerciales. A cambio de abastecer a la casa real, al comerciante que opera en la esfera del palacio se le exime de pagar impuestos ordinarios.

Los grandes mercaderes ugaríticos tenían agentes o corresponsales fijos en el exterior, o socios comerciales con los que mantenían correspondencia sobre transacciones, préstamos, casos de deuda o insolvencia, etc. Los textos jurídicos hallados en Ugarit demuestran que el hombre de negocios ugarítico se mueve siempre en el seno de unas pocas y privilegiadas familias de la ciudad.

Pero el mercader de Ugarit no es sólo un agente comercial al servicio del palacio, por cuenta del cual desarrolla toda su actividad. Una vez más se constata que el comercio de estado no excluye el desarrollo de actividades por cuenta propia. Del palacio el *tamkārum* recibe en el momento de partir una dotación que consiste en una cantidad de plata o de mercancías computadas en plata, de la que deberá rendir cuentas a su regreso. Es precisamente esta dotación la que distingue al agente comercial de palacio del mercader privado.

Se constata, además, la existencia en Ugarit de organizaciones o «casas» de mercaderes, que viajan por cuenta del palacio y que conviven con agentes comerciales que actúan por cuenta propia. No habría que descartar, sin embargo, la existencia de una categoría intermedia de mercaderes.

Como conclusión diremos que en Próximo Oriente, en toda actividad mer-

cantil fue habitual la fusión de la esfera institucional y pública con la actividad privada. El equilibrio entre las dos dependió siempre de las condiciones sociopolíticas del momento, si bien puede apuntarse que el espacio privado conquistado por los mercaderes fue mucho más amplio de lo que dejan entrever las tesis de Polanyi. Muchas veces, la iniciativa privada fue estimulada por el propio palacio.

En Asia occidental, el comerciante gozó, por otra parte, de enorme prestigio social. En el ámbito gubernamental, el mercader posee siempre un estatus social elevado, participa de las ganancias del palacio y forma parte, en ocasiones, de la misma familia real. Sólo así se capta el sentido del himno a Enlil, el dios principal del panteón sumerio, al que se le llama «mercader (*dam-gar*) de la vasta tierra». Se equipara, pues, el rango de mercader al de un dios, lo que sería impensable en caso de que el mercader hubiera sido un subordinado o no hubiera pertenecido a una clase dominante, como será el caso en Grecia.

Ni en Oriente ni en Grecia se conoce una «clase comerciante», que será una institución tardía y típicamente europea. Nos encontramos, por el contrario, con los dos extremos de la escala social. Así, el comerciante de extracción social baja será característico del mundo griego, en tanto que es desconocido en el Próximo Oriente. Este aspecto es fundamental a la hora de estudiar el comercio fenicio, que sin duda se integra en las tradiciones e instituciones del Próximo Oriente. Muy pronto se contrapone la concepción oriental del *tamkārum,* comerciante por estatus y muy vinculado a la clase gobernante y a las instituciones del templo y el palacio, a la del *naukleros* y meteco de la Grecia arcaica, o mercader de extracción social baja, desplazado y vinculado a las clases más populares, de las que proviene. El primero es un profesional cualificado y especializado, que se dedica a los negocios y a la diplomacia, avanza créditos, es propietario de tierras y llega a ello por herencia. El segundo desarrolló un comercio a pequeña escala y es menospreciado por su trabajo.

El «Kārum» de Kanesh: un ejemplo de mercado

Uno de los sistemas de organización del comercio internacional más conocido lo constituyen los enclaves comerciales asirios en Asia Menor durante los siglos XX-XIX a.C. Este tipo de enclave comercial, denominado *Kārum*, ha sido localizado en la misma capital hitita, Hattusa, así como también en Alishar y otros centros anatólicos. El mejor conocido, sin embargo, es el *Kārum* de Kültepe, la antigua Kanesh, situada en la región de Capadocia.

Estas colonias paleoasirias de Anatolia han servido siempre como punto de referencia obligado a la hora de analizar la organización del comercio antiguo en general y son elemento clave en la polémica que divide, todavía hoy, a los economistas e historiadores partidarios o contrarios a las tesis de Polanyi.

En muchas ciudades mesopotámicas hubo una zona de puerto o arrabal situada extramuros, que funcionaba como centro de la actividad comercial. Esta zona, equivalente a un *emporion* o a un *portus* medieval, a la que se denominó

Kārum, estuvo organizada como un lugar de mercado. En los suburbios de la antigua ciudad anatólica de Kanesh existió a principios del II milenio un enclave comercial asirio, habitado por hombres de negocios que durante varias generaciones se enriquecieron comprando y vendiendo, asociándose y prestando o invirtiendo dinero. Estos *tamkāru* actuaban como intermediarios entre el lejano *kārum* de Assur y los súbditos de un príncipe anatólico, el príncipe de Kanesh, que dominaba una región rica en cobre. Esta diáspora comercial asiria a Capadocia se debió a la necesidad de Assur de procurarse oro, plata y cobre de Anatolia, para complementar el abastecimiento de estaño que le llegaba de Irán.

Los colonos asirios establecidos en Kanesh configuraban una especie de empresa familiar, heredada de padres a hijos, que dependía del *Kārum* de Assur. Assur proporcionaba los productos, prestaba el dinero e invertía grandes sumas a cambio de intereses. Las miles de tablillas escritas descubiertas en Kanesh, y cuyo estudio y transcripción inició Garelli hace tiempo, hablan en favor de una organización corporativa y jerárquica de comerciantes altamente especializados.

De las más de 15.000 tablillas escritas de Kültepe, solamente se han publicado hasta hoy unas 3.000. Y buena parte de las tesis de Polanyi y de su escuela, en favor del comercio por tratado o comercio sin mercado, se apoya en los primeros hallazgos realizados en esta «colonia» de mercaderes asirios, en la que se había descubierto un importante archivo documental perteneciente a tres generaciones de mercaderes. Cuando Polanyi publicó su obra de síntesis, en 1957, sólo se conocía, así, una mínima parte de los archivos de Kültepe, la parte publicada por Garelli.

Polanyi afirma que los mercaderes asirios de Kanesh no eran comerciantes, en el sentido de personas que se ganan la vida con las ganancias obtenidas por la compra y venta, gracias a las diferencias de precio en las transacciones, sino que eran mercaderes por estatus, en virtud de su nacimiento o por designación real. Sus ingresos derivaban de comisiones o intereses. La extracción del cobre, en manos anatólicas, se desarrollaba según equivalencias y los precios se fijaban previamente según estas equivalencias.

Se trata, en pocas palabras, de comercio de tratado, en el que los poderes públicos garantizan todas las operaciones y están, por tanto, exentos de riesgos. El comerciante asirio se limita a estimular la extracción de cobre por los nativos mediante préstamos e inversiones, pagando por adelantado a futuros proveedores. Si bien el *tamkārum* es un agente independiente, toda la operación es un servicio público que se integra dentro de un comercio de estado. Este modelo de establecimiento permanente de comerciantes en territorio extranjero guarda relación directa con otro tipo de organización del comercio oriental: el «puerto de comercio», que más tarde quedará vinculado a las ciudades de Ugarit, Sidón, Tiro y Cartago, siempre de acuerdo con el modelo polanyano.

Recientes trabajos llevados a cabo sobre el *Kārum* de Kanesh y el estudio de nueva documentación escrita procedente de los archivos de esta ciudad anatólica han puesto en evidencia que el enclave comercial asirio constituyó un cen-

tro mucho más complejo de lo que pudieran imaginar tiempo atrás Garelli o el propio Polanyi. El *Kārum*, situado al pie de la ciudad, comprendía casas y barrios habitados, no sólo por mercaderes asirios, sino también por nativos y otros comerciantes extranjeros. Destacaba una gran casa de comercio (*bit kārum*), así como diversas firmas o sucursales (*bitum*), controladas por poderosas familias de mercaderes.

En un principio se estableció en Kanesh una población asiria masculina, formada por los mercaderes y sus empleados, cuyas familias seguían viviendo en Assur. Gradualmente fueron afincándose en el lugar comerciantes itinerantes y agentes de comercio, todos ellos con sus familias, por lo que el enclave comercial se convirtió en una auténtica colonia.

No se conoce con exactitud la relación existente entre la metrópoli Assur y los diversos *Kāru* anatólicos. De la correspondencia mantenida entre los mercaderes asirios de Kanesh y sus representantes en Assur se infiere la presencia en Capadocia de verdaderas dinastías de mercaderes que controlan poderosas firmas comerciales. Uno de estos mercaderes, Imdi-ilum, es un típico hombre de negocios que posee archivo propio y agentes en Assur, que reciben comisión a cambio de comprar e invertir para él. Es un *tamkārum* de elevada posición social, que viaja constantemente y controla, desde Kanesh, las caravanas y las actividades de sus numerosos agentes. Imdi-ilum posee una especie de firma familiar, heredada probablemente de su padre, tiene propiedades en Assur y mantiene agentes propios en Konya, territorio rico en metales. Se estima que este típico hombre de negocios llegó a acumular una verdadera fortuna en talentos de plata.

La nueva documentación procedente de Kanesh relativa, no olvidemos, al II milenio, demuestra que, junto a algunos elementos del comercio «de tratado», la inmensa mayoría de las actividades comerciales gravitó sobre la iniciativa privada. Hay órdenes de «vender a cualquier precio», es decir, hay riesgo, y hay cálculos sobre costos, márgenes de beneficios y ganancias. Diversas alusiones a la escasa demanda de estaño, a la caída de los precios, a situaciones de emergencia en determinadas épocas del año, a la fluctuación de precios y a los cambios en la oferta y en la demanda, avalan la hipótesis de un comercio de mercado bastante desarrollado. La plata sí funcionó como dinero, es decir, como medio indirecto de intercambio, y se constata que los mercaderes de Kanesh no eran empleados del estado.

Otros datos recientes invalidan también muchas de las hipótesis de Polanyi acerca de la exclusión mutua entre el comercio de estado y la iniciativa privada. Ahora sabemos, también, que el objetivo principal del enclave asirio de Kanesh no fue el de conseguir cobre para Assur, sino oro y plata. Y el oro y la plata no iban destinados al estado asirio, sino al bolsillo de los propios mercaderes que, si bien pagaban impuestos a la «ciudad» (Assur), configuraban una auténtica empresa privada o «capitalista». En todo caso los asirios de Capadocia no se dedicaron al comercio del cobre y de la lana porque Assur necesitara de ellos, sino porque este comercio constituía un medio para obtener más cantidad de oro y plata. Toda esta actividad aparece financiada por grandes ban-

queros e inversiones privadas. Por último, todos los indicios apuntan a una densa red de escalas comerciales controladas desde Kanesh, que llegaron a vincular el golfo arábigo con Anatolia e Irán a través de complejas ramificaciones e intermediarios, que actuaban entre productores y consumidores.

Pero toda esta copiosa información arqueológica y literaria relativa sobre todo al II milenio se interrumpe casi por completo a partir del 1200 a.C. Esta circunstancia hace que, para reconstruir los mecanismos del comercio del I milenio, debamos ceñirnos casi exclusivamente al registro arqueológico y a una documentación literaria menos precisa. Esta escasez documental plantea serias dificultades a la hora de analizar la organización del comercio fenicio en general, y de discutir la interrelación que existió entre el poder político y la actividad comercial, en particular. La cuestión, una vez más, reside en determinar qué sectores de la sociedad gestionaron la empresa fenicia en el Mediterráneo, si fue el estado, o la iniciativa privada, o a ambos a la vez.

EL COMERCIO FENICIO Y SUS FORMAS DE ORGANIZACIÓN

El colapso político del 1200 a.C. en el Próximo Oriente y la desaparición de las grandes instituciones palatinas del Bronce Reciente dieron paso a nuevos modelos de organización del comercio, aunque se preservaron, al mismo tiempo, las sólidas tradiciones mercantiles del II milenio. Una buena parte de estas tradiciones serán recogidas por Tiro.

Los sistemas políticos del Bronce Reciente se habían basado en grandes unidades regionales dominadas por el palacio y en unas relaciones interregionales caracterizadas por la paridad en el rango, donde los contactos políticos y comerciales se desarrollaban entre casas reales de rango equivalente, es decir, entre «hermanos», según la terminología de las cartas de El Amarna. Los mercaderes pertenecían a la esfera del palacio y en las relaciones comerciales predominaban el intercambio de dones (cuando estaba dirigido a un socio comercial) y el tributo (cuando estaba dirigido a socios de rango inferior).

A juicio de Liverani (1987), las relaciones de intercambio estuvieron sujetas a unas reglas de juego muy estrictas, por las que los contactos comerciales estuvieron limitados a regiones adyacentes (Ugarit-Micenas, Chipre-Ugarit, etc.), al bloquear la región micénica toda posibilidad de contacto directo entre Asia y Egipto o el Mediterráneo central. Por consiguiente, la navegación comercial de las ciudades de Siria-Palestina no tenía otra alternativa que los circuitos costeros del Mediterráneo oriental. En este contexto, el comercio de metales se caracterizó por una concentración monopolista de la producción en áreas convenientemente controladas, como Chipre y Egipto, propio de unos intercambios interregionales estrechamente vinculados al sistema político dominante.

Algunos autores opinan que, a diferencia del II milenio, el comercio del I milenio estuvo preferentemente en manos privadas y que la estrategia de la actividad mercantil fenicia consistió, básicamente, en obtener beneficios y en crear demanda con afán de lucro. En un principio, el palacio habría estimula-

do la actividad comercial, detentando el monopolio sobre el comercio internacional, para dejar paso, más tarde, a la iniciativa individual en los asuntos de comercio. De hecho, el colapso de las economías del Bronce Reciente en el 1200 a.C., que se habían caracterizado por la concentración en el palacio real de todas las actividades de organización política, gestión, administración e intercambio, supuso un desastre generalizado para todo el sistema. Cambiaron, entre otras cosas, las relaciones entre el mercader y el palacio, a raíz de la disolución de las categorías de personal especializado y de su estatus privilegiado. El comerciante tuvo que acentuar los aspectos privados de su actividad, añadiendo actividades personales a su gestión institucional en el ámbito del palacio y obteniendo exenciones aduaneras y libertad de servicio hasta adquirir un nivel significativo de autonomía y poder.

Otra consecuencia de la crisis, que influyó poderosamente en el comercio internacional, fue el fin de las garantías políticas y jurídicas que hasta entonces habían cubierto el tráfico interregional. Ya no existía ningún «gran rey» negociando con sus «hermanos» de igual rango, y la inseguridad de las rutas comerciales a causa de la piratería, unido a la ausencia de instituciones de soporte (el palacio), precipitaron el fin del comercio interregional, en particular del comercio de alto nivel en forma de intercambio de dones entre casas reales y del intercambio de especialistas entre estados.

Lo mismo ocurrió con el comercio de metales. La desaparición de la organización del palacio como centro de producción y redistribución de actividades, dejó desabastecidos a los socios comerciales, obligándolos a buscar fuentes alternativas de materias primas. En definitiva, el colapso de los palacios del Bronce, que fueron los agentes principales y casi exclusivos del comercio a larga distancia, produjo una crisis generalizada en los contactos interregionales, al desaparecer los auténticos protagonistas del comercio —reyes, escribas, embajadores, mercaderes de palacio, especialistas— como consecuencia de la disolución de la organización política y jurídica del comercio.

En lo que concierne al abastecimiento de metales, se advierten importantes cambios a principios de la edad del Hierro. Desaparecidas las trabas del período anterior, el comercio de la época inicia una estrategia dirigida a procurarse el acceso directo a las regiones distantes de producción, antes inaccesibles, y a incrementar la producción de metal a escala local. La explotación y el comercio directos sustituían, así, al intercambio de dones y al tributo. El palacio dejaba de ser el agente exclusivo del comercio para dar paso a una especie de aristocracia comercial en las ciudades fenicias de la costa. Sólo así se entiende el viaje de Unamón a Fenicia, un enviado de Egipto al que se le encargó obtener mercancías y dinero, en lugar del tributo anual que Egipto imponía en otro tiempo a los reyes vasallos de Siria-Palestina. El comercio forzoso basado en el pago de tributos daba paso a la actividad mercantil en manos de agentes privados. La clave está en el cambio de estatus del mercader: de ser un oficial de palacio, cuya tarea era suplir de mercancías que no eran accesibles localmente, pasó a ser un personaje que sólo intervenía para obtener beneficios.

Un análisis realizado por Liverani sobre la terminología comercial de la época

revela interesantes tendencias e incluso cambios semánticos en relación a la nueva situación creada en Oriente a principios del Hierro. Así, por ejemplo, en la edad del Bronce, el binomio *môtār/maḥsōr* alude a los balances anuales establecidos por la administración del palacio y los mercaderes, con el significado de «excedente/déficit». En el I milenio a.C., los mismos vocablos pasan a significar «beneficio/pérdida». La raíz *kly*, que en el Bronce Reciente significa «consumir», en el Hierro es sinónimo de «gastar». El término *mḫr*, «equivalencia», pasa a designar «precio»; *mkr*, «intercambiar», pasa a significar «vender», y surgen términos que no existían en la edad del Bronce, como *rkl* y *sḥr*, «venta ambulante».

Así, al tiempo que surgían los conceptos de beneficio y ganancia en sustitución de los conceptos de generosidad y desinterés propios del intercambio de dones, una oligarquía mercantil, asociada forzosamente a la actividad privada, habría suplantado progresivamente la gestión del palacio en el comercio a larga distancia. En Tiro, la ascensión de esta oligarquía habría desplazado el epicentro del comercio hacia el Mediterráneo y sería la responsable de la institucionalización de las colonias. Las múltiples divergencias que se observarían en los enclaves fenicios de Occidente se deberían, precisamente, a circuitos comerciales distintos, es decir, a la actividad de múltiples centros directivos de organización del comercio. Por otro lado, sólo una iniciativa privada habría sido capaz de buscar nuevos incentivos al comercio y de abrir nuevas rutas de metales en Occidente, lo que sería impensable desde la esfera estatal.

Tal como veremos más adelante, la oligarquía mercantil de Tiro o de Biblos no sólo estuvo presente desde un principio en todas las iniciativas comerciales de las ciudades fenicias, sino que el que las fuentes escritas apenas mencionen al sector privado en las transacciones comerciales del mundo fenicio durante la primera mitad del I milenio, no nos autoriza a afirmar que no hubiera comercio independiente. De la documentación disponible, y que vamos a analizar a continuación, se infiere un fuerte protagonismo de la monarquía en la organización del comercio (relato de Unamón, oráculos de Ezequiel), la presencia de elites oligárquicas sólidamente organizadas (Unamón, tratado de Baal y Asarhadón) y un comercio privado más cercano a la piratería que a la actividad mercantil propiamente dicha (Homero).

MERCADERES, PRÍNCIPES Y ARMADORES

El relato de Unamón

Todos los indicios apuntan a que durante los siglos XII-X a.C. gran parte de la organización del comercio fenicio estuvo supeditada todavía al poder político, acercándose en este sentido más a las estructuras del Bronce Reciente —Ugarit— que a las de la edad del Hierro. Respaldaría esta hipótesis el relato de Unamón, en el que, entre otras cosas, el enviado egipcio trata de abastecerse directamente en el palacio real de Biblos. Por otra parte, el rey Zakarbaal posee



FIGURA 28. Nave fenicia en un bajorrelieve del palacio de Senaquerib en Nínive (*c.* 700 a.C.).

una sólida organización administrativa, detenta el monopolio de la explotación maderera y controla el puerto y las aguas territoriales. En suma, a principios del Hierro, el palacio parece constituir una institución capaz de gestionar la actividad comercial, el abastecimiento de materias primas y las rutas de comercio, mediante prerrogativas legales y fiscales sobre los puertos de la costa (Apéndice I).

El rey de Biblos, Zakarbaal o Sicharbas, presume ante Unamón de poseer 50 naves costeras o de cabotaje (*br*) ancladas en el puerto de Sidón y otras 20 naves de ida y vuelta o de carga (*mnš*) en el puerto de Biblos. La dotación de la flota mercante de Biblos es, pues, considerable, si pensamos que el relato se refiere a la primera mitad del siglo XI a.C.

De particular interés resulta, sin embargo, el sistema organizativo del comercio que se desprende del mismo relato. Zakarbaal explica a Unamón que los 20 barcos de Biblos comercian en *hbr* o *ḥubŭr* con Smendes de Egipto y que las 50 naves fondeadas en Sidón están en *ḥubŭr* con un tal Wrktr, o Urkatel, residente en Tanis (fig. 28).

En el relato de Unamón el término *ḥubŭr* aparece, así, dos veces, una de ellas en relación con un príncipe o mercader fenicio que reside en Egipto. El término, que posee equivalentes en ugarítico y en hebreo (II Crón 20:35-37), ha sido traducido como comunidad, gremio, sindicato, vínculo comercial, sociedad, compañía, asociación o consorcio. Para la mayoría de los autores que han estudiado la etimología del nombre, el significado exacto sería el de sindicato, compañía o entente comercial, semejante al hebreo *ḥ-b-r* o *ḥabbar*, que

designa una asociación o gremio de mercaderes (Job 40:25). Por consiguiente, las 20 naves del rey de Biblos estarían en asociación comercial con el rey Smendes, al estilo de las empresas navales conjuntas de Hiram y Salomón o, más tarde, al estilo del *ḥubŭr* de Josafat y Ocozías. Efectivamente, los reyes Ocozías de Israel y Josafat de Judá establecieron en el siglo IX a.C. un *ḥubŭr* dirigido a reanudar los viajes a Ophir, iniciados por su antepasado Salomón (I Re 22:49; II Crón 20:35). Josafat no hacía más que adoptar un modelo fenicio de consorcio mercantil, utilizado tradicionalmente para empresas navales conjuntas a gran escala, bajo la protección de la monarquía. Los beneficios o las pérdidas en una empresa de este género podían ser tan elevados que había que aunar esfuerzos bajo la dirección del estado.

En el relato de Unamón, las 50 naves de cabotaje fondeadas en Sidón ya no están en asociación comercial con otra monarquía, sino con Urkatel o Werket-El. La dotación de una flota de 50 barcos mercantes sólo puede significar que Urkatel fue un poderoso mercader situado muy cerca de la casa real de Biblos y detentando, acaso, más poder económico que el propio rey.

La presencia del poderoso Urkatel sugiere que en Fenicia pudo existir, desde un principio, un comercio privado muy desarrollado, operando en esferas muy próximas al palacio, o bien directamente supeditado a la casa real. En este caso, los *ḥubŭr* pudieron ser corporaciones organizadas, o consorcios navieros, que aseguraban un tráfico regular entre la costa fenicia y Egipto, y que operaron con total autonomía bajo la protección de un poderoso.

A juzgar por otras referencias bíblicas, estas compañías mercantes debieron de surgir como respuesta a la necesidad de protegerse contra la piratería, y su función debió de consistir en proporcionar el capital necesario para construir y equipar naves mercantes y para asegurarles protección contra los piratas, los riesgos y las pérdidas. Varias alusiones del Antiguo Testamento confirman estos ejemplos de consorcios marítimos, por ejemplo, entre el rey de Tiro y los «reyes de las islas» (Ez 27:35).

El relato de Unamón pone de manifiesto, pues, que durante el siglo XI a.C. el comercio internacional desarrollado por las ciudades fenicias posee unas organizaciones mercantiles que operan bajo la protección de poderosos «príncipes» —Smendes de Egipto, Urkatel, el propio rey de Biblos—, que poseen importantes flotas mercantes y que, en ocasiones, residen en tierras lejanas o mantienen representaciones permanentes en puertos extranjeros. La existencia de estos consorcios navieros o firmas comerciales, dirigidos por poderosos armadores como Urkatel, que proveen de capital y que poseen agentes comerciales o socios y sucursales en el exterior, se constata ya en Ugarit, donde estos personajes aparecen normalmente adscritos al palacio.

Aun cuando estos mercaderes parecen operar independientemente y organizan sus propios viajes, las palabras de Zakarbaal sugieren un comercio muy cercano a la órbita del rey y coexistiendo con la flota mercante del rey de Biblos. La idea, por tanto, de un comercio privado invadiendo el terreno del comercio estatal a partir del siglo X a.C., esto es, después del reinado de Hiram I, no se corresponde con la interpretación del relato de Unamón. En un

principio ambas esferas de comercio se complementan y se inscriben, de alguna u otra forma, en la órbita protectora del palacio.

Se trata sin duda de una elite mercantil, de cuyos éxitos y empresas dependía el poderío de Tiro. Son, seguramente, los grandes «hombres de la ciudad», tal como los describen los textos ugaríticos del siglo XIV a.C. y que encontramos siempre muy cerca del poder. De las referencias bíblicas y ugaríticas se infiere que estas firmas comerciales se articularon, al estilo del *Kārum* de Kanesh, en torno a clanes familiares, a gremios de mercaderes y a «casas», tal como las denomina el Antiguo Testamento, incluida la más poderosa, «la casa del rey». Así se desprende del célebre verso de Isaías (23:8): «Tiro, la ciudad coronada, cuyos mercaderes son príncipes, cuyos traficantes son los más honrados de la tierra».

Zakarbaal menciona un Consejo de Estado en la ciudad de Biblos, que acaso desempeñó, entre otras funciones, la gestión conjunta de la actividad comercial, dirigida por el rey y por los «príncipes del mar» (Ez 26:16). En todo caso, sabemos que más tarde, durante los siglos VII-III a.C., el poder del rey giró en torno a un Consejo de Ancianos, los «sufetes», que tanto en Tiro como en Cartago formaron parte de la oligarquía de la ciudad.

Ignoramos cómo funcionó este consejo asesor del rey y cuáles fueron exactamente sus atribuciones. Significativo en este aspecto es el tratado suscrito por Asarhadón y el rey Baal de Tiro, en el siglo VII a.C., por el que la flota mercante de Tiro es propiedad, en parte, del monarca y, en parte, de los «ancianos del país», esto es, de los armadores y príncipes mercaderes.

Durante el siglo X a.C. las fuentes escritas relativas a los tiempos de Hiram y Salomón aluden a un comercio exclusivamente estatal. El palacio de Hiram I gestiona los intercambios internacionales, detenta la propiedad sobre la madera y proporciona su propia mano de obra especializada al rey de Israel (I Re 5:6-10; I Re 7:13). A cambio, el aceite y el grano suministrados por Salomón van a parar directamente al palacio de Tiro. Todo parece señalar que el palacio real es ahora el eje vital de la economía tiria. La dimensión estatal de la empresa naval conjunta entre Tiro e Israel pone de manifiesto hasta qué punto el estado estuvo detrás de las grandes empresas internacionales del comercio tirio. Hay que advertir, sin embargo, que no existe información acerca de otras posibles formas de organización del comercio en este período. El acuerdo suscrito por Hiram y Salomón es una fórmula característica de tratado comercial entre casas reales, previo intercambio de regalos y embajadores, que conocemos en Próximo Oriente desde tiempos de El Amarna. Sería ingenuo suponer que la empresa del mar Rojo y Ophir abarcara todo el comercio realizado durante el siglo X a.C.

A partir de los siglos IX-VIII a.C. todo este panorama experimenta cambios sustanciales. A raíz de la expansión asiria, asistimos en Asia occidental a la llegada masiva del elemento privado en la esfera comercial, lo que coincidiría, según opinión de algunos autores, con una disminución considerable del papel desempeñado por el palacio y la monarquía fenicios en la actividad económica. Siempre según esta hipótesis, el desarrollo de la iniciativa privada explica-

ría que, en Occidente, las escalas comerciales iniciales pasaran a convertirse en auténticas colonias durante los siglos VIII-VII a.C. También en Israel el sector privado habría irrumpido en el comercio después del reinado de Salomón, a expensas del protagonismo tradicional de la monarquía.

La información escrita disponible no permite, hoy por hoy, suscribir un cambio de estas características en Fenicia a partir del siglo IX a.C. Incluso en Asiria, donde las fuentes escritas son mucho más explícitas, el tema de si hubo o no comercio privado y de si éste dominó sobre la esfera pública resulta sumamente controvertido.

A nuestro juicio, la cuestión esencial no reside en saber si el comercio fenicio de los siglos IX-VII a.C. fue básicamente una empresa privada o una empresa de estado. En el Próximo Oriente en general, y en Fenicia en particular, el comercio público y la iniciativa privada, casi siempre asociada a la búsqueda de beneficios y al afán de lucro, se complementaron perfectamente. Fue un proceso sincrónico, en el que tanto el sector privado como el palacio buscaron beneficios y en el que el palacio necesitó tanto del mercader privado como el comerciante de la protección del palacio.

Pero también sabemos que, desde el siglo IX a.C. hasta el período neobabilónico, gran parte del comercio terrestre de larga distancia estuvo en manos de mercaderes tirios independientes, que operaron a gran escala a través de agentes y sucursales en Babilonia, Ur y Uruk, y que abastecían de textiles, esencias, cobre y hierro a las principales ciudades mesopotámicas.

Indicios de comercio privado en Fenicia los hallamos también en la correspondencia de un oficial de Tiglatpileser a cargo de la costa fenicia que, a finales del siglo VIII a.C., da cuenta al rey asirio que ha permitido al «pueblo de Sidón» comerciar y trabajar la madera del Líbano, a cambio de no venderla a los palestinos y egipcios, enemigos potenciales de Asiria.

Durante el siglo VII-VI a.C. se constata de nuevo, en Oriente, la libre circulación de mercaderes y artesanos, que a veces aparecen organizados en asociaciones profesionales de carácter gremial. Incluso en tiempos de Nabucodonosor II, en Babilonia, el jefe de los mercaderes de palacio es un alto funcionario (*rab tamkāri*) llamado Hanunu o Hanón, típico nombre de filiación fenicia.

El único documento diplomático que conocemos con posterioridad al siglo X a.C. y que hace referencia a Tiro, demuestra, una vez más, que la organización del comercio fenicio a principios del siglo VII a.C. no difiere sustancialmente del que aparece descrito en el relato de Unamón en el siglo XI a.C. Efectivamente, el tratado suscrito entre Asarhadón y el rey Baal de Tiro, fechado hacia el 670 a.C., se refiere explícitamente a las «naves de Baal» y a las naves «de las gentes de Tiro», a las que se imponen limitaciones de navegación. Hay, pues, dos categorías de naves mercantes, las de la casa real y las de los grandes mercaderes de Tiro. No es difícil imaginar que estas «gentes de Tiro», al igual que las «gentes de Sidón, Arvad y Biblos» que participan en las empresas comerciales tirias (Ez 27:8-24) son los «príncipes mercaderes» de Isaías, esa oligarquía mercantil próxima al palacio, de la que surgieron Urkatel y otros «grandes traficantes» fenicios.

La órbita comercial de Tiro en los textos proféticos hebreos

El poder marítimo y el alcance internacional del comercio de Tiro convirtieron a esta ciudad en el punto de mira de numerosos vaticinios y oráculos de los profetas de Israel. Éstos, más que anunciar, parecen desear su destrucción final. Entre los textos más ricos en información y a la vez más inquietantes, destacan las célebres elegías contra Tiro, obra de Isaías y Ezequiel.

De los oráculos contra Tiro, el más antiguo es el de Isaías, profeta coetáneo de Senaquerib, que vivió entre finales del siglo VIII y principios del VII a.C. El oráculo contra Tiro, que, no olvidemos, contiene interpolaciones tardías en el texto, ocupa todo el capítulo 23 del Libro de Isaías (Apéndice II).

Isaías

La profecía de Isaías se divide en dos partes perfectamente diferenciadas: la primera (vv. 1-14), que evoca tiempos pasados de gloria y declive de la ciudad, y la última (vv. 15-17), donde se destaca el anuncio mesiánico según el cual, tras 70 años de silencio, Tiro será restaurada y reanudará el tráfico comercial de antaño.

De particular interés son los versos 1-14, que anuncian la destrucción de Tiro por voluntad de Yahvé y que contienen una de las más antiguas alusiones conocidas sobre las «naves de Tarshish», célebres por transportar riquezas, como hicieron en tiempos de Hiram I.

En la profecía de Isaías, Tiro es sinónimo de altivez, belleza, lujo y soberbia, y se compara su pasada grandeza con su condición presente: los puertos cerrados, la corte huida, la costa devastada y Sidón, que ya no domina, oprimida. Y todo ello por castigo divino.

Algunos autores relacionan esta destrucción anunciada con la conquista de Asarhadón, en 677 a.C., si bien la mayoría de los especialistas prefieren relacionar el oráculo de Isaías con las campañas de Senaquerib contra la costa y con la victoria sobre el rey Luli de Tiro, en el año 701 a.C., o con la ofensiva de Asurbanipal (668-626 a.C.). El caso es que el desastre vaticinado por el profeta no se produjo. Es probable que Isaías escribiera en tiempos de inestabilidad y en una época en que pesaban sobre Tiro serias amenazas de destrucción durante los reinados de Salmanasar V, Sargón II y Senaquerib, amenazas de las que el propio Isaías fue testigo y contemporáneo.

La profecía se presenta en forma de lamento proferido por las naves de Tarshish cuando, de regreso de Kittim, encuentran a Tiro destruida por voluntad de Yahvé para abatir su orgullo (vv. 6-9). La descripción del profeta habla de una ciudad, Tiro, que dirige el comercio de todas las naciones, que es el mercado de las naciones (v. 2) y cuyas naves atraviesan todos los mares. Sus mercaderes forman una aristocracia, pues son príncipes (*šarim*) y son los más grandes de la tierra (v. 8). Estos mercaderes llegan a lejanas tierras, donde se establecen temporalmente (v. 7). Por lejanas tierras no hay que entender las colonias de

Occidente, por cuanto la órbita geográfica del comercio de Tiro en Isaías se limita al Mediterráneo oriental: Egipto, Kittim y Tarshish.

Para el profeta es evidente que el comercio fue el motor principal de la actividad fenicia en el mar y que Tiro, de remoto pasado, era célebre entre sus vecinos y contemporáneos por su extraordinaria riqueza y su poderío económico.

Ezequiel

El segundo gran texto profético sobre Tiro, el de Ezequiel, nos brinda información de incalculable valor sobre el comercio de Tiro y sus zonas de influencia económica, por lo que se considera una de las fuentes de información más relevantes para la reconstrucción de la economía fenicia en tiempos de la expansión mediterránea (Apéndice II).

Ezequiel fue un profeta deportado a Babilonia por Nabucodonosor en 597 a.C. Se cree que escribió sus oráculos hacia el 586 a.C., esto es, a principios del Exilio, por lo que sus profecías contra Tiro reflejarían una situación política de principios del siglo VI a.C.

De hecho, Ezequiel describe la destrucción de Tiro y formula su oráculo en el preciso momento en que Tiro es asediada por las tropas de Nabucodonosor. No obstante, existen razonables dudas acerca de la autenticidad de la obra y de que este profeta fuera deportado realmente a Babilonia. Diversos especialistas opinan que Ezequiel vivió en realidad a finales del siglo VII a.C. y que su obra no se compiló, en la forma que conocemos hoy, antes de los siglos V-IV a.C. En opinión de otros autores, el oráculo sobre la destrucción de Tiro se refiere a hechos ocurridos antes del año 732 a.C., por lo que reflejaría una situación más propia de los siglos IX-VIII a.C. Por último, algunos especialistas opinan que Ezequiel, que debió conocer perfectamente bien la ciudad de Tiro, redactó su obra en el exilio babilónico, inspirándose en un cántico acádico de la época, el *Poema de Erra*, que presenta muchos elementos en común con su profecía. En cualquier caso, las controversias acerca de la autenticidad de la obra de Ezequiel nacen del mismo texto del profeta, contenido en los capítulos 26-27, que destaca por su escasa unidad de composición.

Efectivamente, el poema central sobre Tiro aparece dividido en dos partes por un pasaje en prosa (cap. 27, vv. 12-24), en el que se da una relación de todas las naciones que comercian con Tiro y una lista de las principales mercancías que llegan a su puerto. Este pasaje contrasta con el resto de la profecía, que aparece redactada en verso y en la que, en forma de alegoría, se compara a Tiro con una nave.

Se cree que el responsable de la redacción de estos versículos no fue Ezequiel y que su autor anónimo se limitó a transcribir y copiar un viejo poema, que describe una situación por lo demás impropia de principios del siglo VI a.C. Se trata, efectivamente, de un pasaje extraño al contexto general del capítulo 27 y existen incluso argumentos de tipo lingüístico que invalidan esa supuesta unidad, y que sugieren su no pertenencia al libro original.

Este pasaje en prosa, que acaso el mismo Ezequiel pudo oír en Babilonia, recogería los fragmentos de un antiguo poema tirio, redescubierto en época neobabilónica. En estos versículos, que comprenden el catálogo de las naciones que comercian con Tiro, se menciona, entre otras, a Judá, Damasco e Israel, estados que, en época de Ezequiel, llevaban largo tiempo bajo el dominio asirio, por lo que resulta improbable que pudieran abastecer a Tiro de los numerosos productos de lujo que describe el profeta. En definitiva, la parte en prosa del capítulo 27 se referiría a una situación anterior al dominio asirio sobre Judá, Israel y Damasco, correspondiente quizá a la época del reinado de Ithobaal, y por tanto al período de mayor expansión del comercio tirio en Oriente, durante los siglos IX-VIII a.C.

En general, puede decirse que la descripción que hace Ezequiel de Tiro, en vísperas del asedio babilónico, es hoy por hoy un documento único para la historia económica de la época. Vale la pena, pues, analizar por separado las dos partes del oráculo, la parte en verso, que describe la grandeza comercial de la ciudad poco antes de su caída y en la que Tiro aparece en forma metafórica como una gran nave a punto de naufragar, y el pasaje en prosa, que comprende un elenco de naciones que mantienen comercio con Tiro y las importaciones que llegan periódicamente a su puerto.

El oráculo sobre Tiro se inicia ya en el libro 26, donde la ciudad aparece inexpugnable, construida sobre una isla rocosa, y su puerto abierto a las naves y mercancías de todas las naciones. Tiro es el principal intermediario mercantil entre el continente asiático y el Mediterráneo, puente entre las naciones y por ello codiciada por las grandes potencias del interior. En el poema, Tiro se yergue majestuosa, regia, casi mítica, y un coro gigantesco de islas y costas entran en escena convocadas por la voz del profeta. A la grandeza de su esplendor responderá la grandeza de su caída.

Al estruendo de su caída, las islas y costas temblarán, todos los príncipes del mar descenderán de sus tronos y las ciudades que habían glorificado su nombre se estremecerán por el terror que les inspira Tiro (26:15-18). Este duelo general refleja, sin duda, la hegemonía de Tiro sobre el mar y sobre los territorios gobernados por príncipes, y la resonancia de su comercio a nivel internacional.

El texto más conocido de Ezequiel lo constituye el libro 27, al que hemos aludido antes, y que se refiere a su segundo oráculo contra Tiro. La ciudad se representa como una nave dirigida por expertos marinos y protegida por bravos guerreros, para cuyo equipamiento habrían contribuido todas las naciones de la tierra (27:3-11). Digamos que la comparación con una gran nave, que al final se hunde en el mar en medio de una tempestad política, es un conocido recurso literario en forma de metáfora, que pretende reforzar la imagen devastadora de una ciudad engullida por el violento oleaje.

La profecía se inicia destacando los vínculos comerciales que posee Tiro situada a la entrada del mar y entronizada sobre sus dos puertos (vv. 1-3). Es su mercado, en el que confluyen innumerables pueblos de la costa, el que le otorga su internacionalidad. Tiro es un navío cargado de riquezas, construido de madera de cedro y abeto de Senir (Monte Hermón) y del Líbano, ornado

de púrpura azul y roja de Alishah (Chipre) y de Yawan (Grecia) y portando velas de lino traído de Egipto (vv. 4-7). La nave va tripulada por remeros de Sidón y Arvad, y expertos de Biblos reparan sus averías (vv. 8-9). En definitiva, las principales ciudades fenicias trabajan para Tiro, y trafican con ella las más importantes ciudades de la tierra. En este sentido, los versículos 1-11 del libro 27 de Ezequiel reflejarían el alcance del funcionamiento interno del comercio tirio a principios del siglo VI (fig. 29).

El final del lamento expresa todo el peso económico y político que tuvo Tiro en la época, vinculada a todas las naciones a través del comercio, y su poderío repercute en los confines de la tierra (vv. 25-36).

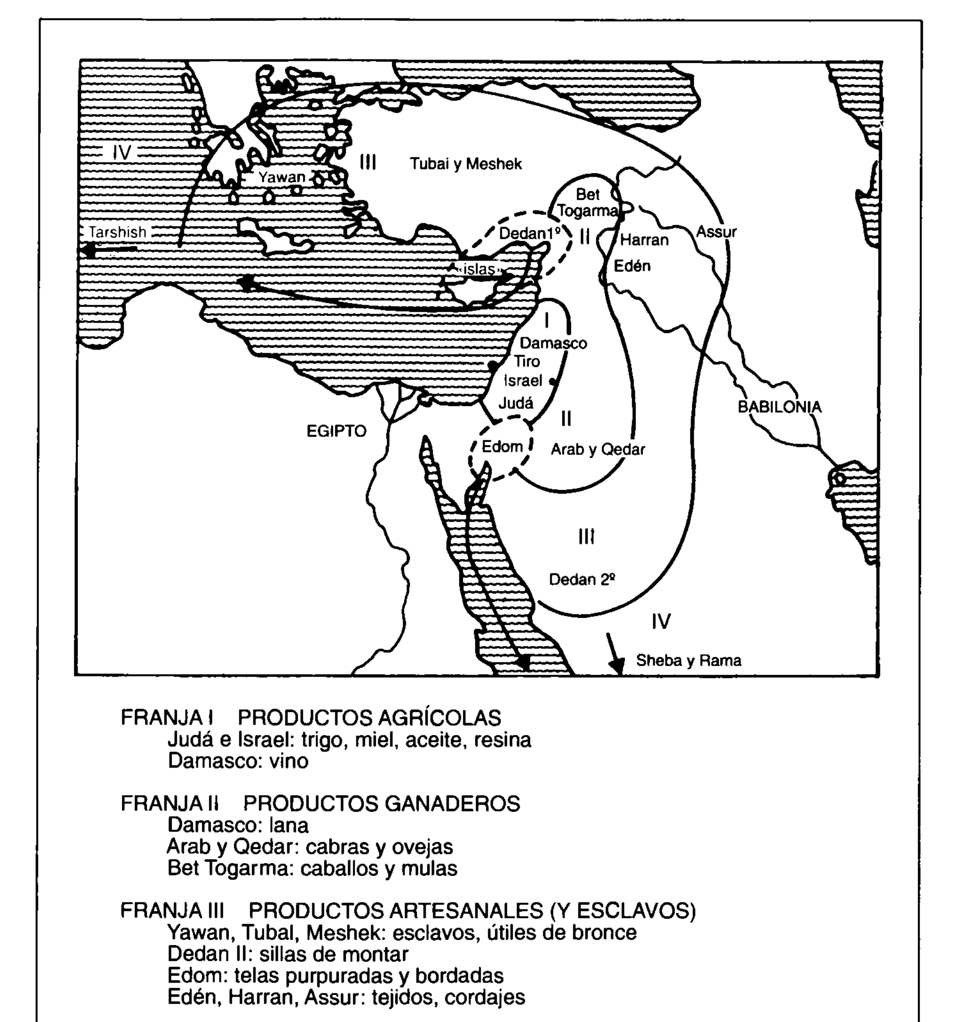
El célebre pasaje en prosa contenido en los versículos 12-24 es todavía más elocuente. Una vez más, el horizonte geográfico que refleja el profeta o su interpolador queda limitado a Anatolia, Arabia, Egipto y Chipre. Aquí se dan a conocer las principales naciones que comercian con Tiro y el tipo de mercancías objeto de intercambio comercial, de las que se consigna origen y contenido. El valor de esta información reside no sólo en la descripción minuciosa de los productos que importa Tiro, sino en la reconstrucción de unas redes comerciales que hay que situar, probablemente, en un momento muy cercano al de la expansión tiria hacia Occidente.

Tarshish se menciona como la dueña del monopolio del tráfico de metales —plata, hierro, estaño y plomo— en el Mediterráneo oriental y se refiere, probablemente, a un territorio indefinido de Asia Menor. Le siguen Yawan, Tubal y Meshek, que proporcionan a Tiro caballos y esclavos preferentemente. Yawan designa a las islas griegas de Chipre y costa de Cilicia, es decir, Jonia, y Tubal correspondería a la acádica Tabalu, en Asia Menor, acaso en los territorios del Tauro medio. Meshek se suele asociar a la acádica Mušku, el país de Muṣri, entre Armenia y Cilicia, que correspondería a la Miṣraim bíblica, donde ya en el siglo X a.C. Salomón se procuraba caballos (I Re 10: 28-29). Por último, en el texto se menciona a Bet Togarma, probablemente en Anatolia oriental, que abastece a Tiro de caballos, jinetes y mulas.

Puede decirse que la primera parte de la lista de los socios o naciones que comercian con Tiro (vv. 1-3) refleja una red comercial que abarca Cilicia, Armenia e islas jónicas, y coincide totalmente con el circuito comercial del norte de Siria, Capadocia y golfo de Alejandreta que, como es sabido, controló Tiro durante el siglo IX a.C. (fig. 30).

Sigue una mención a los hijos de Rodon (Rodas), que proporcionan a Tiro marfil y ebonita, Edom o Aram, en el *hinterland* sirio, que abastece de granate, púrpura y rubíes, Judá e Israel que exportan aceite y grano y, por último, Damasco, que entrega a Tiro vino y lana (vv. 15-18). Tras mencionar a Uzal, Sheba (probablemente Saba, en Arabia) y Rama, en el sur de Arabia, que comercian con especias y piedras preciosas, el texto concluye citando a Harran, Kanneh, Edén, Assur y Kilmad (v. 13), países de los que proceden textiles de lujo y que cabe situar al este del Éufrates —Harran, Kanneh, Edén— y en el Tigris armenio —Kullimeri.

Tiro opera, por tanto, a escala mundial y sus manufacturas gozan de de-



FRANJA I PRODUCTOS AGRÍCOLAS
Judá e Israel: trigo, miel, aceite, resina
Damasco: vino

FRANJA II PRODUCTOS GANADEROS
Damasco: lana
Arab y Qedar: cabras y ovejas
Bet Togarma: caballos y mulas

FRANJA III PRODUCTOS ARTESANALES (Y ESCLAVOS)
Yawan, Tubal, Meshek: esclavos, útiles de bronce
Dedan II: sillas de montar
Edom: telas purpuradas y bordadas
Edén, Harran, Assur: tejidos, cordajes

FRANJA IV PRODUCTOS EXÓTICOS, METALES
Tarshish: plata, hierro, estaño, plomo
Sheba y Rama: aromas, oro, piedras preciosas
*Dedan I y las numerosas islas: marfil, ébano
*Edom: corales, turquesas, rubíes
*intrusiones de la franja exterior en los terminales de las rutas marinas

FIGURA 29. Principales productos de intercambio del comercio tirio en Ezequiel (según Liverani, 1988).

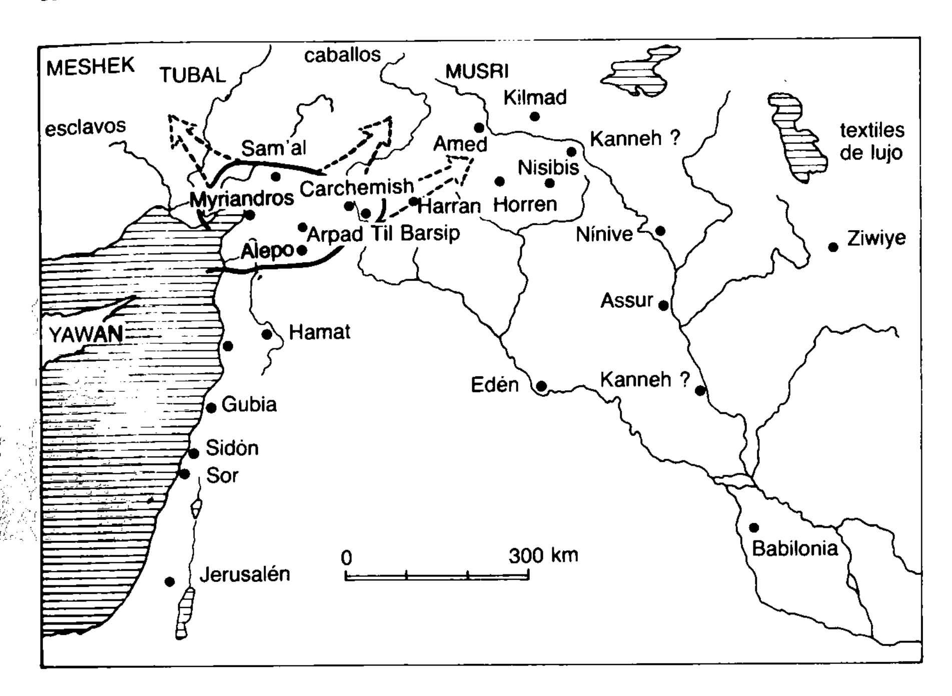


FIGURA 30. Alcance del comercio tirio en el Próximo Oriente según el texto de Ezequiel.

manda universal, al tiempo que todo el mundo conocido le proporciona todo tipo de mercancías. Es un comercio naval y terrestre a gran escala y que utiliza unas rutas, de orientación básicamente oriental, que ya había abierto Hiram I. Es, en definitiva, un comercio internacional de gran envergadura, en el que forzosamente debieron intervenir las instituciones políticas como garantía última de su éxito.

Se alude, por otra parte, al gran mercado de Tiro (v. 18), que puede referirse acaso a un lugar de intercambio cercano al puerto, situado en el *Eurychoros* (lugar grande), cuya construcción atribuye la tradición a Hiram (Josefo, *Ant. Ind.* 8:145).

Diversos estudios recientes realizados sobre el texto de Ezequiel parecen indicar que todas estas potencias lejanas que comercian con Tiro actúan como sus «agentes», es decir, como parte de una organización mercantil muy vasta, en la que agentes comerciales situados bajo la tutela directa de Tiro trabajarían para ella en sus propios países de origen. Efectivamente, en el texto original, a las naciones se las denomina *sohar* o *rokel*, un equivalente al *tamkārum* del II milenio y que, en este caso, parecen depender directamente del rey de Tiro. Ello significa que el texto de Ezequiel no se refiere a naciones como tal, sino a agentes de Tiro actuando como intermediarios en esas naciones.

Lo primero que destaca del marco geográfico que describe el profeta es la importancia secundaria del comercio marítimo (Tarshish, Yawan) en compara-

ción con el comercio terrestre, que abarca toda Asia occidental. No se mencionan los grandes imperios, como Egipto o Babilonia y, en opinión de Liverani, ello demostraría que el relato se refiere al momento en que, enfrentadas estas dos potencias en los años 610-590 a.C., quedó un espacio que aprovechó Tiro para ampliar su esfera comercial. De ser así, el cuadro comercial que describe Ezequiel no reflejaría el ámbito comercial de Tiro en general, sino una empresa muy limitada en el tiempo, entre finales del siglo VII y principios del VI, es decir, entre la caída de Nínive (612 a.C.) y el inicio del asedio de Nabucodonosor contra Tiro (585 a.C.).

La lista de mercancías que ofrece el texto de Ezequiel es una mezcla de productos de lujo y de bienes de subsistencia, aunque sorprendentemente no se haga mención del cobre. Acaso el aprovisionamiento de cobre para los talleres tirios no fue objeto de tráfico comercial preferente. Sorprende, asimismo, la ausencia de Chipre, la gran productora de cobre y aliada de Tiro, en ese comercio internacional, ausencia que algunos interpretan como un indicio de problemas existentes en la ruta comercial del cobre durante la primera mitad del I milenio. En cualquier caso, lo que se desprende del texto de Ezequiel es que no fue Tiro la que trabajó para el comercio, sino que fue el comercio internacional el que trabajó para Tiro.

PIRATAS Y COMERCIANTES: EL COMERCIO FENICIO EN HOMERO

El comercio profesional

Una fuente de importancia excepcional para valorar otros aspectos del comercio fenicio es Homero, cuyos textos se limitan a describir una situación en el Egeo, sin preocuparse excesivamente por buscar las causas o el trasfondo institucional de esa navegación comercial.

Los textos homéricos y su ciclo troyano reflejan la sociedad griega en contacto por primera vez con estos navegantes orientales y describen unas condiciones geopolíticas en constante transformación. Así, por ejemplo, en la *Ilíada*, los fenicios son expertos artesanos del metal y de los textiles de lujo, se valoran sus excepcionales dotes como marinos y aparecen en el Egeo en muy contadas ocasiones. La *Odisea*, compuesta dos o tres generaciones después de la *Ilíada*, describe ya a los fenicios dominando el mar en pugna con los griegos, y los considera comerciantes y piratas que aparecen con mucha mayor frecuencia en aguas griegas.

El comercio fenicio en Homero no es un comercio organizado, sino una empresa individual, que intenta abrir mercados en Grecia, que ofrece sus mercancías al mejor postor y que busca, especialmente, beneficios. Es un comercio de poco volumen, llevado a cabo por naves mercantes que desarrollan otras actividades complementarias, como son el transporte de pasajeros y el tráfico de esclavos. Vemos a estos mercaderes frecuentando los puertos de Lemnos, Pilos, Ítaca, Siros, Creta, Libia y Egipto.

La situación que describe Homero es más propia de un comercio de tanteo que de un comercio regular con colonias y factorías por todo el Mediterráneo. No se mencionan colonias ni establecimientos fenicios permanentes, ni tampoco se alude a la ciudad-estado griega. Por el contrario, el comercio fenicio aparece asociado, con frecuencia, a la gestión de sus monarcas y a la práctica del don y de la hospitalidad. Todo ello refleja, en consecuencia, un ambiente cercano a los inicios de la expansión tiria hacia el oeste, esto es, una situación más propia del siglo IX que de los siglos VIII-VII a.C., época esta última en la que se sitúa la redacción de la epopeya homérica.

Otro aspecto a tener en cuenta es la visión homérica acerca del comercio y los comerciantes, o, en otras palabras, de los fenicios. A diferencia del Próximo Oriente o de la Europa medieval, la Grecia arcaica consideraba el comercio incompatible con el concepto griego de aristocracia y de ética. La ética de Homero prohíbe la práctica del comercio como profesión por razones sociales más que económicas. En el mundo griego, el comerciante profesional posee un estatus social inferior y pertenece a una clase social menospreciada. El noble ideal homérico presupone la adquisición de mercancías mediante el botín y la piratería, de ahí la visión totalmente negativa que aparece en la *Ilíada* y la *Odisea* sobre el comercio y los comerciantes y, por extensión, los fenicios. Su impopularidad perdurará en Grecia hasta época clásica. En la Atenas de los siglos V-IV a.C. la actividad mercantil es un deshonor, tanto para el mercader que trafica por su cuenta, el *emporós,* como para el propietario de barco mercante, el *nauklerós,* como también para el exportador que se dedica a expediciones marítimas, o *endokós.*

En Homero, el comercio se deja para los extranjeros. En la realidad, el comercio exterior de las ciudades griegas aparece en manos de los fenicios —los «sidonios»—, que son extranjeros no siempre bien recibidos y, como tales, dignos de poca confianza. Para tener una idea de la imagen negativa del comerciante en general, bastan las palabras dirigidas a Odiseo: «Pareces un capitán de marineros traficantes, más que un varón instruido» (*Od.* 8:145-164). Y ante la corte de Antinoo, Ulises tuvo que defenderse de la sospecha de ser lo peor, es decir, «un mercader buscando codiciosas ganancias».

El desprecio de Homero por el mercader y su homónimo, el mercader fenicio, tiene profundas causas de índole social e ideológica, que hay que vincular con la gran crisis política de la aristocracia griega, de la que fueron testigos Homero y Hesíodo. El comercio en general y el fenicio en particular desempeñaron, al parecer, un papel importante en la gestión de la crisis. Veamos brevemente el desarrollo de este proceso.

En Grecia, la crisis del comercio arcaico supone el final del comercio de intercambio aristocrático, vinculado a la oligarquía terrateniente, denominado comercio *prexis* (Homero) o *ergon* (Hesíodo). El comercio aristocrático era esencialmente privado y se desarrollaba como actividad complementaria a la agricultura y dirigida al comercio de esclavos, de vino, aceite y metales. Este comercio, condicionado por el ciclo agrícola, quedaba limitado a la estación veraniega, esto es, a la estación muerta de la agricultura. Hesíodo, en el siglo

VII a.C., señala el período comprendido entre el 25 de octubre y el 5 de mayo como época impropia para la navegación y advierte en su obra *Los trabajos y los días* sobre la conveniencia de iniciar la navegación durante los 50 días después del solsticio de verano.

Verdaderos portavoces de la aristocracia, Homero y Hesíodo reivindican la piratería como una actividad honorable y, sobre todo, como alternativa al comercio (*Il.* 11:328-331), defensa que, más tarde, harían también Aristóteles y Tucídides (1:5,2). Esta actividad, ejercida también por los fenicios y los eubeos (*Il.* 23:744, *Od.* 13:272), aparece en Homero directamente relacionada con el tráfico de esclavos. Este comercio *prexis* y de piratería adoptó, en ocasiones, la nave de guerra para propósitos comerciales y perduró en el Mediterráneo hasta finales del siglo VII a.C. Un ejemplo conocido de mercader aristocrático es el de Colaios de Samos, que visitó Tartessos a finales de ese mismo siglo.

Se atribuye la crisis de este tipo de comercio al progresivo desarrollo de un comercio no aristocrático, especializado, y en manos de profesionales —el *emporós*—, que irrumpe por vez primera en Grecia bajo la forma de comercio extranjero, es decir, fenicio. En un principio, el *emporós* griego designa a un viajero o pasajero de un barco propiedad de otro, o bien a un mercader griego que no dispone de nave propia. En tiempos de Hesíodo, el vocablo pasa a dar nombre a una actividad especializada, el comercio *emporie,* que rompe con la autarquía del comercio aristocrático, al conseguir la actividad comercial por primera vez autonomía con respecto a la actividad naval en general. Muy pronto, el *emporós,* duramente criticado por Hesíodo, pasa a designar el comerciante por excelencia, que se aventura, incluso, a navegar en primavera.

En Homero, el comercio *emporie* es todavía un fenómeno extraño al mundo aristocrático y aparece por primera vez asociado a un factor externo: los fenicios.

Éstos aparecen frecuentando los principales puertos del Egeo, donde trafican con esclavos y vino y reservan honores especiales al señor local. Sus obras artesanales y sus adornos más finos y delicados, como las telas multicolores, obra de mujeres «sidonias», son objeto de admiración. El mismo Paris habría adquirido en Sidón una de estas telas para regalársela a Helena, antes de llevársela a Troya (*Il.* 6:289). Se admira, asimismo, su habilidad técnica y su destreza como orfebres y broncistas.

Pero, por encima de todo, el fenicio es el pueblo comerciante por excelencia, que navega de un extremo al otro del mundo conocido, y consume un año entero para vender su cargamento (*Od.* 15:455). Los fenicios son piratas y raptores de mujeres y monopolizan el tráfico marítimo. Homero no concede demasiada importancia a estas actividades comerciales ni interés por el beneficio, puesto que no son griegos. «Son ilustres en la navegación, pero falaces» (*Od.* 15:415-416).

De particular interés para el estudio de la organización comercial de los fenicios es el episodio narrado a Ulises por el porquero Eumeo a su llegada a Ítaca. Eumeo, aristócrata de nacimiento, había sido raptado y posteriormente vendido de niño por mercaderes fenicios por instigación de una esclava de Si-

dón, «ciudad rica en bronce» (*Od.* 15:415-428). Este episodio se sitúa en la isla de Syrie, acaso Siros, a la que habría llegado un grupo de fenicios portando objetos de adorno, collares, joyas y pacotilla, objetos que Homero llama *athyrmata* (*Od.* 15:459). En Syrie, los fenicios se habían entretenido un año entero en el puerto para volver a cargar su nave con otras mercancías, aprovechando la espera para raptar al hijo del rey, Eumeo.

Asimismo, Ulises cuenta que en Egipto había encontrado a un fenicio, embaucador y tramposo, que le había convencido para irse con él a Fenicia, donde tenía bienes y casa (*Od.* 14:287-300). Al llegar la buena estación, lo había embarcado en su nave, con la intención de venderlo como esclavo en Libia. Al pasar por Creta, Ulises había logrado escapar.

Vemos, pues, a los fenicios viajando libremente por aguas griegas, y sabemos de largas escalas en Siros o en Egipto y de un comercio regular con Libia. Y tenemos a un mercader fenicio, que posee nave propia, casa y bienes en su país, que trafica en primavera con esclavos, que obtiene buenas recompensas y que sigue la ruta de Fenicia-Creta-Egipto-Libia.

El episodio del puerto de Lemnos, recogido en la *Ilíada*, es de sumo interés para nosotros, ya que nos permite adivinar prácticas del comercio fenicio que se asemejan a formas de intercambio sumamente arcaicas (*Il.* 23: 740-745). Este episodio relata cómo a raíz de los funerales de Patroclo, Aquiles ofrece como premio una gran crátera de plata trabajada por «hábiles orfebres de Sidón». El recipiente, «el más fino del mundo», transportado por los fenicios a través del brumoso mar y expuesto en varios puertos hasta llegar, por último, al puerto de Lemnos, fue ofrecido como presente o regalo a su rey Thoas. Más tarde, el mismo vaso de plata sirvió como rescate de una de las hijas de Príamo, capturada por Aquiles, a cuyas manos había pasado finalmente.

Es, por tanto, una crátera fenicia con «historia»: expuesta para la venta primero, es luego regalada como dádiva o presente al rey de Lemnos, posteriormente usada como rescate y ofrecida finalmente por Aquiles como premio en los funerales de Patroclo, premio que es conseguido por Odiseo. Casualmente la crátera no acabó en la isla de Ítaca.

El episodio invita, sin duda, a la reflexión. Basta imaginar el hallazgo, realizado por un arqueólogo, de un cuenco de plata de estas características, de los que tenemos numerosos ejemplos en sepulturas de Chipre o Italia (fig. 31). Ante un hallazgo de esta índole sólo cabría un dato seguro: el origen fenicio del recipiente. ¿Cómo reconstruir su «historia comercial» a partir de ese dato aislado? Es obvio que la reconstrucción de un proceso de transacciones comerciales tan complejo es prácticamente imposible a partir de un registro arqueológico limitado.

El episodio de la crátera de Aquiles pone de manifiesto, por otra parte, un comercio fenicio itinerante, en el que los mercaderes transportan sus mercancías y objetos de gran valor de un puesto a otro. Estos productos de lujo, que en general consisten en cráteras, calderos y trípodes, pasan de mano en mano en calidad de premios, rescates o regalos ceremoniales a reyes o señores locales. A lo largo de toda su trayectoria, estos productos acaban siendo símbolos de



FIGURA 31. Cuenco de plata fenicio del siglo VIII a.C. de Idalion, Chipre (según Rathje, 1980).

estatus social. Cabe insertar esta circulación de objetos de valor entre elites sociales dentro del modelo de intercambio de dones o regalos. Estos bienes poseen siempre un alto valor económico y social e intervienen, en ocasiones, en auténticas operaciones de compra y venta, pero siempre en el seno de la aristocracia griega —Aquiles, el rey de Lemnos, Príamo, Ulises. La crátera fenicia, los lébetes y trípodes que aparecen en este contexto de la epopeya homérica, son denominados *keimélia* (*Il.* 17:292).

Dentro de estos circuitos de reciprocidad de dones y regalos entre elites sociales, cabe mencionar otro episodio en el que, una vez más, intervienen los fenicios. Así, se menciona otra crátera de plata trabajada, con bordes de oro, y considerada obra de Efesto, crátera que el rey de Sidón había ofrecido como regalo o dádiva a Menelao, cuando lo hospedó en su casa (*Od.* 4:615-619). En

este caso, la práctica del don aparece asociada a la práctica de la hospitalidad.

Este episodio parece haber sorprendido a los historiadores del comercio griego arcaico, puesto que la práctica del don y de la hospitalidad se consideran una norma de reciprocidad esencialmente griega. Quizá los fenicios adoptaron un sistema eminentemente aristocrático, el del intercambio de regalos, por influencia griega. Los fenicios se limitaban a practicar aquello que veían en el Egeo. Se estima, por lo demás, que en la época que describen Homero y Hesíodo, este sistema de intercambio estaba tocando a su fin. La práctica del don, como forma de relaciones de rango y de poder, constituiría una institución vinculada al comercio *prexis* o aristocrático. La llegada a Grecia del comercio especializado y profesional habría supuesto el final de un sistema de reciprocidad entre príncipes, en el que la ganancia, las consideraciones económicas y los intereses habrían sustituido a las viejas prácticas aristocráticas.

Y sin embargo, la evidencia demuestra que el intercambio de regalos y presentes entre elites sociales, en el que participan desde el rey de Sidón hasta el rey de Lemnos, lejos de ser una institución adoptada eventualmente por los fenicios en el Egeo, constituyó una práctica de larga tradición en el Próximo Oriente y característica, sobre todo, del Bronce Final en Mesopotamia, Canaán y Egipto. Los fenicios heredaron este mecanismo de intercambio de sus predecesores, los cananeos, y lo practicaron en todo tiempo y lugar. Será una de las fórmulas, por lo demás, que los fenicios utilizarán en Occidente como medio para abrir nuevos mercados.

El intercambio de dones

En su conocido trabajo *Essai sur le don,* Marcel Mauss demostró que en las sociedades arcaicas y primitivas el intercambio adopta la forma, en ocasiones, de un intercambio de dones o regalos. Se trata, pues, de una forma de comercio, en la que la condición social y la riqueza están directamente involucradas. Este tipo de intercambio recíproco sería, como cualquier otra actividad, un «fenómeno social total», además de tener un claro significado económico, por cuanto tiene implicaciones a la vez sociales, religiosas, mágicas, económicas, utilitarias, morales y jurídicas. En opinión de Malinowski, en muchos, si no en todos los pueblos primitivos, los actos económicos pertenecen a alguna cadena de regalos recíprocos.

Dentro del proceso de regalos y contrarregalos, los grados o relaciones de equivalencia van desde un intercambio equilibrado y equitativo entre iguales, hasta la reciprocidad asimétrica, que oculta relaciones de poder o de lucro. Durante la secuencia de la donación o prestación, estos regalos se intercambian por bienes equivalentes o bien se reciben con la condición de ofrecer, más adelante, contraprestaciones que, a su vez, dan derecho a recibir nuevos presentes. El don entra, pues, en circulación y crea obligaciones sociales. Es lo que ocurre con la crátera de Aquiles.

Según los principios de la reciprocidad, el intercambio de dádivas y regalos

supone reconocer el derecho de un sector social a una prerrogativa o busca superar a un rival en opulencia, privilegio, rango y poder. En este sentido, el intercambio recíproco de regalos tiene carácter supraeconómico, en la medida en que no es la posesión de riqueza lo que confiere privilegio y estatus, sino su transmisión y distribución. En el caso de la crátera fenicia de Aquiles, el objeto tiene valor en cuanto es regalado, no en tanto que bien adquirido, y pasa de una corte a otra hasta regresar, a veces, a su punto de origen.

En la esfera de las obligaciones recíprocas, el intercambio de regalos crea expectativas de conducta recíproca y, a la larga, derechos, obligaciones y el reconocimiento de transacciones continuadas. En circunstancias especiales que requieren de una fórmula para iniciar vínculos de solidaridad o de comercio, el intercambio de regalos mutuos puede permitir estrechar lazos de amistad y abrir, al mismo tiempo, un circuito continuado de intercambios. Es una de las prácticas usuales que siguen al establecimiento de comerciantes en país extranjero y que los fenicios utilizarán en todo el Mediterráneo.

Es mérito sobre todo de Finley y de Zaccagnini haber demostrado que los mecanismos de la reciprocidad, identificados por Mauss o Malinowski entre los pueblos primitivos, eran similares, a grandes rasgos, al intercambio de dádivas de la Grecia homérica y del Próximo Oriente asiático durante el II y I milenios a.C.

Reciprocidad, don, regalo y comercio aristocrático son categorías en las que predominarían las consideraciones sociales, más que las económicas, según el modelo que propugna la escuela de Polanyi en la discusión sobre las formas primitivas de intercambio.

Cuando Telémaco visita a Menelao en su palacio de Esparta, buscando noticias de su padre, su anfitrión le ofrece como regalo de despedida tres caballos, un carro labrado y una magnífica copa, a lo que el joven responde: «El don que me hagas consista en algo que se pueda guardar» (*Od.* 4:590-605). La palabra griega utilizada para ello es *keimelion,* es decir, algo que se puede guardar, tesoro, un bien no utilitario, que no se usa, pero sí se guarda, ya que su función es poseerlo o donarlo como regalo.

Al igual que en la Italia de los siglos VIII y VII a.C., en la Grecia homérica esta circulación de «tesoros» es patrimonio, sobre todo, de la aristocracia, y aparece muy vinculada a las normas de la hospitalidad y la amistad. «Honrémosle como a un dios, con dádivas», se dice en Homero. La donación de regalos forma parte, así, de una red de actividades honoríficas —es tan honroso dar como recibir—, en la que el uso o la ostentación del tesoro, por su mismo valor intrínseco, se convierte en símbolo de prestigio y de estatus. Y cuanta más genealogía o «historia» tienen estos objetos de prestigio, tanto mayor es su valor, pues estos bienes con historia, de los que alardean los héroes homéricos, cubren de honor tanto al donante como al receptor. En otras palabras, es el contexto social el que determina el valor de esos objetos y valor significa, ante todo, poder.

En el Próximo Oriente, este sistema de intercambio se constata especialmente desde época de El Amarna y concierne en general a relaciones políticas y co-

merciales entre casas reales, dado que es la fórmula habitual por la que dos reyes o príncipes inician o reanudan relaciones diplomáticas y comerciales. Tenemos ejemplos de ello en la misma Fenicia.

En la correspondencia de El Amarna, la reciprocidad expresa principalmente los ideales de fraternidad y paridad entre las elites políticas, donde es fácil confundir a veces el don, el tributo y el comercio. Se ha insinuado, al respecto, que el tributo no sería más que un don que llega a hacerse obligatorio.

En el comercio amarniano de los siglos XIV-XIII a.C., las transacciones comerciales entre las monarquías de Egipto, Babilonia, Asiria, Chipre y Canaán llevan consigo una serie de factores extraeconómicos —el intercambio de dones—, tendentes a establecer relaciones personales y diplomáticas. Tenemos un caso, por ejemplo, en el que Chipre envía marfil a Egipto a cambio de marfil. No puede hablarse propiamente de comercio, puesto que no se buscan beneficios ni ventajas económicas en el sentido de una racionalidad económica, sino de un acto «irracional» y antieconómico, donde lo que cuenta no es la mercancía en sí —el marfil—, sino el envío de marfil contra marfil, es decir, una reciprocidad equilibrada en forma de acto social, con el que se pretenden establecer relaciones diplomáticas que, a la larga, sí producirán ventajas económicas. La «irracionalidad» económica produce, en consecuencia, racionalidad económica, según la terminología de Godelier.

El relato de Unamón constituye un buen ejemplo de reciprocidad de principios del I milenio. En él se advierte un doble plano de intercambio: el mercantil propiamente dicho y el ideológico y de prestigio. En el plano mercantil, la negociación comporta una petición de madera, por parte de Unamón, a lo que Zakarbaal responde exigiendo una contrapartida equivalente en forma de regalos. Es el mismo procedimiento del comercio amarniano, en el que el forcejeo o regateo no son más que intentos de retrasar la negociación a la espera de un pago en anticipo (Apéndice I).

Pero en el relato de Unamón se advierte ya un deterioro del clásico ceremonial de las transacciones del Bronce Final. Unamón lanza un discurso ideológico al rey de Biblos, en el que recuerda la obligación de proporcionar madera para el dios Amón, como habían hecho sus antepasados. Pero Zakarbaal, con protestas de independencia, invoca la vieja amistad entre los reyes de Egipto y de Biblos para exigir a Unamón una contrapartida en oro y plata. Está en juego el prestigio del rey de Biblos, ya que la ausencia de reciprocidad equivaldría a una ruptura de contrato, de la amistad y de la hospitalidad.

Unamón no viene a comprar o a vender, sino a reanudar una relación comercial que había unido a Biblos con Egipto durante el II milenio, mediante intercambios ininterrumpidos de regalos. El trasfondo económico de este intercambio recíproco estriba, en realidad, en la obligación de Biblos de proveer de cedro para la construcción de la barca de Amón. La negativa de Zakarbaal se debe, en consecuencia, a una ausencia de reciprocidad equilibrada o contraprestaciones, que el rey giblita espera como gesto de buena voluntad y de reconocimiento de su estatus social.

De todo lo expuesto se infiere que durante el siglo XI a.C. Biblos utiliza to-

davía las normas diplomáticas internacionales a través del intercambio de regalos, propio de las monarquías del Bronce Final. La práctica del don adquiere un claro carácter ceremonial o de prestigio entre casas reales, que volverá a manifestarse de nuevo en Tiro, durante el reinado de Hiram I.

Cuando Salomón sucede a su padre David en el trono de Israel, Hiram le envía mensajeros y regalos, o lo que es lo mismo, hace un gesto de buena voluntad con objeto de reanudar las relaciones con el nuevo monarca (I Re 5:15). Además, el acuerdo de amistad y cooperación comercial suscrito entre ambas monarquías contiene un vocabulario —fraternidad, amistad, etc.— muy cercano al utilizado en el comercio amarniano. El punto de partida es un regalo de saludo al que el nuevo rey responde con otros regalos o contraprestaciones que, a su vez, son correspondidas. Con ello se inicia una cadena de intercambios de presentes que todavía no constituye comercio porque no exige contrapartidas inmediatas —es, pues, «irracional»— pero que a la larga conducirá a un comercio en toda regla, el de Ophir y el mar Rojo.

El intercambio de dones es un sistema de intercambio profundamente arraigado en el mundo fenicio, que no sólo se documenta en tiempos de Zakarbaal de Biblos, durante el reinado de Hiram o en la epopeya homérica, sino que fue practicado con carácter precomercial, ceremonial y diplomático por los fenicios en las etapas iniciales de su expansión en el Mediterráneo. Lo documentamos en la isla de Chipre, en Cerdeña, en Italia central y, también, en Tartessos, es decir, en aquellos territorios donde la sociedad indígena mantiene una estructura social jerarquizada y dotada de jefes, príncipes o régulos locales.

Muchos objetos de lujo de los siglos VIII y VII a.C. hallados en el Mediterráneo tienen una atribución reconocida en talleres fenicios radicados probablemente en Tiro. Se trata especialmente de un grupo de copas metálicas de plata y bronce, algunas de ellas provistas de lámina de oro en el borde, como la crátera de Efesto que describe Homero, que han sido halladas en los palacios reales asirios o bien en tumbas pertenecientes a príncipes indígenas en Chipre, Etruria y Lacio (fig. 32). Antes de acabar formando parte de sepulturas principescas, todas estas copas debieron tener probablemente su «historia», como la crátera fenicia de Aquiles.

Las copas fenicias de plata, al igual que otros objetos fenicios de lujo hallados en Occidente, son, pues, bienes de prestigio, en cuanto que su circulación se debe a una cadena sucesiva de intercambios de tipo ceremonial y diplomático entre elites sociales y dentro de circuitos muy restringidos. Cabe hablar, pues, de una «economía de prestigio», en la medida en que la riqueza sólo circuló entre reyes y caudillos.

Y el factor prestigio posee su símbolo exclusivo: la riqueza y su atesoramiento ostentoso. Es, pues, uno de los factores más importantes de creación de excedente, pues estimuló el movimiento de personas y bienes y movilizó importantes cantidades de mercancías de lujo. En este proceso de reciprocidad y comercio, en el que, hay que decirlo, prima lo económico sobre lo social, puede decirse que los fenicios fueron los maestros.

Tanto en Chipre como en Italia y en la Península Ibérica, los fenicios supie-



FIGURA 32. Cuenco de plata fenicio del siglo VII a.C. de Praeneste, Lacio (según Poulsen, 1912).

ron aprovechar y explotar la ausencia de comercio organizado entre las poblaciones indígenas, introduciendo en esos territorios bienes de prestigio dirigidos fundamentalmente a sus príncipes. Con ello los fenicios no sólo pretendían crear demanda en zonas donde no la había, sino iniciar relaciones de amistad con aquellos sectores de la sociedad que controlaban zonas abundantes en recursos. Este acto implicaba reconocer el rango social de los caudillos locales. No es, pues, casual que encontremos las mayores concentraciones de bienes de prestigio en sepulturas indígenas situadas en los territorios más ricos en recursos metalíferos: el sur de Etruria, el bajo Guadalquivir y Huelva.

Una vez más hay que insistir en la dificultad que se le presenta al arqueólogo a la hora de diferenciar un intercambio de dádivas de un intercambio comercial, basándose en el registro arqueológico exclusivamente.

En Etruria y el Lacio, algunos de estos objetos de prestigio llevan inscrito el nombre del propietario o bien poseen inscripciones que aluden explícitamente a donaciones, dan el nombre del donante o contienen fórmulas de donación. La presencia y distribución de tales objetos en tumbas principescas de Cerveteri, Vetulonia o Praeneste han permitido reconstruir, en parte, circuitos de intercambio de dones suntuarios entre jefes etruscos o latinos, basado en copas de plata y marfiles fenicios, jarros y joyas de oro orientales. Este sistema perdura en Etruria hasta mediados del siglo VI a.C., cuando en esta región se pasa gradualmente a una economía monetaria.

Algo similar se constata entre las sociedades «bárbaras» de la Europa hallstáttica, donde en un principio interviene el elemento griego colonial, que reemplaza en este aspecto al comercio fenicio. El hallazgo de grandes cráteras de bronce, trípodes o carros en tumbas principescas de los jefes celtas del alto Da-

nubio o la Borgoña —túmulos de Hohenasperg, Hochdorf, Grächwyl, Vix, etc.— habla en favor de un sistema de regalos de tipo ceremonial y de prestigio muy similar al utilizado por los fenicios, con carácter de *donum* o *keimelion* y tendentes a abrir mercados al comercio griego en el interior de Europa.

Se considera que en el sistema de reciprocidad de regalos se dan algunos elementos propios de la moneda primitiva, en la medida que algunos objetos metálicos en forma de copas, trípodes o lébetes pudieron tener valor premonetal, como medio de cambio, tesaurización o expresión de valor.

CIRCULACIÓN PREMONETAL

Una cuestión que todavía hoy constituye un tema polémico es saber si los objetos de valor y prestigio constituyeron o no «dinero», esto es, símbolos premonetales, antes de la aparición de la moneda acuñada. Esta polémica tiene que ver, por otra parte, con el escaso protagonismo fenicio en el origen de la moneda. Aún hoy este hecho no deja de sorprender, tratándose, como se trata, del pueblo comerciante por antonomasia, cuya hegemonía en este campo es considerable, precisamente en el momento de la aparición de las primeras acuñaciones monetarias. En contra de lo que sostenían Polanyi y Malinowski, a saber, que en las sociedades primitivas y arcaicas no pudo haber dinero porque no existía fluctuación de precios, hoy sabemos que en Mesopotamia, Anatolia y Levante existió un sistema de ajuste de precios y que se utilizó «dinero» antes de la acuñación de monedas. En realidad, toda negociación sobre tasas y equivalencias implica precios. Se dice, incluso, que cualquier cosa que se dé para obtener otra es dinero. Recordemos, por otra parte, que el precio es la expresión en dinero del valor de una mercancía.

En Sumer y Babilonia hubo regulación de precios y salarios estipulados en plata o en cereales, que actuaron como equivalentes. Ya hemos visto en el capítulo anterior, que desde el II milenio a.C. la plata no se utiliza en el sentido de metal en transacciones comerciales, sino como «dinero» o unidad de cambio.

Algunos autores hablan de «moneda primitiva» —conchas, barras metálicas, lingotes— o expresión y unidades de valor utilizadas en sociedades primitivas y arcaicas. Así, por ejemplo, en África o en la misma epopeya homérica, el ganado funcionó como medida de valor. Laertes, el padre de Ulises, compró a Euricleo por el precio de veinte bueyes (*Od.* 1:430-431), y en este aspecto el ganado era «dinero».

En el Próximo Oriente se han llegado a identificar «premonedas» en Ur, Susa, Mari o Kanesh, partiendo de cálculos metrológicos y análisis de pesos efectuados sobre anillos metálicos. Estos anillos cumplían la función tradicional que se atribuye a la moneda: medida de valor, medio de intercambio y facilidad de transporte. Asimismo se ha insinuado la posibilidad de una unidad ponderal egea a propósito de algunos lingotes de cobre hallados en los pecios de cabo Gelydonia y de Ulu Burun.

Sin embargo, no basta con efectuar el cálculo ponderal de las manufacturas

metálicas para inferir circulación monetaria. Es preciso definir las características de ese estándar metálico dentro del contexto económico en el que circula. Así, por ejemplo, un objeto puede ser una forma de moneda o medio de intercambio sin tener un patrón de peso definido, es decir, sin valor ponderal. De ahí la importancia de la circulación de copas y cráteras de oro y plata que aparece en Oriente en relaciones de tributo, de comercio interregional y, finalmente, en circuitos de intercambio de bienes de prestigio.

En textos de Mari, la mayoría de las copas de plata mencionadas en transacciones comerciales o intercambios recíprocos presenta un peso específico, lo que sugiere la existencia de una unidad precisa de contabilidad, esto es, una homogeneidad ponderal. Pudieron servir, en consecuencia, de estándares metálicos. También Ugarit desarrolló en los siglos XIV-XIII a.C. sistemas ponderales específicos, basados en un siclo de 9 a 9,90 g de peso. Al igual que en Mari, las copas de plata que se mencionan en los textos ugaríticos son homogéneas en peso. Su unidad de valor ponderal no residiría, sin embargo, en su peso, aproximadamente de 1 mina (50 siclos), sino en su carácter de unidad en el intercambio comercial y ceremonial.

Mauss ya relacionó el intercambio de dones y la reciprocidad con el origen de la noción de «dinero» como medida de valor. Frente a la opinión de que los objetos de valor fueron simples signos exteriores de riqueza, Mauss defendió la idea de que los dones preciosos se llegaron a usar como valores de uso y como medios de intercambio, dado que su posesión entrañaba un poder adquisitivo. Esta hipótesis la suscriben otros especialistas modernos que, como Parise, opinan que los metales preciosos y los objetos de valor funcionaron como «dinero». En otras palabras, en la reciprocidad, la prestación y contraprestación de regalos sería una forma organizada de comercio en la que los signos exteriores de riqueza podrían convertirse fácilmente en símbolos premonetales. Estos bienes preciosos y de prestigio son los *agalmata* y *keimelia* de la época homérica, esto es, las cráteras, lébetes y trípodes. En el episodio ya conocido de Aquiles, un trípode de bronce vale 12 bueyes y uña mujer vale 4 bueyes. En cambio, la crátera fenicia de plata vale 100 bueyes. Cabe hablar en rigor de circulación metálica con unidades de valor.

La circulación de estos *agalmata,* o valores en circulación, estuvo muy extendida, dado que en época de Homero abarca desde el palacio de Sidón hasta los reyes de Chipre, Egeo y Etruria. Con el tiempo, y al pasar de mano en mano, aumentaba su valor hasta convertirse progresivamente en símbolos premonetales, es decir, en auténticas unidades ponderales y monetales antes de aparecer la moneda acuñada.

En realidad, en Oriente es tan difícil definir la transición del intercambio de dones al intercambio comercial, como definir la transición de esta circulación metálica a la circulación monetal. La circulación monetal más antigua debió limitarse a asumir las mismas funciones de prestigio y tesaurización que los *agalmata* o los bienes de prestigio. Pero con una sola diferencia: la moneda más antigua, en su función de medida y depósito de valor, no puede alejarse demasiado, en su circulación inicial, de su centro de emisión. Es decir, que el

circuito monetario más antiguo conocido es mucho más restringido que el de los *agalmata.* De admitirse que el origen de la moneda supone una continuación de experiencias anteriores, su aparición implicó, en cualquier caso, una regresión en el ámbito de la circulación metálica.

Se define como moneda la circulación del dinero en forma de una pieza equivalente en metal. Su acuñación y puesta en circulación están en manos del estado, y constituye un bien fungible que sirve de medida común de valor y de instrumento de cambio.

Se ha dicho que los asirios ya conocieron una especie de moneda acuñada desde finales del siglo VIII a.C.: las denominadas «cabezas de Ishtar», equivalentes a medio siclo, que eran una especie de pequeñas monedas de cobre, de características desconocidas. El templo de Ishtar habría sido el responsable de su puesta en circulación y la idea pudo tomarla el reino de Lidia, gracias a sus estrechas relaciones con los reyes asirios.

En el período neobabilónico algunos textos legales ya aluden a precisiones en el intercambio real y se conocen barras de plata de 1 shekel de peso que presentan aleación y peso definidos y están garantizados por un sello oficial. Por consiguiente, Babilonia se acercó al umbral mismo del uso monetario, pero no dio el paso definitivo, probablemente porque no lo consideró necesario.

No obstante, la invención de la primera acuñación metálica se atribuye al rey Giges de Lidia, a principios del siglo VII a.C. (Heródoto 1:94). Las monedas más antiguas fueron de electro (aleación de oro y plata), tomando del *agalma* el valor de objeto noble en circulación. La diferencia estaba en la impronta o cuña, que garantizaba título y peso del pequeño disco de metal precioso puesto en circulación. Era el estado o la autoridad quienes tenían poder para decretar un sistema de equivalencias.

El estudio de los primeros sistemas monetales conocidos señala inequívocamente que éstos fueron precedidos por experiencias premonetales diversas. A pesar de ello, la invención de la moneda no fue el final del proceso iniciado en Mesopotamia miles de años antes. La prioridad del área de Lidia y ciudades griegas de Asia Menor —Éfeso, Egina— en acuñar moneda demuestra que la primera moneda no surgió, precisamente, en los centros del comercio internacional, sino en *poleis* que requerían transacciones rápidas a nivel local. En otras palabras, es casi seguro que la moneda no surgió por necesidades de estrategia comercial internacional, sino por necesidades internas —pagos de salarios, gastos de guerra, etc.— y por exigencias socioideológicas locales.

Se ha constatado, por otra parte, que en los primeros estados griegos que monopolizaron la acuñación monetaria las repercusiones económicas fueron muy escasas. Ningún estado de la época podía garantizar el valor de su moneda fuera de sus fronteras, ni tenía equivalencias demasiado claras con la plata, el estándar monetario por excelencia. La moneda nació, por tanto, por necesidades políticas y de prestigio local, es decir, por consideraciones no económicas, y no en función del comercio exterior.

Con este marco de referencia es posible abordar de nuevo la cuestión del tan debatido «retraso» de los fenicios en acuñar moneda. El que los grandes

pueblos comerciantes, como Tiro o Cartago, se incorporaran tan tarde a la acuñación monetaria pone en cuestión la relación existente entre comercio organizado y acuñación monetaria. Ya conocemos la postura de Polanyi y Dalton en este sentido: los fenicios fueron reacios a adoptar la moneda porque no tenían una economía de mercado.

La hipótesis más plausible, sin embargo, es la que sugiere que los fenicios no adoptaron la moneda precisamente para salvaguardar su comercio internacional, de ámbito mucho más amplio y heterogéneo que el puramente territorial y local, donde la moneda de electro circulaba con valores convencionales a partir de la plata local, por lo que su valor y equivalencias quedaban restringidos forzosamente al ámbito de la *polis* o de los estados donde circulaba. En su lugar, hasta muy entrado el siglo VI a.C., en la órbita comercial fenicia predominó por necesidades de mercado una circulación de bienes suntuarios según las normas de la reciprocidad, cuyas equivalencias venían estipuladas por las elites aristocráticas del Mediterráneo. Los fenicios mantendrán, por tanto, unas formas de intercambio más propias del Bronce Final que de una economía monetaria. Esta última irá sustituyendo progresivamente en el Mediterráneo las viejas fórmulas aristocráticas de antaño. No es casual que a medida que los nuevos sistemas de intercambio y de comercio fueron ganando terreno sucesivamente en Grecia, Italia y la Península Ibérica a partir del siglo VI a.C., las formas de organización del comercio fenicio arcaico fueran desapareciendo progresivamente de escena.

CONCLUSIONES

Por lo que respecta a la organización del comercio fenicio u oriental, han surgido hipótesis alternativas, que contradicen las propuestas empíricas de Polanyi, mucho más acordes con el registro arqueológico. Así, por ejemplo, a la interpretación tradicional y sustantivista del «comercio del don», considerado bajo los presupuestos de la reciprocidad y característico de una economía «irracional» o «ceremonial», donde privarían el rango social y el estatus, se propone ahora una explicación más adecuada, que considera la reciprocidad como un intercambio en el que se buscan beneficios y donde interviene la confianza mutua entre príncipes y mercaderes. En cualquier caso, ese intercambio enmascara un auténtico comercio entre casas reales, en el que el don o el regalo no sería más que una forma de pago por adelantado.

Ha resultado igualmente inoperante la contraposición, en el antiguo Oriente, entre el comercio de estado y el comercio privado. Ambas esferas se confunden y sólo cabe destacar que la actividad comercial privada siempre se acrecentó en períodos de debilitamiento del poder del estado.

Por ejemplo, en Capadocia, el rey asirio participó del comercio de metales anatólicos compitiendo directamente con las grandes «casas» o firmas comerciales privadas, y ambos actuaron de acuerdo con los mecanismos del mercado competitivo. Desde mediados del III milenio hasta época romana, hay una evi-

dencia amplia de comercio privado en el Próximo Oriente, donde el monarca o el palacio actúan como un consorcio más. Efectivamente, los monarcas participaron del comercio internacional, pero no para fijar los precios mediante tratado, sino para obtener sus propios beneficios, como hicieron Hiram y Salomón.

Rasgo característico de esta organización del comercio fue la marcada orientación familiar de las grandes firmas o consorcios mercantiles, que actuaban como hermandades familiares. Los mercaderes privados solían, así, operar en el seno de grandes familias, cuyos miembros heredaban el negocio unos de otros. Esto, que hoy denominaríamos «nepotismo», no fue más que una fórmula para garantizar la lealtad entre los miembros de una compañía mercantil.

Además, tanto la evidencia epigráfica de Kanesh, como la de Ugarit, demuestran que en el antiguo Oriente y Fenicia hubo fluctuación de precios, operaciones de mercado, cambios en la oferta y la demanda, beneficios y especulación privada. La acumulación de grandes reservas de grano o de metal en Babilonia y Asiria durante los milenios II-I a.C. indica una existencia clara de mercado.

Por último, vemos al templo funcionando como una entidad financiera, prestando oro y plata contra interés, y concediendo créditos para el comercio. Incluso en Ugarit vemos a los mercaderes pagando elevadas sumas para obtener concesiones comerciales y compitiendo directamente con el palacio. La circulación de dinero en forma de anillos, barras y lingotes no hace más que evidenciar una actividad plenamente mercantilista.

Muchas de las ideas expuestas por Polanyi y Finley tiempo atrás resultan algo ingenuas: por ejemplo, la afirmación de que en el comercio a larga distancia no hubo riesgos, sino comisiones a cuenta del estado; o la idea de que, en general, en la economía antigua el intercambio estuvo determinado más por consideraciones de estatus y de solidaridad social que por motivos económicos. No existe un negocio sin riesgos y sería insólito un intercambio comercial sin búsqueda de beneficios. La afirmación de que «el mercado implica un deseo de provecho, que está muy lejos del intercambio homérico, que no busca ganancias», da, cuanto menos, una visión excesivamente idílica de los mecanismos de intercambio en el mundo antiguo.

5. LAS GRANDES INSTITUCIONES POLÍTICAS: EL PALACIO Y EL TEMPLO

En su origen, las denominadas «grandes instituciones» surgen con la producción de excedente, y es la producción y distribución de excedente lo que está en la base del intercambio comercial. Por ello, la relación entre las grandes instituciones políticas y el resto de la sociedad dependió, en gran medida, del comercio y, en especial, del comercio exterior.

La religión y el gobierno pueden ser tan importantes para la estructura y funcionamiento de la economía como las instituciones monetarias. Las diferencias entre ambas son mínimas en el Próximo Oriente antiguo y sus funciones se complementan y hasta se confunden. En Tiro las dos grandes instituciones políticas, el palacio y el templo, fueron respectivamente la casa del rey y la casa del dios que acogieron a una misma entidad simbólica: el rey de la ciudad o Melqart.

La monarquía fenicia

La institución monárquica es muy antigua en las ciudades fenicias. En Tiro está presente desde la primera mitad del siglo XIX a.C. hasta la conquista de Alejandro. En tiempos de El Amarna, a Tiro se la denomina capital de un reino (*Uru*), que incluye una franja de territorio en tierra firme (*Kur*), cuyo centro es Ushu.

La información acerca de la estructura y alcance de la institución monárquica en las ciudades fenicias es muy escasa. A diferencia de otras monarquías asiáticas, los reyes fenicios no se dedicaron, que se sepa, a contar sus hazañas y empresas políticas en inscripciones conmemorativas o relieves, en las que los monarcas aparecen, por lo general, en primer plano. No hay, por tanto, propaganda política interna o externa y los únicos epígrafes conmemorativos que tenemos aparecen en unas pocas tumbas reales de Biblos y de Sidón.

Todo ello ha sido interpretado como un modo singular de concebir la figura y la función del rey fenicio. El soberano no podía actuar con plena autonomía política ni invocar la figura de un dios nacional o dinástico, dado que sus poderes venían limitados por los de una oligarquía mercantil poderosa que se los habría recortado sustancialmente.

En realidad disponemos de muy poca información acerca del poder de los reyes fenicios. Todo hace pensar, sin embargo, que hasta el siglo VII a.C., por lo menos, su poder fue casi absoluto, según se infiere de las actuaciones de Hiram I, Ithobaal o Luli de Tiro.

Siguiendo el modelo oriental, el poder de los grandes monarcas fenicios, como Hiram I, se expresó en la construcción de un nuevo palacio real. El palacio fue el reflejo de las aspiraciones del rey y del poder de la monarquía en cada período.

En materia de asuntos políticos y comerciales los reyes de Tiro y de Biblos estaban asesorados, como se ha apuntado ya, por un Consejo de Ancianos, o representantes de las familias más acreditadas y poderosas de la ciudad, cuyo poder residió probablemente en sus intereses mercantiles. Según se deduce de la correspondencia mantenida por los reyes de Tiro y de Biblos con los faraones de El Amarna, esta institución se remonta por lo menos a mediados del II milenio a.C. El rey Ribaddi de Biblos menciona en sus cartas a un grupo social dotado de gran poder y relativa importancia en su ciudad, que denomina «la ciudad» o «ellos». En fechas algo más recientes se alude a ese grupo como un cuerpo gobernante que actúa al lado del rey y que aparece como igual a él, y que recibe el nombre de «los señores de la ciudad» en Biblos, el de «los grandes de la ciudad» en Ṣumur, y el de «los hombres de Arvad».

Es evidente que todo ello recuerda las palabras de Isaías o de Ezequiel, cuando mencionan a los «príncipes mercaderes» de Tiro (Is 23:8) o a los «príncipes del mar» (Ez 26:16). Sin duda se alude a la oligarquía mercantil de la ciudad, que en épocas mucho más recientes Arriano denomina «los tirios importantes» (2:24,5) y Polibio «los señores de Cartago» en el tratado suscrito entre Aníbal y Filipo II de Macedonia. Seguramente este último se refiere al Consejo de los Diez, que en Cartago fue la base del poder político que, en circunstancias especiales, asumían dos de sus miembros, los llamados «sufetes» en Cádiz y Cartago.

En tablillas de El Amarna ya se menciona explícitamente un Consejo de Ancianos —en acadio *šibutu* o *shibŭti*— en Fenicia central, que encontraremos de nuevo en el relato de Unamón (pasaje II,71). En efecto, en Unamón el rey Zakarbaal busca el asesoramiento de un Consejo de Estado para considerar la demanda de extradición formulada por los tjekker que pesa sobre el enviado egipcio. A dicho Consejo se le denomina *mw'd*, palabra que ha sido relacionada con el hebreo *môed,* o asamblea. Parece, pues, que se alude al senado de la ciudad, formado por los ancianos o los grandes de la comunidad, los sufetes.

Las fuentes escritas asirias, hebreas y griegas ya analizadas demuestran que este Consejo de Estado siguió funcionando en Tiro, Biblos y Cartago durante los siglos VII-III a.C. Se le asignaban, entre otros asuntos, cuestiones en materia religiosa y de impuestos. Por otra parte, una inscripción descubierta en Sarepta sugiere la posibilidad de que en esta ciudad existiera un colegio o comité de diez encargado del gobierno del territorio.

Todavía más explícito resulta el texto del tratado entre Asarhadón y el rey Baal de Tiro, fechado a mediados del siglo VII a.C. En él, Asarhadón nom-

bra a un gobernador asirio en la corte del rey de Tiro, para que asista al gobierno de la ciudad: «junto a ti, junto a los ancianos de tu país», dice el texto refiriéndose a dicho gobierno. A estos «ancianos» se les denomina *parshāmutu*.

Si bien no sabemos con exactitud cómo funcionó este Consejo de Ancianos o de príncipes, ni cuáles fueron sus responsabilidades políticas, todo parece indicar que esta especie de senado asesoraba al rey fenicio sobre cuestiones de estado, pero ignoramos si su función fue meramente consultiva o bien formó parte directa del gobierno. Nos consta, sin embargo, que lo formaron nobles y altos oficiales, al igual que en algunas ciudades mesopotámicas del período neobabilónico, donde también encontramos un Consejo de Ancianos asistiendo al rey y resolviendo asuntos de índole judicial, fiscal y religiosa. En algún caso, junto a esta institución, operan las máximas jerarquías del estado, que de acuerdo con la inscripción del sarcófago de Ahiram de Biblos, lo formaron el rey, el gobernador y el comandante de los ejércitos.

A los integrantes del Consejo de Ancianos o Consejo de Estado en cada una de las ciudades fenicias se les denominó en fenicio *špt*, equivalente al acadio *šapitum* y al hebreo *šophêt*. En Israel, por ejemplo, estos sufetes o «jueces» gobernaron el territorio en circunstancias excepcionales durante los años 1200-1030 a.C. Allí eran caudillos clánicos y tribales, magistrados por derecho divino, que serían los precursores de la monarquía. El más conocido de los jueces de Israel fue Saúl.

Algo parecido sucedió en Tiro durante el período neobabilónico. En esa época Tiro estuvo gobernada por sufetes —los *dikastai*— que representaban al rey de Babilonia o al mismo rey de Tiro, por entonces cautivo en Mesopotamia.

Cabe la posibilidad de que algunos establecimientos comerciales de Occidente, como Cartago, estuvieran administrados, en principio, por sufetes, esto es, por magistrados civiles o jueces que, al igual que en Tiro o Babilonia, gobernaban en nombre del rey de Tiro. Para algunos autores, sin embargo, la presencia de estos *sôftim* en Cartago no sería anterior al siglo V a.C. o, incluso, al III a.C. Sea como fuere, el cargo de sufete o gobernador adscrito en fundaciones coloniales tirias se limita a reproducir una institución oriental que se remonta, por lo menos, a principios del II milenio a.C. Esta institución garantizaba, por otra parte, los vínculos administrativos entre la colonia y la metrópoli.

De las inscripciones de Limassol, en Chipre, se infiere que en la Cartago de Chipre hubo un gobernador o prefecto, «siervo de Hiram», a mediados del siglo VIII a.C., que se otorga a sí mismo el título de *sokhen*, equivalente al acadio *zu-ki-ni*. El cargo corresponde al de un príncipe o gobernador local y su función es la de canalizar el cobre hacia Tiro en tiempos de Hiram II, administrar la colonia tiria y asegurar los vínculos políticos con la metrópoli. A pesar de ello, la hegemonía del rey de Tiro sobre la colonia, probablemente Kition, es casi absoluta.

En cuanto a la monarquía fenicia, esta fue una institución hereditaria y fuertemente endogámica, a juzgar por la historia de los reyes de Tiro. Inherente al cargo de rey estaban sus funciones sacerdotales, que conferían a los reyes de Tiro uno de sus rasgos más característicos.

Las connotaciones sacerdotales de la monarquía se deducen de los títulos que ostentan los reyes fenicios en distintas épocas. Así, al rey de Sidón se le llama «sacerdote de Astarté», y al rey de Biblos, «sacerdote de la Señora».

La monarquía fenicia utiliza la religión con el objeto de crearse una imagen favorable y ganarse el favor del pueblo. De ahí que el sacerdocio jugara un papel político significativo. En Tiro y otras ciudades, la casta sacerdotal tenía mucho poder, estaba al servicio de la ciudad y sancionaba, de hecho, el carácter oficial de la monarquía. Templo y palacio detentaban, en este sentido, un poder casi absoluto, máxime si se tiene en cuenta que la función sacerdotal principal estuvo en manos del propio rey o de miembros de la familia real.

Los Anales de Tiro mencionan a monarcas con cargos sacerdotales. Algunos reyes, como Ithobaal, «sacerdote de Astarté», ostentan el cargo antes de ocupar el trono. Este carácter sacro y sacerdotal de la monarquía fenicia pudo tener orígenes muy remotos, dado que se constata en Canaán desde el II milenio a.C. Un ejemplo de ello lo tenemos en el legendario rey de Salem, Melquisedec (Gén 14:18), que fue sumo sacerdote del dios cananeo Elyon y, como tal, bendijo a Abraham en la ciudad cananea de Salem, ciudad que a partir del I milenio a.C. pasará a llamarse Jerusalén.

Si una de las funciones principales del soberano fenicio era la de sumo sacerdote, es lógico pensar que la actividad religiosa constituyera uno de los rasgos característicos de la monarquía fenicia. Es conocida la piedad de que hicieron gala los reyes de Tiro, mediante reconstrucciones sucesivas de los templos de la ciudad.

Los reyes fenicios no son sacerdotes de cualquier divinidad, sino de la divinidad principal del panteón metropolitano, lo que confiere al dios local el título de auténtico señor de la ciudad. En esta concepción teocrática del estado, en la que el rey gobierna en nombre del dios, las funciones se confunden. Es el caso de Tiro, donde el rey y el dios Melqart son a un mismo tiempo la encarnación de idéntica institución: el estado.

En el tratado de Baal y Asarhadón se invoca a los dioses Melqart y Eshmún, el dios principal de Tiro y de Sidón respectivamente. Tiro, al anexionar el territorio sidonio, había asumido nuevas obligaciones religiosas.

Resulta significativo, asimismo, el elemento divino que aparece en nombres reales. Así, por ejemplo, a los hijos de Hiram se les llama Balbazer y Abdastratus, lo que equivale a decir, respectivamente, «siervo de Baal» o sea de Melqart, y «siervo de Astarté», las dos principales divinidades del panteón tirio.

En algún caso, el rey de Tiro reivindica, además de su sacralidad, una naturaleza divina, equiparándose al mismo dios de la ciudad. Ello provocará, lógicamente, las iras de los profetas hebreos, tal como demuestra el tercer oráculo de Ezequiel (Ez 28), dedicado enteramente al rey de Tiro. Este oráculo es de interpretación y lectura un tanto difíciles (Apéndice II). El profeta lanza aquí un ataque fulminante contra el monarca: «Se hinchó tu corazón y dijiste: "Soy Dios, entronizado en solio de dioses en el corazón del mar"» (28:2). Ezequiel le acusa con estas palabras: «tú que eres hombre y no dios; te creías listo como los dioses; ¡Si eres más sabio que Daniel!» (28:3).

El rey de Tiro es visto aquí como un dios en todos los sentidos, como en fuentes fenicias, que denominan al rey simplemente Baal, es decir, «dios».

Las acusaciones de Ezequiel encierran un cierto tono irónico de difícil interpretación. La alusión a Daniel resulta hoy más inteligible, gracias a los textos de Ugarit. Daniel es una figura mitológica y, como tal, forma parte de un mito cananeo en el que el personaje destaca por su enorme sabiduría. Una vez más, los versículos del capítulo 28 de Ezequiel aluden a mitos cananeos, no hebreos, y se asemejan formalmente a un poema muy arcaico. El poder, la belleza y el esplendor de la monarquía tiria encajarían mejor en el marco del siglo IX a.C. que en los tiempos del profeta.

El lamento de Ezequiel por el rey de Tiro sigue con estas palabras (28:12-15): «Eras cuño de perfección, colmo de la sabiduría, de acabada belleza; estabas en un jardín de dioses revestido de piedras preciosas ... Te puse junto a un querube [*cherub*] protector de alas extendidas. Estabas en la montaña sagrada de los dioses, entre piedras de fuego te paseabas».

De nuevo tenemos aquí una referencia a un mito cananeo muy antiguo, el del nacimiento del *cherub* perfecto fuera del fuego. El rey, por tanto, es identificado como la forma masculina de un *cherub,* un querubín o esfinge alada, que se pasea por la montaña sagrada (fig. 33).

Gracias al arte figurativo fenicio sabemos que su panteón suele representarse sobre montañas. La alusión al querubín caminando sobre el fuego evoca la inmortalidad. En los mitos orientales, el fuego, o rito de la cremación, simboliza la pureza y la inmortalidad. Recuérdese, en este sentido, la llama ardiente de Moisés, que no se consume, o el mito que recoge Plutarco acerca de Isis, quemando al hijo del rey de Biblos todas las noches, para inmortalizarlo.

Es obvio que Ezequiel se está burlando del rey de Tiro, por creerse un dios y por identificarse a sí mismo con el emblema del dios de la ciudad, su criatura alada, la esfinge masculina. Al igual que el *cherub* y que Melqart, el rey se considera inmortal y revitalizado por el fuego. Al igual que los dioses, camina por la montaña sagrada, el edén. Con esta elegía contra el rey de Tiro se cierra la trilogía de Ezequiel contra Tiro. Para el profeta la encarnación de la monarquía tiria es la soberbia, la presunción, la blasfemia, la arrogancia y el rechazo de la divinidad con el fin de suplantarla. A la exaltación real seguirá su caída.

En Tiro, el sacerdocio del soberano y la sacralidad de la monarquía parecen haber sido más pronunciadas que en otras ciudades fenicias, acaso por la propia singularidad del dios de la ciudad, Melqart. El poder de Melqart y de su templo fueron enormes, en particular en lo que concierne a la política comercial emprendida por los reyes de Tiro.

Pero el profundo resentimiento de algunos profetas hebreos y, en particular, su postura antimonárquica, no se deben a la institución en sí misma. Lo que no les toleran a los monarcas de Tiro es el haberse erigido en sacerdote y *cherub,* es decir, en los únicos intermediarios entre el hombre y la divinidad. Y, como es sabido, es esta función de intermediarios ante Yahvé la que reivindican precisamente los profetas de Israel.



FIGURA 33. Esfinge alada o querubín en un marfil fenicio del palacio Nimrud (según Barnett, 1982).

EL TEMPLO FENICIO Y EL MELQART DE TIRO

Los fenicios hicieron de su religión uno de los mejores instrumentos de su política comercial y colonial. Como todos los pueblos antiguos, los fenicios se sentían muy vinculados a sus dioses. El dios era el señor de la ciudad y, como tal, ejercía su autoridad sobre la comunidad, organizada en torno a su templo.

La visión que nos ha llegado de la religión fenicia es muy parcial y negativa, dado que la información disponible la debemos sobre todo a sus vecinos, los israelitas y a sus enemigos políticos de Occidente, los romanos. Aún hoy algunos autores destacan el bajo nivel de la religión fenicia, sus ritos de culto amorales, su brutalidad religiosa, el sacrificio humano y la prostitución sagrada, rasgos todos ellos que definen, por otra parte, a muchas religiones de la Antigüedad.

La religión fenicia, sin embargo, fue uno de los principales instrumentos del estado y de la monarquía. Por otra parte, los cultos religiosos fenicios aparecen muy condicionados por los intereses económicos y sociales de cada ciudad y por las exigencias políticas de cada momento. En el caso de Tiro, el culto a Melqart constituye un reflejo directo de la política y aspiraciones de sus monarcas.

Con respecto a la antigua religión cananea, la religión fenicia de la edad del Hierro supone una ruptura ideológica, lo que implica profundos cambios religiosos, ideológicos y sociopolíticos a finales del II milenio. El panteón fenicio parece reflejar unas ciudades cerradas en sí mismas a principios del I milenio, lo que debió favorecer un proceso gradual hacia variantes religiosas estrictamente locales. No cabe, por tanto, hablar de panteón fenicio ni de religión fenicia, por cuanto cada ciudad, cerrada en torno a su rey y su dios, tuvo su propio panteón local.

Los cambios más significativos acaecidos en la religión fenicia tras la crisis del 1200 a.C., no parecen tener su origen en el contexto cananeo precedente. De hecho, en muy poco tiempo desaparecen las grandes divinidades del panteón ugarítico-cananeo, como El, Dagan o Anat, y ganan posiciones divinidades hasta entonces marginadas, como Ashtart-Astarté. La novedad más importante es, no obstante, la aparición del sacrificio humano, desconocido, al parecer, en el II milenio, y el nacimiento de dioses «nacionales» sin precedentes conocidos, como Melqart, Eshmún y Reshef.

Otra importante novedad en los cultos de la edad del Hierro son los sacrificios de animales, que tan bien describe el Levítico, y el sacrificio humano. Este último, conocido también con el nombre bíblico de «sacrificio *molk*», tendrá especial resonancia en los enclaves fenicios de Occidente, donde aparece vinculado a ritos de fertilidad y a la monarquía. En Fenicia el sacrificio humano fue muy esporádico y desapareció a mediados del I milenio.

Desde principios del I milenio destaca el número tan restringido de dioses en los panteones públicos. No hay tríadas y desaparece el politeísmo cananeo. En su lugar surgen parejas divinas que concentran sobre sí el poder y las funciones del viejo panteón cananeo. Cada ciudad fenicia posee su propio panteón formado por una pareja de dioses. Este fenómeno pone de manifiesto, entre otras cosas, el fuerte individualismo de las ciudades fenicias de la edad del Hierro.

En Biblos, la posición central la ocupó Baalat Gebal, la «Señora de Biblos», de tradición local muy antigua, que no sólo protege a la ciudad y a la dinastía real, sino que reina sobre la ciudad junto a su pareja, el dios Baal Shamem. En Sidón hallamos la misma pareja divina, dominando en esta ciudad Astarté y Eshmún. En Berytos, la divinidad principal fue también femenina: Baalat. Salvo la diosa de Biblos, ninguno de esos dioses tiene precedentes importantes en el II milenio.

En la ciudad de Tiro, en cambio, la divinidad principal fue masculina: Melqart, protector de la ciudad, símbolo de la institución monárquica y fundador de colonias. En segundo plano aparecen Astarté, Baal Shamem y Baal Hammón.

Hacia el siglo VII a.C. el panteón fenicio va ganando en complejidad y aumenta la hegemonía e influencia de algunos dioses que, como Tanit y Baal Hammón, tendrán enorme popularidad en Occidente. De particular interés para nosotros es la figura de Melqart, tan vinculada al comercio y expansión fenicios en el Mediterráneo. Melqart no tiene antecedentes conocidos en el II milenio y su personalidad y culto religioso sólo se documentan a partir de la hegemonía de Tiro sobre las demás ciudades fenicias. Su figura se constituye, pues, a partir del siglo X a.C. y a raíz del reinado de Hiram I. Fue a un mismo tiempo dios de la fertilidad y del mar, y los tirios le llamaron «Señor de Tiro», esto es, Ba^cal de Ṣor. Su mismo nombre, Melqart, significa «rey de la ciudad» (*melek-qart*), lo que traduce una raíz eminentemente urbana en el origen de su culto. Ello no excluye, sin embargo, otros atributos, como se verá. El dios representa, en consecuencia, el poder monárquico, y además posee ciertos rasgos humanos, puesto que se le atribuye la fundación de ciudades y colonias. Algunos mitos hacen referencia, por otra parte, a un Melqart cazador.

Según el testimonio de Heródoto, que visitó Tiro a mediados del siglo V a.C., el culto y el templo de Melqart habían surgido al mismo tiempo que la ciudad, hacía entonces 2.300 años (Heródoto 2:43-44). En la misma Tiro, Melqart ya aparece, pues, asociado a un mito de fundación (Arriano 2:15,7-16,7). El historiador griego vio con sus propios ojos el templo de Tiro, que describe flanqueado por las dos célebres columnas de oro macizo y de esmeralda y en su interior la tumba del dios.

Nonno, un poeta de los siglos IV-V d.C., transcribe una antigua leyenda (*Dionisíacas* 40, v. 422) según la cual, en el principio de los tiempos, dios habría ordenado a Heracles abordar las enigmáticas «piedras ambrosianas» (*ambrósiai pétrai*), unas rocas a la deriva en medio del mar, sobre las que crecía un olivo en llamas rematado por un águila amenazadora. Cumpliendo las órdenes, los antepasados de los tirios, personificados en la figura de Heracles-Melqart, se adueñaron de las dos rocas, cortaron el olivo y capturaron al águila, con lo que la isla a la deriva quedó fijada en el mar y sobre ella se fundó Tiro. Este mito de fundación explicaría la existencia en el templo de Tiro de las dos suntuosas estelas artificiales o pilares de oro y esmeralda, un olivo y un fuego sagrado, descritos por Heródoto (2:44) y Plinio (*N. H.* 37,74).

Algunos autores han insinuado una relación directa entre los dos pilares del templo de Tiro y las famosas Columnas de Hércules, situadas al otro extremo del mundo fenicio, en la ciudad de Gadir (Arriano 2:17,1-4). En el templo de Gades existieron igualmente, junto a las estelas o altares de bronce, un fuego sagrado y el denominado olivo de oro de Pigmalión, ornado de frutos de esmeralda (Estrabón 3:5; Silio Itálico 3:29; Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* 1:5).

Se atribuye a Hiram I la consagración o «invención» de Melqart, según testimonio de Menandro de Éfeso (*Ant. Iud.* 8:5,3:146; *C. Ap.* 1:118). Aquel monarca construyó el nuevo templo de Melqart demoliendo el antiguo templo de Tiro, dedicado acaso a Baal Hadad. Una vez más, la construcción de un templo a Melqart simboliza la fundación, refundación, reconstrucción o reorganización de una ciudad fenicia (Is 23:4).

También se debe a Hiram I la iniciativa de la primera celebración de un festival anual dedicado a Melqart, en el que se conmemoraba la resurrección o el despertar del dios. Esta fiesta anual, la *egersis,* era muy semejante a la de otros dioses orientales que mueren y resucitan, como Adonis. La fiesta se celebraba durante el mes de los Peritia (febrero-marzo) y consistía en una auténtica inmolación del dios mediante la cremación ritual. La intención era, lógicamente, revivirlo e inmortalizarlo por virtud del fuego. La creencia en la resurrección por el fuego, ya conocida en mitos ugaríticos, explica el hecho de que a Melqart se le llame, también, «fuego del cielo».

La *egersis* o resurrección de Melqart tenía lugar, pues, cada primavera, cuando cesaban las lluvias, lo que confiere un carácter solar y, sobre todo, agrario a la personalidad del dios. Probablemente el dios era quemado en efigie sobre una pira y el mito asegura que revivía al olor del fuego. Luego se le enterraba y, seguidamente, venía la resurrección y epifanía del dios. Durante el festival se cantaban himnos y se expulsaba a los extranjeros de la ciudad.

La naturaleza agrícola de Melqart, dios que muere y renace cada año según los ciclos de la naturaleza, estuvo eclipsada por sus grandes proezas marítimas. En las monedas de Tiro, Melqart aparece como un dios marino cabalgando sobre un hipocampo. Como dios del mar, era el patrón de la navegación y del comercio.

Durante la expansión fenicia hacia el Mediterráneo, todos esos mitos pudieron viajar a Occidente. Una versión de la leyenda localiza la muerte del dios en España. Algunos autores clásicos, como Salustio y Pausanias, mencionan la tumba del dios en Iberia y la celebración de su muerte y resurrección en Gades (Pausanias 9:4,6).

En el despertar anual del dios parece que el rey de Tiro desempeñaba un papel muy activo. El monarca no solamente participaba en las ceremonias, sino que intervenía directamente en el festival a través de un matrimonio ritual con una sacerdotisa o la misma reina, según era habitual en las religiones orientales. Este rito, el *hieros gamos,* hacía desempeñar a la pareja real el papel de sustitutos de la pareja divina, Melqart y Astarté. Sin duda este festival, unido a la divinización del rey de Tiro, provocaron las iras de los profetas hebreos.

En un principio, el Melqart de Tiro pudo ser una divinización del propio rey de la ciudad, el *mlk-qrt.* De ser así, Melqart, el dios nacional tirio, sería la exaltación teológica del rey y, como tal, el antepasado de la ciudad, la hipóstasis del rey y, en definitiva, el mismo rey. Este tipo de idealización y divinización de la monarquía, que tanto irritó a Ezequiel, no tiene precedentes en el mundo cananeo ni se constata en otras ciudades fenicias. En relación con Ugarit, por ejemplo, supone un salto cualitativo en relación a la figura del rey, cuyo antepasado, además, es el propio Melqart.

Una leyenda que muestra en sus orígenes la influencia del nacionalismo religioso de los tirios asocia el origen e invención de la «púrpura» al «Señor de la Ciudad», Melqart. Según ello, la única amante conocida del dios, la ninfa Tyros, habría llevado con sus exigencias al descubrimiento de la púrpura (Pó-

lux 1:45). De este modo, Melqart no sólo es el dios y antepasado de Tiro, sino el responsable de su riqueza y prosperidad. Es, por lo tanto, su principal benefactor y protector.

Así, la historia y la suerte de Melqart es la historia y la suerte de Tiro y de sus hijas, las colonias de Occidente. En el famoso juramento de Aníbal del año 215 a.C. todavía se menciona el panteón tirio, formado por Heracles (Melqart) y Astarté, así como Iolaos o Eshmún, todos ellos símbolos de la monarquía.

En la historia de Chipre, Melqart-Eshmún, esto es, la familia real de Tiro, aparecen como los fundadores del reino de Kition. Todavía en el siglo V a.C. Kition acuña moneda con la efigie de Melqart.

Cuando Alejandro Magno asedió Tiro, el macedonio, que se pretendía descendiente de Heracles, expresó sus deseos de ofrecer un sacrificio en el templo de Melqart, con propósitos claramente políticos (Arriano 2:15,7-16,7). A ello se opusieron categóricamente los tirios, por considerar el lugar sagrado. Melqart era el símbolo de su autonomía y su independencia, pero sobre todo era el símbolo de su identidad nacional.

Dado que el rey de Tiro utilizaba la religión con fines políticos y propagandísticos, es lógico suponer que los sacerdotes adscritos al culto de Melqart debieron jugar un papel político decisivo en la historia de Tiro.

Sabemos que un colegio sacerdotal era responsable del culto y de la administración del templo. Este clero se reclutaba, por otra parte, en el seno de las familias más influyentes de la ciudad, detentando los cargos más influyentes de sumo sacerdote o similar los propios miembros de la familia real. Recordemos que la hermana de Pigmalión, Elissa o Dido, fundadora de Cartago, estaba casada con el sumo sacerdote del templo de Melqart y que los reyes Tabnit y Eshmunazar de Sidón fueron sumos sacerdotes de Astarté. Al ascender al trono de Tiro en el año 887 a.C. tras un golpe de estado, Ithobaal ostentaba el cargo de sacerdote de Astarté.

Con motivo de la fundación de una colonia o enclave comercial, la costumbre tiria exigía construir un templo en honor de Melqart. Ello creaba un vínculo religioso entre la colonia y la metrópoli, y la presencia del dios en tierras lejanas aseguraba la tutela del templo de Tiro en esa empresa. En otras palabras, la presencia de Melqart garantizaba o advertía de la intervención de la monarquía en toda actividad comercial lejana.

Las fundaciones tirias más antiguas del Mediterráneo aparecen vinculadas a un templo que, en la mayoría de los casos, está dedicado a Melqart. En realidad, la expansión tiria hacia Occidente coincide con la difusión gradual del culto de Melqart en Chipre, Tasos, Malta, Cartago, Gadir y, acaso también, en Roma.

En Gadir y en Cartago la figura de Melqart aparece involucrada en el mismo relato de fundación. Ello traduce, probablemente, la voluntad de asociar los orígenes de estos establecimientos occidentales a la ciudad de Tiro y, por extensión, a su templo y a su rey. El dios no sólo aparece asociado a las fundaciones más arcaicas de Occidente, sino que, en ocasiones, la construcción de un templo precede a la fundación de la ciudad. Este parece haber sido el caso de Cádiz. Además, en ciertas fundaciones, el peso de la figura de Melqart fue

considerable, como en la misma Gadir. Sólo en Gadir y en Tiro se rindió culto al dios y a sus reliquias y se conmemoró su resurrección anual (Silio Itálico 3:22).

Otros dos templos sumamente arcaicos se implantan en Occidente en el mismo momento de la fundación de la colonia tiria: el de Útica (Plinio, *N. H.* 16:40) y el de Lixus, en el Marruecos atlántico (*N. H.* 19:63). En Pafos y Citera, el único vestigio del paso de los fenicios en época arcaica lo constituyen sus templos de Afrodita o Astarté (Heródoto 1:105), y en Tasos, la presencia de navegantes fenicios que explotaron sus minas de oro se evidencia a través de la fundación de un templo a Heracles o Melqart (Heródoto 2:44). Por último, en Menfis, los fenicios se establecieron en torno a un santuario dedicado a la «Afrodita extranjera», es decir, Astarté (Heródoto 2:112).

La construcción de un santuario de Melqart en toda fundación tiria relativamente importante traduce una preocupación constante por parte de los primeros colonos llegados a Occidente: la de legitimizar la fundación. La presencia del dios convertía automáticamente el establecimiento en una prolongación de la patria de origen, el reino de Tiro, al tiempo que aseguraba unas relaciones pacíficas en el comercio con los indígenas, ya que se ofrecía protección sagrada a las transacciones. El comercio fenicio en Occidente se inicia, por tanto, bajo la égida del dios Melqart, es decir, del rey de Tiro.

Además de convertirse en el dios tutelar de las grandes empresas marítimas tirias, la figura de Melqart se vincula a intereses económicos y políticos sumamente complejos. En Cartago, por ejemplo, el culto a Melqart fue introducido en los mismos orígenes de la ciudad. Elissa, la fundadora, había llevado consigo al noroeste de África los objetos consagrados al dios. Su marido, Acherbas, o Zakarbaal, había sido el sacerdote principal del templo de Tiro, por lo que había ocupado el primer rango, detrás del rey, dentro de la escala social. Detrás del mito de fundación de Cartago tenemos así, de algún modo, a la familia real y al templo de Tiro (cap. 8).

Se cuenta que desde entonces los cartagineses enviaban cada año al dios Melqart de Tiro una ofrenda o tributo consistente en una décima parte del tesoro público. Esta costumbre perduró hasta la época helenística (Diodoro 20:14, 2; Polibio 31,12; Arriano 2:24,5). Esta embajada anual indica que Cartago, la «nueva Tiro» o Qart-hadasht, permaneció largo tiempo bajo la tutela de Tiro. Y sólo parece haber una razón para ello: la tutela del rey de Tiro sobre la empresa marítima cartaginesa y la participación financiera del templo de Tiro en el comercio de Occidente. El tributo anual que enviaba Cartago puntualmente no era otra cosa que los beneficios de la empresa occidental, revertidos al templo de Melqart y, en consecuencia, al palacio real de Tiro. De este modo puede decirse que la función de los santuarios de Melqart en Occidente consistió en servir de nexo de unión entre Tiro y los centros comerciales mediterráneos. A cambio de velar por la buena marcha de la navegación y del comercio, Melqart recibía la décima parte de las ganancias obtenidas. Su función no fue, así, exclusivamente religiosa, sino básicamente política: asegurar la dependencia de Cádiz o de Cartago con relación a Tiro. Este vínculo existía todavía en época helenística. Así, a raíz del sitio de Tiro por Alejandro, se dice que la ciudad

mantuvo hasta el último momento la esperanza de recibir la ayuda de sus hermanos, los cartagineses (Diodoro 17:40,3; 20:14,1-2).

Es igualmente significativo el hecho de que en Cartago el culto a Melqart surgiera casi siempre ligado al ideal monárquico. Antes de la popularidad de Tanit y Baal Hammón, Melqart tuvo considerable poder en Cartago y su culto sólo decreció en época del gobierno de los sufetes. Melqart, como dios dinástico, simbolizó la monarquía, en tanto que Tanit y Baal simbolizaron la oligarquía, representada por la familia de los Magónidas. Su culto volvió a ganar en popularidad solamente con la llegada de los Bárcidas, conocidos por sus pretensiones monárquicas en Cartago. En las monedas bárcidas de la Península Ibérica, Amílcar, Aníbal y Asdrúbal se divinizaron tomando el aspecto y la efigie de Melqart. Y significativa también es la presencia de gran número de nombres teóforos en Cartago, formados con el nombre del dios de Tiro (*A-mlkr*). Por lo demás, es célebre el episodio del otro general cartaginés, Amílcar, que, al igual que la fundadora Elissa, se suicidó lanzándose a la hoguera. El suicidio por fuego se inscribe directamente en el ritual del dios, es decir, en el de la resurrección e inmortalidad por el sacrificio.

6. LAS RUTAS DE LA EXPANSIÓN FENICIA EN EL MEDITERRÁNEO

La distribución y localización de los principales establecimientos fenicios en el Mediterráneo basta para darnos cuenta de que las fundaciones arcaicas responden a una doble exigencia: el comercio y la navegación (fig. 34).

Desde el mismo momento en que se establecieron los primeros enclaves comerciales en las costas occidentales, los fenicios se hicieron prácticamente con el control de las principales rutas de comercio, desde Chipre y Creta en Oriente hasta el estrecho de Gibraltar en Occidente. Si admitimos las fechas de fundación de Cádiz, Lixus y Útica en torno al 1100 a.C., tal como defienden algunos autores, cabe hablar de un monopolio marítimo de unos 500 años.

La organización de una red comercial tan vasta tuvo que responder, evidentemente, a unos objetivos igualmente importantes a los ojos de Tiro, fundamentalmente el metal precioso, que compensaba los costos de una empresa de tal envergadura. Posiblemente, Tiro y otras ciudades de la costa levantina tenían noticias, a través de marinos y capitanes de barco, de la abundancia de oro, plata y estaño en el extremo occidental del Mediterráneo. Pocos siglos antes, a finales del II milenio, naves procedentes de Chipre y del Egeo habían surcado las aguas del Mediterráneo central y las costas de Sicilia, Italia y Cerdeña, alcanzando la Península Ibérica, por lo que el Occidente no era totalmente desconocido para las gentes del Mediterráneo oriental.

Sin embargo, si el objetivo inicial y más importante de la diáspora fenicia a Occidente fue la obtención de metales, tal como señalan de forma unánime todas las referencias escritas de la época, la ubicación de algunos establecimientos, como Cartago, Útica, Ibiza o los asentamientos de la costa andaluza mediterránea, localizados en unas zonas no precisamente ricas en recursos metalíferos, no es tan fácil de explicar.

La superioridad de los fenicios en materia de navegación fue evidente entre los pueblos de la Antigüedad. La reputación de expertos pilotos de que gozaron las gentes de Tiro o de Biblos, unido a las condiciones de navegación de la época, inducen a pensar que la navegación desempeñó un papel importante en la organización, forma y articulación de la diáspora fenicia a Occidente.

Se constata que, en sus recorridos por el Mediterráneo, los fenicios se establecieron en islas o islotes, penínsulas y promontorios costeros, provistos de buenos fondeaderos naturales, bahías y ensenadas al abrigo de vientos y co-



FIGURA 34. La expansión fenicia en el Mediterráneo.

rrientes, fáciles de defender frente a eventuales peligros procedentes del mar o de tierra firme, y situados en la desembocadura de ríos o vías naturales de acceso al interior del territorio.

Aunque los sistemas y técnicas de navegación no fueron los únicos factores que ayudaron a configurar la red comercial fenicia en Occidente, sí determinaron, en buena medida, la topografía general de las colonias fenicias y su evolución posterior, y nos sirven de preámbulo para analizar, en posteriores capítulos, otras cuestiones de índole económica y geopolítica en la distribución geográfica de la diáspora fenicia.

LOS ESTABLECIMIENTOS FENICIOS: SU DISTRIBUCIÓN

Cabe considerar los centros fenicios del Mediterráneo occidental como los eslabones de una cadena comercial, cuya ubicación permite reconstruir las rutas de navegación fenicias antes de la irrupción, en el siglo VI a.C., de Cartago en el panorama geopolítico de Occidente. En la medida en que tratamos de reconstruir la navegación fenicia por el Mediterráneo, omitiremos todas aquellas fundaciones coloniales o comerciales secundarias, es decir, proyectadas desde centros fenicios ya existentes en Occidente.

De acuerdo con la tradición escrita y con la documentación arqueológica, es posible definir tres grandes grupos de fundaciones fenicias o tirias en el Mediterráneo occidental. El orden de presentación de estos grupos es, en principio, aleatorio, dado que nos basamos únicamente en los autores clásicos.

Por orden de antigüedad, las primeras fundaciones fenicias de Occidente fueron las colonias de Lixus, Cádiz y Útica. A partir de este dato resulta evidente que en la diáspora al Mediterráneo los fenicios optaron por los territorios más occidentales y los enclaves portuarios situados directamente en la ruta de acceso al estrecho de Gibraltar y al Atlántico.

Según el testimonio de Veleyo Patérculo (1:2,3; 1:8,4), la flota fenicia, que ya controlaba los mares, fundó *Gadir* unos 80 años después de la caída de Troya, y Útica algo más tarde. Según la cronología atribuida a la guerra de Troya (1190 o 1184 a.C.), la fecha de fundación de Gadir o Gadeira se situaría en torno al 1110 o al 1104 a.C., y la de Útica, en el norte de África, en torno al 1100 a.C. La colonia de Cádiz se estableció en un islote, hoy unido a tierra firme, situado frente al estuario del Guadalete y al reino de Tartessos. Otros autores clásicos sitúan la fundación de Cádiz «poco después» de caer Troya, sin mayor precisión: Estrabón (1:3,2), Plinio (*N. H.* 19:216) y Pomponio Mela (3:6,46).

El mismo Plinio añade que en Lixus, en el Marruecos atlántico, existió un santuario de Heracles (Melqart) más antiguo que el de Gadir y sitúa en esa zona el mítico jardín de las Hespérides (*N. H.* 19:63). La antigua Lixus, emplazada en la desembocadura del actual Loukkos y en una bahía bien protegida, se encuentra en las proximidades de la moderna El Arach o Larache. De acuerdo con los textos clásicos fue, al parecer, la colonia fenicia más antigua de Occi-

dente, si bien, al igual que Cádiz, no ha proporcionado hasta hoy indicios arqueológicos anteriores al siglo VII a.C.

Una tercera fundación, la de *Útica*, en el litoral de Túnez, parece consolidar la ruta de acceso hacia el Atlántico. Sobre sus orígenes, Plinio señala que en su época —esto es, en el año 77 d.C.— todavía se conservaban en el templo de Apolo las vigas de madera de cedro colocadas allí 1.178 años antes, al fundarse la ciudad. Ello sitúa su fundación hacia el año 1101 a.C. Silio Itálico dice que Útica fue fundación «sidonia» (3:241-242) y el Pseudo-Aristóteles fecha sus orígenes fenicios 287 años antes de la fundación de Cartago (*De mirabilis auscultationibus* 134), en el año 814, lo que nos da, una vez más, la fecha de 1101 a.C. Tal coincidencia de fechas hace pensar en una sola fuente común de información para todos estos autores clásicos. Para finalizar, digamos que, hasta hoy, la arqueología de Útica no permite hablar de frecuentación fenicia en este tramo del litoral de Túnez con anterioridad a los siglos VIII y VII a.C.

Tras este primer bloque de fundaciones remotas, de cronología controvertida, no contamos con nuevas referencias históricas hasta el siglo IX a.C., época en que se fundan dos nuevas colonias en el norte de África: Auza y Cartago. *Auza,* fundada por Ithobaal de Tiro (887-856 a.C.) en la costa de Libia, todavía no ha podido ser identificada. En cambio, para la fundación de *Cartago* disponemos de abundante información escrita. Todos los historiadores clásicos, que al parecer se inspiran en los escritos de Timeo, un historiador de los siglos IV-III a.C. cuya obra se ha perdido, coinciden en fijar los orígenes de Cartago en el año 814 u 813 a.C. Así, apoyándose en Timeo, Dionisio de Halicarnaso señala que Cartago fue fundada 38 años antes de la primera olimpíada (*Ant. Rom.* 1:74,1), en el año 776 a.C., lo que sitúa el origen de Cartago en el 814 a.C. Los datos coinciden con el testimonio de Veleyo Patérculo (1:12,5), que atribuye a la historia de Cartago una duración de 667 años. Como es sabido, Cartago cayó en poder de Roma el año 146 a.C. (667 + 146 = 813).

Según el relato de Justino (18:4-6), Cartago fue, al igual que Auza, Útica y Gadir, fundación tiria y obra de Elissa, hermana del rey de Tiro, Pigmalión o Pumayyaton. Elissa habría huido a Occidente a raíz del asesinato de su esposo, Acherbas o Zakarbaal, a manos del rey. Al fundar la ciudad, Elissa y los refugiados tirios recibieron ayuda de los de Útica y, con una clara intención política, denominaron el lugar «Qart-hadasht» (= ciudad o capital nueva).

Si las fundaciones de Lixus, Gadir y Útica configuran un bloque independiente por su alta cronología y por su situación geográfica extrema, el origen de Cartago parece marcar un segundo hito en el proceso de la expansión fenicia al Mediterráneo, en el sentido de que el acceso a la ruta atlántica quedaba definitivamente controlado para el tráfico naval. Puede decirse, suscribiendo las palabras de Estrabón, que durante los siglos IX y VIII a.C. «los fenicios ya estaban instalados en Iberia y en Libia» (Estrabón 3:2,14). Por aquellas fechas, «llegaron más allá de las Columnas de Hércules [Gibraltar] y fundaron ciudades en esos parajes, como también en medio de la costa de Libia, poco después de la guerra de Troya» (Estrabón 1:3,2).

Ignoramos en qué momento exacto se instalaron los fenicios en la costa orien-

tal de Andalucía. Solamente se nos dice que entre la costa de Almería y la de Málaga hubo en otro tiempo «una muchedumbre fenicia» (Avieno, *Ora Maritima* vv. 440 y 459-460). Concretamente se mencionan tres ciudades, *Malaka*, Sexi y Abdera (un nombre claramente oriental) (Estrabón 3:4; 2-3), identificadas, respectivamente, con las actuales ciudades de Málaga, Almuñécar y Adra (en la costa de Almería), y es precisamente en este tramo litoral donde se constata, a nivel arqueológico, una de las mayores concentraciones de población fenicia arcaica de todo el Mediterráneo occidental, cuya cronología arroja, junto con Cartago, las fechas más antiguas conocidas de frecuentación fenicia de Occidente, desde por lo menos principios del siglo VIII a.C.

Otro grupo de colonias fenicias, cuya fecha exacta de fundación desconocemos, se sitúa en la isla de Sicilia. El dato más significativo lo debemos a Tucídides, quien consigna lo siguiente:

> También los fenicios habitaron toda la Sicilia, después de haber ocupado promontorios sobre el mar y las islas próximas a la costa, para facilitar las relaciones comerciales con los sículos. Cuando los griegos llegaron de ultramar en gran número, dejaron la mayor parte del país y se concentraron en Motya, Solunto y Panormo, donde habitaron seguros cerca de los elimios, gracias a la alianza con éstos y a que aquel punto de la isla distaba muy poco de Cartago (Tucídides 6:2,6).

Se entiende, así, que los fenicios ocuparon gran parte de la isla hasta que, a finales del siglo VIII a.C, la llegada de los colonizadores griegos les obligó a instalarse en *Motya, Solunto* y *Palermo,* esto es, en el extremo occidental de Sicilia. Pese a ello, la nueva situación era favorable desde el punto de vista estratégico, puesto que desde Motya se dominaba el canal de Cartago. Motya fue el principal asentamiento fenicio en la isla (Diodoro 16:48,2 y 51,1). Se trata de un islote situado cerca de la costa, cuyo registro arqueológico sitúa sus orígenes, efectivamente, a finales del siglo VIII a.C. No es este el caso de Palermo, cuya necrópolis no evidencia ocupación fenicia antes del siglo VII a.C., ni de Solunto, todavía no identificada.

Diodoro cuenta que los fenicios, ya dueños del Occidente, también se adueñaron de *Malta,* un buen refugio provisto de buenos puertos (Diodoro 5:12,3). Hallazgos arqueológicos en necrópolis de la región de Rabat y en santuarios del interior de la isla (Tas Silg) corroboran la presencia de navegantes fenicios desde finales del siglo VIII a.C. por lo menos. Se cree que la colonia fenicia pudo estar radicada en Melite, la moderna Medina-Rabat.

Los fenicios también ocuparon Gozo y Pantelaria y, acaso también, Lampedusa (Diodoro 5:12; Pseudo-Escílax 111). El nombre original de la isla de Gozo, *Gaulos,* de origen fenicio y que designa un tipo de barco mercante, y el nombre antiguo de Pantelaria, *Iranim,* sugieren asimismo una filiación fenicia arcaica.

Otro grupo de colonias considerado de fundación tiria o sidonia lo constituyen *Leptis Magna, Hippo* y *Hadrumetum,* en la costa africana (Salustio, *Bell. Iug.* 77:1; Silio Itálico, *Punica* 3:256; Plinio, *N. H.* 5:76). Hasta el momento, sin embargo, estos establecimientos no han proporcionado indicios arqueológicos de época arcaica, salvo, al parecer, Leptis Magna.

Resta por mencionar, finalmente, la isla de Cerdeña, donde la arqueología registra la presencia de colonos fenicios desde el siglo VII a.C. en *Nora, Sulcis, Tharros, Bithia* y *Caralis* (Cagliari). En el caso de Sulcis, la documentación arqueológica se remonta, incluso, al siglo VIII a.C. De la distribución de estas ciudades se deduce el interés de Tiro por controlar todo el suroeste de la isla.

Las fuentes escritas relativas a las fundaciones sardas dicen muy poco sobre su origen. Varias referencias, sin embargo, son especialmente interesantes, por cuanto parecen asociar la ocupación fenicia de Cerdeña a elementos llegados de la Península Ibérica. Pausanias (9:17) señala que los primeros en fondear sus naves en la isla de Ichnusa fueron africanos (cartagineses), al mando de su jefe, Sardo, que acabó dando nombre a Cerdeña. Más tarde pasaron por la isla los iberos, con su almirante Norax, que fundaron Nora, la primera ciudad de la isla (Solino 4:1). Hay, pues, componentes fenicios, cartagineses y acaso fenicios gaditanos que intervienen en la colonización de Cerdeña.

A través de este cuadro de conjunto podemos comprobar que la casi totalidad de las costas e islas meridionales del Mediterráneo occidental estuvieron bajo dominio fenicio, dominio que parece consolidarse durante los siglos VIII y VII a.C. La densidad de enclaves fenicios en Occidente revela, por otro lado, que la diáspora al Mediterráneo no fue una simple expedición como la del mar Rojo o una colonización local, como la del golfo de Alejandreta, sino que comporta un desplazamiento de importantes contingentes de población fenicia, especialmente en el siglo VIII a.C.

En todo este proceso de expansión hacia Occidente, Kition hizo de auténtica cabeza de puente. Acaso en el viaje de retorno, algún enclave fenicio en Egipto desempeñara idéntica función. Heródoto (2:112) menciona una última colonia fenicia en *Memphis*, donde los tirios ocuparon un barrio y edificaron un templo dedicado a Astarté.

Diversas circunstancias técnico-navales incidieron sin duda en la configuración de esta red de enclaves fenicios en el Mediterráneo. Se trataría, ahora, de discutir hasta qué punto fue así.

TÉCNICAS Y SISTEMAS DE NAVEGACIÓN

Se asegura que los fenicios inventaron el arte de navegar y que aprendieron de los caldeos nociones de astronomía, que aplicaron a la navegación (Plinio, *N. H.* 7:57). Al mencionar los orígenes de Tiro, Filón de Biblos señala que uno de los fundadores de la ciudad, Ousôos, utilizó un tronco calcinado de árbol para construir la primera canoa conocida en la historia. En cualquier caso, desde época fenicia las técnicas de navegación apenas se desarrollaron mucho más hasta la Edad Media y se señala la posibilidad, incluso, de que los conocimientos incorporados por Ptolomeo en su célebre mapamundi se basaron en cartas de navegación fenicias.

La arqueología subacuática no ha logrado recuperar hasta hoy ninguna nave fenicia de la época de la expansión al Mediterráneo. Aun así, es posible recons-

truir los sistemas de navegación fenicios a partir de las referencias históricas de la época y de las representaciones de naves fenicias que aparecen en los relieves asirios. Así, sabemos que los barcos fenicios navegaban a vela, que ésta era cuadrada y que la maniobra de los buques era pesada, incómoda y peligrosa. Sabemos, igualmente, que recurrían a los remos cuando no soplaba el viento, y que se practicaba la navegación de cabotaje y la navegación de altura, es decir, la navegación nocturna en mar abierto.

Los fenicios protagonizaron expediciones navales al Índico y al mar Rojo y lograron circunnavegar África. Conocían el Mediterráneo lo suficiente para saber los lugares más favorables donde instalar sus escalas y colonias. Adaptaron para cada circunstancia el sistema de navegación más adecuado. No existían, por tanto, serias dificultades a la hora de emprender una navegación regular de un extremo al otro del Mediterráneo. Puede descartarse, pues, la idea tradicional de que en esa época tan remota, las naves, por su pequeño calado, eran incapaces de afrontar los peligros del mar abierto.

La navegación de cabotaje

En general se considera que en la Antigüedad los capitanes se mantenían habitualmente pegados a la costa para evitar los peligros del mar abierto. Por la noche llevaban el navío a una playa o arrojaban el ancla en alguna ensenada bien protegida y de poca profundidad. Según esta hipótesis los fenicios, sin instrumentos adecuados de orientación, habrían navegado de día y a una prudente distancia de la costa, como todos sus contemporáneos.

Durante mucho tiempo se ha insistido en el carácter exclusivamente diurno de la navegación fenicia, caracterizada por trayectos cortos de unas 20 o 30 millas diarias. Este modelo teórico, elaborado por Cintas años atrás (1949), excluye la posibilidad de una navegación nocturna. Las etapas diurnas coinciden, según este autor, con la distancia media de unos 30/40 km observada entre las instalaciones fenicias o púnicas de la costa africana. Estas escalas de cabotaje respondían, además, a un mismo patrón de asentamiento: un islote cercano a la costa o bien un promontorio emplazado en la desembocadura de un río y provisto de puertos protegidos contra el viento. Cintas lo denominó el «paisaje púnico».

Esta teoría es relevante si se acepta la existencia de un solo sistema de navegación. Pero el sistema de cabotaje a lo largo de islas, bahías y promontorios resulta lento y peligroso, porque obliga a navegar muy cerca de la costa, de día, y a fondear de noche con todos sus inconvenientes. Resulta, pues, apropiado para pequeños barcos de pesca y para el tráfico local, pero no para el comercio de larga distancia.

Por otra parte, no todos los enclaves fenicios de Occidente responden al modelo de escalas de cabotaje. Si toda la navegación fenicia hubiera sido de este tipo, no se explica, entre otras cosas, su presencia en Cerdeña o en las Baleares. Ibiza, por ejemplo, está a más de 25 millas de la escala más próxima. En línea

recta, de Ibiza al sureste ibérico hay más de 65 millas. De Abdera a Orán la distancia es superior a las 130 millas y de Orán a la desembocadura del Guadalhorce, en Málaga, hay más de 200 millas. El trayecto más corto entre la costa argelina y el cabo de Gata, por ejemplo, tiene una distancia en línea recta de 100 millas, lo que equivaldría a unas tres jornadas de navegación sin poder avistar un solo puerto fenicio. Además, no se documenta un solo enclave fenicio en la costa de Marruecos desde Orán a Gibraltar (en línea recta, 235 millas) antes del siglo V a.C.

La teoría de una cadena de escalas o bases navales para repostar y refugiarse de noche tampoco encaja con las distancias existentes entre los establecimientos fenicios de la costa mediterránea andaluza. En esa zona, las distancias medias en línea recta, entre una colonia y otra, son de 6 km solamente. Por consiguiente, cabe preguntarse si, junto a la existencia evidente de navegación fenicia de cabotaje, no habría que buscar otros factores o modalidades que expliquen la situación de buena parte de los enclaves fenicios arcaicos, cuya disposición no encaja dentro de las distancias matemáticas de 20-25 millas de la navegación costera.

La navegación de altura

La situación de las fundaciones fenicias de Sicilia, Cerdeña o Ibiza pone de manifiesto que los tirios navegaron por mar abierto y que no sólo supieron hacer frente a los inconvenientes de alta mar, sino que viajaron necesariamente de noche.

En determinadas épocas del año resultaba arriesgado emprender viajes regulares de miles de millas por alta mar, debido a la fuerza de los vientos y corrientes en el Mediterráneo. De ahí que muchas veces el mar abierto fuera «tierra de nadie».

Durante los siglos VIII y VII a.C., sin embargo, tenemos perfectamente documentados tanto la navegación de altura como sistemas de iluminación nocturna. Así, Hesíodo, cuando habla del comercio *ergon,* parece describir unas operaciones comerciales cuya duración estima en 50 días. En la *Odisea* se mencionan trayectos por mar de 6 días y 6 noches de duración y se describe un viaje de 4 días desde Creta hasta Egipto sin escalas intermedias (*Od.* 14:257-258). Más tarde, en época helenística, Estrabón ya alude explícitamente a la navegación de altura en el Mediterráneo (3:2,5).

La navegación en alta mar comporta necesariamente navegación nocturna y, por lo tanto, la existencia de algún sistema de orientación. La navegación nocturna tiene en común con la navegación de altura la utilización de las estrellas como sistema de orientación y, en particular, de la estrella Polar, que forma parte de la constelación de la Osa Menor. El conocimiento de la astronomía, que permitía a los antiguos navegar por alta mar sin riesgo a perder el rumbo, se constata plenamente en época de Homero (*Od.* 2:434; 10:28; 15:476). Se atribuye, sin embargo, a los fenicios el descubrimiento de la importancia

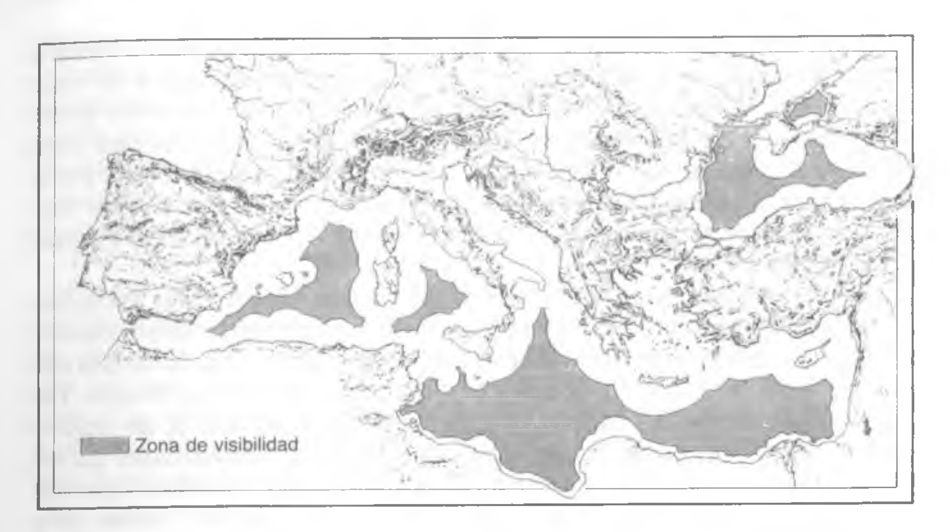


FIGURA 35. Límites de visibilidad de la tierra en el Mediterráneo (según Schüle, 1968).

de la Osa Menor para la navegación nocturna, una constelación que el mundo clásico denominó significativamente *Phoiniké.*

Los fenicios poseían, por tanto, excelentes conocimientos astronómicos desde mucho antes de Homero, aun cuando la verdadera posición de la estrella Polar no logró determinarse matemáticamente hasta el siglo IV a.C.

El Mediterráneo era, y sigue siendo, favorable a la navegación de altura, salvo en invierno, cuando las brumas y las tormentas impiden avistar la costa y las estrellas. En esas condiciones y hasta época medieval, no quedaba otra solución que amarrar las naves a puerto y esperar mejores días. Pero en condiciones normales, los barcos se guiaban por la estrella Polar o bien por referencias en tierra firme, dado que se ha comprobado que, en condiciones climáticas favorables, es visible la costa o tierra firme desde cualquier punto del Mediterráneo, salvo excepciones muy destacadas. En un mapa de visibilidad teórica (fig. 35), en el que figuren todas las costas del Mediterráneo, se pone de manifiesto que son muy pocas las zonas de mar desde las que no se vea al menos una montaña o una sierra elevada cercana a la costa. Ello es especialmente evidente en todo el litoral septentrional del Mediterráneo y en la costa occidental africana.

Según cálculos matemáticos, un escollo sobresaliendo 9 m del nivel del mar desaparece a la vista de un barco a 8 millas de distancia. La cúspide de una montaña de 2.500 m de altura desaparece a 125 millas de distancia. El Mulhacén o el Canigó son puntos de referencia que no ofrecen dificultades en este sentido. Una visibilidad excelente se da en toda la Península Ibérica, el Estrecho, la costa de Marruecos y Argelia y gran parte de Túnez. Por el contrario, existe una extensa zona marítima donde la visibilidad de la tierra es muy reducida: la costa africana desde el sur de Túnez al Sinaí y también entre las Baleares y las islas de Córcega y Cerdeña.

Puede afirmarse, pues, que en el Mediterráneo son pocos los días en que, con buen tiempo, se navega sin avistar tierra o puntos de referencia costeros. Por lo general, en invierno, la visibilidad no supera los 100 km en días de bruma, si bien un vigía colocado sobre un mástil a 9 m de altura gana unos 12 km de visibilidad. Pero en la Antigüedad no se navegó en invierno, salvo en circunstancias excepcionales.

Hoy los pescadores practican todavía la navegación a base de un número reducido de cotas altas, sin necesidad de mapas ni de instrumentos de navegación. Una nave procedente de Tiro con destino a Gadir podía hacer el viaje por mar abierto y en línea casi recta sin salirse de la línea de visibilidad de la tierra, desviándose ligeramente hacia el norte entre las islas jónicas y Sicilia.

Trayectos, períodos de navegación y duración de los viajes

Durante toda la Antigüedad la navegación estuvo limitada a las épocas de buen tiempo. Salvo en caso de guerra, los navíos levaban anclas a comienzos de la primavera y retornaban a puerto en octubre. De este modo, el período reservado a la navegación era bastante breve, de acuerdo con los límites señalados por Hesíodo en su obra *Los trabajos y los días* (vv. 663-665 y 678-684): «50 días a partir del momento en que gira el sol en el corazón del pesado verano» (finales de junio hasta mediados de septiembre). No obstante, se contempló la posibilidad de navegar desde marzo hasta finales de octubre. La navegación invernal no se generaliza en el Mediterráneo hasta el siglo XVI.

Esta limitación de días navegables viene confirmada por otros autores clásicos, como Heródoto. Este último, al describir la circunnavegación de África por los fenicios, realizada por cuenta del faraón Necao (609-594 a.C.), señala que cuando llegaba el otoño los fenicios abordaban y esperaban la época favorable cultivando trigo, por lo que el viaje duró dos años (Heródoto 4:42).

Desconocemos la velocidad exacta de los barcos, la cual estaba condicionada por el tipo de embarcación y el régimen de vientos y corrientes. Diversas circunstancias podían prolongar la duración de un viaje: tipo de comercio, limitación de días navegables —que hacía que una nave fenicia pudiera permanecer fondeada un año entero en un mismo puerto—, mal tiempo, viento encalmado, etc. Así y todo es posible calcular la velocidad media de los barcos a partir de los datos conocidos de la época clásica. A su vez, sólo es posible determinar la duración de un viaje a partir de la velocidad media del buque y del número de horas de navegación diaria, sin olvidar los días de mal tiempo y los días invertidos en avituallamiento de víveres o descanso.

En época clásica una nave invertía 9 días de Corinto a Leucas, 9 horas de Corcira a Brindisi y 15 días desde Grecia a Sicilia, o incluso menos (Tucídides 6:1). Para calcular la duración de un viaje y la velocidad de un barco, es preciso tener en cuenta no sólo los días de navegación, sino el sistema utilizado: remo o vela. En el siglo XVI, una galera a remo, muy similar a los navíos de guerra fenicios y griegos, necesitaba 206 horas para cubrir el trayecto de Venecia a Corfú,

de unas 1.000 millas. Para un trayecto de unas 2.000 millas se necesitaban 883 horas de navegación, incluido el tiempo que transcurría con los barcos detenidos, que se estima en un 60 por 100 del tiempo total. Sin duda en la Antigüedad ese porcentaje fue mayor.

Heródoto calcula una velocidad media para la navegación diurna y nocturna de 600 a 700 estadios, es decir, de 68 a 82 millas por día (Heródoto 4:86,1). Coincide con la velocidad media que Tucídides atribuye a las naves mercantes (Tucídides 2:97,1; 3:3,5; 6:1), lo que nos daría una velocidad media de unos 54 estadios (6 millas) por hora, que indica que la distancia entre Cartago y Gadir se podía cubrir en 7 días, y que de Sicilia a Creta se podían tardar otros 3 días y de Gibraltar a Pirene, unos 7 días (Avieno, *Ora Maritima* 560).

Para viajes de largo alcance se ha estimado el conocido viaje de Colaios de Samos a Gadir a finales del siglo VII a.C. en unas 1.440 horas de navegación, equivalente a 60 días, para cubrir una distancia de unas 2.000 millas. Colaios tardó, pues, 2 meses en llegar a Tartessos y por lo tanto tuvo que permanecer por fuerza durante el invierno en Gadir u otro puerto, a la espera de la estación navegable.

Se ha calculado que los griegos focenses, durante el siglo VI a.C., tardaban unas 240 horas, equivalentes a 45 días de navegación, para cubrir la distancia en línea recta de unas 1.360 millas entre Focea y Ampurias. Esta estimación se basa en la velocidad media de las naves de guerra focenses —las pentecónteras—, de unas 6 millas por hora. Significa que los focenses, al emplear un mes y medio para llegar a España, podían hacer el viaje de ida y vuelta en un verano. Partiendo de Focea a finales de mayo podían estar de regreso en septiembre, con sólo 15 días para embarcar y desembarcar mercancías en Ampurias. Tan breve estancia difícilmente podía compensar tres largos meses de navegación.

Según todos estos cálculos es posible determinar la duración de la travesía entre Tiro y Gadir, cuya distancia en línea recta es de más de 2.600 millas, en unos 80 o 90 días, es decir, unos tres meses. Dada la limitación del período navegable en aquella época, resulta evidente que las naves debían permanecer fondeadas en puertos del estrecho de Gibraltar durante mucho tiempo, por lo que una expedición naval tiria al Mediterráneo occidental duraba con frecuencia más de un año entre el viaje de ida y vuelta.

Los barcos fenicios

La primera mención explícita de naves fenicias hace referencia a una flota de 40 barcos mercantes transportando cedro que salieron de un puerto fenicio rumbo a Egipto hacia el año 3000 a.C. Desde por lo menos mediados del III milenio tenemos constancia de la presencia de grandes barcos mercantes —las «naves de Biblos»— en mar abierto para traficar con Egipto. A esta larga experiencia se debe, en parte, la fama de los pilotos fenicios, como expertos en las artes de navegación, y la de los ingenieros navales de Tiro, muy apreciados como constructores de barcos y reclamados por otras monarquías orientales, co-

mo la de Israel. Biblos, Tiro y Sidón habían aprendido todas estas técnicas de Egipto, país que contaba con una larga tradición naviera, surgida de la navegación por el Nilo, en principio a vela, pero que utilizaba los remos como propulsión auxiliar.

Destacan, por su importancia, los barcos de Hatshepsut, denominados «naves del Punt», cuya forma conocemos gracias a los relieves de Deir el-Bahari, de la dinastía XVIII. Estas naves, de gran capacidad, eran capaces de navegar largos trayectos sin atracar. Para transportar la carga se aprovechaba el espacio reservado a los remeros, por lo que eran buques impulsados a vela y, en general, lentos y voluminosos. Las «naves del Punt» constituyen el prototipo directo de las naves mercantes fenicias.

Muy pronto este tipo de barco, tan práctico para viajes comerciales, se adopta en Levante y en el Egeo, donde será característica su forma redondeada y panzuda. En el Egeo, las travesías son más cortas debido al gran número de islas y a los fuertes vientos, más peligrosos que en el mar Rojo, por lo que los remos adquirirán más importancia en la navegación cretense y micénica. El espacio destinado a la carga se reserva ahora para acondicionar a un número cada vez mayor de remeros, con lo que las naves serán gradualmente más veloces y ligeras. Más tarde, el mundo griego empleará este tipo de barco para fines comerciales y bélicos, indistintamente.

Pese al inconveniente de su poca velocidad, el barco mercante de vela, más espacioso y lento, siguió siendo la nave más idónea para navegar por el Mediterráneo en trayectos largos. Los fenicios supieron aprovechar todas estas innovaciones y muy pronto la marina mercante de la costa de Canaán compartía las aguas del Mediterráneo oriental con egipcios y micénicos, tal como muestra, entre otros, el hallazgo de la nave de cabo Gelydonia. Las representaciones en la tumba egipcia de Kenamón, fechada en tiempos de Amenofis II (dinastía XVIII) nos muestran, por otra parte, naves mercantes tripuladas por marineros fenicios o, si se quiere, cananeos. Se trata de grandes navíos provistos de sólidas cubiertas y altas barandas, que podían transportar una buena carga en las bodegas y en cubierta. Son cargueros panzudos y de extremos redondeados, impulsados por grandes velas cuadradas, al estilo de las naves de Hatshepsut.

Durante el I milenio Fenicia hereda el carguero panzudo y el barco de tipo egeo, dotado de mayor número de remeros y cada vez más veloz. Por otra parte, se atribuye a los fenicios la invención de la quilla y el espolón y el calafateo con betún de las junturas de las maderas de los barcos. Conocían la vela orientable y el remo timonel doble, que permitían girar y maniobrar con suma rapidez.

Los fenicios utilizaron tres grandes tipos de barcos.

Naves de transporte local

El barco fenicio más antiguo se conoce gracias a los frisos de bronce de las puertas de Balawat (siglo IX a.C.; véase fig. 12). Son pequeñas embarcaciones de transporte provistas de uno o dos remeros, con los extremos redondea-

dos, y mascarón de proa en forma de cabeza de caballo. Se trata de los mismos barcos que transportan troncos de madera en un relieve de Khorsabad (véase fig. 13).

Es más que probable que este tipo de embarcación con la proa en forma de protomo de caballo esté en el origen de la leyenda según la cual Hippos el tirio fue el inventor de las naves de carga (Plinio, *N. H.* 5:206). El geógrafo Estrabón menciona, además, que en época helenística los marinos de Gadir todavía utilizaban estos barcos, denominados *hippoi,* esto es, «caballos», así llamados por la figura que decoraba la proa (Estrabón 3:3,4). Los gaditanos utilizaban estas embarcaciones para pescar en la región de Lixus. En ocasiones, alguno de estos barcos de pesca se alejaba excesivamente y desaparecía en el mar.

Los *hippoi* de Gadir son, en consecuencia, los descendientes directos de los pequeños cargueros fenicios de Balawat y Khorsabad. Como embarcación de pequeño tonelaje parece haber servido únicamente para transporte local y para pesca. Este tipo de barco ha persistido hasta hace poco tiempo en la isla de Malta.

Naves mercantes

El carguero mercante es heredero de los grandes navíos sirio-cananeos del II milenio. Impulsada por una enorme vela cuadrada, la nave tenía suficiente capacidad para transportar víveres, provisiones y mercancías. Era ideal, por consiguiente, para largas travesías en mar abierto. Para ganar capacidad de carga solían ser muy anchos y espaciosos, de ahí su nombre en latín: *naves rotundae.* Es también su forma redondeada lo que hizo que los griegos lo denominaran *gaulós* —bañera—, equivalente al fenicio *gôlah.*

El *gaulós* es considerado el barco mercante fenicio por antonomasia y sin duda constituyó el instrumento principal de la diáspora fenicia hacia Occidente. Acaso la isla de Gozo, la antigua Gaulos, próxima a Malta, debe su nombre a estos voluminosos cargueros.

En el relieve asirio del palacio de Nínive, tantas veces mencionado, en el que se representa la huida a Chipre del rey Luli de Tiro, aparecen estos panzudos cargueros escoltados por una flotilla de naves de guerra (véase fig. 14). Se trata de barcos con la proa y la popa levantadas, cuya fuerza motriz depende casi enteramente de la vela. No obstante, llevan remos de posición que, a juzgar por el relieve asirio, pudieron alcanzar un número de hasta 18 o 20, que servían exclusivamente para maniobrar, ya que convenía reservar todo el espacio restante para el cargamento.

Ignoramos la capacidad máxima que pudo alcanzar una nave mercante fenicia o griega. Algunos textos de Ugarit inducen a pensar que en torno al 1200 a.C. un mercante cananeo podía tener una capacidad de carga de hasta 450 toneladas. Durante el I milenio a.C., la capacidad normal de los cargueros osciló entre las 100 y 500 toneladas.

La estabilidad y velocidad de estas naves dependían de la capacidad del barco. Con viento favorable, podían alcanzar unos 5 nudos por hora, por lo tanto podían cubrir una distancia de 400 millas en 4 días (*Od.* 14:257-258).

Gracias al relato de Unamón tenemos constancia de la existencia de flotas mercantes fenicias compuestas de hasta 50 barcos desde el siglo XI a.C. El rey de Biblos y el naviero Urkatel poseen una flota de estas características. En tiempo de Hiram I, durante el siglo X a.C., las naves mercantes tirias son, según los textos bíblicos, las «naves de Tarshish». Se trata en origen de las naves que transportan mercancías preciosas desde tierras lejanas, primero desde Oriente y más tarde del Mediterráneo. Pero desconocemos sus características reales.

El poderío y monopolio de la casa real de Tiro en materia de transporte marítimo reposa en sus navíos, los *ônijât taršiš* (II Cron 8:18). Es la época de mayor actividad en los astilleros de Tiro, dedicados especialmente a la construcción de estos grandes navíos. Existe la posibilidad de que el nombre de «naves de Tarshish» no derivara del tipo de barco, sino de la carga y destino de estos viajes comerciales, al igual que ocurrió en el III milenio con las célebres «naves de Biblos». En época posterior a la de Hiram I, el mismo nombre pudo pasar a designar la Tarsos de Cilicia e, incluso, el extremo occidental del Mediterráneo. Se ha propuesto, asimismo, que el nombre de *tarsós* pudo referirse a la dotación de un banco de remeros y que la palabra *ônijât* no sería de origen semítico, sino indoeuropeo, y designaría simplemente a una nave: *anaji* → *naus* → *navis*.

Las naves de guerra

El tercer y último tipo de nave fenicia lo constituyó la temible galera de guerra impulsada a remo y provista de espolón. En contraposición al barco mercante, se denominó a este tipo de navíos, más ligeros, *naves lungae*.

En el relieve del rey Luli de Tiro, de finales del siglo VIII a.C., estas galeras, que sirven de escolta a los cargueros redondeados, aparecen ancladas en el puerto sur de Tiro. Una de estas naves aparece con la proa mirando a la ciudad y presenta dos hileras superpuestas de remeros, cinco en cada hilera inferior y otros cuatro encima (véase fig. 14). A ambos lados de los barcos cuelgan escudos idénticos a los que se divisan en las murallas de Tiro, lo que significa que bien pudo transportar soldados. Recordemos las palabras de Ezequiel (27:8 y 10) señalando que la flota tiria contaba con soldados y marinos procedentes de diversos países. El caso es que sus dotaciones, entre soldados y remeros, alcanzaban una cincuentena de hombres, como las célebres pentecónteras foceas. Los griegos denominaron «birremes» a estos buques de guerra provistos de doble hilera superpuesta de remos.

Otra característica de las naves de guerra fenicias, que aparecen en el mencionado relieve asirio, es el remate de proa, armado con un espolón puntiagudo, rasgo distintivo del navío de combate. Se atribuye a los fenicios este invento que dataría, por lo menos, del año 800 a.C. El espolón permitía construir cas-

cos más recios, pero su fuerza de choque dependía sobre todo de la velocidad del barco, o lo que es lo mismo, del número de remeros, que podían llegar a ser hasta 36. Ello avalaría la hipótesis de la existencia de una importante flota fenicia dotada de auténticas birremes de 50 remeros, o pentecónteras.

Las pentecónteras solían llevar dos oficiales a bordo y navegaban en flotas de hasta 60 galeras de guerra, organizadas como auténticas escuadras de combate, que solían navegar cerca de la costa para aprovisionarse de víveres por la noche, ya que la capacidad de carga tenía que ser necesariamente muy reducida.

Gracias a la decoración de la cerámica griega y a referencias históricas clásicas conocemos relativamente bien la evolución de estas naves en Grecia, donde pasaron paulatinamente de una tripulación de 20 remeros en época de Homero, a un total de 30 remeros (triacónteras) o incluso 50 (pentecónteras) más tarde, y de un solo banco de remeros por banda pasaron a tener dos (birreme) e incluso tres (trirreme). La disposición de dos bancos superpuestos por banda en la birreme en la segunda mitad del siglo VIII a.C. aumentó considerablemente la potencia de estas naves. La invención de la trirreme, hacia el año 670 a.C., atribuida a sidonios y corintios, permitió cobijar una tripulación de 170 remeros; este buque de guerra se generalizará a partir del siglo VI a.C. (Heródoto 2:158; Tucídides 1:13).

Las naves de guerra eran barcos estrechos y largos y, por consiguiente, poco estables, si bien podían hacer largas travesías a pesar del poco espacio reservado para provisiones, que obligaba a realizar escalas periódicas. A partir del 800 a.C., las unidades navales de guerra tenían capacidad suficiente para bloquear los puertos mediterráneos o interrumpir el tráfico comercial. Baja y estrecha, con sus 30 o 32 m de longitud, la pentecóntera podía realizar maniobras rápidas y resultaba fácil de ocultar tras un promontorio o islote. Pero era sobre todo un barco muy veloz y fácil de atracar en aguas poco profundas, gracias a su poco calado.

La presencia de remos reducía la dependencia de vientos y corrientes y sólo exigía la coordinación inteligente del piloto. Además de la tripulación, estas naves podían transportar pasajeros en circunstancias especiales. Sabemos, por ejemplo, que en la fundación de Cirene intervinieron dos pentecónteras que transportaron un total de 200 o 300 colonos (Heródoto 7:184). Su capacidad de carga podía ser, asimismo, elevada, a juzgar por la crónica del viaje del samio Colaios a Tartessos, cuya nave cargó al regreso 60 talentos (unos 1.500 o 2.000 kilos) de plata.

A diferencia de la nave mercante, con escasa tripulación y de mantenimiento barato, la nave de guerra resultaba muy costosa y difícil de equipar. El ejemplo de la batalla de Salamina, en 480 a.C., resulta revelador al respecto: se precisó un total de 34.000 hombres para equipar las 200 naves de la escuadra ateniense. Es obvio que muy pocos estados podían sufragar gastos de esta magnitud. No es probable entonces que los fenicios, a diferencia de los griegos, emplearan estas galeras para su empresa occidental.

La representación más antigua que se conoce de la birreme dotada de espo-

lón de proa la tenemos en el relieve asirio del siglo VIII del palacio de Senaquerib en Nínive (véase fig. 14). Se cree que los griegos la adoptaron a partir de un modelo fenicio. Esta poderosa arma ofensiva inauguró, a partir del siglo VIII a.C., una nueva era en la táctica de la guerra naval, que duraría unos 1.000 años. La batalla naval dejó de ser un enfrentamiento entre arqueros y lanceros para convertirse en una serie de embestidas sucesivas, donde la primera nave que diera el golpe en un punto vital de la nave enemiga se alzaba con la victoria. Ésta dependía, en última instancia, de la coordinación y capacidad de maniobra de los remeros.

La pentecóntera fenicia alcanzó su pleno rendimiento a mediados del siglo VIII a.C. Una noticia de Menandro de Éfeso, recogida por Flavio Josefo (*Ant. Iud.* 9:14), señala que Salmanasar V (727-722 a.C.) envió contra Tiro una armada compuesta por 60 naves de guerra con un total de 800 remeros y equipadas por otras ciudades fenicias aliadas del rey asirio. La ciudad de Tiro, con sólo 12 navíos, logró dispersar al enemigo y hacerse con 500 prisioneros. Lo más probable, sin embargo, es que fueran 16, y no 60, las naves asirias que atacaron Tiro.

La batalla pudo ser similar a la de Alalia (535 a.C.), frente a las costas de Córcega, y a la de Salamina (480 a.C.). El porcentaje de prisioneros capturados demuestra la magnitud del descalabro asirio, porque sólo una batalla a golpes de espolón podía salvar tantas vidas enemigas, ya que los prisioneros tenían que echarse al agua para evitar hundirse con sus barcos. Tiro no dispersó la escuadra asiria, la destruyó. Este suceso es de sumo interés, por cuanto demuestra la existencia, en el siglo VIII a.C., de una escuadra de guerra tiria formada por pentecónteras.

LOS PUERTOS

El poderío fenicio dependió en gran parte de sus comunicaciones marítimas y de las buenas condiciones portuarias. Lamentablemente, la documentación anterior a la época helenística y romana relativa a los puertos mediterráneos es muy escasa, por no decir inexistente.

Los textos y los hallazgos arqueológicos realizados en Ugarit revelan que los navíos del II milenio eran mucho más grandes de lo acostumbrado y que necesitaban de unas instalaciones portuarias de cierta envergadura. Los textos hacen referencia a colisiones de naves cananeas en muelles o puertos, y las pinturas o relieves egipcios de la dinastía XVIII sugieren la existencia en los puertos mediterráneos de estructuras y pasarelas.

Antes de los siglos IV-III a.C. no se habían descubierto las técnicas para erigir y cimentar construcciones y muros bajo el agua. Por consiguiente, en rigor no puede hablarse de la existencia de muelles o auténticas construcciones portuarias anteriores a la época helenística. Los estudios realizados sobre puertos antiguos evidencian el aprovechamiento de las condiciones del lugar para la configuración de los puertos anteriores al siglo IV, bien tallando la roca natural,



FIGURA 36. Vista aérea de Sidón en 1934 (según Poidebard, 1939).

bien acondicionando los arrecifes o islotes rocosos para transformarlos en diques y espolones defensivos contra el viento y las corrientes (fig. 36). Estas obras se consolidaron a menudo mediante muros superpuestos, dando lugar a unas estructuras portuarias cerradas o lagunas de hasta varios kilómetros de amplitud. En ausencia de este tipo de abrigos, las naves atracaban simplemente en la playa. De toda la costa mediterránea los fenicios eligieron los fondeaderos más idóneos —bahías y desembocaduras al abrigo de los vientos.

En la isla de Tiro existieron dos puertos: uno artificial y situado al sur de la ciudad, acaso tallado en la roca, y el otro al norte y natural, esto es, aprovechando la disposición de los arrecifes. El puerto sur, orientado hacia Chipre y Egipto, estaba mejor protegido contra vientos y mareas. En los relieves asirios en que aparece el islote de Tiro, las dos puertas de la muralla de la ciudad parecen haber constituido los únicos accesos a los dos puertos desde el interior del recinto urbano. Como ya vimos anteriormente, se atribuye a Ithobaal I la construcción del puerto meridional de Tiro, llamado «egipcio», en la zona de acceso a la ciudad. En uno de los puertos de Tiro estuvieron sus célebres astilleros, donde se desguazaban las viejas naves y se construían otras nuevas (Diodoro 17:46,1). Sidón y Menfis dispusieron, también, de astilleros propios.



FIGURA 37. Vista aérea de Cartago (según Poidebard, 1939).

Gran número de establecimientos portuarios fenicios reprodujeron el modelo tirio y dispusieron de doble puerto, uno relativamente abierto, o exterior, reservado a los barcos mercantes, y otro más resguardado, cerrado o interior, emplazado cerca de las murallas de la ciudad y destinado al tráfico local o a las naves de guerra. Parece que este fue el caso de Arvad, Sidón y Tell Sukas, entre otros. Pero el ejemplo mejor conocido lo constituye Cartago, ciudad que, según la tradición literaria, contó con dos puertos, uno comercial y otro militar, en las proximidades del santuario de Salammbô (fig. 37). A diferencia del puerto comercial, que presentaba forma rectangular o poligonal, el puerto militar, más cerrado, tenía la forma de una laguna artificial o *cothon*, propia de los puertos fenicios interiores. No obstante se desconoce la localización exacta del puerto más arcaico de Cartago, que algunos sitúan en la bahía del Kram. Excavaciones británicas recientes han establecido que los dos puertos cercanos

a Salammbô fueron construidos durante las guerras púnicas y por consiguiente no son anteriores al siglo IV a.C. La flota fenicia, hasta hoy considerada como la primera potencia naval de la historia, es hija de una costa sumamente rocosa y abrupta, que, dado el escaso desarrollo técnico de la época, constituía precisamente el lugar más favorable para albergar excelentes puertos.

Gracias a diversas prospecciones realizadas en los antiguos puertos de Tiro, sabemos que la isla de Tiro estuvo en el centro de una línea de arrecifes paralela a la costa, que protegía a la ciudad de las embestidas del mar y de los vientos, y que los tirios supieron acondicionar para puerto. La erosión, la intervención humana y la subida del nivel del mar durante los últimos trescientos años han sumergido los antiguos arrecifes cercanos a la isla. Por otro lado, el dique construido por Alejandro Magno no sólo convirtió la isla en una península, sino que rompió el equilibrio de las corrientes marinas, que atacaron con especial fuerza el arrecife o puerto sur de la ciudad (véase fig. 8). Las pocas construcciones de muelles conservadas bajo el mar son de época romana. La línea de arrecifes en torno a la antigua Tiro convertía el lugar en un fondeadero ideal con ayuda de sencillos trabajos de acondicionamiento, convirtiendo las barras rocosas en radas o espolones al abrigo de los vientos.

En los puertos de Sidón, Arvad y Biblos se siguieron los mismos criterios. También en Occidente, los islotes de Motya y de Gadir, separados de tierra firme por un canal resguardado de los vientos y corrientes, constituían excelentes puertos naturales y reproducían casi fielmente el modelo de Tiro.

El islote de Arvad contó igualmente con dos puertos, uno cerrado o interno y otro abierto o externo. Estas condiciones tan favorables se debían a sus arrecifes de arenisca, deliberadamente tallados y acondicionados en el lado norte con el fin de configurar una estructura portuaria o barrera que uniera la isla con un pequeño islote, el de Bint el-Arwad, situado a pocos kilómetros. Este dique septentrional daba lugar a un doble puerto o canal intrainsular, muy similar al que veremos en Gadir. Todas las construcciones portuarias y contrafuertes erigidos en la antigua Arvad datan de época helenística.

Los barcos podían permanecer fondeados en alta mar si las condiciones eran desfavorables, lo que obligaba a transportar el cargamento en pequeñas chalupas hasta la playa o la ciudad. En condiciones favorables, los barcos podían atracar en estos puertos rocosos, con sus velas plegadas y sus escaleras de desembarco extendidas entre la proa de la nave y la costa o plataforma rocosa.

En Occidente, los fenicios contaban con pocos puertos naturales que reunieran las condiciones de Tiro o Arvad, salvo los casos de Gadir, Motya o Malta. En costas de morfología abrupta y escarpada, debieron atracar la mayor parte de las veces directamente contra el espolón rocoso, al que podían acercarse bastante. Ante la presencia de litorales más suaves y declives graduales hacia el mar, no tenían otra solución que mantenerse a una distancia prudente de la costa. Algunos lugares, sin embargo, reunían unas condiciones inmejorables para que las naves pudieran acceder fácilmente hasta la playa, fuera del alcance de los vientos y lejos de la vista de otras naves. Tal fue el caso de las bahías naturales y ensenadas en torno a una desembocadura fluvial que hallamos en buena parte de la costa de Andalucía oriental.

VIENTOS Y CORRIENTES

Las corrientes marinas y, sobre todo, los vientos constituyeron los principales obstáculos a la navegación antigua. Corrientes y vientos no sólo condicionaron en gran medida las rutas de la navegación comercial fenicia, sino que tuvieron repercusiones importantes en la elección de los enclaves portuarios de Occidente, cuando no lo exigían otros criterios de índole económica o política.

Partimos de la tesis de que las corrientes en el Mediterráneo no han experimentado cambios relevantes durante los últimos 3.000 años. En cuanto a los vientos, éstos han permanecido sin apenas cambios durante los últimos 2.000 años.

El viento constituyó la principal fuerza para la navegación antigua y tuvo particular importancia para la navegación de altura. Las técnicas de la época hacían extremadamente difícil la navegación con el viento en contra, sólo posible a base de remos o bien dando bordadas. Pero puede decirse que las grandes naves evitaron este tipo de navegación en la Antigüedad.

Las corrientes, en cambio, no son tan determinantes en un mar interior como el Mediterráneo, si bien son especialmente peligrosas en el estrecho de Gibraltar, en la Gran Syrte y en la confluencia del mar Jónico con el Adriático. En la Antigüedad, sin embargo, por lo general se tuvieron en cuenta las corrientes para poder navegar a favor de ellas.

Corrientes

En el Mediterráneo las corrientes suelen ser superficiales, de naturaleza estacional y originadas por los vientos dominantes. Se trata, por tanto, de corrientes variables y eminentemente costeras. Para las naves mercantes cargadas de metal procedentes de la Península Ibérica, resultaba esencial navegar a favor de estas corrientes, dado que en la mayoría de los casos se trataba de pesados cargueros que maniobraban con extrema lentitud y dificultad.

En el Mediterráneo existe, además, una corriente general, cuya circulación discurre en sentido contrario al de las agujas del reloj (fig. 38). Ésta se forma a partir de las diferencias de temperatura, evaporación y aporte de aguas fluviales al Mediterráneo, que producen un desnivel entre este último y el Atlántico. Este desequilibrio hace que se produzca una entrada de agua constante por el estrecho de Gibraltar y los Dardanelos.

Desde Gadir al Líbano domina, así, una corriente oeste-este, que, a partir de Gibraltar, discurre a lo largo de la costa africana hasta Port Said, desde donde gira hacia el norte, bordeando la costa de Palestina, Siria, Asia Menor y el norte del Egeo, donde se cruza con la intensa corriente procedente del mar Negro y los Dardanelos. Combinadas las dos, se forma una nueva corriente que se dirige al oeste a través de la costa e islas griegas, norte de Creta y Peloponeso, llegando finalmente al Adriático. Desde ahí asciende hacia el norte de la costa dálmata, para luego descender por la costa italiana, recorriendo el sur de Italia, costa tirrénica y golfo de Génova, desde donde se dirige de nuevo al sur a lo largo de la costa española hasta Gibraltar. Hasta hace pocos siglos, esta

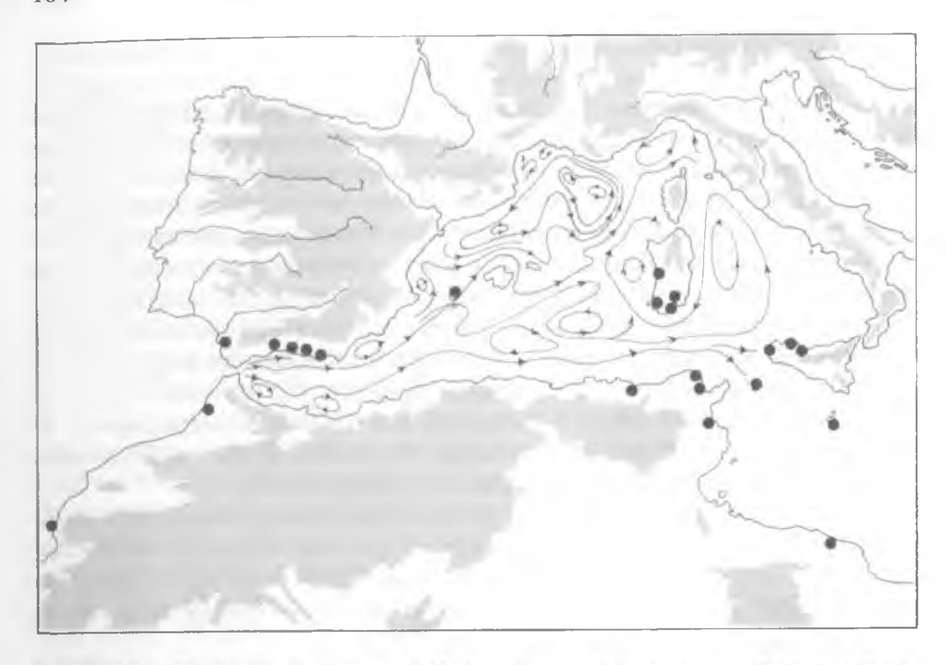


FIGURA 38. Corrientes marinas en el Mediterráneo occidental (según Ruiz de Arbulo, 1983).

corriente general y sus ramificaciones, junto con el régimen de vientos, ha condicionado las cartas de navegación de altura.

En el estrecho de Gibraltar la corriente del Atlántico llega a alcanzar hasta 5 o 6 nudos, y sólo comienza a debilitarse a la altura del cabo de Gata. Salvo que sople viento de levante, que contrarresta la corriente, la travesía del estrecho para una nave procedente de Tiro en dirección a Gadir debió de resultar muy difícil. Por el contrario, la travesía inversa, en dirección a Orán o Argelia, para una nave procedente de Gadir, no presenta excesivos problemas si el buque se mantiene cerca de la costa africana siguiendo la dirección de la corriente general.

Régimen de vientos

En el Mediterráneo, el tiempo es relativamente bueno para navegar en verano, una vez transcurridos los meses de marzo y abril.

En el estrecho de Gibraltar los vientos se reducen a ponientes y levantes y según predominen unos sobre otros cabe hablar de años de levante o años de poniente. Los vientos de levante suelen predominar durante los meses de marzo, julio, agosto, septiembre y diciembre, en tanto que durante los restantes meses del año, estos vientos alternan con los del oeste, es decir, los ponientes (fig. 39).

En años de poniente, cuando los vientos del oeste soplan con fuerza, la travesía del estrecho en dirección al Atlántico o a Gadir es particularmente peligrosa. Es de suponer que durante los siglos VIII y VII a.C., el acceso hacia Gadir

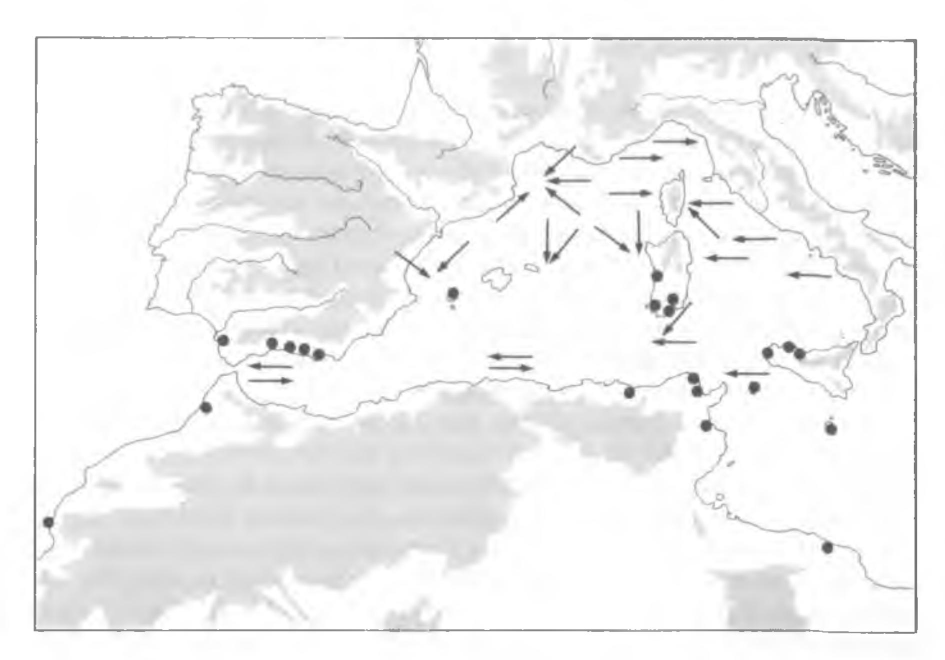


FIGURA 39. Vientos dominantes en el Mediterráneo occidental (Según Ruiz de Arbulo, 1983).

en esas condiciones no debió de ser precisamente fácil. Aún hoy, en circunstancias de viento de poniente, las embarcaciones atracan en la bahía de Algeciras a la espera de las brisas de levante, que a veces tardan dos meses en llegar. En invierno, los ponientes pueden ser especialmente violentos a la altura de Tarifa.

Los vientos de levante, por el contrario, pueden predominar en la entrada oriental del estrecho y llegan a ser violentos a la altura de Tarifa. Cuando en invierno coinciden ponientes y levantes, la travesía del estrecho resulta imposible.

En la costa de Marruecos y Argelia también predominan los levantes durante el verano, que suelen soplar durante muchos días seguidos. En el golfo de Valencia soplan los vientos del noreste y norte, que también predominan en las Baleares. En el Tirreno, debido a la barrera que forman Córcega y Cerdeña, se dan brisas del este, en tanto que en Córcega a la altura de Bonifacio dominan los ponientes. En la isla de Cerdeña suelen soplar vientos del oeste o del norte en su costa occidental y del este en la oriental.

Para finalizar señalaremos que los antiguos derroteros o derrotas del Mediterráneo, entendidos como los trayectos recomendados para la navegación a vela a partir de la información recogida durante siglos por capitanes y pilotos, se atienen especialmente al régimen de vientos y corrientes. El esquema de estos itinerarios es prácticamente idéntico al de los antiguos periplos griegos y fenicios, y nos proporcionan un punto de referencia obligado a la hora de intentar reconstruir las rutas seguidas por las naves fenicias en su expansión a Occidente.

LAS RUTAS DE NAVEGACIÓN

Por regla general se considera que la ruta de navegación de los fenicios en sus viajes hacia Occidente transcurrió por el norte de África, y que el itinerario de regreso pasaba por las islas del Mediterráneo centrooccidental.

Resulta evidente que los fenicios supieron elegir los lugares más idóneos para apuntalar un gran eje comercial que, si nos atenemos a las fuentes escritas, se articuló inicialmente en torno a la ruta Tiro-Útica-Gadir. No sabemos exactamente lo que ocurrió en origen, es decir, qué lugares se destinaron a escalas de navegación —para pasar el invierno, o para reparar averías y embarcar agua o víveres— y qué estaciones costeras fueron ocupadas como enclaves permanentes para fines comerciales y económicos.

Conviene tener en cuenta, además, que el tipo de viaje de un barco cargado de mineral o de lingotes de plata tuvo que ser necesariamente distinto del de un navío transportando ánforas o cerámica de lujo. No es lo mismo, tampoco, una navegación de cabotaje, lenta y peligrosa, que permite desarrollar un comercio dinámico y continuado, que una navegación de altura, más rápida y segura, pero con muy pocos objetivos que cumplir a lo largo de su itinerario. En definitiva, puede decirse que las técnicas, los sistemas y los trayectos de navegación comportan distintos mecanismos de comercio y, viceversa, el tipo de comercio condiciona las rutas y los sistemas de navegación.

Ateniéndonos al régimen ya descrito de vientos y corrientes en el Mediterráneo y, sobre todo, a las recomendaciones de los antiguos derroteros, nos es posible trazar a grandes líneas los circuitos de navegación que siguieron las naves fenicias en sus viajes de ida y vuelta a Occidente.

La ruta Tiro-Gadir

Para viajar a Occidente, una nave procedente de Tiro tenía dos posibilidades: seguir la ruta meridional a través de Egipto-Cirenaica-golfo de las Syrtes-noroeste de África, que implicaba navegar contra la corriente general todo el trayecto, o bien la ruta septentrional de Chipre-Asia Menor-mar Jónico-Sicilia-Levante español-estrecho de Gibraltar, que es, de hecho, la única ruta marítima documentada por hallazgos arqueológicos desde el Bronce Final y que vinculó el Mediterráneo con la metalurgia atlántica del II milenio a.C.

En todo el litoral norteafricano comprendido entre el cabo Bon y Cirenaica y Tripolitania no se constatan, por otra parte, indicios de navegación fenicia arcaica y es la ruta a Occidente que procuraron evitar todos los navegantes antiguos, a causa de la corriente contraria y del peligroso paso de la Gran Syrte. En cambio, este trayecto era el más idóneo para el viaje de regreso a Tiro, ya que suponía navegar a favor de la corriente general.

De todo ello se infiere que la ruta hacia Occidente debió ser la septentrional e insular, que incluía en su itinerario a Motya e Ibiza como puntos neurálgicos de la ruta hacia Gadir. Ello explicaría, entre otras cosas, la vitalidad de centros

como la isla de Motya desde el siglo VIII a.C. La ruta septentrional es también la única que atestiguan las fuentes, que señalan a Chipre, Asia Menor o Creta como lugares de paso obligado para el comercio fenicio (*Od.* 15:455-458).

Esta ruta este-oeste comprendería, así, las siguientes etapas: la primera etapa debió de ser Chipre, con su principal enclave de apoyo en Kition, controlada por los fenicios desde el siglo IX a.C. Rodeando la isla por el sur, las naves debieron de alcanzar desde aquí las costas de Asia Menor y, superando el cabo Gelydonia, llegarían a los puertos de Phoiniké —la moderna Finike— y de Phoinix, en Caria o Lidia, situadas frente a la isla de Rodas (Tucídides 2:69,1). La etapa siguiente la pudo constituir la misma Rodas, punto en el que la ruta debió girar hacia el noroeste, acaso hacia la isla de Citera, donde también documentamos otro topónimo «Phoinikous». Finalmente se llegaba al mar Jónico y a Malta, zona en la que comienzan los asentamientos fenicios occidentales (fig. 40).

Según proponen los antiguos derroteros, la ruta más favorable desde el mar Jónico transcurría por los canales de Malta y Sicilia, recalando en la costa meridional de este último, que constituye un abrigo contra los vientos dominantes del norte. Luego era preciso ganar la costa sur de Cerdeña, para evitar corrientes y vientos de proa, desde donde se podía llegar directamente al sur de las Baleares.

Llegando al Mediterráneo occidental, el principal obstáculo lo constituye la corriente general del oeste, así como los ponientes, que obligan forzosamente a seguir la costa española desde el cabo de San Antonio y el cabo de Gata hasta el estrecho. Para las naves que proceden de Orán y oeste de Argelia es aconsejable navegar muy cerca de la costa hasta el cabo Negro para, desde allí, enfilar directamente el estrecho de Gibraltar (fig. 41).

En años de poniente, en el estrecho se unen dos fuerzas opuestas al sentido de la marcha: el viento y la corriente general. Los vientos de poniente pueden incluso soplar durante todo un mes seguido, lo que obliga a atracar en el litoral de Málaga. Incluso se recomienda a las naves procedentes de Argel remontar en estas condiciones hasta Ibiza para, desde allí y dando un enorme rodeo, buscar la corriente descendiente hacia Gibraltar. Para las naves procedentes directamente de Cartago o Útica, el estrecho quedaba cerrado al tráfico de vela durante muchas semanas.

Para buscar el estrecho en la ruta este-oeste, los barcos tenían que evitar en lo posible la costa africana a partir de Orán, y escoger el itinerario del sur de Cerdeña, Ibiza y costa oriental de Andalucía, es decir, los tramos costeros e insulares donde precisamente documentamos mayor densidad de asentamientos fenicios arcaicos.

La travesía del estrecho de Gibraltar

Los diarios de navegación aconsejan no atravesar el estrecho por el centro del canal, debido a la corriente general, y hacer la travesía en verano, con viento de levante. Se recomienda asimismo abordar la costa española desde el cabo

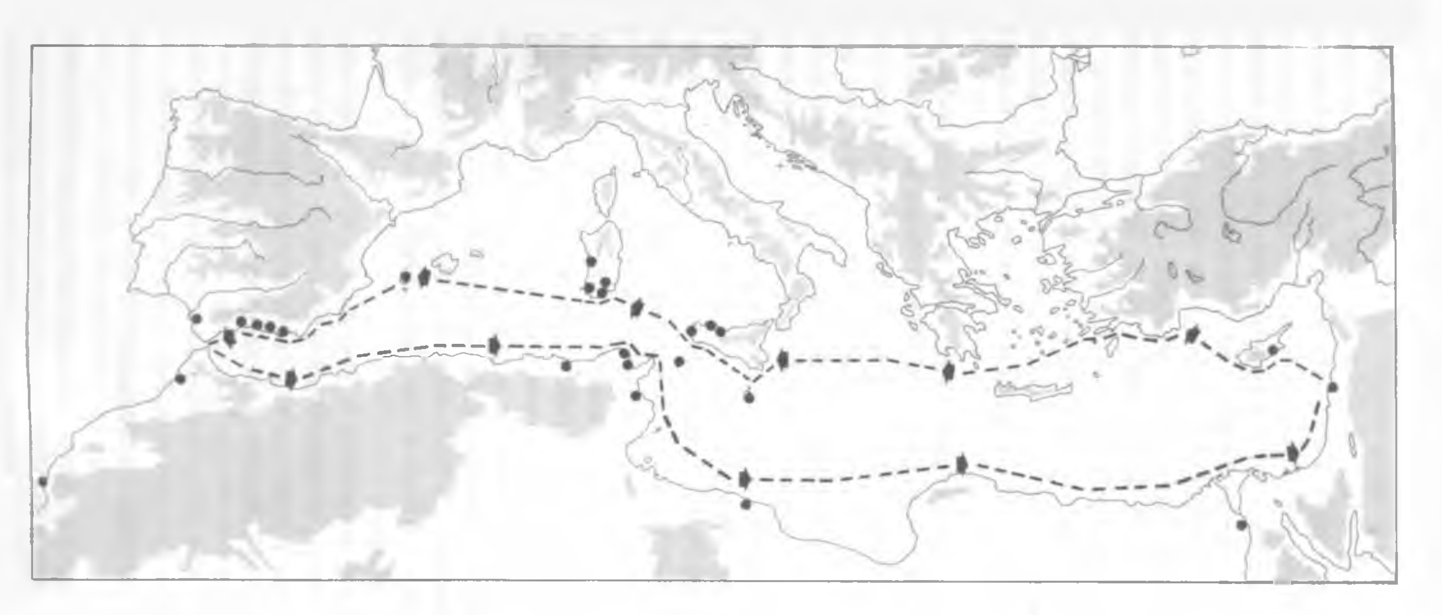


FIGURA 40. Rutas de navegación en el Mediterráneo.

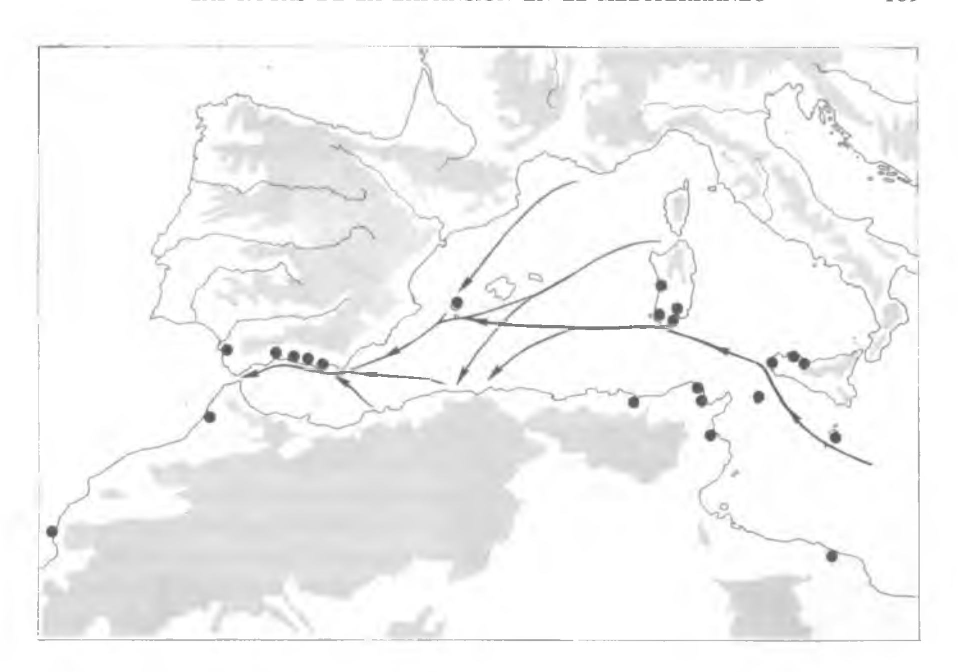


FIGURA 41. Las rutas este-oeste en el Mediterráneo occidental (según Ruiz de Arbulo, 1983).

de Palos y acercarse mucho a ella desde Gata hasta la sierra de Estepona, desde la cual ya se divisa el Peñón. En caso de poniente persistente, sólo resta refugiarse en los puertos de Málaga y Fuengirola. La ruta final hacia Gadir discurre, pues, a muy corta distancia del litoral de Almería, Granada y Málaga, donde la tradición clásica sitúa una «muchedumbre» fenicia en Abdera, Sexi y Malaka.

No siempre se puede elegir el momento de abordar la travesía del estrecho hacia Gadir. Para esperar, durante días o meses, los vientos favorables, la costa de Málaga es una buena base de apoyo y un refugio permanente para barcos y cargueros. En la Antigüedad, la travesía debió de resultar difícil, especialmente si había que maniobrar los pesados barcos mercantes con viento contrario. Se señala que tal eventualidad podía obligar incluso a descargar el barco para ir a sacrificar a Melqart (Avieno, *O. M.* 365). Para evitar el paso del estrecho se hacía aconsejable, a veces, una ruta terrestre que partía de Malaka (Avieno, *O. M.* 178-182). La travesía por tierra firme desde Málaga a Tartessos suponía unos 4 días de ida y otros 5 de vuelta, y representaba una posible alternativa si se quería evitar todo un mes de espera en Málaga a que amainaran los vientos del oeste. Una espera de este tipo podía perjudicar una transacción comercial importante y, lo que es peor, retrasar definitivamente el viaje de regreso a Oriente en caso de llegar el invierno. Un retraso de un mes para una nave procedente de Tiro podía ser decisivo y obligar a la tripulación a varar un año entero a la entrada del estrecho.

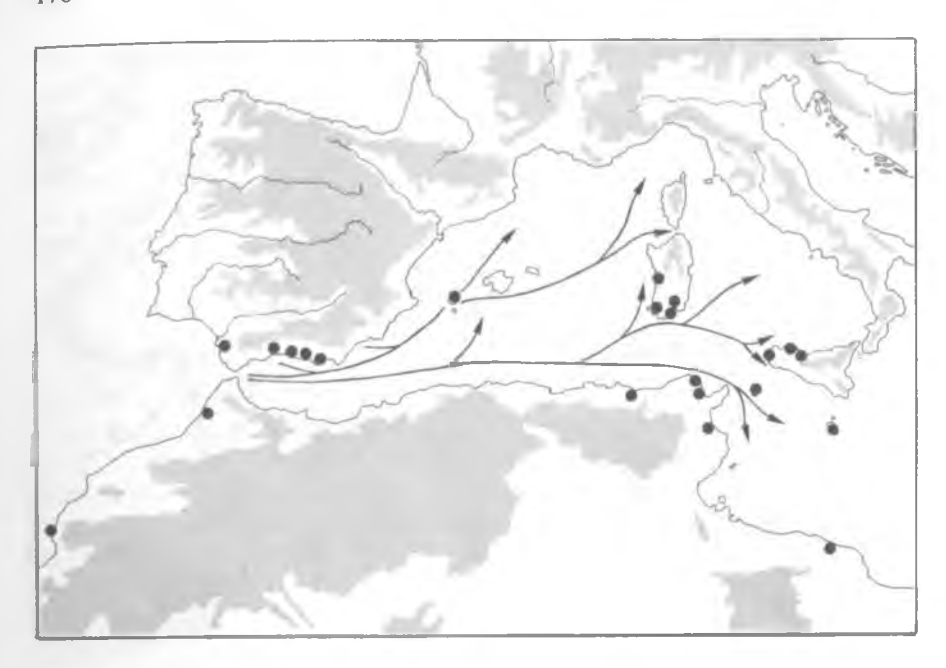


FIGURA 42. Las rutas oeste-este en el Mediterráneo occidental (según Ruiz de Arbulo, 1980).

La ruta Gadir-Tiro

La navegación oeste-este no presenta tantas dificultades en verano y con vientos de poniente. Aun así, el acceso desde Gadir al Mediterráneo no es siempre fácil y menos aún en la zona de Tarifa y Trafalgar. Una vez más, los derroteros y cartas de navegación son unánimes al considerar el tramo costero de Málaga a Motril, y en particular, los fondeaderos de Vélez-Málaga y Almuñécar, como lugares de fácil abordaje.

En general se recomienda atravesar el estrecho por el centro del canal aprovechando la corriente general para así dirigirse directa y fácilmente a Cerdeña o Argelia. Sólo un levante fuerte puede dificultar el paso por este tramo final. Con viento de poniente se aconseja navegar por el centro del canal desde Málaga-Almería hasta las Baleares, aprovechando así la corriente. Con levantes, en cambio, los derroteros recomiendan ganar barlovento en la costa de Argelia y, desde aquí, alcanzar las Baleares o Bonifacio (fig. 42). Este desvío obedece a la persistencia de vientos del norte en el golfo de Valencia y el canal entre Cataluña y Baleares. Incluso desde Alicante y Cartagena es mejor esta ruta que pasa al sur de las Baleares, para dirigirse a Cerdeña. En definitiva, la ruta de Gadir a Cerdeña pasaba forzosamente por Ibiza.

En condiciones favorables y, sobre todo, en verano, la ruta más idónea para dirigirse a Oriente es, sin embargo, la que discurre a poca distancia de la costa

africana, que mantiene a la nave en la corriente general y le permite navegar sin dificultad hacia Cartago, Pantelaria, Malta y Tiro. Para dirigirse a Sicilia es preciso maniobrar por la costa meridional de Cerdeña, itinerario que es preciso evitar, sin embargo, en caso de levantes.

La ruta atlántica

Los fenicios utilizaron rutas secundarias y, por supuesto, atlánticas, como la de Gadir a Lixus o al estuario del Sado, en Portugal. Se admite que en la ruta atlántica pudo haber navegación de cabotaje, a juzgar por la situación de los emplazamientos fenicios de la costa marroquí. Pero las playas y ensenadas de la costa marroquí están menos resguardadas que las del Mediterráneo, y en ellas dominan los vientos de levante y frecuentes tormentas del noroeste. Franqueada la punta del Monte Abyla, y antes de llegar al Atlántico, no se dan más puertos naturales que la bahía de Tánger, la antigua Tingis, una fundación cartaginesa del siglo VI a.C. Después de Tingis sigue una costa inhóspita hasta los fértiles valles del Gharb y del Loukkos. Lixus, en la desembocadura de este último, constituyó el foco principal del comercio fenicio arcaico en la zona. Hacia el sur le seguía la gran factoría fenicia de la isla de Mogador, frecuentada en el siglo VII a.C. por naves fenicias o gaditanas.

Se ha insinuado además la posibilidad de que navegantes gaditanos llegaran hasta las Canarias o las Azores, en función de los recursos pesqueros de la zona, pero no existen hasta el momento pruebas que lo confirmen.

La circunnavegación de África asociada a navegantes fenicios hace suponer que éstos intentaron llevar a cabo expediciones navales cuidadosamente planeadas. Una expedición de estas características aparece mencionada en relación con el faraón Necao, quien, hacia el año 596 a.C., financió un viaje fenicio que necesitó tres años para cumplir sus objetivos (Heródoto 4:42). Hay noticias de otro periplo similar, organizado esta vez como expedición estatal cartaginesa que, bajo el mando de Hannón, pretendió fundar colonias en la costa atlántica africana y consolidar escalas preexistentes. La expedición de Hannón llegó a finales del siglo VI a.C. hasta Lixus y, más al sur, fundó la colonia de Cerne, que algunos sitúan en Senegal o Camerún. Sabemos que Hannón bordeó la costa y consiguió buenos beneficios adquiriendo marfil, oro y pieles.

Conclusiones

La ruta más aconsejable para llegar desde Tiro a Gadir pasaba necesariamente por Cerdeña, Ibiza y costa mediterránea andaluza. El viaje de regreso debió seguir la costa africana pasando por Cartago y Útica y, desde allí, hacia Egipto y Levante, o bien debió desviarse por Ibiza y Cerdeña. En Occidente había que evitar, a toda costa, la travesía de las Syrtes y, en caso de ponientes, atravesar el estrecho de Gibraltar por el centro. La ruta africana en dirección

a Gadir en condiciones desfavorables remontaba nada menos que hasta Ibiza. De todo ello se deducen interesantes conclusiones.

En primer lugar, las naves mercantes que navegaban hacia Gadir desde Oriente debieron fondear raras veces en Cartago, en tanto que esta ciudad constituyó una escala obligada en el viaje de regreso a Tiro. Así, las rutas de navegación que llevaban a Gadir no pasaron habitualmente por Cartago, lo que explicaría la poca dependencia que muestran las colonias fenicias de Andalucía en relación con la gran metrópoli norteafricana durante los siglos VIII y VII a.C.

En segundo lugar, en los circuitos marítimos, las islas de Motya e Ibiza fueron escalas obligadas tanto en los viajes de ida como en los de vuelta. En particular Ibiza se nos muestra como un hito importante en la navegación por el Mediterráneo occidental, tanto en las rutas hacia el sur, como en los trayectos hacia el estrecho de Bonifacio o en las rutas que se dirigen a Gibraltar. Tuvo que ser, en consecuencia, un foco estratégico de vital importancia en todas las rutas Tiro-Gadir-Tiro, por lo que reunía todas las condiciones de un asentamiento arcaico. Aun cuando se define a Ibiza como fundación cartaginesa del siglo VII a.C. (Diodoro 5:16, 2-3), todo hace pensar que Ebusus pudo constituir un enclave ya existente desde el siglo VIII a.C. Por lo demás, la morfología del pequeño archipiélago responde al modelo de emplazamiento preferido por los tirios en Occidente.

En tercer lugar, el denso poblamiento fenicio arcaico de las costas de Almería, Granada y Málaga se explicaría muy bien en función de una ruta de navegación costera casi obligada para todas las naves en ruta hacia Gadir. En condiciones desfavorables, las naves fenicias podían verse obligadas a permanecer todo un año fondeadas en las desembocaduras del Adra, del Seco, del Vélez o del Guadalhorce. Contrasta todo ello con la despoblación que caracteriza a la costa mediterránea de Marruecos y parte de Argelia durante los siglos VIII y VII a.C., por razones que no hace falta reiterar aquí.

Y por último, la evidencia de que con las fundaciones coloniales de Malta, Sicilia occidental, el suroeste de Cerdeña, Ibiza, Cartago y Gadir, los fenicios configuraron en Occidente una especie de «triángulo fenicio», prácticamente inexpugnable, que proporcionó a su tráfico naval y comercial un sólido punto de apoyo y el monopolio de todos los accesos al suroeste del Mediterráneo. Este triángulo cerraba virtualmente el estrecho de Gibraltar a la competencia griega y sería la base de la futura potencia marítima cartaginesa, al convertir Cartago esta eficaz red comercial en instrumento de poder político.

El vértice más occidental del triángulo lo constituyó Gadir, que controlaba el acceso al estrecho de Gibraltar, y condicionaba gran parte de este circuito marítimo mediterráno. El control del archipiélago gaditano significaba, entre otras cosas, el acceso directo a uno de los territorios de Occidente más ricos en recursos metalíferos. El establecimiento de un enclave fenicio en Gadir, de tan difícil acceso a la navegación, sólo podía proyectarse por su situación privilegiada frente a Tartessos, por lo que habría que considerar su función original como lugar de tránsito de mercancías y como puerta de entrada hacia el mineral atlántico.

7. LOS FENICIOS EN OCCIDENTE: CRONOLOGÍA E HISTORIOGRAFÍA

Las hipótesis formuladas hasta hoy sobre los orígenes y la cronología de las primeras fundaciones fenicias de Occidente son casi infinitas. Las profundas divergencias entre el registro arqueológico y las fechas atribuidas por los historiadores clásicos a las fundaciones de Gadir, Lixus y Útica han favorecido durante largo tiempo la búsqueda de soluciones de compromiso para conciliar dos tipos de datos casi irreconciliables. Se ha pasado de la defensa a ultranza de un horizonte de frecuentación precolonial en Occidente durante los siglos XII-VIII a.C., caracterizado por un comercio «silencioso» o de trueque simple, que apenas habría dejado indicios arqueológicos, hasta la reivindicación de una cronología alta para algunos materiales arqueológicos, la mayoría de ellos aislados y descontextualizados, que demostrarían la presencia de gentes fenicias en el Mediterráneo occidental desde principios del I milenio.

La polémica no está zanjada ni mucho menos. No obstante, interesa subrayar aquí la fragilidad de muchos de los argumentos esgrimidos hoy por los que postulan una precolonización fenicia y situar el contexto ideológico y sociopolítico en el que se inscriben algunos de los análisis históricos de la cuestión, tanto clásicos como modernos.

En la actualidad, ninguno de los criterios utilizados antaño para reivindicar la veracidad histórica de las afirmaciones de un Veleyo Patérculo o de un Diodoro cuentan con demasiado crédito entre los especialistas. A pesar de ello, cualquier hallazgo arqueológico más o menos aislado o esporádico puede avivar, y continuará sin duda avivando en el futuro, la polémica iniciada entre nosotros a mediados del siglo XIX.

Todo ello significa que en el fondo del problema subyace una cuestión metodológica que incide, necesariamente, en una lectura más o menos subjetiva de los datos histórico-arqueológicos.

No podemos eludir en este libro la cuestión cronológica. De ello depende que el análisis del significado y carácter de los asentamientos fenicios de Occidente sea o no objetivo. En este sentido, no es lo mismo considerar los establecimientos occidentales como el resultado final de un proceso más o menos largo de tanteos y de trueque, como el que describe Heródoto en las costas atlánticas de África (Heródoto 4:96), que interpretar la expansión fenicia como un fenó-

meno socioeconómico surgido de unas necesidades igualmente económicas, pero muy concretas y encuadradas dentro de un espacio temporal definido.

Resulta prioritario, por tanto, identificar la existencia o no de un estadio precolonial en Occidente, y discutir la interpretación más extendida entre los especialistas actuales que defiende la existencia de una serie de escalas comerciales en Occidente, las cuales se transforman en colonias urbanas a lo largo de los siglos VIII y VII a.C.

La historiografía clásica: Gadir, Heracles y los fenicios

La mayoría de los mitos, tradiciones y leyendas sobre la llegada de los fenicios a Occidente empieza a tomar forma en época helenística, es decir, algo más de 500 años después de transcurridos los acontecimientos que narran. Se trata, por ello, de fuentes de información tardías, muy alejadas de los hechos, forzosamente subjetivas y, como veremos, con escasas garantías de fiabilidad.

El eje de la cuestión gira en torno a la famosa referencia del historiador romano Veleyo Patérculo (*Hist. Rom.* 1:2,1-3), que sitúa la fundación de Gadir 80 años después de la guerra de Troya, esto es, en torno al año 1104 o 1103 a.C. Todos los autores clásicos que aluden a los orígenes de Gadir-Gades (Estrabón, Mela, Plinio) se limitan a reproducir la versión de Veleyo sin apenas variaciones, lo que no deja de ser significativo.

A su vez, es posible que la fuente de información de Veleyo fuera el historiador siciliano Timeo de Tauromenio, que escribió a finales del siglo IV a.C. o a principios del III, y que no se distingue precisamente por sus conocimientos rigurosos sobre Iberia, lo que pone de manifiesto, en principio, las escasas garantías que ofrecen las fuentes de información de origen.

De particular interés resulta conocer, además, el ambiente intelectual en el que se producen los primeros relatos acerca de la fundación de Gadir y, en consecuencia, la cronología de los orígenes de la expansión fenicia hacia Occidente.

En primer lugar, la época helenística se caracteriza por la gran confusión reinante acerca de la fecha y el lugar de llegada de los primeros fenicios a Occidente. Por otra parte, la otra constante que encontramos entre los historiadores de la época es la tendencia, surgida acaso en ambiente alejandrino o ateniense, a considerar históricos los poemas homéricos. Dentro de esta corriente helenística y romana y, sobre todo, en contextos intelectuales pseudohistoricistas, se da otro rasgo muy relacionado con lo anterior: la manipulación de etimologías en función de la enorme cantera de datos que supuso la guerra de Troya y, de modo particular, los relatos homéricos sobre el regreso de los héroes —los *nóstoi*. Se mezclan, así, fantasía, imaginación e ingenuidad en un intento por trasladar a Occidente a los principales héroes de la guerra de Troya. Es así como surgen los viajes legendarios de Eneas al Lacio y de Ulises, Anfíloco, Antenor y Teucro a Iberia (Estrabón 3:2,13; Pausanias 1:28,11). Ninguna de estas leyendas surgidas en el siglo IV a.C. tiene fundamento histórico.

La tendencia helenística a ennoblecer el origen de algunas ciudades de Oc-

cidente, su obsesión por las fechas fijas (como la de la caída de Troya) y la sobrevaloración de Homero como fuente histórica, hacen que se confundan en una sola varias tradiciones relativas al extremo Occidente y se ajusten las cronologías a la época de los héroes homéricos. Así, confundiendo realidad histórica, ficción y pseudoerudición, el deseo de ensalzar los viajes al remoto Occidente en la mitología hace que la historiografía helenística buscara héroes epónimos fundadores de colonias. Muy pronto, los viajes de Heracles quedan vinculados a Gadir y a España y, con ello, la leyenda del retorno de los Heráclidas tras la guerra de Troya (Estrabón 1:1,4; 3:2,13). De ahí la idea de que el héroe-dios griego había muerto en España (Salustio, *Bell. Iug.* 1,8,3; Mela 3:46).

La asimilación de Gadir a los fenicios, a la guerra de Troya y a Heracles constituye un típico arreglo helenístico. Significativamente, esta leyenda surge en una época (siglos II-I a.C.) en la que en el pensamiento helenístico ejercían enorme influencia la grandeza y la prosperidad de Cádiz y el prestigio del santuario del Hércules gaditano, visitado por figuras ilustres de la vida política e intelectual del momento, como Aníbal, Polibio, Fabio Máximo y Julio César. Todo ello contribuyó sin duda a forjar una leyenda en la que Heracles-Hércules (Melqart) acabaron confundiéndose con la fundación fenicia de Gadir.

El mito de Heracles en Iberia parece haber surgido en la Atenas del siglo IV a.C., cuando el héroe-dios comenzaba a ser identificado con el Melqart tirio. Por entonces ya se sabía que el templo de Heracles de Gadir era «muy antiguo» (Diodoro 5:20,1-4), por lo que Heracles-Melqart pasaba a confundirse, automáticamente, con unos viajes remotos a Occidente y vinculados, pues, a Gadir, es decir, a los fenicios, sus fundadores. Heracles pasaba así a constituirse en padre de los fenicios.

Para poder trasladar los viajes de Heracles a España y asociarlos con la fundación del templo de Cádiz —el Herakleion gaditano de la época helenística— era preciso situar los acontecimientos en función del mito del retorno de los Heráclidas a Grecia tras la guerra de Troya. No había más solución que acercar las cronologías de la fundación de las colonias de Occidente a fechas cercanas a la guerra de Troya, un acontecimiento, por otra parte, que proporcionaba la primera fecha histórica conocida por los griegos.

Gadir, los fenicios, Heracles y Melqart e, indirectamente, las fundaciones de Lixus y Útica, quedan confundidos en un mismo bloque de leyendas, al que progresivamente se irán incorporando otros mitos relacionados con el extremo Occidente: el Jardín de las Hespérides y las Columnas de Hércules. El Jardín de las Hespérides (Hesíodo, *Teog.* 215-16; 274-75) acabará simbolizando el final del Océano y, cómo no, una de las metas de los viajes de Heracles; y las Columnas, que acaso designaron en un principio pilares o altares que señalaban el límite de los viajes a griegos y fenicios, acabarán simbolizando el mismo estrecho de Gibraltar (Pindaro, *Nemeas* 3,20; Estrabón 4:5,5-6).

En cualquier caso, sólo la incorporación helenística del mito de Heracles en Iberia, asimilado a la noticia de remotas fundaciones fenicias en Occidente, y la tendencia, igualmente helenística, a ennoblecer el origen de ciudades del prestigio de Gades, pueden haber justificado la datación del siglo XII a.C. para

la fundación del templo de Gadir, es decir, para la llegada de los fenicios a Occidente.

La poca consistencia de las fuentes clásicas que tratan de la fundación de Gadir y el contexto tardío y pseudoerudito en que se producen no resisten, a nuestro juicio, un análisis histórico riguroso.

La historiografía moderna

Los primeros hallazgos epigráficos importantes en Occidente, en los siglos XVIII y XIX, y el nacimiento de los estudios orientales a mediados del siglo pasado, propiciaron un resurgir de las leyendas sobre las primeras fundaciones fenicias y su mítico dominio en el mar. Todo ello hizo que se exagerara su historia en el ámbito del Mediterráneo.

Dentro de esta corriente filofenicia destacan dos obras monumentales de síntesis, la de Movers (1841-1856) y, más tarde, la de Bérard (1902-1903), quienes llegaron a considerar al Mediterráneo como un auténtico «lago fenicio». Exagerando notoriamente el papel desempeñado por los fenicios en el Mediterráneo, estos autores sostenían que aquéllos habían alcanzado el Occidente antes del siglo XII a.C., que durante el siglo X a.C., en época de Hiram I, ya poseían florecientes colonias en el noroeste de África y en España y que, desde Gadir, habían navegado hasta el Atlántico, desde Bretaña al Níger. En materia cultural e intelectual, Grecia y Roma eran deudoras de la civilización fenicia.

Pero a finales del siglo XIX, a raíz de los espectaculares hallazgos de Heinrich Schliemann y de Evans en Creta y Micenas, y con el descubrimiento de vestigios griegos por todo el Mediterráneo, empezaron a invertirse los papeles. Al no contarse con más que unos pocos epígrafes fenicios en Occidente, la reacción era inevitable, produciéndose en muy poco tiempo una corriente antifenicia opuesta radicalmente a las cronologías altas para la fundación de Gadir y Útica. Esta corriente de pensamiento se inscribe en el movimiento de reivindicaciones eurocentristas, contrario al difusionismo tradicional, que veía en Oriente la cuna de la civilización europea, y que constataba que en el Mediterráneo no todo era fenicio. Historiadores como Salomon Reinach (1893) y Julius Beloch (1894) acabaron por expulsar definitivamente a los fenicios del Egeo y del Mediterráneo, calificando a la colonización fenicia de mito. Esta tendencia progriega en la colonización del Mediterráneo no es ajena a los sentimientos antisemitas y colonialistas europeos de la época, cuyo exponente principal sería Leonard Woolley.

Reinach y Beloch defendieron una mayor antigüedad del elemento griego en todo el Mediterráneo y negaron la existencia de una actividad fenicia importante en Occidente anterior al siglo VIII a.C. En definitiva, se negaba toda veracidad histórica a las fuentes clásicas, llegándose a insinuar que, autores como Heródoto y Tucídides —este último tachado de inepto— habían sido «víctimas de la ilusión al creerse que Homero había sido un historiador». Los seguidores de esta corriente hipercrítica, que se prolongó hasta 1940, como Carpenter

(1933, 1958) y Bosch Gimpera (1928-1929), disponían de sólidos argumentos, al no constatarse en Occidente ningún vestigio fenicio anterior a los siglos VIII-VII a.C. Por entonces, la polémica se había convertido ya en una pugna entre los que defendían la prioridad de los griegos (europeístas) o de los fenicios (orientalistas) en el descubrimiento de Occidente.

Si bien ya entre 1920 y 1930 tuvieron lugar los descubrimientos de Biblos y Ugarit, y se excavaba normalmente en las necrópolis de Cartago y Cádiz, la cuestión fenicia no cobró un nuevo impulso hasta 1941, a raíz de los trabajos de Albright. En nuestro país, García Bellido iniciaba por entonces un análisis crítico de los textos clásicos, apoyándose por primera vez en el registro arqueológico. Se conciliaron las posturas y amainó gradualmente la polémica hasta que, en nuestros días, se ha llegado a admitir una cierta contemporaneidad de los hechos. Aun así, se establecen diferencias entre la colonización griega y la fenicia, manteniéndose las distancias: la empresa griega habría surgido de ideas colonizadoras y la empresa fenicia se habría contentado con la fundación de factorías comerciales cerca de las comunidades indígenas.

En la actualidad no se conoce todavía ningún indicio anterior al siglo VIII a.C. que permita hablar de colonización fenicia en Occidente antes de esa fecha. Sin embargo, algunos hallazgos arqueológicos, y el peso todavía considerable de la historiografía clásica, han determinado diversas posturas frente a la cuestión cronológica, que van desde aquellos que sitúan la expansión fenicia en los siglos VIII y VII a.C. apoyándose en la evidencia arqueológica (Carpenter, Cintas, Culican, Forrer), pasando por los que la fechan en el siglo IX a.C. en función de los hallazgos epigráficos (García Bellido, Harden), hasta los que remontan la colonización hasta el siglo XII a.C.

El auge de la arqueología fenicia durante los últimos veinte años y, en particular, los trabajos llevados a cabo en la Península Ibérica, han permitido superar los radicalismos en la interpretación histórica de la cuestión fenicia y suavizar las posturas antagónicas mediante una solución de compromiso. Esta solución establece dos etapas en la colonización fenicia de Occidente, una etapa precolonial (siglos XII-VIII a.C.) y una etapa colonial propiamente dicha (siglos VIII-VI a.C.).

A continuación enumeramos las principales caraterísticas de lo que se entiende por «horizonte precolonial», seguido de una valoración crítica de los principales argumentos en su favor.

¿PRECOLONIZACIÓN?

La idea de proponer una navegación precolonial fenicia en Occidente surge de un nuevo intento por establecer una hipótesis-puente entre las fechas históricas de las primeras fundaciones de Occidente en el siglo XII a.C. y la evidencia arqueológica que no constata asentamientos permanentes antes del siglo VIII a.C. Se pretende con ello colmar un vacío incómodo de algo más de 300 años e incorporar un modelo teórico utilizado con éxito para la colonización griega.

La crítica moderna rechaza la idea de una auténtica colonización en el siglo XII a.C., aun cuando insinúa la posibilidad de que la documentación arqueológica no siempre coincida con una presencia real de fenicios en un asentamiento, al menos en sus momentos iniciales. En otras palabras, aun cuando el registro arqueológico constate la presencia de colonos en un sitio desde, por ejemplo, el año 750 a.C., ello no significa que no hubieran llegado antes al lugar. Simplemente, la arqueología es incapaz de detectarlo. Se señala, asimismo, que la arqueología tampoco es capaz de identificar asentamientos semipermanentes o precoloniales durante los primeros 300 años de presencia fenicia en Occidente. Evidentemente, no podemos suscribir esta afirmación, que encierra, en el fondo, una profunda desconfianza hacia las técnicas modernas de arqueología de campo.

Por precolonización se entiende un movimiento de expansión naval y comercial con vistas a la búsqueda de materias primas y sin asentamientos permanentes, que se revelaría habitualmente en el registro arqueológico a través de una influencia oriental sobre las sociedades indígenas implicadas, como los sardos, los sículos y los tartesios. Eventualmente, este fenómeno iría acompañado de la instalación puntual de pequeños grupos de artesanos, ceramistas o metalúrgicos. Por regla general, una precolonización, caracterizada por la circulación de objetos de lujo, regalos de prestigio y dones, implicaría un comercio de trueque muy simple, que apenas dejaría vestigios arqueológicos y que precede directamente a los asentamientos coloniales propiamente dichos. En Italia y en la Península Ibérica, este estadio precolonial se fecharía aproximadamente entre finales del siglo X a.C. y principios del VIII a.C.

Se trataría, en general, de una navegación fenicia con fines exclusivamente comerciales, que establece escalas de navegación esporádicas y que reproduce el modelo de las naves de Hiram y Salomón, que viajan cada tres años en busca de metales nobles. Con la fundación de Cartago a finales del siglo IX a.C., se completaría una empresa occidental, comenzando entonces la cuenta atrás o, si se quiere, el principio de una nueva etapa.

Este modelo precolonial ha permitido, sobre todo, invalidar definitivamente algunas posturas extremas, como las que defendían el apogeo de la expansión fenicia en tiempos de Hiram I, es decir, en el siglo X a.C., o las que insinuaban una presencia fenicia temprana en la explotación de filones argentíferos en el sureste ibérico, en tiempos de la cultura de El Argar.

No resulta fácil averiguar en este modelo de precolonización fenicia los criterios utilizados por sus defensores. En ellos muchas veces se confunden los análisis críticos con el deseo o la esperanza de ver confirmadas, algún día, las fechas transmitidas por los autores clásicos para la fundación de Gadir o Útica.

La existencia o no de un período de comercio de trueque, más o menos prolongado y anterior a los primeros establecimientos permanentes, resulta de vital importancia a la hora de juzgar el significado de las primeras instalaciones fenicias en Occidente. Según optemos o no por esta hipótesis, variará el análisis que hagamos de la expansión: como un proceso complejo de desarrollo socioeconómico interno, desde un estadio de escalas iniciales hasta auténticas co-

lonias urbanas, o bien, por el contrario, como una auténtica estrategia de poblamiento sin etapas previas, con todas sus implicaciones demográficas y coloniales.

Los argumentos en favor de la existencia de una precolonización fenicia (siglos XII-X a.C.) se apoyan exclusivamente en diversos materiales arqueológicos procedentes de Italia y la Península Ibérica. Veamos cuáles son estos materiales que fundamentan la hipótesis de una precolonización:

ELEMENTOS «CANANEOS» EN OCCIDENTE

Durante largo tiempo diversos materiales arqueológicos han servido de base para reivindicar la presencia de fenicios en Occidente incluso durante los siglos XIII-XII a.C. Tal es el caso de un grupo de marfiles decorados procedentes de la región de Carmona, en la provincia de Sevilla, cuya técnica de incisión fue relacionada con la de los marfiles cananeos del II milenio a.C. En la actualidad ha quedado descartada esta hipótesis, que se apoyaba en rasgos exclusivamente técnicos y sin tener en cuenta el estilo decorativo y la iconografía de las piezas de Carmona, que corresponden plenamente a la del artesanado fenicio de los siglos VIII y VII a.C.

Una estatuilla de bronce de 35,2 cm de altura hallada en 1955 a 20 millas de Selinunte (Sicilia), considerada de tipo ugarítico o cananeo, se fechó en los siglos XIV-XIII a.C. considerando sus paralelos orientales, si bien se rebaja su cronología a los siglos XIII-XII a.C. para poderla aproximar a la cronología de las fundaciones fenicias más antiguas de Occidente (fig. 43). La figura representa una divinidad sirio-cananea, al parecer Reshef, y viajaba probablemente en una nave, hundida frente a las costas meridionales de Sicilia. Su presencia en esta zona avalaría, en cierto modo, las palabras de Diodoro o Tucídides, que señalan la llegada de fenicios a la isla «antes» de finales del siglo VIII a.C. (Diodoro 5:35,5; Tucídides 6:2,6).

Hipótesis más convicentes relacionaron la estatuilla con el comercio de finales del II milenio que vinculó el Egeo y el mundo micénico con Italia y las islas del Mediterráneo central. Se trata, en cualquier caso, de un hallazgo aislado y fuera de contexto arqueológico, que evidentemente es insuficiente a todas luces a la hora de formular hipótesis sobre una precolonización. Sirvan de ejemplo diversos materiales egipcios descubiertos en la necrópolis fenicia de Almuñécar que, en rigor, se fechan en los siglos XVI-IX a.C. a juzgar por las inscripciones jeroglíficas. Pero a diferencia de Selinunte, aquí conocemos el contexto real de su procedencia: una necrópolis en uso desde finales del siglo VIII a.C. hasta mediados del siglo VII a.C. La lectura correcta del hallazgo es que los fenicios utilizan como urnas cinerarias auténticas «antigüedades» egipcias, procedentes del saqueo de tumbas reales egipcias.

Hay que señalar, por otra parte, que estatuillas de bronce muy similares a la de Selinunte han sido descubiertas en Huelva y en Cádiz (fig. 44). Un análisis riguroso de las piezas ha puesto de manifiesto que la producción de este



FIGURA 43. Estatuilla de bronce del llamado «Reshef» de Selinunte (según Tusa, 1973).

tipo de bronces se mantiene en el Mediterráneo oriental hasta el siglo VII a.C., conservando todos sus rasgos arcaizantes. En rigor, pues, una pieza aislada y, por consiguiente, poco significativa a la hora de inferir una lectura histórica.

TARSHISH-GADIR-TARTESSOS

Otro argumento que se ha esgrimido repetidas veces para respaldar la hipótesis de una precolonización fenicia hace referencia a la Tarshish bíblica, cuya pretendida relación silábica con Tartessos sería suficiente para demostrar la existencia de una navegación fenicia en Occidente desde el siglo X a.C. Así, la identificación Tarshish-Tartessos, defendida por algunos especialistas, no sólo implicaría un tráfico naval regular entre Tiro y el bajo Guadalquivir, sino que fijaría la meta de los viajes impulsados por Salomón e Hiram I en el Atlántico. Ello explica que esta hipótesis haya sido largo tiempo la más polémica a pesar de ser más razonable en términos de cronología, ya que se aleja visiblemente de las fechas tan remotas y comprometidas del siglo XII a.C.

Por otra parte, como se verá a continuación, la cuestión de Tarshish-Tartessos,



FIGURA 44. Estatuillas de bronce halladas en el mar de Huelva (según Gamer-Wallert, 1982).

además de haber constituido una solución de compromiso para colmar el vacío de los siglos XII-VIII a.C., parte de un presupuesto falso: la suposición de que el vocablo bíblico designara un nombre de lugar, cuando en realidad en el Antiguo Testamento no se utiliza como topónimo antes de los siglos VI-V a.C. Los textos bíblicos mencionan el término Tarshish a lo largo de 400 años, variando su significado según la época, el autor o la traducción. Todavía hoy se desconoce el significado exacto en hebreo de la palabra Tarshish.

Las referencias bíblicas más antiguas que se conocen se hallan en las crónicas de los reinados de Salomón y Josafat, en el primer Libro de los Reyes, donde se habla de las célebres «naves de Tarshish», que parten de Eziongeber rumbo a Ophir en busca de oro, plata, marfil, monos y pavos (I Re 9:26-28). Cada tres años las naves retornan con su carga tropical de algún lugar impreciso del mar Rojo. Si al principio el término Tarshish indica, quizá, un puerto de destino, en tiempos de Josafat el término alude ya a una clase de navío que vuelve a viajar a Ophir (I Re 22:49). La meta, no obstante, sigue siendo Ophir y no Occidente.

Se ha señalado la posibilidad de que la raíz del vocablo, *ršš*, pudiera signifi-

car piedra preciosa, acaso topacio o jaspe del mar Rojo —Egipto o Sudán—, o también fundición o refinería de metales. En cualquier caso, en el Libro de los Reyes se refiere a naves comerciales que realizan viajes de larga distancia, pero no hacia el Mediterráneo u Occidente, que los textos bíblicos consideran *terra incognita.* En la época en que surge el vocablo bíblico, el horizonte geográfico de los hebreos era considerablemente limitado y no alcanzó más allá de Chipre y el Egeo. Difícilmente, pues, podía designar un territorio atlántico.

En orden cronológico, al Libro de los Reyes le sigue el texto de Isaías (2:16), donde las «naves de Tarshish» son un sinónimo de la riqueza, lujo y soberbia de Tiro, lo que contrasta con otras referencias bíblicas en las que designa claramente una piedra preciosa (Éx 28:20; Ez 1:16; 10:9).

Solamente a partir de los siglos VI-V a.C. se utiliza el término Tarshish como un nombre de lugar en el Mediterráneo (Gén 10:4). Efectivamente, en el Génesis, de compilación muy tardía, Tarshish aparece como hija de Yawan (Grecia), o, en traducciones tardías de los siglos III-II a.C., indica el mar, la misma Cartago o incluso Gadir. De esta Tarshish mediterránea llegan a Tiro plata, hierro, estaño y plomo. Ha desaparecido, en consecuencia, la carga tropical de antaño y ya por entonces los autores clásicos pretenden situar el topónimo en Tarsos de Cilicia, identificación que suscriben también autores modernos.

Los partidarios de situar Tarshish en España se apoyan igualmente en una inscripción asiria de Asarhadón, fechada en el año 671 a.C., que alude a la toma de Tiro y a las conquistas asirias en el «Oeste», donde este rey dominó el mar hasta Tar-si-si. El texto de Asarhadón, además de constituir un clásico epígrafe de propaganda política, desconoce por completo la geografía mediterránea más allá de Iadnana (Chipre). Por lo demás, de admitirse que Tarsisi fuera Tartessos, habría que convenir que las fronteras del imperio asirio llegaron hasta la Península Ibérica, lo que resultaría ridículo.

La idea de situar Tarshish en España surge en la historiografía posbíblica y, sobre todo, en los léxicos medievales de la Biblia. Sin embargo, hasta el siglo XVII no cobra fuerza la ecuación Tarshish-Tartessos. Las minas de cobre de Riotinto se bautizaron con el nombre de Tarsis, cuando fueron redescubiertas en el siglo XIX.

Para concluir diremos que el término Tarshish evolucionó con el tiempo —lugar de destino en el mar Rojo, un tipo de navío comercial, una piedra preciosa—, y su significado original se perdió en el transcurso de los siglos hasta confluir con otro término igualmente confuso, el de Tartessos, en época helenístico-romana.

Efectivamente, ya en época clásica reinaba la confusión en torno a Tartessos, que al principio designó un río que bajaba cargado de plata (Estesícoro, en Estrabón 3:2,11) y, más tarde, un reino fabuloso, rico en plata y cuyos reyes vivían 150 años (Heródoto 1:163; 4:152). La idea de identificar a Tartessos con una *polis* es sumamente tardía.

Durante el siglo I a.C., la leyenda de este Eldorado occidental se pierde en el recuerdo hasta llegar a confundirse con Gadir-Gades. De esta confusión Gadir-Tartessos surgen leyendas de fundadores míticos, como Norax, fundador de

Nora, y nace la idea de una ciudad, en la medida en que una sociedad indígena tan rica, culta y avanzada no podía ser para la mentalidad griega más que una sociedad urbana (Estrabón 3:1,6).

El caso es que toda la leyenda acerca de la fabulosa Tartessos surge cuando ésta ya había desaparecido (Diodoro 5:35,4; Estrabón 3:2,14). La única realidad es la existencia de una colonia fenicia —Gadir—, emplazada en las proximidades de Tartessos, un territorio rico en plata en el bajo Guadalquivir.

La estela de Nora

Se admite en general que la estela inscrita de Nora constituye el hallazgo fenicio más antiguo de Occidente. Dicha estela, hallada en 1773 cerca de Pula, la antigua Nora, contiene uno de los epígrafes fenicios más discutidos de cuantos han aparecido en el Mediterráneo occidental (fig. 45). Desde su publicación (1835), la inscripción de la estela, al igual que otros epígrafes sardos de la misma zona de Nora, ha servido de base para establecer una cronología alta para las primeras fundaciones coloniales en la isla de Cerdeña. A partir de criterios puramente epigráficos, la inscripción fenicia de la estela de Nora se sitúa casi unánimemente a finales del siglo IX a.C.

La inscripción, incisa en una estela de carácter monumental, parece conmemorar la edificación de un templo (*lbt*) dedicado al dios *Pmy* en la isla de Cerdeña (*b šrdn*). Probablemente evoca la llegada de unos fenicios a Nora, llegada que se suele conmemorar, como ocurre también en Gadir, Lixus o Útica, mediante la construcción de un templo. La divinidad, en este caso Pumay, sanciona la elección y apropiación de un territorio, rico en plomo argentífero y hierro. Además, la inscripción monumental sirve de mensaje a los navegantes llegados a las costas sardas, como hacía el dios Melqart en Cádiz. La cronología atribuida a la estela de Nora confirmaría, por último, la cita de Pausanias (10:17,5), según la cual Nora habría sido la ciudad más antigua de Cerdeña.

Se ignora el significado de la presencia del dios Pumay en Cerdeña. Se trata de una divinidad habitualmente relacionada con Chipre y, en particular, con Kition, donde se constatan nombres de reyes de estirpe fenicia del siglo IV a.C., con la forma de Pumaijaton o Pumjaton, similar a la de Pigmalión, rey de Tiro, cuyo nombre derivaría, acaso, de la asimilación del nombre de dos divinidades: Pumay y Elyon. De alguna forma, este rey de Tiro aparece igualmente relacionado con fundaciones fenicias de Occidente y, en este caso concreto, con Cartago.

Una vez más, en el origen de las colonias de Occidente se mezclan personajes históricos, divinidades, héroes y mitos, al igual que habíamos observado en Cádiz. En el caso norteafricano, un dios-rey (Pumay-Pigmalión) es responsable indirecto de la fundación de Cartago en el año 814/3 a.C., y su hermana Elissa pasa a personificar la isla de Chipre, llamada así en los textos orientales (Alashiya). En el santuario de Melqart en Gadir existía, además, el «olivo sagrado de Pigmalión», que daba frutos en forma de esmeraldas.



FIGURA 45. La estela de Nora.

Vemos, así, al dios Pumay, surgido de ambiente chipriota, vinculado directa o indirectamente a la colonización fenicia de Occidente: estela de Nora, fundación de Cartago, templo de Gadir. Por otra parte, la cronología atribuida a la inscripción de Nora se inserta en un período, el de la segunda mitad del siglo IX a.C., en el que confluyen una serie de referencias históricas lo suficientemente convincentes como para pensar que estamos acercándonos a las fechas reales de la diáspora fenicia hacia Occidente.

En efecto, es la época en que el rey Ethbaal de Tiro funda la colonia de Auza, en Libia (*c.* 878-856 a.C.) (Josefo, *Ant. Ind.* 8:324) y de la llegada

de tirios a Kition (*c.* 850 a.C.), considerada el punto de partida de la expansión comercial de Tiro hacia el oeste. Por último, es el momento en que Timeo sitúa la fundación de Cartago (814-813 a.C.) y Tucídides la de los primeros enclaves comerciales en Sicilia.

En Nora, sin embargo, no se constatan indicios de poblamiento fenicio antes del siglo VII a.C. Por consiguiente, cabe preguntarse si, en rigor, una inscripción aislada constituye un argumento sólido en favor de una presencia fenicia en Cerdeña durante el siglo IX a.C. De nuevo nos encontramos ante una cuestión de objetividad y de método en la lectura de los datos. De momento se trata todavía de una hipótesis sin contrastación.

A nivel epigráfico, la inscripción monumental de Nora tiene paralelos directos en inscripciones chipriotas y fenicias de los años 830-825 a.C. Pero raras veces se dice que sus paralelos en Oriente definen un marco cronológico mucho más amplio, que se prolonga, incluso, hasta finales del siglo VIII a.C. En otras palabras, la cronología atribuible a la estela de Nora abarca desde el 830 al 730 a.C. Y ello sin considerar la posibilidad de arcaísmos en las formas gráficas de los epígrafes de Occidente.

Como alguien ha sugerido con acierto, las inscripciones sardas nunca serán válidas en tanto no se puedan integrar en un contexto amplio, por lo que no deberían condicionar la cronología de la colonización fenicia de Occidente.

OTROS MATERIALES PRECOLONIALES EN ITALIA Y LA PENÍNSULA IBÉRICA

Recientemente se ha sugerido que existían vestigios materiales de una navegación fenicia precolonial (siglos X-XI) en aguas de Sicilia. Cierto tipo de escarabeos, fíbulas y jarros de cerámica procedentes de asentamientos indígenas de Cassibile, Siracusa, Caltagirone y Megara hablarían en favor de una influencia oriental relativamente temprana en el interior de la isla. Esta hipótesis todavía no ha sido suficientemente contrastada y ha sido relacionada con el denominado «protoorientalizante» tartésico de los siglos IX-VIII a.C.

En efecto, durante estos últimos años, diversos autores han vuelto a defender la posibilidad de una precolonización, apoyándose en la prosperidad de los asentamientos tartésicos de Huelva y Sevilla durante el Bronce Final (siglos IX-VIII a.C.). Dicha prosperidad expresaría una forma de respuesta indígena ante un estímulo oriental muy antiguo.

Dentro de este horizonte «protoorientalizante», sin enclaves coloniales permanentes, se inscribían algunos materiales de influjo oriental, como la cerámica pintada de El Carambolo (Sevilla), las fíbulas de codo, las estelas extremeñas decoradas, los escudos con escotadura en forma de V, un cuenco de bronce hallado en Berzocana (Cáceres) y un yelmo metálico de la ría de Huelva.

La influencia oriental en alguna de estas piezas —cerámica de El Carambolo, escudos y estelas decoradas— es más que dudosa y no deja de ser mera hipótesis. El resto de los materiales mencionados presenta, como se verá, problemas de interpretación.

La pieza considerada más antigua es el cuenco de Berzocana, que ha sido relacionado con talleres egipcios o levantinos de los siglos XIV-XIII a.C., si bien, en consideración a las fechas de fundación de Gadir o Lixus, se rebaja su cronología hasta los siglos XII-X a.C. El casco de bronce de la ría de Huelva, considerado de origen asirio o urartio del siglo IX a.C., confirmaría esta influencia oriental temprana.

De nuevo nos encontramos frente a unos materiales aislados, si bien, en este caso, extraídos deliberadamente de su contexto cultural, que es el de la circulación atlántica de metales durante el Bronce Final. Efectivamente, tanto el cuenco de Berzocana, hallado junto a torques de oro de tipo atlántico, como el depósito de bronces de la ría de Huelva, se inscriben plenamente en el denominado «complejo de las espadas de lengua de carpa» (900-700 a.C.), nombre con el que se conoce el momento de máxima intensidad del comercio de metales del Bronce Final atlántico, bien conocido por los prehistoriadores europeos. Por esas fechas, la Europa atlántica, desde Irlanda al suroeste de Andalucía, constituyó un enorme mercado por el que circularon a gran escala objetos manufacturados y lingotes de oro, cobre y estaño. Los focos más dinámicos de distribución de metales fueron Bretaña, las cuencas del Loira y del Sena, la desembocadura del Tajo y Huelva.

Es en este ambiente atlántico donde hay que situar las estelas, yelmos y escudos, característicos del Bronce Final II (1050-900 a.C.). Durante los siglos IX-VIII a.C. (Bronce Final III), el sur de la Península Ibérica pasa a convertirse en cabeza de puente entre el comercio atlántico y las islas de Cerdeña y Sicilia.

A través de este circuito atlántico secundario circularon metales ibéricos hallados en Cerdeña (Sa Idda) y bronces sicilianos, como la fíbula de codo, localizados en la Península Ibérica. A principios del siglo VIII a.C., esta corriente dirigida a la recuperación de metales a gran escala, que vincula a Portugal y Huelva con Cerdeña, Sicilia y Chipre, alcanza su máximo apogeo y coincide con los primeros indicios reales de población fenicia en Occidente, cuya estrategia comercial pudo muy bien interrumpir, intervenir y aprovechar este circuito comercial preexistente.

Para finalizar diremos que en el área tartésica, las primeras influencias fenicias no se dejan sentir antes del siglo VIII a.C., a juzgar por los resultados obtenidos en excavaciones recientes en el *hinterland* indígena —Torre de Doña Blanca, Carambolo, Setefilla, Carmona, Acinipo, Cerro de los Infantes. Ello invalida, a nivel del actual registro arqueológico, la idea de un «protoorientalizante» durante el Bronce Final.

La revisión crítica de los argumentos utilizados habitualmente para proponer una precolonización fenicia en Occidente obliga a cuestionar un modelo teórico basado exclusivamente en unos hallazgos arqueológicos aislados, cuya valoración se realiza a través de métodos descriptivos tradicionales, que se limitan a establecer comparaciones y paralelos morfológicos en función de un marco cronológico —el de las fuentes clásicas— harto dudoso.

Ninguno de los elementos que definirían la precolonización posee una base

de contrastación rigurosa y metódica a nivel de contexto arqueológico. Todos ellos responden, por otra parte, a un modelo en uso actualmente, surgido a raíz de los recientes hallazgos micénicos en Italia. Éstos han servido de base para la hipótesis de una precolonización griega en Occidente, y es basándose en este modelo como se pretende explicar la colonización fenicia.

El empeño de conciliar la documentación arqueológica con las fuentes escritas clásicas nos lleva hoy, como antaño, a un callejón sin salida, a causa de una concepción estrechamente empirista, en la que prevalecen, más que la objetividad y el rigor metodológico, la cronología, las dataciones, las descripciones morfológicas y la simple acumulación anárquica de artefactos en el vacío. La simple inferencia analógica y el puro inductivismo llevan a una lectura pseudohistórica de los datos, hoy por hoy descontextualizados. En este marco, no hay que olvidar que la cuestión fenicia en Occidente depende, por entero, del valor que demos a la evidencia arqueológica de los siglos VIII-VII a.C., tan rica y compleja, relegando a un segundo término el cúmulo de mitos y leyendas que acompañan a las primeras fundaciones coloniales del Mediterráneo occidental.

Por lo que se refiere a Oriente los papeles se han invertido, dado que ahora es la información arqueológica, y no los textos escritos, la que debe ayudarnos a interpretar los asentamientos arcaicos. En última instancia, es sobre todo esta evidencia arqueológica la que nos permitirá formular hipótesis de reconstrucción histórica de la colonización.

8. LAS COLONIAS FENICIAS DEL MEDITERRÁNEO CENTRAL

El análisis e interpretación de los datos más significativos relativos a las principales áreas afectadas por la expansión fenicia durante los siglos VIII y VII a.C. nos servirá de marco de referencia para diferenciar grupos, etapas y hasta procesos evolutivos independientes en Occidente. Durante el proceso de desarrollo inicial de la colonización tiria del Mediterráneo, la evidencia habla en favor de unas estrategias económicas y comerciales heterogéneas, en función de adaptaciones diferentes a un entorno diversificado en cuanto a posibilidades económicas, estratégicas y políticas. De ahí el interés que ofrece para nosotros el análisis del patrón de asentamiento fenicio en su proceso de expansión, por cuanto expresa la categoría y función de las distintas colonias.

Iniciaremos la discusión a partir de un grupo de fundaciones que se definen por su proximidad geográfica y cultural respecto a Cartago, ya que esta colonia norteafricana constituyó, sin duda, la instalación fenicia más importante de todo el Mediterráneo central. Su influencia en materia política, económica e ideológica fue tal, que llegó a configurar un área cultural muy vasta, formada, sobre todo, por los enclaves fenicios de Cerdeña y Sicilia (fig. 46). Estas islas, pese a tener rasgos de identidad propios y a gozar de una autonomía en materia comercial y económica, se integraron muy pronto dentro de la esfera sociopolítica cartaginesa, al adoptar un modelo urbano similar al de Cartago, presentando desde muy temprano, así, unas constantes culturales que no observamos en los establecimientos fenicios más occidentales de Gadir, Ibiza, Andalucía oriental y Marruecos atlántico, y que cabría explicar, probablemente, a partir de unos vínculos de naturaleza muy compleja mantenidos con la metrópoli norteafricana.

Las divergencias regionales —o insulares— que observamos en esta zona desaparecerán a partir del siglo VI a.C., al irrumpir Cartago como potencia política mediterránea, en respuesta al avance del comercio griego primero y al naciente poderío de Roma más tarde. El gradual proceso de dominio político ejercido por Cartago sobre los viejos centros fenicios del Mediterráneo central dará paso al período «púnico», que supondrá la unificación cultural y política de toda esta zona.

Para captar los rasgos diferenciales existentes entre las principales colonias

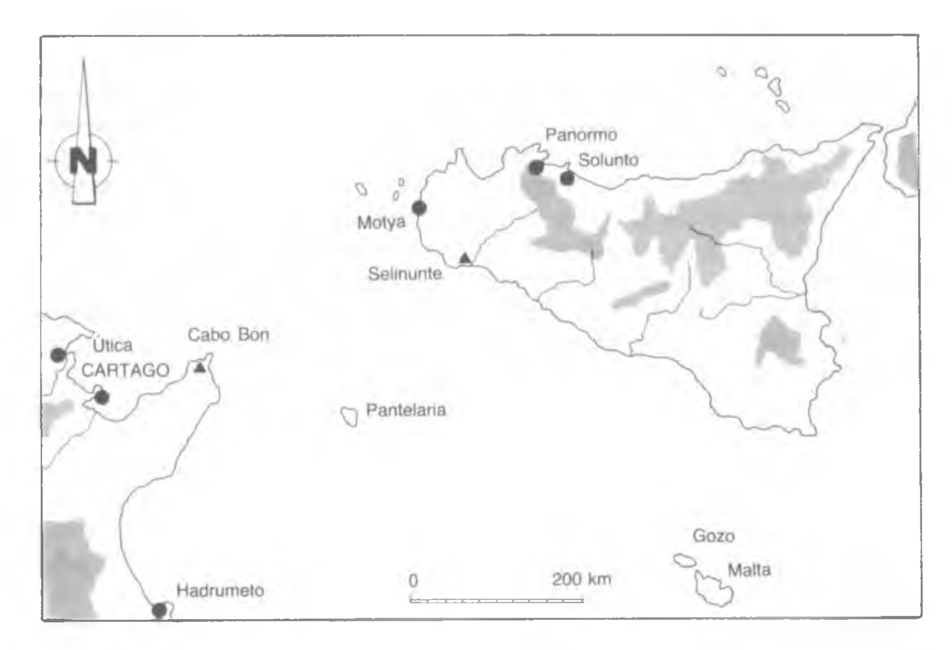


FIGURA 46. Las colonias fenicias del Mediterráneo central.

de Occidente hemos recurrido al análisis de una serie de variables que, en nuestra opinión, parecen las más significativas a la hora de definir los objetivos económicos y, en consecuencia, reconstruir el proceso histórico: el trasfondo institucional o político de la fundación colonial, los factores socioideológicos implicados, topografía y patrones de asentamiento, y el ámbito territorial de actividad económica. Para ello acudiremos a las referencias escritas, cuando las haya, y utilizaremos los datos del registro arqueológico que permitan reconstruir el origen y las etapas del proceso.

Partimos de una hipótesis inicial, que procederemos a contrastar con la documentación arqueológica: el grupo de colonias fenicias establecidas en el Mediterráneo central adoptó muy pronto rasgos culturales e ideológicos afines al modelo implantado en Cartago. Tales rasgos podrían resumirse en una sola frase: voluntad de permanencia en Occidente y, en consecuencia, adopción temprana del rango de colonias, rango que se expresaría en una serie de manifestaciones tales como la aparición de santuarios, recintos sacros, conquista territorial y, finalmente, sistemas defensivos.

Todo ello permite diferenciar a este grupo del bloque más occidental, en el que las reducidas necrópolis, la limitada extensión de los asentamientos, la presencia de almacenes de mercancías, la ausencia de recintos sacros y otros elementos parecen indicar, al menos inicialmente, un cierto grado de provisionalidad o transitoriedad del poblamiento fenicio original. En este sentido, la «colonia» fenicia de Malta, un lugar de paso y abordaje de naves en época ar-

caica, se aproxima más al modelo occidental que al grupo de colonias fenicias del Mediterráneo central.

La selección de unos pocos asentamientos coloniales nos permitirá centrar el análisis en aquellos yacimientos donde la información histórica o arqueológica es relevante, como son las colonias de Cartago, Motya y Sulcis. Si optamos por estos tres centros es porque nos parecen significativos en el contexto de la expansión fenicia al centro del Mediterráneo, ya que permiten definir el modelo colonial de la zona en sus tres aspectos: político, estratégico y territorial. Criterios que no pueden considerarse, ni mucho menos, como definitivos, dado el estado de la investigación arqueológica en este campo. La arqueología, en efecto, puede deparar muchas novedades y sorpresas, que obliguen a modificar y matizar cuanto exponemos aquí.

CARTAGO, LA «CAPITAL NUEVA»

Aunque apenas empezamos a conocer las características de la colonia arcaica, sólo identificada recientemente, tanto el relato de la fundación de Cartago en el año 814, en la que interviene la familia real de Tiro, como el número y categoría de los santuarios y necrópolis del asentamiento arcaico, evidencian que desde un principio Cartago fue la auténtica «capital nueva» de Occidente. En contra de lo que se ha venido afirmando durante mucho tiempo, esto es, que la Cartago arcaica no se diferenció apenas de otros centros modestos del Mediterráneo, los hallazgos relativos a los siglos VIII-VII a.C. muestran que la nueva colonia tiria alcanzó muy pronto el rango de auténtica ciudad colonial, dotada de unas instituciones que otros establecimientos fenicios tardaron mucho tiempo en adoptar.

El registro arqueológico nos permite completar la visión fragmentaria y subjetiva que dieron los historiadores clásicos. Además, nada se ha conservado de los anales o escritos históricos de Cartago, por lo que dependemos de la documentación escrita elaborada por los principales enemigos de la ciudad norteafricana.

El relato de fundación y su trasfondo sociopolítico

Los escépticos consideran que toda referencia histórica a Cartago anterior al siglo V a.C. es un mito, como lo son también la historia de su fundación y la figura de Elissa-Dido. El nombre de algunos personajes cartagineses, como Malco, que significa «rey», tampoco tendrían base histórica.

Y sin embargo existen demasiadas coincidencias entre las fuentes orientales y las clásicas para pensar que en la historia de Elissa no hubo una base histórica, a diferencia de otros mitos inventados en época tardía, como los que atribuyen la fundación de Cartago a dos personajes, Azoros y Karkhedon, que no son otra cosa que el nombre griego de Tiro y Cartago respectivamente.

A través de los Anales de Tiro parece que hacia el año 820 a.C. Mattan I dejó el trono de Tiro en manos de su hijo, Pigmalión, que por entonces sólo contaba 11 años de edad. En el séptimo año de su reinado (814 a.C.), su hermana Elissa había huido de Tiro y fundado Cartago (Menandro, en Josefo, *C. Ap.* 1:125). Las circunstancias que llevaron a la fundación de Cartago siguen diversas etapas cronológicas:

1. Elissa o Elisha estaba casada con su tío Acherbas o Zakarbaal, sumo sacerdote de Heracles (Melqart) y, como tal, ocupaba el segundo puesto en rango, detrás del rey de Tiro. Acherbas era, así, un personaje poderoso, rico y, al parecer, directo rival del rey. En efecto, se cuenta que Mattan había pretendido dejar el trono a sus dos hijos, a lo que se opuso el pueblo de Tiro, que eligió a Pigmalión. Éste pretendió apoderarse de las riquezas de su cuñado y mandó asesinarlo. Su viuda, Elissa, junto con un grupo de tirios fieles al esposo, a los que se denomina «príncipes», huyó secretamente a Chipre tras rendir homenaje a Melqart (Justino 18:4,3-9). La diáspora tiria fue, así, la consecuencia inmediata de la tensión política en Tiro, que había enfrentado a un joven monarca, apoyado por el pueblo, contra una parte de la aristocracia ciudadana, liderada por el propio tío del rey, Acherbas.

2. Entre los príncipes que acompañaron a Elissa en su huida figuraba Bitias, comandante de la flota tiria (Virgilio, *Aen.* 1:738), y Barcas, antepasado de los Bárcidas (Silio Itálico, *Punica* 1:72-75).

La primera escala en la expansión hacia el oeste fue, así, Chipre. En Chipre (¿Kition?) se unió a la expedición de aristócratas tirios el sumo sacerdote de Juno (Astarté), que puso como condición que en la tierra que iban a colonizar, el sacerdocio fuera hereditario entre los miembros de su propia familia (Justino 18:4-6). De este modo, vemos a la aristocracia tiria y al templo involucrados en la fundación de Cartago. Antes de partir, los tirios recogieron en Chipre a 80 niñas, destinadas a la prostitución sagrada y a asegurar la continuidad de la religión fenicia en Occidente.

3. La expedición de Elissa se dirigió directamente al lugar de Cartago, donde recibió regalos y el saludo de los de Útica (Justino 18:5,8-17). Esto ocurría durante el séptimo año del reinado de Pigmalión y 38 años antes de la primera Olimpíada (Timeo, en Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom.* 1:74,1), lo que arroja, como vimos anteriormente, una cronología muy ajustada: los años 814-813 a.C.

4. Los colonos fueron bien acogidos por los indígenas libios, cuyo rey Hiarbas les dio libre entrada en su territorio: podían comprar un terreno que pudiera cubrirse con una piel de buey. La astuta Elissa, a la que los indígenas llamaron Deido o Dido («la errante»), recurrió a la estratagema de cortar en tiras muy finas una piel de buey, con las que pudo delimitar el perímetro de toda la colina denominada Byrsa, donde se emplazó Cartago. Tras ello fundaron la ciudad, a la que denominaron *Qart-hadasht*, o «ciudad nueva». El nombre más antiguo de la colina o acrópolis de Cartago, Byrsa, es un vocablo griego que significa «piel de buey» y que probablemente los griegos lo asimilaron al oír pronunciar una palabra semítica, *brt*, que significa «ciudadela fortificada» o «fortaleza».

5. El rey indígena pretendió desposar a Elissa con amenazas. Ésta, fiel a su marido, se arrojó a una hoguera para evitar la alianza. Tras esta inmolación en el fuego, sus súbditos la divinizaron y conservaron su culto hasta los últimos tiempos de la historia de Cartago.

En el relato de fundación de Cartago hallamos, así, fuertes componentes legendarios y «arreglos» típicos de la historiografía griega y helenística, como son el mismo nombre de Byrsa o la leyenda de la piel de buey.

Sin embargo, Timeo y Flavio Josefo, quien consultó fuentes de información orientales, coinciden en la fecha de fundación de Cartago. En realidad, no existen pruebas de que la fecha sea cierta, pero tampoco de que sea una invención posterior.

Por otra parte, en el relato se advierten rasgos claramente orientales, extraños al mundo clásico y que difícilmente un historiador grecorromano podía inventar. Así, por ejemplo, los nombres de los protagonistas, totalmente fenicios —Pigmalión (Pumayyaton), Elissa (Elisha o Alashiya) y Acherbas (Zakarbaal). La prostitución sagrada y el carácter hereditario del sacerdocio son otros tantos rasgos semitas. Por último, el ritual de la autoinmolación de Elissa, totalmente extraño al mundo clásico, es bien conocido en Fenicia y Canaán.

El origen tirio de la ciudad viene avalado, además, por otros hechos posteriores. Así, desde su fundación, Cartago envió anualmente una embajada a Tiro, encargada de llevar ofrendas al templo de Melqart (Quinto Curcio Rufo 4:2,10). Estas ofrendas o tributos consistían en la décima parte de las ganancias obtenidas cada año por la ciudad (Diodoro 20:14). Este canon anual indica que Cartago reanudó muy pronto los lazos con Tiro, bajo circunstancias que ignoramos. No se olvide que, en cierto modo, la fundación de Cartago fue un acto de ruptura, al ser una colonia establecida por prófugos políticos que, probablemente, se mantuvieron sin contactos con el poder central tirio durante las primeras generaciones, y con la firme voluntad de permanecer en Occidente. En este sentido, cabe definirla ya, desde sus orígenes, como una colonia.

Del relato parece inferirse, además, que entre el contingente de población tiria que acompañó a Elissa hubo una importante embajada chipriota. El sumo sacerdote de Astarté, quizás del templo de Kition, se sumó al grupo de colonos y el mismo nombre de los protagonistas sugiere una componente de origen chipriota. Se recordará que el nombre de Elissa se relaciona directamente con el nombre antiguo de la isla de Chipre (Alashiya) y que el nombre del rey de Tiro contiene la forma del dios chipriota *Pmy*. Kition, por tanto, pudo formar parte de las instituciones fundadoras de Cartago y los nombres de sus protagonistas pudieron ser creados artificialmente para destacar el carácter mixto de la población fundadora de Cartago, personificando a un sector social de Tiro y de la isla de Chipre.

En cualquier caso, de todo lo que antecede conviene retener ciertos datos que nos parecen significativos a la hora de abordar una discusión crítica sobre el sentido de la colonización:

a) La fundación de Cartago, llevada a cabo en una zona ya conocida por Tiro (Útica), es consecuencia de una crisis política en la metrópoli.

b) A nivel de instituciones, el origen de Cartago aparece asociado a familias de la aristocracia tiria y a la más alta jerarquía de las instituciones religiosas.

c) La fundación de la colonia lleva implícita una apropiación de territorio y la delimitación mediante fortificación del área habitada.

d) El origen de la ciudad se vincula a un rito de sacrificio humano, en la forma de una inmolación por fuego.

e) A todos los efectos, Cartago nace con el rango de colonia tiria.

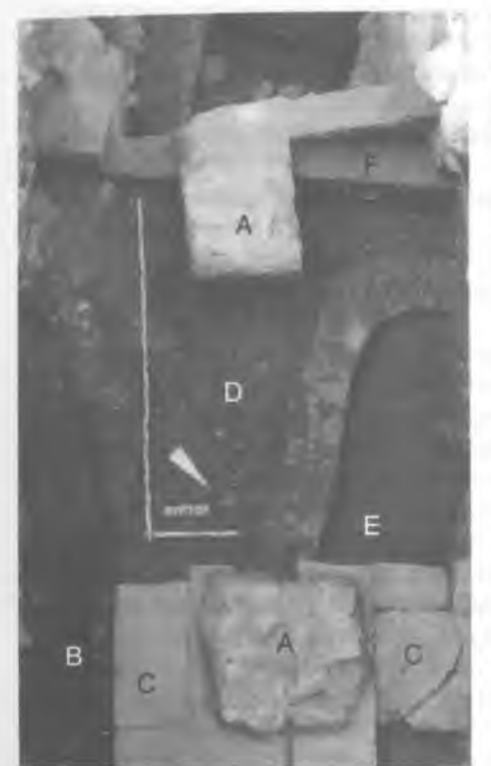
La Cartago arcaica: paleogeografía y arqueología

Cartago estuvo emplazada en una península del golfo de Túnez y en el centro de un paso estratégico de las rutas de navegación por el Mediterráneo central (véase fig. 46). Provista de un *hinterland* sumamente fértil, la colonia contaba con una situación portuaria inmejorable. La distribución y organización espacial de los principales elementos urbanísticos y religiosos de esta colonia configuran un modelo de asentamiento fenicio arcaico que, comparado con el de otros centros mediterráneos, pone de manifiesto una clara jerarquización entre las colonias fenicias en función de pautas territoriales, económicas y sociales distintas. Por su categoría, la Cartago arcaica ofrece un punto de referencia obligado a la hora de diferenciar formas y organización inicial de las colonias fenicias de Occidente.

Hasta hace pocos años tan sólo conocíamos de la Cartago arcaica varias necrópolis, un enigmático depósito de ofrendas —la llamada *chapelle* Cintas— y el *tofet*, situado en Salammbô. Hasta 1983 existían incluso dudas sobre la ubicación exacta de la ciudad, de la que no se conocían indicios anteriores al 400 a.C. Las excavaciones alemanas de 1983 a 1991 han puesto punto final a una polémica que situaba la localización del primitivo asentamiento fundado por Elissa indistintamente en Le Kram, Marsa, Sidi Bou Said o en la colina de Saint-Louis, hoy llamada de Byrsa.

Diversos sondeos realizados por Rakob y Niemeyer al pie de la colina de Byrsa y, en particular, en el sector de la calle de Septimio Severo, en el llamado terreno Ben Ayed y bajo las calles de la ciudad romana —cardo XVI, cardo XIII y decumano máximo— han demostrado que la ciudad arcaica se asentó sobre las laderas meridionales de Byrsa —en el área de los puertos púnicos y del *tofet*— y ocupó en los siglos VIII y VII una extensión de unas 55 ha, es decir, siete veces mayor que la ciudad arcaica de Esmirna y algo más pequeña que la colonia griega de Megara Hiblea, en Sicilia.

La conquista de la ciudad por Escipión el año 146 a.C., cuyos ejércitos arrasaron el centro urbano, y las remociones hechas por Augusto en el año 29 a.C. para levantar la *Colonia Concordia Iulia Cartago*, debieron remover unos 100.000 m^3 de cascotes y ruinas que formaron sobre la ciudad púnica una capa de escombros de entre 3 y 10 m de espesor, según han podido observar los arqueólogos franceses en algunas zonas de Byrsa. Los niveles más arcaicos de ocupación, situados a más de 5 m de profundidad bajo la ciudad romana y a sólo



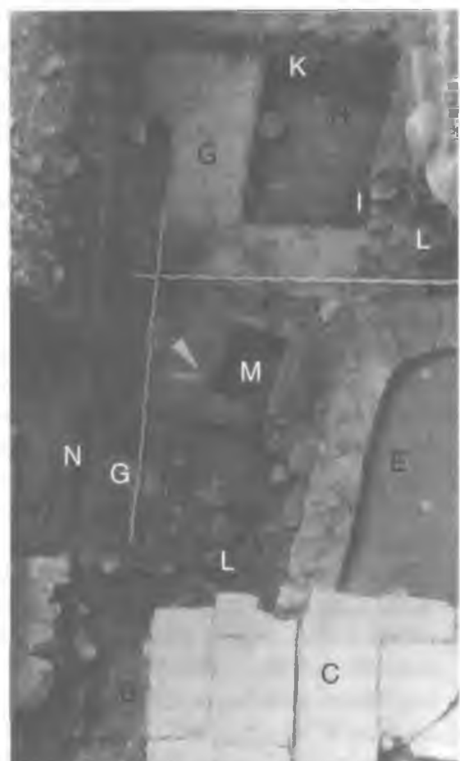


FIGURA 47. Niveles arcaicos de los siglos VIII-VII a.C. en Cartago (según Rakob, 1989).

1,70 m sobre el nivel del mar y directamente sobre la arena de la playa, han proporcionado interesantes vestigios de viviendas con muros de adobe, calles y pozos que forman una estructura de casas aisladas de gran tamaño separadas por plazas o jardines (fig. 47). La evidencia arqueológica sugiere que la colonia primitiva de los siglos VIII-VII a.C. estuvo rodeada por una especie de «cinturón industrial» extramuros formado por talleres y hornos metalúrgicos —especialmente en el sur, junto a la playa, y en el este—, instalaciones dedicadas al trabajo del múrex para obtener tinte y hornos de alfarero. La disposición de estos barrios de talleres en el sur y el este del núcleo urbano y la presencia de una necrópolis arcaica en la zona de las termas de Antonino, al norte, marcan los límites exactos de la Cartago arcaica (fig. 48).

El hallazgo de cerámicas griegas tardogeométricas en los primeros niveles de ocupación de Cartago, entre las que destacan por su antigüedad diversos *kotylai* protocorintios del tipo denominado «Aetos 666» y copas euboicas con decoración de metopas (fig. 49), fechan las primeras estructuras constructivas en los años 775-750 a.C. Otras importaciones, como cerámicas chipriotas y di-



FIGURA 48. Planta de Cartago (según Rakob, 1984).

versas ánforas de tipo andaluz, señalan que la Cartago del siglo VIII fue una ciudad perfectamente organizada, que mantenía contactos comerciales regulares con Grecia, Pithecusa y las colonias fenicias del sur de España.

En algunas zonas —bajo el cardo XIII— se han identificado, por debajo de los estratos fenicios más arcaicos, niveles que contenían cerámicas indígenas del Bronce Final exclusivamente, que acaso podrían corresponder a un primitivo poblado indígena que habría ocupado la colina de Byrsa antes de la llegada de los fenicios.

De la Cartago de los siglos VIII-VI a.C. se conocen tres grandes necrópolis, por lo que ya sólo el volumen de enterramientos de la ciudad norteafricana supera la media habitual de otros enclaves de Occidente. Ello hablaría en favor de una densidad poblacional superior a la del resto de colonias fenicias. Las áreas destinadas a enterramiento rodearon la acrópolis de Byrsa por el sur, por el norte (necrópolis de Junon) y por el noreste (necrópolis de Dermech-Douïmès), predominando en todas ellas el rito de la inhumación a excepción de la de Junon, donde hallamos incineraciones muy arcaicas (fig. 50).

La necrópolis de Junon, considerada la más arcaica de Cartago, entró en uso hacia los años 730-720 a.C., en tanto que las de Byrsa y Dermech-Douïmès comienzan a utilizarse hacia el 700-680 a.C. (fig. 51). Ello significaría que Cartago no se consolidó como colonia antes de la segunda mitad del siglo VIII a.C.,

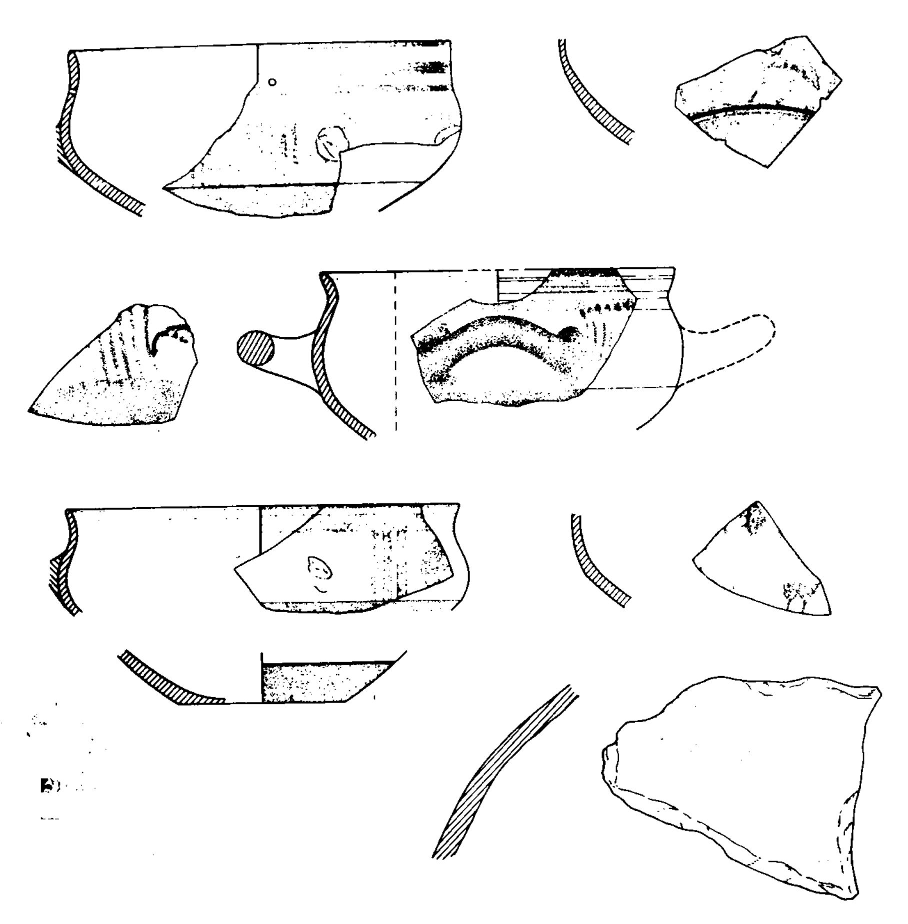


FIGURA 49. Cerámica euboica de Cartago (según Vegas, 1992).

al estructurarse el espacio urbano en función de las necesidades de una población en aumento.

Otro tanto ocurre con el *tofet* de Cartago, situado en Salammbô, al sur de la colina de Byrsa y reservado para recinto sagrado e incineraciones infantiles. Dicho recinto se utiliza de forma ininterrumpida a partir del último cuarto del siglo VIII a.C., a juzgar por la cronología atribuida al nivel más antiguo de deposiciones en urna —nivel Tanit I—, formado en torno al 700 a.C.

En definitiva, puede decirse que las primeras sepulturas en suelo cartaginés datan de los años 730-700 a.C., en tanto que los primeros indicios de ocupación de la colina de Byrsa se sitúan poco antes del 750 a.C. Ello nos deja un vacío de información arqueológica de algo más de medio siglo aproximadamente, si nos atenemos a la fecha de fundación de Cartago y a los primeros indicios de utilización permanente del territorio. Un extraño hallazgo realizado



FIGURA 50. Urna de alabastro de la necrópolis de Junon, Cartago (siglo VII a.C.).

en el santuario de Salammbô nos aproxima, sin embargo, a la cronología histórica de finales del siglo IX a.C. En 1947 Cintas descubrió bajo los primeros niveles de urnas del *tofet* de Cartago un pequeño recinto o cámara, catalogado entonces como depósito de ofrendas de fundación, que contenía, entre otros, diversas cerámicas griegas depositadas, al parecer, en dos momentos consecutivos (fig. 52). Esta «capilla» proporcionó cerámica euboico-cicládica y corintia, posiblemente procedente de la colonia euboica de Pithecusa (Ischia), que se fecha ahora entre el 760 y el 680 a.C. Junto con los hallazgos realizados por Rakob al pie de Byrsa, se trata, de momento, del material arqueológico más antiguo conocido en Cartago.

A pesar de la antigüedad del depósito de Salammbô, Cartago no se desarrolla como entidad urbana hasta la segunda mitad del siglo VIII a.C. Data de esa época el inicio del *tofet* como lugar sagrado, con todas sus implicaciones ideológicas y cívicas, que examinaremos más adelante, y data también de finales del siglo VIII a.C. la organización de espacios destinados a enterramientos y la delimitación de la acrópolis mediante una fortificación. A pesar de que había transcurrido casi un siglo desde su fundación, el proceso de transformación urbanística de Cartago fue relativamente rápido en comparación con otras colonias de Occidente.



FIGURA 51. Cerámica fenicia arcaica de Cartago.

Las primeras iniciativas políticas

La primera noticia histórica que tenemos, tras la fundación en el año 814/813 a.C., hace referencia a actividades de Cartago en el exterior, que se concretan en la fundación de su primera colonia o filial en Ibiza el año 654/653 a.C. (Diodoro 5:16:2-3). Sabemos, sin embargo, que la isla había estado previamente ocupada por población fenicia.



FIGURA 52. Cerámica del depósito del *tofet* de Cartago (según Cintas, 1950).

Hacia el año 600 a.C. Cartago ya está en disposición de enfrentarse en el mar contra los focenses de Massalia (Marsella), con el objetivo probable de impedir la fundación de esta colonia griega (Tucídides 1:13,6). Hacia el año 550 a.C. Cartago sienta las bases de su imperio en el mar, y la dinastía fundada por Magón se hace con el control político de Cerdeña y de una parte de Sicilia (Justino 18:7) y se enfrenta en aguas de Alalia (Córcega) a la escuadra focense (Heródoto 1:166). Por último, en el año 509, un tratado suscrito entre Cartago y Roma sancionaba por primera vez en Occidente un reparto de áreas de influencia política (Polibio 3:23). Cartago consolidaba su hegemonía en el mar e iniciaba el camino que la habría de convertir en potencia naval y militar.

Todo ello habría resultado inimaginable de no haberse producido en Cartago un importante crecimiento demográfico, económico y urbano entre los años

750 y 600 a.C., esto es, en la época en que otras fundaciones tirias de Occidente no habían sobrepasado todavía la categoría de escalas o factorías de comercio. Se estima que en su período de máxima expansión política y comercial, Cartago pudo albergar unos 200.000 habitantes. Este hecho ha llevado a algunos autores a considerar que Cartago fue la única colonia tiria del Meditterráneo occidental. En el sentido griego, Cartago es la única fundación fenicia que responde a los criterios de una auténtica ciudad.

Tanto el relato de fundación como la onomástica y la epigrafía cartaginesas indican que la «nueva Tiro» ejerció desde un principio una función clave, al aglutinar unos intereses comerciales en un radio geográfico muy vasto. Más que reflejar un ambiente colonial, periférico y retardado en relación a una metrópoli, Cartago desarrolló desde sus orígenes una dinámica sociocultural propia, casi «púnica», que se expresa en una serie de rasgos culturales e ideológicos que faltan en Oriente, como son el militarismo y el *tofet.* En materia de producción industrial, hasta la cerámica arcaica de Cartago presenta rasgos singulares.

El rápido crecimiento de la colonia norteafricana sólo se explica por el surgimiento, tras la fundación de Qart-hadasht, de una firme voluntad de crear una auténtica «capital nueva» en Occidente, destinada más tarde a velar por los intereses de Tiro y a sucederla en el siglo VI a.C., tras la caída de la metrópoli en poder de Nabucodonosor. Significativamente, los habitantes de Cartago se consideraron siempre *bn ṣr,* hijos de Tiro, o *h sry,* tirios, según se desprende de la epigrafía.

Si durante los primeros cien años de vida Cartago no se diferenció probablemente de otros asentamientos arcaicos de Occidente, a partir de la segunda mitad del siglo VIII a.C., el cambio que se produce es tanto cualitativo como cuantitativo. Tres hipótesis alternativas se barajan en torno a la cuestión: causas de tipo comercial, de tipo social y de tipo político.

Para algunos, el crecimiento económico de Cartago se debería a su posición como escala de paso obligado de las naves que, procedentes de Gadir, transportarían riqueza hacia Tiro. Y sin embargo, son escasas las pruebas arqueológicas de que existiera un contacto regular entre Cartago y Gadir en época arcaica.

Otro argumento que se señala como factor causal del poderío de Cartago es el distinto origen social de la población fenicia de Occidente. En Cartago, la estructura social revela fuertes desequilibrios entre un sector vinculado a la fundadora Elissa, y otro sector compuesto por colonos y gentes llegadas al norte de África en busca de fortuna. Estas contradicciones habrían favorecido una transición rápida hacia instituciones urbanas y estatales. Por último, cabe considerar la posibilidad de que la fundación de Cartago obedeciera, desde un principio, a unos objetivos políticos distintos a los de otros enclaves fenicios, creados en origen para una función muy determinada: la de escalas o puertos. Cartago respondería a un tipo nuevo de fundación fenicia, destinada a refugio de prófugos procedentes de Tiro y Chipre y, sobre todo, a impedir el avance del comercio griego en Occidente. Ello explicaría, entre otras cosas, la funda-

ción de Ibiza, que cerraba el paso hacia el estrecho de Gibraltar de toda nave enemiga procedente del Mediterráneo. Y es precisamente la amenaza griega la que habría impulsado el desarrollo de una política militar, en detrimento de la estrictamente comercial, y sentado las bases del imperio naval cartaginés. Ello habría acelerado el proceso de transición de Cartago a un gran centro urbano, y fuera del control de Tiro. En otras palabras, el crecimiento de Cartago se debió a criterios defensivos y políticos, más que comerciales.

Señalemos, sin embargo, que la amenaza del comercio griego no se deja sentir en Occidente antes de las fundaciones focenses de Massalia y Ampurias. Los griegos que les precedieron en el Mediterráneo, los eubeos, lejos de ser una competencia comercial, fueron los mejores socios comerciales de los fenicios occidentales. El cambio operado en Cartago a finales del siglo VIII a.C. obedece, en consecuencia, a otras razones distintas de las estrictamente estratégicas, sociales o políticas. El análisis del proceso en los restantes centros fenicios del Mediterráneo nos dirá si fue un caso aislado o si se trata, por el contrario, de un desarrollo de mayor envergadura.

La actividad económica

Existen pocos datos sobre la economía de Cartago antes del siglo VI a.C. Es lícito pensar, no obstante, que su actividad económica bien pudo estar determinada por factores estratégicos y territoriales.

El asentamiento arcaico, situado en una colina, dominaba fértiles llanuras agrícolas que, a juzgar por los datos, constituyeron uno de los pilares de la riqueza cartaginesa. Dos grandes regiones cerealísticas —la zona central del territorio y el *hinterland* de Cartago y el valle del río Bagradas, dominado en su desembocadura por Útica—, todavía producían en época romana abundante grano. En las cercanías de Cartago y zona de cabo Bon existieron campos llenos de cultivos (Diodoro 20:8,3-4) y Cartago desarrolló sistemas sofisticados y bien organizados de prácticas agrícolas, de los que la misma Roma se reconoció deudora.

De la importancia otorgada por Cartago a la agricultura dan una idea los célebres tratados de agronomía cartagineses. El más famoso de todos ellos, el tratado de agricultura de Magón, constituyó un compendio de conocimientos de tal envergadura, que el Senado romano optó por traducirlo al griego y al latín (Plinio, *N. H.* 18:22). Redactado hacia el siglo V a.C., en él se daban las directrices para el cultivo de cereales, viñedos y olivos, lo que sugiere una larga experiencia norteafricana en estas técnicas.

Cartago llenó de olivos el norte de África y llegó a producir toneladas de aceite para uso local y exportación. Los campos cultivados se extendían por las proximidades de la ciudad, utilizándose para el trabajo mano de obra esclava. La cría de bueyes, cabras y caballos quedó reservada a los indígenas libios del interior (Polibio 12,3:3-4).

Los ciudadanos más poderosos de Cartago poseían extensas tierras y haciendas, en las que trabajaban esclavos y prisioneros de guerra desde la época de las guerras púnicas (Diodoro 20:13,2; 20:69,5; Apiano, *Pun.* 15). Las referencias a ricos cartagineses que poseían viñas, olivos, frutales y pastos, y a una nobleza rural muy poderosa son numerosas. Más allá de esta zona fértil, situada en las proximidades de Cartago, se extendían los campos cultivados por los libios, que conservaron la propiedad de sus tierras a cambio de pesados tributos y de entregar un porcentaje importante de grano a la ciudad (Livio 31:48,1; Justino 31:3; Diodoro 20:8,3-4).

En rigor, pues, cabe hablar en Cartago de un territorio periférico dedicado a producir para su población urbana, y que era propiedad de los ciudadanos insignes, desde, por lo menos, el siglo VI a.C. No sabemos si el estado se reservó una parte de los territorios agrícolas, es decir, de la *chora*. En realidad, la documentación disponible habla en favor de la existencia de propiedad privada de la tierra, más que pública, en manos de nobles y terratenientes. Acaso el estado se limitó a planificar y legislar la actividad agrícola, o bien cabe interpretar esta escasa intervención de las instituciones públicas como consecuencia de la asimilación total entre el estado y la nobleza terrateniente, que acaso eran lo mismo.

A juzgar por la epigrafía, la clase alta cartaginesa —los *b'lm* o señores y príncipes— estuvo formada por propietarios de tierra y por grandes armadores, funcionarios administrativos, jueces y sacerdotes que, en rigor, configuraron una oligarquía de la que dependía el poder político, administrativo y religioso. Por debajo de esta oligarquía figuran los *mkr* o *shr*, comerciantes y mercaderes, y también algún que otro agente comercial o *mhsbm*.

No obstante, conviene no olvidar que todos estos datos económicos se refieren a la Cartago púnica, esto es, a los siglos VI-V a.C. No se conocen indicios de que durante los siglos VIII-VII a.C. Cartago controlara el *hinterland* agrícola. Antes al contrario, en principio la economía cartaginesa estuvo circunscrita a la explotación de un territorio limitado, pagando la ciudad un canon anual a los libios, en virtud de la explotación del terreno concedido a Elissa. Este canon tributario se prolongó hasta los siglos VI-V a.C. (Justino 17:5,14; 19:2,4).

La ocupación sistemática de la costa no se inicia, tampoco, antes de los siglos VI-V a.C., momento en que Cartago acomete el control militar del territorio, mediante la construcción de imponentes fortificaciones en el golfo de Túnez y cabo Bon, como las de Ras Fortass, Kelibia y Ras ed-Drek.

Útica

Esta colonia fenicia, considerada más antigua que Cartago, estuvo situada a 40 km al noroeste de la capital. Emplazada sobre una colina o islote, Útica controló la desembocadura del Bagradas y sus fértiles llanuras de aluvión.

De la colonia fenicia arcaica solamente se conocen sus dos necrópolis, la de l'Ile (siglos VII-VI a.C) y la de la Berge (s. VII-V a.C.). El dato más interesan-

te a tener en cuenta en estas necrópolis, que hasta hoy no han deparado materiales anteriores al siglo VIII a.C., es su arquitectura funeraria monumental, que es la expresión de una sociedad fenicia sofisticada y opulenta, enriquecida gracias al comercio marítimo, a juzgar por las importaciones halladas en sus sepulturas. Por lo demás, se trata de un estilo arquitectónico funerario más cercano al de los centros fenicios occidentales (Trayamar, en Málaga) que al de la propia Cartago.

Al igual que en Cartago, la colonia arcaica de Útica no parece haber desarrollado al principio una actividad agrícola relevante ni haber promovido un proceso inmediato de control del territorio circundante. En el siglo VI a.C. todavía no se menciona a Útica al lado de Cartago en los acontecimientos políticos más destacados del momento, como es la batalla de Alalia. Ello sugiere que, hacia el 540 a.C., Útica todavía mantenía una autonomía política y económica con relación al poderoso vecino cartaginés.

A pesar de la escasa documentación de que disponemos sobre la Útica fenicia, tres son los rasgos que conviene retener aquí: su emplazamiento en la desembocadura de un río, su arquitectura funeraria arcaica y, por último, la ausencia de *tofet* en el lugar. Tres rasgos que aproximan a Útica al grupo de colonias occidentales, más que al foco cartaginés.

MOTYA: UN MODELO DE ENCLAVE ESTRATÉGICO EN SICILIA

La posición geográfica de la isla de Sicilia confería a sus colonias un valor estratégico innegable. No en vano los fenicios eligieron una isla cuya situación había sido vital para la navegación mediterránea y egea durante el II milenio. Así lo atestiguan las cerámicas micénicas halladas en sus costas. Cabe pensar, por consiguiente, que el establecimiento de fenicios en Sicilia respondió inicialmente a unos imperativos básicamente estratégicos.

Con la llegada de los griegos a la isla, los fenicios, que ya ocupaban promontorios costeros e islotes, se vieron obligados a retirarse a la zona occidental, donde fundaron sus tres colonias principales —Motya, Panormo y Solunto—, de las que sin duda Motya fue la más importante (Tucídides 6:2,6; Diodoro 20:58,2; 51,1). Dado que la fundación de las primeras colonias griegas de Sicilia —Naxos y Siracusa— data de los años 734-733 a.C., hemos de situar el acontecimiento a finales del siglo VIII a.C. Esta segunda fase de expansión fenicia en Sicilia es la única documentada por la arqueología.

De la etapa fenicia de Panormo y Solunto apenas tenemos información. Todo lo contrario sucede con Motya, o Mozia, situada en un islote frente a la ciudad de Marsala, ubicada en tierra firme (fig. 53). El establecimiento fenicio responde, por consiguiente, a un patrón de asentamiento típicamente fenicio: un emplazamiento insular cercano a la costa, bien protegido de vientos y mareas, que vemos repetirse en Gadir o en el Cerro del Villar del Guadalhorce. Se trata de un modelo de asentamiento derivado, claramente, del país de origen, donde ya conocemos los ejemplos clásicos de Arvad o de la misma Tiro.

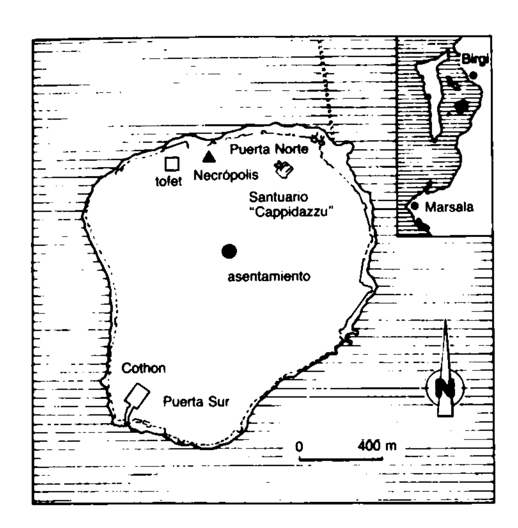


FIGURA 53. Planta de la isla de Motya.

En Motya, los fenicios gozaban de una doble ventaja geopolítica: su alianza y sus buenas relaciones con los elimios de la Sicilia occidental, y la proximidad de Cartago, situada al otro lado del canal de Sicilia (Tucídides 6:2,6).

El hecho de haber estado ocupada ininterrumpidamente desde finales del siglo VIII hasta el siglo IV a.C., hace de Motya uno de los núcleos fenicios mejor conocidos y uno de los pocos en que se ha podido analizar toda la secuencia cultural fenicio-púnica. Constituye, por consiguiente, un modelo de asentamiento fenicio que cabe considerar representativo del grupo central del Mediterráneo, al conocerse relativamente bien su topografía urbanística y la distribución espacial de sus hallazgos más significativos.

El área de Motya, de unas 40 hectáreas de superficie, tiene un perímetro amurallado de 2.500 m. Hasta el 650 a.C., el área destinada a viviendas fue relativamente pequeña y la población residente escasa, a juzgar por el volumen de enterramientos en la necrópolis. Sin embargo, desde mediados del siglo VII a.C., los datos funerarios indican un aumento considerable de la población, con un máximo en el siglo VI a.C., cuando se estima en unos 15.800 habitantes.

La necrópolis arcaica comienza a utilizarse a finales del siglo VIII a.C. y es el complejo arqueológico que ha proporcionado hasta hoy los materiales más arcaicos. Los ajuares indican que se trata de una sociedad oriental en sus principales manifestaciones culturales y poco jerarquizada.

A partir del siglo VII a.C. los fenicios de Motya levantaron en la periferia del islote diversas instalaciones mercantiles y portuarias. Así, por ejemplo, en la zona norte y en las cercanías de la Puerta Sur, grandes complejos industriales y almacenes, en uso durante los siglos VII-VI a.C., sugieren la aparición temprana de industrias especializadas —hierro y púrpura— en las proximidades de las puertas de la muralla y de los embarcaderos.

En el siglo VII a.C. se erigieron dos importantes recintos sacros. Uno de ellos, el «Cappidazzu», al noreste de la isla, fue en un principio un templo rudimentario que más adelante adquirió dimensiones casi monumentales. El otro, al norte, fue el *tofet*, donde se depositaron a lo largo de toda la historia de la colonia urnas conteniendo restos incinerados de niños. Puesto en funcionamiento durante la primera mitad del siglo VII a.C., el *tofet* refleja un aumento notable de enterramientos a partir del 650 a.C.

Motya se consolida como centro urbano durante el siglo VI a.C., cuando surgen construcciones públicas de una cierta envergadura: la muralla, el témenos del santuario de Cappidazzu, un puerto cerrado o *cothon*, al sur, y un dique en la Puerta Norte que unió a Motya con Sicilia, a la altura de Birgi. Es la época, por otra parte, en que centros como Motya pasan a depender progresivamente de Cartago.

En resumen, se advierten en Motya tres etapas bien diferenciadas en el poblamiento fenicio: una etapa inicial (finales del siglo VIII a.C.), que corresponde a la llegada de un contingente de población fenicia; una segunda etapa (siglo VII a.C.), en la que el establecimiento fenicio experimenta un notable crecimiento y se dota de instalaciones industriales y mercantiles, así como de recintos destinados a culto y actividades rituales; y una tercera etapa (siglo VI a.C.), a la que corresponden grandes obras públicas propias de un auténtico centro urbano.

A juzgar por los hallazgos en tierra firme, no parece que Motya impulsara una política de expansión territorial hacia el interior de Sicilia en época arcaica. Lo impedía la presencia de importantes núcleos de población indígena asentada en Eryx y en Segesta, que dominaban un territorio extremadamente rico en recursos agrícolas y con los que la colonia fenicia mantuvo intensas relaciones comerciales y políticas durante largo tiempo. En Motya, por otra parte, no observamos durante la etapa fenicia los rasgos que tradicionalmente se atribuyen a una colonia urbana, tales como estructuras defensivas, instituciones religiosas, civiles y administrativas, división en clases, comunidad especializada, etc. Antes del siglo VI tampoco se conocen edificios públicos de envergadura ni un templo central dominando el puerto, como en Kition o Sarepta.

Sin embargo, la construcción de un área sacra en el Cappidazzu y de un *tofet* en la primera mitad del siglo VII a.C. es indicativo de un cambio cualitativo en las entidades cívicas del establecimiento fenicio, que parecen aglutinar por primera vez las actividades religiosas de la comunidad. El aumento demográfico observado hacia el 650 a.C. y el proceso de centralización de la actividad religiosa y ritual expresarían, en opinión de algunos autores, la transición de un puerto mercante fenicio a una colonia urbana al estilo de las de la Magna Grecia.

Panormo, Solunto y Malta

Los enclaves fenicios de Panormo y Solunto, situados en la isla de Sicilia, no han proporcionado hasta hoy una información equiparable a la de la vecina Motya.

De la Panormo fenicia (la moderna Palermo), tan sólo conocemos sus necrópolis, utilizadas a partir del siglo VII a.C. Parece que Panormo fue ciudad rica y opulenta bajo el dominio de Cartago (siglos VI-VIII a.C.), cuando se constata un auge demográfico y edilicio.

En cuanto a la Solunto fenicia, se ignora todavía su emplazamiento arcaico.

También la pequeña isla de Malta, al igual que las de Gozo y Pantelaria, fue considerada una colonia fenicia destinada a refugio o escala en los viajes hacia Occidente, por su situación y sus excelentes puertos naturales (Diodoro 5:12,3-4).

Aunque no hay indicios de enclaves fenicios permanentes, se considera que el centro principal de Malta pudo estar situado en Melite, la moderna Rabat-Medina, en la costa. La ocupación fenicia de la isla, o mejor, la de alguna de sus plazas fuertes, data de la segunda mitad del siglo VIII. Hay evidencia de la presencia de fenicios en la zona de Rabat desde finales del siglo VIII a.C., pero sin llegar a formar grandes aglomeraciones de población al estilo de Túnez, Sicilia o Cerdeña. Malta se distancia, así, del patrón de asentamiento definido en Cartago o Motya, que ofrece una clara tendencia a la concentración del poblamiento a nivel espacial. Malta, por el contrario, presenta una población dispersa y reducida, tal como se desprende de la distribución y volumen de las tumbas fenicias. Se trata de un caso muy peculiar, por cuanto la población indígena de Malta era muy densa y desarrollada, lo que determinó un patrón de asentamiento colonial irregular y, al parecer, transitorio.

A pesar de conocerse sepulturas de finales del siglo VIII a.C. (Gajn Qajjet), la mayoría de los enterramientos fenicios corresponden al siglo VII a.C. y se sitúan en la zona interior y occidental de la isla, significativamente la más poblada por grupos indígenas: Mtarfa, Rabat, Dingli. Cabe señalar al respecto, que la cerámica fenicia de Malta guarda mayor relación morfológica con la de los centros más occidentales —Andalucía, Orán, Lixus, Mogador— que con la del Mediterráneo central. Se apunta, como factor causal, a un origen distinto para la población fenicia de Occidente.

El yacimiento sin duda más importante de Malta, el santuario de Tas Silg, nos permite analizar el proceso de integración entre los colonos fenicios y las comunidades indígenas. Se trata de un recinto sacro utilizado conjuntamente por la población indígena del Bronce Final y por los fenicios, quienes lo consagraron a Astarté durante el siglo VII a.C. Todo ello habla en favor de la utilización de Malta, por parte de los fenicios, como una base naval de apoyo y de tránsito, más que como un asentamiento colonial. Siempre considerada como una estación secundaria en las rutas fenicias de Occidente, la isla constituyó, sin embargo, un lugar de paso obligado en el tráfico comercial fenicio del Mediterráneo central.

La influencia de Cartago en Malta es muy escasa. Por razones que desconocemos, la isla perdió su función estratégica durante la fase púnica, al quedar marginada de los circuitos principales del Mediterráneo hasta la conquista de Roma a finales del siglo III a.C.

En cuanto a las islas de Gozo y Pantelaria, la evidencia arqueológica no constata todavía indicios anteriores al siglo V a.C.

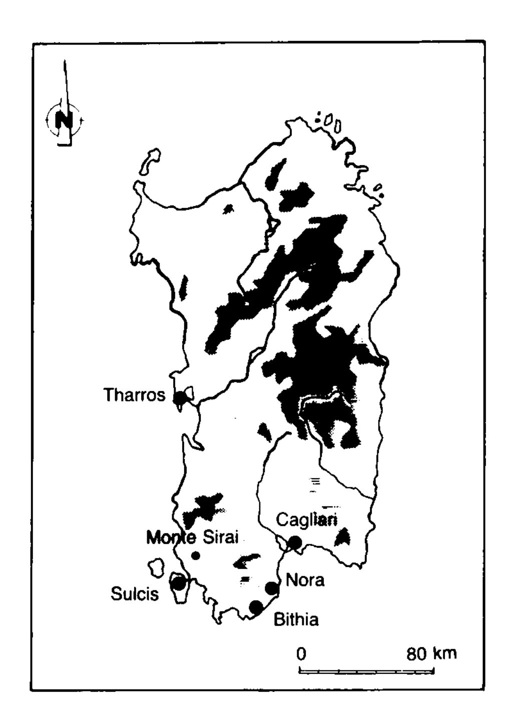


FIGURA 54. Las colonias fenicias de Cerdeña.

LOS FENICIOS EN CERDEÑA

El establecimiento fenicio en la isla de Cerdeña ofrece pautas de asentamiento muy similares a las que se constatan en Andalucía oriental: ocupación sistemática de un tramo costero y creación de puertos a escasa distancia entre sí (fig. 54). Además, las colonias sardas responden a un patrón de asentamiento definido: el enclave arcaico se ubica generalmente en un promontorio situado en un cabo, unido a tierra firme por un pequeño istmo (fig. 55). La extraordinaria concentración de establecimientos fenicios en la costa suroccidental de la isla, desde Cagliari a Tharros, sólo es equiparable durante los siglos VIII-VII a.C. a la del litoral de las provincias de Málaga, Granada y Almería. Sin embargo, en Cerdeña, este fenómeno es fruto de una auténtica estrategia territorial: el control del *hinterland*.

En la costa oriental de Cerdeña, entre el cabo Carbonara al sur y Olbia al norte, se documenta la presencia de pequeños asentamientos púnicos, mucho más modestos que los grandes centros de la costa suroccidental de la isla, que ofrecen muchos rasgos en común con los de la Costa del Sol española. Establecidos a finales del siglo VI, se encuentran emplazados en pequeños promontorios situados en ensenadas dominando una laguna y en la desembocadura de los ríos Picocca, Flumendosa y Quirra. El más conocido, sin embargo, lo cons-



FIGURA 55. Vista de la colonia fenicia de Bithia y su bahía.

tituye el de Cuccureddus, un establecimiento arcaico del siglo VII fundado sobre un promontorio que domina la desembocadura del río Foxi. A raíz de la conquista cartaginesa de la isla, en la segunda mitad del siglo VI, el asentamiento quedó destruido y fue reemplazado por la vecina Cagliari en el dominio del territorio suroriental de la isla.

Sulcis y su estrategia territorial

De todos los establecimientos fenicios de Cerdeña, el de Sulcis es el que proporciona mayor información en relación al contexto de un asentamiento fenicio arcaico. El enclave de Sulcis, situado en un islote próximo al cabo de Sant'Antioco, unido hoy a tierra firme por un istmo resultante de la acumulación de sedimentos procedentes del río Palmas, dominaba un excelente y abrigado puerto natural, y poseía, al parecer, un recinto de fortificación y una extensa necrópolis en las laderas del monte de Cresia (fig. 56). Al norte del establecimiento, y fuera ya del recinto defensivo, se ubicó el *tofet,* que ha proporcionado vestigios bastante antiguos de la presencia fenicia en Cerdeña (fig. 57). En la medida en que al *tofet* se le atribuye un carácter urbano, tal como veremos más adelante, y que suele aparecer en Occidente en una etapa posterior a la fundación de un enclave fenicio colonial, habría que situar el origen de Sulcis a mediados del siglo VIII a.C., si no antes.

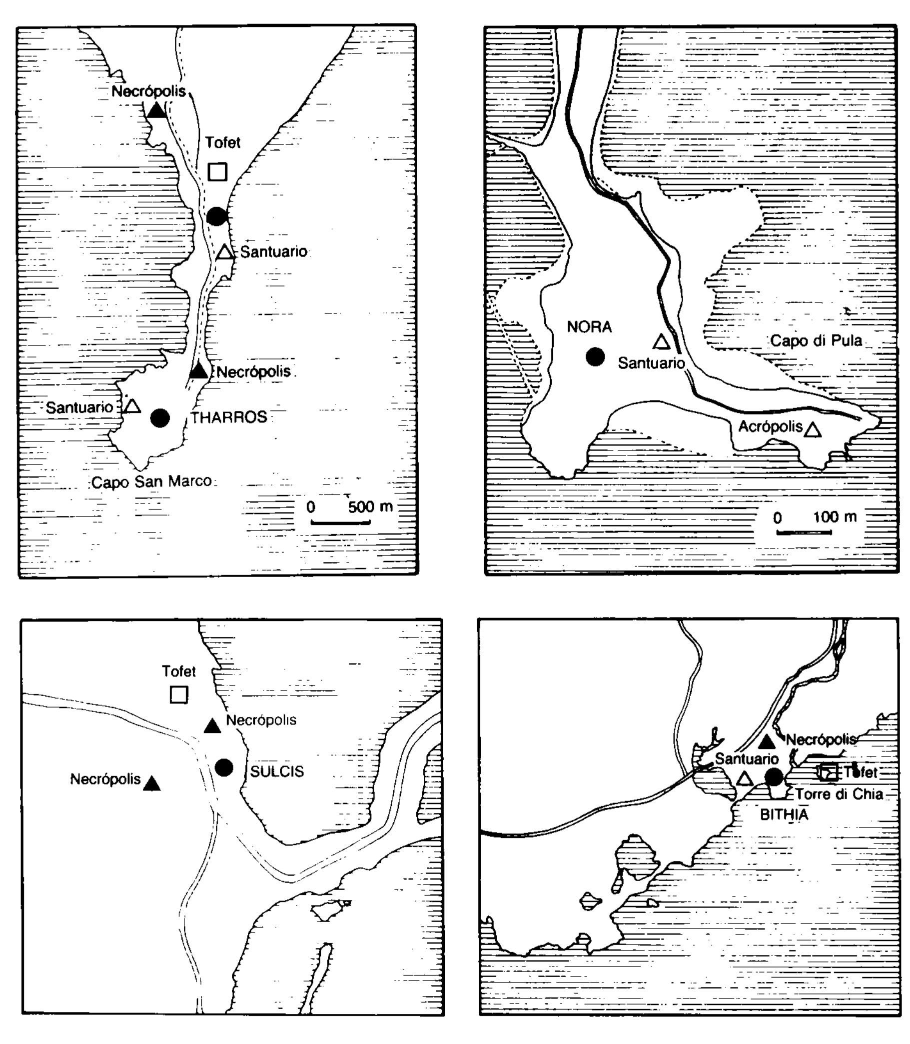


FIGURA 56. Planta de Tharros, Nora, Sulcis y Bithia.

Lo confirman recientes hallazgos en pleno casco urbano de Sant'Antioco, en el área del Cronicario, donde en 1986 se descubrieron vestigios del asentamiento fenicio arcaico (750-670 a.C.), fundado, según todas las apariencias, en territorio deshabitado (fig. 58). Al igual que en Cartago, en los niveles más arcaicos de Sulcis destaca la presencia de cerámicas euboicas, que denotan la importancia de la isla de Pithecusa en la primera fase de la diáspora de fenicios y griegos eubeos hacia Occidente.

A partir del siglo VII a.C., Sulcis creó una densa red de instalaciones fortificadas, dirigidas a asegurarse el control territorial directo de un *hinterland* rico en plomo y plata. Entre todas estas fortificaciones, que delimitaron un vasto

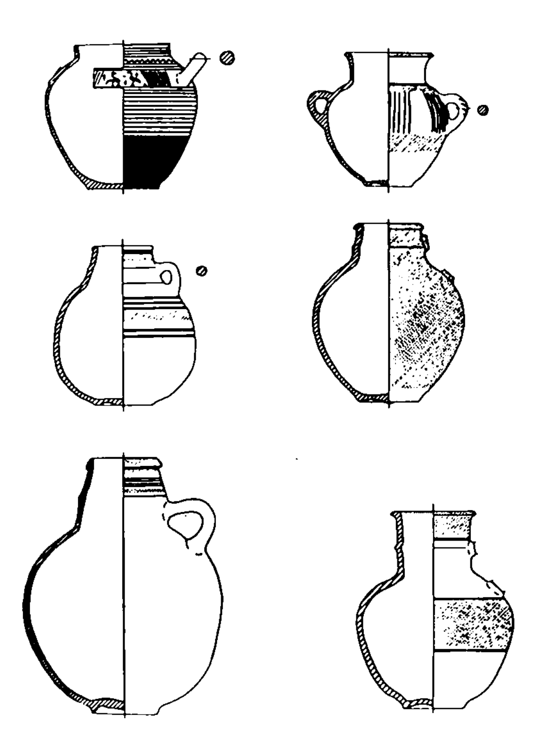


FIGURA 57. Cerámica arcaica del *tofet* de Sulcis (según Bartoloni, 1983).

cinturón defensivo a espaldas de la colonia fenicia, destacan por su importancia las de Monte Sirai, Pani Loriga (Santadi), Monte Crobu, Corona Arrubia, Sa Turrita de Seruci y Porto Pino.

La fortificación mejor conocida es la de Monte Sirai, levantada hacia el 600 a.C. sobre un poblado indígena (*nuragha*) destruido o abandonado (fig. 59). Este modelo de instalación militar superpuesta a un poblado nurágico sugiere, más que un fenómeno de destrucción deliberada, una voluntad por parte de Sulcis de mostrar su soberanía territorial en zonas antes dominadas por población indígena.

A pesar de todo, el enclave militar de Monte Sirai parece haber mantenido desde un principio relaciones pacíficas con los indígenas del interior, ya que no existen indicios de beligerancia. Una necrópolis arcaica de incineración (siglos VII-VI a.C.), situada en las proximidades de la fortaleza, muestra que la población fenicia, oriunda de Sulcis y acaso formada por militares y soldados, fue considerable.

El *tofet* de Monte Sirai no surge, sin embargo, hasta el siglo IV a.C. El dato es significativo, por cuanto la instalación de este tipo de recinto sacro refleja siempre la naturaleza urbana del centro correspondiente. En otras palabras, significa que Monte Sirai fue una filial de Sulcis hasta época helenística, momen-

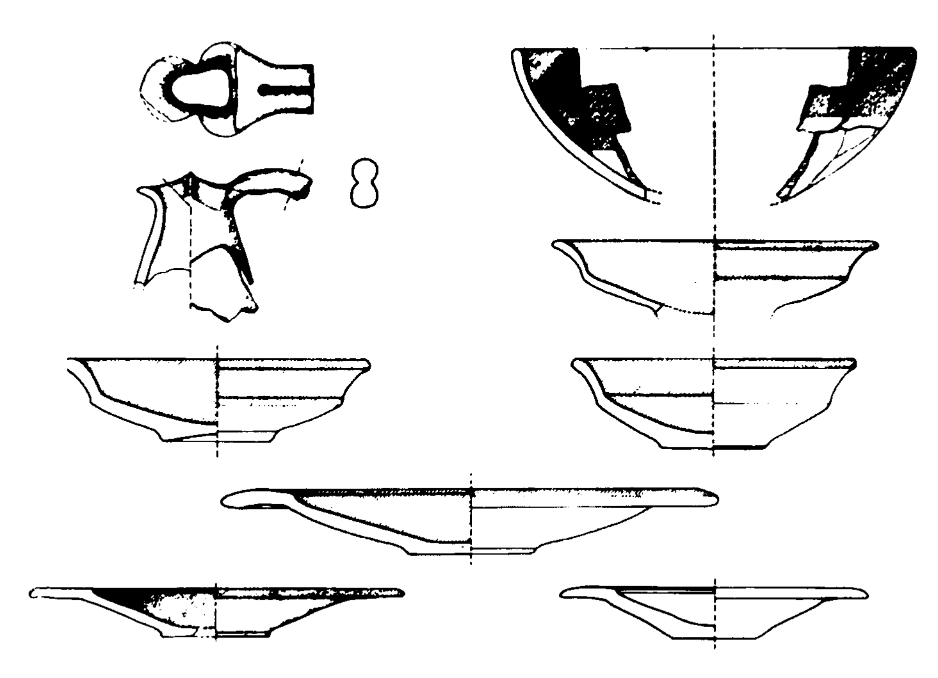


FIGURA 58. Cerámica del Cronicario de Sulcis (según Bernardini, 1993).

to este en que se independizó de la tutoría sulcitana, adquiriendo identidad urbana y autónoma. Hasta entonces, el *tofet* de Sulcis ejerció de santuario urbano y central para todas estas comunidades rurales y militares del interior.

La arqueología de Sulcis y de su territorio de influencia nos muestra, así, que la fundación de la colonia fenicia en el siglo VIII a.C. significó una verdadera operación estratégica encaminada primero a asegurarse el control de un vasto territorio interno, y después a defenderlo.

Sulcis es importante en la medida en que evidencia la complejidad y heterogeneidad de los objetivos de la expansión fenicia en Occidente. En este caso, la fundación de la colonia determinó la necesidad de tutelar rápidamente la costa y los valles costeros, esto es, de conseguir una autonomía económica y territorial con relación al interior, y garantizar una explotación agrícola y metalúrgica pacíficas.

Nora, Bithia y Tharros

Entre los establecimientos fenicios de Cerdeña, debemos omitir el de Cagliari, por no existir información arqueológica suficiente relacionada con el período arcaico.

En cuanto a Nora, su célebre inscripción monumental (véase fig. 45) parece sugerir que la llegada de los fenicios coincidió con la construcción de un tem-



FIGURA 59. La acrópolis de Monte Sirai.

plo consagrado a Pumay. También señala la tradición que Nora fue la fundación fenicia más antigua de Cerdeña. Sin embargo, hasta hoy no se conoce un solo indicio arqueológico anterior al siglo VII a.C.

La antigua Nora estuvo situada en el Capo di Pula, en pleno golfo de Cagliari, y a 30 km de distancia de esta ciudad. El poblado, asentado en el mismo cabo, estaba separado de tierra firme por un istmo, al norte, en el que se levantó el recinto del *tofet* (véase fig. 56). La necrópolis correspondiente se sitúa en tierra firme. Sólo en los siglos VI-V a.C. la ciudad se fortificó y se erigió un templo dominando la colonia y los puertos, lo que ofrece un paralelismo directo con lo observado en Mozia.

A juzgar por el registro arqueológico, Nora no parece desarrollar una estrategia de expansión hacia el interior en época arcaica, ni existen indicios de un control del *hinterland*, tan característico por otra parte de los centros fenicios de Cerdeña.

La fenicia Bitia o Bithia estuvo situada en lo alto del promontorio de Torre di Chia, junto a la desembocadura del río Chia y dominando dos ensenadas apropiadas para puerto natural (véase fig. 55). La evidencia arqueológica sugiere que el establecimiento fenicio se fundó a finales del siglo VIII a.C. y que, a lo largo de los siglos VII y VI a.C., éste experimentó un rápido crecimiento.

La necrópolis arcaica estuvo situada al norte del promontorio de Chia, en tierra firme, siguiendo un modelo idéntico al que hemos visto en Nora. Al igual que en Sicilia y en los restantes enclaves fenicios de Cerdeña, el rito funerario

característico fue el de la incineración que, en época púnica, será sustituido por la inhumación. El *tofet* de Bithia se situó en el islote de Su Cardulinu, al noreste del poblado.

Al igual que en Sulcis y en Bithia, también en Tharros se comprueba la presencia de fenicios desde el siglo VIII a.C. (véase fig. 56). Su topografía responde, igualmente, al patrón de asentamiento habitual en Cerdeña: el enclave arcaico se ubica en un cabo, el de San Marco, unido a tierra firme por un istmo. El poblado se situó en pleno istmo, al este de Torre di San Giovanni y la necrópolis correspondiente al sur del hábitat y al noreste del cabo, en Punta Gabizza. En época púnica se establecieron otras dos necrópolis, una en San Giovanni di Sinis, al norte, y la otra en el extremo sur del asentamiento. Algunos materiales arcaicos de la necrópolis de San Giovanni sugieren la posibilidad de que en Tharros existieran dos necrópolis desde finales del siglo VII.

Al igual que en otras colonias fenicias, el *tofet* se sitúa en la periferia, al norte del núcleo urbano y en las proximidades de las murallas de la ciudad. Los elementos característicos de un centro urbano lo constituyen, no sólo el *tofet,* sino un santuario o templete central erigido en el sector oriental del cabo San Marco en época arcaica. Tharros alcanzó, por consiguiente, categoría urbana o, por lo menos, se dotó de institución cívica muy pronto y, acaso, tan temprano como Sulcis.

No existen pruebas, sin embargo, de que Tharros ejerciese soberanía territorial al estilo de Sulcis durante los siglos VIII-VI a.C., si bien es probable que pasara a controlar muy pronto los fértiles valles agrícolas de la llanura del Sinis. En cambio hay evidencia clara de que fue una colonia muy activa en el ámbito comercial y que desarrolló una producción especializada de objetos de lujo y orfebrería destinada a los ricos clientes etruscos y latinos de la Italia continental.

A raíz de la intervención militar cartaginesa en todos estos territorios a mediados del siglo VI a.C., constatamos por primera vez en Cerdeña una explotación intensiva del mineral de hierro y una ocupación sistemática de todas las zonas agrícolas del interior de la isla.

La conexión euboica

Es opinión generalizada que la llegada masiva del elemento griego a Occidente fue a la larga perjudicial para los intereses del comercio fenicio en el Mediterráneo, que se vio obligado a cambiar de estrategia en materia de intercambios y zonas de influencia. Con frecuencia se habla también de intereses encontrados, de luchas por el control de mercados y de un reparto de competencias y parcelas de poder. Y sin embargo, la evidencia parece contradecir esta hipótesis de esferas competitivas durante la época de la expansión fenicia.

La colonia griega más antigua de Occidente es Pithecusa o Pithecoussai (Ischia), fundada por los eubeos el año 760 a.C. y contemporánea, en consecuencia, de la primera presencia fenicia atestiguada en el registro arqueológico: Car-

tago, costa oriental de Andalucía y Sulcis. El establecimiento de fenicios en Sicilia occidental es, por consiguiente, posterior al establecimiento de griegos en Ischia y Cumas (hacia 750 a.C.).

Como se recordará, la cronología absoluta de la diáspora fenicia a Occidente se ha establecido, sobre todo, a partir de importaciones de cerámica euboico-cicládica, de procedencia pitecusana, que traduce, entre otras cosas, un intercambio de productos entre Ischia, Cartago y Sulcis en los albores de la expansión tiria. Sobre la base de estas importaciones en el ámbito del Mediterráneo central, las fundaciones fenicias de Cartago y Cerdeña parecen ser anteriores a las de Sicilia y Malta.

Las cerámicas griegas tardogeométricas más antiguas del área de Byrsa y del *tofet* de Cartago (hacia el 760 a.C.) son idénticas a las que hallamos en el horizonte más antiguo de la colonia de Pithecusa y fue sin duda esta colonia griega, o su filial Cumas, la que canalizó estos productos hacia los establecimientos coloniales fenicios. Alguna de estas piezas procede, incluso, de taller pitecusano, como es el caso de la urna euboica del *tofet* de Sulcis y de un vaso de imitación protocorintia hallado en una tumba fenicia de Almuñécar, de mediados del siglo VII a.C.

A su vez, en Ischia se han localizado cerámicas e inscripciones fenicias que sugieren la presencia de artesanos o comerciantes semitas en la colonia griega a finales del siglo VIII a.C. Es más, el hallazgo de alguna fíbula metálica en Pithecusa, unido a ciertas formas de la cerámica fenicia de importación, dejan entrever la existencia de contactos directos entre la colonia griega y el sur de España a finales del siglo VIII a.C. En cualquier caso, la expansión fenicia hacia Occidente aparece de algún modo relacionada con la actividad euboica, actividad en la que pudieron muy bien existir intereses y empresas comunes, al menos entre los años 760-700 a.C.

Esta simbiosis entre lo fenicio y lo euboico no es nueva para nosotros, ya que habíamos constatado un fenómeno similar en el Mediterráneo oriental. Efectivamente, a finales del siglo IX a.C. fenicios y eubeos desarrollaron actividades comerciales conjuntas en Al Mina y Tell Sukas.

Por todo ello resulta difícil considerar la colonización euboica en Occidente como una empresa competitiva y perjudicial para el comercio fenicio. En ambas empresas se advierten ciertos rasgos en común, como son la búsqueda de metales, un mismo patrón de asentamiento —promontorios costeros e islotes—, piratería y, probablemente, una cierta componente privada en origen. Por lo demás, los objetivos económicos, lejos de oponerse, se complementan. Así el interés principal de los griegos de Pithecusa y Cumas se centró en la explotación y adquisición de mineral de estaño, cobre y hierro de la Etruria tirrénica, en tanto que el objetivo inicial de la diáspora fenicia parece haberse dirigido hacia los metales atlánticos.

Al igual que muchos enclaves fenicios de Occidente, la colonia de Pithecusa no tardó en convertirse en centro industrial, dedicado al trabajo de la plata —acaso procedente de Gadir— y a la fundición y elaboración de hierro, obtenido en la isla de Elba.

EL *TOFET*

El *tofet* constituye sin duda la manifestación cultural más característica de los asentamientos fenicios del Mediterráneo central y la que más información arqueológica ha facilitado para el estudio de materiales cerámicos y epigráficos relativos al mundo fenicio-púnico. Se denomina *tofet* a un recinto sagrado al aire libre situado en la periferia de los centros coloniales, en el que se practicaron sacrificios y se incineraron niños de corta edad. La práctica de un supuesto holocausto de niños o sacrificio *molk* en estos recintos, que describen algunos historiadores clásicos, dio una terrible reputación a los cartagineses, y su realidad acapara la atención de los estudiosos desde hace tiempo, al considerarse un rito «bárbaro» difícil de captar en todo su sentido. Se sitúa el origen y los antecedentes de este tipo de sacrificio humano en Oriente y, en particular, en Fenicia, y se considera que los colonos pudieron heredar de la metrópoli la costumbre de sacrificar a sus hijos en situaciones de emergencia, guerra o epidemias.

El *tofet* nos interesa particularmente, porque constituye en Occidente la institución sociorreligiosa más representativa de los establecimientos fenicios de Túnez, Sicilia y Cerdeña, y porque expresa la existencia de factores sociales que, en nuestra opinión, pueden ayudar a definir y diferenciar categorías de asentamientos coloniales arcaicos.

En el Occidente fenicio existe hoy más información arqueológica que escrita acerca de un rito que algunas fuentes clásicas no dudan en calificar de holocausto y en el que la víctima se sacrifica a la divinidad mediante su destrucción por fuego. El *tofet* sin duda más espectacular de Occidente fue el de Cartago, en Salammbô, que estuvo en uso ininterrumpido durante 600 años y que tan sólo para el período comprendido entre los años 400 y 200 a.C. ha proporcionado más de 20.000 urnas de incineración.

El nombre con que se designa a estos recintos o santuarios en las colonias fenicias de Occidente deriva del vocablo hebreo *tpt*, vocalizado *tophet*, nombre de un lugar que el Antiguo Testamento sitúa en el valle de Ben Hinnom, cerca de Jerusalén, donde se sacrificaban niños en honor de Baal (II Re 23:10; Jer 7:30-31). El nombre de Hinnom o de *tophet* designó una instalación, acaso un altar, y fue sinónimo de «infierno» y de «matanzas».

Aunque sea brevemente, un repaso a los antecedentes del rito en Oriente nos permitirá determinar el contexto social y político en el que se desarrolló el sacrificio y su significado social e ideológico.

Los antecedentes: Fenicia e Israel

El sacrificio de un niño o de un primogénito es sumamente raro en Oriente antes de la edad del Hierro. Aun así, hay noticia de su práctica en Canaán en la era de los patriarcas, o Bronce Medio II de Palestina (2000-1550 a.C.). El ejemplo clásico es el de Abraham, dispuesto a sacrificar a su hijo primogénito

al que, finalmente, sustituyó por un carnero (Gén 22:1-2). Yahvé exigía, pues, sacrificios humanos.

Las clásicas tesis evolucionistas, inspiradas en el ejemplo de Abraham, defienden una evolución del sacrificio humano en el ámbito semita del Bronce final a través de una sustitución gradual del primogénito por un esclavo, un animal y, finalmente, por el pan y el vino. En los textos de Ugarit se alude al sacrificio *mlk* de un primogénito en situaciones de peligro o guerra, y también se menciona el mito de Baal, en el que el sacrificio por fuego aparece asociado a ritos de fertilidad, lluvia y renovación anual de la vegetación. En ambos casos, el sacrificio se realiza por el bien de la colectividad, finalidad que aparece, asimismo, en la autoinmolación por fuego de Melqart y Elissa.

En Israel se denominó a esta clase de sacrificio «sacrificio *molk*» que, en el *tofet* de Jerusalén, designó el holocausto de un niño, de un recién nacido, destinado a restaurar las fuerzas de la naturaleza o el poder del estado. En Oriente el sacrificio *molk* se vinculó, por consiguiente, a Baal y a Yahvé. Sin embargo, en Oriente no se constata un solo indicio arqueológico relativo al lugar del sacrificio —el *tofet*— o a sus mecanismos de culto —el sacrificio *molk*. Acerca de su existencia sólo tenemos unas pocas referencias escritas.

Para Fenicia, la fuente de información más importante es Filón de Biblos (siglo III d.C.) que, como se recordará, tradujo al griego una historia fenicia, obra de Sanchuniaton, que vivió en Beirut hacia el año 1000 a.C. En esta obra se consigna, en tiempos de la guerra de Troya, la costumbre fenicia según la cual, en circunstancias de grave peligro, desastres, plagas o guerras, los «príncipes de la ciudad» sacrificaban a los más queridos de sus hijos, a los que degollaban en ceremonias misteriosas en honor de Cronos (Baal Hammón), que los fenicios llamaban El. En origen, el dios El habría sacrificado a su único hijo, Ieud, ante la inminencia de un peligro que amenazaba al país. Para ello lo vistió «como un rey», preparó un altar y lo sacrificó (Eusebio, *Praep. evang.* I,10,44).

Hoy se admite que las fuentes de Filón pudieron ser antiguas, lo que significa que en Fenicia hubo sacrificio de primogénitos y niños a principios del Hierro, pero sólo en circunstancias excepcionales. El problema radica en que aquéllos son el único testimonio que conocemos de la práctica de sacrificio humano en Fenicia. Sin duda fue un rito excepcional y consagrado indistintamente a Baal o El, que cayó probablemente en desuso hacia los siglos VII-VI a.C., según oyeron decir los griegos a raíz del asedio de Alejandro a la ciudad de Tiro en el siglo IV a.C. (Quinto Curcio Rufo 4:3).

En cualquier caso, conviene retener aquí el rasgo más significativo del sacrificio *molk* descrito por Filón: fue un ritual reservado exclusivamente a la monarquía o a las familias aristocráticas de Canaán.

El sacrificio *molk* pasó de Fenicia a Israel y a Siria, donde se practicó en honor de Hadad, Baal y Yahvé durante los siglos XII-VII a.C. Gracias a la hostilidad con que los profetas hebreos acogieron esta práctica, tenemos considerable información sobre ello en Israel.

En Israel fue considerado un rito extranjero y de origen cananeo, asimilado al culto del Cronos griego o al del Saturno romano, que no es otro que Baal

Hammón (Jer 19:5). De interés resulta la presencia de un cuerpo sacerdotal en el sacrificio (Lev 18:21; 20:1-5). Las protestas y la indignación que provocó su práctica (Jer 7:31; Ez 16:18; 23:37) indican que en Israel llegó a constituir un peligro real y que estuvo difundido en algunos medios paganos. El texto legal más antiguo que se conoce (Éx 22:29-30: «Me darás a tus hijos primogénitos») y las sucesivas prohibiciones legales contra el sacrificio *molk* contenidas en la legislación del Pentateuco, indican su arraigo temprano en Israel, donde el rito gira en torno a la figura sagrada del primogénito, típico del mundo semita.

Varios ejemplos conocidos pueden ilustrar el alcance y sentido del sacrificio humano en Palestina. Así, durante el período de los Jueces (*c.* 1200-1000 a.C.), Jefté ofreció quemar a su hija en sacrificio en honor de Yahvé, a cambio de conseguir la victoria sobre sus enemigos (Jue 11:30-31). El sacrificio de los hijos a Yahvé antes de una batalla era habitual (I Sam 7:9; 13:9; 31:10). En el siglo IX a.C. el rey Mesha de Moab sacrificó a su primogénito, quemándolo en las murallas de la ciudad, a raíz del asedio a que le sometió Joram de Israel (II Re 3:26-30). También el rey Ahaz de Judá (735-715 a.C.) inmoló en el fuego a su hijo en el valle de Hinnom (II Re 16:3), sacrificio que repitió su nieto Manasés (II Re 21:6; Jer 32:31-34). Fue finalmente Josías, en el siglo VII a.C., quien, a raíz de las reformas religiosas iniciadas en su reino, logró desmantelar el *tofet* de Jerusalén, declarando impuro el valle de Ben Hinnom y prohibiendo el rito (II Re 23:10; Jer 7:30-32).

De todo lo expuesto hasta aquí se infiere que la práctica del sacrificio humano tiene antecedentes directos en Siria-Palestina, donde ese tipo de prácticas parece haber sido exclusivo de algunos patriarcas, jefes y reyes, y vinculado a los intereses del estado. Con el sacrificio humano, la incineración o la muerte ritual, los dirigentes pretendían calmar las iras de Yahvé o de Baal. Sin embargo, en ningún caso parece haber alcanzado una magnitud y unas proporciones relevantes, nunca constituyó un acto oficial y reconocido de culto, y resulta muy raro, por no decir inexistente, en Fenicia durante la edad del Hierro.

Extraño al pensamiento clásico y considerado idolatría por parte de los escritores hebreos y grecorromanos, el sacrificio humano parece haber estado mucho menos difundido de lo que pretenden hacernos creer algunos detractores. Además, se practicó en todas las civilizaciones antiguas. Sirva de ejemplo el mundo homérico, donde se dan tres casos bien conocidos: Ifigenia, sacrificada por su padre, Agamenón; el cretense Idomeneo, quien a su regreso de Troya sacrificó a su hijo; y Aquiles, que sacrificó a doce valientes troyanos en la pira funeraria de Patroclo (*Il.* 23:175-176). Una vez más, la práctica está reservada a reyes y héroes y siempre con carácter excepcional.

Cartago y la tradición histórica

Para subrayar la idea de la tosquedad y crueldad del pueblo cartaginés y la de sus antepasados fenicios, algunas fuentes le atribuyen la práctica regular del holocausto de niños. «Los fenicios y, sobre todo, los cartagineses, cuando

desean que suceda algo importante prometen que, en caso de obtener el deseo, sacrificarán un niño a Cronos» (Clitarco, *Schol.*; Platón, *Rep.* 337 A). «También los cartagineses, que habitan en Cerdeña, sacrifican a Cronos en días establecidos» (*Schol.*; Homero, *Od.* 20:302). Cuentan, además, Clitarco y Diodoro Sículo (20:14,4-6), que el sacrificio se realizaba ante una estatua de bronce del dios, que tenía los brazos extendidos sobre un brasero en llamas y sobre los cuales se deslizaba y caía el niño. Al parecer se les cubría con una máscara sonriente y por esta razón, según Clitarco, morían riendo. De ahí la sonrisa sarcástica denominada «sarda» o «sardónica».

Justino señala que el sacrificio *molk* fue implantado en Occidente por Elissa para salvar a Cartago y guardar fidelidad a su marido muerto. El suicidio de Elissa en el fuego, que automáticamente le confería rango divino, es un mito de fundación y de clase, y es en su honor que se habrían sacrificado niños en Salammbô.

En esta tradición de clase se inscriben otros sacrificios y autoinmolaciones llevadas a cabo por reyes y generales de Cartago. Así, se cuenta que en el siglo V a.C., durante el asedio de Agrigento, una terrible peste se abatió sobre las tropas de Amílcar y Aníbal; el general superviviente, Amílcar, sacrificó entonces un niño a Baal para obtener la ayuda de los dioses (Diodoro 18:86). El general cartaginés Malco, vencido en la batalla y condenado al exilio, hizo matar a su hijo delante de la ciudad (Justino, 13:7). Por último, el general Amílcar se suicidó lanzándose a una hoguera durante la batalla de Himera (Heródoto 7:165-167).

Otra tradición se refiere a holocaustos colectivos en el seno de la aristocracia cartaginesa. Así, en el año 310 a.C., los cartagineses, asediados por Agatocles de Siracusa, pensaron que Cronos-Baal les había abandonado, molesto porque había decaído la costumbre de sacrificar a los niños más nobles en su honor, ya que era habitual comprar a los hijos de los pobres en sustitución. La ciudadanía decidió entonces reanudar la vieja costumbre y Cartago organizó un gigantesco holocausto en el que se sacrificaron 500 niños que, como antaño, eran hijos de nobles y poderosos (Diodoro 20:14; Plutarco, *De superstitione* 13).

El sacrificio *molk* en Cartago sólo cesó al caer la ciudad en poder de Roma el año 146 a.C. (Quinto Curcio Rufo 4:3). Aun así, y a pesar de la prohibición expresa de las autoridades romanas, se cuenta que siguió practicándose en secreto hasta el siglo II d.C., lo que nos indica hasta qué punto estuvo arraigado entre los cartagineses (Tertuliano, *Apolog.* 9:2-3).

El sacrificio humano en Cartago, ya sea individual o colectivo, parece haber sido privilegio de reyes, militares y dignatarios, lo que sugiere una práctica vinculada a los intereses del estado y de la colectividad, representados por la clase dominante. Por consiguiente, de las fuentes clásicas y, en particular, de los escritos de Clitarco, Porfirio, Tertuliano, Diodoro y Plutarco se infiere que, en Cartago, el sacrificio humano fue una práctica regular. Ello contrasta con historiadores de la talla de Tucídides, Polibio, Heródoto o Tito Livio, quienes no lo mencionan en sus escritos, lo que hace sospechar que la práctica sistemá-

tica del sacrificio humano fuera una interpretación muy *sui generis* de un rito —el de la incineración de niños recién nacidos— extraño al mundo clásico y mal interpretado por algunos escritores hostiles a Cartago.

En cualquier caso, no nos interesa tanto determinar las causas por las que un pueblo refinado y cosmopolita alcanzó tal grado de «barbarie» ni abundar en la polémica sobre si fue una práctica regular o excepcional, como incidir en el aspecto sociológico de la cuestión a través de una lectura institucional y social del registro arqueológico. En efecto, los *tofets* de Cartago, Motya o Cerdeña proporcionan hoy suficiente información para intentar profundizar en el significado social y económico de este recinto sagrado y su relación directa con determinadas categorías de asentamientos fenicios de Occidente.

Arqueología del «tofet»

En Occidente, el *tofet* es un recinto al aire libre, perfectamente delimitado y rodeado por muros, que definen un espacio reservado a ritos de sacrificio y a contener las cenizas de niños de corta edad en la periferia y generalmente al norte del centro habitado (fig. 60). En su interior se depositaban las urnas cinerarias, señaladas en superficie por un betilo o pilastra de piedra, que son sustituidas por estelas con una inscripción dedicada a Baal o Tanit a partir de los siglos VI-V a.C.

El *tofet* más espectacular de Occidente es, por supuesto, el de Cartago, denominado «Recinto de Tanit» (fig. 61). Utilizado sin interrupción desde el año 700 a.C. hasta la caída de Cartago, en 146 a.C., ha proporcionado hasta hoy más de 20.000 urnas cinerarias. Rodeado por una gruesa muralla, alcanza en el siglo IV a.C. una superficie de 6.000 m^2 y en él se han identificado hasta 9 niveles superpuestos de urnas, que corresponden a tres grandes fases de utilización: Tanit I (725-600 a.C.), II (600-finales siglo IV a.C.) y III (s. III-146 a.C.).

Recientes excavaciones en Salammbô han puesto de manifiesto los siguientes aspectos significativos:

a) Se practican deposiciones regulares e individuales, no masivas, predominando niños recién nacidos durante los siglos VII-VI a.C., y niños de hasta 3 años de edad en el siglo IV a.C. No se trata, pues, necesariamente, de primogénitos.

b) Desde el siglo VII a.C. aparecen restos de cabras y ovejas en el interior de las urnas; la sustitución por animales, pues, no fue gradual, ya que se dio desde un principio.

c) En las urnas más antiguas (siglos VII-VI a.C.), un 62,5 por 100 del contenido corresponde a restos humanos; sólo un 30 por 100 son animales y un 7,5 por 100 contiene un niño y un animal a la vez. En las urnas más recientes, a partir del siglo IV a.C., un 88 por 100 son restos humanos, frente a un 10 por 100 de animales y un 2 por 100 de ambos indistintamente. Estos análisis muestran que, en Cartago, la deposición de niños incinerados en el interior de



FIGURA 60. El *tofet* de Sulcis.

urnas, lejos de decrecer, aumentó hasta alcanzar sus mayores proporciones en los siglos IV-III a.C. Entre los años 400 y 200 a.C. se depositaron en Salammbô unas 20.000 urnas conteniendo incineraciones infantiles.

d) En Tanit II, la presencia de hasta 3 niños en una sola urna habla en favor de ofrendas de sacrificio vinculadas a unidades familiares.

Los análisis osteológicos realizados hasta hoy para determinar la edad de los restos humanos depositados en las urnas de los *tofets* de Cartago, Tharros y Susa muestran que más de un 80 por 100 de los incinerados corresponden a fetos o a niños recién nacidos. Es evidente que para que existiese sacrificio humano era necesario que el niño naciera vivo y se le diese muerte. En Tharros sólo un 2 por 100 de niños son de edad superior a las semanas o meses. Aunque no se han podido determinar las causas exactas de su muerte, todo hace pensar que murieron de causas naturales, al nacer o a las pocas semanas de haber nacido. Aunque pudieron practicarse sacrificios humanos, la elevada proporción de recién nacidos en los *tofets* demuestra que estos recintos sirvieron de lugar de enterramiento a los niños muertos al nacer y que no habían alcanzado los dos años de edad.

El análisis realizado por Fedele sobre el contenido de las urnas del *tofet* de Tharros sugiere que desde un principio, en el siglo VII a.C., casi un 50 por 100 de las urnas contenía los restos de un niño y de un pequeño ovicáprido. Al igual que en Salammbô, significa que hubo asociaciones de animales y niños, más que sustituciones.



FIGURA 61. El *tofet* de Salammbô, en Cartago.

Las estelas votivas halladas en los *tofets* de Occidente, que se cuentan por miles, suelen llevar una inscripción con una fórmula que hace referencia a un sacrificio *mlkdm* o a la sustitución del niño por una oveja (*mlkmr* o *molchomor*). En todo caso, son ofrendas a título individual, entendidas como un don, un regalo, una promesa o una prestación a Baal Hammón, a cambio de una gracia recibida. Estas fórmulas demuestran la existencia de ritos privados, no públicos, cuyo sentido exacto se nos escapa. Ignoramos la frecuencia con que se practicaron estos ritos, en los que los animales —pequeñas ovejas, cabras, tordos, mirlos— formaban parte significativa del ritual. En cualquier caso, los animales se inmolaban, no en sustitución de víctimas humanas, sino en calidad de auténticas víctimas del sacrificio. Los estudios epigráficos sugieren, por otra parte, que el vocablo *mlk* no designó a un dios, Moloch, sino al mismo acto de sacrificio.

En Cartago y en Tharros, el alto porcentaje de niños prematuros, recién nacidos y fetos indica que en la mayoría de las urnas se depositaron los restos incinerados de los niños que nacían muertos, lo que resulta coherente en una época en que la mortalidad infantil debió de ser bastante elevada. Todo ello ha favorecido la idea, defendida estos últimos años por algunos autores, como Bénichou-Safar, Moscati, Teixidor y Ribichini, de que no existió sacrificio humano regular e institucionalizado, sino que el *tofet* fue sobre todo una necrópolis infantil. La ausencia de tumbas conteniendo recién nacidos en las necrópolis fenicio-púnicas del Mediterráneo central confirmaría que los niños no se enterraban junto a los adultos, sino en el *tofet*.

Esta visión más «humana» de la religión cartaginesa admite, sin embargo, que se practicaran sacrificios humanos en Cartago con carácter excepcional y destinados a aplacar las iras de los dioses en situaciones extremas. En este sentido, no resulta convincente la hipótesis, formulada por Stager, según la cual existió infanticidio ritual en Cartago, practicado como un mecanismo de control demográfico a efectos económicos y patrimoniales. De ser así, las víctimas se habrían escogido exclusivamente entre las niñas.

Pero el *tofet* no fue una simple necrópolis infantil. Hasta época romana fue un lugar respetado como zona sagrada y reservada a aquellos miembros de la comunidad que no habían pasado por los ritos de iniciación o de integración propios del mundo de los adultos. La práctica de la incineración en estos recintos hasta época romana, cuando la inhumación ya se había convertido en el rito predominante entre las comunidades púnicas de Occidente, indica que en el *tofet* no sólo se siguieron practicando las formas tradicionales de enterramiento —la incineración como símbolo de combustión purificadora del cuerpo—, sino que en estos recintos existieron ritos destinados a ofrecer víctimas animales a Baal.

Al igual que todavía hoy en algunos países de Oriente, el *tofet* constituyó el lugar sagrado donde se enterraban a aquellos individuos que todavía no pertenecían a la comunidad, a los no iniciados ritualmente, a los que la sociedad marginaba en un lugar aparte. Sin duda la práctica de la incineración en estos recintos especiales debió chocar a los escritores clásicos, que interpretaron estos ritos como sacrificios humanos.

Significado social y político del «tofet»

En las colonias fenicias de Occidente, el recinto del *tofet* comienza a utilizarse apenas una generación después de la llegada de los primeros colonos al lugar. La historia de los establecimientos fenicios aparece, así, estrechamente vinculada a la de estos recintos sagrados. Es lógico, por consiguiente, que el *tofet* aparezca como una pieza clave a la hora de reconstruir la estructura social, económica e ideológica de las colonias.

El recinto del *tofet* aparece identificado con el concepto de ciudadanía y otorga una especie de título de legitimación de los derechos ciudadanos y comunitarios. La fórmula que aparece en algunas inscripciones votivas del *tofet* de Cartago, «por decreto del pueblo de Cartago», indica el carácter público e institucional de estos recintos sacros, su fuerte conservadurismo y una evidente intervención de los poderes públicos. Los *tofets* de Occidente fueron escasos, en la medida en que fueron santuarios metropolitanos, en los que únicamente sacrificaban los miembros de pleno derecho de la colonia. Sólo una categoría de ciudadanos tenía acceso al sacrificio.

El *tofet,* además, no sólo está al servicio de los estamentos cívicos de la colonia, sino también de los de su territorio de control inmediato. Así, por ejemplo, el establecimiento fenicio de Monte Sirai, erigido como filial de Sulcis en

el siglo VII a.C., no poseerá un *tofet* propio antes de los siglos IV-III a.C., es decir, cuando se consolida como centro urbano independiente. Hasta entonces, el *tofet* central para todos estos establecimientos secundarios del interior habría sido el de Sulcis.

La organización de este tipo de santuarios estuvo, así, condicionada por la categoría de la colonia y de su territorio. En Occidente, el *tofet* surge tan pronto se advierte un cambio cualitativo y cuantitativo en las estructuras sociopolíticas del enclave colonial fenicio. En Cartago, por ejemplo, sólo entra en funcionamiento hacia el 700 a.C. y en los centros de Cerdeña incluso antes. El *tofet* emerge al tiempo que otras estructuras e instituciones: templos, fortificaciones y extensas necrópolis. En otras palabras, sólo surge cuando se constata un aumento demográfico y aquellos rasgos propios de una colonia urbana.

Todo ello tiene sin duda extraordinario interés para diferenciar categorías de asentamientos fenicios en Occidente. Si admitimos que el *tofet* constituye una entidad que expresa instituciones urbanas, administración cívica, comunidad de sacrificio, vínculos familiares e intervencionismo del estado, deberemos establecer netas diferencias entre la categoría y función de los establecimientos fenicios del Mediterráneo central y el grupo más occidental formado por Útica y los enclaves de la Península Ibérica y del Marruecos atlántico, donde hasta hoy no se ha constatado un solo indicio de *tofet*. Son precisamente aquellos enclaves tirios que en la tradición escrita aparecen inicialmente más vinculados a una economía del templo.

Salvo en el caso de Malta y de los asentamientos más arcaicos de Sicilia, anteriores a la fundación de Motya, la totalidad de las instalaciones fenicias fundadas en el Mediterráneo central muestra desde un principio rasgos de permanencia que traducen una firme voluntad de erigirse en colonias de poblamiento. Voluntad de carácter político en algunos casos (Cartago) o de inmediata expansión territorial hacia el interior en otros (Sulcis y, acaso tambien, Tharros), que se expresa, a veces, mediante la construcción de santuarios o templos (Nora, Motya). En ningún caso se advierten los rasgos de provisionalidad —ausencia de templos o construcción de almacenes de mercancías— que observamos, por ejemplo, en algunos territorios del extremo occidental del Mediterráneo o en zonas de paso como Malta.

El grupo de colonias fenicias del Mediterráneo central se caracteriza por una concentración temprana de la población colonial en unas pocas aglomeraciones que ya en torno al 700 a.C. o incluso antes alcanzan el rango de colonias urbanas. Este salto cualitativo se expresa a través de la aparición de instituciones religiosas y culturales centralizadas, de obras colectivas y toda una serie de elementos cívico-religiosos que se atienen a un modelo central: el de Cartago.

La institución cívico-religiosa más significativa la constituye el *tofet*. En cuanto que institución de culto y de enterramiento infantil, es fácil atribuir su implantación en las colonias de Sicilia y Cerdeña a la influencia de Cartago. La implantación del *tofet* en Sicilia y Cerdeña vinculó esas colonias del Mediterráneo central a los intereses políticos de Cartago, en la medida en que fueron

los intereses políticos y sociales los que posiblemente dictaron el desarrollo y expansión del *tofet* en la colonia norteafricana. La construcción de un espacio reservado a aquellos individuos que habían fallecido antes de conseguir el derecho a la ciudadanía en las colonias fenicias del Mediterráneo central implica una noción inequívoca de comunidad urbana, de entidad cívica y de derechos de ciudadanía.

9. LAS COLONIAS DE OCCIDENTE I: Gadir y el comercio atlántico de metales

La historiografía clásica reconoce unánimemente en el comercio de la plata el objetivo principal de la expansión fenicia al extremo Occidente. Y obtención y producción de plata a gran escala equivale a hablar de Gadir y de su *hinterland* inmediato, Tartessos (fig. 62). Por una vez, este dato histórico posee abundantes elementos de contrastación en el registro arqueológico.

Cuenta Diodoro que los fenicios obtuvieron en Iberia tal cantidad de plata que, gracias a las ganancias obtenidas, estuvieron en condiciones de fundar muchas colonias en África, Cerdeña y la Península Ibérica (Diodoro 5:35,5). Por consiguiente, Gadir estaría no sólo en el origen de la riqueza de Tiro, sino de gran parte de la diáspora fenicia al Mediterráneo centrooccidental.

Estrabón señala que desde fechas muy remotas los tirios poseían los mejores territorios de Iberia y Libia, y que en la Península Ibérica ocuparon toda la Turdetania (Andalucía), donde todavía se hablaba fenicio durante los siglos I a.C.-I d.C. (Estrabón 1;3,2; 3:2,13-14).

Por razones de coherencia en la exposición, vamos a diferenciar dos grandes zonas en el Mediterráneo occidental: la formada por el eje comercial de Gadir y su vasta esfera de influencia económica (Tartessos, costa portuguesa y marroquí, litoral de Orán) por un lado, y, por otro, la red de establecimientos fenicios de la costa de Málaga, Granada, Almería y de Ibiza, que analizaremos en el próximo capítulo.

Para la antigua Gadir contamos con abundantes referencias escritas acerca de su historia y de su aspecto general, pero con muy poca evidencia arqueológica. Sin embargo es posible establecer su importancia económica a través de su influencia directa sobre el territorio tartésico durante los siglos VIII-VI a.C.

Como en anteriores capítulos, seleccionaremos aquellos asentamientos o elementos culturales que nos parecen más significativos a la hora de reconstruir el proceso colonial en Occidente, o que proporcionan más información sobre las actividades económicas o comerciales.

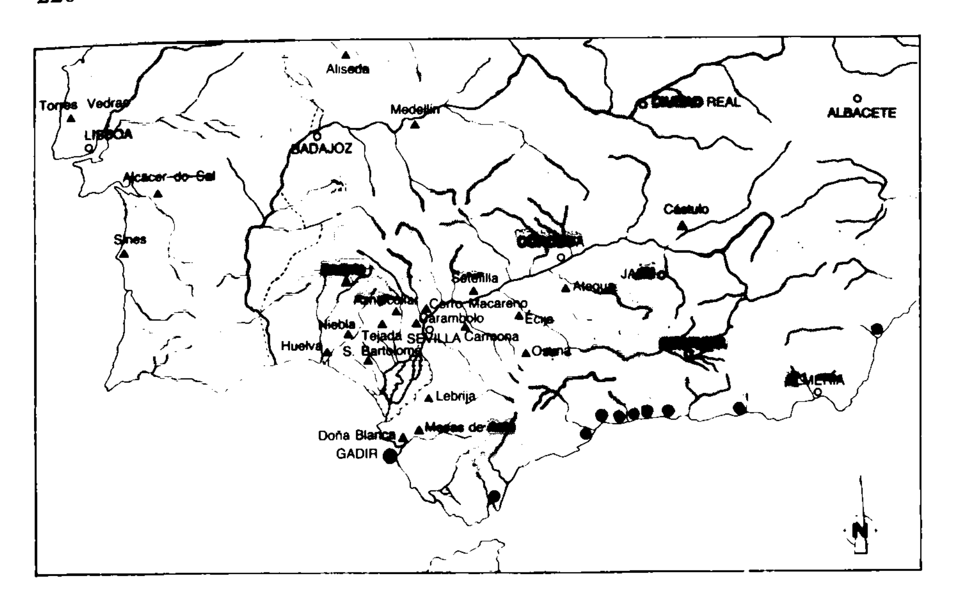


FIGURA 62. Colonias fenicias (•) y asentimientos indígenas (▲) del sur de España.

GADIR Y SU ESFERA DE INFLUENCIA

Introducción

Para reconstruir un cuadro aproximativo de lo que fue y significó la Cádiz fenicia hemos de acudir forzosamente a las descripciones de los autores griegos y latinos de época helenística y romana, y al testimonio de geógrafos y viajeros que visitaron la ciudad durante el siglo II a.C. y recogieron, entre los gaditanos, relatos y leyendas sobre sus orígenes fenicios. Estos relatos, transmitidos sobre todo por Estrabón, son difíciles de confrontar con la evidencia arqueológica, dado que sobre las ruinas de la vieja colonia tiria se superponen niveles de ocupación humana ininterrumpidamente hasta hoy.

La recuperación de la Gadir fenicia es, hoy por hoy, una empresa casi imposible. Sin embargo, las noticias recogidas por historiadores y geógrafos de la Antigüedad acerca de la ciudad y, sobre todo, acerca de su templo, aun siendo tardías, proporcionan una información de notable interés. No es infrecuente que los autores clásicos describan una ciudad y un culto que, por sus rasgos orientales, en realidad no entienden. Cuando escriben sobre los orígenes de la ciudad fenicia lo hacen influidos por la grandeza y la prosperidad de Cádiz en época helenística y romana. Gades era entonces una de las ciudades más importantes del mundo romano y la más poblada del orbe después de Roma. Eran célebres sus astilleros, sus industrias pesqueras y conserveras, su comercio de exportación y su opulencia —«ciudad alegre y viciosa» (Marcial 1:61,9; 5:78,26)—, y por encima de todo, su famoso Herakleion —el templo de Hér-

cules— visitado por políticos ilustres de la época. Una ciudad de esas características tenía que poseer un pasado de grandeza, noble y remoto.

Cuando en el siglo I d.C. el geógrafo Estrabón nos describe la ciudad a partir del relato de tres viajeros griegos del siglo II a.C. —Polibio, Posidonio y Artemidoro— reinaba ya una enorme confusión en torno a sus orígenes. A Gadir se la confunde con Tartessos, un reino ya desaparecido, al que se define también como un río o una ciudad (Estrabón 3:1,6; 3:2,11; Heródoto 1:163; 4:152). Y se confunden probablemente porque ambas habían simbolizado lo mismo en el pasado: riqueza argéntea y opulencia (Plinio, *N. H.* 4:22; Avieno, *O. M.* 85).

En cualquier caso, nadie pone en duda el origen fenicio de Cádiz. Así lo demuestra el nombre, Gadir, en fenicio *gdr*, que significa «muro», «lugar cerrado» o «ciudadela fortificada» y que alude probablemente al recinto amurallado que rodeó la colonia en sus orígenes.

Los autores griegos helenizaron el nombre, que aparece siempre en plural —*Gadeira, Gedeiroi*— y que quedó definitivamente latinizado con la forma de *Gades*, asimismo en plural. Ello se debe a que Gadir estuvo formado por varias islas, hoy penínsulas.

El mito de fundación y la cronología histórica

Los autores que más detalles nos han dejado acerca de los orígenes de Gadir son Estrabón y Veleyo Patérculo, ambos del siglo I d.C., que a su vez se basan en relatos de otros historiadores y viajeros más antiguos.

Veleyo pertenece a aquella corriente erudita que asocia en un mismo relato la guerra de Troya, los viajes de Hércules y los fenicios y, por consiguiente, se ve forzado a elevar considerablemente las cronologías de fundación. Como se recordará, este historiador cuenta que una flota tiria había fundado Gadir, en el extremo del mundo, 80 años después de la guerra de Troya, cuando regresaron los Heráclidas a Grecia y cayó la monarquía en Atenas (*Hist. Rom.* 1:2,3), lo cual situaría el acontecimiento en los años 1104-1103 a.C. (Mela 3:6,46). No vamos a repetir aquí las escasas garantías que ofrecen estas fuentes de información y nos remitimos a lo dicho en el capítulo 7.

Más interés ofrece, en cambio, la noticia recogida por el griego Posidonio, quien oyó contar la historia hacia el 100 a.C. en la misma Gadir y que transmite Estrabón (3:5,5). He aquí el relato:

> Sobre la fundación de las Gadeira, he aquí lo que dicen recordar los gaditanos: que un oráculo mandó a los tirios fundar un establecimiento en las Columnas de Heracles; los enviados a hacer la exploración llegaron hasta el estrecho que hay junto a Calpe [Gibraltar] y creyeron que los promontorios que forman el estrecho eran los confines de la tierra habitada y el término de las empresas de Heracles; suponiendo entonces que allí estaban las columnas de que había hablado el oráculo, echaron el ancla en cierto lugar de más acá de las Columnas, allí donde se levanta la ciudad de los exitanos [Almuñécar]. Mas como en este punto de la costa ofreciesen un sacrificio a los dioses y las víctimas no fueron

> propicias, se volvieron. Tiempo después, los enviados atravesaron el estrecho, llegando hasta una isla consagrada a Heracles, sita junto a Onoba [Huelva], ciudad de Iberia y a unos mil quinientos estadios fuera del estrecho; como creyeron que estaban allí las Columnas, sacrificaron de nuevo a los dioses; mas otra vez fueron adversas las víctimas y regresaron a la patria. En la tercera expedición fundaron Gadeira y alzaron el santuario en la parte oriental de la isla y la ciudad en la parte occidental.

La fundación tiria de Gadir costó, por consiguiente, tres viajes de tanteo antes de encontrar el lugar más adecuado para establecerse. Refleja, en cierto modo, las dificultades propias de la travesía naval del estrecho de Gibraltar en circunstancias climáticas adversas (véase el capítulo 6).

Diodoro completa un tanto el relato de Posidonio, al señalar que los tirios fundaron una ciudad (*polis apoikos*) cerca de las Columnas, que llamaron Gadeira, en una península en la que erigieron un suntuoso templo a Heracles (Melqart) e instauraron magníficos sacrificios según el «uso fenicio» (25:10,1). Cuenta, además, que llegaron impulsados por una tempestad, y deja bien sentado que el objetivo no era la colonización, sino el comercio (5:20,1-4). Para Diodoro, la colonia fenicia principal de Occidente fue Gadir y no Cartago.

Lo que interesa destacar aquí no es tanto la cronología ni las desventuras de la flota tiria, sino, una vez más, el trasfondo político-económico de la fundación gaditana. Como es habitual en el mundo clásico, la fundación de la colonia se debe al azar, a una tempestad o a un oráculo. Se advierte, sin embargo, la firme voluntad de Tiro de fundar un establecimiento en una zona muy específica y en las proximidades de un territorio rico en plata, oro y cobre, y cuyas posibilidades de explotación debió conocer o intuir previamente.

Más significativo resulta el oráculo tirio, a través del cual, el dios —sin duda Melqart— da a los expedicionarios unas orientaciones geográficas muy precisas. Ello traduce un dato de particular interés: que la iniciativa comercial de fundar Gadir, al final del mundo conocido, parte del templo de Tiro.

Ignoramos en qué momento exacto decidió Melqart organizar esa empresa comercial. En todo caso no pudo tener lugar en el siglo XII a.C., dado que en Fenicia y en Tiro el culto a Melqart no es anterior a los siglos X-IX a.C. En última instancia es la evidencia arqueológica del territorio inmediato a Cádiz la que tiene la última palabra. Los poblados indígenas tartésicos de la bahía gaditana, algunos de ellos habitados desde el II milenio a.C., no reciben las primeras importaciones fenicias antes de los años 760-750. Este dato nos parece hoy un argumento decisivo para zanjar una discusión interminable sobre el valor histórico de las fuentes clásicas en la cuestión de los orígenes de Cádiz.

Paleogeografía y arqueología del archipiélago gaditano

En el capítulo 6 se han descrito las dificultades y los riesgos que ofrece la bahía de Cádiz para toda navegación a vela. Los peligros que entraña la travesía del estrecho de Gibraltar y los embates del océano hacían verdaderamente

peligroso un establecimiento colonial en aguas desconocidas para los navegantes mediterráneos. Sólo auténticas compensaciones económicas y la garantía de obtener pingües beneficios podían justificar la ubicación de la Gadir fenicia más allá del Estrecho.

Efectivamente, al asentarse Gadir junto a la desembocadura del Guadalete y no lejos del valle del Guadalquivir, constituía un bastión en medio del mar y el guardián de una bahía que aseguraba el acceso directo a las riquezas mineras de las estribaciones de Sierra Morena y serranías de la provincia de Huelva. Su carácter insular le confería seguridad frente a eventuales peligros llegados tanto del mar como del continente.

No resulta fácil imaginarse el aspecto de la bahía de Cádiz en la Antigüedad, debido a las importantes transformaciones geomorfológicas que se han producido en ella hasta nuestros días. Los aluviones del río Guadalete en la zona oriental de la bahía han ido reduciendo y cegando una bahía que, en la Antigüedad, fue mucho más grande y han acabado por soldar el antiguo archipiélago a la costa (fig. 63). Por otra parte, la erosión marina sobre el flanco occidental de la bahía, constante desde la Antigüedad, ha ganado para el mar casi 3 km de agua durante los últimos 2.000 años, reduciendo el tamaño de las islas y formando acantilados en la zona occidental y meridional de la isla de Cádiz. Ello explica la controversia acerca de la ubicación exacta de la colonia y de sus santuarios, controversia que ya se inicia en época romana, como consecuencia de los cambios experimentados ya entonces en la forma y extensión del primitivo archipiélago.

A la transformación del paisaje se añade la confusión reinante en época romana en torno a las descripciones de la topografía gaditana. Plinio, por ejemplo, señala en el año 77 d.C. que el archipiélago gaditano estaba formado por tres islas, pero se limita a describir sólo dos de ellas: una isla grande, llamada Kotinoussa, por abundar en ella olivos o acebuches, y otra pequeña llamada Erytheia, donde estuvo emplazado el *oppidum* de Gades, que los naturales del lugar denominaban también *Insula Iunonis* (*N. H.* 4:22). Según la descripción de otros autores clásicos, la isla principal, larga y estrecha, terminaba en un promontorio en cada extremo; sobre el promontorio occidental se situaba la ciudad y sobre el oriental el famoso templo de Melqart-Hércules (Mela 3:46), con una distancia entre ambos de 12 millas romanas, equivalentes a unos 18 km (Estrabón 3:5,5; *Itinerario Antonino* 408,3-4).

Consta asimismo que en el pasado Gadir fue una fortaleza, denominada también *Arx Gerontis* o castillo de Gerión, en cuyas cercanías existió una isla consagrada a Venus marina (Astarté), con un templo y un oráculo (Avieno, *O. M.* vv. 85 y 267-270). La ciudad fenicio-púnica fue muy pequeña hasta que, en época romana, el gaditano Balbo levantó una nueva ciudad adyacente, mucho más grande, que se llamó Dídime (gemela o doble) y construyó un puerto en tierra firme, el Portus gaditanus, acaso en Puerto Real (Estrabón 3:5,3).

En definitiva, de la descripción de los clásicos se infiere la existencia de un archipiélago de tres islas principales, que explicaría la forma plural que se utilizó para denominar la zona. En Erytheia, la isla menor, se asentó la colonia

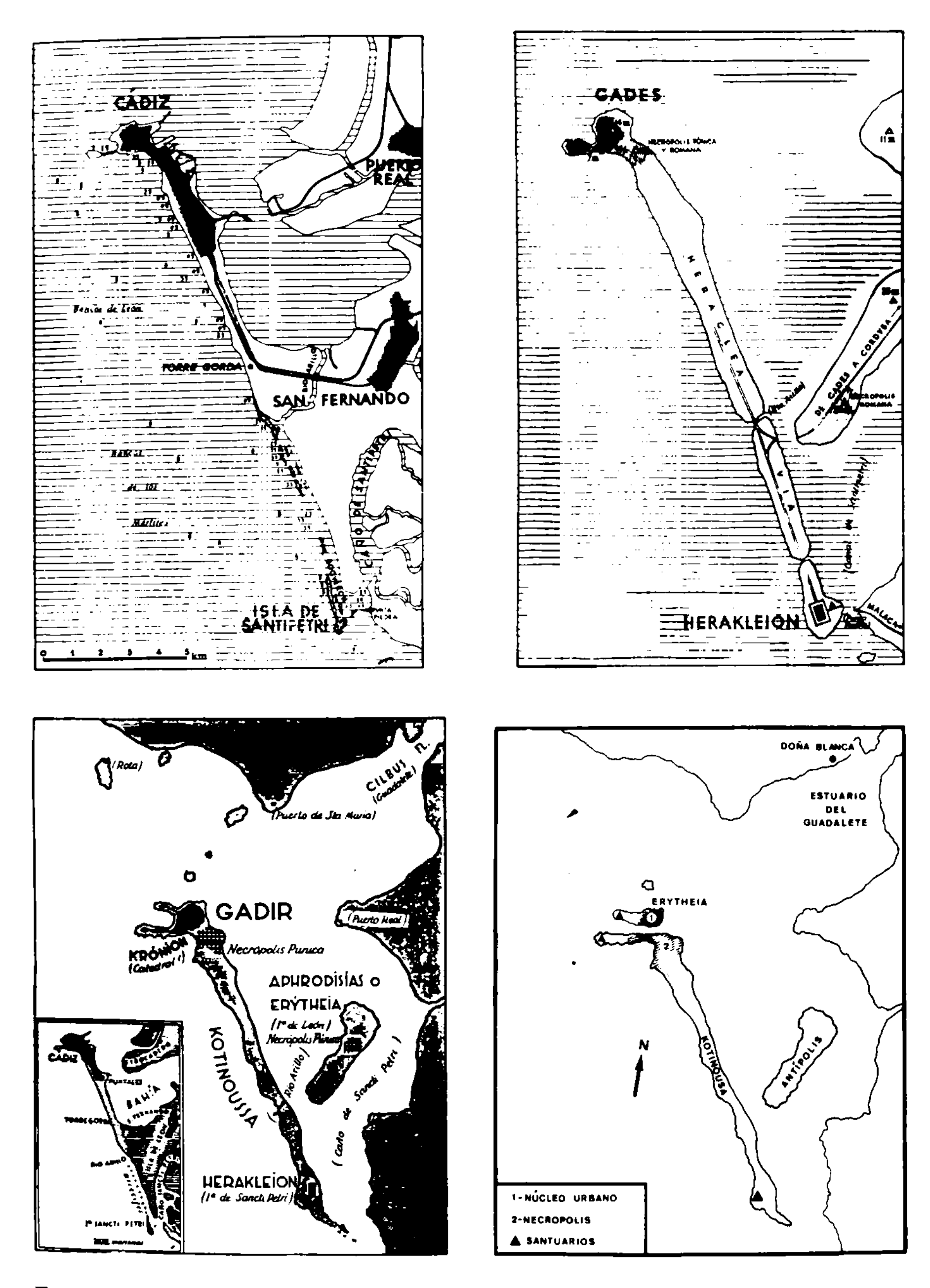


FIGURA 63. La bahía de Cádiz en la actualidad y modelos alternativos de reconstrucción del antiguo archipiélago.



FIGURA 64. Vista aérea de Cádiz.

tiria, llamada Afrodisias o Insula Iunonis, y Kotinoussa, la isla mayor, albergó en su extremo oriental el templo de Melqart, cuya localización en el actual islote de Sancti Petri no ha ofrecido demasiadas dificultades. La tercera isla, sin nombre, suele identificarse por lo general con la isla de León (San Fernando). Y sin embargo, el mapa moderno de la bahía tan sólo muestra una estrecha y larga península unida a tierra firme en el lugar donde estuvieron Kotinoussa y Erytheia (fig. 64).

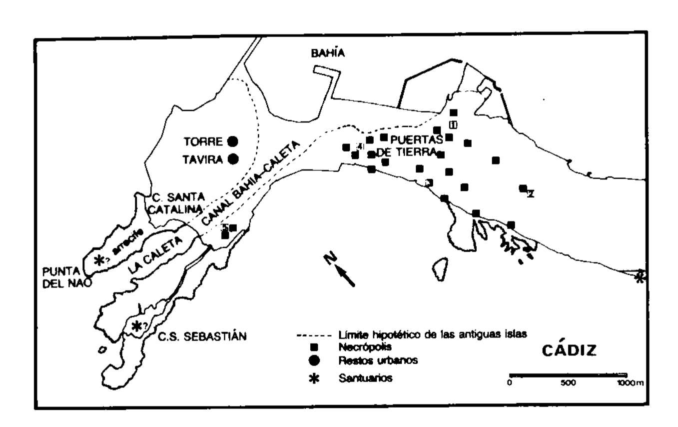


FIGURA 65. Reconstrucción de la isla de Cádiz y situación de los principales restos arqueológicos (según Escacena, 1985).

La antigua colonia tiria se suele localizar en el lugar del casco antiguo de la Cádiz actual, y se descarta, por motivos geológicos, su ubicación en la pequeña isla de San Sebastián, como defendieron antaño Pemán y Schulten. Por otra parte, la existencia de la necrópolis gaditana de época fenicia y púnica en la zona de Puertas de Tierra hace inviable la hipótesis según la cual la ciudad fenicia llegó hasta la zona del istmo de la isla de Cádiz.

Recientes trabajos geológicos y arqueológicos han zanjado, al parecer definitivamente, el problema de la topografía antigua de la bahía. Así, se ha podido identificar un antiguo canal de unos 150 m de ancho que separó, en sentido perpendicular a la costa, la isla de Cádiz en dos (fig. 65). Dicho canal, denominado de Bahía-Caleta, es profundo y estrecho, y pudo constituir en origen un antiguo cauce del río Guadalete. Delimitaba, así, un pequeño islote al noroeste de la isla de Cádiz, de unos 1.500 m de diámetro, donde se alza, sobre un altozano, la ciudad del siglo XIX. La antigua acrópolis de Gadir se ubicó probablemente sobre el promontorio más elevado de la actual Cádiz, en la llamada Torre de Tavira. La pequeña isla primitiva donde se estableció la colonia tiria —sin duda Erytheia—, debió de tener una extensión muy reducida y similar a la del casco antiguo de la ciudad de Cádiz, que se estima en unas 10 hectáreas.

En consecuencia, la necrópolis feniciopúnica de Gadir estuvo en la zona de extramuros y separada de la colonia por un canal de agua. Desde un principio Gadir reproduce, así, un modelo de asentamiento fenicio que será habitual en Occidente, tal como se verá más adelante (capítulo 10). El reciente hallazgo de tumbas arcaicas de incineración bajo la necrópolis púnica de los siglos V-III a.C. corrobora la disposición original de la necrópolis gaditana al otro lado de un curso de agua situado al este de la ciudad. Es sobre el terreno ocupado por la necrópolis, en la zona de Puertas de Tierra, donde Balbo construirá la Gades romana o Neápolis, en una época en que el antiguo canal de Bahía-Caleta ya había quedado cegado.

Las descripciones de los autores clásicos y, especialmente, la de Plinio son correctas, y demuestran que consultó fuentes de información muy antiguas, dado que en su época ya no existían las tres islas.

Podemos trazar las líneas generales de la reconstrucción geográfica y arqueológica de la bahía de Cádiz en época fenicia: existieron efectivamente al menos tres islas en la bahía, de las que sin lugar a duda la más importante fue Erytheia, la más pequeña, situada al norte del canal, que albergó la colonia tiria amurallada —el *Arx gerontis*—, sobre la pequeña elevación de Torre Tavira. Correspondería al casco antiguo de la Cádiz moderna y se la denominó también Afrodisias o Insula Iunonis, posiblemente porque en ella se alzó un santuario a Astarté (la Venus marina de Avieno), santuario que pudo emplazarse en la actual Punta de la Nao. La pequeña colonia tiria poseyó un excelente puerto en el sur, el propio canal de Bahía-Caleta, que configuraba un puerto cerrado o *cothon.*

La segunda, Kotinoussa, se extendió desde el actual castillo de San Sebastián hasta el islote de Sancti Petri. En la zona cercana al canal se construyó la necrópolis de Puertas de Tierra, conocida desde 1887 y donde hasta hace poco tiempo no se conocían sepulturas anteriores al siglo V a.C. En la pequeña elevación del castillo de San Sebastián pudo emplazarse un segundo santuario gaditano, el Kronion o templo de Cronos (Baal Hammón), mencionado por los autores clásicos (Estrabón 3:5,3; Plinio, *N. H.* 4:120). En el mar y junto al flanco sur del islote de San Sebastián se descubrió hace tiempo un capitel proto-eólico de piedra calcárea, de 27 cm de altura, que se fecha en los siglos VIII-VII a.C. Tanto por su decoración de volutas como por su forma (fig. 66), se relaciona con elementos arquitectónicos de Megiddo, Jerusalén y Tiro, y pudo decorar la puerta de un templo arcaico. Se trata del único elemento de arquitectura monumental religiosa conocido hasta hoy en las colonias fenicias de la Península Ibérica, lo que diferencia una vez más a Cádiz del resto de las instalaciones tirias del sur de España, que no poseen las características de un lugar central de culto.

Tanto en esta zona como en el primitivo islote de Cádiz, algunos restos arqueológicos identificados recientemente permiten pensar que el lugar ya estuvo habitado durante el Calcolítico. No obstante, a la llegada de los tirios, las islas llevaban largo tiempo deshabitadas.

En el extremo sureste de la isla de Kotinoussa, en Sancti Petri, se alzó el famoso templo de Melqart, exactamente a 18 km de Torre Tavira, en cuyas cercanías se han identificado también restos monumentales sumergidos. De esta zona proceden numerosas estatuillas de bronce de tipo arcaico recuperadas en el mar (fig. 67), que representan a una divinidad masculina al estilo del *smiting god* oriental y que podrían constituir ex votos relacionados con el antiguo templo.

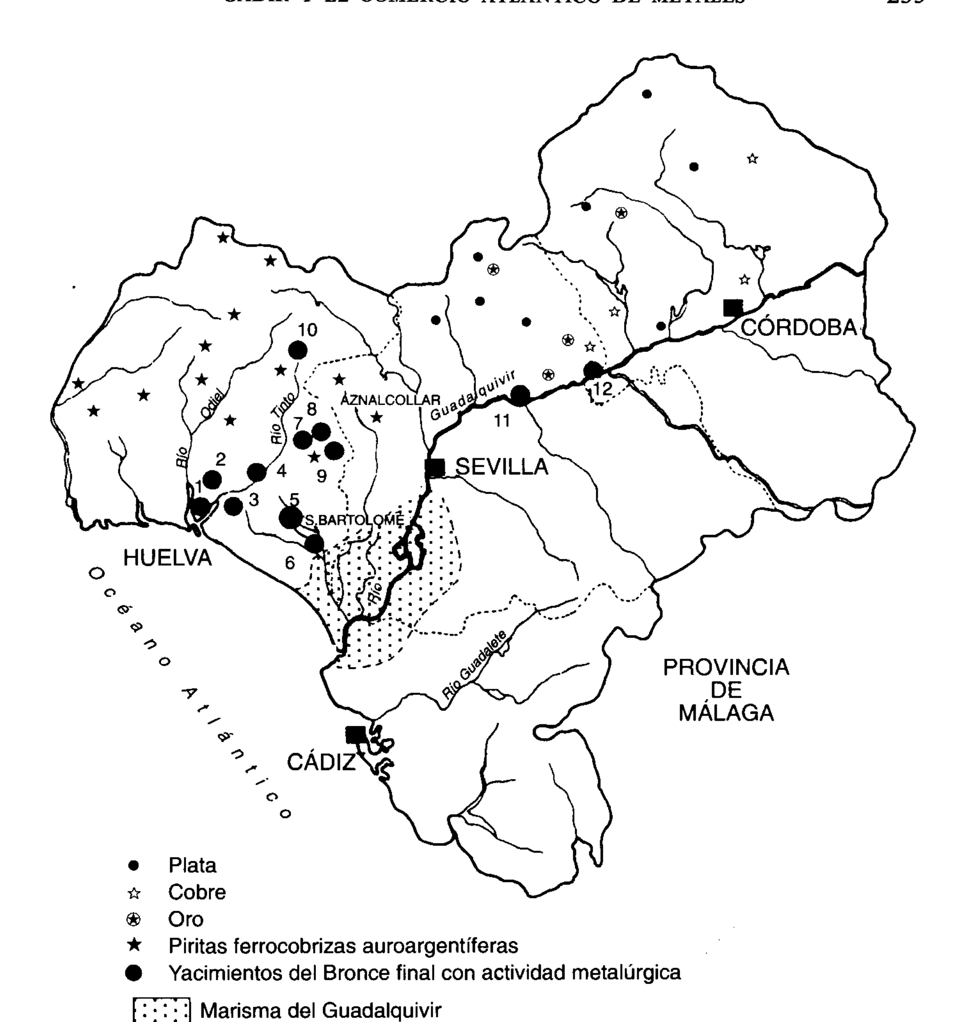
De la tercera isla, la de León, hoy San Fernando, desconocemos su nombre original y al parecer estuvo deshabitada hasta época romana.

Pero la colonia de Tiro no se circunscribió a un par de islas cerca de tierra firme. Gadir dominaba, frente a la desembocadura del Guadalete, una importante ensenada que abría el acceso al valle del Guadalquivir, la principal arte-



FIGURA 66. Capitel protoeólico de Cádiz (foto Instituto Arqueológico Alemán, Madrid).

FIGURA 67. Estatuillas de bronce procedentes de la bahía de Cádiz (según Perdigones, 1991).



Yacimientos del Bronce final con actividad metalúrgica: 1. Huelva (S. Pedro y La Esperanza); 2.Trigueros; 3. Cabeza de la Mina;4. Niebla; 5.S. Bartolomé; 6. El Rocío; 7. Mesa del Castillo; 8. Tejada la Vieja; 9. Cerro de la Matanza; 10. Cerro Salomón; 11. Setefilla; 12. Peñaflor.

FIGURA 68. Yacimientos minerometalúrgicos del bajo Guadalquivir (según Ruiz Mata, 1979).



FIGURA 69. Vista de las excavaciones en el Castillo de Doña Blanca (foto Ruiz Mata).

ria de comunicación de toda la Baja Andalucía. La colonia estaba, por consiguiente, en el punto de salida de las riquezas del interior del país y de los codiciados metales del área tartésica.

La arqueología revela que a la llegada de los fenicios en el siglo VIII, toda la campiña y borde oriental del antiguo estuario del Guadalquivir estuvieron densamente poblados por comunidades tartésicas del Bronce Final que dominaban desde sus asentamientos costeros toda la bahía y el extenso estuario —el antiguo lago Ligustino—, navegable hasta la misma Sevilla (fig. 68).

Tan sólo a 4 km al norte del Puerto de Santa María, en el estuario del río Guadalete, el asentamiento tartésico del Castillo de Doña Blanca establece un primer contacto con Gadir hacia los años 760-750 a.C., a juzgar por las primeras importaciones fenicias halladas en el poblado. Situado en una pequeña ensenada resguardada de los vientos de levante, el asentamiento alcanzó muy pronto una extensión de 5 ha, convirtiéndose en un anexo de la colonia tiria y en su principal puerto de embarque en tierra firme (fig. 69). Las importaciones de cerámica fenicia fechadas hacia el 750 a.C., que aparecen en poblados tartésicos del interior, como los del Berrueco, Carambolo o Carmona (fig. 70), hablan en favor de un despliegue relativamente rápido del comercio gaditano hacia el valle del Guadalquivir.

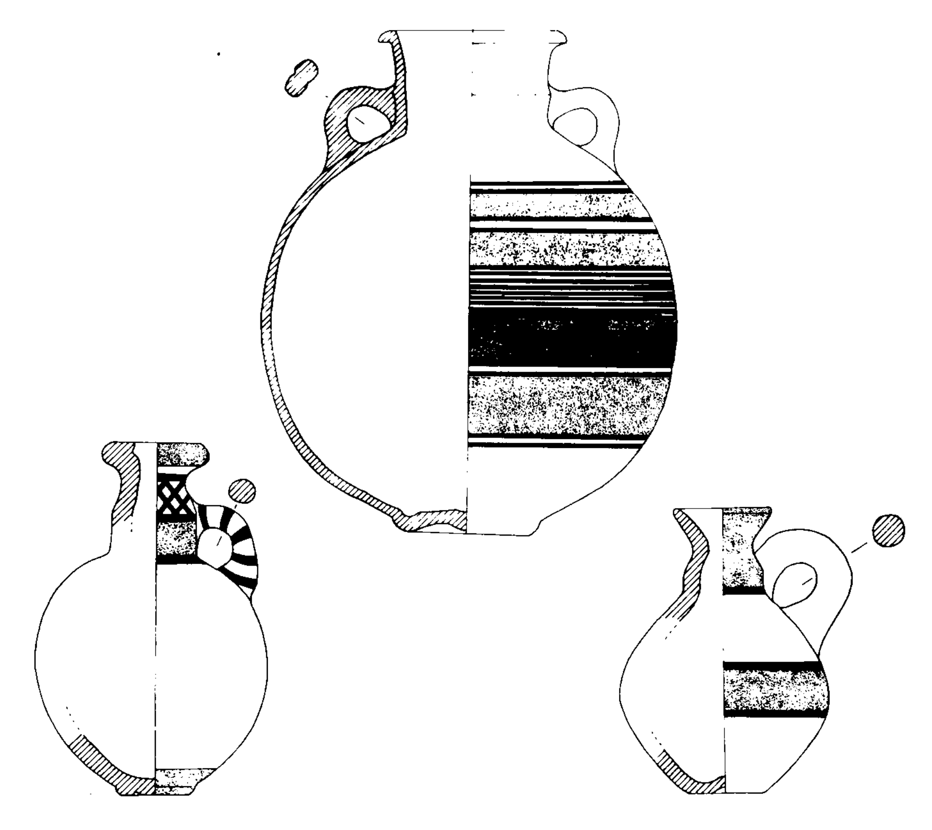


FIGURA 70. Cerámica fenicia del siglo VII a.C. de Cruz del Negro (Carmona).

EL TEMPLO DE MELQART, CENTRO PROTECTOR DEL COMERCIO

Hasta el final del mundo antiguo la fama y el prestigio del templo de Melqart en Cádiz fueron considerables. El hecho de que los emperadores romanos de origen hispano, como Trajano y Adriano, elevaran al Heracles-Hércules gaditano al rango de culto imperial y acuñaran moneda con la efigie del dios, acrecentó sin duda todavía más su importancia en la imaginación de los escritores clásicos.

Las fuentes clásicas describen un santuario helenístico-romano en Gadir, y la información que nos han transmitido hace referencia sobre todo a un templo y un culto que conservarán, hasta época muy tardía, elementos y rasgos de origen semita y oriental. Gracias a estos testimonios y a la información que nos brindan otros templos de Melqart conocidos en el Mediterráneo, estamos en situación de reconstruir un cuadro aproximado de lo que fue y significó el templo de Gadir.

Conviene no olvidar que en los casos de Gadir y Lixus, la construcción de

un santuario consagrado al dios nacional de Tiro precedió o coincidió con la fundación de la colonia, que en Cádiz obedeció al mandato de un oráculo o, si se prefiere, a la voluntad política de las instituciones tirias. Melqart sancionaba y legitimaba, de este modo, una iniciativa comercial, y tutelaba, desde su emplazamiento en el extremo oriental de Kotinoussa, a tan sólo 800 metros de tierra firme, el paso a través del canal de Cádiz.

El santuario y su culto

Muchos de los elementos de culto del templo gaditano, extraños a la religión grecorromana, desconcertaron a los escritores clásicos, que destacan su suntuosidad (Diodoro 5:20,2) y su arquitectura y ritos de origen fenicio (Arriano, *Alex.* 2:16,4).

Al igual que en el templo de Tiro, existían tres altares, donde los sacerdotes conservaban la llama eterna y sacrificaban animales a diario (Silio Itálico 3:29; Porfirio 1:25). Además, se mencionan dos fuentes de agua dulce en el interior del templo que, a modo de pilas sagradas, servían para el culto (Estrabón 3:5,7-8).

La ausencia de imágenes o representaciones figuradas del dios es otro aspecto fenicio del culto, típico de las religiones semíticas, que prohibían representar a la divinidad. La rigurosa prohibición de imágenes de culto en el sanctasanctórum perduró en Gadir hasta el siglo I d.C., lo que no dejó de sorprender a sus visitantes (Silio Itálico 3:31-32). Al decir de la leyenda, en el interior del templo gaditano se conservaban las reliquias de Heracles, muerto en España (Mela 3:46), o transferidas a Gadir desde Tiro (Justino 44:5,2).

Fueron igualmente célebres las dos columnas de bronce (Estrabón 3:5 5-6), de 8 codos de altura —algo más de 3 metros—, que flanqueaban el templo de Gadir, al estilo de las dos columnas del templo de Tiro. Se cuenta que en las de Gadir se habían grabado las cuentas de los gastos de construcción del templo, en forma de unas inscripciones enigmáticas ya indescifrables en tiempos de Estrabón (3:5,5; Filóstrato v., *Vida de Apolonio de Tiana* 5:5). Se ha creído ver en las Columnas de Hércules un eco de estas dos famosas estelas tirias. El término, ya sea geográfico o arquitectónico, pudo ser de origen fenicio que, al helenizarse a partir del siglo IV a.C., tuvo que ser reinterpretado por los historiadores griegos a partir de una religión y de un dios, impersonal, anicónico y mortal, totalmente diferente a los suyos. En cualquier caso, en las religiones cananea y fenicia, la presencia de dos columnas, estelas o cipos representa y, al mismo tiempo, expresa la divinidad misma.

En el santuario de Cádiz existieron, además, un oráculo, edificios administrativos y alojamientos para el personal y sacerdotes encargados del culto. El acceso al templo gaditano estaba reservado exclusivamente a los sacerdotes, que oficiaban ante el altar con los pies descalzos, la cabeza afeitada y vestían túnicas de lino blanco (Silio Itálico 3:21 y 28). La tonsura les confería, por consiguiente, el rango de auténticos sacerdotes profesionales. Y, al igual que en Tiro, formaban un cuerpo jerarquizado, con un sumo sacerdote al frente (Porfirio 1:25), cuyo poder debió de ser considerable.

A juzgar por otros ejemplos conocidos, podemos imaginar que se trató de una organización sacerdotal administrada por unas pocas familias, que se transmitían los ritos del culto de generación en generación. Este tipo de organización, basada en un servicio exclusivo y absorbente regido por los «poseídos del dios» o los «puros», es característico de los templos de Melqart en Tiro, Siria, Tasos y Ara Maxima (Van Berchem 1967).

En Gadir, como en Tiro, se celebraba cada año, durante los meses de febrero y marzo, una fiesta conmemorativa de la resurrección de Melqart. El acceso estaba prohibido a los extranjeros (Pausanias 10:4,6), y en Tiro al menos se sacrificaba en el fuego una víctima humana (Plinio, *N. H.* 36:39). Cicerón probablemente alude a ello cuando hace referencia a sacrificios «bárbaros» de seres humanos en Gades (Cicerón, *Pro Balbo* 43; *Ad Fam.* 10,32,3), la única referencia conocida acerca de sacrificios humanos en el área gaditana. No parece tratarse del sacrificio *molk* del ámbito cartaginés. La inmolación de una víctima humana, tanto en Gadir como en Tiro, pudo estar relacionada con el propio culto de Melqart, un dios que protagonizaba anualmente un proceso de pasión, muerte y resurrección y que, en calidad de redentor de la vida (agricultura), moría por el fuego (verano) cada año.

La perduración de todos estos ritos, costumbres y prácticas rituales orientales en la Gades romana demuestra hasta qué punto estuvo arraigado el culto del Melqart tirio en la zona. El hecho de que en época romana el culto se celebrara todavía a la manera fenicia, perpetuando una observancia estricta de unos ritos dirigidos y controlados por un sumo sacerdote, denota igualmente el poder conservador de una casta sacerdotal, capaz de preservar unas costumbres totalmente ajenas al mundo clásico.

En apoyo de la hipótesis del origen tirio del templo de Gadir contamos con otros dos rasgos culturales, que suelen aparecer asociados al culto de Melqart en el Mediterráneo oriental: la prohibición tajante de entrada al santuario a los cerdos, un animal que horrorizaba al dios, y a las mujeres (Silio Itálico 3:23-24; Diodoro 5:20; Apiano 1:2).

Contribución del templo a la economía gaditana

El templo de Cádiz no sirvió exclusivamente de lugar de culto y sacrificio. Conviene recordar quién fue el Melqart de Tiro en el marco de la religión fenicia, una religión que sirvió de instrumento fundamental para su política comercial y colonial. Melqart, el «Señor de Tiro», en su calidad de forma divinizada o de exaltación teológica del rey de Tiro, representó el poder monárquico. En aquellos lugares remotos donde se le erigió un templo, su función fue doble: asegurar la tutela del templo de Tiro y de la monarquía en la empresa comercial, convirtiendo a la colonia en una prolongación de Tiro, y garantizar el derecho de asilo y hospitalidad que, en tierras lejanas, equivalía a respaldar los contratos en los intercambios comerciales. El templo, además, servía de nexo religioso, político y económico entre la colonia y la metrópoli, en el que los sacerdotes tuvieron un papel destacado.

En el comercio antiguo, el templo edificado en las proximidades de un mercado o lugar de intercambio garantizaba la protección a los visitantes y mercaderes, y la institución religiosa actuaba en ocasiones como un eficaz intermediario financiero o banco. Los santuarios fueron en la Antigüedad los primeros lugares de transacciones comerciales en país extranjero. La primera condición de todo mercado o colonia comercial establecida en una frontera o país lejano era la seguridad de que sus visitantes no iban a ser molestados o robados. Y esta seguridad la ofrecía, por regla general, un dios, bajo cuyos auspicios y protección se verificaban las transacciones. En los juramentos que sancionaban contratos se invocaba el nombre del dios.

Sabemos que los monarcas de países evolucionados acordaban convenios o tratados comerciales, como hicieran Hiram y Salomón. Pero entre sociedades desiguales o coloniales, la única garantía de seguridad la ofrecía la soberanía reconocida de un dios en su templo o recinto sagrado. Una presencia sobrenatural o divina convertía automáticamente en sacrilegio todo acto de fraude o violencia, y rompía la confianza mutua entre las dos partes, en virtud de las normas de hospitalidad y asilo. El mundo griego llamó a esta garantía, *asyle.* También la calidad de la mercancía, las equivalencias del intercambio y los pesos estaban bajo la protección del dios. De ahí que a Hércules-Melqart se le denominara también *Hércules ponderum.* El templo, a su vez, hacía las veces de tesorería y de banco, y podía llevar el registro de las transacciones. En este sentido, la divinidad reemplaza una vez más a la autoridad política.

A cambio de todo esto, el dios recibía tasas e impuestos en forma de ofrendas, joyas y dinero, que eran administrados por los sacerdotes. Hay noticias, en época tardía, de un importante tesoro en el interior del templo de Gadir (Livio 28:36,2). Consta, además, que el Melqart de Gadir gozaba del privilegio de recibir herencias (Ulpiano 22,6). A todos los efectos, la construcción del templo de Cádiz resultaba una buena inversión.

Cabe la posibilidad de que las primeras colonias tirias de Occidente, como Gadir, fueran en un principio meros santuarios administrados por un grupo sacerdotal vinculado directamente a los intereses de Tiro. Melqart no sólo extendía su protección sobre las empresas comerciales, sino que se instalaba en calidad de protector de los colonos en tierra extranjera. A su templo acudían los navegantes fenicios a ofrecerle sacrificios, una vez cumplidos sus objetivos en la zona (Avieno, *O. M.* 358). Ello explica que, como patrón de los navegantes, tuviera un templo en las principales escalas de la ruta hacia Occidente: Chipre, Malta, Nora, Gadir.

Para que un lugar de mercado pudiera evolucionar de un estadio fundacional o de trueque simple a unas relaciones regulares de intercambio con los indígenas, la fórmula más eficaz en las sociedades arcaicas era acudir a la protección de un dios que fuera respetado también por los nativos, en la medida en que el respeto al extranjero depende del respeto que se tenga a sus dioses. El mundo indígena no sabía de derechos ni de mercados y las atribuciones de la autoridad política de los colonos —en este caso el rey de Tiro— estaban poco o mal definidas en territorio extranjero. El politeísmo fenicio y la perfecta or-

ganización de las prácticas de culto en el templo gaditano facilitaban la asimilación del culto de Tiro por parte de la población indígena, y la presencia de Melqart hacía posible la creación de unas nuevas formas de mercado, porque en tanto que representante de la autoridad de Tiro, ofrecía las condiciones necesarias para iniciar contactos pacíficos con los nativos.

Cabe decir, en todo caso, que la construcción del templo de Melqart, asociado a la fundación de la colonia, tuvo lugar en el marco de una estrategia política y económica precisa. Templo y fundación colonial se confunden, porque existe voluntad política de iniciar un comercio organizado y regular. Y el templo no sólo habría tenido una función económica, sino que, como eje y protector de una diáspora comercial, podía preservar la integridad cultural original de los colonos, lo que, en cierta medida, equivalía a un control social de la población colonial a través de la religión.

Según una leyenda habría sido Archaleus, hijo de Phoinix, rey de Tiro, y muy vinculado a la industria metalúrgica, el fundador de Gadir (Claudio Iolao, *FGH* 788), es decir, que el fundador mítico de Gadir habría sido el propio hijo del rey de Tiro y, al mismo tiempo, Melqart en su forma helenizada (Archaleus = Heracles). Esta leyenda asocia, en un mismo mito, la monarquía tiria, el dios Melqart y la actividad metalúrgica, tres elementos que aparecen igualmente asociados en otras zonas minerometalúrgicas del Mediterráneo controladas por los fenicios (cf. Heródoto 2:44). Sin duda aquí está la clave de la fundación fenicia de Gadir: las instituciones políticas y religiosas de Tiro y su interés por el mercado de la plata tartésica.

La explotación y el comercio de la plata

Las primeras expediciones fenicias hacia Occidente aparecen por lo general relacionadas con la riqueza argentífera de la Península Ibérica. Y en ésta, plata es sinónimo de Tartessos, territorio que, durante el Bronce Final y primera edad del Hierro, se extendió hasta el bajo valle del Guadalquivir y Huelva. La riqueza en plata y otros metales de la Baja Andalucía y de la zona atlántica se menciona en múltiples mitos, leyendas y topónimos que aluden a una especie de Eldorado en el remoto Occidente. Tiro iba a ser la primera en explotar y capitalizar todo este potencial económico.

Una de las menciones más antiguas que se conocen relativas a Occidente la recoge Estesícoro hacia el año 600 a.C., que describe las fuentes inmensas del río Tartessos, de raíces argénteas (Estrabón 3:2,11). Topónimos y nombres míticos de reyes indígenas de la zona llevan la raíz *arg-*, como símbolo de esa riqueza: el *Mons Argentarius,* acaso Sierra Morena, Argantonio, etc. Y recordemos el viaje del samio Colaios a Tartessos, donde recogió un cargamento de 60 talentos de plata, equivalente a unos 1.000 o 2.000 kg de mineral (Heródoto 4:152). Se asocia la llegada de los fenicios a esta zona con un gigantesco incendio forestal, que habría dejado al descubierto toneladas de mineral de plata (Diodoro 5:35,4-5):

> Habiendo hablado de Iberia, parece conveniente mencionar sus minas de plata, ya que este país es el más rico en este metal, procurando grandes ingresos a los explotadores ... Como en ellos [los Pirineos] existían muchos bosques frondosos, los pastores les habían prendido fuego —según dicen— mucho tiempo atrás, de tal modo que se había quemado el bosque en toda la sierra. Después de arder muchos días, el fuego quemó también la superficie de la tierra, lo cual dio origen al nombre de Pirineos usado para denominar esas montañas. De la superficie ardiente se deslizó mucha plata, formando los minerales argentíferos, al fundirse, innumerables arroyos de plata pura. Los nativos no sabían explotarla, pero habiéndose enterado los fenicios de este acontecimiento, compraban la plata a cambio de objetos de ínfimo valor. Los fenicios llevaron la plata a Hellas, a Asia y a todos los demás países entonces conocidos, obteniendo así grandes riquezas. Según dicen, fue tal la codicia de los comerciantes, que sustituían las anclas de plomo de sus naves por otras de plata después que no cabía ya más plata en los buques y todavía sobraba gran cantidad de dicho metal. Este tráfico comercial originó por mucho tiempo un gran aumento del poder de los fenicios, los cuales fundaron muchas colonias, parte en Sicilia y las islas vecinas y parte en Libia, Cerdeña e Iberia.

Este texto, aunque la etimología de los Pirineos (*pyr* = fuego) es falsa y la noticia, debida a Timeo o Posidonio, se refiere sin duda a la plata tartésica, tiene un especial interés para nosotros. En primer lugar, pone de manifiesto que el objetivo principal de la expansión fenicia al extremo Occidente fue la obtención de plata. En segundo lugar, constata que los fenicios se aprovechaban de la supuesta ignorancia de los indígenas para adquirirla a cambio de baratijas. En tercer lugar, la leyenda deja muy claro que la prosperidad de los fenicios, es decir, de Tiro, se debió al comercio de la plata ibérica, que luego vendían en Grecia y Asia. En cualquier caso, la explotación de la plata ibérica parece haber sido prerrogativa del estado tirio y precedió a la fundación de colonias en el norte de África, Sicilia, Cerdeña y la misma Península Ibérica.

Otros autores clásicos reproducen la misma historia (Estrabón 3:2,9; Ateneo 6:233) y destacan la habilidad mostrada por los fenicios para apropiarse de grandes cargamentos de plata a cambio de aceite y pacotilla (Pseudo-Aristóteles, *De mirabilis auscult.* 135). Estamos, pues, ante un ejemplo de intercambio desigual, seguido de un proceso colonial que introdujo entre los nativos el aprendizaje de las técnicas de extracción de mineral y que, como todo sistema colonial, utilizó la infraestructura indígena a beneficio de la metrópolis.

Por una vez la arqueología confirma este tráfico en el *hinterland* de Gadir, y sitúa tal actividad en un marco espacial y temporal concreto: las serranías del interior de las provincias de Huelva y Sevilla entre aproximadamente los años 750 y 570 a.C.

En la época de la colonización fenicia, la zona minera por excelencia estuvo constituida por la provincia de Huelva y el área occidental de la provincia de Sevilla, con focos secundarios en Sierra Morena y Portugal. Pero era la zona onubense la que contenía los más ricos depósitos de piritas con abundante mineral auroargentífero. Así, por ejemplo, en el área minera de Riotinto, uno de los principales focos de producción metalúrgica de la Antigüedad —oro, plata,

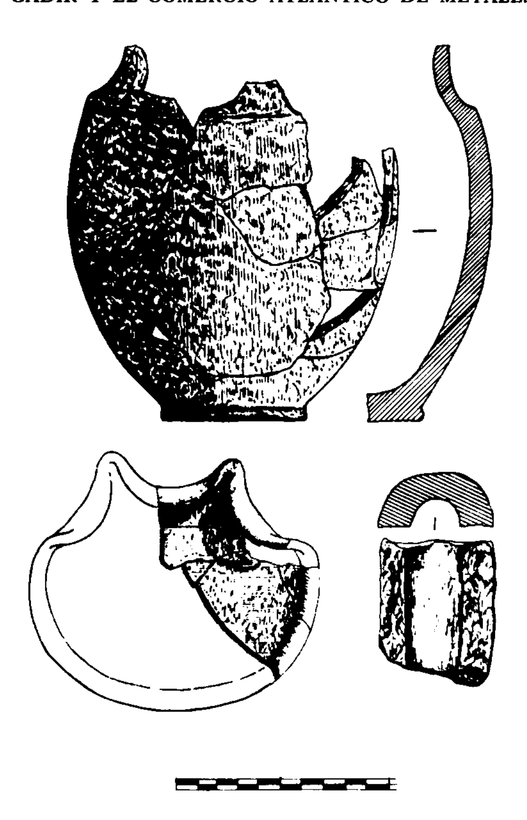


FIGURA 71. Cerámica e instrumentos de minero de Riotinto (según Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970).

cobre, plomo, hierro—, se estableció durante el siglo VII a.C. un poblado minero —el Cerro Salomón— dedicado enteramente a la extracción de plata, oro y cobre (fig. 71). El proceso de extracción utilizó mano de obra indígena, según se infiere del registro arqueológico, y la población local se cuidaba no sólo de la excavación de pozos y galerías, sino también de las operaciones de fundición y preparado del mineral.

En el Cerro Salomón se han descubierto lámparas de arcilla, herramientas de minero, fuelles y crisoles, y los análisis realizados sobre las muestras de mineral indican que los técnicos y operarios sabían mucho de fundentes de sílice y de tratamiento del mineral, al que añadían plomo como colector de plata. Se trata, por consiguiente, de una empresa minera bien organizada que utiliza una tecnología avanzada que no tiene precedentes conocidos en Tartessos. No es casual que toda esta actividad se iniciara en Riotinto en el mismo momento en que en la zona aparecen los primeros indicios de presencia fenicia.

El metal en forma de lingotes o de mineral en bruto se transportaba río abajo, por el Tinto, hasta Huelva, un asentamiento indígena o tartésico que gracias a este comercio se transformará durante el siglo VII a.C. en un próspero centro



FIGURA 72. Horno tartésico de fundición de plata de la calle del Puerto, en Huelva (foto J. Fernández Jurado).

portuario, frecuentado por los fenicios. En pleno casco urbano de Huelva se han localizado hornos de fundición de plata de los siglos VIII-VII a.C. (fig. 72), indicio de que las actividades metalúrgicas propiamente dichas, dirigidas a beneficiar la plata de Riotinto, se llevaron a cabo, indistintamente, cerca de las minas —Cerro Salomón—, en centros metalúrgicos especializados o en la misma Huelva, acaso en función de las necesidades de combustible o del ahorro de los costos de transporte.

Existió, además, un segundo foco minerometalúrgico especializado en la obtención y procesamiento de la plata, que estuvo más orientado hacia el puerto de Gadir. Organizado en torno a las minas de Aznalcóllar, en la provincia de Sevilla, estuvo dominado por el importante poblado indígena de Tejada la Vieja, que controlaba la ruta comercial en dirección a la desembocadura del Guadalquivir y a Gadir (véase fig. 68). La actividad minerometalúrgica está documentada desde finales del siglo VIII en los poblados metalúrgicos de San Bartolomé de Almonte y de Peñalosa, situados a varios kilómetros de las minas y dedicados exclusivamente a la preparación del mineral que era transportado hacia la costa, donde debía llegar ya fundido en forma de barras o lingotes.

La evidencia arqueológica de metalurgia onubense durante los siglos VIII y VII revela la existencia de una organización de la producción en manos fenicias e indígenas sumamente eficaz, y articulada alrededor de una red jerarquizada de establecimientos dependientes del puerto tartésico de Huelva. La introducción por parte fenicia de innovaciones tecnológicas en la metalurgia

indígena, que contaba con una larga tradición en la zona desde el Bronce Final, habría incrementado el rendimiento de la minería y metalurgia locales, que en el siglo VII llegó a alcanzar proporciones industriales. Todo indica que el control y el suministro de plata estuvieron en manos indígenas, que coordinaban, desde los grandes centros fortificados del interior, como Tejada, todas las facetas de la producción, desde la extracción de mineral en las minas de Riotinto y Aznalcóllar, hasta las tareas de fundición y copelación en los centros de San Bartolomé y Peñalosa. El destino último de la plata fundida —los puertos de Huelva y Gadir— culminaba un proceso de producción y de distribución del que se beneficiaron tanto los fenicios de Gadir como las elites indígenas de Huelva.

La técnica utilizada en Huelva y en San Bartolomé de Almonte para beneficiar plata estaba basada en la fusión y en la copelación, a partir básicamente del mineral de gossam, de alto contenido en oro, plata y plomo. El proceso consistía en colocar el mineral molido junto con el fundente y someter la mezcla al fuego para obtener la escoria y el régulo (plomo, plata y oro), actuando el plomo como captador de metales. Tras esta primera fase de fusión venía la copelación propiamente dicha: se colocaba el régulo en una copela, exponiéndolo al fuego; la copela, al absorber el plomo, dejaba libre un segundo régulo (oro y plata), del que se desprendía finalmente el plomo.

Todo ello revela excelentes conocimientos metalúrgicos, particularmente significativos si se tiene en cuenta que los tartesios sólo se habían iniciado en la metalurgia de la plata a gran escala a partir del siglo VIII a.C. Sin duda todos estos procesos exigen la presencia de personal especializado —técnicos, mineros, metalúrgicos, transportistas, etc.— a cargo de las diversas etapas de producción, pues ya hemos visto que no siempre el lugar de extracción de mineral coincidía con el lugar de fundición o embarque. Probablemente el metal, en forma de lingotes o barras previamente pesadas y troceadas, se transportaba desde los puertos de Huelva o Gadir directamente a Tiro o Grecia, y acaso también a Pithecusa u otros centros del Mediterráneo donde se documenta la actividad de plateros y orfebres durante los siglos VIII-VII a.C.

En cualquier caso, Gadir fue el principal centro receptor de la plata tartésica, bien a través de intermediarios, bien directamente, por lo menos hasta finales del siglo VII a.C. Puede decirse, en este sentido, que el capital invertido por Tiro en esa empresa remota fue más que amortizado. Porque sólo unos rendimientos económicos elevados pueden explicar la localización excéntrica de Gadir, fuera de las rutas habituales de navegación en el Mediterráneo antiguo. Por lo demás, el tráfico de mineral de plata que acabamos de describir implica, no sólo una inversión económica considerable, sino también un alto grado de coordinación entre la mina y el embarcadero, y la existencia de una autoridad que centralizara y coordinara los servicios. Dado que el principal beneficiario fue Tiro, habría que convenir, de acuerdo con las fuentes clásicas (Diodoro 5:35,5), que Gadir actuó por mandato de Tiro a través de poderosos agentes comerciales instalados en Occidente. Así adquiere sentido la observación de Posidonio de que en Gadir existían grandes navíos de transporte, armados por los ricos



FIGURA 73. Jarro de bronce de la necrópolis de La Joya, Huelva (foto J. P. Garrido).

comerciantes del lugar (Estrabón 2:3,4), que operaban, seguramente, bajo la protección de Melqart. Gracias a ellos Tiro podía abastecer de plata a los grandes centros del Egeo y de Asiria.

El comercio de la plata benefició igualmente a un sector de la población tartésica de Huelva, especialmente a sus jefes y régulos locales, cuyo poderío queda perfectamente reflejado en las sepulturas aristocráticas de la necrópolis de La Joya (fig. 73). El contenido de las sepulturas no sólo denota que los jefes locales adoptaron formas de influencia fenicia u oriental en su estilo de vida y en sus prácticas funerarias —de ahí el término de «orientalizante» aplicado a este período en Tartessos—, sino que a lo largo del siglo VII se fue incrementando la diferenciación social en el seno de estas comunidades indígenas, preparando de alguna forma los cambios sociales y económicos que desembocarán en la crisis del mundo tartésico de mediados del siglo VI a.C.

La intervención directa de Gadir sobre la producción de plata y el monopolio de su comercio en el Mediterráneo se incrementan a lo largo del siglo VII a.C., en unos momentos en que la fuerte demanda de plata en Oriente estaba forzando a Tiro a intensificar su producción de plata en Occidente y, por tanto, a consolidar las relaciones comerciales con el mundo indígena. En esa época se incrementa el volumen de los intercambios comerciales con Andalucía, Extremadura y Portugal, cuyos nativos reciben aceite, vino, ungüentos y joyas a cambio de sus materias primas.

EL COMERCIO CON EL *HINTERLAND* TARTÉSICO: UN EJEMPLO DE INTERCAMBIO DESIGUAL

El área tartésica es hoy uno de los territorios mejor conocidos gracias al impulso que ha experimentado la investigación arqueológica desde principios de la década de los setenta. Sin entrar en consideraciones sobre su cultura material y su proceso histórico y protohistórico, que requerirían por sí solos un volumen aparte, sí interesa destacar aquí la incidencia del comercio fenicio en el valle del Guadalquivir y zonas limítrofes y las formas de intercambio que desarrolló Gadir en la región.

El valle del Guadalquivir ofrecía unas posibilidades de explotación metalúrgica que podían servir de complemento eficaz a la producción de plata onubense. Una lectura global de los datos arqueológicos demuestra que el comercio fenicio accedió, durante los siglos VIII y VII a.C., a zonas del valle y de las estribaciones de Sierra Morena —Carambolo, Setefilla, Cástulo, etc.— en las que podía obtener plata, oro, siderita, cobre y plomo con relativa facilidad.

En su calidad de puerto continental de Gadir, el Castillo de Doña Blanca facilitaba el acceso directo al fértil valle del Guadalquivir y a su desembocadura, que en la Antigüedad fue una enorme laguna poblada por asentamientos indígenas costeros, como Asta Regia, Nabrissa, Onoba y Ossonoba. La mayoría de estos poblados, al igual que los grandes centros tartésicos del interior, como Carmona, Carambolo, la misma Sevilla y Setefilla, reciben muy pronto mercancías fenicias, más de la mitad constituidas por ánforas de transporte y contenedores. Ello confirmaría la observación del Pseudo-Aristóteles, ya comentada, según la cual los tartesios habrían recibido en un principio aceite y baratijas a cambio de metal.

Además de los metales, los fenicios no podían ignorar el potencial agrícola y ganadero del valle del Guadalquivir. A pesar de que sobre este aspecto se cuenta con información sumamente escasa, la distribución y la forma de las cerámicas y ánforas fenicias halladas en el interior de Gadir denotan que las estrellas del comercio fenicio fueron habitualmente el grano, los metales, la sal, las pieles y, probablemente también, los esclavos. Aunque difícil de contrastar a nivel arqueológico, el comercio de esclavos fue considerado como uno de los pilares de la economía tiria (Am 1:9; Heródoto 2:54-55).

¿Qué obtenían los indígenas a cambio de todo esto? Con seguridad aceite y, probablemente también, vino de calidad, a juzgar por la gran cantidad de ánforas fenicias halladas en los poblados tartésicos de las provincias de Huelva, Cádiz y Sevilla (fig. 74). El volumen de aceite importado en territorio tartésico sugiere la presencia de mercaderes profesionales dedicados al transporte de ánforas desde los grandes centros de producción de aceite de los siglos VIII-VII a.C., como Biblos y Sarepta. Durante el siglo VII a.C., los fenicios transportaron también a Occidente aceite refinado procedente de Ática, sirviéndose para ello de pequeñas ánforas de lujo —las ánforas «SOS»—, de fabricación griega (fig. 75).

El registro arqueológico evidencia, asimismo, todo tipo de mercancías y ar-

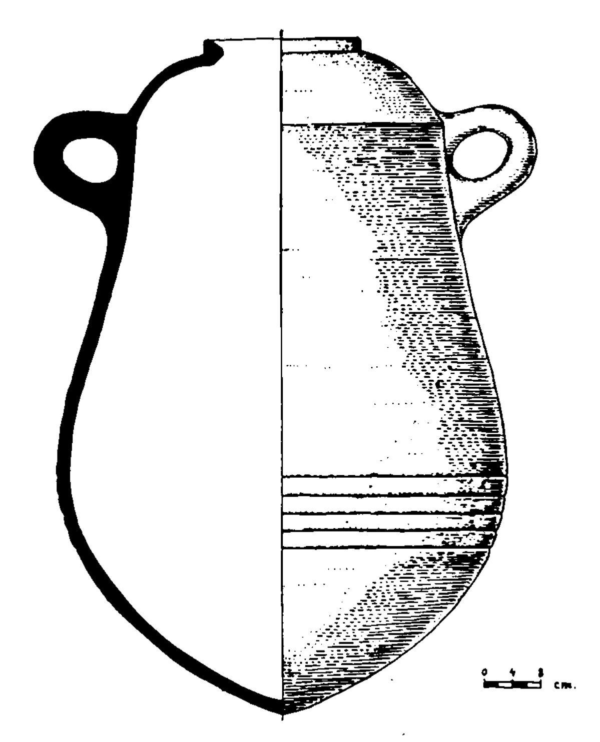


FIGURA 74. Ánfora fenicia del siglo VII a.C. del Carambolo (según Carriazo, 1973).

tículos que los fenicios introdujeron en los territorios del interior, tales como piezas decoradas de marfil, importadas de Oriente o elaboradas en talleres gaditanos, joyas de oro y plata, jarros de bronce y, sobre todo, una gran profusión de pequeños recipientes —aríbalos, alabastrones, botellas y frascos—, que contenían aceites perfumados, esencias, bálsamos y cosméticos, así como tejidos, collares, cuentas de vidrio y otras baratijas (véase *infra*, fig. 83). En suma, un sistema de comercio típicamente colonial, basado en la producción de auténticos artículos para la «exportación» —envases para ungüentos y perfumes— que, a juzgar por su amplia distribución en Andalucía, cabe considerar uno de los éxitos del comercio fenicio, en la medida en que fueron capaces de crear una demanda de pequeños artículos de lujo donde no la había.

Al intercambio desigual, característico de las etapas iniciales del comercio colonial, cabe añadir un segundo sistema de intercambio basado en la circulación de bienes de prestigio en el marco de las elites tartésicas del interior. Una serie de objetos de lujo y de prestigio, como son las joyas, los marfiles, las estatuillas de bronce representando a Astarté, el vidrio tallado y los jarros de bronce, estaban destinados a la elite tartésica (fig. 76). La concentración de bienes de lujo o dones de prestigio en zonas estratégicas como Huelva, Carmona, Carambolo, Setefilla, Aliseda o Cástulo, formando parte de ajuares funerarios prin-



FIGURA 75. Ánfora griega de tipo «SOS» del siglo VII a.C. (Cerro del Villar, Málaga).

cipescos, demuestra el interés de Gadir por las poblaciones que controlaban las principales vías de comunicación y accesos hacia los recursos mineros y agropecuarios del interior. El intercambio de regalos y dones constituyó, así, otro de los mecanismos utilizados por el comercio fenicio para alcanzar sus objetivos económicos —una constante del comercio fenicio en la Baja Andalucía fue el sistema de reciprocidad, que aparece circunscrito a los sectores privilegiados de la sociedad tartésica. Y el intercambio de plata, cobre y estaño por vino, aceite y perfumes indica, más que un comercio desarrollado, un poder desigual y una situación típicamente colonial.

Esta situación de intercambio desigual tendría importantes repercusiones: un cambio social en el seno de la sociedad indígena, desde el momento en que sólo determinados sectores de la población se incorporan y se benefician del circuito comercial fenicio, y un agotamiento gradual de los recursos del territorio.

La arqueología tartésica es harto elocuente acerca de los mecanismos utilizados por el comercio colonial fenicio en las zonas de interés económico preferencial. Así, la evidencia sugiere que el comercio tirio sólo benefició a la aristocracia local, que controlaba un territorio rico en recursos agropecuarios y



FIGURA 76. Astarté de bronce del siglo VIII a.C. de El Carambolo (detalle y figura completa) (foto Museo Arqueológico de Sevilla).

minerometalúrgicos desde mucho tiempo antes de la fundación de Gadir y que supo aprovechar una coyuntura económica favorable, rentabilizando en beneficio propio la concentración en su territorio de materias primas y recursos tan apreciados en el mundo mediterráneo de los siglos VIII y VII a.C. Actuando como verdaderos intermediarios económicos y sociales, los fenicios supieron integrar a la sociedad tartésica y, en particular, a sus elites dirigentes, en el marco de las estructuras propias de las sociedades «civilizadas» y de mercado características del Mediterráneo oriental, transformándolas en formas organizadas de poder político y en sociedades consumidoras de bienes de lujo importados.

Más que un fenómeno de «aculturación» o que una consecuencia de la «colonización agrícola» fenicia del valle del Guadalquivir, tal como han pretendido defender algunos autores, el fenómeno «orientalizante» tartésico fue ante todo la respuesta de una sociedad indígena jerarquizada y detentadora del control de sus propios recursos al estímulo colonial mediterráneo. Respuesta que adoptó la forma de una integración ideológica y social de los sectores dominantes de la sociedad tartésica en las estructuras sociales mediterráneo-orientales, y la incorporación de sus sistemas económicos a los circuitos de mercado de la cuenca mediterránea.

En cualquier caso, el ejemplo tartésico demuestra que la empresa colonial y comercial fenicia estableció redes de intercambio preferentes en aquellos te-

rritorios con una autoridad política ya establecida, capaz de garantizar la producción de excedente, la estabilidad y la continuidad de los intercambios, y facilitar mano de obra nativa en las minas, campos de cultivo y puertos mercantes. Probablemente el templo de Gadir, símbolo del estado fenicio, sirvió de garante en los pactos y alianzas suscritos con los jefes indígenas locales, asegurando, por un lado, la buena marcha del comercio y reforzando el estatus social de sus elites, por otro.

EL COMERCIO ATLÁNTICO

La región atlántica de la Península Ibérica

El radio de acción económica de Gadir se amplió considerablemente durante el siglo VII a.C. Así, su control de los recursos minerometalúrgicos muy pronto se extendió a un nuevo metal, el estaño, claramente deficitario en el Mediterráneo oriental.

Se cuenta que desde tiempos muy remotos los tartesios, y también los fenicios, navegaron hacia las islas Oestrymnides en busca de estaño (Avieno, *O. M.* 113-116). Y añade Estrabón que los gaditanos obtenían estaño y plomo en las islas Cassitérides a cambio de sal y objetos de bronce (Estrabón 3:5,11).

Por lo general las Oestrymnides o Cassitérides («islas del estaño») se localizan frente a las costas de Galicia, en Bretaña o incluso en las Islas Británicas (Plinio, *N. H.* 4:119). Sea como fuere, es probable que los tartesios de Huelva desarrollaran contactos regulares y por vía marítima con el noroeste peninsular durante el Bronce Final atlántico y se advierten indicios de navegación fenicia regular a lo largo de la costa portuguesa desde mediados del siglo VII a.C.

Gadir debió de utilizar también la ruta terrestre que, vía Tartessos, permitía el acceso al estaño del noroeste, pasando por los enclaves estratégicos de Aliseda y Medellín, a través de un territorio —Extremadura— rico en oro, cobre y estaño. El célebre tesoro de Aliseda (Cáceres), sin duda obra de orfebres fenicios, fue hallado precisamente en la sepultura de un jefe o príncipe indígena, cuya residencia probablemente controlaba uno de los principales pasos naturales de la ruta del estaño del noroeste. El contenido de la sepultura —joyas de oro, jarros de bronce y plata, ánforas fenicias— evidencia la práctica del don o regalo, ofrecido por mercaderes gaditanos o tartesios a un jefe indígena a cambio de una contrapartida económica: el libre tránsito de mercancías a través de su territorio.

Los recientes descubrimientos arqueológicos en la zona del centro-sur de Portugal y zonas limítrofes han puesto de manifiesto la importancia de la fachada atlántica de Iberia para la política comercial de Gadir en el siglo VII, cuya esfera de influencia alcanzó territorios hasta entonces inexplotados, como el estuario del Tajo, el Marruecos atlántico y también las Baleares y el golfo de León.

En efecto, transcurridos algo más de cien años tras la llegada de los fenicios

a la bahía de Cádiz y a la costa mediterránea de Andalucía, y acaso como consecuencia de la fuerte demanda de materias primas y de productos derivados de la agricultura y la ganadería por parte de los centros mediterráneos, los mercaderes gaditanos se vieron en la circunstancia, hacia el 650 a.C., de arriesgar sus naves hacia regiones hasta entonces inexploradas o integradas en otros circuitos comerciales —por entonces en franco retroceso, como el del llamado «Bronce atlántico»—, cuyos extraordinarios recursos —estaño, oro, marfil, cobre, plomo, sal, etc.— justificaban con creces la ampliación de su esfera occidental de intercambio.

Desde el Bronce Final (1100-700 a.C.), las comunidades indígenas del centro-sur de Portugal estaban organizadas alrededor de grandes poblados fortificados y estratégicos que, como Alpiarça, Catujal, Tapada da Ajuda y Quinta do Almaraz, en el delta del Tajo, dominaban el estuario de los principales ríos atlánticos (fig. 77). La evidencia arqueológica sugiere que las elites locales, ubicadas en los poblados centrales, controlaban no sólo las vías de comunicación hacia el interior, sino el comercio marítimo a larga distancia con otras regiones atlánticas europeas y una serie de unidades agrícolas y minerometalúrgicas dependientes ubicadas en el interior del territorio.

A partir del siglo VIII se advierte la presencia de importantes poblados situados en lugares altos, con buenas condiciones defensivas y dominando las principales vías de comunicación, como el Guadiana, el Sado, el Tajo y el Mondego. Se trata de auténticos puertos comerciales indígenas, como Castro Marim, Quinta do Almaraz, Sé de Lisboa, Alcáçova de Santarém, Setúbal, Alcáçer do Sal, Conímbriga y Santa Olaia, que canalizaban hacia la costa el cobre alentejano, el estaño de Beira Alta y el oro de la Estremadura portuguesa. Un ejemplo significativo lo constituye el poblado de Castro Marim, que desde principios del primer milenio controló el comercio regional y el acceso al curso medio del Guadiana, donde la presencia de necrópolis «orientalizantes y de sepulturas «principescas» —Aljucén, Zarza de Alange (figs. 78 y 79), Medellín, Valdegamas o Siruela—, o de residencias-santuario centrales como Cancho Roano, evidencian la importancia de las comunidades situadas en los llanos del Guadiana para el abastecimiento de estaño, cobre y plata hacia la costa. El interés del comercio gaditano hacia estos centros costeros indígenas a mediados del siglo VII obedeció sin duda a su rango de intermediarios entre la costa y el interior, a su control sobre el tráfico fluvial de mercancías y a su papel de potenciales consumidores de bienes de prestigio procedentes del área fenicia.

El contenido suntuoso de algunas necrópolis portuguesas del Hierro, como Fonte Velha, Almogrebe y Alcácer do Sal, unido al carácter «principesco» de las sepulturas de Gaio, en Sines, y de Torres Vedras, con sus importaciones fenicias de lujo (fig. 80), denota la importancia estratégica y política de las elites indígenas en el marco de las redes gaditanas de intercambio.

En el estuario del Tajo, el mayor río de la Península y famoso por sus arenas auríferas (Plinio, *N. H.* 4, 115), una densa población eminentemente agrícola aparece organizada en los siglos VII y VI en torno a grandes poblados centrales dominando el río, por los que circulan hacia la costa los principales

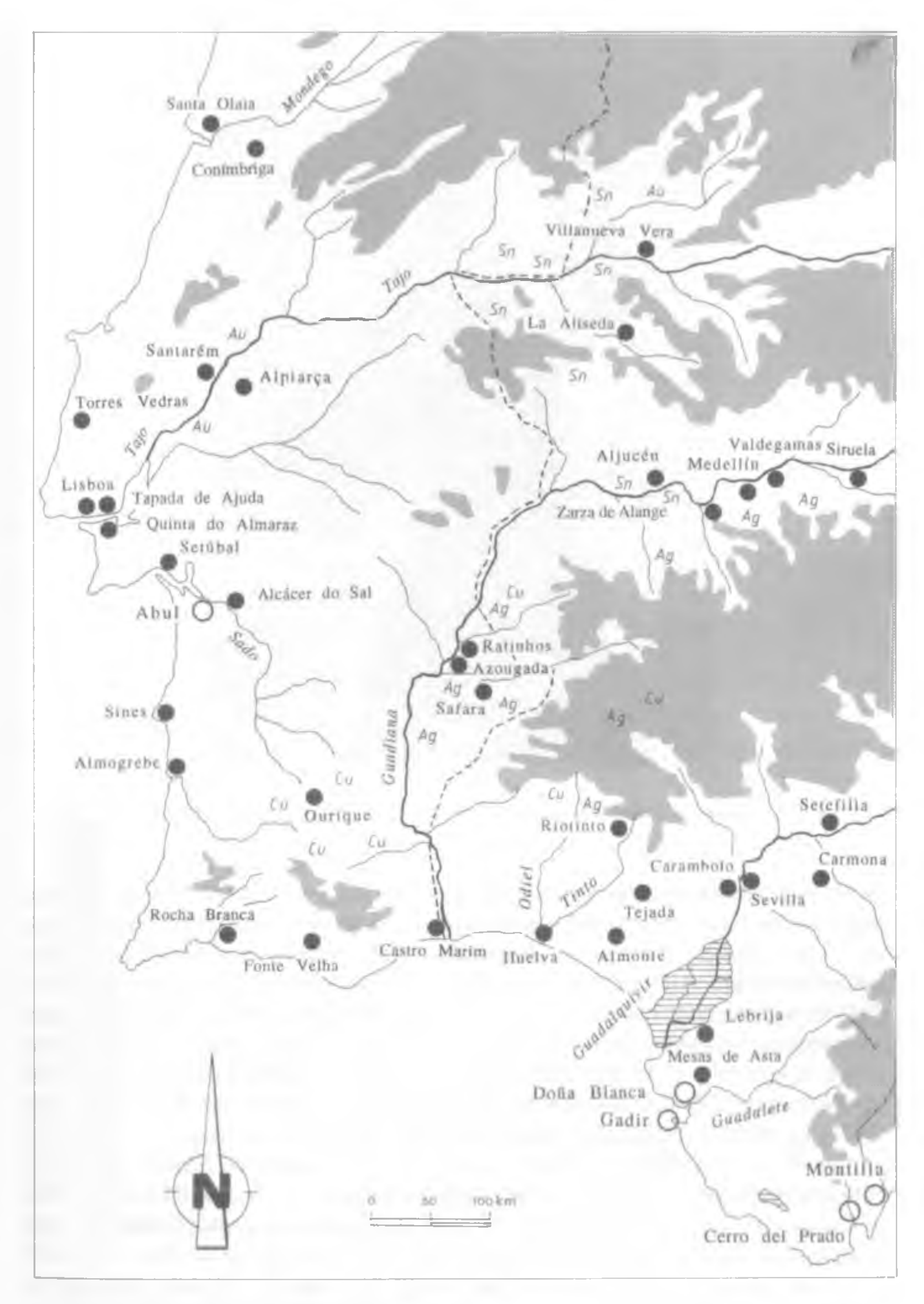


FIGURA 77. El centro-sur de Portugal y Extremadura.



FIGURA 78. Boca del jarro de bronce de Zarza de Alange (foto Museo de Badajoz).

productos de intercambio procedentes del interior, como la sal, el oro aluvial, el estaño, la plata y el cobre. La abundancia y el origen inequívocamente andaluz de las cerámicas fenicias de importación que aparecen en Quinta do Almaraz, en el mismo casco urbano de Lisboa, y en la Alcáçova de Santarém hablan de la importancia de la vía del Tajo para el comercio fenicio, que probablemente introdujo hacia el interior del territorio los productos de lujo que aparecen en los siglos VII y VI en los santuarios y tumbas principescas pertenecientes a las elites rurales de las regiones de Cáceres (Aliseda, Villanueva de la Vera, Torrejón de Abajo) y de Toledo (Las Fraguas, Casa del Carpio).

En el estuario del Sado, la necrópolis de incineración de Alcácer do Sal y el poblado de Setúbal han proporcionado cerámicas de importación fenicia muy similares a las de Lixus y Mogador. Se documenta en esta zona probablemente la única factoría fenicia conocida hasta ahora en Portugal, la de Abul. Se trata de un pequeño enclave comercial fortificado del siglo VII, situado cerca de la desembocadura del río, y cuya ocupación, en base a la cerámica fenicia, se fecha entre mediados del siglo VII y principios del VI (fig. 81). La categoría y forma de las cerámicas —ánforas, cerámica gris, de engobe rojo, *pithoi* y pintada—



FIGURA 79. Jarro de bronce de Siruela (foto Museo de Badajoz).

remiten directamente al mundo de las colonias fenicias andaluzas y define el origen meridional de sus pobladores, establecidos en una de las vías de acceso hacia el interior más importantes de Portugal.

Los vestigios arqueológicos más septentrionales que se conocen de la presencia fenicia proceden del valle del Mondego y, en particular, de los castros indígenas de Conímbriga y de Santa Olaia, que desde el Bronce Final controlaron los circuitos de abastecimiento de metal de la región, simbolizados sobre todo por el célebre depósito de bronces de Baiões. Los materiales de importación que aparecen en esta zona a partir del siglo VII —cerámicas grises, platos de barniz rojo, marfiles de tipo Carmona, urnas Cruz del Negro y fíbulas de doble resorte— traducen contactos regulares no sólo con el área gaditana, sino también con el bajo Guadalquivir tartésico.

El Marruecos atlántico: Lixus y Mogador

Las fuentes clásicas mencionan que los gaditanos navegaban en grandes navíos por el Mediterráneo y el océano y que más allá del estrecho de Gibraltar,

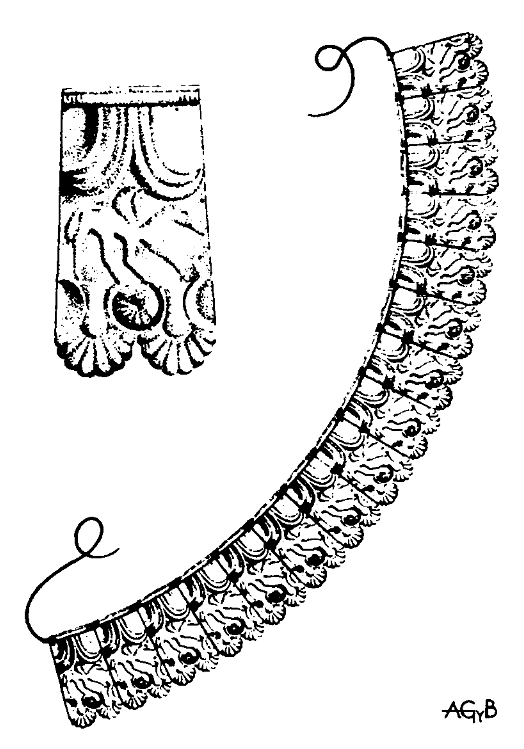


FIGURA 80. El tesoro de Gaio, en Sines (según García Bellido, 1970).

en las costas marroquíes del Atlántico, existieron numerosas colonias tirias que, posteriormente, quedaron deshabitadas y en ruinas (Estrabón 3:1,8; 18:3,2; Avieno, *O. M.* 438-442 y 459-460). En efecto, se sabe que los fenicios de Gadir navegaron allende las Columnas, que llegaban en cuatro días a grandes bancos de atún, y pescaban a lo largo de las costas de Mauritania hasta el río Lixus, con unos pequeños barcos llamados *hippoi,* debido a la figura en forma de caballo de sus proas (Pseudo-Aristóteles 136; Estrabón 2:3,4). Probablemente se trata del banco de pesca canario-sahariano, aún hoy uno de los más ricos del mundo.

La instalación fenicia más importante de la zona fue Lixus, situada en un altozano y dominando, cerca de su desembocadura, el fértil valle del río Loukkos (fig. 82). Este asentamiento fenicio, a pesar de considerarse muy antiguo (Plinio, *N. H.* 19:63), ha proporcionado escasa documentación arqueológica de época fenicia. Fue una importante ciudad helenística y romana, provista de templos monumentales, que hasta hoy sólo ha librado un reducido número de materiales arcaicos de los siglos VII y VI a.C. como único testimonio de la instalación fenicia original, cuya extensión y urbanismo se desconocen.

No obstante, el objetivo de los fenicios no fue sólo la pesca de altura. La ubicación de Lixus en la desembocadura del Loukkos convertía a la colonia

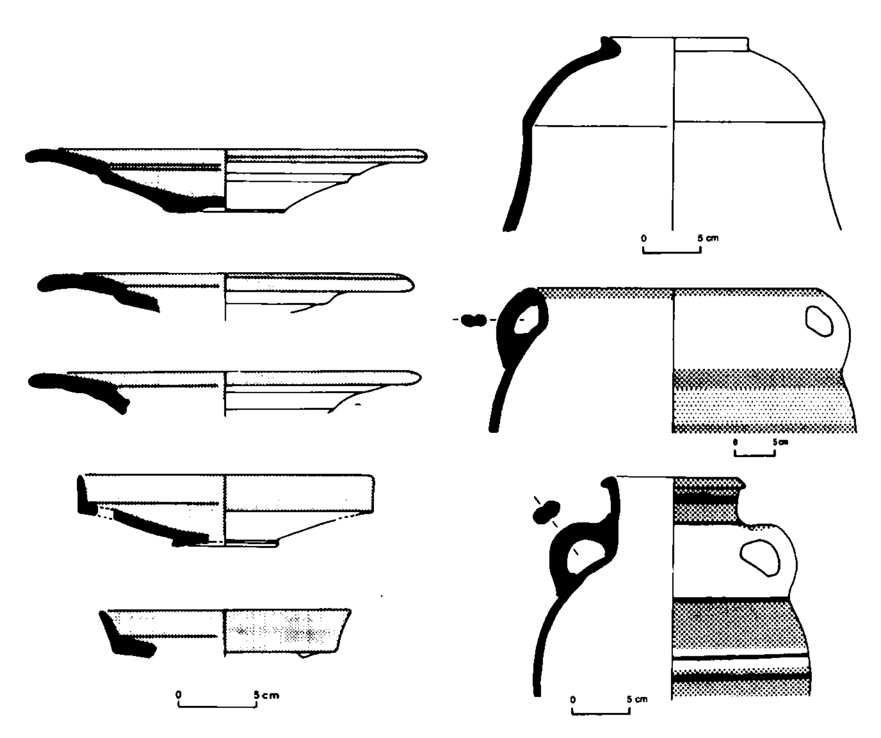


FIGURA 81. Cerámica fenicia de Abul (según Mayet y Tavares da Silva, 1993).

en un puerto bien protegido a la entrada de uno de los grandes ríos navegables del Atlántico, lo que resulta significativo en una costa inhóspita, como la marroquí, sumamente peligrosa para la navegación y en la que, salvo en Tánger, apenas existen playas o ensenadas resguardadas. Significativo, porque en el *hinterland* de Lixus existieron poderosos reinos indígenas que pudieron abastecer a los fenicios de oro y marfil. Asimismo, Lixus tenía a su disposición cobre, hierro y plomo en las estribaciones del Atlas, y recursos salinos en el Sáhara y zona de Banasa.

Los hallazgos más antiguos documentados hasta hoy en Lixus corresponden a cerámicas procedentes del estrato V del sondeo realizado por Tarradell en 1951-1955 en el área denominada del «Algarrobo», y de las excavaciones de Ponsich y Tarradell en la zona del templo, donde aparecieron importantes conjuntos de cerámica fenicia en los niveles inferiores situados bajo el llamado edificio A, el templo H y en una cisterna.

Tanto las ánforas como los platos y cuencos de barniz rojo, las botellas y las grandes tinajas con cuatro asas llamadas *pithoi* remiten directamente a la cerámica fenicia de finales del siglo VII y del siglo VI de la bahía gaditana —en particular de Doña Blanca— y de sitios tartésicos del interior, como Carambolo y Cruz del Negro. Una vez más, y al igual que en Portugal, se pone de manifiesto en esta zona la fuerte influencia de Gadir en el horizonte arcaico de las



FIGURA 82. Vista de la acrópolis de Lixus.

colonias atlánticas, configurando una especie de «provincia cultural» gaditana en el extremo Occidente.

A 1.000 km de distancia de Cádiz, el islote de Mogador albergó otro establecimiento fenicio de pequeña categoría, frecuentado durante los siglos VII-VI a.C. con carácter esporádico. Se trata de la avanzada fenicia más meridional conocida hasta hoy, situada en una isla frente a tierra firme, que formó parte de un antiguo archipiélago casi desaparecido en la actualidad. Su emplazamiento, frente a la desembocadura de un río poco importante, el uadi Ksob, parece corresponder a una pequeña factoría o establecimiento comercial de carácter temporal y utilizado probablemente por los mercaderes orientales para sus transacciones esporádicas con las poblaciones del interior del continente.

Mogador no ha proporcionado estructuras sólidas de habitación, sino sólo restos de hogares y pavimentos más propios de un campamento temporal formado por tiendas o chozas. Los restos de ballena y pescado hallados en las excavaciones indican que el comercio se compaginó con actividades pesqueras.

De particular interés resulta el hallazgo en Mogador de una gran losa cuadrangular de piedra, que ha sido interpretada como un monolito de culto. En cualquier caso, recuerda las estelas que los fenicios acostumbraban a erigir en algunas zonas del Mediterráneo, como Nora, para conmemorar la fundación de una colonia o factoría, o los célebres *padrões* que los primeros mercaderes portugueses del siglo XV dejaban como señal en sus escalas de navegación a lo largo de la costa occidental de África. Un *padrão* era una columna rematada

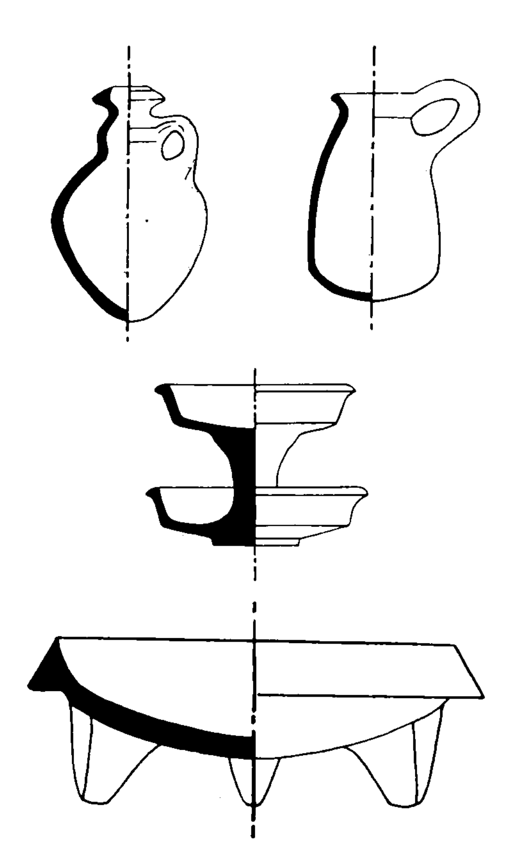


FIGURA 83. Cerámica fenicia del siglo VII a.C. de Mogador (según Jodin, 1966).

por una piedra cúbica con las armas del rey de Portugal, que simbolizaba la apropiación de un nuevo territorio.

La cerámica de Mogador (fig. 83), formada por platos fenicios de engobe rojo, cuencos grises, lucernas, trípodes, *pithoi,* vasos de tipo Cruz del Negro, algunos recipientes con decoración de retícula bruñida, cerámica de Grecia del este y ánforas áticas «SOS», corresponde enteramente a esa «provincia cultural» atlántica dependiente de Gadir y su *hinterland* inmediato. No se trata, en consecuencia, de una factoría fundada por Cartago, como se dijo en un principio, sino de una parte integrante de los dominios de Cádiz en ultramar.

Quizá fue la famosa Cerne mencionada en el *Periplo* del Pseudo-Escílax, una isla en África donde la tradición describe una situación muy similar a la que refleja el registro arqueológico de Mogador. En efecto, según el *Periplo,* en Cerne los mercaderes fenicios practicaban un comercio esporádico y estacional, se cobijaban en tiendas y desembarcaban sus mercancías en tierra firme a cambio de pieles y marfil. De cronología controvertida, el *Periplo* del Pseudo-Escílax alude probablemente a acontecimientos de principios del siglo VI y cons-

tituye una de las muestras más elocuentes de lo que pudieron ser los mecanismos de intercambio utilizados por los fenicios en aquellos territorios donde no contaban con colonias permanentes (Escílax 112; Müller, *GGM* I, 94):

> Más allá de la isla de Cerne no es posible la navegación debido a la poca profundidad del mar, al fango y a las algas ... Los comerciantes son fenicios. Cuando llegan a la isla de Cerne fondean sus barcos de carga [*gauloi*] y levantan sus tiendas en Cerne. Pero el cargamento, tras haberlo descargado de sus naves, lo transportan en barcos pequeños hasta tierra firme. Los etíopes se encuentran en tierra firme. Con estos mismos etíopes es con los que se comercia. [Los fenicios] venden [sus mercancías] a cambio de pieles de gacelas, leones y leopardos, así como de pieles y colmillos de elefante y de animales domésticos. Los comerciantes fenicios les traen ungüentos, piedra egipcia, vajilla ática y coes. En efecto, estas formas son las que pueden adquirirse durante la fiesta de los Coes. Estos etíopes se alimentan de carne, beben leche y el vino lo hacen en abundancia con sus propias viñas, aunque también se lo traen los fenicios. [Los etíopes] tienen también una gran ciudad, hasta la que también navegan los comerciantes fenicios.

El interés que ofrece para nosotros Mogador estriba, sobre todo, en su cerámica —el aspecto mejor conocido de estas instalaciones fenicias en el Atlántico.

Resulta significativo el nombre de Magón (*mgn*), que aparece inciso con carácter de marca de propiedad en ánforas y cerámicas fenicias de la isla. Probablemente se trata de un rico comerciante o naviero gaditano, perteneciente a la misma esfera social que otro Magón enterrado en Almuñécar, con todas sus propiedades y posesiones de lujo.

En ultramar, la órbita de actividad comercial o pesquera de Cádiz no se limitó a Lixus, Mogador o las Cassitérides. Así se infiere de la existencia de dos pequeños establecimientos localizados en Rachgoun y Mersa Madakh, en Orán, cuyos restos arqueológicos evocan una vez más el ámbito de Gadir-Doña Blanca durante los siglos VII y VI a.C. Probablemente estos enclaves, dedicados al comercio y a la pesca, ejercieron como escala de apoyo a la navegación hacia Cádiz y el estrecho de Gibraltar.

10. LAS COLONIAS DE OCCIDENTE II: Andalucía mediterránea e Ibiza

LAS COLONIAS DE ANDALUCÍA ORIENTAL

Introducción

Abordaremos, en este apartado, el análisis de un tramo costero comprendido *grosso modo* entre Villaricos (Almería) y el río Guadiaro (Málaga), ocupado por asentamientos fenicios, cuyo conocimiento ha constituido una de las grandes sorpresas de la arqueología fenicia de los últimos tiempos. En efecto, esta zona, al igual que Ibiza, ignorada prácticamente por la historiografía clásica e incluso vinculada erróneamente a la colonización griega o cartaginesa por algunos autores clásicos, constituye hoy uno de los conjuntos arqueológicos más espectaculares y arcaicos conocidos en el Mediterráneo occidental, cuyo descubrimiento ha dado un giro inesperado al estudio de los fenicios en Occidente.

Las fuentes de información son aquí distintas a las de Gadir: para reconstruir la historia de las colonias fenicias de la costa mediterránea de Andalucía o de Ibiza hemos de acudir necesariamente a los testimonios arqueológicos, dado que las fuentes escritas ignoran en general estos territorios antes del período púnico y cartaginés.

La riqueza de la documentación arqueológica registrada en algunos sitios como Toscanos, o la suntuosidad de las necrópolis fenicias de Trayamar o Almuñécar han hecho que, en ocasiones, se exagerara la importancia de estas instalaciones fenicias, producto de la fascinación que ejerce la arqueología fenicia de las provincias de Málaga y Granada, y también del olvido del peso cultural y económico que tuvo Gadir en Andalucía y el Atlántico. En este contexto se explican algunas de las hipótesis que ven en Gadir una mera factoría de comercio, en tanto que Toscanos y otros enclaves mediterráneos habrían sido las auténticas colonias tirias de la Península Ibérica.

Los historiadores clásicos se muestran muy vagos al describir esta zona, hasta hace unos años considerada de colonización cartaginesa y, en cualquier caso, posterior al año 500 a.C. Estrabón afirma que Malaka (Málaga), la ciudad de

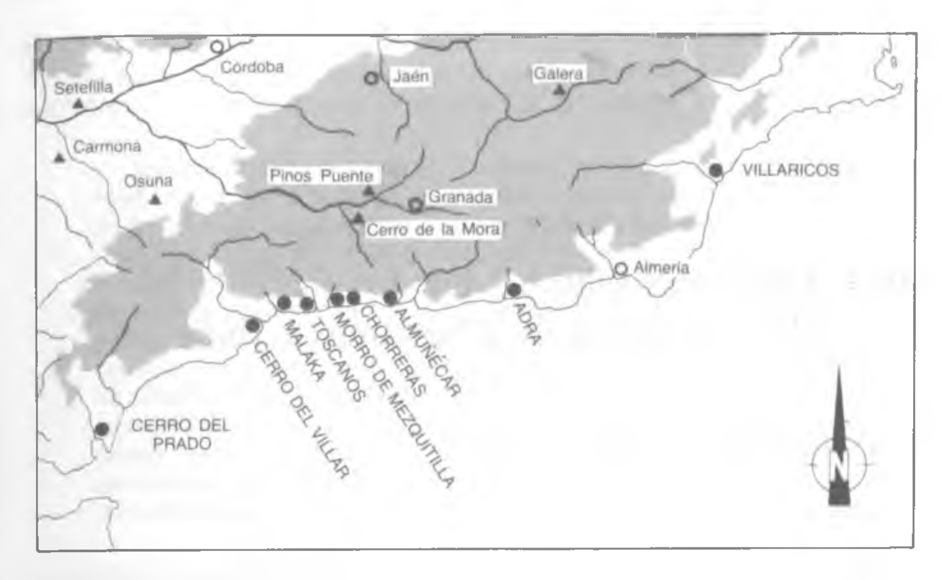


FIGURA 84. Las colonias fenicias de Andalucía oriental (•, o) y los asentamientos indígenas del Bronce final (▲).

los saxitanos (Sexi, en Almuñécar) y Abdera (Adra) fueron fundaciones fenicias (3:4,2-3), y otros autores destacan que en la zona costera entre Málaga y Almería existió antaño una muchedumbre fenicia (Avieno, *O. M.* 440; 459-460). Dado que a Malaka y Abdera se las denomina también libiofenicias, esto es, fenicias africanas (cartaginesas), durante mucho tiempo se ha considerado este territorio una provincia de época púnica o cartaginesa.

En la actualidad, lo primero que se advierte en la zona costera entre Málaga y Almería es una gran concentración de asentamientos fenicios arcaicos organizados en pequeñas ciudades o instalaciones portuarias que dominan los deltas de los principales ríos de las provincias de Cádiz, Málaga, Granada y Almería (fig. 84). Esta población oriental permaneció en la zona durante unos 200 años (aproximadamente entre 750 y 550 a.C.), pudiéndose hablar, sin vacilación, de auténtica colonización durante los siglos VIII y VII a.C.

Algunas de estas instalaciones apenas distan media hora de camino unas de otras, y en línea recta la distancia entre un centro y otro es de 1 a 4 km por término medio. No resulta fácil fijar las causas o los objetivos de una densidad de establecimientos tan alta. Su relación con Gadir es difícil de valorar, y su posible vinculación comercial con los metales del interior, dudosa. Sí hemos visto (capítulo 6) que factores marítimos podían obligar a toda embarcación en viaje hacia Cádiz a fondear precisamente en este tramo costero. Pero estos factores no justifican por sí solos una densidad de instalaciones fenicias tan estables y permanentes en la zona.

La secuencia diacrónica de las primeras fundaciones coloniales

El registro arqueológico constata que desde mediados del siglo VIII a.C. grupos de población fenicia se establecen gradualmente a lo largo de este tramo costero de las provincias de Málaga, Granada y Almería. Hacia los años 580-550 a.C. algunos de estos centros se abandonan. La secuencia cronológica convencional establecida para la cerámica fenicia —en particular los platos y jarros de engobe rojo (véase *infra*, fig. 92)—, fechada gracias a las importaciones de cerámica griega, fija el momento inicial de esta presencia comercial hacia mediados del siglo VIII a.C., momento en que se funda el establecimiento de Morro de Mezquitilla, a orillas del Algarrobo. Al igual que en la bahía de Cádiz, o que en Cartago y en Cerdeña, las dataciones más antiguas, basadas en la presencia de importaciones griegas, apuntan invariablemente hacia la primera mitad o mediados del siglo VIII como fecha inicial de llegada de los primeros colonos fenicios a Occidente. Las fechas convencionales de carbono 14 obtenidas en Andalucía parecen confirmar al alza esta cronología, si bien las nuevas calibraciones radiométricas y ciertas contradicciones entre las dataciones cerámicas de Oriente y Occidente podrían obligar en el futuro a revisar la cronología de la diáspora fenicia al Mediterráneo (véase Apéndice III).

El asentamiento de Morro es, junto con Cartago, Sulcis y Doña Blanca, una de las colonias fenicias más antiguas de Occidente (fig. 85). La cerámica fenicia procedente de sus niveles más antiguos corresponde a una producción muy vinculada todavía a Oriente, es decir, a la cerámica de los niveles V/IV y III/II de Tiro y al nivel 5 de Tell Keisan. Estas afinidades se manifiestan, sobre todo, por la presencia en Morro de una cerámica de engobe rojo muy fina (fig. 86) y tradicionalmente conocida con el nombre de «cerámica de Samaria» o *fine ware*, que fecharía los inicios de la colonia entre mediados y la segunda mitad del siglo VIII. Una revisión realizada recientemente por Maass-Lindemann sobre los tipos cerámicos más arcaicos —los correspondientes al nivel B1 de Morro— demuestra que desde un principio existen variantes formales netamente occidentales en la cerámica fenicia, lo que sugiere que el horizonte más arcaico representado por los primeros niveles de ocupación de Morro no fue el más antiguo en el extremo occidental del Mediterráneo. En cualquier caso, la primera llegada de fenicios a Occidente parece haberse producido de forma simultánea en Sulcis, Cartago, litoral de Málaga y la bahía de Cádiz.

La evidencia arqueológica muestra en Morro una pequeña instalación portuaria y, a juzgar por la categoría y lujo de algunas de las viviendas más antiguas, allí pudieron residir gentes orientales de rango relativamente elevado —acaso mercaderes o agentes de comercio—, junto con artesanos y metalúrgicos que operan en función de las necesidades internas de la población. El hallazgo de un barrio de talleres metalúrgicos en la zona suroeste del asentamiento denota, no sólo el carácter industrial y mercantil de estas primeras factorías, sino que revela la existencia de una de las metalurgias del hierro más antiguas conocidas en Europa occidental.

La mayoría de enclaves fenicios, sin embargo, parecen haber surgido en la



FIGURA 85. Habitaciones del nivel fenicio B1 de Morro de Mezquitilla (foto Instituto Arqueológico Alemán, Madrid).

segunda mitad del siglo VIII a.C., como es el caso de Toscanos, Chorreras, Cerro del Villar, Montilla, Abdera o Almuñécar. Dentro de este segundo grupo de fundaciones, la cronología relativa de los hallazgos cerámicos sugiere que su fundación fue escalonada en el tiempo entre el 750 y el 700 a.C., advirtiéndose varias etapas sucesivas en la colonización fenicia, que hasta hace pocos años se consideraba como un proceso unitario y sincrónico. Por causas todavía poco claras, este proceso se interrumpió en algunos casos, como en Chorreras o en Montilla, y el establecimiento fenicio quedó abandonado hacia el 700.

Cabe hablar de una tercera etapa en el proceso fundacional de las colonias fenicias de la costa mediterránea de Andalucía. Así, por ejemplo, los materiales del nivel más antiguo del Cerro del Prado —nivel 3a—, en la desembocadura del Guadarranque, muestran que este establecimiento surgió en la segunda mitad del siglo VII, al igual que otros enclaves secundarios fundados a partir de colonias fenicias más antiguas. Es el caso, también, de la factoría de Cabecico de Parra, situada en el interior del valle del Almanzora y fundada por Baria/Villaricos en la segunda mitad del siglo VII para explotar el mineral de plata, hierro y plomo de las cercanas minas de Herrerías.

Esta última fase de fundaciones arcaicas coincide con el momento de apo-

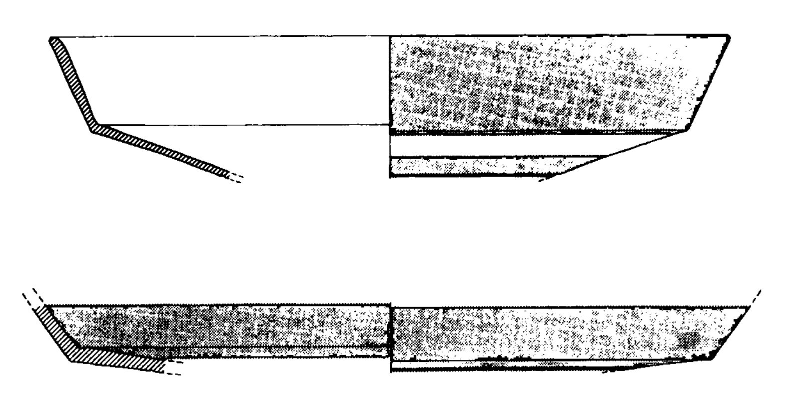


FIGURA 86. Cerámica fenicia de importación de tipo «Samaria» de Morro de Mezquitilla (según Maass-Lindemann, 1990).

geo del comercio gaditano, que por estas fechas ampliaba su esfera de intercambios hacia el Marruecos atlántico, Portugal, el sureste, Ibiza y el valle del Ebro.

El patrón de asentamiento

La topografía y la distribución de los asentamientos del litoral que se extiende entre Malaka y Abdera traducen un patrón de asentamiento definido y muy homogéneo. Todos los establecimientos tienen en común su ubicación en un promontorio costero poco elevado y situado en una pequeña península en la desembocadura de un río. Estas características evocan el modelo de asentamiento fenicio más antiguo que se menciona en Occidente: el descrito por Tucídides en la Sicilia precolonial, formado por gran número de enclaves situados en islotes y promontorios costeros con fines comerciales (Tucídides 6:2,6).

No hay indicios de instalaciones fenicias de este tipo ni al oeste de Cádiz ni entre Cádiz y el estrecho de Gibraltar. Junto al estrecho, el primer asentamiento fenicio conocido es el del Cerro del Prado, en la bahía de Algeciras y en la orilla izquierda de la desembocadura del Guadarranque. Le siguen, hacia el este, el de Montilla, en la desembocadura del Guadiaro, y el Cerro del Villar, en la desembocadura del Guadalhorce, único caso conocido en la zona de establecimiento fenicio insular. A pocos kilómetros, el enclave fenicio de Malaka dominaba en su desembocadura el río Guadalmedina y algo más lejos, Toscanos, sobre un altozano dominando la entonces extensa bahía del río Vélez, y más al este, Morro de Mezquitilla y Chorreras, en el río Algarrobo. Por último, en la costa de Granada destaca Almuñécar, la antigua *Sexi*, emplazada sobre el Cerro de San Miguel y dominando el delta de los ríos Verde y Seco (fig. 87), y en la de Almería, las colonias de Adra, la antigua *Abdera,* en la orilla derecha del río de Adra, y Villaricos, la antigua *Baria,* en la desembocadura del Almanzora.

Posiblemente existieron otros muchos establecimientos de este tipo, que han



FIGURA 87. Vista aérea de Almuñécar (foto «Paisajes Españoles»).

desaparecido como consecuencia del auge de la construcción en la Costa del Sol durante la década de los setenta. Así se infiere de algunos hallazgos arqueológicos y de recientes estudios geomorfológicos en el Rincón de la Victoria y en el castillo de Fuengirola, en Málaga, en la desembocadura del río Guadalfeo, en Granada, y en la desembocadura del Antas, en Almería. De confirmarse esta hipótesis, y teniendo en cuenta los últimos descubrimientos en la bahía de Mazarrón, en Cartagena, o en la desembocadura del río Segura, en la provincia de Alicante (véase *infra*, fig. 103), habría que pensar en un auténtico «litoral fenicio» desde el estrecho de Gibraltar hasta Alicante.

Las distancias entre un establecimiento fenicio y otro son sorprendentemente cortas. Así, por ejemplo, entre el establecimiento del Cerro del Villar, en el Guadalhorce, y el de Malaka, hay una distancia en línea recta de 4 km. Toscanos dista de Morro de Mezquitilla 7 km, y Chorreras se encuentra a 800 m de distancia de Morro de Mezquitilla. Estas distancias no pueden explicarse por necesidades de escala o de cabotaje de las naves, así que tuvieron que ser otras las razones de tal concentración de poblamiento fenicio arcaico. Resulta evidente que desde el punto de vista estratégico, de vías de comunicación al interior y de rutas terrestres costeras, las conexiones visuales entre un emplazamiento y otro eran óptimas. Cabría hablar, por tanto, de un control compartido del territorio costero.

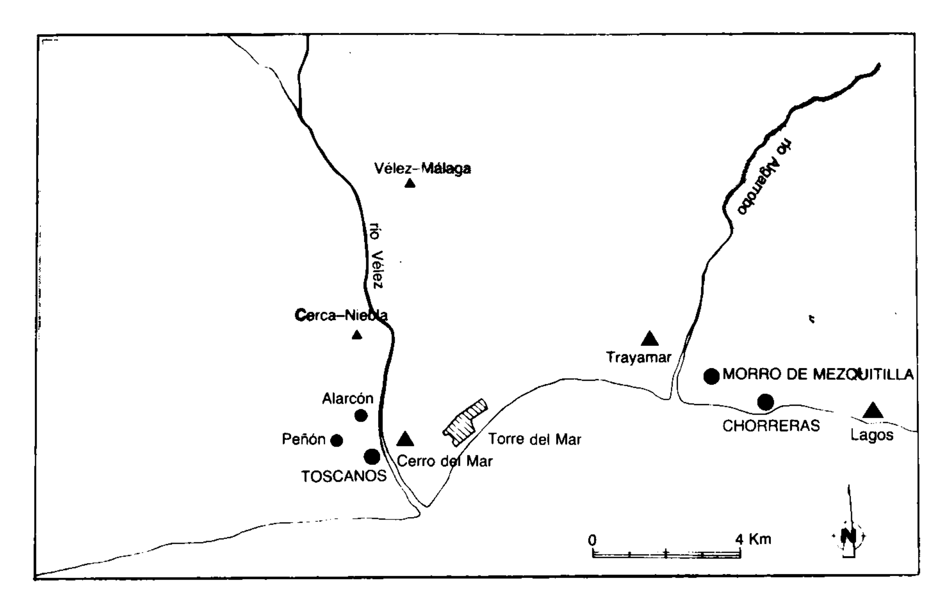


FIGURA 88. Las colonias fenicias de la desembocadura de los ríos Vélez y Algarrobo (•) y sus necrópolis correspondientes (▲).

La superficie de ocupación y la extensión de estos establecimientos son relativamente reducidas, si se las compara con las grandes colonias fenicias de Túnez y de Cerdeña, o con la misma Gadir (unas 10 ha), Motya (unas 40 ha), Kition (70 ha) o Tiro (57 ha). Por ejemplo, se estima en una hectárea la extensión del Cerro del Prado y en 5 ha la del Cerro del Villar del Guadalhorce. Abdera y Morro de Mezquitilla ocuparon unas 2 ha y Chorreras unas 3 ha de superficie. Inicialmente Toscanos tuvo una extensión de 2,5 ha y sólo en el siglo VII a.C. alcanzó entre 12 y 15 ha de superficie, incluyendo los recintos defensivos de su periferia. Se trata, pues, de instalaciones pequeñas.

Otro rasgo a destacar del patrón de asentamiento fenicio en la fachada mediterránea ibérica es el emplazamiento elegido para construir las necrópolis. Pese a que solamente conocemos cuatro necrópolis arcaicas —Toscanos, Morro, Lagos y Almuñécar—, todas ellas responden a un mismo modelo topográfico: se sitúan al otro lado del río y a escasa distancia del sitio de ocupación (fig. 88). Recordemos el caso de Gadir, cuya necrópolis se emplazó en la zona de Puerta de Tierra, al otro lado del canal de Bahía-Calete y frente a la ciudad.

La costumbre de situar la necrópolis al otro lado de un cauce fluvial o canal no parece un hecho casual, puesto que también la encontramos en Tiro. Como se recordará, las necrópolis de Tiro debieron de estar situadas en Ushu o Paleotiro, en tierra firme, al igual que sucede en Delos, definida como «isla purificada», por estar libre de tumbas (Tucídides 1:8). Y un curso de agua, el Ras el-Ain, atravesaba Paleotiro en su desembocadura.

Para concluir, recordemos que todos y cada uno de los establecimientos fenicios de Andalucía oriental reúnen condiciones favorables para hacer las veces de fondeaderos, dada su ubicación en bahías y ensenadas bien protegidas contra vientos y corrientes. Los fenicios, buenos conocedores del mar, sabían, pues, dónde fijar sus instalaciones permanentes.

La costa de Málaga, Granada y Almería ha cambiado considerablemente durante los últimos 2.000 años. La sedimentación fluvial y los cambios del lecho de los ríos han colmado los antiguos estuarios y han alejado los viejos enclaves fenicios de la línea de costa. Así, por ejemplo, Toscanos, hoy situada a unos pocos kilómetros del mar, fue en origen un puerto costero, al igual que el Cerro del Prado, hoy a 3 km del mar. Más significativo resulta el ejemplo del Cerro del Villar, hoy un pequeño altozano alejado del litoral y antes un islote en el centro del delta del Guadalhorce (véase *infra*, fig. 95).

La ventaja de una instalación insular frente a tierra firme, como en Cerro del Villar, Gadir, Mogador, Sulcis o Motya, es la seguridad de su defensa frente a eventuales peligros procedentes del continente o del mar. Sugiere, sobre todo, cautela y prudencia por parte de unos colonos expuestos a los rigores o a las amenazas de una costa desconocida. Por lo general, una isla suele constituir una eventual cabeza de puente con vistas a una ulterior ocupación de tierra firme. Por lo demás, la instalación en cabos y promontorios garantiza no sólo una defensa natural, sino también una buena visibilidad para la navegación, y proporciona un buen abrigo y una playa protegida con facilidades de carga y descarga.

Ya hemos visto que una constante parece determinar el lugar de un emplazamiento fenicio arcaico en la zona: su situación en un delta fluvial. El emplazamiento en la desembocadura de un río implica, por de pronto, la posibilidad de remontarlo y, si ello es posible, como en el Vélez, el Almanzora o el Guadalhorce, navegarlo. El río constituye, en la Antigüedad, la vía de comunicación por excelencia, en la medida en que, remontándolo, es posible acceder a los territorios y recursos del interior y entablar comercio con otros grupos. La importancia de los ríos para el comercio antiguo y para el transporte en general es de sobras conocida y queda bien reflejada en el Próximo Oriente, donde el término utilizado para designar mercado y comerciante —*Kārum*— es el mismo que se utiliza para muelle fluvial. Río significa, por consiguiente, también acceso a los recursos y una vía favorable a la penetración comercial, facilidad de transporte de mercancías y, en definitiva, autonomía económica del centro. Pero río significa, igualmente, una vega fluvial y, en consecuencia, posibilidad de cultivos de regadío.

Territorio, recursos y economía

Entre Villaricos y el Guadiaro la costa queda relativamente aislada del interior por la cordillera Penibética, que discurre paralela al litoral a una distancia media de sólo 20 km. La cordillera delimita a su vez una serie de pequeños y

angostos valles de aluvión dominados por un establecimiento fenicio en su desembocadura, como se ha visto. Varios pasos naturales, como el mismo río Guadalhorce, el Guadiaro o el curso del Vélez a través del desfiladero de Zafarraya, comunican directamente la costa con las tierras de Ronda, Antequera y la Vega de Granada.

Es zona de clima templado-cálido, caracterizado por sus inviernos cortos y suaves —la sierra impide la penetración de vientos fríos del norte— y veranos muy secos. La pluviosidad anual es de unos 300 o 400 mm, con 5 o 6 meses secos al año (de mayo a octubre), por lo que muchos ríos, como el Vélez y el Algarrobo, suelen estar completamente secos en verano. Este clima, que determina una vegetación semiesteparia, apenas ha cambiado en los últimos 3.000 años, aunque hacia el 700 a.C. el índice de humedad fue más elevado y extensos bosques cubrían las elevaciones montañosas del interior.

Como causas probables de esta deforestación se han señalado el uso intensivo de carbón vegetal para la fundición de metales y la construcción naval en época antigua. Pero, salvo en Villaricos, donde aparecen indicios de explotación de mineral de plata desde época prehistórica hasta el período púnico, el resto del territorio no destaca precisamente por la espectacularidad de sus filones metalíferos. Si bien se conocen ricos depósitos de mineral de hierro en la serranía de Ronda, Archidona, Antequera, alto Guadalhorce y en las Alpujarras, y existe mercurio y plomo en Adra y Granada, no tenemos pruebas de que se explotaran en época fenicia. Además, la explotación del hierro, en sí misma, no explica una permanencia secular (200 años) en un mismo lugar, dado que el hierro es un mineral relativamente asequible en todo el Mediterráneo. Sirva de ejemplo el Cerro del Villar, un enclave fenicio en el Guadalhorce, que distaba de las minas de hierro más cercanas, en la Sierra Blanca de Marbella, algo más de 40 km, que ni tan sólo brindaban demasiadas posibilidades para beneficiar hierro. En las zonas de Málaga, Toscanos y Abdera se documenta la existencia de cobre, plomo y filones de hierro a 15 km de la costa, pero no hay constancia de que estos metales, por lo general muy escasos, se explotaran de forma intensiva.

Es, pues, probable, que las causas de la deforestación fueran otras, como por ejemplo actividades industriales a gran escala, o la ganadería y la agricultura intensivas. Para reconstruir la actividad económica de este tipo de establecimientos se ha de recurrir, necesariamente, al registro arqueológico y a los análisis realizados sobre la fauna y otros recursos alimentarios.

La presencia de múrex en Almuñécar, Toscanos y Morro de Mezquitilla indica la presencia de industria de púrpura en la zona. Los fenicios se dedicaron, asimismo, a la pesca del atún, del esturión, de la murena y de otras especies, preparando así el camino a las famosas y prósperas industrias derivadas de la pesca —salazón, *garum*, conservas— del período púnico de los siglos V-I a.C., especialmente en Sexi, Malaka y Abdera (Mela 2:94; Estrabón 3:4,2).

Una gran parte de la actividad industrial, comercial y pesquera de estas pequeñas colonias fenicias parece estar enmarcada en una estructura económica de tipo autárquico y de autoabastecimiento. Es lógico que necesitaran tierras

cultivables y pastos suficientemente extensos para alimentar a una colonia en constante expansión demográfica desde finales del siglo VIII a.C. El territorio inmediato de estas vegas fluviales ofrecía enormes posibilidades, tanto para la propia subsistencia, como para el desarrollo de una agricultura comercial destinada a la producción de vino y aceite a gran escala.

Una economía de estas características, junto a una agricultura intensiva en el *hinterland* de las colonias con fines comerciales, bien controlada por los colonos, bien por las comunidades indígenas del interior, sí pudo degradar el paisaje y el bosque, más que una metalurgia intensiva. Desde esta nueva óptica, el patrón de asentamiento que caracteriza a esta red colonial resulta más coherente: en lugar de una población organizada en torno a grandes ciudades portuarias, la población se articula en pequeños centros autosuficientes en forma de adaptaciones sucesivas a las distintas condiciones aluviales, sumamente fértiles y capaces de alimentar a núcleos de población numerosos y descentralizados. Es el mismo patrón territorial que predomina actualmente en la zona, donde vemos importantes concentraciones humanas en torno a los valles, y dedicadas a una agricultura y pastoreo intensivos. La verdadera riqueza de la costa de Málaga y de Granada radica en la agricultura practicada en sus vegas fluviales, unas tierras muy fértiles y aptas para regadío y secano.

Se constata que en época fenicia subsistía en las montañas cercanas a la costa un bosque mixto de hoja caducifolia y espacios abiertos de vegetación semiesteparia, donde los fenicios de Toscanos, Málaga y Cerro del Villar cazaban el ciervo, el jabalí y el gato montés. Sabemos también que en las proximidades de las colonias se practicó el pastoreo de cabra y oveja, lo que supone aprovechamiento de lana, carne y leche sin excesivos costos. Además, el elevado porcentaje de bóvidos que se constata en Toscanos, en constante aumento desde principios del siglo VII a.C., indica que el ganado vacuno se destinó al consumo humano, pero también como animal de tracción en el campo y de abono, lo que sugiere indirectamente la práctica de la agricultura en los bordes de la llanura de aluvión del río Vélez: Cerca Niebla, Vélez-Málaga, etc.

Por último, el estuario del río Guadalhorce ofrecía condiciones óptimas para una agricultura de elevados rendimientos. Hallazgos arqueológicos en el Cerro del Villar, como molinos de piedra y restos de trigo y cebada, insinúan una agricultura cerealística practicada en un radio de acción de unos 18 km^2.

Quedan establecidos, por consiguiente, los principales factores económicos que pudieron impulsar la fundación de esta red colonial en la costa oriental de Andalucía: excelentes condiciones portuarias y vías de comunicación terrestre para el tráfico interregional; abundante caza y pesca en la zona; disponibilidad de materias primas para uso industrial interno; territorio con enormes posibilidades agrícolas, que no sólo podía producir altos rendimientos por hectárea cultivada, sino incluso excedentes de cereal, vino y aceite con vistas al comercio.

En cualquier caso, no hay que olvidar que el emplazamiento de las colonias fenicias, en la desembocadura de los principales ríos de la región, les confería una posición privilegiada de cara al comercio terrestre con las comunidades indígenas del interior y al control de la navegación hacia el Atlántico. Porque

el elemento indígena constituyó un factor decisivo en la estrategia colonial y comercial fenicia, ya que eran los indígenas, y no los colonos, quienes controlaban el acceso a los principales recursos y vías de comunicación del *hinterland*.

Toscanos: un ejemplo de enclave comercial

Aunque se advierten diferencias y una cierta correlación jerárquica entre los distintos asentamientos, es posible reconstruir globalmente el proceso de implantación colonial a partir de la historia de Toscanos, el sitio más extensamente excavado y que más información ha proporcionado de todos ellos.

Toscanos se funda hacia los años 730-720 a.C., a juzgar por la cronología de su cerámica más antigua, que se inscribe, en su totalidad, dentro de las formas clásicas de la cerámica tiria del siglo VIII a.C. (estratos III y II de Tiro). Inicialmente los fenicios, en pequeño número, ocuparon un pequeño altozano —el cortijo de Toscanos—, que dominaba la llanura del río Vélez y una importante bahía marítima cuya morfología se ha conservado prácticamente intacta hasta la Edad Media. Allí levantaron varias viviendas aisladas y de gran tamaño (edificio A), que delimitaban calles o vías semejantes a las de la coetánea Chorreras (fig. 89). Tras esta etapa inicial de ocupación (Toscanos I), el poblado experimenta un crecimiento considerable y se construyen nuevas viviendas de lujo (edificios H y K). Durante esta segunda etapa (Toscanos II), fechada todavía en el siglo VIII, se advierte una tendencia a la aglomeración urbana, posiblemente debida a una segunda oleada de colonos, destacando también la construcción de viviendas de categoría, un fenómeno que, por las mismas fechas, se advierte también en Morro de Mezquitilla (fase Bl) y en Chorreras. En otras palabras, la arquitectura más antigua de estos sitios denota la llegada a la zona de grupos familiares o individuos de nivel económico relativamente alto.

Ya en el siglo VIII a.C. se construye en el establecimiento de Morro de Mezquitilla un área de talleres metalúrgicos destinada a la reelaboración y refundición local de hierro. La aparición de esta zona industrial en la periferia del área de viviendas denota la presencia, en el Algarrobo, de una población especializada formada por personal cualificado, lo que no encaja, una vez más, con la idea de un horizonte inicial de pequeñas factorías de marinos y modestos mercaderes. A finales del siglo VIII a.C., los fenicios de Toscanos parecen haber erigido un primer sistema de fortificación en torno al promontorio, del que se ha conservado el foso o trinchera correspondiente, excavado en la roca (fig. 90).

Hacia el año 700 a.C. (Toscanos III) se advierte en Toscanos un salto cualitativo importante, paralelo a cambios similares desarrollados en el Algarrobo (Morro B2), que acaba de definir el carácter económico del centro. En medio de la colina de Toscanos se erige un enorme edificio de tres naves (edificio C) y, al parecer, de dos pisos, que a partir de entonces aglutinará toda la actividad económica del sitio (fig. 91). Sus semejanzas con otras estructuras idénticas en Motya o en Hazor han permitido clasificarlo como un almacén o depósito de

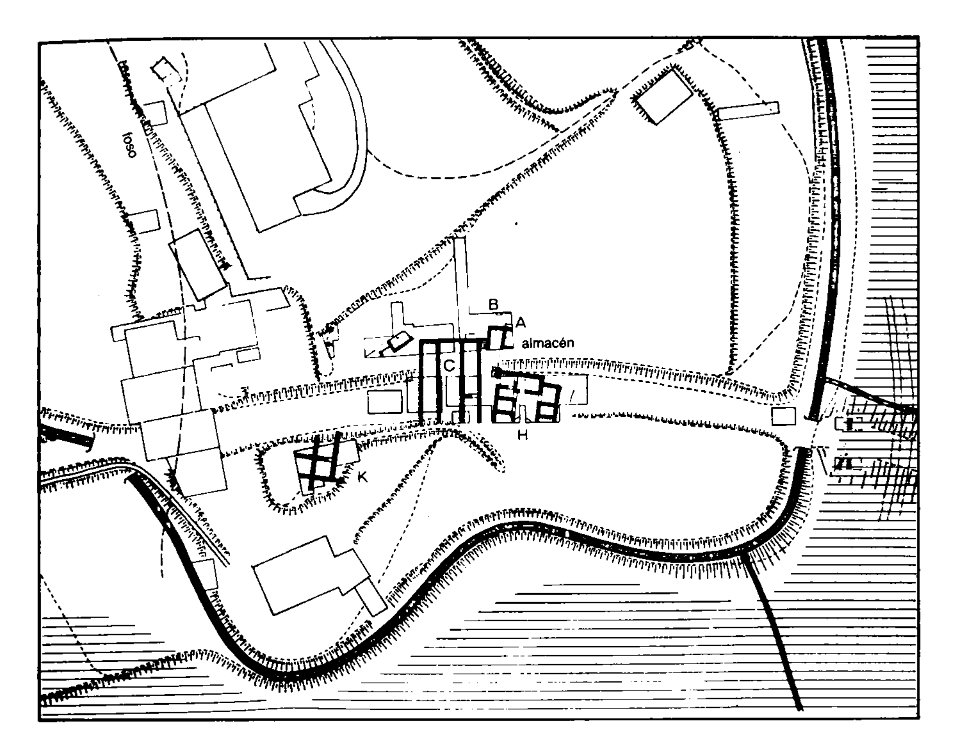


FIGURA 89. Planta de Toscanos (según Niemeyer, 1985).

mercancías, hecho avalado por el descubrimiento en su interior de gran cantidad de ánforas y vasijas de transporte y almacenamiento.

En Oriente, el almacén de mercancías, conteniendo grano, aceite o vino, fue la estructura característica de todo centro de mercado o lugar de concentración geográfica de las transacciones comerciales y, en general, precedió al sistema de mercado. El lugar de mercado fue comparable al zoco actual y fue en general un sitio abierto. Muchos de estos antiguos mercados se convirtieron luego en ciudades, como Carchemish, Kanesh o Hazor. En el Próximo Oriente, la mayoría de estos grandes depósitos fueron de carácter privado y en ellos se almacenaron grandes *stocks* de mercancías con fines especulativos.

Ignoramos si este es el caso del almacén de Toscanos. Pero es evidente que este edificio, de carácter monumental, ocupó un lugar central en la vida de la comunidad. Es precisamente en la época de la construcción del almacén cuando surgen por primera vez en Toscanos pequeñas viviendas o cabañas en las cercanías del edificio (casas E, F, G), destinadas probablemente al personal del almacén y servicios. Así, la población colonial se organiza y se diversifica socialmente.

El siglo VII a.C. representa el período de máximo crecimiento económico de casi todos estos centros costeros (fig. 92); sólo unos pocos, como Chorreras



FIGURA 90. Vista del foso triangular y muro de sillares de Toscanos (foto Instituto Arqueológico Alemán, Madrid).

o Montilla, son abandonados. Toscanos se dota ahora (fase IV) de un barrio industrial dedicado a la manufactura de objetos de cobre y hierro para uso local y el asentamiento alcanza su máxima expansión, invadiendo las laderas de las colinas cercanas del Peñón y Alarcón (fig. 93). Alrededor de los años 640-630 a.C., la población de Toscanos alcanza los 1.000 o 1.500 habitantes, y por estas fechas se erige un nuevo recinto amurallado. Toscanos se convierte en un pequeño centro cosmopolita que, a juzgar por las importaciones que llegan a la zona del Vélez, mantiene contactos comerciales con Pithecusa, Grecia oriental, Chipre y Oriente.

Poco tiempo después de este auge comercial y urbanístico, a principios del siglo VI a.C. (Toscanos V), deja de usarse el gran almacén central, se abandonan las grandes viviendas residenciales del centro urbano y se reorganiza el asentamiento, que queda definitivamente abandonado hacia el 550 a.C. Algo parecido parece haber ocurrido en otros establecimientos cercanos. Algunos volverán a ocuparse en época púnica y otros quedarán en ruinas hasta época romana.

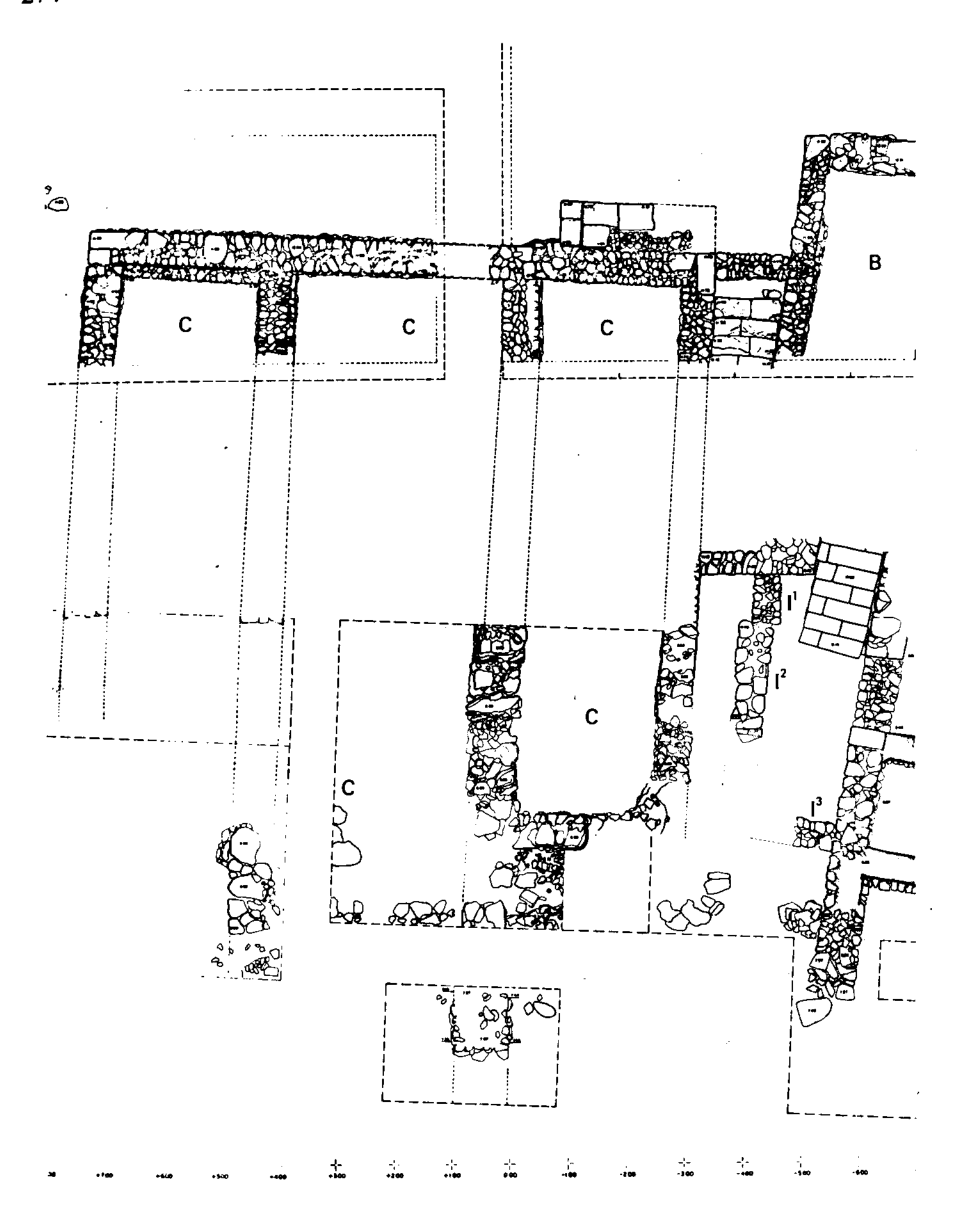


FIGURA 91. Planta del almacén de Toscanos (según Schubart y Niemeyer, 1972).



FIGURA 92. Cerámica de engobe rojo de los siglos VIII-VII a.C. de Toscanos (según Schubart y Niemeyer, 1972).



FIGURA 93. Thymiaterion de bronce del Cerro del Peñón (foto Museo de Málaga).

El Cerro del Villar: un centro de producción y de comercio

En términos de vías de comunicación y de posibilidades económicas en su territorio inmediato, la situación geoestratégica de este establecimiento fenicio lo convierte en una de las colonias fenicias más importantes de la costa mediterránea andaluza. Fundada a finales del siglo VIII en un islote situado en el delta del río Guadalhorce, dominó la principal vía de comunicación que conectaba la costa mediterránea con Tartessos a través de los llanos de Antequera y la campiña sevillana.

Tanto los estudios geomorfológicos y paleogeográficos llevados a cabo en la desembocadura del Guadalhorce, como los análisis edafológicos, fisicoquímicos, polínicos y antracológicos, revelan para la época fenicia un paisaje de bosque de ribera y de marismas en torno a la isla, que estuvo sometida a sucesivas inundaciones marinas y fluviales debido a la colmatación aluvial del valle, fenómeno que a la larga obligó a los fenicios a abandonar el lugar para fundar Malaka. La degradación del entorno y de la cobertura forestal y la consiguiente erosión del suelo a lo largo de los siglos VII-VI a.C., evidenciada a través de los diagramas polínicos, se debió a las intensas actividades agrícolas, ganaderas y madereras llevadas a cabo por los fenicios del Villar.



FIGURA 94. Hornos del siglo VIII a.C. del Cerro del Villar.

Se estima en unos 18 km^2 el área de captación de recursos de la colonia fenicia. Se trata de un territorio formado por las tierras de aluvión del valle, idóneas para una agricultura de regadío y para el pastoreo de monte bajo, y formado asimismo por numerosos afloramientos de arcilla de excelente calidad, que permitían su aprovechamiento para fines industriales y artesanales.

El registro faunístico muestra la existencia de una ganadería intensiva basada principalmente en el pastoreo de ganado mayor, cerdo y ovicápridos. La agricultura, determinada por análisis carpológicos, evidencia cultivos extensivos en la zona durante los siglos VII y VI, destacando por su volumen el trigo y la cebada, así como la producción y comercio del vino, que coincide con el declive del bosque en el interior.

Las nuevas excavaciones practicadas desde 1987 en el lugar han podido documentar una secuencia estratigráfica completa formada por diez niveles superpuestos de ocupación desde finales del siglo VIII hasta principios del VI. Destacan los niveles del siglo VII, que corresponden a la época de mayor actividad comercial e industrial de la colonia fenicia, con grandes viviendas rectangulares provistas de techo plano de barro apisonado sustentado por vigas de madera, que aparecen separadas por amplias calles (fig. 96) y, en ocasiones, delimitando pequeños embarcaderos. Entre las actividades locales más características del siglo VII destacan la metalurgia, los tintes y los productos derivados de la pesca. Y en lo que concierne a la cerámica, algunos envases de importación revelan contactos comerciales con Sicilia y con Ática (véase fig. 75).

En la primera mitad del siglo VI toda la zona central del asentamiento es-



FIGURA 95. Jarra pintada del Cerro del Villar (*c.* 600 a.C.).

tuvo reservada a actividades industriales. Se trata de varios hornos y edificios destinados a la producción local de cerámica, especialmente ánforas y grandes contenedores, cuya actividad coincide con un momento de auge del comercio interregional y mediterráneo, a juzgar por el elevado número de cerámicas fenicias que aparecen en el interior del valle del Guadalhorce, y también de importaciones procedentes del área etrusca y de Grecia oriental. Las cerámicas grecoorientales y el *bucchero* etrusco fijan el final de la ocupación fenicia de la isla en torno al 580/560 a.C. Todos los indicios apuntan a que el abandono se produjo de forma repentina y en pleno auge de la producción local de cerámica. Por las mismas fechas se estaba iniciando la ocupación de la vecina Malaka, situada a poco más de 4 km al este del Cerro del Villar.

El hinterland *indígena y el comercio colonial*

La escasa dimensión de los asentamientos coloniales de Andalucía oriental y el pequeño tamaño de sus necrópolis sugieren que la población fenicia en esta región debió de ser bastante reducida. Ello significa que gran parte de la actividad desarrollada en los puertos, en los campos de cultivo y en la industria estuvo a cargo de población indígena.

Hasta hace poco tiempo ha dominado la idea según la cual los fenicios se habrían establecido en un territorio con población indígena sumamente escasa



FIGURA 96. Viviendas del siglo VII a.C. del Cerro del Villar.

y diseminada en pequeños caseríos al borde de los valles y laderas de las montañas. La evidencia arqueológica de estos últimos años demuestra, por el contrario, la presencia de importantes núcleos de población indígena asentados desde el Bronce Medio y Final en lugares estratégicos dominando las principales vías de comunicación del interior de las provincias de Málaga y Granada. Hallazgos tales como los de Acinipo, Ronda, Almargen, Aratispi, Vélez-Málaga, Cerro de los Infantes, Mesa de Fornes o Cerro de la Mora (véase fig. 84) evidencian que estos grandes poblados indígenas no sólo controlaban los principales accesos hacia el valle del Guadalquivir, hacia la depresión de Antequera o hacia la vega de Granada, sino que antes de la llegada de los fenicios desempeñaron un rol importante en los circuitos de intercambio de metales manufacturados y otros productos que vincularon Tartessos y el comercio atlántico del Bronce Final con el Mediterráneo.

Los establecimientos fenicios de la costa de Málaga y Granada inician intercambios comerciales muy tempranos con este *hinterland* indígena. Así se infiere de la presencia, desde la segunda mitad del siglo VIII a.C., de ánforas y artículos de importación en los poblados indígenas del alto Guadalhorce, de la vega de Granada y del interior de Almería, tales como el Cerro de los Infantes, en Pinos Puente, el Cerro de la Mora, el Peñón de la Reina, etc. La presencia de ánforas fenicias en estas zonas traduce un comercio de aceite o de vino con el interior, aunque en la mayoría de los casos desconocemos las contrapartidas económicas.

Además se advierte la presencia de numerosos asentamientos indígenas situados en primera línea de costa controlando el acceso a las tierras del interior, como es el caso de Montilla, en la desembocadura del Guadiaro, o de Salobreña, en la del Guadalfeo, o la misma Almuñécar, donde pudo existir un pequeño poblado indígena del Bronce Final al lado de la colonia fenicia.

El Guadiaro, uno de los ríos andaluces de la vertiente mediterránea, nace en la serranía de Ronda y forma en su desembocadura una ensenada apta para instalaciones portuarias. En la ladera de un promontorio situado en primera línea de costa —el yacimiento de Montilla— se ha descubierto un poblado del Bronce Final que dominaba la principal vía de comunicación hacia los grandes centros indígenas de las tierras altas de Ronda. Hacia la segunda mitad del siglo VIII se fundó al pie del promontorio, directamente en la bahía, una pequeña colonia fenicia que quedó abandonada poco tiempo después, hacia el 700 a.C.

Los ejemplos de Montilla, Salobreña, Almuñécar o el mismo valle del Vélez, donde hubo un importante asentamiento del Bronce Final en Vélez-Málaga —una atalaya estratégica dominando el paso del río hacia el interior y, en consecuencia, la misma Toscanos—, pone de manifiesto hasta qué punto el comercio fenicio dependió de unos acuerdos o pactos con unas comunidades que dominaban el comercio interregional, el territorio, las vías de comunicación y sus propios recursos. Es probable, pues, que los fenicios se limitaran a aprovechar unos circuitos comerciales ya existentes, reorganizándolos en beneficio propio, y a valerse de la experiencia de una población con una larga tradición en el comercio a larga distancia. A cambio, el comercio colonial pudo consolidar el estatus y el poder político de los jefes indígenas del interior gracias a la importación y control de bienes exóticos o de lujo, y a la transformación de sus sedes en auténticos centros de control político y económico.

Para el estudio de los mecanismos del comercio fenicio resulta particularmente significativo el caso de Acinipo. Situado en la depresión de Ronda, al noroeste de la provincia de Málaga, y en un territorio de enormes posibilidades agrícolas, el asentamiento indígena estaba enclavado en la confluencia de importantes nudos de comunicación que daban acceso directo a la bahía de Cádiz a través del Guadalete, al bajo Guadalquivir a través del Corbones, y a la costa mediterránea a través del Guadiaro y del Guadalhorce. El hallazgo de un molde de espada de tipo atlántico en el casco urbano de Ronda y de una espada del mismo tipo (tipo «Sa Idda») en Almargen, en las cercanías de Ronda, sugieren que ambos centros pudieron ser hitos importantes en los circuitos de intercambio de metales manufacturados que vincularon el área atlántica (estuario del Tajo y ría de Huelva) con el valle del Genil (Alhonoz), con el sureste (Peña Negra) y con el Mediterráneo central (Sa Idda, en Cerdeña).

El poblado del Bronce Final de Acinipo entra muy pronto en contacto con las colonias fenicias de la costa —las primeras importaciones, como ánforas conteniendo *garum*, datan de la segunda mitad del siglo VIII—, contacto que se materializa en una reestructuración del territorio y en la creación de una serie de economías dependientes.

En efecto, durante los siglos VIII-VII a.C. surgen en el llano una veintena de aldeas agrícolas dedicadas al cultivo de cereales, de la vid y del olivo —actividad que coincide con una tala importante de bosque en la zona— y articuladas en torno a Acinipo. La intensificación agrícola y la producción centralizada son, pues, las consecuencias inmediatas del comercio con los fenicios del Cerro del Villar y de Montilla, con todas las implicaciones sociales y políticas que un tal proceso conlleva. En el siglo VII Acinipo alcanzó las 10 hectáreas de superficie y se dotó de una estructura urbanística claramente jerarquizada. La culminación del proceso de centralización económica y social fue la aparición, a mediados del siglo VI, de un nuevo centro político, el *oppidum* de la Silla del Moro, que se constituyó en núcleo principal de control del territorio.

En general, el comercio fenicio potenció la intensificación de la explotación de materias primas —minería, agricultura, pastoreo— mediante un aprovechamiento intensivo de los recursos, al tiempo que favoreció en determinados territorios la producción de mercancías destinadas al comercio y al consumo, y una demanda de productos antes inexistente. La comercialización a gran escala de los productos agrícolas del interior y, seguramente, el suministro de mano de obra y bienes de subsistencia hacia la costa, debieron de generar cambios importantes en la organización sociopolítica de las comunidades indígenas situadas en la periferia de las colonias. Cómo se integraron centros indígenas como Acinipo o Ronda y sus redes interregionales de intercambio en el comercio fenicio, y de qué forma se organizaron jerárquicamente las comunidades indígenas implicadas, son aspectos que todavía requieren análisis rigurosos en términos de esferas de interacción socioeconómica.

En cualquier caso, el ejemplo de Acinipo muestra que el estudio de las interrelaciones entre un sistema colonial y el mundo indígena en términos exclusivamente de «aculturación» o de «orientalización», como se ha hecho hasta ahora, es insuficiente, por no decir inadecuado. Al hablar de interacción entre comunidades y economías desiguales hay que considerar no sólo el intercambio cultural, la difusión de información y de tecnología, o el comercio, sino y sobre todo las formas de integración, apropiación, resistencia y explotación socioeconómica que generó el encuentro cultural entre dos sociedades dispares. Huelga decir que la historia de este encuentro cultural no puede escribirse exclusivamente en términos coloniales, sino desde una visión global bidireccional.

Las necrópolis y la sociedad colonial

El análisis de las necrópolis resulta de particular importancia para poder reconstruir la estructura social de una comunidad. Y las necrópolis fenicias localizadas en el litoral de Málaga y Granada lo son doblemente por cuanto constituyen el conjunto más importante que conocemos en la Península Ibérica relativo a este período arcaico.

En Occidente poseemos información relativamente abundante acerca de la época en que llegaron los fenicios al estrecho de Gibraltar, de sus mecanismos de comercio, de sus objetivos económicos y hasta de los rasgos institucionales e ideológicos que respaldaron esta empresa comercial. Pero sabemos poco de sus protagonistas o de su origen social, de ahí la importancia de la arqueología funeraria, dado que la materialización de las prácticas funerarias de una sociedad suelen ser, en general, producto, y también reflejo, de la complejidad de su organización social.

Ya hemos visto que en Toscanos y en otros centros fenicios costeros, como el Cerro del Villar, habitaron comerciantes, metalúrgicos, almacenistas, personal portuario, mineros, pescadores, arquitectos e indudablemente artesanos, sobre todo alfareros, puesto que gran parte de la cerámica fenicia fue de producción local. Así pues, no toda la población se dedicó al comercio.

La población fenicia instalada en la costa mediterránea formaba parte de la órbita cultural de Gadir, Mogador, Lixus y, como se verá, también de Ibiza; una órbita que se define por una producción artesanal relativamente uniforme, un mismo patrón de asentamiento y unos circuitos comerciales muy homogéneos. A pesar de algunos rasgos «occidentales», que se manifiestan sobre todo en algunas formas cerámicas singulares —trípodes, lucernas de dos mechas, ánforas, etc.—, esta sociedad fenicia, probablemente dependiente de Gadir, mantuvo siempre unos vínculos muy estrechos con Tiro. En cierto modo, la cultura material fenicia de la Península Ibérica es más oriental o, si se prefiere, tiria, que la de otros grupos del Mediterráneo central.

Los fenicios que alcanzaron las costas de Andalucía o del Marruecos atlántico no fueron simples mercaderes, pescadores o marineros. El gran almacén central de Toscanos indica que, por lo menos desde el 700 a.C., se manifiesta en la zona una tendencia a la especialización de los asentamientos, que hace que se distingan unos de otros por sus actividades predominantemente agrícolas, mercantiles, industriales o portuarias. La capacidad del almacén de mercancías era superior sin duda a las necesidades de la población de Toscanos. También la fortificación del lugar y otros elementos urbanísticos denotan una organización administrativa, pública y mercantil perfectamente coordinada y, en cierto modo, centralizada. Por último, la arquitectura civil de Chorreras, Toscanos, Cerro del Villar y Morro de Mezquitilla sugiere la presencia en la zona de una «burguesía» mercantil especializada y altamente cualificada. La forma y el contenido de sus necrópolis parecen apuntar en el mismo sentido.

Hasta hoy sólo se conocen cuatro necrópolis fenicias en la costa de Málaga y Granada, y aún de forma incompleta: la de Toscanos, en las laderas del Cerro del Mar, en la orilla izquierda del Vélez, y que ha proporcionado tumbas de incineración del siglo VII a.C. similares a las de Almuñécar; la de Morro de Mezquitilla, en Trayamar, del siglo VII a.C., en la orilla derecha del Algarrobo; la de Lagos, a poca distancia al este de Chorreras; y, por último, la de Almuñécar, en el Cerro de San Cristóbal, la más rica en número de sepulturas de los siglos VIII y VII a.C. Una constante en todas estas necrópolis es el predominio abso-

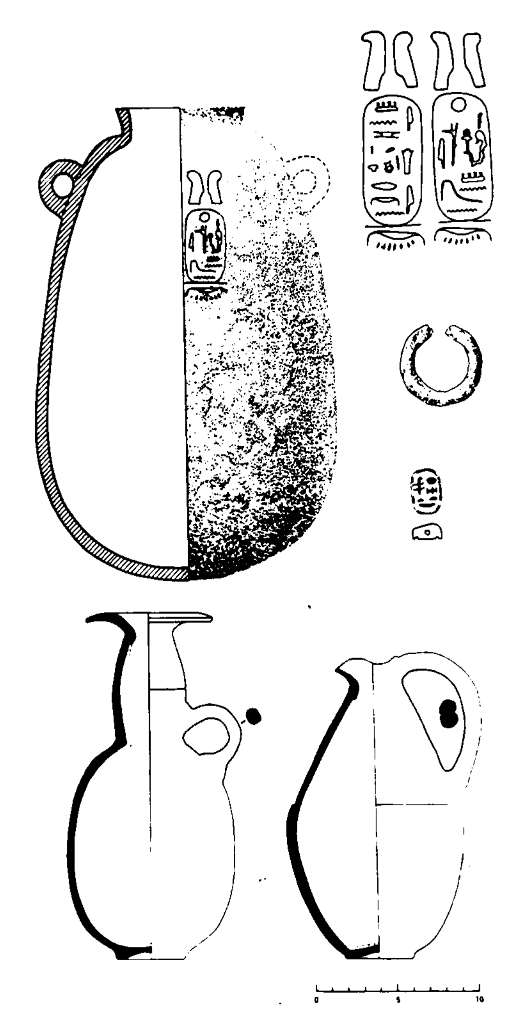


FIGURA 97. Ajuar del siglo VII a.C. de la tumba 20 de Almuñécar (según Pellicer, 1962, y Negueruela, 1985).

luto de la incineración, asociada a un tipo de ofrendas funerarias que reproducen siempre el mismo modelo: dos jarros de engobe rojo, destinados acaso a contener sustancias aromáticas o agua, platos para comida, una lucerna o pebetero depositado junto al difunto y algunas ánforas y joyas colocadas en un nicho o cerca del enterramiento (fig. 97). Sigue siendo una incógnita la cuestión de la incineración fenicia en Occidente que, salvo en Cartago, superó a la inhumación hasta el siglo VI a.C. En la Cartago arcaica la incineración fue esporádica y, al parecer, absolutamente minoritaria en Siria, donde constatamos los primeros ejemplos en los siglos XI-IX a.C. en Hama, Tell Halaf y Car-



FIGURA 98. Urna de alabastro de la tumba 3 de la necrópolis «Laurita» de Almuñécar (foto Museo Arqueológico de Granada).

chemish, y en Fenicia, donde existen unas pocas sepulturas de los siglos VIII-VII a.C., en Tell Arqa, Khaldé y Tell er-Rechidieh, cerca de Tiro.

En Andalucía, sin embargo, destaca un rasgo peculiar: en muchas de las sepulturas de incineración de Almuñécar y en una sepultura hallada en Lagos, las cenizas se depositan en lujosas urnas de alabastro o de calcita de fabricación egipcia (fig. 98). En Trayamar o Toscanos, estas urnas de alabastro pudieron ser simples imitaciones. El caso es que en Almuñécar algunas se adornan con inscripciones y emblemas de los faraones de la dinastía XXII, tales como Osorkon II, Takelot II y Sheshonq III, que gobernaron Egipto entre los años 874 y 773 a.C. (fig. 99). Sin duda se trata de piezas excepcionales, procedentes bien del saqueo de tumbas reales egipcias, o bien de regalos ofrecidos por los faraones al rey de Tiro-Sidón. Estos vasos de alabastro, que en origen contenían vino de calidad, a juzgar por algunas inscripciones, han sido hallados también en los palacios reales de Assur y de Samaria, como parte de botín de guerra o bien de regalos o dádivas entre casas reales.

Ignoramos bajo qué circunstancias llegaron a España, pero el hecho es que



FIGURA 99. Urna de alabastro de la tumba 20 de la necrópolis «Laurita» de Almuñécar (foto Museo Arqueológico de Granada).

Almuñécar presenta uno de los conjuntos de piezas reales egipcias más espectaculares del Mediterráneo. Los fenicios de Almuñécar las eligieron para servir de urnas cinerarias, que depositaban en el fondo de sus tumbas de pozo, entre 2 y 5 m de profundidad.

En el valle del Algarrobo se documenta otra forma de enterramiento: en Trayamar se han excavado grandes hipogeos a base de sillares y provistos de cubierta de madera y con un corredor de acceso (fig. 100). La arquitectura monumental de estas sepulturas en la zona de Morro de Mezquitilla revela la presencia de arquitectos orientales que utilizan unas técnicas de mampostería muy regular que combina la piedra y la madera, técnica sólo conocida en Oriente. La importancia de estas tumbas de cámara radica en su utilización durante varias generaciones, a lo largo de la segunda mitad del siglo VII a.C.: estas grandes cámaras funerarias se reabrían periódicamente, depositándose sucesivamente en su interior varias incineraciones (fig. 101), hasta que a finales del siglo VII a.C. se cerraron definitivamente, tras depositarse los últimos enterramientos, esta vez de inhumación.



FIGURA 100. Tumba 1 de Trayamar (foto Instituto Arqueológico Alemán, Madrid).

Las tumbas de cámara de Trayamar se construyeron en las cercanías de tumbas de pozo similares a las de Toscanos, Lagos y Almuñécar. Su gran capacidad, su arquitectura monumental y su reutilización durante una o dos generaciones por parte de los miembros de un grupo o una familia insinúan que pudo tratarse de hipogeos familiares o panteones destinados a albergar los restos de un grupo social claramente diferenciado del resto de la población. El hipogèo familiar sólo puede significar un lugar funerario común para los miembros de un clan que ostenta un área permanente o exclusiva de enterramiento, y sólo se justifica si se trata de un grupo de parentesco que, en tierras remotas, perpetúa y refuerza ritualmente los lazos familiares a través de prácticas funerarias continuadas en un mismo panteón funerario. Un sector privilegiado de la comunidad oriental se reproduce en Occidente a través de una arquitectura funeraria monumental.

Habría, pues, que descartar la hipótesis según la cual los enterrados en las tumbas de cámara de Trayamar fueron mercaderes fallecidos accidentalmente en Occidente durante un viaje o una expedición comercial, y apostar más bien en favor de gentes decididas a quedarse en Occidente, gentes que han invertido tiempo, capital y energía en la construcción de sus sepulturas familiares. La utilización de arquitectos especializados y la inversión en material y cantería que suponen la construcción de tales hipogeos sólo puede significar un estatus social elevado.

Tanto las tumbas de Trayamar como las de Almuñécar, Lagos y Toscanos confirman la presencia en la Península de comerciantes especializados y de rango que dominan la actividad económica y mercantil de esta red colonial. El caso

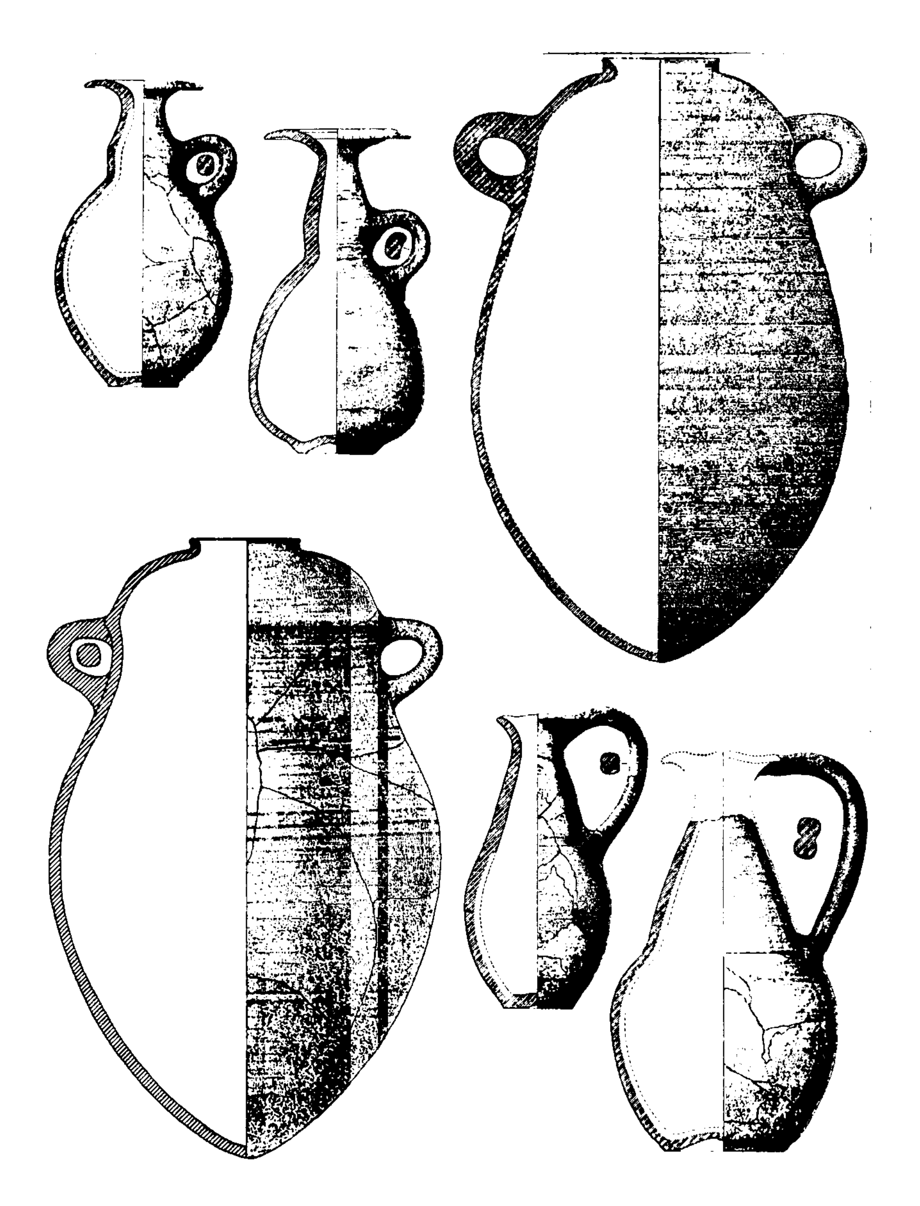


FIGURA 101. Ajuar del siglo VII a.C. de la tumba 1 de Trayamar (según Schubart y Niemeyer, 1976).

de Trayamar sugiere, además, la importancia de las firmas privadas o consorcios que, en Fenicia, forman parte de la elite social. Como se recordará, estas compañías de comercio, formadas fundamentalmente por familias pertenecientes a la oligarquía mercantil, muy próxima al palacio y al templo, se conocían con el nombre de *hibrum,* que significa asociación comercial o unidad familiar. Resulta igualmente significativo el hecho de que en acádico, la palabra «familia» o «casa» (*bit, bitum*) significara también «firma» y que, en ugarítico, la palabra «hermano» o «hermandad» fuera sinónimo de «socio» o de «sociedad».

Las necrópolis fenicias y su contenido nos permiten, pues, hablar de agentes de comercio de cierto rango en Occidente y, sobre todo, de la presencia de clanes familiares de elite, con residencia permanente en la zona del estrecho de Gibraltar, y que forman parte, probablemente, de consorcios comerciales con capacidad y prestigio suficientes para hacerse con objetos de lujo con «historia» —es decir, antigüedades—, que en Oriente encontramos en circuitos de reciprocidad exclusivos de las casas reales de Tiro, Samaria y Assur.

Para el estudio relativo a aspectos de población, demografía, rasgos físicos, morfológicos y étnicos, paleopatologías, etc., la documentación arqueológica relativa al mundo funerario fenicio resulta hoy por hoy insuficiente. El único estudio realizado hasta el momento con restos óseos humanos es el de las sepulturas de Lagos, cerca de Chorreras, fechadas a finales del siglo VIII, y muestran una población de complexión relativamente robusta con una vida media de unos 40 años.

No obstante, el rasgo más destacable es el volumen y número de enterramientos identificados hasta ahora en Andalucía oriental, que no sobrepasa la cincuentena: el reciente descubrimiento de la «necrópolis» fenicia de Lagos, con poco más de dos sepulturas de incineración; las características de la necrópolis arcaica de Almuñécar, que forma un conjunto relativamente cerrado de unas veinte sepulturas en total; las cuatro tumbas de cámara de Trayamar, algunas de ellas múltiples; las pocas fosas de incineración identificadas en Cerro del Mar, junto a Toscanos; y las contadas sepulturas arcaicas documentadas en Villaricos, configuran un panorama del mundo funerario fenicio un tanto desolador.

La evidencia arqueológica obtenida en Almuñécar y en Lagos demuestra que ambos conjuntos funerarios no debieron de ser mucho más extensos de lo que señalan los datos del registro arqueológico. Ello contrasta con la aparente densidad de asentamientos coloniales existentes en este tramo del litoral mediterráneo. Si bien es cierto que en el futuro se registrarán sin duda nuevos hallazgos en este sentido, lo que se desprende hoy de la forma y contenido de las tumbas de Toscanos, Lagos y Almuñécar es la presencia en la zona, en los siglos VIII y VII, de pequeñas agrupaciones dispersas de enterramientos de incineración, más que de auténticas necrópolis, lo que sugiere la existencia de grupos sociales limitados y una población colonial extremadamente reducida.

IBIZA Y EL COMERCIO FENICIO EN LA COSTA MEDITERRÁNEA

Ya hemos descrito la importancia que tuvo la isla de Ibiza en las rutas de navegación hacia Gadir. Hasta hace poco tiempo se ha considerado a Ibiza una fundación cartaginesa: Cartago habría fundado la colonia en los años 654/653 a.C. (Diodoro 5:16).

Hoy sabemos, sin embargo, que en Ibiza, al igual que en el resto de Occidente, el elemento cartaginés no irrumpe hasta mediados del siglo VI a.C. y que, con anterioridad, la isla estuvo ocupada por población fenicia muy próxima, en cuanto a cultura material, al grupo de colonias fenicias del estrecho de Gibraltar y del Marruecos atlántico.

Los importantes descubrimientos realizados en los últimos años en la necrópolis del Puig des Molins, donde se han localizado sepulturas de incineración de los siglos VII y VI a.C.; en el Puig de Vila, donde está emplazada la ciudad vieja de Ibiza, que ha deparado los restos de un pequeño hábitat arcaico y, sobre todo, en Sa Caleta, una pequeña península al suroeste de Ibiza, donde se ha localizado un asentamiento fenicio arcaico, han dado un giro inesperado al estudio de los fenicios en Occidente, particularmente por lo que se refiere a la fachada mediterránea de la Península Ibérica (fig. 102). La presencia, por ejemplo, de importaciones fenicias del siglo VII a.C. en los poblados indígenas de Saladares y Peña Negra de Crevillente, ambos en la provincia de Alicante, o en los centros del valle del Ebro, denota la rápida expansión comercial que se produjo hacia el Levante y noreste peninsulares desde la llegada de los fenicios a las Baleares.

A raíz de estos descubrimientos es necesaria una nueva lectura del texto de Diodoro. Este historiador del siglo I a.C. se basa probablemente en Timeo cuando afirma que la isla de Ibiza tenía una ciudad, Ebesos o Ebusus (del fenicio *Ibshim* = isla de los pinos), colonia de los cartagineses, que estaba habitada por «bárbaros», en su mayoría fenicios (5:16, 2-3). En cambio, Silio Itálico califica a Ebusus de fenicia (*Pun.* 3:362). Es, pues, evidente, que cuando Cartago se hizo con el dominio de la isla, ésta ya había estado ocupada por fenicios.

El registro arqueológico revela dos etapas bien diferenciadas en la colonización fenicia de la isla. Una primera correspondería a la llegada de los primeros colonos fenicios procedentes del sur de España hacia el 630 a.C. y a la fundación de una factoría en Sa Caleta. El asentamiento de Sa Caleta, de unas 4 ha de superficie, se orientó desde un principio al comercio con la zona del Levante, valle del Ebro y golfo de León, dirigido básicamente a la recuperación y tratamiento de metales. En una segunda etapa, a principios del siglo VI, se habría fundado un nuevo enclave en la bahía de Ibiza —la futura Ebusus—, con su correspondiente necrópolis de incineración en el Puig des Molins, al tiempo que se abandonaba definitivamente Sa Caleta. En muy poco tiempo, y ya bajo la órbita de influencia de Cartago, Ebusus se habría transformado en un centro urbano y en una de las ciudades púnicas más prósperas del Mediterráneo occidental. Así, desde mediados del siglo VII, con Ibiza como cabeza de puente, y con Gadir dominando el otro extremo, los fenicios detentaban un con-

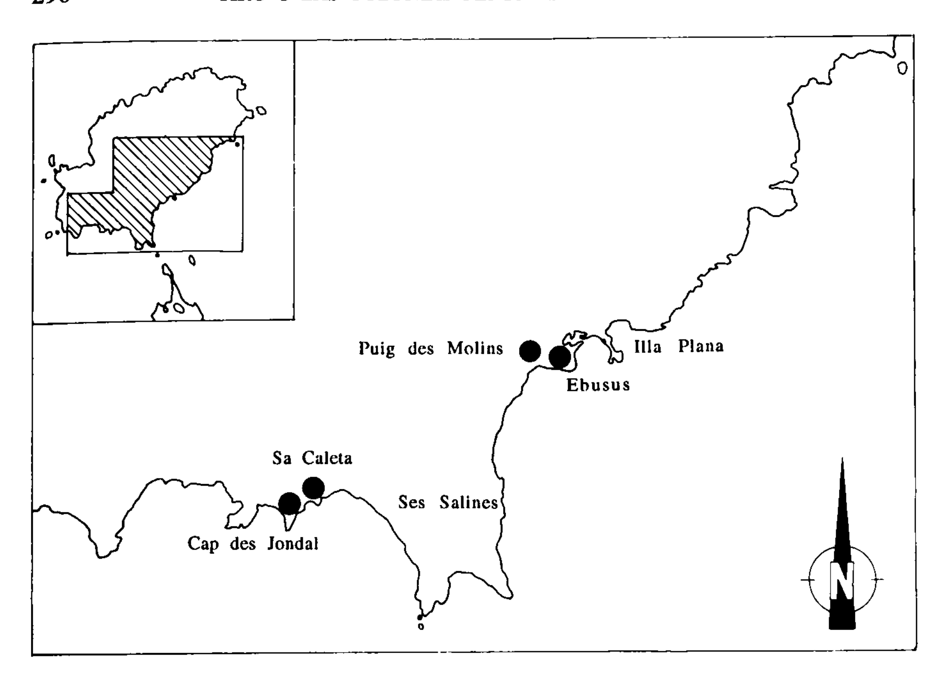


FIGURA 102. Ibiza y los asentamientos arcaicos (según Costa y Fernández, 1993).

trol absoluto sobre la navegación al Mediterráneo occidental y al Atlántico. El establecimiento de los fenicios en Ibiza repercute inmediatamente en las actividades de las comunidades indígenas del Levante y noreste peninsulares. En la región de Murcia y Alicante, sin embargo, la presencia del comercio fenicio es anterior a la fundación ibicenca de Sa Caleta, por lo que en un principio cabe considerar a esta zona más como un territorio de prolongación de la actividad colonial y comercial de la Andalucía oriental que como una periferia de Ibiza (véase fig. 88).

En efecto, los grandes poblados del Bronce Final de Los Saladares (Orihuela, Alicante), Peña Negra (Crevillente, Alicante) y Castellar de Librilla (Murcia), fechados en los siglos IX-VIII a.C., reciben a finales del siglo VIII las primeras importaciones fenicias en forma de ánforas y cerámica de engobe rojo (fig. 103). El interés tan temprano mostrado por el comercio fenicio hacia esta región obedece claramente a la posición que ocuparon estos centros en la economía de la región y, en particular, al control que ejercieron sobre los recursos minerometalúrgicos como, por ejemplo el hierro (Castellar de Librilla), sobre el comercio y la producción de armas y manufacturas de bronce de tradición atlántica (Peña Negra), o sobre las vías de comunicación y los recursos agrícolas (Saladares). Por otra parte, esta región estuvo bien abastecida de metal —cobre, estaño y plomo en la sierra de Crevillente y zonas mineras de Mazarrón y La Unión, en Murcia, así como de minerales argentíferos—, como lo demuestra el taller de fundición de plata hallado en la Punta de los Gavilanes, en Maza-

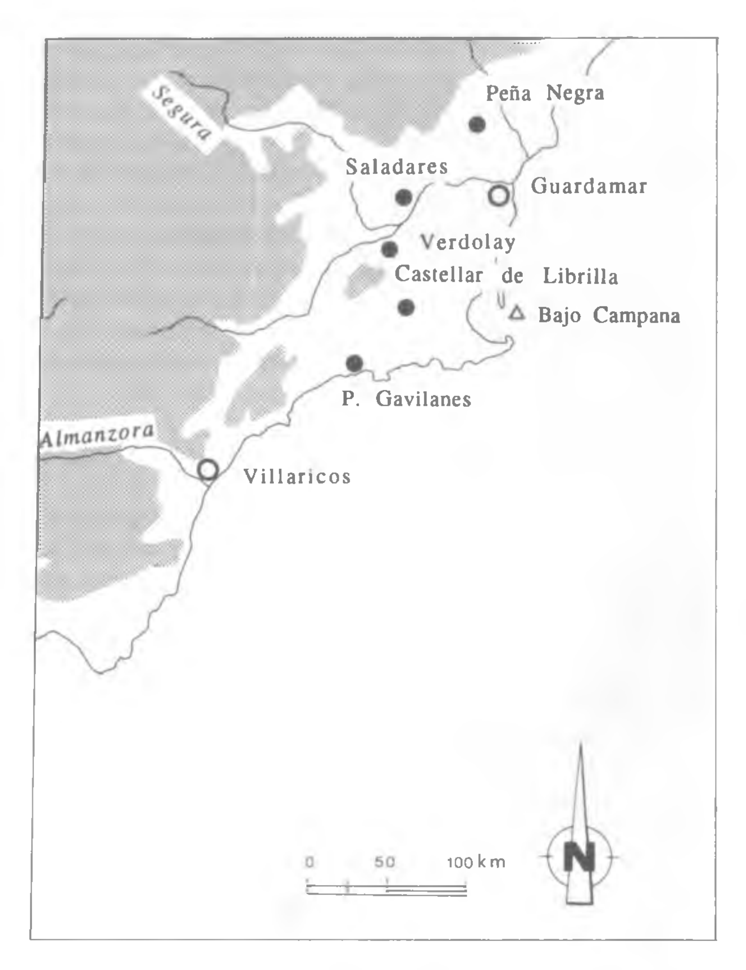


FIGURA 103. El sureste peninsular: asentamientos indígenas (•), colonias fenicias (○) y hallazgo submarino (△).

rrón, que funcionó casi ininterrumpidamente durante todo el Bronce Final, el siglo VII y los siglos IV-III a.C.

La presencia del comercio fenicio en esta zona comprendida entre los ríos Segura y Vinalopó se intensifica a lo largo del siglo VII. Así, por ejemplo, en Peña Negra se instala un auténtico barrio industrial fenicio en la periferia del poblado indígena dedicado a la manufactura de ánforas y a la producción de objetos de orfebrería, al tiempo que en la desembocadura del río Segura, en Guardamar, se funda en la segunda mitad del siglo VII un puerto comercial fenicio similar a los de la costa de Málaga, Granada y Almería. Por consiguiente, esta región pudo actuar, en términos geoestratégicos, como un foco de distribución comercial de las mercancías procedentes de Andalucía hacia las Baleares y el Mediterráneo central. Así se infiere del cargamento de una nave fenicia



FIGURA 104. El Levante y noreste peninsulares: asentamientos indígenas (•) y colonias fenicias (○).

del siglo VII hallada en el Mar Menor, en Murcia —el pecio del Bajo de la Campana—, que transportaba lingotes de estaño y plomo y marfil en bruto. A juzgar por los materiales que contenía, procedía con toda probabilidad de las factorías atlánticas de Gadir, es decir, del territorio portugués (estaño y plomo) y del Marruecos atlántico (marfil).

El apogeo del comercio fenicio de Ibiza se sitúa entre la segunda mitad del siglo VII y principios del VI y alcanza todo el Levante y noreste peninsulares (fig. 104). Poblados indígenas como Vinarragell o el Puig de Benicarló, ambos en Castellón, y sobre todo los del valle del Ebro, como Amposta y Coll del Moro, muestran claros indicios de haber entablado relaciones comerciales con

los fenicios de Ibiza, en virtud de las cuales los recursos agrícolas y los metales en estado bruto o amortizado de las tierras del interior se intercambiaban por vino, aceite y cerámica de calidad. La identificación de pequeños almacenes fluviales de mercancías conteniendo ánforas fenicias como el de Aldovesta, en un meandro del río Ebro, y otros hallazgos como el del pecio de Rochelongue, cerca de Agde, o el de cerámicas fenicias en los principales centros estratégicos del mundo de los Campos de Urnas del sur de Francia (Mailhac, Canet) y Cataluña (Agullana, Anglés), sugieren que gran parte de la actividad comercial fenicia en estos territorios se orientó a la recuperación sistemática de chatarra de bronce con destino a los centros metalúrgicos del Mediterráneo, a cambio de importantes cantidades de vino y aceite.

LA TRANSICIÓN DEL SIGLO VI A.C.

Se suele considerar el año 550 a.C. como el momento de transición de la fase fenicia a la fase púnica en Occidente. Esta transición supuso un cambio sustancial en el panorama geopolítico del Mediterráneo occidental, que se manifiesta en muchas zonas en forma de cambios y transformaciones inequívocos: una reorganización del patrón de asentamiento, cambios económicos, variaciones en la morfología cerámica, el paso de la incineración a la inhumación en el ámbito funerario y, en determinados casos, la transformación de los enclaves comerciales del período fenicio en auténticos centros urbanos.

No es extraño, pues, que todas estas transformaciones se relacionen con una ruptura y/o crisis económico-social en los sistemas coloniales surgidos de la diáspora fenicia debida a causas muy complejas, entre las que se señalan como decisivas la caída de Tiro en manos de Nabucodonosor en 573 a.C., la consiguiente hegemonía de Cartago sobre los viejos enclaves coloniales tirios, la crisis de Tartessos a raíz del colapso del comercio de la plata con Oriente, o la intrusión del comercio focense en Huelva a partir del 550 a.C.

En las islas del Mediterráneo central y en Ibiza el período púnico coincide con la aparición, por primera vez, de vestigios de culto y de santuarios consagrados a Tanit, la divinidad principal del panteón cartaginés, pero también con la presencia de una cerámica sobria y funcional, que sustituye a la clásica vajilla fenicia de engobe rojo, y con la generalización de los enterramientos en hipogeos excavados en la roca, de clara filiación norteafricana. En la segunda mitad del siglo VI, en efecto, Ebusus se transforma en una próspera ciudad que adopta formas religiosas, arquitectónicas y artesanales cartaginesas, en el marco de un proceso de cambios generalizados que afectaron de igual forma a las islas de Sicilia y Cerdeña, donde también parece imponerse la hegemonía política y la religión oficial de Cartago desde el 550 a.C.

En Cerdeña, la transición fue consecuencia de la conquista militar cartaginesa, tal como señalan las fuentes en relación a la célebre campaña del general Malco en 545-535 a.C. y la evidencia arqueológica documentada en sitios como Monte Sirai y Cuccureddus. De ello se infiere que, en el caso de Ibiza, la deno-

minada «crisis» del siglo VI pudo significar la incorporación definitiva de la isla a la órbita de influencia política de Cartago. En este aspecto, Ibiza parece haber constituido una excepción en los antiguos territorios de colonización fenicia de la Península Ibérica.

En Andalucía se aprecian también cambios significativos en el patrón de asentamiento y en la actividad económica. Si bien en la zona de influencia del comercio gaditano, es decir, Tartessos y otros territorios atlánticos, no se advierten en el siglo VI indicios tan claros de la influencia cartaginesa, ni tampoco signos de ruptura en los sitios de la bahía de Cádiz, en la segunda mitad del siglo VI se aprecian cambios importantes: la tipología de la cerámica fenicia preludia ya las formas ibéricas turdetanas clásicas del siglo V; la necrópolis gaditana experimenta un desarrollo considerable —indicio inequívoco de crecimiento demográfico—, y muy pronto surge en la bahía un área industrial dedicada a la salazón de pescado —otro elemento característico del período púnico— y a la producción a gran escala de *garum*.

Pero el comercio interregional de Gadir sí quedó seriamente afectado a mediados del siglo VI, a juzgar por algunos cambios que se observan en sus colonias atlánticas y por el abandono, a mediados del siglo VI, de los únicos centros fenicios excavados hasta hoy, como Mogador y Abul, en Portugal.

Al mismo tiempo, a partir del siglo VI, Tartessos experimenta una clara involución, que se manifiesta en una drástica reducción de los intercambios a larga distancia, un declive de las importaciones fenicias, la desaparición progresiva de las tumbas «principescas» en el valle del Guadalquivir y la concentración gradual de las actividades económicas en unos pocos centros —los *oppida*— que, como Carmona y en particular los centros del alto Guadalquivir, pasarán a ejercer el control político del territorio desde finales de ese siglo.

La crisis de Tartessos es todavía más grave en los territorios minerometalúrgicos de la región de Huelva. Ya a finales del siglo VII se observa una reducción considerable en la producción de plata y se abandonan algunos centros metalúrgicos como San Bartolomé de Almonte. Este declive coincide con la llegada de las primeras cerámicas griegas a Huelva y a Tejada la Vieja, que algunos autores interpretan como un indicio de la presencia del comercio focense, el cual se habría iniciado como consecuencia de la aparente debilidad del comercio fenicio en la zona. Finalmente, en la segunda mitad del siglo VI, el asentamiento tartésico de Huelva inicia un franco declive urbanístico, demográfico y económico, al tiempo que cesan totalmente las importaciones. En el interior se refuerzan por estas fechas las murallas de Tejada y la población abandona toda actividad minera en favor de una agricultura cerealística. Así, entre el 550 y el 500 a.C., se produce una profunda crisis en la producción de plata, que tendrá repercusiones negativas durante mucho tiempo para la economía de la región de Huelva.

Otras referencias confirman la complejidad de esta crisis. Así, hacia el 570 a.C. un griego, Midócrito, viajó a las Cassitérides en busca de estaño (Plinio, *N. H.* 7:1.297), gracias, probablemente, al relajamiento del control de las rutas atlánticas de metales. Entre 550-500 a.C. se produce un intento, por parte

de los iberos turdetanos, de asaltar Gadir por mar (Macrobio, *Saturn.* 1:20, 12). Y otros historiadores clásicos (Justino 44:5, 2-4; Polibio II 1, 5) aluden a la presencia de los ejércitos cartagineses, que habrían acudido en ayuda de Cádiz a raíz del colapso de Tartessos.

En cualquier caso, la crisis tartésica coincide con un desplazamiento de los principales centros de decisión política indígenas hacia la periferia que, como la región del alto Guadalquivir, verá aparecer en muy poco tiempo los primeros *oppida* y estados ibéricos propiamente dichos.

Pero también se aprecian cambios significativos en otras regiones difícilmente asociables a la crisis de Tartessos o a la llegada del comercio griego. Nos referimos a la Andalucía mediterránea, donde diversos indicios arqueológicos sugieren que algunas factorías fenicias —Cerro del Prado, en el río Guadarranque, Abdera, Morro de Mezquitilla y Baria/Villaricos— siguieron funcionando hasta el siglo V o incluso hasta época romana, aunque los datos que se han publicado hasta ahora no permiten determinar con seguridad lo que ocurrió en el siglo VI.

En cambio, aquellos centros fenicios que han sido objeto de estudios más sistemáticos, como Toscanos, reflejan una reestructuración significativa del patrón de asentamiento durante el siglo VI y una cierta ruptura en su evolución cultural. En efecto, tras una serie de cambios urbanísticos y arquitectónicos a finales del siglo VII, se abandona el lugar hacia el 570/550 a.C. durante la denominada fase V de Toscanos. A pesar de todo, no se aprecia un hiato de población, ya que por las mismas fechas se inicia la necrópolis Jardín, situada al norte de Toscanos, que contiene sepulturas mayoritariamente de inhumación y que reemplaza a la necrópolis arcaica de incineración que había estado emplazada en el Cerro del Mar. Se ignora dónde estuvo ubicado el hábitat correspondiente a la necrópolis púnica de Jardín, ya que el único asentamiento conocido de los siglos V-III a.C. lo constituye el del Cerro del Mar, que albergó un pequeño poblado indígena.

En otras zonas del litoral de Málaga, Granada y Almería, la transición del siglo VI coincide con un proceso rápido de concentración de la población fenicio-púnica en unos pocos centros portuarios. Así, en la bahía de Málaga, el abandono del Cerro del Villar a principios del siglo VI, debido a la degradación del entorno y a la colmatación aluvial de la desembocadura del Guadalhorce, obligó a los fenicios a trasladarse a la vecina Malaka, cuya ubicación permitió albergar un centro portuario de mayor entidad. Transformada muy pronto en el principal centro portuario antes del Estrecho, Malaka representa la transición de la colonia fenicia a la ciudad púnica, más abierta al mar, al comercio exterior y a la órbita de Cartago que su predecesora del Cerro del Villar, orientada preferentemente hacia el *hinterland* y el círculo de Gadir.

No resulta fácil determinar las causas precisas de una crisis tan compleja ni reconstruir la dinámica de la transición del mundo fenicio al mundo púnico. Y no es fácil porque, según todos los indicios, Gadir se mantuvo al margen del conflicto que enfrentó a Cartago con las demás potencias mediterráneas, preservando su independencia durante mucho tiempo. Si en Cerdeña, Sicilia o en la misma Ibiza la transición del siglo VI es sinónimo de hegemonía carta-

ginesa, en el extremo Occidente los cambios que se producen en el ámbito colonial fenicio obedecen sin duda a factores sociopolíticos mucho más profundos y a una serie de circunstancias concatenadas que concurren *grosso modo* en la primera mitad del siglo VI: la caída de Tiro a manos de Nabucodonosor tras 13 años de asedio (586-573 a.C.), que no pudo por menos que tener repercusiones en Occidente; la crisis de Tartessos, nunca explicada satisfactoriamente; la formación de los estados ibéricos en el *hinterland* de las colonias y la entrada en escena de Cartago y el consiguiente conflicto de intereses que se producirá en el Mediterráneo occidental. En definitiva, una situación que aconsejaba, probablemente, concentrar esfuerzos y centralizar la producción y el comercio en unos pocos núcleos —Gadir, Malaka, Ebusus—, convertidos ahora en auténticos focos de nuclearización social y económica.

No cabe duda de que los fenicios habían generado riqueza e impulsado profundas transformaciones en el seno de las sociedades indígenas de Andalucía y de la fachada mediterránea. Sin embargo, esta riqueza se concentró en sectores minoritarios de la población, sectores que conocemos a través de sus suntuosas sepulturas en Huelva, bajo Guadalquivir y Extremadura. Pero los fenicios esquilmaron también los recursos del Mediterráneo occidental. Si a las toneladas de plata extraídas en las montañas de Huelva y Sevilla sumamos no sólo la degradación ecológica y forestal debida al uso a gran escala de la madera como combustible para los trabajos minerometalúrgicos y para los hornos de producción de cerámica, sino también la intensificación agrícola, habremos de convenir que el balance fue negativo para el mundo indígena.

En el valle del Guadalquivir y en la costa oriental de Andalucía, la agricultura intensiva y la expansión del regadío en el interior, gracias a una tecnología avanzada y a la introducción por parte de los fenicios de la metalurgia del hierro en forma de herramientas y útiles agrícolas, implicaron el retroceso del espacio forestal, la degradación del entorno y la transformación de grandes extensiones de terreno en praderas y sabanas. Se trata de la típica degradación del paisaje y de los recursos que se produce tras un período colonial.

11. CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de este volumen hemos intentado demostrar que la aventura comercial de Tiro estuvo lejos de constituir una empresa uniforme. En efecto, la expansión hacia Occidente, que constituyó el último circuito comercial de Tiro, y también su último monopolio, había surgido como consecuencia de una situación caracterizada por una fuerte demanda de materias primas, profundos desequilibrios económicos, con importantes déficits —metal, grano, etc.—, pero también con grandes superávits —población, producción especializada—, que se agudizan entre los años 850 y 750 a.C. Los elementos estructurales de esta crisis habrían de influir en la orientación y desarrollo de los distintos asentamientos comerciales de Tiro en Occidente, que se configuran en función, sobre todo, de los objetivos propuestos y de las posibilidades económicas de cada territorio. Así, por ejemplo, los objetivos económicos perseguidos con la fundación de Gadir no podían ser los mismos que concurrieron en la fundación de Cartago o de Ibiza.

Y sin embargo, existe una tendencia a simplificar la lectura del modelo de asentamiento fenicio en Occidente y a reducir el esquema a dos únicas alternativas posibles —expansión comercial *versus* colonización o, lo que es lo mismo, fundación de factorías *versus* fundación de colonias, cuando probablemente ambas formas —las colonias comerciales y las colonias de poblamiento— coexistieron (cf. Moscati, 1993, p. 23; Niemeyer, 1994, pp. 339-341). Asimismo, se suelen contraponer dos modelos institucionales de comercio de larga distancia: empresa de estado *versus* iniciativa privada —o lo que es lo mismo, comercio administrado frente a comercio de mercado— como mecanismos excluyentes. Pero todas estas categorías y terminologías al uso se han revelado insuficientes a la hora de valorar la complejidad del proceso.

FACTORÍAS, COLONIAS Y EMPORIOS

Para reconstruir las formas de la expansión fenicia hacia Occidente se suelen proponer diversas categorías de análisis que, por lo general, se basan en el modelo colonial griego —emporio, colonia—, o bien en las tesis sustantivistas de la escuela de Polanyi —puerto de comercio. Se postula, igualmente, una serie de estadios evolutivos en Occidente, que vendrían a constituir una fórmu-

la de compromiso entre diversos patrones de asentamiento —el emporio comercial se transforma en colonia o ciudad—, barajando únicamente cálculos estimativos sobre la superficie de ocupación del establecimiento o hipótesis demográficas.

El caso es que no resulta fácil trazar los límites entre una colonia y, por ejemplo, un emporio comercial, dado que, en última instancia, operan criterios muy subjetivos y modernos a la hora de hacer una valoración de las distintas categorías de establecimientos coloniales. Por lo general, se considera que la expansión griega hacia Occidente fue un fenómeno fundamentalmente agrario y con fines colonizadores. Como tal, la colonización habría sido un movimiento poblacional dirigido a la adquisición de nuevas tierras de explotación agrícola a causa de problemas demográficos y de subsistencia en el país de origen.

El término «colonización», así, es de índole económica y política, en la medida en que implica la emigración de grupos de población a otros territorios donde, a través de las colonias o *apoikíai*, los residentes mantienen un sentimiento de comunidad de origen en el ámbito del lenguaje, la cultura e instituciones políticas. La colonia griega, o ciudad-estado autárquica, se caracteriza precisamente por estar dotada de territorio agrícola propio, la *chora*, de cuya organización territorial dependió la autonomía y soberanía de la estructura colonial.

A este modelo se suele oponer el asentamiento fenicio en ultramar, afirmándose que los tirios no buscaron la ocupación de tierras, sino, fundamentalmente, la obtención de materias primas, a ser posible en lugares que ofrecieran facilidades portuarias y garantizaran, además, una clientela indígena con la que intercambiar mercancías. De este modo, acentuando el carácter exclusivamente comercial de la diáspora fenicia, se reducen sus establecimientos en Occidente a la categoría de simples escalas de navegación, factorías y puertos mercantes, sin otro objetivo que el comercio. Sólo una fundación fenicia occidental habría nacido con rango de colonia —Cartago—, al estar relacionados sus orígenes con un fenómeno de apropiación política del territorio.

En efecto, más que de un emporio mercantil, cabe hablar en Cartago de colonia aristocrática, que alcanza muy pronto rango urbano y que, a través de sus instituciones civicorreligiosas, particularmente puritanas y conservadoras, va a monopolizar la actividad económica e ideológica de vastos territorios de Occidente. Su clase dirigente, muy vinculada al estado y, especialmente a partir del siglo VI a.C., a la propiedad de la tierra, convirtió a la metrópoli norteafricana en un estado aristocrático, surgido de sus propios orígenes monárquicos. La fundación de Cartago habría sido un acto institucional, obra de aristócratas tirios, que pasarán a poseer tierras en función de su estatus y que reanudarán y mantendrán sólidos vínculos de amistad con Tiro hasta época helenística.

Se postula, además, una escala jerárquica en el ámbito de los establecimientos fenicios de Occidente, escala que abarca desde la categoría inferior de la factoría comercial, o establecimiento temporal en forma de sucursal en el extranjero, equivalente al francés *comptoir* y orientado a la adquisición de materias primas y a la actividad industrial, hasta la categoría superior de enclave comercial, el *empórion*, o centro redistributivo dotado de almacenes de mercancías,

habitado por mercaderes de diversa procedencia y organizado en torno a un templo. Los ejemplos más conocidos serían Al Mina, Naucratis, Pithecusa y Massalia. Sólo algunos emporios habrían alcanzado el estatus de colonia o ciudad, como es el caso de Naucratis, Pithecusa o Motya.

Una versión oriental y sustantivista del emporio sería el puerto de comercio —*port of trade*—, administrado por comerciantes profesionales, que actúan por cuenta del estado y operan según tratados y precios estipulados con las autoridades locales o indígenas. El caso es que, si olvidamos todas sus connotaciones premercantilistas y polanyanas, el concepto de puerto de comercio o puerto mercante es lo más cercano a algunas instalaciones fenicias de Occidente, como la misma Gadir.

Como ya señalábamos en el capítulo 3, el puerto mercante, dotado de grandes almacenes, actuó como lugar central de explotación y distribución de los recursos naturales de un territorio, y constituyó el principal centro intermediario en el comercio de larga distancia. Su población está formada por profesionales, funcionarios de alto rango y organizaciones gremiales, que suelen establecerse en zonas políticamente vulnerables, en la costa o a orillas de un río, pero con un *hinterland* rico en recursos.

En Asia occidental esta institución se llamó también *kārum*, centro administrado por agentes y consorcios mercantiles, cuya actividad dependía de un mercado central (Assur, Tiro), que en Fenicia se desarrolló a la sombra de la oligarquía. La oligarquía mercantil dependía de la esfera del palacio, si bien su actividad no excluía operaciones de carácter privado.

En ocasiones, estos centros de comercio internacional no constituyeron más que simples barrios comerciales, al estilo de los barrios asirios de Kanesh y Hattusa, o de los barrios fenicios de Damasco, Samaria y Menfis. Una institución común a todos ellos fue el templo, la entidad tutelar del comercio y el lugar de encuentro de mercaderes e indígenas, que representaba la autoridad de Tiro o de Assur.

El concepto de «diáspora comercial»

En este debate merece destacarse, por su importancia, un modelo suprahistórico de expansión comercial, que ha sido propuesto hace unos años por Curtin (1984) y que contempla en particular las formas dominantes de interrelación entre comunidades comerciales que tienen un origen común. Este modelo, denominado de «diáspora comercial», lo define Curtin como una red de comunidades especializadas, socialmente interdependientes, pero espacialmente dispersas, iniciada por minorías culturales que, con el tiempo, tienden a constituir una especie de monopolio sobre la sociedad indígena o anfitriona. Según esta teoría, el equilibrio del poder político y social habría sido necesariamente asimétrico con relación a los indígenas, en la medida en que el comerciante es un especialista y el indígena no.

En toda diáspora comercial habrían predominado la especialización mer-

cantil y la solidaridad de grupo, a través de mecanismos diversos que abarcarían desde lo que Curtin denomina comunidades comerciales autogobernadas, pacíficas y neutrales, hasta los imperios comerciales, dirigidos desde unos enclaves coloniales, verdaderas avanzadillas de la metrópoli, que detentan el control de un amplio territorio y del intercambio por la vía coercitiva. Un ejemplo de ello lo habrían constituido las colonias británicas y holandesas en Asia durante los siglos XVI-XVIII.

En cuanto a las relaciones internas entre los nódulos de una diáspora, existirían diversos grados de formalismo, desde unos vínculos mínimos, en base a la solidaridad que proporcionan una religión, una lengua y una cultura comunes, hasta las colonias establecidas como entidades políticas, controladas desde un poder colonial central —gobernador, virrey—, con capitalidad, a menudo, en el país de origen, desde donde actuaría una poderosa firma comercial.

Un ejemplo de evolución cualitativa de diáspora comercial sería la Liga Hanseática, cuya red comercial, iniciada por mercaderes de Colonia durante los siglos XII-XIII, dio lugar a prósperas ciudades independientes en el norte de Alemania y el Báltico durante los siglos XIV y XV.

En cualquier caso, desde la Antigüedad, los asentamientos surgidos a raíz de una diáspora comercial fueron centros especializados y multifuncionales, que llegaron a constituir una red interdependiente, que se nutría de las distintas relaciones de cada asentamiento con su entorno respectivo. Ello habría favorecido, lógicamente, un proceso de jerarquización funcional y, a la larga, un fenómeno de dependencia política de unos centros con relación a otros. Algo parecido debió producirse en la red comercial de Gadir o bien en la misma órbita de Cartago.

A pesar de su relativa autonomía, los centros de una diáspora comercial habrían dependido, de alguna forma, y siempre según el modelo de Curtin, de la metrópoli. Por ello, la desaparición y declive de una red comercial de estas características solían producirse cuando el comercio dejaba de ser importante para la metrópoli.

Modelos occidentales

Ya hemos visto cómo algunas categorías de establecimientos comerciales o coloniales atribuidos a los fenicios no se corresponden con la evidencia empírica en Occidente. Así, por ejemplo, el modelo de factoría comercial o emporio mercantil parece encajar con el carácter de los establecimientos de Andalucía oriental, pero no con establecimientos como Sulcis, que ejerció un control político y coercitivo sobre el *hinterland*.

Por el contrario, Gadir, que constituyó la metrópoli mercantil por excelencia en el extremo Occidente, es denominada por Diodoro *polis apoikos*, esto es, colonia, tras asegurar este autor que el objetivo de Tiro no fue la colonización, sino el comercio (Diodoro 25:10,1; 5:58,2-3; 5:74,1). Así, pues, las contradicciones ya surgen en época helenística y romana.

Por otra parte, se ha observado que el éxito de los fenicios en algunas regiones de Occidente favoreció la evolución de algunas bases o factorías iniciales, como Ibiza o Motya, hasta convertirse en auténticas ciudades y colonias. En este aspecto, el proceso evolutivo habría sido inverso al modelo griego: la colonización habría sucedido al comercio, y no el comercio a la colonización agrícola.

En Occidente se advierten varios modelos de integración fenicia en los distintos territorios ocupados, cuyas principales características vienen determinadas por sus propios orígenes sociopolíticos, por su función estratégica o por su relación con el territorio correspondiente de explotación económica. En esta valoración de conjunto, no podemos dejar de lado un aspecto que con frecuencia se olvida mencionar a la hora de tratar la expansión fenicia en el Mediterráneo: que a lo largo de toda su historia, la política comercial de Tiro mostró en ocasiones claras aspiraciones territoriales y expansionistas.

Conviene igualmente tener en cuenta que se desconoce la envergadura inicial de las principales colonias de Occidente. La evidencia nos demuestra que la inmensa mayoría se funda a lo largo del siglo VIII a.C. y que algunas de ellas, como las instalaciones del litoral de Málaga y Granada, acogieron desde el principio un contingente reducido pero bien organizado de población oriental. En todo caso, es entre el 720 y el 700 a.C. cuando se constata un crecimiento espectacular de las colonias occidentales, debido quizá a la llegada de una segunda oleada de colonos o bien a un crecimiento demográfico interno, que va a incidir claramente en su desarrollo y especialización. Hacia el 700 a.C. se crea el *tofet* de Cartago; Motya se convierte en un centro comercial e industrial de cierta categoría, y en Toscanos se levantan edificios administrativos e instalaciones mercantiles, con lo que se diversifican las funciones de esas colonias.

Entre las categorías coloniales de asentamiento destaca el modelo mercantil representado por Gadir. Gadir fue una metrópoli mercantil, fundada en función de los recursos de la Baja Andalucía —Tartessos—, con la que estableció un comercio directo. Este comercio estuvo tan centrado en los intereses de la oferta y la demanda, que generó al final un proceso de dependencia mutua entre fenicios e indígenas. Como proyección de la sociedad tiria y de su economía, la actividad mercantil de la colonia pudo estar controlada por poderosos comerciantes privados y agentes comisionados por el estado, cuya vinculación ideológica con las instituciones políticas de Tiro se establecía a través del templo de Melqart. Estos «príncipes mercaderes», a cargo de importantes flotas mercantes, operan tan pronto por cuenta propia como por cuenta del rey de Tiro, ya que, como se apuntó en el capítulo 3, en Tiro y otras ciudades fenicias, la esfera estatal y la privada se solapan. En cualquier caso, la economía de Tiro dependió de los éxitos conseguidos por su oligarquía mercantil en el exterior.

Gadir se limitó a crear zonas propias de explotación mercantil —Marruecos atlántico, Portugal, Orán, etc.— y controlar progresivamente la explotación y comercio de metales en el Bajo Guadalquivir. Las características de la sociedad tartésica, articulada en torno a comunidades densas y relativamente organizadas, determinaron el carácter y la función mercantil de Gadir. Efectivamente, Gadir no controló el *hinterland* tartésico, por cuanto que éste estaba ocupado

por una población ya desarrollada. Por esta razón, los únicos indicios que conocemos de sistemas defensivos o fortificaciones fenicias se circunscriben a la misma ciudad de Gadir.

El panorama de los establecimientos fenicios de Andalucía oriental resulta totalmente diferente. Las colonias de Toscanos, Morro de Mezquitilla y Almuñécar desarrollaron muy pronto una producción especializada y configuraron pequeñas unidades en el marco de un único y vasto territorio sumamente estratégico desde el punto de vista de las vías de comunicación con el interior. Las tumbas fenicias de Almuñécar, Lagos o Trayamar denotan la presencia de una pequeña pero poderosa clase social —mezcla de oligarquía mercantil y de terratenientes— que se especializa en la dirección de las expediciones comerciales y que, en algún caso, se organiza en firmas familiares.

La evidencia arqueológica demuestra que los establecimientos fenicios disponían de un *hinterland* rico en recursos agropecuarios y de excelentes vías de comunicación, pero escaso interés metalúrgico. La presencia de importantes centros indígenas situados en lugares estratégicos y dominando las principales rutas del comercio terrestre en el interior de las colonias sugiere que la fundación de estos establecimientos comerciales en la desembocadura de los principales ríos de la región tuvo que llevarse a cabo previo acuerdo con las comunidades locales del interior. Un ejemplo significativo lo constituye el mismo Toscanos, un enclave fenicio situado en el río Vélez, cuya desembocadura estaba dominada por un poblado del Bronce Final situado en un espolón sobre el río, en Vélez-Málaga, que constituye todavía hoy un paso obligado para acceder al desfiladero de Zafarraya y a las fértiles llanuras de la vega de Granada.

La ausencia generalizada de metales en el interior de las colonias de Málaga, Granada y Almería —a excepción de Villaricos, en el valle del Almazora— ha hecho que se plantearan explicaciones alternativas a la «expansión comercial» fenicia, explicaciones que, en muchos casos, resultan insuficientes o contradictorias. Se ha cuestionado la idea misma del comercio como factor motriz de la expansión fenicia a Occidente (López Castro, 1993, p. 60; González Wagner, 1993, p. 106), al pretender explicar la diáspora fenicia según el modelo griego, es decir, como un fenómeno de penetración territorial con vistas a la explotación agrícola y a aliviar la presión demográfica en Oriente (Whittaker, 1974). Basándose en una lectura errónea del registro arqueológico e ignorando el importante rol desempeñado por la componente indígena en la colonización fenicia de Occidente, se ha llegado a propugnar incluso la existencia de una colonización agrícola fenicia en Tartessos (González Wagner y Alvar, 1989).

La justa valoración estos últimos años del horizonte indígena del Bronce Final en todas aquellas regiones donde las fenicios fundaron sus establecimientos y colonias ha demostrado la inviabilidad del modelo de colonización agrícola propuesto por algunos historiadores y la importancia que adquiere el análisis de los sistemas de interacción a la hora de reconstruir la dinámica comercial y colonial fenicia en Occidente.

COMERCIO Y ESFERAS DE INTERACCION

Desde el estuario del Tajo hasta el Levante peninsular, los datos arqueológicos sugieren que en Occidente el comercio fenicio se orientó hacia aquellos territorios donde las comunidades indígenas ya controlaban desde hacía tiempo las redes regionales de intercambio. En general puede decirse que los fenicios se limitaron a intervenir, aprovechar y estimular unos circuitos comerciales preexistentes, por los que circulaban desde principios del primer milenio metales, materias primas y objetos manufacturados.

Para reconstruir la historia de los fenicios en Occidente no basta con analizar la arqueología de sus asentamientos y necrópolis, como si fueran sistemas cerrados o estáticos. La empresa occidental de Tiro se nos muestra como un fenómeno bastante heterogéneo, dinámico e interrelacionado con las sociedades indígenas implicadas, y muy lejos de los presupuestos teóricos tradicionales que, o bien reducen la diáspora fenicia a una mera aventura comercial, o bien intentan encasillarla dentro de unos esquemas «clásicos» preconcebidos.

Los indígenas de Occidente no fueron testigos silenciosos o agentes pasivos de este proceso histórico, sino que su participación fue tanto o más activa que la de los propios comerciantes orientales. No hay que olvidar que los fenicios tuvieron que adaptarse a unas condiciones geográficas, políticas y económicas preexistentes en las regiones que colonizaron. La historia de estos pueblos indígenas —los denominados «pueblos sin historia» (Wolf, 1987)— no fue más que una parte integrante de la historia fenicia en Occidente. Considerados durante mucho tiempo como pueblos «bárbaros» o «primitivos» frente a sus oponentes orientales civilizados, o como focos de subdesarrollo y periféricos frente al centro desarrollado —Tiro—, la evidencia arqueológica nos enseña que la colonización fenicia se dirigió precisamente a aquellos territorios de Occidente que, precisamente por disponer de un excedente de producción y de una larga experiencia en el comercio interregional, pudieron abastecer, sustentar y garantizar la continuidad del poder político de Tiro y de los grandes estados asiáticos.

Gracias a la expansión fenicia, las distintas regiones y poblaciones de la cuenca mediterránea quedaron por primera vez interconectadas en el marco de intensas redes de comunicación y de comercio, que vincularon como nunca lo habían hecho hasta entonces extensas zonas de producción y de abastecimiento con los grandes focos de demanda de materias primas.

A medida que las regiones productoras de Occidente se fueron especializando en la producción de determinadas mercancías o materias primas —plata en la región de Huelva, estaño, plomo y marfil en el área atlántica, grano en el interior de Málaga, objetos manufacturados o de desecho en el sureste y golfo de León, etc—, las comunidades indígenas fueron dependiendo cada vez más del comercio internacional, lo que probablemente acabó por alterar sus relaciones sociales y sus hábitos culturales. El rol desempeñado por los régulos indígenas, que sin duda supieron aprovechar su posición social para acumular riqueza, ampliar sus relaciones sociales, intensificar sus redes comerciales internas y consolidar sus prerrogativas políticas, favoreció a su vez la aparición

de relaciones de subordinación y de tributo que, a la larga, generaron importantes cambios sociales y económicos en las regiones del interior. Cómo funcionaron estos sistemas de interacción y de qué forma se integraron las redes interregionales de intercambio en el comercio fenicio son aspectos que deberá analizar la investigación futura.

Por último, queremos señalar que con este libro hemos pretendido solamente propiciar una nueva lectura del tema y proponer un marco teórico que incorpore nuevos instrumentos de análisis y aplique todo un conjunto de nuevas técnicas y métodos analíticos al estudio de la expansión fenicia. Son muchas las cuestiones que esperan respuesta y escasas todavía las excavaciones sistemáticas en los asentamientos fenicios. Faltan, entre otros, estudios sobre el patrón de asentamiento, que permitan conocer la evolución de las colonias y sus mecanismos de intercambio con el territorio ocupado, así como estudios de geomorfología, de antracología y de sedimentación, y estudios sobre índices de fertilidad y rendimiento de las tierras. Y faltan igualmente análisis cuantitativos sobre el contenido de las necrópolis y los *tofets* de Occidente, capaces de describir objetivamente los rasgos sociales e ideológicos de la sociedad colonial en Occidente. Sólo con la incorporación de una extensa gama de técnicas analíticas y estudios interdisciplinarios podremos ir más allá de esa arqueología tradicional basada exclusivamente en tipologías de artefactos y en la mera descripción de hallazgos.

Apéndice I

EL VIAJE DE UNAMÓN A FENICIA

AÑO V, IV MES DE LA III ESTACIÓN, DÍA 16: el día en que Un-Amón, Superior del Antepatio de la Casa de Amón [Señor de los Tronos] de los Dos Países, partió en busca de maderamen para la grande y augusta barca de Amón-Re, Soberano de los Dioses, que está en [el Río y que se llama:] «User-het-Amón». El día que llegué a Tanis, lugar [donde Ne-su-Ba-neb]-Ded y Ta-net-Amón estaban, les entregué las cartas de Amón-Re, Soberano de los Dioses, e hicieron (5) que se leyeran en su presencia. Y dijeron: «¡Sí haré lo que Amón-Re, Soberano de los Dioses, nuestro [Señor], ha dicho!». PASÉ EL IV MES DE LA III ESTACIÓN en Tanis. Y Ne-su-Ba-neb-Ded y Ta-net-Amón me despidieron con el capitán del barco Menget-bet, y me embarqué en el gran mar sirio EL I MES DE LA III ESTACIÓN, DÍA 1.

Arribé a Dor, ciudad de los tjeker, y Beder, su príncipe, hizo que me trajeran 50 panes, una jarra de vino (10) y una pata de buey. Y un hombre de mi barco huyó y robó una [vasija] de oro, [estimada] en 5 *deben*, cuatro jarras de plata, evaluadas en 20 *deben*, y un saco de 11 *deben* de plata. [Total de lo que] él [robó]: 5 *deben* de oro y 30 *deben* de plata.

Me levanté por la mañana y fui al lugar en que el príncipe estaba, y le dije: «Me han robado en vuestro puerto. Tú eres el príncipe de esta tierra, y tú eres el perquiridor que debería buscar mi plata. Esa plata pertenece a Amón-Re (15), Soberano de los Dioses, señor de los países; pertenece a Ne-su-Ba-neb-Ded; pertenece a Heri-Hor, mi señor, y a los otros grandes personajes de Egipto. Te pertenece; pertenece a Werret; pertenece a Mekmer; pertenece a Zakar Ba^{c}al, el Príncipe de Biblos».

Y él me dijo: «Seas importante o seas eminente, atiende: ¡No admito la acusación que me presentas! Supuesto que hubiera sido un ladrón de mi tierra el que fue a tu nave y robó tu plata, te hubiera compensado con mi tesoro hasta que hubiesen (20) hallado a ese ladrón tuyo, sea quien fuere. ¡Pero el ladrón que te robó te pertenece! ¡Pertenece a tu barco! Estate visitándome algunos días para que pueda buscarle».

Estuve nueve días anclado (en) su puerto, y fui a visitarle, y le dije: «Oye, no has encontrado mi plata. [Déja]me [ir] con los capitanes de barco y con aquellos que se van (al) mar». Pero él me dijo: «¡Calla! ...» ... Salí de Tiro al romper el día ... Zakar Ba^{c}al, el Príncipe de Biblos... (30) barco. Encontré 30 *deben* de plata en él y me apoderé de ellos. [Y dije a *los tjeker: «¡Me he adueñado de*] vuestra plata, y permanecerá conmigo [hasta que halléis mi plata o al ladrón] que la robó! Aunque vosotros no *hayáis robado, me la quedaré. Pero en lo que se refiere a vosotros ...». Se fueron, y yo*

saboreé mi triunfo [en] una tienda (plantada) en la orilla del [mar], (en) el puerto de Biblos. Y [oculté] a Amón-del-Camino y puse su propiedad en su interior.

Y el [Príncipe] de Biblos me envió un aviso, diciendo: «¡Sal [de (35) mi] puerto!». Y le respondí, diciendo: «¿Adónde [iré]? ... Si [*tienes un barco*] que me transporte, haz que me lleve de nuevo a Egipto». Así pasé veintinueve días en su [puerto, mientras] él [invertía] el tiempo en enviarme diariamente a decirme: «¡Sal (de) mi puerto!».

PUES BIEN, MIENTRAS OFRECÍA a sus dioses, el dios se apoderó de uno de sus jóvenes y lo poseyó. Y él le dijo: «¡Trae [*el*] dios! ¡Trae el mensajero que lo porta! (40) ¡Amón es quien le envió! ¡Es quien le hizo venir!». Y en tanto que el (joven) poseso tenía aquella noche el frenesí, yo había encontrado (ya) un barco con destino a Egipto y cargado en él cuanto tenía. Estaba al acecho de la oscuridad, pensando que en cuanto cerrase también trasladaría el dios a bordo, para que no le viera otro ojo, cuando el jefe del puerto me encontró y dijo: «Espera a mañana, así dice el Príncipe». Y yo le dije: «¿No eres tú, por ventura, quien pasa el tiempo viniendo a mí todos los días a decirme: "Sal (de) mi puerto"? ¿Me dices esta noche "Espera" (45) para que zarpe el barco que he hallado, y (después) vendrás de nuevo (a) decirme: ¡"Vete"!?». Por tanto, se fue y contólo al Príncipe. Y el Príncipe envió orden al capitán de la nave, diciendo: «Espera hasta mañana, así dice el Príncipe».

Cuando LLEGÓ LA MAÑANA, me mandó llamar y me hizo subir, pero el dios permaneció en la tienda, donde estaba, a orillas del mar. Y le hallé sentado (en) su habitación alta, dando la espalda a una ventana, de modo que las olas del gran mar sirio rompían contra la parte posterior (50) de su cabeza.

Y le dije: «¡*Favorézcate* Amón!». Pero él me dijo: «¿Cuánto tiempo hace hasta hoy que viniste del lugar en que se halla Amón?». Por lo tanto, le dije: «Cinco meses y un día hasta ahora». Y él me dijo: «¡Eres veraz. Bien está! ¿Dónde está la carta de Amón que (deberías tener) en la mano? ¿Dónde el mensaje del sumo sacerdote de Amón que (deberías tener) en la mano?». Y le hablé así: «Los di a Ne-su-Ba-neb-Ded y a Ta-net-Amón». Y se enfadó muy mucho, y me dijo: «¡Veamos! ¡Ni cartas ni mensajes tienes en la mano! ¿Dónde está el barco del cedro que Ne-su-Ba-neb-Ded te cedió? ¿Dónde (55) su tripulación siria? ¿No te entregó a ese capitán de barca extranjero para que te matase y arrojase al mar? (Entonces), ¿a quién hubieran encargado buscar el dios? Y tú también ... ¿a quién hubieran encargado buscarte?». Así me habló.

PERO YO LE DIJE: «¿Era o no una nave egipcia? ¡Pues bien, son egipcias las tripulaciones que navegan a las órdenes de Ne-su-Ba-neb-Ded! No tiene tripulaciones sirias». Y él me dijo: «¿Acaso no hay veinte barcos en mi puerto que comercian (*ḥubŭr*) con Ne-su-Ba-neb-Ded? En cuanto a esa Sidón (II 1), el otro (lugar) por el que pasaste, ¿no hay cincuenta barcos más en ella que comercian con Werket-El, y que dependen de su casa?». Y a esto estuve callado largo rato.

Y él respondió y me dijo: «¿Qué asuntos te traen?». Así le hablé: «Vine en busca de maderamen para la grande y augusta barca de Amón-Re, Soberano de los Dioses. ¡Tu padre (lo) hizo, (5) tu abuelo (lo) hizo y tú también lo harás!». Así le hablé. Pero él me dijo: «¡Ciertamente lo hicieron! Y si me das (algo) por ello, lo haré. En verdad, cuando mi gente cumplió ese encargo, el faraón —¡vida, prosperidad, salud!— envió seis naves cargadas de mercancías egipcias y las desembarcaron en los almacenes. Tú, ¿qué me traes tú de tu parte?». E hizo que presentaran los rollos de los anales de sus padres, y ordenó que los leyeran en mi presencia, y hallaron un millar de *deben* de plata y todo género de cosas en sus rollos.

(10) Por lo tanto, me dijo: «Si el gobernante de Egipto fuera mi señor, y yo fuera su siervo, no hubiera mandado plata y oro, diciendo: "¡Cumple el encargo de Amón!".

No transportarían una dádiva real, tal como solían hacer en el caso de mi padre. ¡En lo que me atañe, tampoco soy tu siervo! ¡Ni sirvo al que te envió! ¡Si grito al Líbano, los cielos se abren y los troncos descansan (en) la orilla del mar! ¡Dame (15) las velas que traes para impulsar tus barcos, que contendrán los troncos para (Egipto)! ¡Dame las cuerdas [que] traes [*para atar los*] troncos [*de cedro*] que debo talar para construir tu ... que hará para ti (como) las velas de tus naves, y los *remos* serán (demasiado) pesados y se quebrarán, y tú morirás en medio del mar! He aquí, Amón atronó en el firmamento al colocar a Seth junto a él! Pues bien, Amón (20), cuando estableció todos los países, al fundarlos asentó ante todo la tierra de Egipto, de donde tú vienes; pues las artes salieron de ella para llegar al sitio en que estoy. ¿Qué son esos estúpidos viajes que te obligan a efectuar?».

Y yo le dije: «¡No (es) cierto! ¡Mi diligencia no "son" estúpidos viajes! ¡No hay bajel en el Río que no pertenezca a Amón! ¡El mar es suyo, y el Líbano del que dices "¡Es mío!", suyo es. ¡Constituye (25) el *plantel* de User-het-Amón, señor de [todo] barco! Ciertamente, él habló —Amón-Re, Soberano de los Dioses— y dijo a Heri-Hor, mi señor: "¡Envíame!". Por ello me hizo venir, portando este gran dios. Pero he aquí, hiciste que este gran dios estuviera estos veintinueve días anclado (en) tu puerto, aunque tú (lo) ignorabas. ¿No está aquí? ¿No es el (mismo) que fue? Estás estacionado (aquí) para continuar el comercio del Líbano con Amón, su señor. ¡Sobre lo que dices que los reyes anteriores enviaron plata y oro, supón que hubiesen tenido vida y salud; (entonces) no hubieran hecho mandar tales cosas! (30) ¡(Pero) las mandaron a tus padres en lugar de vida y salud. En cambio, en cuanto a Amón-Re, Soberano de los Dioses, él es el señor de esa vida y de esa salud, y era el señor de tus padres. Dedicaron sus existencias a ofrendar a Amón. ¡Y tú, tú también eres siervo de Amón! Si dices a Amón: "Sí, (lo) haré!" y cumples su encargo, vivirás, serás próspero, estarás sano y serás causa de bienestar para toda tu tierra y tu pueblo. (Pero) no desees para ti nada perteneciente a Amón-Re (Soberano de) los Dioses. ¡Cómo, un león codicia su propiedad! Haz que venga tu secretario, para que (35) yo le despache a Ne-su-Ba-neb-Ded y Ta-net-Amón, *magistrados* que Amón designó en el norte de su tierra, y ordenarán el envío de toda clase de cosas. Lo mandaré para que les diga: "Tráigase hasta que yo regrese otra vez al sur, y tendré (entonces) ocasión de llevaros cada porción de deuda (que se os debe)"». Así le hablé.

Por lo tanto, confió mi carta a su mensajero, y cargó la *quilla*, la popa y la proa, amén de cuatro otros troncos debastados —siete en total— e hizo que se llevaran a Egipto. Y en el primer mes de la segunda estación, el mensajero que había ido a Egipto volvió a mí en Siria. Y Ne-su-Ba-neb-Ded y Ta-net-Amón enviaban: (40) 4 orzas y 1 *kak-men* de oro; 5 jarras de plata, 10 piezas de vestido de lino real; 10 *herd* de buen lino del Alto Egipto; 500 (rollos) de papiro refinado, 500 pieles de vaca; 500 cuerdas; 20 sacos de lentejas y 30 canastas de pescado. Y ella me remitió (personalmente): 5 piezas de vestido de buen lino del Alto Egipto; 5 *herd* de buen lino del Alto Egipto; un saco de lentejas y 5 canastas de pescado.

Y el Príncipe se regocijó, y destacó trescientos hombres y trescientas bestias, nombró supervisores al frente de ellos, para que talasen los árboles. Por lo tanto, los derribaron y estuvieron allí la segunda estación.

En el tercer mes de la tercera estación los arrastraron (a) la orilla del mar, y el Príncipe compareció y se detuvo junto a ellos. Y me mandó llamar (45), diciendo: «¡Ven!». Cuando me presenté a él, la sombra de su flor de loto cayó sobre mí. Y Pen-Amón, un mayordomo que le pertenecía, me atajó, diciendo: «La sombra del faraón —¡vida, prosperidad, salud—, tu señor, te ha cubierto». Pero se enfadó con él y dijo: «¡Déjale en paz!».

Por tanto, me acerqué a él, y respondió y me dijo: «¡He aquí, el encargo que mis padres cumplieron antaño, yo lo he cumplido (también), aunque no has hecho para mí lo que tus padres hubieran hecho, y que tú (debiste realizar)! He aquí, la última parte de tu maderamen ha llegado y está (ahí). Contenta mi deseo y cárgalo: ¿acaso no te lo darán? (50) ¡No contemples el terror del mar! ¡Si contemplas el terror del mar, verás el mío (asimismo)! En verdad, no obré contigo lo que hice a los mensajeros de Ha-em-Waset, que pasaron diecisiete años en esta tierra: ¡murieron (donde) estaban!». Y dijo a su mayordomo: «Tómale y muéstrale la *tumba* en que yacen».

Pero le dije: «¡No me la enseñes! En cuanto a Ha-em-Waset, te envió hombres por mensajeros, y él mismo era hombre. No tienes uno de sus mensajeros (en mí), al que digas: "¡Anda a ver a tus compañeros!". Ahora bien, deberías regocijarte (55) y ordenar que [se hiciera] una estela para ti, diciendo en ella: "Amón-Re, Soberano de los Dioses, me envió Amón-del-Camino, su mensajero ¡[vida], prosperidad, salud! y Un-Amón, su mensajero humano, en busca de maderamen para la grande y augusta barca de Amón-Re, Soberano de los Dioses". La talé. La transporté. La suministré con mis barcos y mis tripulaciones. Hice que arribaran a Egipto, a fin de suplicar cincuenta años de vida a Amón para mí mismo, sobre y por encima de mi hado. Y acaso ocurra que, al cabo del tiempo, llegue un mensajero de la tierra de Egipto que conozca la escritura, y que lea tu nombre en la estela. ¡Y tú recibirás agua (en) el Oeste, como los dioses que están (60) allí!».

Y él me dijo: «¡Lo que me has dicho es un gran testimonio de palabras!». Así le dije: «Referente a lo mucho que me dijiste, si llego al lugar donde el sumo sacerdote de Amón está y ve cómo (cumpliste este) encargo, será (el cumplimiento de este) encargo (lo que) *obtendrá* algo para ti».

Y fui (a) la orilla del mar, al sitio en que estaba la madera, y divisé once naves de los tjeker aportando del mar, con el propósito de decir: «¡Prendedle! ¡Impedid que un barco suyo (vaya) a la tierra de Egipto!». Entonces me senté y lloré. Y el escriba epistolar del Príncipe vino hacia mí (65) y me dijo: «¿Qué tienes?». Y le dije: «¿No has visto que los pájaros bajan a Egipto por segunda vez? ¡Míralos! ¡Cómo viajan hacia los frescos estanques! (Pero), ¡cuánto tiempo estaré yo aquí! ¿No adviertes que ésos vienen de nuevo a prenderme?».

Por lo tanto, se fue a referirlo al Príncipe. Y el Príncipe rompió a llorar a causa de las palabras que se le dijeron, porque eran dolorosas. Y me envió su escriba epistolar, y me trajo dos jarras de vino y un carnero. Y me envió Ta-net-Not, cantora egipcia que estaba con él, diciendo: «¡Canta para él! ¡No permitas que su corazón se acongoje!». Y me envió (70) a decir: «¡Come y bebe! No permitas que tu corazón se acongoje, pues mañana oirás lo que tengo que decir».

Llegada la mañana, convocó su asamblea, y se irguió en medio de ella, y dijo a los tjeker: «¿(Para) qué vinistéis?». Y ellos le dijeron: «¡Vinimos a perseguir los *malditos* barcos que tú envías a Egipto con nuestros adversarios!». Pero él les dijo: «No puedo prender al mensajero de Amón dentro de mi tierra. Dejad que le despida, y perseguidle y apresarle».

Por lo tanto, me embarcó y me despidió desde el puerto de mar. Y el viento me arrojó a la tierra (de) Alashiya. Y los de la ciudad salieron a matarme, pero *me abrí paso* entre ellos hasta el lugar en que Heteb, princesa de la ciudad, estaba. La encontré cuando salía de una de sus casas y entraba en otra.

Así pues, la saludé y dije a la gente que había a su alrededor: «¿Ninguno de vosotros entiende el egipcio?». Y uno de ellos dijo: «Yo (lo) entiendo». Por lo tanto, le dije: «Comunica a mi señora que oí, en la lejana Tebas, donde Amón se halla, que la injusticia

se perpetra en todas las ciudades, pero, en cambio, que en el país de Alashiya se hace justicia. Pero, ¡aquí se cometen injusticias a diario!». Y ella dijo: «¡Cómo! ¿Qué (significan) (80) tus palabras?». Y le dije: «Si el mar está revuelto y el viento me lanza a tu tierra, no debiste consentir que me *prendieran* para matarme, pues soy un mensajero de Amón. ¡Oye, en cuanto a mí, me buscarán siempre para asesinarme! En cuanto a esta tripulación del Príncipe de Biblos que se disponen a matar, ¿no hallará su señor diez tripulaciones tuyas, que él matará?».

Ella convocó al pueblo, el cual se reunió. Y me dijo: «Pasa la noche ...».

(El papiro se interrumpe en este punto. Es lícito colegir que Unamón regresó a Egipto salvo o acompañado del éxito, puesto que la narración se relata en primera persona.)

Apéndice II

ORÁCULOS CONTRA TIRO

ISAÍAS

Libro 23: Oráculo sobre Tiro

23. [1]Oráculo sobre Tiro
Lamentaos naves de Tarshish;
vuestro puerto está destruido.
A la vuelta de la tierra de Kittim
les dieron la noticia.
[2]Los habitantes de las costas del mar están estupefactos.
El mercader fenicio que atraviesa los mares,
[3]cuyos mensajeros van sobre la muchedumbre de las aguas,
cuya cosecha era el trigo de Sijor,
cuya ganacia la feria de los pueblos.
[4]Avergüénzate, Sidón, pues el mar te dice: No has sido madre, no has parido,
no has criado hijos,
no has educado hijas.
[5]Cuando el Egipto sepa la noticia,
temblarán al conocer la caída de Tiro.
[6]Idos a Tarshish, lamentaos,
moradores de la costa.
[7]¿Es ésta vuestra ciudad alegre,
la del antiguo origen,
que iba por sus pies
a lejanas regiones para morar en ellas?
[8]¿Quién decretó tal cosa
contra Tiro, la coronada,
cuyos mercaderes eran príncipes, cuyos traficantes eran los más grandes de la tierra?
[9]Yavé Sebaot lo decretó
para abolir la soberbia orgullosa,
para humillar del todo a los grandes de la tierra.
[10]Vete a tu tierra, hija de Tarshish,
que tu puerto no existe ya.
[11]Yavé tendió su mano sobre el mar,

e hizo temblar a los reinos,
y ordenó la destrucción
de las fortalezas de Canán.
12Dijo: No te regocijes,
Fenicia, virgen deshonrada.
Levántate y vete a la tierra de Kittim,
que ni aun allí habrá reposo para ti.
13Mira la tierra de los caldeos,
que han entregado El a fieras salvajes:
alzaron sus torres, edificaron sus palacios,
pero El los convirtió en ruinas.
14Lamentaos, naves de Tarshish,
que vuestro puerto ha dejado de existir.
15Sucederá aquel día que Tiro quedará olvidada setenta años, los años de la vida de un rey; y al cabo de setenta años será Tiro como dice el canto de la cortesana:
16Coge la cítara
y recorre la ciudad,
ramera olvidada;
toca lo mejor que sepas
y canta bien alto, a ver si se acuerdan de ti.
17Y al cabo de setenta años visitará Yavé a Tiro, y ésta recibirá de nuevo su merced, y se prostituirá a todos los reinos del mundo sobre la superficie de la tierra,
18pero su merced y sus ganancias serán consagradas a Yavé; no serán guardadas ni atesoradas, sino que serán para los que habitan ante Yavé, para nutrirlos abundantemente y vestirlos con esplendor.

EZEQUIEL

Libro 26: Contra Tiro

1El año undécimo, el día primero del mes, me vino
esta palabra de Yavé:
2Hijo de hombre:
Por haber dicho Tiro de Jerusalén
«¡Ya está rota la Puerta de los pueblos!
ha caído en mi poder:
en ella cebaré mi espada»,
3por eso, así dice el Señor, Yavé:
Aquí estoy, Tiro contra ti;
levanto contra ti naciones numerosas
igual que el mar levanta su oleaje.
4Demolerán las murallas de Tiro,
derribarán sus baluartes;
raeré su solar
convirtiéndola en roca pelada.
5Será tendedero de redes
en medio del mar,
porque he hablado yo,

—oráculo del Señor, Yavé—.
6Será botín de las naciones
y sus poblados del campo
serán pasados a cuchillo;
y sabrán que yo soy el Señor, Yavé.
7Porque esto dice el Señor, Yavé:
Yo traigo contra Tiro desde el norte
a Nabucodonosor, rey de Babilonia,
rey de reyes,
con caballos y carros y jinetes
y un ejército de tropa numerosa.
8Pasará por la espada
a tus poblados del campo.
Armará contra ti torres de asalto,
contra ti elevará terraplenes,
contra ti montará testudos.
9Con arietes batirá tus murallas
y abatirá a hachazos tus baluartes.
10Te envolverá la polvareda
de sus escuadrones de caballos.
El estrépito de las caballerías
y el rodar de tus carros
hará que trepiden tus murallas,
cuando entre por tus puertas
como se entra en ciudad desportillada.
11Con los cascos de sus caballos
irá hollando tus calles.
Pasará por la espada a tus vecinos,
se desplomarán tus robustos pilares.
12Harán botín de tus tesoros
y saquearán tus mercancías,
Derruirán tus murallas
y destruirán tus suntuosos edificios.
Arrojarán en medio del mar
tus piedras y tu madera y tus escombros.
13Haré cesar el bullicio de tus canciones
y no se escuchará el acompañamiento de tus cítaras.
14Te convertiré en roca pelada, serás tendedero de redes.
No la reedificarán,
que yo, el Señor, he hablado,
—oráculo del Señor, Yavé.
15Esto dice el Señor, Yavé:
Tiro, al estruendo de tu derrumbamiento,
con el gemido de tus alanceados
y la matanza de tus víctimas en medio de ti,
las islas temblarán.
16Bajarán de sus tronos
todos los príncipes del mar,
se despojarán de sus mantos

y se quitarán sus ropajes bordados;
se vestirán de terror
y se sentarán en el suelo;
se estremecerán sobresaltados,
espantados de ti.
17 Te entonarán esta elegía:
«¡Cómo ha sucumbido,
desbaratada por el mar,
la ciudad famosísima!
Era más fuerte que el mar,
ella y sus jefes;
qué terror infundían ella y sus jefes;
18 ahora se estremecen las islas
al derrumbarte tú,
y las costas del mar se horrorizan
de tu desenlace».
19 Porque esto dice el Señor, Yavé:
Cuando yo te convierta en ciudad arrasada,
igual que las ciudades despobladas;
cuando levante contra ti al océano
y te cubran las aguas caudalosas,
20 te precipitaré con los que bajan a la fosa,
los pobladores del pasado;
pondré tu domicilio en el fondo de la tierra;
en las ruinas perpetuas, con los que bajan a la fosa para que no vuelvas a reinar
ni a adornar la tierra de los vivos.
21 Te convertiré en espanto,
dejarás de existir;
te buscarán pero no darán contigo
nunca jamás,
—oráculo del Señor, Yavé.

Libro 27: Contra Tiro II

1 Me vino esta palabra de Yavé:
2 Y tú, hijo de hombre, entona una elegía a Tiro:
3 Di:
¡Oh Tiro, princesa de los puertos,
mercado de innumerables pueblos costeros,
esto dice el Señor:
Tiro, tú decías:
«Yo soy de perfecta hermosura».
4 Tu dominio era el corazón del mar,
tus armadores dieron remate a tu belleza;
5 con abetos de Senir armaron
todo tu maderaje;
cogieron cedro del Líbano
para erigir tu mástil;

6con robles de Basán,
fabricaron tus remos;
tus bancos son de boj
de las islas de Kittim,
taraceado de marfil;
7tus velas, de lino bordado de Egipto,
eran tu estandarte;
de grana y púrpura de las costas de Elishah
era tu toldilla.
8Vecinos de Sidón y Arvad
eran tus remeros,
hombres expertos de Tiro
eran tus timoneles;
9veteranos expertos de Biblos,
tenías de calafateadores;
todas las naves del mar y sus marineros
traficaban contigo;
10tenías alistados en tu ejército
guerreros persas, lidios y libios;
escudo y yelmo colgaban en ti,
te engalanaban con ellos.
11Los de Arvad y Jelek estaban en tus murallas,
los de Gamad en tus baluartes;
en tus murallas colgaban sus rodelas,
dando remate a tu belleza.
12Tarshish comerciaba contigo, por tu opulento comercio;
plata, hierro, estaño y plomo te daba a cambio.
13Jawan, Tubal y Meshek comerciaban contigo;
con esclavos y objetos de bronce te pagaban.
14Los de Bet Togarma te daban a cambio caballos, jinetes y mulos.
15Los hijos de Rhode comerciaban contigo;
muchos pueblos costeros sometidos te ofrecían colmillos de marfil y madera de ébano.
16Edom negociaba contigo por tu abundante manufactura;
granate, púrpura, bordados, hilo, corales y rubíes te daba a cambio.
17Judá y la tierra de Israel comerciaban contigo;
con trigo de Menit, rosquillas, miel, aceite y bálsamo te pagaban.
18Damasco acudía a tu mercado —por tu abundante manufactura, por tu opulento
comercio—, con vino de Helbón y lana de Sajar.
19De Uzal traían a tu feria hierro forjado, canela y caña
aromada como pago.
20Dedán comerciaba contigo con mantas de montar.
21Arabia y los príncipes de Cadar negociaban contigo;
en borregos, carneros y machos cabríos negociaban.
22Los mercaderes de Sheba y Ramá comerciaban contigo;
te daban a cambio los mejores perfumes, piedras preciosas y oro.
23Harrán, Kanneh y Edén, Assur y Kilmad comerciaban contigo;
24comerciaban contigo en objetos primorosos,
mantos bordados de granate; tejidos preciosos,
recias maromas retorcidas; en esto comerciaban contigo.

25Naves de Tarshish transportaban tus mercancías;
Te henchiste y pesabas demasiado en el corazón del mar;
26en alta mar te engolfaron tus remeros;
viento solano te desmanteló en el corazón del mar;
27tu riqueza, tu comercio, tus mercancías,
tu marinería y tus pilotos, tus calafateadores
y tus mercaderes y tus guerreros,
toda tu tripulación de a bordo
naufragarán en el corazón del mar, el día de tu naufragio.
28Al grito de auxilio de tus pilotos
retumbará el espacio;
29saltarán de sus naves cuantos empuñan remo,
marineros y capitanes para quedarse en tierra.
30Se escucharán sus gritos, gimiendo amargamente por ti;
se echarán ceniza en la cabeza, se revolcarán en el polvo.
31Se raparán por ti, se vestirán de saco;
llorarán por ti amargamente con duelo amargo.
32Te entonarán una elegía fúnebre, te cantarán lamentos:
«¿Quién como Tiro, sumergida en el seno del mar?».
33Al desembarcar tus mercancías, hartabas a muchos pueblos;
con tu opulento comercio enriquecías a reyes de la tierra.
34Ahora estás desmantelada en los mares, en lo hondo del mar;
cargamento y tripulación naufragaron a bordo.
35Los habitantes de las costas se espantan ante ti;
y sus reyes se consternan, demudado el rostro.
36Los mercaderes de los pueblos silban por ti;
¡siniestro desenlace!, dejarás de existir para siempre.

Libro 28: Contra el rey de Tiro

1Me vino esta palabra del Señor, Yavé:
2Hijo de hombre, di al príncipe de Tiro:
Esto dice el Señor, Yavé:
Se hinchó tu corazón y dijiste: «Soy Dios,
entronizado en solio de dioses en el corazón del mar»,
tú que eres hombre y no dios; te creías listo como los dioses;
3¡Si eres más sabio que Daniel!; ningún enigma se te resiste
4Con tu talento, con tu habilidad, te hiciste una fortuna;
acumulaste oro y plata en tus tesoros.
5Con agudo talento de mercader, ibas acrecentando tu fortuna;
y tu fortuna te llenó de presunción.
6Por eso, así dice el Señor, Javé:
por haberte creído sabio como los dioses,
7por eso traigo contra ti bárbaros pueblos feroces;
desenvainarán la espada contra tu belleza y tu sabiduría,
profanando tu esplendor.
8Te hundirán en la fosa, morirás con muerte ignominiosa
en el corazón del mar.

9Tú que eres hombre y no dios, ¿osarás decir: «Soy Dios»,
delante de tus asesinos en poder de los que te apuñalen?
10Morirás con muerte de incircunciso, a manos de bárbaros.
Yo lo he dicho —oráculo del Señor, Yavé.
11Me vino esta palabra del Señor, Yavé:
12Hijo de hombre, entona una elegía al rey de Tiro:
Así dice el Señor, Yavé:
Eras cuño de perfección, colmo de la sabiduría, de acabada belleza;
13estabas en un jardín de dioses revestido de piedras preciosas:
cornalina, topacio y aguamarina, crisolito, malaquita y jaspe,
zafiro, rubí y esmeralda;
de oro afiligranado tus zarcillos y dijes,
preparados el día de tu creación.
14Te puse junto a un querube protector de alas extendidas.
Estabas en la montaña sagrada de los dioses,
entre piedras de fuego te paseabas.
15Era irreprensible tu conducta desde el día de tu creación
hasta que se descubrió tu culpa.
16A fuerza de hacer tratos, te ibas llenando de atropellos y pecabas.
Te desterré entonces de la montaña de los dioses
y te expulsó el querube protector de entre las piedras de fuego.
17Te llenó de presunción tu belleza y tu esplendor te trastornó el sentido;
te arrojé por tierra, te hice espectáculo para los reyes.
18Con tus muchas culpas, con tus sucios negocios,
profanaste tu santuario;
hice brotar de tus entrañas fuego que te devoró;
te convertí en ceniza sobre el suelo, a la vista de todos.
19Tus conocidos de todos los pueblos se espantaron de ti;
¡siniestro desenlace!; para siempre dejaste de existir.

Apéndice III

LAS DATACIONES RADIOMÉTRICAS

La cronología convencional del I milenio a.C. y, en particular, de la colonización fenicia, se basa esencialmente en tres tipos de fuentes de información interrelacionados: las dataciones establecidas por los historiadores clásicos, las fechas que proporciona la cerámica griega tardogeométrica, geométrica y arcaica a partir de la cronología establecida para las colonias griegas de la Magna Grecia, y las secuencias tipológicas de algunas cerámicas fenicias —platos de barniz rojo, ánforas, etc.—, datadas a su vez a través de la cerámica griega de importación —cerámica protocorintia, euboica, greco-oriental y ática— en las colonias fenicias de Occidente. Faltan, en consecuencia, dataciones absolutas o de calendario para fijar con mayor rigurosidad los acontecimientos y existen serias dudas acerca de la viabilidad de datar un proceso histórico de esa envergadura exclusivamente a través de objetos importados, cuya cronología ajustada plantea desde hace tiempo algunas contradicciones (cf. Saltz, 1978; Manning y Weninger, 1992; James, 1993).

La datación por carbono 14 y su posterior calibración dendrocronológica constituye una de las técnicas instrumentales más importantes para determinar la cronología en Prehistoria. Para el I milenio a.C., las dataciones radiométricas no presentan en la actualidad mayores problemas que aquellos derivados de una extracción incorrecta de las muestras, de la contaminación de esas mismas muestras o bien de un contexto arqueológico no controlado. El método del C-14 y su calibración por dendrocronología ofrece, cuanto menos, una precisión temporal muy superior a la de los métodos convencionales de datación, como son el método arqueológico-estratigráfico o el tipológico. Hoy por hoy, sólo la dendrocronología proporciona el marco de referencia o factor de corrección necesarios para transformar las dataciones de C-14 en fechas reales o de calendario. Para ello, las mediciones realizadas sobre los anillos de crecimiento de ciertos árboles —roble, pino, sequoia— no sólo han confirmado la existencia de variaciones importantes en los niveles de C-14 en la atmósfera en tiempos pasados, sino que han permitido por primera vez en los años setenta y ochenta establecer curvas de calibración o representaciones gráficas de las dataciones obtenidas a partir de muestras de árboles de diferentes edades, comparándolas con sus edades reales o calendáricas.

Entre las tablas de calibración, la curva de alta precisión más aceptada internacionalmente es la de Pearson y Stuiver (1986), que viene a reafirmar los acuerdos suscritos a raíz de los últimos Congresos internacionales dedicados al C-14 y que tiene valor universal, al combinar los datos dendrocronológicos obtenidos en Estados Unidos con los procedentes de mediciones europeas.

YACIMIENTO	REGIÓN	FASE	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO
Morro de Mezquitilla	Málaga litoral	fenicio	nivel fenicio más antiguo, fosa VIII
Morro de Mezquitilla	Málaga litoral	fenicio	nivel fenicio más antiguo, B1
Morro de Mezquitilla	Málaga litoral	fenicio	nivel superior B1a, hornos 3 y 4
Morro de Mezquitilla	Málaga litoral	fenicio	nivel superior B1a, hornos 3 y 4
Morro de Mezquitilla	Málaga litoral	fenicio	final nivel B2
Morro de Mezquitilla	Málaga litoral	púnico	nivel C, corte 13
Morro de Mezquitilla	Málaga litoral	púnico	nivel C, corte 13
Toscanos	Málaga litoral	fenicio	nivel I
Toscanos	Málaga litoral	fenicio	nivel IVa
Toscanos	Málaga litoral	fenicio	casas E y G
Jardín	Málaga litoral	púnico	tumba 22
Jardín	Málaga litoral	púnico	tumba 8
Acinipo	Málaga interior	orientalizante	cabaña circular
Acinipo	Málaga interior	orientalizante	sobre casas circulares y rectangulares
Acinipo	Málaga interior	orientalizante	sobre casas circulares y rectangulares
Cerro de la Mora	vega de Granada	orientalizante	capa 42, fase Ib-II
Cerro de la Mora	vega de Granada	orientalizante	tabla 3, fase Ib-II
Cerro de la Mora	vega de Granada	orientalizante	capa 9, fase Ib-II
Cerro de los Infantes	vega de Granada	orientalizante	?
Peña Negra	sureste	orientalizante	fase II, nivel IE, área A3, sector VII
Peña Negra	sureste	orientalizante	fase II, casa perfil bulldozer, sector VII
Peña Negra	sureste	orientalizante	fase II, nivel inferior megaron. Corte 1
Peña Negra	sureste	orientalizante	fase II, nivel IC-D, área B1, sector VII
Peña Negra	sureste	orientalizante	fase II, nivel I, área D-4, sector IB
Peña Negra	sureste	orientalizante	fase II, nivel IAB, área A1, sector VII
Aldovesta	bajo Ebro	orientalizante	?
Setefilla	bajo Guadalquivir	orientalizante	poblado, corte 3, estrato XIIA
Setefilla	bajo Guadalquivir	orientalizante	poblado, corte 3, estrato IX
Medellín	Extremadura	orientalizante	poblado
Medellín	Extremadura	orientalizante	poblado
Medellín	Extremadura	orientalizante	poblado
Medellín	Extremadura	orientalizante	necrópolis, área 3A, conjunto 8
Medellín	Extremadura	orientalizante	necrópolis, fase 1, conjunto 11
Medellín	Extremadura	orientalizante	necrópolis, fase I, encachado I
Medellín	Extremadura	orientalizante	necrópolis, fase II, conjunto 12
Medellín	Extremadura	orientalizante	necrópolis, fase II, conjunto 20
Medellín	Extremadura	orientalizante	necrópolis, fase II, conjunto 3
Medellín	Extremadura	orientalizante	necrópolis, fase II, conjunto 3
Medellín	Extremadura	orientalizante	necrópolis, fase II, conjunto 20
Medellín	Extremadura	orientalizante	necrópolis, fase III, conjunto 9c
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	habitación 5
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	?
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	patio oriental, pavimento
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	habitación 6
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	sector 3
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	sector 3
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	sector 3
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	habitación 8
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	sector 3
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	habitación 8
Cancho Roano	Extremadura	orientalizante	sector 3
Alcáçova de Santarém	Estremadura port.	orientalizante	fase I
Alcáçova de Santarém	Estremadura port.	orientalizante	fase II
Quinta do Almaraz	estuario del Tajo	orientalizante	?
Quinta do Almaraz	estuario del Tajo	orientalizante	?
Rocha Branca	Algarve	orientalizante	nivel inferior
Rocha Branca	Algarve	orientalizante	nivel inferior
Rocha Branca	Algarve	orientalizante	nivel inferior
Rocha Branca	Algarve	orientalizante	nivel inferior

MUESTRA	LABORATORIO	C-14 (BP)	INTER. PROBAB.	INTERSECCIÓN	BIBLIOGRAFÍA
madera	B-4178	2750±50	919-826	cal BC 894-835	Schubart, 1983, p. 130
?	?	2640±30	815-790	cal BC 801	Schubart, 1982, pp. 81-82
?	B-4181	3160±50	1459-1374	cal BC 1429-1411	Schubart, 1983, p. 130
?	B-4180	2570±50	804-588	cal BC 786	Schubart, 1983, p. 130
?	B-4175	2560±50	799-588	cal BC 771	Schubart, 1983, p. 130
madera	B-4173	2360±40	517-361	cal BC 399	Schubart, 1983, p. 130
madera	B-4174	2340±50	413-354	cal BC 395	Schubart, 1983, p. 130
madera	H-2276-1766	2620±140	902-751	cal BC 795	Almagro Gorbea, 1970, p. 23
madera	KN-?	2580±120	827-519	cal BC 788	Almagro Gorbea, 1972, p. 233
madera	KN-?	2270±120	413-156	cal BC 362-363	Almagro Gorbea, 1972, p. 233
carbón	GrN-6831	2500±35	659-519	cal BC 759-453	Almagro Gorbea, 1976, p. 312
carbón	GrN-6830	2415±30	691-401	cal BC 409	Almagro Gorbea, 1976, p. 312
carbón	I-?	2770±90	974-825	cal BC 899	Aguayo *et al.*, 1989, p. 311
carbón	I-?	2650±90	919-758	cal BC 804	Aguayo *et al.*, 1989, p. 311
carbón	I-?	2640±180	942-516	cal BC 801	Aguayo *et al.*, 1989, p. 311
carbón	UGRA-235	2740±90	944-801	cal BC 890-833	González *et al.*, 1987, p. 384
carbón	UGRA-231	2670±100	943-760	cal BC 809	González *et al.*, 1987, p. 384
carbón	UGRA-232	2670±90	938-763	cal BC 809	González *et al.*, 1987, p. 384
?	UGRA-111	2580±140	829-516	cal BC 788	González *et al.*, 1985, p. 611
carbón	GaK-9773	3200±120	1564-1368	cal BC 1449	González Prats, 1983, p. 292
carbón	GaK-9774	2810±140	1109-811	cal BC 970-925	González Prats, 1983, p. 292
carbón	CSIC-392	2570±50	804-588	cal BC 786	González Prats, 1983, p. 290
carbón	CSIC-412	2350±50	483-357	cal BC 397	González Prats, 1983, p. 291
carbón	CSIC-414	2280±50	392-231	cal BC 376-265	González Prats, 1983, p. 291
huesos	CSIC-454	2200±50	355-196	cal BC 347-206	González Prats, 1983, p. 291
carbón	UBAR-90	2360±60	519-358	cal BC 399	Mestres *et al.*, 1991, p. 359
carbón	I-11068	2560±125	809-517	cal BC 771	Aubet *et al.*, 1983, p. 49
carbón	I-11067	2490±90	764-516	cal BC 757-450	Aubet *et al.*, 1983, p. 49
carbón	CSIC-84b	2290±110	429-167	cal BC 382	Almagro Gorbea, 1978, p. 168
carbón	CSIC-84	2280±110	414-165	cal BC 376-265	Almagro Gorbea, 1978, p. 168
carbón	CSIC-85	2280±110	414-165	cal BC 376-265	Almagro Gorbea, 1978, p. 168
madera	CSIC-36	2550±110	801-519	cal BC 769	Almagro Gorbea, 1970, p. 24
madera	CSIC-86	2500±110	769-516	cal BC 759-453	Almagro Gorbea, 1977, p. 391
carbón	CSIC-52	2490±110	765-515	cal BC 757-450	Almagro Gorbea, 1977, p. 391
madera	CSIC-87	2490±110	765-515	cal BC 757-450	Almagro Gorbea, 1977, p. 391
carbón	CSIC-51	2480±110	762-500	cal BC 755-448	Almagro Gorbea, 1977, p. 391
carbón	CSIC-49	2450±110	759-457	cal BC 670-429	Almagro Gorbea, 1977, p. 391
madera	CSIC-35	2440±110	758-457	cal BC 499-413	Almagro Gorbea, 1970, p. 24
carbón	GrN-6170	2420±35	698-457	cal BC 476-410	Almagro Gorbea, 1977, p. 391
?	CSIC-50	2380±110	758-360	cal BC 403	Almagro Gorbea, 1977, p. 391
carbón	UBAR-19	2720±100	973-791	cal BC 830	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
carbón	UBAR-18	2710±100	973-788	cal BC 828	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
carbón	UBAR-9	2650±70	900-764	cal BC 804	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
carbón	UBAR-8	2620±100	845-587	cal BC 795	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
carbón	UBAR-22	2520±120	790-516	cal BC 763-593	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
carbón	UBAR-23	2500±100	768-516	cal BC 759-453	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
carbón	UBAR-29	2470±100	760-480	cal BC 753-435	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
carbón	UBAR-17	2450±60	757-459	cal BC 670-429	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
carbón	UBAR-14	2440±90	757-459	cal BC 499-413	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
carbón	UBAR-27	2360±100	755-354	cal BC 399	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
trigo	UBAR-37	2330±90	519-116	cal BC 393	Mestres *et al.*, 1991, pp. 355-356
carbón	ICEN-532	2640±50	831-769	cal BC 801	Arruda, 1993, p. 198
carbón	ICEN-525	2470±70	759-497	cal BC 753-435	Arruda, 1993, p. 200
huesos	ICEN-926	2660±50	834-787	cal BC 807	Barros *et al.*, 1993, p. 167
conchas	ICEN-914	2640±50	831-769	cal BC 801	Barros *et al.*, 1993, p. 167
carbón	?	3010±45	1315-1208	cal BC 1256-1134	Varela Gomes, 1993, p. 83
carbón	?	2650±60	837-767	cal BC 804	Varela Gomes, 1993, p. 83
carbón	?	2570±45	803-589	cal BC 786	Varela Gomes, 1993, p. 83
madera	?	2450±45	756-460	cal BC 670-429	Varela Gomes, 1993, p. 83

En este caso hemos efectuado la calibración dendrocronológica de las fechas de C-14 de acuerdo con la curva de alta precisión de Pearson y Stuiver, según el programa CALIB (*Radiocarbon Calibration Program*) 3.0.3c (Mac Test Version 9), que nos ha facilitado amablemente Paula J. Reimer, de la Universidad de Washington. Dicho programa ha sido realizado y puesto a punto por la Universidad de Washington (Seattle), sobre la base del programa diseñado por Stuiver y Reimer (1986), revisado en 1993 (Stuiver y Reimer, 1993; Stuiver y Becker, 1993), que convierte las dataciones radiocarbónicas convencionales en fechas calibradas calendáricas.

La curva de calibración presenta diversas sinuosidades, que hacen que toda fecha de C-14 lleve siempre asociado su valor de probabilidad. La calibración obtenida corresponde a la intersección de la fecha convencional en la curva de calibración. En ocasiones se producen varias intersecciones en la sinuosidad de la curva y la fecha real se obtiene según el intervalo de probabilidad relacionado (1 o 2 sigmas de la curva de calibrado).

Aunque disponemos de un número muy reducido de fechas absolutas para la colonización fenicia, consideramos que ha llegado el momento de reunirlas y establecer una base de referencia más rigurosa para futuras discusiones sobre la cuestión. Las fechas convencionales de C-14 se expresan en años BP (*Before Present*), en tanto que la edad calibrada se expresa en años cal BC (*Before Christ*).

En este apartado reunimos únicamente las fechas radiométricas de la Península Ibérica, que constituyen hoy por hoy el conjunto más numeroso de todo el Mediterráneo en lo que concierne a la colonización fenicia. Un grupo de dataciones corresponde a establecimientos fenicios propiamente dichos, tanto en lo que se refiere a la época arcaica como a la denominada época púnica. Destacan, por su importancia, las dataciones radiométricas de *Morro de Mezquitilla*, yacimiento que ha proporcionado hasta hoy uno de los conjuntos arqueológicos más antiguos del Mediterráneo occidental. Dos dataciones (B-4178 y B-?) corresponden al estrato más antiguo del asentamiento fenicio (Schubart, 1982, pp. 81-82; 1983, p. 130; 1985, p. 167), o nivel A/B1. Para el estrato superior del área de los talleres metalúrgicos, que se ha fechado convencionalmente en la primera mitad del siglo VIII a.C., se han obtenido dos fechas (B-4180 y B-4181) correspondientes al estrato Bl (Schubart, 1983, p. 130; 1985, p. 167), de las cuales la más antigua (B-4181) procede seguramente del poblado del Cobre/Bronce prefenicio. Finalmente, una fecha (B-4175) corresponde al momento final de la segunda fase del asentamiento fenicio (B2) y otras dos (B-4173 y B-4174) corresponden a vestigios de incendio del estrato púnico (C) del yacimiento (Schubart, 1983, pp. 130-131; 1985, p. 167).

Para el establecimiento fenicio de *Toscanos* disponemos de tres dataciones radiométricas: una de ellas (H-2276-1766) procede de una muestra de madera carbonizada recogida en el estratro I en el suroeste del sector V de la campaña de 1964 (Almagro Gorbea, 1970, p. 23), que corresponde al nivel fenicio más antiguo del yacimiento; otra (Kn-TM2) procede del nivel IVa, que corresponde al período de apogeo de Toscanos, y la tercera (Kn-TM4) corresponde a la zona de las casas E y G y resulta algo imprecisa (Almagro Gorbea, 1972, pp. 233 y 240).

Las dos fechas de la *necrópolis Jardín* resultan de particular interés, por cuanto resultan coherentes con el contexto púnico al que se adscribe el conjunto, que ha sido fechado convencionalmente en los siglos VI-IV a.C. De las dos dataciones, la más antigua (GrN-6831) corresponde a la tumba 22 (Almagro Gorbea, 1976, p. 312), situada en el extremo meridional de la trinchera 6 y en la zona que proporcionó los hallazgos más antiguos de la necrópolis. Puede decirse, en consecuencia, que la datación radiométrica de la tumba 22 corresponde *grosso modo* al inicio de la utilización de la necrópolis púnica tras el abandono de la necrópolis arcaica de Toscanos, emplazada en Cerro del Mar.

El resto de dataciones corresponde a yacimientos indígenas del sureste, valle del Ebro, bajo Guadalquivir, Extremadura y Portugal, que aparecen directamente relacionados con el comercio fenicio. Se han seleccionado aquellos yacimientos que muestran claros elementos «orientalizantes» y aquellos contextos arqueológicos en que aparecen importaciones fenicias de la costa. Destacan, por su importancia y antigüedad, las fechas de *Acinipo*, en el interior de Málaga, uno de los primeros asentamientos indígenas del *hinterland* en mostrar contactos con las colonias fenicias de la costa (Aguayo *et al.*, 1989, pp. 309-314; Carrilero, 1992, p. 136), y las de los poblados indígenas de la vega de Granada, como *Cerro de los Infantes*, en Pinos Puente (Mendoza, Molina, Arteaga y Aguayo 1981), y *Cerro de la Mora*, en Moraleda de Zafayona (Carrasco, Pastor y Pachón, 1981; 1985).

Hemos descartado las dataciones radiométricas obtenidas en zonas minero-metalúrgicas de la provincia de Huelva por varias razones: la única datación radiocarbónica obtenida en las minas de *Riotinto* (BM-85 = 2400+50 BP) corresponde a restos de madera procedentes de una noria romana (Almagro Gorbea, 1978, p. 174) y las seis fechas de C-14 obtenidas en las minas de cobre de *Chinflón* abarcan un período de tiempo excesivamente amplio (cal BC 1370-490) como para relacionarlas exclusivamente con el comercio fenicio (cf. Pellicer y Hurtado, 1980; Burleigh, Ambers y Matthews, 1982, p. 252; 1984, p. 71)

En la fachada mediterránea, se da el importante conjunto de dataciones radiométricas del poblado indígena de *Peña Negra*, en Crevillente (Alicante) (González Prats, 1983) y la obtenida en *Aldovesta*, en el bajo Ebro (Mascort, Sanmartí y Santacana, 1991).

En el área tartésica y Extremadura destacan las fechas de *Setefilla*, en la zona de Sevilla (Aubet *et al.*, 1983), las del poblado y necrópolis de *Medellín* (Almagro Gorbea, 1977) y las del palacio-santuario de *Cancho Roano*, en Zalamea de la Serena (Badajoz) (Celestino y Jiménez, 1993).

Por último, se relacionan las dataciones obtenidas en asentamientos del Hierro del área atlántica de Portugal y, en particular, aquellas que proceden del nivel más antiguo con importaciones fenicias de los poblados de *Alcáçova de Santarém*, en la Estremadura portuguesa (Arruda, 1993), *Quinta do Almaraz*, en el bajo Tajo (Barros, Cardoso y Sabrosa, 1993) y *Rocha Branca*, en Silves, Algarve (Cardoso, 1993; Varela Gomes, 1993).

No se incorporan aquí las fechas de termoluminiscencia obtenidas sobre muestras cerámicas del nivel más antiguo de Cabezo de San Pedro (915 b.C. ±50; 1850±100 b.C.), en Huelva, y de Tejada la Vieja (1622±90 b.C.; 2046±190), por no corresponder en absoluto con el contexto arqueológico de origen (cf. Fernández Jurado, 1987, p. 273). A efectos de estadística y de diagramas se excluyen, igualmente, algunas dataciones radiocarbónicas, como una de Morro de Mezquitilla (3160±50 BP), otra de Toscanos (2270±120 BP), dos de Peña Negra (3200±120 y 2810±140 BP) y una de Rocha Branca (3010±45 BP), por presentar una desviación tipo muy elevada, por errores de laboratorio o por existir serias dudas acerca de su contexto arqueológico original.

En el cuadro 3 ofrecemos de forma resumida y esquemática las dataciones radiométricas de la Península Ibérica correspondientes al mundo colonial fenicio, al horizonte «orientalizante» y al período púnico.

Aunque la prudencia aconseja cierta precaución a la hora de considerar algunas de las fechas obtenidas en laboratorio antes de 1986, lo cierto es que, en conjunto, el panorama resulta coherente y la cronología bastante más antigua de lo que establecen los métodos tradicionales de datación (fig. 105). En la secuencia radiométrica del mundo fenicio-púnico peninsular destacan varios rasgos significativos. Para empezar, cabría si-

FIGURA 105. Serie radiométrica fenicio-púnica de la Península Ibérica.

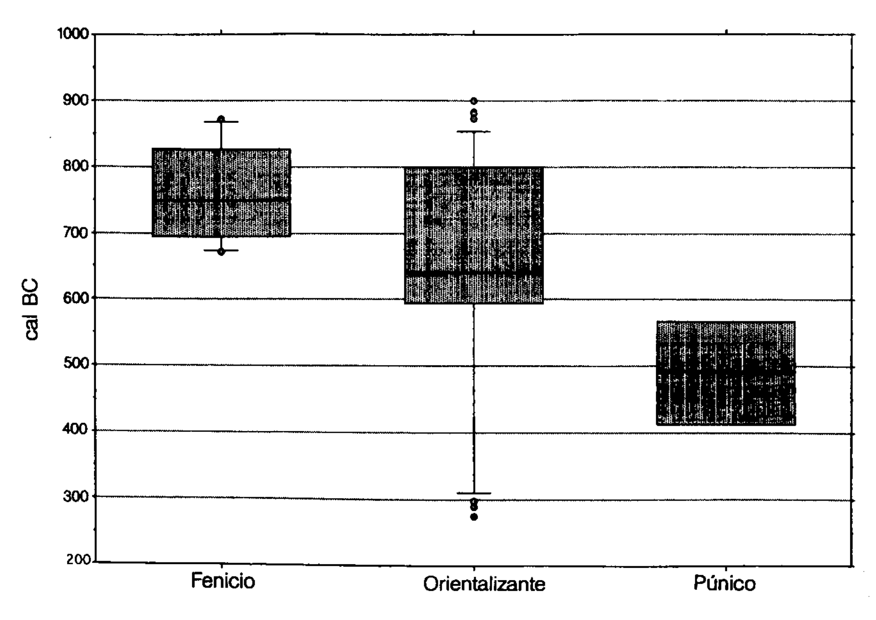


FIGURA 106. Comparación entre series específicas de datación.

tuar los inicios de la colonización fenicia en la zona de Málaga-Algarrobo ya en el siglo IX a.C. (según un coeficiente de probabilidad del 93 por 100, los fenicios se instalaron en Morro entre el 894 y el 835 a.C.), y a principios del siglo VIII en la zona de Vélez-Toscanos. En segundo lugar, los primeros contactos comerciales con algunas zonas del interior, como Acinipo, habrían sucedido inmediatamente a la primera instalación de los fenicios en Morro de Mezquitilla, en tanto que en otras zonas más alejadas (Cerro de la Mora, Peña Negra y Portugal), el comercio fenicio no se habría desarrollado antes del 800 a.C. Finalmente, destacan la continuidad y duración del fenómeno «orientalizante» indígena y, sobre todo, el posible hiatus existente entre lo fenicio y lo púnico en el litoral de Málaga (fig. 106).

BIBLIOGRAFÍA

1. Quiénes eran los fenicios

El nombre

Astour, M. C. (1965), «The origin of the term "Canaan", "Phoenician" and "Purple"», *Journal of Near Eastern Studies,* XXIV, pp. 346-350.
Baurain, C. (1986), «Portées chronologiques et géographiques du terme "phénicien"», *Studia Phoenicia,* IV, Namur, pp. 7-28.
Bunnens, G. (1983), «La distinction entre phéniciens et puniques chez les auteurs classiques», en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 233-238.
Edwards, R. B. (1979), *Kadmos the Phoenician. A Study in Greek Legends and the Mycenean Age,* Amsterdam.
Garbini, G. (1983), «Chi erano i fenici?», en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 27-33.
Moscati, S. (1974), *Problematica della civiltà fenicia,* C.N.R., Roma.
— (1988), «Fenicio o punico o cartaginese», *Rivista di Studi Fenici,* XVI, pp. 3-13.
Muhly, J. D. (1970), «Homer and the Phoenicians», *Berytus,* XIX, pp. 19-64.
Röllig, W. (1983), «On the origin of the Phoenicians», *Berytus,* XXXI; pp. 79-93.
Tzavellas-Bonnet, C. (1983a), «Phoinix», *Les Études Classiques,* LI, Namur, pp. 3-11.
— (1983b), «La Légende de Phoinix à Tyr», *Studia Phoenicia,* I-II, Lovaina, pp. 113-123.

El territorio y los precedentes en la edad del Bronce

Albright, W. F. (1961), «The Role of the Canaanites in the History of Civilization», en *The Bible and the Ancient Near East,* Nueva York, pp. 328-362.
Arnaud, D. (1982), «Une lettre du roi de Tyr au roi d'Ougarit», *Syria,* LIX, pp. 101-107.
Baramki, D. (1961), *Phoenicia and the Phoenicians,* Beirut.
Dunand, M. (1973), *Fouilles de Byblos,* Direction Générale des Antiquités de la République Libanaise, París.
Dussaud, R. (1927), *Topographie historique de la Syrie antique et médiévale,* Bibliothèque Archéologique et Historique, IV, París, pp. 5-73.
Garbini, G. (1979), «Fenici in Palestina», *Annali dell'Istituto Orientale di Napoli,* 39, pp. 325-330.
Giveon, R. (1978), *The impact of Egypt on Canaan,* Orbis Biblicus et Orientalis, 20, Friburgo-Gotinga.

Gonen, R. (1992), *Burial patterns and cultural diversity in Late Bronze Age Canaan*, American Schools of Oriental Research, Winona Lake.
Gray, V. (1964), *The Canaanites*, Londres.
Jidejian, N. (1968), *Byblos through the Ages*, Beirut.
Hachmann, R., ed. (1983), *Frühe Phöniker im Libanon, 20 Jahre deutsche Ausgrabungen in Kamid el-Loz*, Maguncia.
Lagarce, J., E. Lagarce, A. Bounni y N. Saliby (1987), *Ras Ibn Hani: Archéologie et Histoire*, Damasco.
Lemche, N. P. (1991), *The Canaanites and their Land. The Tradition of the Canaanites*, Journal for the Study of the Old Testament, Supplement Series 110, Sheffield Academic Press.
Liverani, M. (1962), *Storia di Ugarit nell'età degli archivi politici*, Roma.
— (1987), «The collapse of the Near Eastern regional system at the end of the Bronze Age: the case of Syria», en M. Rowlands, M. Larsen y K. Kristiansen, eds., *Centre and Periphery in the Ancient world*, Cambridge University Press, pp. 66-73.
Montet, P. (1928-1929), *Byblos et l'Egypte. Quatre campagnes de fouilles à Gebel*, París, pp. 1.921-1.924.
Muhly, J. D. (1992), «The crisis years in the Mediterrean world: transition or cultural desintegration?», en W. A. Ward y M. S. Joukowsky, eds., pp. 10-26.
Pettinato, G. (1983), «Le città fenicie e Byblos in particolare nella documentazione epigrafica di Ebla», en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1979, pp. 107-118.
Prag, K. (1986), «Byblos and Egypt in the fourth millennium B.C.», *Levant*, XVIII, pp. 59-74.
Rainey, A. F. (1963), «A Canaanite at Ugarit», *Israel Exploration Journal*, 13, pp. 43-45.
Saadé, G. (1979), *Ougarit. Métropole cananéenne*, Beirut.
Saghieh, M. (1983), *Byblos in the Third Millennium B.C. A Reconstruction of the Stratigraphy and a Study of the Cultural Connections*, Warminster.
Saidah, R. (1977-1980), «Ougarit et Sidon», *Les Annales Archéologiques Arabes Syriennes*, vol. XXIX-XXX, pp. 89-103.
Sandars, N. K. (1978), *The Sea Peoples*, Londres.
Swiggers, P. (1985), «Byblos dans les lettres d'El Amarna: lumières sur des relations obscures», *Studia Phoenicia*, III, Lovaina, pp. 45-58.
Teixidor, J. (1987), «L'inscription d'Ahiram à nouveau», *Syria*, LXIV, pp. 137-140.
Ward, W. A., y M. S. Joukowsky, eds. (1992), *The crisis years: the 12th century B.C. From beyond the Danube to the Tigris*, Dubuque, Iowa.

2. Fenicia durante la edad del Hierro

Las fuentes literarias

Attridge, H. W., y R. A. Oden (1981), *Phylo of Byblos «The Phoenician History»*, The Catholic Biblical Association of America, Washington.
Baumgarten, A. I. (1981), *The Phoenician History of Phylo of Byblos*, Leiden.
Garbini, G. (1980), «Gli "Annali di Tiro" e la storiografia fenicia», en *Oriental Studies Presented to B. S. J. Isserlin*, Leiden, pp. 112-127.
Goedicke, H. (1975), *The Report of Wenamon*, Baltimore, Londres.
Lipinski, E., ed. (1991), «Phoenicia and the Bible», *Studia Phoenicia*, XI, Lovaina.

Mazza, F., S. Ribichini y P. Xella (1988), *Fonti classiche per la civiltà fenicia e punica,* C.N.R., Roma.

Fenicia durante la edad del Hierro: obras generales

Baramki, D. (1961), *Phoenicia and the Phoenicians,* Beirut.
Baurain, C. y C. Bonnet (1992), *Les Phéniciens. Marins des trois continents,* Armand Colin, París.
Baurain, C., C. Bonnet y V. Krings, eds. (1991), «Phoinikeia Grammata», *Studia Phoenicia,* VI, Namur.
Garbini, G. (1980), *I fenici. Storia e religione,* Istituto Universitario Orientale, Nápoles.
Harden, D. (1967), *Los fenicios,* Barcelona.
Jidejian, N. (1971), *Sidon through the Ages,* Beirut.
Lipinski, E. ed. (1987), «Phoenicia and the East Mediterranean in the first millennium B.C.», *Studia Phoenicia,* V, Lovaina.
— (1992), *Dictionnaire de la Civilisation phénicienne et punique,* Brepols.
Moscati, S. (1966), *Il mondo dei fenici,* Milán.
— (1993), «Gl'inizi dell'età fenicia», *Rendiconti Accademia Nazionale dei Lincei,* año 390, pp. 1-15.
Pastor Borgoñón, H. (1988-1990), «Die Phönizier: eine begriffsgeschichtliche Untersuchung», *Hamburger Beiträge zur Archäologie,* vol. 15-17, pp. 37-142.
Renan, E. (1864), *Mission en Phénicie,* París.

El Hierro Antiguo

Albright, W. F. (1956), «Northeast Mediterranean Dark Ages and the Early Iron Age Art of Syria», en *Studies presented to H. Goldman,* Nueva York, pp. 144-146.
— (1975), «Syria, the Philistines and Phoenicia», *The Cambridge Ancient History,* II, 2, pp. 507-536.
Bikai, P. M. (1992), «The Phoenicians», en W. Ward y M. Joukowsky, eds., *The Crisis Years. The 12th Century B.C.,* pp. 132-141.
Botto, M. (1990), «Studi storici sulla Fenicia. L'VIII e il VII secolo a.C.», *Quaderni di Orientalistica Pisana,* 1, Pisa.
Röllig, W. (1982), «Die Phönizier des Mutterlandes zur Zeit der Kolonisierung», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* Maguncia, pp. 15-30.

El comercio fenicio en Siria e Israel

Barnett, R. D. (1982), *Ancient Ivories in the Middle East,* Institute of Archaeology, The Hebrew University of Jerusalem, Jerusalén.
Briquel-Chatonnet, F. (1992), *Les relations entre les cités de la côte phénicienne et les royaumes d'Israël et de Juda,* Orientalia Lovaniensia Analecta, 46, Lovaina.
Bron, F. (1979), *Recherches sur les inscriptions phéniciennes de Karatepe,* Hautes Études Orientalesm 11, Ginebra.
Fensham, F. L. (1983), «The Relationship between Phoenicia and Israel during the Reign

of Ahab», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenicie e Punici,* Roma, 1979, pp. 589-594.

Geva, S. (1982), «Archaeological evidence for the Trade between Israel and Tyre», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research,* 248, pp. 69-72.

Gubel, E. (1987), «Phoenician furniture», *Studia Phoenicia,* VII, Lovaina.

Hanson, R. S. (1980), *Tyrian influence in the Upper Galilee,* American Schools of Oriental Research, Cambridge, Massachusetts.

Kestemont, G. (1985), «Les phéniciens en Syrie du Nord», *Studia Phoenicia,* III, pp. 135-161.

Lipinski, E. (1992), «L'or d'Ophir», *Studia Phoenicia,* IX, pp. 195-214.

Plat Taylor, J. Du. (1959), «The Cypriot and Syrian Pottery from Al Mina, Syria», *Iraq,* 21, pp. 62-69.

Riis, P. J. (1983), «La ville phénicienne de Soukas, de la fin de l'Âge du Bronze à la conquète romaine», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 509-514.

Sader, H. (1987), *Les états araméens de Syrie,* Beiruter Texte und Studien, 36, Beirut.

Stern, G. A. (1983), «Phoenician art center in post-exilic Samaria», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 211-212.

Winter, I. J. (1976), «Phoenician and North Syrian Ivory Carving in Historical Context: Questions of Style and Distribution», *Iraq,* 3, pp. 1-22.

— (1981), «Is There a South Syrian Style of Ivory Carving in the Early First Millennium B.C.?», *Iraq,* 43, pp. 101-130.

Yadin, Y. (1978), «The "House of Baal" of Ahab and Jezebel in Samaria, and that of Athalia in Judah», *Archaeology in the Levant (Essays for K. Kenyon),* Warminster, pp. 127-134.

Fenicia y los asirios

Cogan, M. (1973), «Tyre and Tiglath-pileser III», *Journal of Cuneiform Studies,* XXV, pp. 96-99.

Elayi, J. (1983), «Les cités phéniciennes et l'empire assyrien à l'époque d'Assurbanipal», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale,* LXXVII, 1, pp. 45-58.

Kestemont, G. (1985), «Tyr et les assyriens», *Studia Phoenicia,* III, pp. 53-78.

Oded, B. (1974), «The Phoenician Cities and the Assyrian Empire in the Time of Tiglath-pileser III», *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins,* 90, pp. 38-49.

— (1979), *Mass deportations and Deportees in the Neo-assyrian Empire,* Wiesbaden.

Pettinato, G. (1975), «I rapporti politici di Tiro con l'Assiria alla luce del trattato tra Asarhaddon e Baal», *Rivista di Studi Fenici,* III, pp. 145-160.

Shea, W. H. (1987), «Menahem and Tiglath-pileser III», *Journal of Near Eastern Studies,* 37, pp. 43-49.

Los fenicios en Chipre y el Egeo

Barnett, R. D. (1956), «Ancient oriental influence on archaic Greece», en *The Aegean and the Near East (Studies presented to H. Goldman),* Nueva York, pp. 212-238.

Bikai, P. M. (1981), «The Phoenician Imports», en V. Karageorghis, *Excavations at Kition IV. The non-Cypriote Pottery,* Nicosia, pp. 23-35.

— (1987a), *The Phoenician pottery of Cyprus,* Nicosia.
— (1987b), «Trade networks in the Early Iron Age: the Phoenicians at Palaepaphos», en D. W. Rupp, ed., *Western Cyprus Connections. An Archaeological Symposium,* Göteborg, pp. 125-128.
Catling, M. W. (1977), «The Knossos Area 1974-1976», en *Archaeological Reports for 1976-1977,* British School of Athens, pp. 3-24.
Coldstream, J. N. (1982), «Greeks and Phoenicians in the Aegean», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* Maguncia, pp. 261-272.
Gjerstad, E. (1960), «Pottery Types. Cypro-geometric to Cypro-classical», *Opuscula Atheniensia,* III, Lund, pp. 105-122.
Karageorghis, V. (1974), *Excavations at Kition,* Department of Antiquities, vol. I, The Tombs, Nicosia.
— (1976), *Kition, Mycenean and Phoenician Discoveries in Cyprus,* Londres.
Lipinski, E. (1983), «La Carthage de Chypre», *Studia Phoenicia,* I-II, Lovaina, pp. 209-233.
Shaw, J. W. (1989), «Phoenicians in southern Crete», *American Journal of Archaeology,* 93, pp. 165-183.
Sznycer, M. (1979), «L'inscription phénicienne de Tekke, près de Knossos», *Kadmos,* 18, pp. 89-93.
Vandenabeele, F. (1968), «Quelques particularités de la civilisation d'Amathonte à l'époque du Chypro-géometrique», *Bulletin de Correspondance Hellénique,* XCII, pp. 103-114.

Arqueología fenicia

Obras generales

Amiran, R. (1969), *Ancient Pottery of the Holy Land,* Nueva Jersey.
Anderson, W. P. (1988), *Sarepta I. The Late Bronze and Iron Age Strata of Area II, Y,* Beirut.
Badre, L., E. Gubel, M. Al-Maqdissi y H. Sader (1990), «Tell Kazel (Syria). Excavations of the AUB Museum 1985-1987. Preliminary Report», *Berytus,* XXXVIII, pp. 9-124.
Balensi, J., y M. D. Herrera (1985), «Tell Abou Hawam 1983-1984. Rapport préliminaire», *Revue Biblique,* 92, pp. 82-128.
Bikai, P. M. (1978), «The Late Phoenician Pottery Complex and Chronology», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research,* 229, pp. 47-55.
Briend, J., y J. B. Humbert, eds. (1980), *Tell Keisan (1971-1976). Une cité phénicienne en Galilée,* Éditions Universitaires, Friburgo, Orbis Biblicus et Orientalis, Serie Archaeologica 1, Friburgo, Gotinga.
Briese, C. (1985), «Früheisenzeitliche bemalte phönizische Kannen von Fundplätzen der Levanteküste», *Hamburger Beiträge zur Archäologie,* 12, pp. 7-118.
Chapman, S. V. (1972), «A Catalogue of Iron Age Pottery from the cemeteries of Khirbet Silm, Joya, Qrayé and Qasmieh of South Lebanon», *Berytus,* XXI, pp. 55-194.
Chehab, M. (1983), «Découvertes phéniciennes au Liban», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 165-172.
Crowfoot, J. W., G. M. Crowfoot y K. M. Kenyon (1957), *Samaria-Sebaste III: The Objects from Samaria,* Palestine Exploration Fund, Londres.
Culican, W. (1970), «Phoenician oil bottles and tripod bowls», *Berytus,* XIX, pp. 5-16.
Herrera, M. D., y J. Balensi (1986), «More about the Greek Geometric Pottery at Tell Abu Hawam», *Levant,* XVIII, pp. 169-171.

Johns, C. N. (1936-1937), «Excavations at Pilgrim's Castle, Atlit (1933): cremated burials of Phoenician origin», *Quarterly Department of Antiquities in Palestina,* VI, pp. 121-151.

Kalifeh, I. A. (1988), *Sarepta II. Late Bronze and Iron Age Periods of Area II, X,* Beirut.

Koehl, R. B. (1985), *Sarepta III. The imported Bronze and Iron Age Wares from Area II, X,* Beirut.

Loud, G. (1948), *Megiddo II, Seasons of 1935-1939,* The University of Chicago Oriental Institute Publications, vol. LXII, University of Chicago Press.

Maisler, B. (1950-1951), «The Excavations at Tell Qasile, Preliminary Report», *Israel Exploration Journal,* 1, pp. 61-76, 125-140 y 194-218.

Mazar, A. (1975), «Excavations at Tell Qasile: 1973-1974», *Israel Exploration Journal,* 25, pp. 211-225.

Oren, E. D. (1975), «The Pottery from the Achzib Defence System, Area A: 1963 and 1964 Seasons», *Israel Exploration Journal,* 25, pp. 211-225.

Perreault, J. Y. (1993), «Les emporia grecs du Levant: mythe ou réalité?», en A. Bresson y P. Rouillard, eds., *L'emporion,* Centre Pierre Paris, París, pp. 59-82.

Prausnitz, W. (1962), «Achziv», *Revue Biblique,* LXIX, pp. 404-405.

— (1965), «Akhzib», *Revue Biblique,* LXXII, pp. 544-547.

— (1982), «Die Nekropolen von Akhziv und die Entwicklung der Keramik vom 10. bis zum 7. Jahrhundert v. Chr. in Akhziv, Samaria und Ashdod», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* Maguncia, pp. 31-44.

Pritchard, J. B. (1978), *Recovering Sarepta, a Phoenician City,* Nueva Jersey.

— (1988), *Sarepta IV. The objects from Area II, X,* Beirut.

Sagona, A. G. (1982), «Levantine Storage Jars of the 13th to 4th century B.C.», *Opuscula Atheniensa,* XIV, pp. 73-110.

Saidah, R. (1966), «Fouilles de Khaldé», *Bulletin du Musée de Beyrouth,* 19, pp. 51-90.

— (1967), «Chronique», *Bulletin du Musée de Beyrouth,* XX, pp. 155-180.

Salles, J. F. (1985), «A propos du niveau 4 de Tell Keisan», *Levant,* XVII, pp. 203-204.

Thalmann, J. P. (1978a), «Tell Arqa (Liban Nord), Campagnes I-III, 1972-1974», *Syria,* LV, pp. 1-144.

— (1978b), «Tell Arqa 1978-1979. Rapport provisoire», *Bulletin du Musée de Beyrouth,* XXX, pp. 61-75.

— (1991), «L'âge du Bronze à Tell Arqa (Liban): bilan et perspectives, 1981-1991, *Berytus,* XXXIX, pp. 21-38.

Tuffnell, O. (1953), *Lachisch III (Tell ed-Duweir). The Iron Age,* The Welcome-Marston Archaeological Research Expedition to the Near East, vol. III, Oxford University Press.

Historia y arqueología de Tiro

Badre, L. (1992), «Le pérymètre archéologique de Tyr», en *Tyr et la formation des civilisations méditerranéennes,* Rencontre UNESCO, Paris, 1990, pp. 87-101.

Barnett, R. D. (1956), «Phoenicia and the Ivory Trade», *Archaeology,* 9, 2, pp. 87-97.

Bikai, P. M. (1978), *The Pottery of Tyre,* Warminster.

— (1992a), «Phoenician Tyre», en M. S. Joukowsky, ed., pp. 45-53.

— (1992b), «The site», en *Tyr et la formation des civilisations méditerranéennes,* Rencontre UNESCO, París, 1990, pp. 67-85.

Bunnens, G. (1983), «Tyr et la mer», *Studia Phoenicia,* I, Lovaina, pp. 7-21.

Chehab, M., s.f., *Tyr. Histoire, Topographie, Fouilles,* Beirut.
Doumet, C. (1982), «Les tombes IV et V de Rachidieh», *Annales d'Histoire et d'Archéologie,* 1, Université Saint-Joseph, Beirut.
Grotanelli, C. (1972), «Il mito delle origini di Tiro: due "versioni" duali», *Oriens Antiquus,* XI, pp. 49-63.
Gubel, E. (1983), «Art in Tyre during the first and second Iron Age», *Studia Phoenicia,* I-II, Lovaina, pp. 23-45.
Jidejian, N. (1960), *Tyre throught the Ages,* Beirut.
Joukowsky, M. S., ed. (1992), *The Heritage of Tyre,* Dubuque, Iowa.
Katzenstein, H. J. (1973), *The History of Tyre,* Jerusalén.
Nitsche, A. (1986-1987), «Bemerkungen zur Chronologie und Herkunft der protogeometrischen und geometrischen Importkeramik von Tyros», *Hamburger Beiträge zur Archäologie,* 13-14, pp. 7-49.
Seeden, H. (1991), «A tophet in Tyre?», *Berytus,* XXXIX, pp. 39-87.
Stewart, A. (1987), «Diodorus, Curtius and Arrian on Alexander's Mole at Tyre», *Berytus,* XXXV, pp. 97-99.

3. Las bases de la expansión en el Mediterráneo

Territorio, recursos y población

Bintliff, J. L. (1982), «Climatic Change, Archaeology and Quaternary Science in the Eastern Mediterranean Region», en A. F. Harding, ed., *Climate Change in Later Prehistory,* Edimburgo.
Butzer, K. W. (1972), *Environment and Archaeology,* Chicago.
Crown, A. D. (1972), «Towards a Reconstruction of the Climate of Palestine 8000 B.C.-0 B.C.», *Journal of Near Eastern Studies,* 31.
Hopkins, D. C. (1985), *The Highlands of Canaan. Agricultural Life in the Early Iron Age,* The University of Sheffield.
Lamb, H. H. (1982), *Climate History and the Modern World,* Methuen, Londres.
Marfoe, L. (1977), *Between Qadesh and Kumidi: a History of Frontier Settlement and Land Use in the Biqa, Lebanon,* tesis doctoral, Univ. Chicago.
— (1979), «The Intergrative Transformation: patterns of sociopolitical Organization in southern Syria», *Bulletin of the American School of Oriental Research,* 234, pp. 1-42.
Price-Williams, D. (1973), *Environmental Archaeology in the Western Neguev,* Nature, Londres.
Sapin, J. (1982), «La Géographie humaine de la Syrie-Palestine au deuxième millénaire avant J.-C. comme voie de recherche historique», *Journal of the Economic and Social History of the Orient,* XXV, pp. 1-49 y 113-186.
Vita-Finzi, C., y S. Copeland (1978), «Archaeology Dating of Geological Deposits in Jordan», *Levant,* 10, Jerusalén.

Economía y comercio fenicios en Asia occidental

Albright, W. F. (1941), «New Light on the Early History on Phoenician Colonization», *Bull. American Schools of Oriental Research,* BASOR, 83, pp. 14-22.
Bondì, S. F. (1978), «Note sull' economia fenicia», *Egitto e Vicino Oriente,* 1, pp. 139-149.

Botto, M. (1988), «L'attività economica dei fenici in Oriente tra il IX e la prima metà dell'VIII sec. a.C.», *Egitto e Vicino Oriente,* XI, Pisa, pp. 117-154.
Bunnens, G. (1976), «Commerce et diplomatie phéniciens au temps de Hiram I de Tyr», *Journal of the Economic and Social History of the Orient,* XIX, pp. 1-31.
— (1979), *L'expansion phénicienne en Mediterranée,* Institut Historique Belge de Rome, t. XVIII.
— (1983), «Considérations géographiques sur la place occupée par la Phénicie dans l'expansion de l'empire assyrien», *Studia Phoenicia,* I-II, Lovaina, pp. 169-193.
— (1985), «Le luxe phénicien d'après les inscriptions royales assyriennes», *Studia Phoenicia,* III, Lovaina, pp. 121-133.
Diakonoff, I. M. (1969), «Main Features of the Economy in the Monarchies of Ancient Western Asia», en *3me Conférence Internationale d'Histoire Economique,* Munich, 1965, vol. 3, Paris, pp. 13-32.
Fensham, F. C. (1969), «The Treaty between the Israelites and Tyrians», *Supplement to Vetus Testamentum,* XVII, Leiden, pp. 71-87.
Finley, M. I. (1970), «Metals in the Ancient World», *JRSA,* 118, pp. 597-607.
Frankenstein, S. (1979), «The Phoenicians in the Far West: a Function of Neo-Assyrian Imperialism», en M. G. Larsen, ed., *Power and Propaganda. A Symposium in Ancient Empires, Mesopotamia,* 7, Copenhague, pp. 263-294.
Garelli, P. (1983), «Remarques sur les rapports entre l'Assyrie et les cités phéniciennes», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 61-66.
Heltzer, M. (1977), «The Metal Trade of Ugarit and the Problem of Transportation of Comercial Goods», *Iraq,* 39, pp. 203-211.
Jankowska, N. B. (1969), «Some Problems of the Economy of the Assyrian Empire», en I. M. Diakonoff, ed., *Ancient Mesopotamia,* USSR Academy of Sciences, Moscú, pp. 253-276.
Kestemont, G. (1985), «Les Phéniciens en Syrie du Nord», *Studia Phoenicia,* III, Lovaina, pp. 135-161.
Leclant, J. (1968), «Les relations entre l'Egipte et la Phénicie du voyage d'Ounamon à l'expédition d'Alexandre», en W. A. Ward, ed., *The Role of the Phoenicians in the Interaction of Mediterranean Civilizations,* The American University of Beirut, pp. 9-22.
Lipinski, E. (1979), «Les temples néo-assyriens et les origines du monnayage», en id., *State and Temple Economy in the Ancient Near East,* vol. II, Lovaina, pp. 565-588.
Oded, B. (1979), *Mass deportations and Deportees in the Neo-Assyrian Empire,* Wiesbaden.
Oppenheim, A. L. (1969), «Essay on Overland Trade in the First Millennium B.C.», *Journal of Cuneiform Studies,* 21, 1967, pp. 236-254.
Postgate, J. N. (1979), «The economic structure of the Assyrian Empire», en M. T. Larsen, ed., *Power and Propaganda, Mesopotamia,* 7, Copenhague, pp. 193-221.
Renfrew, G. (1975), «Trade as Action at a Distance: Questions of Integration and Communication», en J. A. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky, eds., *Ancient Civilization and Trade,* Alburquerque, pp. 3-59.
Schoville, A. N. (1974), «A note on the oracles of Amos against Gaza, Tyre and Edom», *Supplement to Vetus Testamentum,* XXVI, pp. 55-63.
Winter, I. J. (1979), *North Syria in the Early First Millennium B.C., with Special Reference to Ivory Carving,* Ann Arbor, Michigan.
Zaccagnini, C. (1979), «Materiali per una discussione sulla "moneta primitiva": le coppe d'oro e d'argento nel vicino Oriente durante il II milennio», *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica,* 26, pp. 29-49.

4. El comercio fenicio: mecanismos de intercambio y organización

Obras generales

Barceló, A. (1981), *Reproducción económica y modos de producción,* Barcelona.
Belshaw, C. S. (1973), *Comercio tradicional y mercados modernos,* Barcelona.
Curtin, Ph. D. (1984), *Cross-cultural trade in World History,* Cambridge University Press.
Dalton, G., ed. (1968), *Primitive, Archaic and Modern Economics. Essays of Karl Polanyi,* Nueva York.
Garnsey P., K. Hopkins y C. R. Whittaker (1983), *Trade in the Ancient Economy,* Londres.
Godelier, M., ed. (1976), *Antropología y economía,* Barcelona.
Hawkins, J. D., ed. (1977), *Trade in the Ancient Near East,* British School of Archaeology in Iraq, *Iraq,* XXXIX, 1977, Londres.
Hodder, I., y E. Orton (1976), *Spatial Analysis in Archaeology,* Oxford University Press (hay trad. cast.: *Análisis espacial en arqueología,* Crítica, Barcelona, 1990).
Lamberg-Karlovsky, C. C. (1972), «Trade Mechanisms in Indus-mesopotamian Interrelations», *Journal of the American Oriental Society,* vol. 92, pp. 222-229.
Liverani, M., *Antico Oriente,* Laterza, Roma-Bari, 1988 (hay trad. cast. en Crítica, Barcelona, en prensa).
McC. Adams, R. (1974), «Anthropological Perspectives on Ancient Trade», *Current Anthropology,* vol. 15, n.º 3, pp. 239-258.
Meillassoux, C. M., ed. (1971), *The development of indigenous Trade and Markets in West Africa,* London University Press.
Polanyi, K. (1975), «Traders and Trade», en J. A. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky, eds., pp. 133-154.
Polanyi, K., C. M. Arensberg y M. W. Pearson, eds. (1976), *Comercio y mercado en los imperios antiguos,* Barcelona.
Renfrew, C. (1969), «Trade and Culture Process in European Prehistory», *Current Anthropology,* vol. 10, n.º 2-3, pp. 151-169.
— (1975), «Trade as Action at a Distance», en J. A. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky, eds., pp. 3-59.
Revere, R. B. (1976), «Tierra de nadie»: Los puertos comerciales del Mediterráneo, en K. Polanyi, C. M. Arensberg y M. W. Pearson, eds., pp. 87-108.
Sabloff, J. A., y C. C. Lamberg-Karlovsky, eds. (1975), *Ancient Civilization and Trade,* University of New Mexico Press, Alburquerque.
Silver, M. (1985), *Economic Structures of the Ancient Near East,* Londres-Sidney.
V.V.A.A. (1965), «Trade and Politics in the Ancient World», *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Economique,* 1962, Mouton, París.
Zaccagnini, C. (1993), «In margine all'emporion: modelli di scambio nelle economie del Vicino Oriente», en A. Bresson y P. Rouillard, eds., *L'emporion,* Centre Pierre Paris, París, pp. 127-143.

Comercio en el Próximo Oriente durante el II milenio

Archi, A. (1993), «Trade and administrative practice: the case of Ebla», *Altorientalische Forschungen,* 20, 1, pp. 43-58.
Astour, M. (1972), The Merchant Class of Ugarit, en D. O. Edzard, ed., *Gesellschaftsklassen im Alten Zweiströmland und in angrenzenden Gebieten,* Munich, pp. 133-148.

Beale, T. W. (1975), Early Trade in Highland Iran: a view from a Source Area, *World Archaeology,* 5, pp. 14-15.

Diakonoff, I. M., ed. (1982), *Societies and Languages of the Ancient Near East,* Studies in Honour of I. M. Diakonoff, Warminster.

Foster, B. R. (1993), «International Trade at Sargonic Susa», *Altorientalische Forschungen,* 20, 1, pp. 59-68.

Garelli, P. (1963), *Les assyriens en Cappadoce,* París.

Hahn, I. (1982), «Foreign Trade of the nuclear or extended Family in Oriental Antiquity», en *Eight International Economic History Congress,* Budapest, pp. 34-43.

Kestemont, G. (1974), *Diplomatique et droit international en Asie occidentale (1600-1200 Av.C.),* Lovaina.

— (1977), «Remarques sur les aspects juridiques du commerce dans le Proche Orient au XVI[e] siècle avant notre ère», *Iraq,* 39, pp. 191-201.

Klengel, H. (1979), *Handel und Händler im Alten Orient,* Böhlaus, Viena-Colonia-Graz.

— (1990), «Bronzezeitlicher Handel im Vorderen Orient: Ebla und Ugarit, en «Orientalisch-ägäische Einflüsse in der Europäischen Bronzezeit», *Römisch-Germanisches Zentralmuseum,* Bonn, pp. 33-46.

Kohl, P. L. (1978), «The balance of Trade in southwestern Asia in the third millennium B.C.», *Current Anthropology,* 19, pp. 463-492.

Larsen, M. T. (1967), *Old Assyrian Caravan Procedures,* Nederlands Historisch-Archaeologisch Institut, Estambul.

— (1982), «Your Money or your Life! A Portrait of an Assyrian Businessman», en I. M. Diakonoff, ed., pp. 214-245.

Leemans, W. F. (1950), *The Old Babylonian Merchant. His business and his social position,* Leiden.

— (1960), «The Trade relations of Babylonia and the question of relations with Egypt in the Old Babylonian Period», *Journal of the Economic and Social History of the Orient,* III, pp. 21-37.

— (1968), «Old Babylonian Letters and Economic History. A Review Article with Digression on Foreign Trade», *Journal of the Economic and Social History of the Orient,* XI, pp. 171-226.

Liverani, M. (1979), «La dotazione dei mercanti di Ugarit», *Ugarit-Forschungen,* 11, pp. 495-503.

— (1983), «Political Lexikon and political ideologies in the Amarna Letters», *Berytus,* XXXI, pp. 41-56.

— (1990), *Prestige and Interest. International relations in the Near East ca. 1600-1100 B.C.,* History of the Ancient Near East Studies 1, Padua.

Nissen, H. J., y J. Renger, eds. (1982), *Mesopotamien und seine Nachbarn. Politische und Kulturelle Wechselbeziehungen im Alten Vorderasien vom 4. bis 1. Jahrtausend v. Chr.,* Berliner Beiträge zum Vorderen Orient, vol. 1, Berlín.

Oppenheim, A. L. (1964), *Ancient Mesopotamia. Portrait of a Dead Civilization,* The University of Chicago Press.

— (1976), «La Historia económica mesopotámica a vista de pájaro», en K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Pearson, eds., 1976, pp. 77-86.

Polanyi, K. (1976), «Intercambio sin mercado en tiempo de Hammurabi», en Polanyi *et al.,* eds., pp. 61-75.

Postgate, J. N., ed. (1988), *The Archive of Urad-Serva and his family. A Middle Assyrian household in Governement service,* Roma.

Renger, J. (1984), «Patterns of non-institutional Trade and non-commercial Exchange

in Ancient Mesopotamia at the beginnings of the second millennium B.C.», en A. Archi, ed., *Circulation of Goods in non-palatial Context in the Ancient Near East,* Roma, pp. 31-123.
— (1993), «Formen des Zugangs zu den lebensnotwendigen Gütern: die Austauschverhältnisse in der altbabylonischen Zeit», *Altorientalische Forschungen,* 20, 1, pp. 87-114.
Saporetti, C. (1977), «La figura del tamkaru nell'Assiria del XIII secolo», *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici,* XVIII, Roma, pp. 93-101.
Veenhof, K. R. (1972), *Aspects of Old Assyrian Trade and its Terminology,* Studia et Documenta, vol. X, Leiden.
— (1982), «The Old Assyrian Merchants and their relations with the Native Population of Anatolia», en M. J. Nissen y J. Renger, eds., pp. 147-160.
— (1988), «Prices and Trade», *Altorientalische Forschungen,* 15, pp. 243-263.
Yoffee, N. (1981), *Explaining Trade in ancient Western Asia,* Monographs of the Ancient Near East, vol. 2, fasc. 2, Malibú.
Zaccagnini, C. (1983), «Patterns of Mobility among ancient Near Eastern Craftsmen», *Journal of Near Eastern Studies,* 42, pp. 245-264.
— (1986), «Aspects of copper trade in the eastern Mediterranean during the Late Bronze Age», en M. Marazzi, S. Tusa y L. Vagnetti, eds., *Traffici micenei nel Mediterraneo,* Taranto, pp. 413-424.
— (1993), «Ideological and procedural paradigms in Ancient Near Eastern long distance exchanges: the case of Emmerkar and the Lord of Aratta», *Altorientalische Forschungen,* 20, 1, pp. 34-42.

La organización del comercio fenicio

Albright W. F. (1951), «The eastern Mediterranean about 1060 d.C.», *Studies presented to D. M. Robinson,* I, St. Louis, Missouri, pp. 223-231.
Barnett, R. D. (1969), «Ezekiel and Tyre», *Eretz-Israel,* IX, Jerusalén, pp. 6-13.
Bisi, A. M. (1986), «I commerci fenici fra Oriente e Occidente», *Studi Urbinati,* B 3, pp. 11-23.
Bodi, D. (1991), *The Book of Ezekiel and the Poem of Erra,* Orbis Biblicus et Orientalis, 104, Universitätsverlag Freiburg-Göttingen.
Bondì, S. F. (1978), «Note sull'economia fenicia I: Impresa privata e ruolo dello Stato», *Egitto e Vicino Oriente,* 1, pp. 139-149.
Botto, M. (1991), «L'attività commerciale fenicia nella fase arcaica in relazione alla direttrice siro-anatolica, en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* 1989, Roma, pp. 259-266.
Bunnens, G. (1976), «Commerce et diplomatie phéniciens au temps de Hiram I de Tyr», *Journal of the Economic and Social History of the Orient,* XIX, pp. 1-31.
— (1978), «La mission d'Ounamon en Phénicie. Point de vue d'un non-égyptologue», *Rivista di Studi Fenici,* VI, pp. 1-16.
Carpenter, R. (1958), «Phoenicians in the West», *American Journal of Archaeology,* 62, pp. 35-53.
Chiera, G. (1986), «Is. 23: l'elegia su Tiro», *Rivista di Studi Fenici,* XIV, pp. 3-19.
Dandamayev, M. A. (1982), «The Neo-Babylonian Elders», en I. M. Diakonoff, ed., pp. 38-41.
Deller, K. (1987), «Tamkaru-Kredite in Neuassyrischer Zeit», *Journal of Economic and Social History of the Orient,* 30, pp. 1-29.

Elat, M. (1991), «Phoenician overland trade within the Mesopotamian Empires», *Scripta Hierosolymitana,* XXXIII, The Hebrew University, Jerusalén, pp. 21-35.

Garbini, G. (1980), «Il commercio fenicio», en *I fenici. Storia e Religione,* Nápoles, pp. 65-69.

Gill, D. W. J. (1988), «Silver anchors and cargoes of oil: some observations on Phoenician trade in the western Mediterranean», *Papers of the Bristish School at Rome,* LVI, pp. 1-12.

Grottanelli, C. (1991), «Dèi, santuari, metalli in alcuni centri fenici», en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1989, pp. 281-285.

Katzenstein, H. J. (1983), «The phoenician term hubur in the Report of Wen-Amon», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 598-602.

— (1991), «Some reflections on the phoenician deities mentioned in the treaty between Esarhaddon king of Assyria and Baal king of Tyre», en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1989, pp. 373-377.

Leclant, J. (1968), «Les relations entre l'Egypte et la Phénicie du voyage d'Ounamon à l'expédition d'Alexandre», en W. A. Ward, ed., *The Role of the Phoenicians in the Interaction of mediterranean civilizations,* Beirut, pp. 9-22.

Lepore, E. (1969), «Osservazioni sul rapporto tra fatti economici e fatti di colonizzazione in Occidente», *Dialoghi di Archeologia,* año II, n.° 1-2, pp. 175-188.

Lipinski, E. (1985), «Products and brokers of Tyre according to Ezekiel 27», *Studia Phoenicia,* III, Lovaina, pp. 213-220.

Liverani, M. (1991), «The trade network of Tyre according to Ezek. 27», *Scripta Hierosolymitana,* vol. XXXIII, The Hebrew University, Jerusalén, pp. 65-79.

Oppenheim, A. L. (1969), «Essay on Overland Trade in the First Millennium B. C.», *Journal of Cuneiform Studies,* 21, 1967, pp. 236-254.

Pettinato, G. I. (1975), «Rapporti politici di Tiro con l'Assiria alla luce del trattato tra Asarhaddon e Baal», *Rivista di Studi Fenici,* III, pp. 145-160.

Sherrat, S. y A. (1993), «The growth of the Mediterranean economy in the early first millennium B.C.», *World Archaeology,* 24, n.° 3, pp. 361-377.

Homero, la reciprocidad y el intercambio de bienes de prestigio

Ampolo, C. (1984), «Il lusso nelle società antiche», *Opus,* III, Roma, pp. 469-475.

Austin, M., y P. Vidal-Naquet (1986), *Economía y Sociedad en la antigua Grecia,* Barcelona.

Coldstream, J. N. (1983), «Gift Exchange in the Eight Century B. C.», en R. Hagg, ed., *The Greek Renaissance of the Eight Century B. C.,* Estocolmo, pp. 201-207.

Cristofani, M. (1975), «Il "dono" nell'Etruria arcaica», *La Parola del Passato,* CLXI, pp. 132-152.

Cheal, D. (1988), *The Gıft Economy,* Routledge, Londres.

Finley, M. I. (1984), *El mundo de Odiseo,* Breviarios Fondo Cultura Económica, 2.ª ed. México, Madrid.

Fischer, F. (1973), «Keimelia», *Germania,* 51, pp. 436-459.

Gale, N. H. ed., (1991), *Bronze Age Trade in the Mediterranean,* Studies in Mediterranean Archaeology, vol. XC, P. Aström Verlag, Jonsered.

Gjerstad, E. (1946), «Decorated metal bowls from Cyprus», *Opuscula Archaeologica,* IV, Lund, pp. 1-18.

Godelier, M. (1967), *Racionalidad e irracionalidad en economía,* Siglo XXI, Madrid.

Gregory, C. A. (1982), *Gifts and Commodities,* Academic Press, Londres.

Hudson, M. (1992), «Did the Phoenicians introduce the idea of interest to Greece and Italy and if so, when?», en G. Kopcke e I. Tokumaru, eds., *Greece between East and West: 10-8th Centuries B.C.*, Maguncia, pp. 129-143.
Kilian-Dirlmeier, I. (1985), «Fremde Weihungen in griechischen Heiligtümern vom 8, bis beginn des 7. Jahrhunderts v. Chr.», *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseum Mainz*, 32, pp. 215-254.
Levi-Strauss, C. (1983), «El principio de la reciprocidad», en *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós, México, pp. 91-108.
Liverani, M. (1972), «Elementi "irrazionali" nel commercio amarniano», *Oriens Antiquus*, XI, pp. 297-317.
— (1979), «Dono, tributo, commercio: ideologia dello scambio nella tarda etǎ del Bronzo», *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica*, 26, Roma, pp. 9-28.
Malinowski, B. (1973), *Los argonautas del Pacífico occidental*, Península, Barcelona.
Markoe, G. E. (1985), *Phoenician Bronze and Silver Bowls from Cyprus and the Mediterranean*, University of California Press.
— (1992), «In pursuit of metal: Phoenicians and Greeks in Italy», en G. Kopcke e I. Tokumaru, eds., *Greece between East and West: 10th-8th Centuries B.C.*, Maguncia, pp. 61-84.
Mauss, M. (1971), «Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas», en *Sociología y Antropología*, Tecnos, Madrid, pp. 155-263.
Mele, A. (1979), *Il commercio greco arcaico. Prexis ed emporie*, Cahiers du Centre Jean Bérard, IV, Nǎpoles.
Muhly, J. D. (1970), «Homer and the Phoenicians», *Berytus*, XIX, pp. 19-64.
Rathje, A. (1980), «Silver relief bowls from Italy», *Analecta Romana Instituti Danici*, IX, Odense Univ. Press, pp. 7-46.
Sahlins, M. (1977), «Sociología del intercambio primitivo», en *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid, pp. 203-296.
Sherrat, A. y S. (1991), «From Luxuries to commodities: the nature of Mediterranean Bronze Age trading system», en N. H. Gale, ed., pp. 351-384.
Stella, L. A. (1952), «Importanza degli scavi di Ras Shamra per il problema fenicio dei poemi omerici», *Archaeologia Classica*, IV, pp. 72-76.
Wathelet, P. (1983), «Les Phéniciens et la tradition homérique», *Studia Phoenicia*, II, Lovaina, pp. 235-243.
Zaccagnini, C. (1973), *Lo scambio dei doni nel Vicino Oriente durante i secoli XV-XIII*, Roma.
— (1984), «La circolazione dei beni di lusso nelle fonti neo-assire (IX-VII sec. a.C.)», *Opus*, III, pp. 235-247.

Circulación premonetal

Dalton, G. (1965), «Primitive Money», *American Anthropologist*, 67, pp. 44-65.
Dayton, J. (1974), «Money in the Near East before coinage», *Berytus*, XXIII, 1974, pp. 41-52.
Freydank, H. (1982), «Fernhandel und Warenpreise nach einer mittelassyrischen Urkunde des 12. Jahrhunderts v.u. Z.», en I. M. Diakonoff, ed., *Societies and Languages of the Ancient Near East*, Warminster.
García Bellido, M. P. (1984-1985), «Del origen de la moneda», *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, pp. 397-409.

Lipinski, E. (1979), «Les temples néo-assyriens et les origines du monnayage», en E. Lipinski, ed., *State and Temple Economy in the Ancient Near East,* II, Lovaina, pp. 565-588.
Lombardo, M. (1979), «Elementi per una discussione sulle origini e funzioni della moneta coniata», *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica,* 26, pp. 75-121.
Müller, M. (1982), «Gold, Silber und Blei als Wertmesser in Mesopotamien während der zweiten Hälfe des 2. Jahrtausends v.u. Z», en I. M. Diakonoff, ed., pp. 270-278.
Parise, N. F. (1970-1971), «Per uno studio del sistema ponderale ugaritico», *Dialoghi di Archeologia,* año IV, n.º 1, pp. 3-36.
— (1979), «Per un'introduzione allo studio dei "segni premonetari" nella Grecia arcaica», *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica,* 26, pp. 51-71.
— (1984), «Circuiti di "segni premonetari" nell'età Orientalizzante», *Opus,* III, Roma, pp. 277-279.
— (1987), «Fra Assiri e Greci. Dall'argento di Ishtar alla moneta», *Dialoghi di Archaeologia,* año V, n.º 2, pp. 37-39.
Postgate, J. N. (1974), *Taxation and Conscription in the Assyrian Empire,* Studia Pohl, Series Maior, 3, Biblical Institute, Roma.
Zaccagnini, C. (1979), «Materiali per una discussione sulla "moneta primitiva": le coppe d'oro e d'argento nel Vicino Oriente durante il II millennio», *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica,* 26, pp. 29-49.

5. Las grandes instituciones políticas: el palacio y el templo

El templo fenicio

Bonnet, C. (1983), «Le dieu Melqart en Phénicie et dans le bassin méditerranéen: culte national et officiel», *Studia Phoenicia,* II, pp. 195-207.
— (1988), *Melqart. Cultes et mythes de l'Heraclès tyrien en Méditerranée,* Studia Phoenicia, VIII, Lovaina.
Bonnet, C., E. Lipinski y P. Marchetti, eds. (1986), *Religio Phoenicia,* Studia Phoenicia, IV, Namur.
Bunnens, G. (1986), «Aspects religieux de l'expansion phénicienne», *Studia Phoenicia,* IV, Namur, pp. 119-125.
Dussaud, R. (1946-1948), «Melqart», *Syria,* XXV, pp. 205-230.
Elayi, J. (1986), «Le roi et la religion dans les cités phéniciennes à l'époque perse», *Studia Phoenicia,* IV, pp. 249-261.
Picard, C. y G.-Ch. (1964), «Hercule et Melqart, Hommages à Jean Bayet», *Coll. Latomus,* LXX, Bruselas, Berchem, pp. 569-578.
Piganiol, A. (1962), «Les origines d'Hercule», *Hommages A. Grenier,* III, Bruselas, pp. 1.261-1.264.
Rebuffat, R. (1966), «Les phéniciens à Rome», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'Ecole Française de Rome,* LXXVIII, pp. 7-48.
Van Berchem, D. (1959-1960), «Hercule-Melqart à l'Ara Maxima», *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archaeologia,* Serie III, vol. XXXII, pp. 61-68.
— (1967), «Sanctuaires d'Hércule-Melqart. Contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée», *Syria,* XLIV, pp. 73-109 y 307-336.
Will, E. (1950-1951), «Au sanctuaire d'Héraclès à Tyr: l'olivier enflammé, les stèles et les roches ambrosienes», *Berytus,* X, pp. 1-12.

Xella, P. (1986), «Le polythéisme phénicien», *Studia Phoenicia,* IV, Namur, pp. 29-39.
— (1991), *Baal Hammon,* Istituto per la Civiltà Fenicia, CNR, Roma.

6. Las rutas de la expansión fenicia en el Mediterráneo

Obras generales

Bondì, S. F. (1984), «Per una caratterizzazione dei centri occidentali nella più antica espansione fenicia», *Egitto e Vicino Oriente,* VII, pp. 75-92.
— (1985), «La Sicilia fenicio-punica: il quadro storico e la documentazione archeologica», *Bollettino d'Arte,* 31-32, Roma, pp. 13-32.
Bunnens, G. (1979), *L'expansion phénicienne en Méditerranée,* Bruselas, Roma.
Cary, M., y E. M. Warmington (1963), *The Ancient Explorers,* Penguin Books, Harmondsworth.
Casson, L. (1969), *Los antiguos marinos. Navegantes y guerreros del mar en el Mediterráneo en la Antigüedad,* Paidós, Buenos Aires.
Cintas, P. (1970), *Manuel d'Archéologie Punique,* I, París.
Moscati, S. (1989), *L'ancora d'argento. Colonie e commerci fenici tra Oriente e Occidente,* Jaca Book, Milán.
Mossé, C. (1970), *La colonisation dans l'Antiquité,* París.
Rouge, J. (1975), *La marine dans l'Antiquité,* París.

Sistemas y rutas de navegación

Allain, J. (1960), «Topographie dinamique et courants dans le bassin occidental de la Méditerranée au Nord du 42e parallèle», *Revue des Travaux de l'Institut des Pêches Maritimes,* XXVII, pp. 127-135.
Alvar, J. (1979), «Los medios de navegación de los colonizadores griegos», *Archivo Español de Arqueología,* 52, pp. 67-83.
Bunnens, G. (1983), «Tyr et la mer», *Studia Phoenicia,* I, Lovaina, pp. 7-21.
Cintas, P. (1949), «Fouilles puniques à Tipasa», *Revue Africaine,* XCII, pp. 1-68.
Derrotero General del Mediterráneo, I-II, Madrid, 1858, 1860, 1883.
Derrotero de las costas del Mediterráneo, n.º 3, San Fernando, 1945.
Derrotero de las costas del Mediterráneo, Instituto Hidrográfico de la Marina, Cádiz, 1956.
Désanges, J. (1978), *Recherches sur l'activité des méditerranéens aux confins de l'Afrique,* Coll. École Française de Rome, Roma.
Harden, D. B. (1948), «The Phoenicians on the West Coast of Africa», *Antiquity,* XXII, n.º 87, pp. 141-150.
Isserlin, B. S. J. (1984), «Did Carthaginian Mariners reach the Island of Corvo (Azores)?», *Rivista di Studi Fenici e Punici,* XII, pp. 31-46.
Mele, A. (1979), *Il commercio greco arcaico,* Cahiers du Centre Jean Bérard, IV, Nápoles.
Michelot, E. (1806), *Portolano del mare mediterraneo ossia guida dei piloti costieri,* Marsella.
Moscati, S. (1982), «L'espansione fenicia nel Mediterraneo occidentale», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* Maguncia, pp. 5-12.
— (1986-1989), «Porti di transito», *Ampurias,* 48-50, vol. II, pp. 152-154.
Pellicer, M., L. Menanteau y P. Rouillard (1977), «Para una metodología de localiza-

ción de colonias fenicias en las costas ibéricas: el Cerro del Prado», *Habis,* 8, pp. 217-251.
Picard, C. (1982), «Les navigations de Carthage vers l'Ouest. Carthage et les pays de Tarsis aux VIIIe-VIe siècles», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* pp. 167-173.
Picard, G. Ch. (1982), «Le Periple d'Hannon», en H. G. Niemeyer, ed., pp. 175-180.
Ponsich, M. (1982), «Territoires utiles du Maroc punique», en H. G. Niemeyer, ed., pp. 429-444.
Ruiz de Arbulo, J. (1983), *Emporion puerto de escala, puerto de comercio,* tesis licenciatura, Universidad de Barcelona.
— (1991), «Rutas marítimas y colonizaciones en la Península Ibérica. Una aproximación náutica a algunos problemas», *Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma,* 18, pp. 79-115.
Schüle, G. (1970), «Navegación primitiva y visibilidad de la tierra en el Mediterráneo», en *IX Congreso Nacional de Arqueología,* Mérida, 1968, pp. 449-462.
Tofiño, V. (1832), *Derrotero de las costas de España en el Mediterráneo y su correspondiente de África,* 1784, Madrid.

Barcos y puertos fenicios

Barnett, R. D. (1958), «Early shipping in the Near East», *Antiquity,* XXXII, n.º 128, pp. 220-230.
Cederlund, C. O., ed. (1985), *Harbour Archaeology, Proceedings of the First International Workshop to an International Symposium on Boat and Ship Archaeology in Stockholm in 1982,* Swedish National Maritime Museum, Estocolmo.
Debergh, J. (1983), «Carthage: Archéologie et Histoire. Les ports-Byrsa», *Studia Phoenicia,* II, Lovaina, pp. 151-157.
Frost, H. (1966), «The Arwad Plans, 1964. A Photogrammetric Survey of Marine Installations», *Annales Archéologiques Arabes Syriennes,* XVI, pp. 13-28.
— (1971), «Recent observations on the submerged harbourworks at Tyre», *Bulletin du Musée de Beyrouth,* XXIV, pp. 103-111.
— (1973), «The offshore Island Harbour at Sidon and other Phoenician Sites in the light of new dating evidence», *The International Journal of Nautical Archaeology,* II.
— (1983), «The excavation and Reconstruction of the Marsala Punic Warship», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 903-907.
Frost, H., W. Culican y J. E. Curtis (1974), «The Punic Wreck in Sicily», *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration,* 3, 1, pp. 35-54.
Hurst, H. (1983), «The War Harbour of Carthage», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 603-610.
Poidebard, A. (1939), *Un grand port disparu: Tyr, Recherches aériennes et sousmarines,* París.
Poidebard, A., y J. Lauffray (1951), *Sidon. Aménagements antiques du port de Saida,* Beirut.
Rebuffat, R. (1976), «Une bataille navale au VIIIe siècle (Josèphe, "Antiquités, Judaïques IX, 14")», *Semitica,* XXVI, París, pp. 71-79.

7. Los fenicios en Occidente: cronología e historiografía

Obras generales

Acquaro, E., M. E. Aubet y M. H. Fantar (1993), *Insediamenti fenici e punici nel Mediterraneo occidentale,* Ministero per i Beni Culturali e Ambientali, Itinerari XIII, Roma.
Beloch, K. J. (1913), *Griechische Geschichte,* I, 2, Estrasburgo.
Bérard, V. (1902-1903), *Les Phéniciens et l'Odysée,* 2 vol., París.
Bosch-Gimpera, P. (1928-1929), «Fragen der Chronologie der Phönizischen Kolonisation in Spanien», *Klio,* XXII, pp. 345-388.
— (1951), «Phéniciens et Grecs dans l'Extrème Occident», *La Nouvelle Clio,* III, pp. 269-296.
Carpenter, R. (1958), «Phoenicians in the West», *American Journal of Archaeology,* 62, pp. 35-53.
Culican, W. (1959-1960), «Aspects of the Phoenician Settlement in the West Mediterranean», *Abr-Nahrain,* I.
Garbini, G. (1963), «L'espansione fenicia nel Mediterraneo», *Cultura e Scuola,* II, 7, Roma, pp. 92-97.
— (1966), «I fenici in Occidente», *Studi Etruschi,* 34, pp. 111-147.
García Bellido, A. (1942), *Fenicios y cartagineses en Occidente,* Madrid, 1942.
— (1947a), «Una colonización mítica de España tras la guerra de Troya. El ciclo legendario de los "nóstoi"», *Cuadernos de Historia de España,* Buenos Aires, pp. 106-123.
— (1947b), «Los más remotos nombres de España», *Arbor,* 19, Madrid, pp. 5-27.
Gras, M., P. Rouillard y J. Teixidor (1989), *L'univers phénicien,* París (hay trad. cast.: Mondadori, Madrid, 1991).
Harden, D. B. (1948), «The phoenicians on the West Coast of Africa», *Antiquity,* XXII, 87, 1948, pp. 141-150.
— (1967), *Los fenicios,* Barcelona.
Herrmann, J. O. (1931), *Die Erdkarte der Urbibel,* Braunschweig.
López Castro, J. L. (1992), «La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación», en *Actas del Seminario «La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación»,* Almería, pp. 11-79.
Moscati, S. (1982), «L'espansione fenicia nel Mediterraneo occidentale», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* pp. 5-12.
— (1988), *I fenici,* Catalogo della Mostra a Venezia, Milán.
Movers, F. C. (1841-1856), *Die Phoenizier,* 4 vols., Bonn.
Reinach, S. (1983), *Le mirage oriental,* París.
Werner, R. (1990), «Zur Geschichte der vorderorientalisch-phönizischen und mykenisch-griechischen Handels- und Kolonisationsfahrten im Spiegel der Epos- und Periplus-Literatur, en "Orientalisch-Ägäische Einflüsse in der europäischen Bronzezeit"», *Römisch-Germanisches Zentralmuseum,* Bonn, pp. 47-76.

Sobre «precolonización» fenicia

Acquaro, E., L. Godart, F. Mazza y D. Musti, eds. (1988), *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico,* CNR, Roma.
Alvar, J. (1988), «La precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el Estrecho», en

Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar (1987), Madrid, vol. I, pp. 429-443.

Bartoloni, P. (1990), «Aspetti precoloniali della colonizzazione fenicia in Occidente», *Rivista di Studi Fenici,* XVIII, pp. 157-167.

Bernabo Brea, L. (1964-1965), «Leggenda e archeologia nella protostoria siciliana», *Kokalos,* 10-11, pp. 1-33.

Bernardini, P. (1991), *Micenei e fenici. Considerazioni sull'età precoloniale in Sardegna,* Orientis Antiqui Collectio, XIX, Roma.

Bisi, A. M. (1967), «Fenici e Micenei in Sicilia nella seconda mettà del II milennio a.C.?», en *I Congreso Internazionale di Micenologia,* Roma, pp. 1.156-1.168.

— (1986), «Le "smiting God" dans les milieux phéniciens d'Occident», *Studia Phoenicia,* IV, pp. 169-187.

Bondì, S. F. (1988), «La frequentazione precoloniale fenicia», en *Storia dei Sardi e della Sardegna,* vol. I, Jaca Book, Milán, pp. 129-211.

Falsone, G. (1993), «Sulla cronologia del bronzo fenicio di Sciacca alla luce delle nuove scoperte di Huelva e Cadice», *Studi sulla Sicilia occidentale in onore di V. Tusa,* Padua, pp. 45-56.

Moscati, S. (1983), «Precolonizzazione greca e precolonizzazione fenicia», *Rivista di Studi Fenici,* XI, pp. 1-7.

— (1985), «I fenici e il mondo mediterraneo al tempo di Omero», *Rivisti di Studi Fenici,* XIII, pp. 179-187.

Niemeyer, H. G. (1981), «Anno octogesimo post Troiam captam... Tyria clasis Gadis condidit? Polemische Gedanken zum Gründungsdatum von Gades (Cádiz)», *Hamburger Beiträge zur Archäologie,* VIII, pp. 9-33.

— (1984), «Die Phönizier und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers», *Jahrbuch des Römisch-Zentralmuseums,* 31, pp. 3-94.

Ridgway, D. (1989), «La "precolonizzazione"», *Magna Graecia,* XXIV, pp. 1-7.

Tusa, V. (1973), «La statuetta fenicia del Museo Nazionale di Palermo», *Rivista di Studi Fenici,* I, pp. 173-179.

Tarshish-Tartessos

Alvar, J. (1982), «Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico», *Rivista di Studi Fenici,* X, pp. 211-230.

Cintas, P. (1966), «Tarsis, Tartessos-Gades», *Semitica,* 16, pp. 1-37.

Galling, K. (1972), «Der Weg der Phöniker nach Tarsis in literarischer und archäologischer Sicht», *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins,* 88, pp. 1-18 y 140-181.

Garbini, G. (1965), «Tarsis e Gen. 10,4», *Bibbia e Oriente,* VIII, Roma, pp. 13-19.

González-Wagner, C. (1986), «Tartessos y las tradiciones literarias», *Rivista di Studi Fenici,* XIV, pp. 201-228.

Schulten, A. (1945), *Tartessos,* Barcelona.

Solá Solé, J. M. (1957), «Tarshish y los comienzos de la colonización fenicia en Occidente», *Sefarad,* XVII, pp. 23-35.

Täckholm, V. (1965), «Tarsis, Tartessos und die Säulen des Herakles», *Opuscula Romana,* V, Lund, pp. 143-200.

— (1969), «El concepto de Tarshish en el Antiguo Testamento», en *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular,* Barcelona, pp. 79-90.

— (1974), «Neue Studien zum Tarsis-Tartessos Problem», *Opuscula Romana,* X, pp. 41-57.

La estela de Nora

Albright, W. F. (1941), «New Light on the Early History of Phoenician Colonization», *Bulletin of the 'American Schools of Oriental Research,* 83, pp. 14-22.
Amadasi, M. G., y P. G. Guzzo (1986), «Di Nora, di Eracle gaditano e delle più antica navigazione fenicia», *Aula Orientalis,* IV, pp. 58-71.
Delcor, M. (1968), «Réflexions sur l'inscription phénicienne de Nora en Sardaigne», *Syria,* XLV, pp. 323-352.
Dupont-Sommer, A. (1948), «Nouvelle lecture d'une inscription phénicienne archaïque de Nora en Sardaigne», *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres,* París, pp. 12-22.
Röllig, W. (1983), «Paläographische Beobachtungen zum ersten Auftreten der Phönizier in Sardinien», *Antidoron (Fetschrıft J. Thimme),* Karlsruhe, pp. 125-130.

La Península Ibérica

Almagro Gorbea, M. (1977), *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura,* Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV, Valencia.
— (1989), «El proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante mediterráneo», *Gerión,* II, Madrid, pp. 277-286.
Blanco, A. (1985), «Los nuevos bronces de Sancti Petri», *Boletín de la Real Academia de la Historia,* ClXXXII, cuad. II, pp. 207-216.
Coffyn, A. (1985), *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique,* París.
Freyer-Schauenburg, B. (1966), *Elfenbeine aus dem samischen Heraion,* Hamburgo.
Gamer-Wallert, I. (1982), «Zwei Statuetten syro-ägyptischer Gottheiten von der ''Barra de Huelva''», *Madrider Mitteilungen,* 23, pp. 46-61.
Karageorghis, V., y F. Lo Schiavo (1989), «A west mediterranean obelos from Amathus», *Rivista di Studi Fenici,* XVII, pp. 15-30.
Lo Schiavo, F. (1985), *Nuragic Sardinia in its Mediterranean setting: some recent advances,* University of Edinburgh, Department of Archaeology, Occasional Paper 12.
Schauer, I. (1983), «Orient im Spätbronze -und früheisenzeitlichen Occident», *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums Mainz,* 30, pp. 175-194.

8. Las colonias fenicias del Mediterráneo central

La Cartago arcaica

Obras generales

Acquaro, E. (1978), *Cartagine: un impero sul Mediterraneo,* Newton-Compton, Roma.
Bénichou-Safar, H. (1976), «Carte des nécropoles puniques de Carthage», *Karthago,* XVII, pp. 5-35.
— (1982), *Les tombes puniques de Carthage,* París.
Bisi, A. M. (1966), *Kypriaka. Contributi allo studio della componente cipriota della civiltà punica,* Roma.
Chelbi, F. (1985), «Carthage. Sépultures puniques découvertes à l'est du théatre», *Re-*

vue des Études Phéniciennes-Puniques et des Antiquités Libyques (*REPPAL*), I, Túnez, pp. 79-94.
Cintas, P. (1950), *Céramique punique,* Túnez.
— (1970-1976), *Manuel d'Archéologie punique*, 2 vols., París.
Fantar, M. H. (1993), *Carthage. Approche d'une civilisation,* 2 vols., Les Éditions de la Méditerranée, Túnez.
Ferjaoui, A. (1992), *Recherches sur les relations entre l'Orient phénicien et Carthage,* Fondation Nationale, Cartago.
Forrer, E. O. (1953), «Karthago wurde erst 773-663 v. Chr. gegründet», *Festschrift F. Dornseiff,* Leipzig, pp. 85-93.
Frézouls, E. (1955), «Une nouvelle hypothèse sur la fondation de Carthage», *Bulletin de Correspondance Héllénique,* LXXIX, pp. 153-176.
Harden, D. B. (1927), «Punic urns from the Precinct of Tanit at Carthage», *American Journal of Archaeology,* 31, pp. 297-310.
— (1937), «The Pottery from the Precinct of Tanit at Salammbô, Carthage», *Iraq,* IV, pp. 59-89.
Huss, W. (1985), *Geschichte der Karthager,* Munich.
— (1993), *Los cartagineses,* Gredos, Madrid.
Lancel, S. (1979-1982), *Byrsa*, I-III, «Mission archéologique française à Carthage», París.
— (1981), «Fouilles françaises à Carthage. La Colline de Byrsa et l'occupation punique (VII siècle-146 a.J.C.)», *C.R.A.I.,* pp. 156-193.
— (1994), *Cartago,* Crítica, Barcelona.
Lipinski, E. ed. (1988), *Carthago,* Studia Phoenicia, VI, Lovaina.
Moscati, S. (1966), *Il mondo dei fenici,* Milán.
— (1972), *I fenici e Cartagine,* Turín.
— (1974), «Interazioni culturali nel mondo fenicio», *Rivista di Studi Fenici,* II, pp. 1-9.
— (1993), *Cartagine rivisitata,* Monografie di SEAP, Series Minor, 5, Pisa.
Picard, C. (1982), «Les navigations de Carthage vers l'Ouest», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* Maguncia, pp. 166-173.
Picard, G. Ch., y C. (1970), *Vie et mort de Carthage,* París.
Rakob, F. (1984), «Deutsche Ausgrabungen in Karthago. Die punische Befunde», *Römische Mitteilungen,* 91, pp. 1-22.
— (1986), «Carthage punique, Fouilles et prospections archéologiques de la Mission allemande», *REPPAL,* II, pp. 133-156.
Stager, L. E. (1978), «Excavations at Carthage 1975. The Punic Project: First interim report», *Annual of the American Schools of Oriental Research,* 43, pp. 151-190.
— (1982), «Carthage: A view from the Tophet», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen*, pp. 155-166.

La colonia arcaica

Chelbi, F. (1985), «Carthage. Découverte d'un tombeau archaïque à Junon», *REPPAL,* I, pp. 95-119.
— (1986), «Oenochoes à "bobèche" de Carthage. Typologie et chronologie», *REPPAL,* II, pp. 173-255.
— (1991), «À propos des amphores archaïques de Carthage. Typologie et chronologie», en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1989, pp. 715-732.
Niemeyer, H. G. (1989), «Das frühe Karthago und die phönizische Expansion im Mit-

telmeerraum», *Veröffentlichung Joachim-Jungius-Gesellschaft der Wissenschäften, 60*, Gotinga.
Niemeyer, H. G., y R. F. Docter, (1993), «Die Grabung unter dem Decumanus Maximus von Karthago», *Römische Mitteilungen,* 100, pp. 201-244.
Rakob, F. (1987), «Zur Siedlungstopographie des punischen Karthago», *Römische Mitteilungen,* 94, pp. 333-349.
— (1989), «Karthago. Die frühe Siedlung», *Römische Mitteilungen,* 96, pp. 155-208.
Vegas, M. (1984), «Archaische Keramik aus Karthago», *Römische Mitteilungen,* 91, pp. 215-237.
— (1986-1989), «Cerámica geométrica de Cartago», *Ampurias,* 48-50, vol. II, pp. 356-361.
— (1989), «Archaische und mittelpunische Keramik aus Karthago», *Römische Mitteilungen,* 96, pp. 209-259.
— (1990), «Archaische Töpferöfen in Karthago», *Römische Mitteilungen,* 97, pp. 33-56.
— (1992), «Carthage: la ville archaïque», en *Lixus. Actes du Colloque Institut des Sciences de l Archéologie et du Patrimoine de Rabat,* Coll. École Française de Rome, 166, pp. 181-189.

Sicilia, Cerdeña y Malta

Acquaro, E. (1985), «La Sardegna fenicia e punica: fra storia e archeologia», *Bolletino d'Arte,* 31-32, Roma, pp. 49-56.
Acquaro, E., P. Bernardini y G. Garbini (1993), «Tharros XVIII-XIX. Le campagne del 1991-1992», *Rivista di Studi Fenici,* XXI, pp. 167-238.
Barnett, R. D., y C. Mendleson, eds. (1987), *Tharros. A Catalogue of material in the British Museum from Phoenician and other tombs at Tharros,* Londres.
Barreca, F. (1974), *La Sardegna fenicia e punica,* Sassari.
— (1978), «Le fortificazioni fenicio-puniche in Sardegna», en *Atti del I Convegno Italiano sul Vicino Oriente Antico,* Roma, pp. 115-128.
— (1982), «Nuove scoperte sulla colonizzazione fenicio-punica in Sardegna», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* pp. 181-184.
Bartoloni, P. (1983), *Studi sulla ceramica fenicia e punica di Sardegna,* C.N.R., Roma.
— (1987), «Orizzonti commerciali sulcitani tra l'VIII e il VII sec. a.C., *Rendiconti Accademia Nazionale dei Lincei,* serie VIII, vol. XLI, pp. 219-226.
— (1991), «La ceramica fenicia tra Oriente e Occidente», en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1989, pp. 641-653.
Bernardini, P. (1988), «S. Antioco: Area del Cronicario. L'insediamento fenicio», *Rivista di Studi Fenici,* XVI, pp. 75-89.
— (1991), «Un insediamento fenicio nella seconda metà dell'VIII sec. a.C., en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* vol. II, Roma, 1989, pp. 663-673.
— (1993), «La Sardegna e i fenici. Appunti sulla colonizzazione», *Rivista di Studi Fenici,* XX, pp. 29-81.
Bondì, S. F. (1984), «Per una caratterizzazione dei centri occidentali nella più antica espansione fenicia», *Egitto e Vicino Oriente,* VII, pp. 75-92.
— (1985a), «La Sicilia fenicio-punica: il quadro storico e la documentazione archeologica», *Bolletino d'Arte,* 31-32, Roma, pp. 13-32.
— (1985b), «Monte Sirai nel quadro della cultura fenicio-punica di Sardegna», *Egitto e Vicino Oriente,* VIII, pp. 73-90.

Ciasca, A. (1983), «Note moziesi», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1979, pp. 617-622.
— (1987), «Considerazione su Mozia fenicia», en *Convegno Nazionale Da Mozia a Marsala. Una crocevia della civiltà mediterranea,* Marsala, pp. 117-121.
Gras, M. (1985), *Trafics tyrrhéniens archaïques,* Bibliothèques des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 258, Roma.
Isserlin, B. S. J. (1982), «Motya: urban features», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen*, 1982, pp. 113-127.
— (1983), «Phoenician and punic rural settlement and agriculture: some archaeological considerations», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 157-163.
Isserlin, B. S. J., E. Macnamara, J. N. Coldstream, G. Pike, J. du Plat Taylor, A. Snodgrass (1964), «Motya, a phoenician-punic Site near Marsala, Sicily», *The Annual of Leeds University Oriental Society,* IV, 1962-1963, pp. 84-131.
Isserlin, B. S. J., y J. du Plat Taylor (1974), *Motya. A Phoenician and Carthaginian city in Sicily,* Leiden.
Marras, L. A., P. Bartoloni y S. Moscati (1989), «Cuccureddus», en *Atti dell'Accademia Nazionale dei Lincei,* 384, Serie VIII, Roma, pp. 225-248.
Moscati; S. (1986), *Italia punica,* Milán.
— (1993), «Some reflections on Malta in the Phoenician world», *Journal of Mediterranean Studies*, 3, n.° 2, pp. 286-290.
Pesce, G. (1961), *Sardegna punica,* Cagliari.
Tore, G. (1973-1974), «Notiziario archeologico (Pani Loriga)», *Studi Sardi,* XXIII, pp. 3-17.
— (1991), «Ricerche fenicio-puniche nel Sinis», en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1989, pp. 1.263-1.269.
Tronchetti, C. (1988), *I sardi,* Milán.
Tusa, V. (1982), «La presenza fenicio-punica in Sicilia», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizie im Westen*, pp. 95-108.
— (1983), «La Sicilia fenicio-punica: stato attuale delle ricerche e degli studi e prospettive per il futuro», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 187-197.
V.V.A.A. (1986), «Società e cultura in Sardegna nei periodi Orientalizzante e arcaico», en *Atti del I Convegno di Studi «Un millennio di relazioni tra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo»,* 1985, Cagliari.
Whitaker, J. I. S. (1921), *Motya. A phoenician colony in Sicily,* Londres.

El tofet

Acquaro, E. (1979), «Tharros-V: Lo scavo del 1978», *Rivista di Studi Fenici,* VII, pp. 48-59.
Amadasi Guzzo, M. G. (1986), «La documentazione epigrafica dal tofet de Mozia e il problema del sacrificio molk», *Studia Phoenicia,* IV, pp. 189-206.
Barnett, R. D. (1968), «Passing children through the fire of Moloch», *Illustrations of Old Testament History,* Londres, pp. 37-38.
Bénichou-Safar, H. (1981), «À propos des ossements humains du tophet de Carthage», *Rivista di Studi Fenici,* 9, pp. 5-9.
— (1989), «Les sacrifices d'enfants à Carthage», *Les Cahiers de Clio,* 99, pp. 3-14.
Bondì, S. F. (1979), «Per una riconsiderazione del tofet», *Egitto e Vicino Oriente,* II, pp. 139-150.

Brown, S. (1991), *Late carthaginian child sacrifice*, American Schools of Oriental Research Monograph Series, 3, Sheffield.
Ciasca, A. (1992), «Mozia: sguardo d'insieme sul tofet», *Vicino Oriente*, 8, pp. 113-155.
Day, J. (1989), *Molech. A god óf human sacrifice in the Old Testament*, Cambridge University Press, Avon.
Eissfeldt, O. (1935), *Molk als Opferbegriff im Punischen und hebräischen und das Ende des Gottes Moloch*, Halle.
Fedele, F. G. (1983), «Tharros: Anthropology of the tophet and Paleoecology of a punic Town», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1979, pp. 637-649.
Green, A. R. W. (1975), *The Role of Human Sacrifice in the Ancient Near East*, The American Scools of Oriental Research, Missoula, Montana.
Grotanelli, C. (1983), «Encore un regard sur les bûchers d'Amilcar et d'Elissa», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1979, pp. 437-441.
Grottanelli, C., y N. Parise, eds. (1988), *Sacrificio e società nel mondo antico*, Laterza, Bari.
Hennessy, J. B. (1985), «Thirteenth Century B. C. Temple of human sacrifice at Amman», *Studia Phoenicia*, III, pp. 85-104.
Moscati, S. (1965-1966) «Il sacrificio dei fanciulli», *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia*, XXXVIII, pp. 1-8.
— (1982), «Baitylos», *Rendiconti Accademia Nazionale dei Lincei*, Serie VIII, vol. XXXVI, pp. 101-105.
— (1991a), «Il tofet: dove e perché», *Rendiconti Accademia Nazionale dei Lincei*, año 388, pp. 105-112.
— (1991b), *Gli adoratori di Moloch. Indagine su un celebre rito cartaginese*, Jaca Book, Milán.
Moscati, S., y S. Ribichini (1991), *Il sacrificio dei bambini: un aggiornamento*, Academia Nazionale dei Lincei, Quaderno 266, Roma.
Picard, C. (1976), «Les répresentations du sacrifice Molk sur les ex-voto de Carthage», *Karthago*, XVII, pp. 67-138.
— (1982-1983), «Les sacrifices d'enfants à Carthage», *Les Dossiers Archéologie*, 69, pp. 18-27.
Picard, G. Ch. (1954), *Les religions de l'Afrique antique*, París.
Ribichini, S. (1987), «Il tofet e il sacrificio dei fanciulli», *Sardò*, 2, Sassari.
Simonetti, S. (1983), «Sacrifici umani e uccisioni rituali nel mondo fenicio-punico. Il contributo delle fonti litterarie classiche», *Rivista di Studi Fenici*, XI, pp. 91-111.
Smith, M. (1975), «A Note on Burning Babies», *Journal óf the American Oriental Society*, 95, pp. 477-479.
Stager, L. G., y S. R. Wolff (1984), «Child sacrifice at Carthage. Religious rite or population control?», *Biblical Archaeology Review*, X, pp. 31-51.
V.V.A.A. (1990), *Riti funerari e di olocausto nella Sardegna fenicia e punica*, Soprintendenza Archaeologica per le Provincie di cagliari e Oristano, Cagliari, 1990.
Vaux, R. de (1964), *Les sacrifices de l'Ancien Testament*, París.
Weinfeld, M. (1972), «The worship of Molech and of the Queen of Heaven and its backround», *Ugarit Forschungen*, 4, pp. 133-154.
Xella, P. (1978), «Un testo ugaritico recente e il sacrificio dei primi nati», *Rivisti di Studi Fenici*, VI, pp. 127-136.

9. Las colonias de Occidente. I: Gadir y el comercio atlántico de metales

Gadir y su bahía

Álvarez, A. (1992), «Sobre la localización del Cádiz fenicio», *Boletín del Museo de Cádiz*, V, pp. 17-30.
Blanco Freijeiro, A. (1960), «El capitel de Cádiz», *Zephyrus*, 11, pp. 157-159.
Blanco, A., y R. Corzo (1981), «Der neue anthropoide Sarkophag von Cádiz», *Madrider Mitteilungen*, 22, pp. 236-243.
Bunnens, G. (1986), «Le rôle de Gadès dans l'implantation phénicienne en Espagne», *Aula Orientalis*, 4, pp. 187-192.
Corzo, R. (1980), «Paleotopografía de la bahía gaditana», *Gades*, 5, pp. 5-14.
— (1983), «Cádiz y la arqueología fenicia», *Anales de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz*, 1, pp. 5-29.
— (1983), «Panorama arqueológico de la ciudad de Cádiz», en *Primeras Jornadas de Arqueología de las Ciudades Actuales*, Zaragoza, pp. 75-79.
Cunchillos, J. L. (1993), «Las inscripciones fenicias del tell de Doña Blanca», *Sefarad*, LIII, pp. 17-24.
Escacena, J. L. (1985), «Gadir», *Aula Orientalis*, 3, pp. 39-58.
Gamer-Wallert, I. (1976), «Die Hieroglypheninschrift auf dem Alabastergefäss in Puerto de Santa María», *Habis*, 7, pp. 222-223.
García Bellido, A. (1942), *Fenicios y cartagineses en Occidente*, Madrid.
— (1951), «Iocosae Gades», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXXIX, pp. 73-122.
— (1970), «Algunas novedades sobre la arqueología púnico-tartessia», *Archivo Español de Arqueología*, 43, pp. 3-49.
— (1975), «El mundo de las colonizaciones», en R. Menéndez Pidal, ed., *Historia de España*, I, 2, Madrid, 3.ª ed., pp. 281-680.
Gavala Laborde, J. (1971), *El origen de las islas gaditanas*, Cádiz.
Lipinski, E. (1984), «Vestiges phéniciens d'Andalousie», *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 15, Lovaina, pp. 81-132.
Menanteau, L. (1978), «Les anciens étiers de la rive gauche des marismes du Guadalquivir», *Mélanges de la Casa de Velazquez*, 14, pp. 35-72.
Moscati, S. (1989), *Tra Tiro e Cadice*, Studia Punica, 3, Roma.
Pellicer, M. (1983), «Yacimientos orientalizantes del Bajo Guadalquivir», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, 1979, Roma, pp. 825-836.
Pemán, C. (1941), *El pasaje tartésico de Avieno*, CSIC, Madrid.
— (1959), «El capitel de tipo protojónico de Cádiz», *Archivo Español de Arqueología*, 32, pp. 58-70.
Perdigones, L., A. Muñoz y G. Pisano (1990), *La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz*, Studia Punica, 7, Roma.
Ponce Cordones, F. (1976), «Consideraciones en torno a la ubicación del Cádiz fenicio», *Suplemento Diario de Cádiz*, 12 diciembre 1976.
Ramírez Delgado, J. R. (1982), *Los primitivos núcleos de asentamiento en la ciudad de Cádiz*, Cádiz.
Ruiz Mata, D. (1985), «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)», *Aula Orientalis*, 3, pp. 241-263.

— (1986), «Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)», *Madrider Mitteilungen,* 27, pp. 87-115.
— (1993), «Los fenicios de época arcaica —siglos VIII-VII a.C.— en la bahía de Cádiz. Estado de la cuestión», *Estudos Orientalis,* IV, Lisboa, pp. 23-72.

El templo de Melqart

Blanco Freijeiro, A. (1985), «Los nuevos bronces de Sancti Petri», *Boletín de la Real Academia de la Historia,* CLXXXII, 2, pp. 207-216.
García Bellido, A. (1964), «Hercules Gaditanus», *Archivo Español de Arqueología,* pp. 36, 70-153.
Perdigones, L. (1991), «Hallazgos recientes en torno al santuario de Melkart en la isla de Sancti Petri (Cádiz), en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1989, pp. 1.119-1.132.
Rebuffat, R. (1966), «Les phéniciens à Rome», *Mélanges d Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome,* LXXVIII, pp. 7-48.
Täckholm, U. (1965), «Tarsis, Tartessos und die Säulen des Herakles», *Opuscula Romana,* V, Lund, pp. 143-200.
Tsirkin, J. B. (1981), «The Labours, Death and Resurrection of Melquart as depicted on the Gates of the Gades Herakleion», *Rivisti di Studi Fenici,* IX, pp. 21-27.
Van Berchem, D. (1959-1960) «Hercule-Melqart à l'Ara Maxima», *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia,* Serie III, vol. XXXII, pp. 61-68.
— (1967), «Sanctuaires d'Hercules-Melqart. Contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée», *Syria,* XLIV, 1967, pp. 73-109 y 307-336.

Huelva y la metalurgia y comercio de la plata

Barnett, R. D. (1983), «Phoenician and Punic Arts and Handicrafts. Some Reflections and notes», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1979, pp. 19-26.
Blanco, A., J. M. Luzón y D. Ruiz Mata (1970), *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto, Huelva),* Universidad de Sevilla.
Blanco, A., y B. Rothenberg, (1981), *Exploración arqueometalúrgica de Huelva,* Barcelona.
Fernández Jurado, J. (1987), *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica,* Huelva Arqueológica, IX.
— (1988-1989), *Tartessos y Huelva,* Huelva Arqueológica, X-XI.
Fernández Jurado, J., C. García Sanz y P. Rufete (1990), «Prospección con sondeo en Peñalosa (Escacena, Huelva)», *Anuario de Arqueología Andaluza,* Sevilla, pp. 185-190.
Rufete, P. (1989), «Die phönizische rote Ware aus Huelva», *Madrider Mitteilungen,* 30, pp. 118-134.
Ruiz Mata, D., y J. Fernández Jurado (1986), *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte,* Huelva.
Snodgrass, A. M. (1983), «Heavy freight in Archaic Greece», en P. Garnsey, K. Hopkins y C. R. Whittaker, eds., *Trade in Ancient Economy,* Londres, pp. 16-26.

Wheeler T. S., J. D. Muhly y R. Haddin (1979), «Mediterranean Trade in Copper and Tin in the Late Bronze Age», en *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica,* 26, pp. 139-150.

El comercio con Tartessos

Almagro Gorbea, M. (1977), *El Bronce Final y el período Orientalizante en Extremadura,* Madrid.

Aubet, M. E. (1982), «Zur Problematik des orientalisierenden Horizontes auf der Iberischen Halbinsel», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* Maguncia, pp. 309-335 (hay trad. cast.: *Pyrenae,* 13-14, 1977-1978, pp. 81-107).

— (1975), *La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río (Sevilla),* CSIC, Barcelona.

— (1978-1980), *Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir,* Valladolid.

— (1984), «La aristocracia tartésica durante el período Orientalizante», *Opus,* III, Roma, pp. 445-468.

— ed. (1989), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir,* Ausa, Sabadell.

— (1990), «El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción», *Cuadernos Emeritenses,* 2, Mérida, pp. 29-44.

Barnett, R. D. (1956), «Phoenicia and the Ivory Trade», *Archeology,* 9, 2, pp. 87-97.

Belén, M., M. Fernández Miranda y J. P. Garrido (1977), *Los orígenes de Huelva,* Huelva Arqueológica, III.

Blanco Freijeiro, A. (1956), «Orientalia», *Archivo Español de Arqueología,* XXIX, pp. 3-51.

Blázquez, J. M. (1975), *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente,* Salamanca.

Garrido, P. J., y E. M. Orta (1978), *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya», Huelva,* Excavaciones Arqueológicas en España, 96, Madrid.

González Wagner, C. (1993), «Las estructuras del mundo tartésico», en J. Alvar y J. M. Blázquez, eds., *Los enigmas de Tarteso,* Madrid, pp. 103-116.

Maluquer, J. (1970), *Tartessos,* Barcelona.

Mata Carriazo, J. (1973), *Tartessos y El Carambolo,* Madrid.

Pellicer, M. (1982), «Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir: evolución y cronología según el Cerro Macareno (Sevilla)», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* pp. 371-403.

Pellicer, M., y F. Amores (1985), «Protohistoria de Carmona», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* 22, pp. 57-185.

Pellicer, M., J. L. Escacena y M. Bendala (1983), *El Cerro Macareno,* Excavaciones Arqueológicas en España, 124, Madrid.

Schulten, A. (1945), *Tartessos,* Madrid.

Shefton, B. J. (1982), «Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* pp. 337-368.

Los fenicios en el Atlántico y el litoral de Orán

Los fenicios en la fachada atlántica de la Península Ibérica

Almagro Gorbea, M. (1991), «La necrópolis de Medellín», *Extremadura Arqueológica,* II, Mérida-Cáceres, pp. 159-173.

Almagro Gorbea, M., A. Domínguez y F. López (1990), «Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica», *Madrider Mitteilungen,* 31, pp. 251-308.

Arruda, M. (1993), «A ocupação da Idade do Ferro da Alcáçova de Santarém no contexto da expansão fenícia a fachada atlântica peninsular», *Estudos Orientais,* IV, Lisboa, pp. 193-214.

Barros, L., J. L. Cardoso y A. Sabrosa (1993), «Fenícios na margem sul do Tejo», *Estudos Orientais,* IV, Lisboa, pp. 143-181.

Cardoso, J. L. (1993), «A presença oriental no povoamento da I Idade do Ferro na região ribeirinha do estuário do Tejo», *Estudos Orientais,* I, Lisboa, pp. 119-134.

Celestino, S., y F. Jiménez (1993), *El palacio-santuario de Cancho Roano,* Bajadoz.

Coelho Ferreira da Silva, A., C. Tavares da Silva y A. B. Lopes (1986), «Depósito de fundidor do final da Idade do Bronze do castro da Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu»), *Centro de Estudos Humanísticos,* Oporto, pp. 73-95.

Correia, V. H. (1993), «Os materiais pré-romanos de Conímbriga», *Estudos Orientais,* IV, Lisboa, pp. 229-283.

Enríquez, J. J., y E. Jiménez (1989), *Las tierras de Mérida antes de los romanos,* Mérida.

Fernández Miranda, M., y J. Pereira (1992), «Indigenismo y orientalización en la tierra de Talavera», en *Actas Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras,* Toledo, pp. 57-94.

Gamer-Wallert, I. (1982), «Der neue Skarabäus aus Alcacer do Sal», *Madrider Mitteilungen,* 23, pp. 96-100.

García-Hoz, M. C., y A. Álvarez (1991), «El Torrejón de Abajo», *Extremadura Arqueológica,* II, Mérida-Cáceres, pp. 199-209.

Hoffmann, G. (1990), «Zur Holozänen Landschaftsentwicklung im Tal des Rio Sizandro (Portugal)», *Madrider Mitteilungen,* 31, pp. 21-33.

Mayet, F., y C. Tavares da Silva (1993), «Presença fenícia no baixo Sado», *Estudos Orientais,* IV, Lisboa, pp. 127-142.

Pereira, J. (1989), «Nuevos datos para la valoración del hinterland tartésico. El enterramiento de la Casa del Carpio (Belvis de la Jara, Toledo)», en M. E. Aubet, ed., *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir,* Ausa, Sabadell, pp. 395-409.

Ruiz Gálvez, M. (1986), «Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce», *Trabajos de Prehistoria,* 43, pp. 9-41.

— (1993), «El occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce», *Complutum,* 4, pp. 1-27.

El Marruecos atlántico y Orán

Aubet, M. E. (1986), «Contactos culturales entre el Bajo Guadalquivir y el noroeste de África durante los siglos VII y VI a.C., en *Gli interscambi culturali e socio-economici fra l'Africa settentrionale e l'Europa mediterranea,* Amalfi, 1983, Nápoles, pp. 109-144.

Cintas, P. (1953), «Céramique rouge brillante de l'ouest méditerranéen et de l'Atlantique», *CRAI*, París, pp. 72-77.
Domínguez Monedero, A. J. (1994), «El Periplo del Pseudo-Escílax y el mecanismo comercial y colonial fenicio en época arcaica», *Homenaje a Presedo*, Universidad de Sevilla, en prensa.
Gras, M. (1992), «La mémoire de Lixus. De la fondation de Lixus aux premiers rapports entre grecs et phéniciens en Afrique du Nord», *Lixus. Actes du Colloque Institut des Sciences de l'Archéologie et du Patrimoine de Rabat*, Roma, pp. 27-44.
Habibi, M. (1992), «La céramique à engobe rouge phénicien de Lixus», *Lixus. Actes du Colloque de Rabat*, Roma, pp. 145-151.
Jodin, A. (1966), *Mogador. Comptoir phénicien du Maroc atlantique*, Tánger.
López Pardo, F. (1990), «Mogador, factoría extrema y la cuestión del comercio fenicio en la costa atlántica africana», en *5e Congrès International d'Histoire et d'Archéologie de l'Afrique du Nord*, Aviñón, pp. 277-296.
— (1992), «Reflexiones sobre el origen de Lixus y su delubrum Herculis en el contexto de la empresa comercial fenicia», *Lixus. Actes du Colloque Institut de l'Archéologie et du Patrimoine de Rabat*, École Française de Rome, pp. 85-101.
Maass-Lindemann, G. (1990), «Die phönizische Keramik von Lixus im vergleich mit südandalusischer Keramik», *Madrider Mitteilungen*, 31, pp. 186-193.
Niemeyer, H. G. (1992), «Lixus. Fondation de la première expansion phénicienne, vue de Carthage», *Lixus. Actes du Colloque de Rabat*, Collection École Française de Rome, 166, pp. 45-57.
Ponsich, M. (1981), *Lixus: le quartier des Temples*, Études et Travaux d'Archéologie Marocaine IX, Rabat.
Tarradell, M. (1960), *Marruecos púnico*, Tetuán.
Vuillemot, G. (1954), «Fouilles puniques à Mersa Madakh», *Libyca*, II, pp. 299-342.
— (1955), «La nécropole punique du phare dans l'Ile Rachgoun (Oran)», *Lybica*, III, pp. 7-62.
— (1965), *Reconaissances aux échelles puniques d'Oranie*, París.

10. Las colonias de Occidente. II: Andalucía mediterránea e Ibiza

Las colonias del Sureste

Los asentamientos

Arribas, A., y O. Artega (1975), *El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)*, Granada.
Arteaga, O. (1989), «La transformación del medio ambiente costero de Salobreña. Causas naturales e históricas», *V Centenario de la incorporación de Salobreña a la Corona de Castilla*, Salobreña, pp. 55-83.
Aubet, M. E. (1974), «Excavaciones en las Chorreras (Mezquitilla, Málaga)», *Pyrenae*, 10, pp. 79-108.
— (1985), «Los fenicios en España, estado de la cuestión y perspectivas», *Aula Orientalis*, 3, pp. 9-30.
— (1991), «Die Phönizische Niederlassung vom Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)», *Madrider Mitteilungen*, 32, pp. 29-51.

— (1992), «Nuevos datos arqueológicos sobre las colonias fenicias de la bahía de Málaga», *Lixus. Colloque Institut des Sciences de l'Archéologie et du Patrimoine de Rabat,* Roma, pp. 71-78.
— (1993), «Proyecto Cerro del Villar, Guadalhorce (Málaga): el asentamiento fenicio y su interacción con el hinterland», *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía, 1985-1992,* Huelva, pp. 471-479.
Aubet, M. E., G. Maass-Lindemann y H. Schubart (1979), «Chorreras», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* 6, pp. 91-134.
Gran Aymerich, J. J., ed. (1991), *Málaga phénicienne et punique,* Recherche sur les Civilisations, París.
Hoffmann, G. (1988), *Holozänstratigraphie und Küstenlinienverlagerung an der andalusischen Mittelmeerküste,* Berichte Fachbereich Geowissenschaften Universität Bremen, n.º 2, Bremen.
Keesmann, I., y B. Hellermann (1989), «Mineralogische und chemische Untersuchungen an Schlacken vom Morro de Mezquitilla», *Madrider Mitteilungen,* 30, pp. 92-117.
López Castro, J. L., M. Carrilero, A. Suárez, P. Aguayo y C. San Martín (1991), «La colonización fenicia en Abdera: nuevas aportaciones», en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* Roma, 1989, pp. 981-989.
López Castro, J. L., C. San Martín y T. Escoriza (1987-1988), «La colonización fenicia en el estuario del Almanzora. El asentamiento de Cabecico de Parra de Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería)», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada,* 12-13, pp. 157-169.
Maass-Lindemann, G. (1982), *Toscanos 1971,* Madrider Forschungen, 6, Berlín.
Molina Fajardo, F., ed., (1983-1986), «Almuñécar», *Arqueología e Historia,* I-III, Granada.
Niemeyer, H. G. (1982), «Die phönizische Niederlassung Toscanos: eine Zwischenbilanz», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* pp. 185-204 (hay trad. cast.: en *Huelva Arqueológica,* VI, 1982, pp. 101-121).
— (1984), «Die Phönizier und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers», *Jahrbuch der Römisch - Germanischen Zentralmuseums,* 31, pp. 3-94.
— (1985), «El yacimiento de Toscanos: urbanística y función», *Aula Orientalis,* 3, pp. 109-126.
Niemeyer, H. G., C. Briese y R. Bahnemann (1988), *Forschungen zur Archäologie und Geologie im Raum von Torre del Mar 1983/1984,* Madrider Beiträge, 14, Maguncia.
Olmo, G., y M. E. Aubet, eds. (1986), *Los fenicios en la Península Ibérica,* 2 vols., Ausa, Sabadell.
Pellicer, M., L. Menanteau, y P. Rouillard (1977), «Para una metodología de localización de colonias fenicias en las costas ibéricas: el Cerro del Prado», *Habis,* 8, 1977, pp. 217-251.
Recio, A. (1993), «Vestigios materiales cerámicos de ascendencia fenicio-púnica en la provincia de Málaga», *Madrider Mitteilungen,* 34, pp. 127-141.
Rouillard, P. (1978), «Brève note sur le Cerro del Prado, site phénicien de l'Ouest», *Madrider Mitteilungen,* 34, pp. 127-141.
Schubart, H. (1982), «Phönizische Niederlassungen an der Iberischen Südküste», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* pp. 207-231 (hay trad. cast.: *Huelva Arqueológica,* VI, 1982, pp. 71-92).
— (1979), «Morro de Mezquitilla 1976», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* 6, pp. 177-217.

— (1985a), «Morro de Mezquitilla 1982», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* 23, pp. 143-174.

— (1985b), «El asentamiento fenicio del siglo VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)», *Aula Orientalis,* 3, pp. 59-83.

— (1988), «Endbronzezeitliche und phönizische Siedlungsfunde von der Guadiaro-Mündung (Cádiz)», *Madrider Mitteilungen,* 29, pp. 132-165 (hay trad. cast.: en *Anuario Arqueológico de Andalucía,* 1986, vol. II, Sevilla, pp. 200-227).

— (1991), «Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre la relación costera entre los asentamientos fenicios en la Andalucía mediterránea», en *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica,* Ibiza, pp. 157-161.

Schubart, H., y O. Arteaga (1986), «El mundo de las colonias fenicias occidentales», *Homenaje a L. Siret,* Sevilla, pp. 499-525.

Suárez, A., P. Aguayo, M. Carrilero, J. L. López Castro y C. San Martín (1989), «Abdera: una colonia fenicia en el sureste de la Península Ibérica», *Madrider Mitteilungen,* 30, pp. 135-150.

Ulreich, H., M. A. Negrete, E. Puch y L. Perdigones (1990), «Cerro del Prado. Die Ausgrabungen 1989 im Schutthang der phönizischen Ansiedlung an der Guadarranque-Mündung», *Madrider Mitteilungen,* 31, pp. 194-250.

Warning-Treumann, B. (1980), «Mainake, originally a Phoenician Place Name?», *Historia,* 39, 2, pp. 186-189.

Las necrópolis

Astruc, M. (1951), *La necrópolis de Villaricos,* Informes y Memorias Comisaría Gral. de Excavaciones Arqueológicas, 25, Madrid.

Aubet, M. E., A. Czarnetzki, C. Domínguez, I. Gamer-Wallert y L. Trellisó (1991), *Sepulturas fenicias en Iagos (Málaga),* Sevilla.

Culican, W. (1970), «Almuñécar, Assur and Phoenician penetration of the Western Mediterranean», *Levant,* II, pp. 28-36.

Debergh, J. (1983), «La libation funéraire dans l'Occident punique», en *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* 1979, pp. 757-762.

Gamer-Wallert, I. (1978), *Ägyptische und ägyptisierende Funde von der Iberischen Halbinsel,* Wiesbaden.

Maass-Lindemann, G. (1974), «Phönikische Grabformen des 7/6 Jahrhunderts v. Chr. im westlichen Mittelmerraum», *Madrider Mitteilungen,* 15, pp. 122-135.

— (1982), *Toscanos 1971 und die importdatierte westphönikische Grabkeramik des 7/6 Jhs. v. Chr.,* Madrider Forschungen, 6, p. 3.

Molina Fajardo, F. (1982-1985), *Almuñécar en la antigüedad: la necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy,* 2 vols., Granada.

Negueruela, I. (1985), «Sobre la fecha de la necrópolis "Laurita" de Almuñécar», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* 22, pp. 193-210.

Pellicer, M. (1962), *Excavaciones en la necrópolis púnica «Laurita» del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada),* Excavaciones Arqueológicas en España, 17, Madrid.

Schubart, M., y H. G. Niemeyer (1976), *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo,* Excavaciones Arqueológicas en España, 90.

Economía y comercio

Aguayo, P., M. Carrilero y G. Martínez (1987), «Excavaciones en el yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga)», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, Sevilla, pp. 333-337.
— (1991), «La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la depresión de Ronda (Málaga)», en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1989, pp. 559-471.
Amo, M. del (1983), «Un molde para la fabricación de espadas del Bronce Final hallado en Ronda», *Homenaje a M. Almagro*, vol. II, Madrid, pp. 81-94.
Aubet, M. E. (1987), «Note sull'economia degli insediamenti fenici del sud della Spagna», *Dialoghi di Archaeologia*, año 5, n.º 2, pp. 51-62.
— (1990), «El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción», *Cuadernos Emeritenses*, 2, Mérida, pp. 29-44.
Aubet, M. E., y A. Delgado (1993), «Fenicios e indígenas en Occidente», *Cuadernos de Prehistoria Universidad de Granada*, 14, en prensa.
Boessneck, J. ed. (1973), «Tierknochenfunde von westphönizischen und phönizisch beeinflussten Ansiedlungen im südspanischen Küstengebiet», en *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel*, 4, Munich.
Carrasco, J., M. Pastor y J. A. Pachón (1982), «Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 13, pp. 7-164.
Carrilero, M. (1992), «El proceso de transformación de las sociedades indígenas de la periferia tartésica», en *Actas del seminario «La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica, 100 años de investigación»*, Almería, pp. 117-142.
Mendoza, A., F. Molina, O. Arteaga y P. Aguayo (1981), «Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada)», *Madrider Mitteilungen*, 22, pp. 171-197.
Schüle, W. (1969), «Los restos animales del poblado paleopúnico de Toscanos», en M. Schubart, H. G. Niemeyer y M. Pellicer, *Toscanos 1964*, Excavaciones Arqueológicas en España, 66, pp. 148-149.
Tsirkin, Y. B. (1979), «Economy of the phoenician settlements in Spain», en E. Lipinski, ed., *State and Temple Economy in the Ancien Near East*, II, Lovaina, pp. 547-564.
Uerpmann, M. (1972), «Archäologische Auswertung der Meeresmolluskenreste aus der westphönizischen Faktorei von Toscanos», *Madrider Mitteilungen*, 13, pp. 164-171.
Villaseca, F. (1993), «La estela decorada y la espada de lengua de carpa del Bronce Final de Almargen, Málaga», *Baetica*, 15, Málaga, pp. 217-226.
Von den Driesch, A., y J. Boessneck (1985), «Osteologische Besonderheiten vom Morro de Mezquitilla, Málaga», *Madrider Mitteilungen*, 26, pp. 45-48.
Warning-Treumann, B. (1978), «West-phoenician Presence on the Iberian Peninsula», *The Ancient World*, I, 1, Chicago, pp. 15-32.

La cerámica fenicia

Aubet, M. E. (1976-1978), «La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)», *Ampurias*, 38-40, pp. 267-287.
Bikai, P. M. (1978), «The Late Phoenician Pottery Complex and Chronology», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 229, pp. 47-55.
Culican, W. (1968), «Quelques aperçus sur les ateliers phéniciens», *Syria*, XLV, pp. 275-293.

— (1970), «Phoenician oil bottles and tripod bowls», *Berytus*, XIX, pp. 5-16.
— (1975), «Sidonian bottles», *Levant*, VII, pp. 145-150.
Guerrero, V. M., y B. Roldán (1992), *Católogo de las ánforas prerromanas*, Museo Nacional de Arqueología Marítima, Cartagena.
Maass-Lindemann, G. (1985), «Vasos fenicios de los siglos VIII-VI en España», *Aula Orientalis*, 3, pp. 227-239.
— (1990), «Orientalische Importe vom Morro de Mezquitilla», *Madrider Mitteilungen*, 31, pp. 169-177.
Negueruela, I. (1979-1980), «Sobre la cerámica de engobe rojo en España», *Habis*, pp. 335-359.
— (1983), «Jarros de boca de seta y de boca trilobulada de cerámica de engobe rojo en la Península Ibérica», *Homenaje a M. Almagro*, II, Madrid, pp. 259-279.
Ramón, J. (1982), «Cuestiones de comercio fenicio: frascos fenicios de aceite perfumado en el Mediterráneo central y occidental», *Ampurias*, 44, pp. 17-41.
— (1986), «Exportación en Occidente de un tipo ovoide de ánfora fénicio-púnico de época arcaica», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 12, pp. 99-122.
— (1991), *Las ánforas púnicas de Ibiza*, Ibiza.
Recio, A. (1990), *La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del sondeo de San Agustín (Málaga)*, Málaga.
Rouillard, P. (1990), «Phéniciens et grecs à Toscanos. Note sur quelques vases d'inspiration gréco-géometrique de Toscanos (1967)», *Madrider Mitteilungen*, 31, pp. 178-185.
Schubart, M. (1976), «Westphönizische Teller», *Rivista di Studi Fenici*, IV, pp. 179-196.

Ibiza y Levante

Arteaga, O., J. Padró y E. Sanmartí (1986), «La expansión fenicia por las costas de Cataluña y del Languedoc», en G. Olmo y M. E. Aubet, eds., *Los fenicios en la Península Ibérica*, Ausa, Sabadell, pp. 303-314.
Arteaga, O., y M. R. Serna (1957a), «Influjos fenicios en la región del Bajo Segura», en *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp. 737-750.
— (1975b), «Los Saladares 71», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 3 (Arqueología), pp. 7-90.
Aubet, M. E. (1993), «El comerç fenici i les comunitats del Ferro a Catalunya», *Laietania*, 8, pp. 23-40.
Costa, B., y J. H. Fernández (1993), «Ibiza en época arcaica (650-475 a.C.)», *Ampurias*, 48-50, 1986-1989, pp. 254-263.
Fernández, J. H. (1985), «Necrópolis del Puig des Molins (Ibiza): nuevas perspectivas», *Aula Orientalis*, 3, pp. 149-175.
Fernández, J. H., C. Gómez Bellard y R. Gurrea (1984), «La première période de la colonisation punique à Ibiza», en W. H. Waldren, R. Chapman, J. Lenthwaite y R. C. Kennard, eds., *Early Settlement in the Western Mediterranean Islands and the Peripheral Areas*, Oxford, pp. 785-796.
Gómez Bellard, C. (1990), *La colonización fenicia de Ibiza*, Madrid.
— (1993), «Die Phönizier auf Ibiza», *Madrider Mitteilungen*, 34, pp. 83-107.
González Prats, A. (1983), *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Universidad de Alicante.
— (1986), «Las importaciones fenicias en la Sierra de Crevillente (Alicante)», *Aula Orientalis*, 4, pp. 279-302.

— (1990), *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*, Alicante.
— (1993), «Ausgrabungen in der frühgeschichtlichen Siedlung von Herna (la Peña Negra/Crevillente, prov. Alicante)», *Madrider Mitteilungen*, 34, pp. 142-152.
Martín Camino, M., y B. Roldán (1991), «Aportación al conocimiento de la presencia fenicia y púnica en el litoral del sudeste peninsular», en *XX Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1989, pp. 355-361.
Mas, J. (1985), «El polígono submarino de Cabo Palos. Sus aportaciones al estudio del tráfico marítimo antiguo», en *VI Congreso Nacional de Arqueología Submarina*, Cartagena, 1982, Madrid, pp. 153-171.
Mascort, M. T., J. Sanmartí y J. Santacana (1991), *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*, Tarragona.
Mesado, N., y O. Arteaga (1979), *Vinarragell (Burriana, Castellón)*, SIP, Valencia.
Molas, N., N. Rafel y F. Puig (1987), «Orientalisierende Funde von der Grabung 1984 in der Nekropole des Coll del Moro, Gandesa (Tarragona)», *Madrider Mitteilungen*, 28, pp. 51-57.
Ramón, J. (1981), «Sobre els orígens de la colònia fenícia d'Eivissa», *Rev. Eivissa*, 12, pp. 24-31.
— (1991), «El yacimiento fenicio de Sa Caleta», en *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, pp. 177-187.
— (1992), «La colonización arcaica de Ibiza: mecánica y proceso», *X Jornades d'Estudis Locals. La Prehistòria de les illes de la Mediterrània occidental*, Palma de Mallorca, pp. 453-478.
Roldán Bernal, B., A. Miñano y M. Camino Martín (1994), «El yacimiento subacuático de «El Bajo de la Campana», *XXI Congreso Nacional de Arqueología*, 1991, Zaragoza, en prensa.
Ros Sala, M. M. (1991), «Presencia fenicia en el área murciana: los materiales de la fase II de El Castellar de Librilla (Murcia)», en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1989, pp. 1.197-1.204.
— (1993), «Minería y metalurgia de la plata en el asentamiento protohistórico de Punta de los Gavilanes (Mazarrón, Murcia)», en R. Arana, S. Ramallo, A. M. Muñoz y M. M. Ros, eds., *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C.*, Murcia, pp. 205-220.
Ruiz Zapatero, G. (1992), «Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el nordeste de Iberia», *Gala*, I, pp. 103-116.
Tarradell, M., y M. Font (1975), *Eivissa cartaginesa*, Barcelona.

La transición del siglo VI *a.C.*

Alvar, J. (1991), «La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo», en *V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, pp. 19-27.
Aubet, M. E. (1986), «La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular», *Homenaje a L. Siret*, Sevilla, pp. 612-624.
Bartoloni, P. (1987), «Le relazioni tra Cartagine e la Sardegna nei secoli VII e VI a.C.», *Egitto e Vicino Oriente*, X, Pisa, pp. 79-86.
Bosch Gimpera, P. (1952), «Problemas de la historia fenicia en el extremo Occidente», *Zephyrus*, III, pp. 15-30.
Cabrera, P. (1988-1989), «El comercio foceo en Huelva», *Huelva Arqueológica*, X-XI, pp. 41-100.

Cabrera, P., y R. Olmos (1985), «Die Griechen in Huelva», *Madrider Mitteilungen,* 26, pp. 61-74.

Casadevall, J., E. Curiá, A. Delgado, D. Fieber, M. Párraga y A. Ruiz (1991), «El "bucchero" etrusco del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)», en J. Remesal y O. Musso, eds., *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica,* Barcelona, pp. 383-398.

Costa, B., y J. Fernández (1991), «La caída de Tiro y el auge de Cartago», en *V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica,* Ibiza, pp. 11-18.

López Castro, J. L. (1991), «Cartago y la Península Ibérica: ¿imperialismo o hegemonía?», en *Jornadas de Arqueología fenicio-púnica,* Ibiza, pp. 73-84.

Meloni, P. (1947), «La cronologia delle campagne di Malco», *Studi Sardi,* 7, pp. 107-113.

Moscati, S. (1993), «Dall'età fenicia all'età cartaginese», *Rendiconti Accademia Nazionale dei Lincei,* Serie IX, vol. IV, Roma, pp. 203-215.

Olmos, R. (1986), «Los griegos en Tarteso: replanteamiento arqueológico-histórico del problema», *Homenaje a L. Siret,* Sevilla, pp. 584-600.

Schubart, H. (1979), «Jardín. Informe preliminar de 1976 en la necrópolis de los siglos VI-V a.C.», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* 6, pp. 153-157.

11. Consideraciones finales

Bisi, A. M. (1983), «L'espansione fenicia in Spagna», en *Fenici e arabi nel Mediterraneo,* Roma, pp. 97-151.

Bondì, S. F. (1984), «Per una caratterizzazione dei centri occidentali nella più antica espansione fenicia», *Egitto e Vicino Oriente,* VII, pp. 75-92.

Curtin, P. D. (1984), *Cross-cultural Trade in World History,* Cambridge University Press.

Ferron, J. (1970), «À propos de la civilisation phénicienne d'Occident», *Latomus,* XXXIX, pp. 1.026-1.037.

Frankenstein, S. (1979), «The Phoenicians in the far West: a Function of Neo-Assyrian Imperialism», en M. G. Larsen, ed., *Power and Propaganda. A Symposium in Ancient Empires, Mesopotamia,* 7, pp. 263-294.

González Wagner, C. (1993), «Las estructuras del mundo tartésico», en J. Alvar y J. M. Blázquez, eds., *Los enigmas de Tarteso,* Cátedra, Madrid, pp. 103-116.

González Wagner, C., y J. Alvar (1989), «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola», *Rivista di Studi Fenici,* XVII, pp. 61-102.

Lepore, E. (1973), «Problemi dell'organizzazione della chora coloniale», en M. Finley, ed., *Problèmes de la terre en Grèce ancienne,* Paris, pp. 15-47.

López Castro, J. L. (1992), «La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación», en *La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación,* Almería, pp. 11-79.

Moscati, S. (1982), «L'espansione fenicia nel Mediterraneo occidentale», en H. G. Niemeyer, ed., *Die Phönizier im Westen,* pp. 5-12.

— (1985), «Tucidide e i fenici», *Rivista di Filologia e di Instruzione Classica,* 113, Turín, pp. 129-133.

— (1993), «Nuovi studi sull'identità fenicia», en *Atti della Accademia Nazionale dei Lincei,* Memorie, Serie IX, vol. IV, fasc. 1, Roma.

Niemeyer, M. G. (1984), «Die Phönizier und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers», *Jahrbuch des Römisch -Germanischen Zentralmuseums,* 31, pp. 3-94.

— (1994), «Die Phönizier im Mittelmeerraum: Expansion oder Kolonisation?», *Hamburger Beiträge zur Wissenschaftsgeschichte,* 15, pp. 321-347.

Tsirkin, J. B. (1986), «Carthage and the problem of "polis"», *Rivista di Studi Fenici*, XIV, pp. 129-141.
Whittaker, C. R. (1974), «The Western Phoenicians: colonisation and assimilation», *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 200, N. S., XX, pp. 58-79.
Wolf, E. R. (1987), *Europa y la gente sin historia*, Fondo Cultura Económica, México.

Apéndice III. Las dataciones radiométricas

Aguayo, P., *et al.* (1989), «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ronda la Vieja (Acinipo), Campaña de 1988», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, vol.II, Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 309-314.
Almagro Gorbea, M. (1970), «Las fechas del C-14 para la Prehistoria y la Arqueología peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 27, pp. 9-43.
— (1972), «Nuevas fechas para la Prehistoria y la Arqueología peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 29, pp. 228-242.
— (1976), «C-14, 1976. Nuevas fechas para la Prehistoria y la Arqueología de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 33, pp. 307-317.
— (1977), *El Bronce Final y el período Orientalizante en Extremadura*, CSIC, Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV, Valencia.
— (1978), «Las dataciones para el Bronce Final y la Edad del Hierro y su problemática», *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica*, Fund. J. March, Madrid, pp.101-109.
Arruda, M. (1993), «A ocupação da Idade do Ferro da Alcãçova de Santarém no contexto da expansão fenícia para a fachada atlântica peninsular», *Estudos Orientais*, IV, Lisboa, pp. 193-214.
Aubet, M. E., M. R. Serna, J. L. Escacena, J. M. Ruiz, (1983), *La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla)*, Excavaciones Arqueológicas en España 122, Madrid.
Barros, L. De, J.L. Cardoso y A. Sabrosa, (1993), «Fenícios na margem sul do Tejo. Economía e integração cultural do povoado do Almaraz, Almada», *Estudos Orientais*, IV, Lisboa, pp. 143-181.
Burleigh, R., J. Ambers y K. Matthews (1982), «British Museum Natural Radiocarbon Measurements XIV», *Radiocarbon*, vol. 24, 3, pp.229-261.
Burleigh, R., J. Ambers y K. Matthews (1984), «British Museum Natural Radiocarbon Measurements XVII», *Radiocarbon*, vol. 26, 1, pp. 59-74.
Cardoso, J. L. (1993), «Contribução para o conhecimento da alimentação em contexto fenício. Estudos dos restos da Rocha Branca (Silves)», *Estudos Orientais*, IV, Lisboa, pp. 109-126.
Carrasco, J., J. A. Pachón y M. Pastor (1985), «Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del cerro de la Mora. La espada de lengua de carpa y la fíbula de codo del Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona, Granada)», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, pp. 265-328.
Carrilero, M. (1992), «El proceso de transformación de las sociedades indígenas de la periferia tartésica», *Actas del seminario La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación*, Almería, pp. 117-137.
Celestino, S. y F.J. Jiménez (1993), *El palacio-santuario de Cancho Roano*, Badajoz.
Fernández Jurado, J. (1987), *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*, Huelva Arqueológica, IX, Huelva.
González-Gómez, C. (1993), «Calibrado de las fechas convencionales de Carbono-14», *Actas I Congresso de Arqueología Peninsular*, Porto, vol. 1, pp. 487-496.

González-Gómez, C., P. Sánchez y M. Domingo (1985), «University of Granada Radiocarbon Dates II», *Radiocarbon*, 27, New Haven, pp. 610-615.
González-Gomez, C., P. Sánchez y E. Villafranca (1987), «University of Granada Radiocarbon Dates IV», *Radiocarbon*, 29, pp. 381-388.
González Prats, A. (1983), *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Universidad de Alicante.
James, P. (1993), *Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo*, Crítica, Barcelona.
Manning, S. W., y B. Weninger (1992), «A light in the dark: archaeological wiggle matching and the absolute chronology of the close of the Aegean Late Bronze Age», *Antiquity*, 66, pp. 636-663.
Mascort M. T., J. Sanmartí y J. Santacana (1991), *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*, Tarragona.
Mendoza, A., F. Molina, O. Arteaga y P. Aguayo (1981), «Cerro de los Infantes (Pinos Puente, prov. Granada)», *Madrider Mitteilungen*, 22, pp. 171-210.
Mestres, J. S., G. Rauret y J. F. García (1991), «University of Barcelona Radiocarbon dates I», *Radiocarbon*, vol. 33, New Haven, pp. 355-365.
Pearson, G. W., *et al.* (1986), «High-precision C14 measurements of Irish oaks to show the natural C14 variations from AD 1840 to 5210 B.C.», *Radiocarbon*, 28, New Haven, pp. 911-934.
Pearson, G. W., y M. Stuiver (1986), «High-precision calibration of the radiocarbon time scale, 500-2500 BC.» *Radiocarbon*, 28, New Haven, pp. 839-862.
Pellicer, M., y V. Hurtado (1980), *El poblado metalúrgico de Chinflón (Zalamea la Real, Huelva)*, Universidad de Sevilla.
Saltz, D. L. (1978), *Greek Geometric Pottery in the East. The Chronological Implicatios*, tesis doctoral, Harvard University.
Schubart, H. (1982), «Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica», *Huelva Arqueológica*, VI, Huelva, pp. 71-99.
— (1983), «Morro de Mezquitilla. Vorbericht über die Grabungskampagne 1982 auf dem Siedlungshügel an der Algarrobo-Mündung», *Madrider Mitteilungen*, 24, pp. 104-131.
— (1985), «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del río Algarrobo», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 23, pp. 142-174.
Stuiver, M. (1982), «A high precision calibration of the radiocarbon time-scale», *Radiocarbon*, 24 (1), New Haven, pp. 1-26.
Stuiver, M., y B. Becker (1993), «High-precision decadal calibration of the Radiocarbon Time Scale A.D. 1950-6000 B.C.», *Radiocarbon*, vol. 35, 1, pp. 35-65.
Stuiver, M., y P. J. Reimer (1986), «A computer program for radiocarbon age calibration», *Radiocarbon*, 28, New Haven, pp. 1.022-1.030.
Stuiver, M., y P. J. Reimer (1993), «Extended C-14 Data base and revised Calib 3.0 C-14 calibration program», *Radiocarbon*, vol. 35, 1, pp. 215-230.
Varela Gomes, M. (1993), «O estabelecimiento fenício-púnico do Cerro da Rocha Branca (Silves)», *Estudos Orientais*, IV, Lisboa, pp. 73-107.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE DE FIGURAS

ÍNDICE DE CUADROS

ÍNDICE